

Capítulo Uno

El surgimiento de la Unidad Popular, antecedentes.

El carácter y las metas estratégicas de la alianza.

*El período preeleccionario y los problemas de las opciones
tácticas (1969-1970)*

www.cepcin.cl

Introducción al capítulo uno

El primer capítulo de esta colección articula la discusión ideológica en torno a la formación de la Unidad Popular en 1969 hasta el período postelectoral y las principales iniciativas de gobierno.

En esta fase, la polémica en el seno de la coalición en formación y de los partidos que la forman a su vez con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) se centra en torno al Programa Básico de Gobierno, es decir, ante todo en la descripción y el análisis del desarrollo que habría alcanzado el capitalismo en Chile, el carácter de su dependencia y el tipo de sociedad que se había originado a partir de esta situación objetiva. Más precisamente, la polémica gira en torno al problema de las consecuencias que la estructura del capitalismo como sistema imperante en Chile tiene sobre la política de alianzas necesaria para la conquista del poder político y la constitución de un nuevo Estado.

Respecto al dilema planteado se presentan dos posiciones cualitativamente diversas que van a recorrer todo el proceso: la de los partidos que integran la Unidad Popular y el MIR.

Punto de partida de la discusión es el reconocimiento por ambas partes del carácter capitalista y dependiente de la sociedad chilena. Convergencia existe también en que las relaciones de producción característicamente han conducido a una concentración del capital industrial y comercial y ello a su vez a la formación de centros monopólicos omnipotentes. Fuera de discusión está también el rol negativo que ha jugado el latifundio en el desarrollo de la agricultura chilena y, por último, la dependencia respecto al “capital imperialista” norteamericano en los más diversos sectores de economía nacional, particularmente por su monopolio de la producción cuprífera.

El problema surge en lo relativo al carácter específico que la dependencia asume respecto a “las clases de la sociedad chilena” y el tratamiento que debe darse a esta situación objetiva. Con otras palabras: se plantea el problema de la formación de la así llamada “burguesía nacional” y su rol en el intento de crear una sociedad cualitativamente distinta. La discusión general sobre la “burguesía nacional” es entendida como surgiendo de la época en que el capitalismo habría asumido una forma cualitativamente nueva para convertirse en imperialismo. La presencia de capitales extranjeros extraordinariamente agresivos habría dado margen a una contradicción real entre esos intereses imperialistas y los de la burguesía industrial y financiera, también agraria, de los países afectados. La forma histórica inicial en que aparece esta contradicción se da en el período que antecede a las guerras mundiales, agudizándose en la segunda guerra y expandiéndose de los centros mundiales a la periferia de acuerdo a lo que se entendía ser el desarrollo natural del capital devenido imperialista. La política que se hace surgir de

este conflicto son, en general, los frentes antifascistas primero y como los propusiera la doctrina Dimitrov, y más tarde los frentes de liberación nacional. Estos debían ser la respuesta al carácter neocolonialista que entretanto habría asumido el imperialismo. Un modelo paradigmático lo constituyeron los frentes organizados en China para enfrentar la invasión japonesa. Estos frentes definen la estrategia de los partidos comunistas y obreros en torno a un programa que se entiende como antiimperialista, antineofeudal, antimonopolista. Meta de esa lucha era la formación de un Estado popular con participación de todos los aliados del frente, incluyendo por cierto a la “burguesía nacional” que había entretanto incorporado activamente a la lucha antiimperialista. Las fuerzas productivas del país debían ser desarrolladas respetando todos los sectores privados que no fuesen monopolistas. Este rasgo, sumado a una reforma agraria radical y al armamento del pueblo, debían a la vez asegurar no sólo la unidad de la alianza sino también la “hegemonía proletaria” implícita a la vez que un “tratamiento correcto” del problema campesino (el del acceso de los campesinos pobres a la propiedad de la tierra). Esta etapa excluía por tanto decididamente la construcción del socialismo y la destrucción de la estructura vigente del Estado para abrir el camino a la forma estratégicamente necesaria de la sociedad en la dictadura revolucionaria del proletariado. La “nueva democracia” quedaba así iniciada y del grado de su consecuencia y radicalidad iba a depender el paso más o menos rápido a la sociedad socialista. Los casos más relevantes de este modelo de dinámica histórica fueron la revolución china, la coreana y la vietnamita.

Para la izquierda chilena las cosas se plantearon de modo diferente y muchísimo más complicado, ante todo por el desarrollo histórico específicamente latinoamericano y sus supuestos coloniales y de independización del imperio hispánico. La interpretación generalizada en el seno de la izquierda chilena de la época afirmaba que el desarrollo desigual del capitalismo en los Estados Unidos y en América Latina (heredera de un sistema retardatario) habría conducido por un lado a la rápida subordinación del subcontinente a los capitales imperialistas ingleses primero y norteamericanos después y con ello a una absoluta subordinación de la “burguesía nacional” a las metrópolis imperialistas.

El problema de la estructuración de políticas al menos análogas a las líneas de acción determinadas por la Tercera Internacional, vino a complicarse aún más con el carácter que asumió la Revolución Cubana o al menos la forma en que ella fue interpretada en vastos sectores del movimiento revolucionario latinoamericano. La constitución extraordinariamente rápida en Cuba de un Estado Socialista con Dictadura del Proletariado hizo aparecer en el horizonte de las estrategias políticas, la posibilidad de prescindir de una etapa previa nacional, democrática y antiimperialistas, y por tanto, de una alianza estratégica con una burguesía nacional declarada como inexistente.

Y mientras el XX congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y con él la mayor parte del movimiento comunista internacional, declaraban llegado el momento de intentar seriamente la evolución pacífica al socialismo mediante el triunfo en elecciones y la acción dentro de la legalidad burguesa, la Revolución Cubana vino a reactualizar la necesidad de llegar al socialismo sólo mediante la guerra popular.

Todo este conjunto de factores aparecen con particular complejidad en la sociedad chilena, heredera de una tradición “democrático-burguesa” de más de un siglo de vigencia. En efecto, el movimiento obrero chileno, de masas que surge y se consolida por

los años 50, en momentos decisivos lo hace superando la capacidad conductora de sus vanguardias políticas, pero al llegar a los años 70 ya tiene una situación que si bien no es de asimilación al Estado burgués, resulta ser aceptada por él. Tan aceptada como la existencia de partidos antisistema profundamente ligados a la vida política tradicional y que, entre tanto, ya habían recuperado el control de la Central Única de Trabajadores (CUT) nacida en 1953 gracias al movimiento de la clase trabajadora.

El agudizamiento de las contradicciones de clase provocadas por el crecimiento del capitalismo monopólico habría causado, se decía por otro lado, un aumento enorme de las “fuerzas populares” que actuaban dentro del sistema. Para la izquierda chilena es este crecimiento lo que explicaba un quiebre puntual en el seno de la “burguesía” (resp. “oligarquía”) permitiendo no sólo el surgimiento de un gobierno de Frente Popular, sino ante todo el de un movimiento “neo-capitalista y reformista-cristiano que va a asumir un programa populista contrario a los intereses de “la reacción conservadora-liberal”. Este movimiento inspirado en las renovadoras nuevas doctrinas sociales de la iglesia católica y en grado importante dependiente de ella como institución, iba a ser masivamente apoyado por los centros imperialistas. Tomó forma en el partido Demócrata-Cristiano y el apoyo se articuló en la entonces así llamada Alianza para el Progreso. A partir de ahí se creó una muy vasta base social popular que le permitió —en tanto que alternativa a los programas marxistas— conquistar el gobierno en 1964. Para la izquierda chilena, el gobierno de Eduardo Frei Montalva no sólo habría fracasado en su impulso reformista, sino que vino con ello a hacer aún más aguda la cuestión de la existencia de una “burguesía nacional” articulable en un frente antiimperialista y popular. Precisamente el hecho de que esta alternativa demócrata-cristiana que se entendió inicialmente como una “nueva derecha” y como la única alternativa real al marxismo hiciese uso de gran parte del repertorio táctico del movimiento obrero y “popular” hacía muchísimo más complicado el diagnóstico general acerca del carácter de la sociedad chilena. Fue así como el fracaso completo en las elecciones de 1964 agudizó a tal punto las contradicciones ideológicas en el seno de la izquierda que en su propio seno comenzó a articularse una izquierda antiparlamentaria, antisistema y que buscaba el choque directo y destructor del Estado burgués y su democracia parlamentaria entendida como una sutil “dictadura de la burguesía”. La derrota de las fuerzas populares coincide así con el nacimiento del MIR y otros grupos menores que a partir de 1964 van a ver en el tránsito pacífico al socialismo una utopía irrealizable. Se configuraba así el horizonte político para convertir la revolución cubana en el polo alternativo a la línea oficial con todas las consecuencias polémicas del caso. La polémica, en efecto, no sólo se refería a la revolución socialista cubana, sino que iba incluso a trasladarse al interior mismo de los partidos de la izquierda chilena. Pese a ello el desarrollo de estas nuevas tesis estratégicas sobre la revolución chilena y su carácter no afectó la identidad institucional de los partidos tradicionales de la izquierda. Con la excepción del surgimiento del Partido Comunista Revolucionario (apoyado en la opción revolucionaria de China Popular), que en ningún momento puso en peligro la integridad del Partido Comunista del que se escindió, los demás movimientos fueron conducidos, fundados e integrados en su mayoría por jóvenes revolucionarios que no pertenecían ni a los partidos socialista o comunista ni eran líderes obreros. Esta ruptura motivó entonces que la izquierda nueva no contara con el respaldo necesario de masas. A esto colaboró por cierto la estructura de la sociedad chilena (incluso la CUT definía en 1955 la huelga general como su arma superior de lu-

cha) y el carácter relativamente militarista del “foco revolucionario” que —en los hechos— hacía nacer la organización política de los trabajadores (el Partido) de la insurrección de un grupo armado. Esta línea política vino a acentuarse aún más por la violenta persecución del MIR por parte del gobierno demócrata-cristiano. Y con ello vino a agravarse la división dentro de la izquierda chilena.

En la medida en que los partidos comunista y socialista necesitaban la unidad, ella fue consecuentemente buscada y lograda. Pero ello no impidió que, al menos en el Partido Socialista, el debate sobre la línea estratégica y táctica de la izquierda causara divisiones importantes. Es así como el Partido Socialista, no obstante reconocer la necesidad de una amplia alianza de clases, incluye vastos sectores en que fuera una y otra vez reafirmada la necesidad de la lucha armada. Todo ello, sin embargo, manteniendo en su interior fuertes tendencias a excluir de su proyecto político la constitución de una dictadura proletaria dirigida por un partido único. Esta problemática más la cuestión de la dependencia respecto a un país centro del movimiento comunista, había sido el punto clave de la larga polémica socialista-comunista, que llegó a asumir rasgos particularmente violentos en las décadas anteriores a la consolidación de la Unidad Popular.

El Partido Comunista, por su parte, debió enfrentar una serie de dificultades menores, pero su centralización orgánica pudo superarlas sin mayor dificultad. Los comunistas mantuvieron invariablemente su concepción del carácter antimonopólico, antilatifundista y antiimperialista de la revolución chilena, reservando el quiebre del capitalismo en cuanto tal para una etapa posterior en el tiempo. Sin excluir en principio la posibilidad del enfrentamiento armado (tampoco lo excluía la declaración del XX Congreso del PCUS), ponía sin embargo el acento sobre el desarrollo pacífico dentro de las reglas del Estado burgués. Aún la posibilidad del enfrentamiento armado no significaba la superación del carácter democrático y nacional del programa. El acento táctico sobre la “vía pacífica” motivó, además, la inclinación a convertir al Partido Comunista en un partido de masas, disminuyendo el trabajo orgánico tendiente a la preparación de toda una red de cuadros (“revolucionarios profesionales” los llamaba W.I. Lenin) que estuviera en situación de cambiar rápidamente la táctica empleada, combinando así en forma equilibrada y sistemática la lucha legal con la ilegal y subversiva. Esta línea no había surgido incluso durante el período en que el partido debió enfrentar por largo tiempo la ilegalidad (1947-1957). Más aún, ya desde los inicios de la última década siguiente el Partido Comunista acentuó la exigencia estratégica de constituir un amplio frente en el cual “los sectores medios”, la burguesía nacional, pequeña y mediana, debían tener una participación relevante.

En 1970 la izquierda seguía pensando que era la imposibilidad objetiva de actuar bajo un solo comando lo que obligaba a la “burguesía oligárquica” y a la “reformista” a dividirse en los bloques dirigidos por el Partido Nacional y la Democracia Cristiana. Esta situación debía ofrecerle una ocasión inédita para lograr el acceso a la función directiva del Estado. Es a partir de este instante que se va a documentar el desarrollo histórico en cuestión.

Los primeros tres documentos de la colección corresponden al Partido Socialista. Los dos primeros fueron elaborados para el Congreso Nacional a realizarse en Chillán en noviembre de 1967. El tercero, los Estatutos del Partido, es uno de los documentos resultantes de ese Congreso.

El documento de Clodomiro Almeyda tuvo un enorme eco e importancia no sólo en lo relativo al Congreso mismo, sino también para la opinión pública en general. Almeyda comienza por reafirmar que la izquierda chilena, constituida en lo básico por los partidos socialista y comunista, atraviesa por una crisis estructural. Esa crisis aunque real, “no necesariamente envuelve algo negativo” y es a su vez un reflejo de la crisis mayor del movimiento popular continental desatada por la experiencia de la triunfante revolución cubana. En Chile mismo es factor esencial del conflicto la “caducidad” no sólo de la actual generación de dirigentes políticos, sino también la de las formas orgánicas hasta ahora orientadas por el tecnocratismo y el economicismo. A esta situación se enfrenta una nueva generación “más auténtica y creadora”, abriéndose con ella la perspectiva de una “nueva izquierda”. La “pugna chino-soviética” es el horizonte más universal que refleja esta situación. La acción agresiva del imperialismo norteamericano y la creciente solidaridad mutua de los pueblos del mundo en su contra determinan la contradicción fundamental. “Lo que divide las aguas en el proceso político real es la actitud frente al imperialismo”. Junto con reafirmar que el problema político fundamental no es solucionable en el ámbito de lo nacional, Almeyda reitera que esa solución no puede ser sino violenta. Ella es imprescindible ante la actitud imperialista y por lo demás siempre que lo buscado es “la toma del poder” y la “sustitución de una legalidad de clase y de una escala de valores por otra”. Para los países latinoamericanos en general es válida la insurrección en su forma de guerra de guerrillas “tal como ha sido definida por Régis Debray en su forma típica”. Las dictaduras han cerrado todos los canales para la participación política negando así la posibilidad de “un real y efectivo proceso político vigente que comprometa a la mayoría de la población”. El que en Chile exista un tal movimiento no altera la tesis general. El enfrentamiento armado necesario tendrá en Chile como antecedente entonces no el foco guerrillero, sino el movimiento político de masas. La situación final deberá ser desencadenada por un golpe de la reacción nacional y/o una invasión norteamericana y para salir victoriosos de ella es condición fundamental que “la izquierda aspire realmente al poder para capturarlo para sí, y no limite sus ambiciones a ser un grupo de presión que desde fuera vaya obteniendo sucesivas “conquistas” economicistas o aumentando el número de sus parlamentarios.” Lo más probable en este caso sería así una “guerra civil revolucionaria..., con intervención extranjera, pero de curso más rápido y seguro”. Lo esencial es entonces trabajar en esta perspectiva “dejando de lado ilusiones electoralistas...” Almeyda se distancia claramente de los comunistas y se apoya en una cita de Stalin contra los reformistas en orden a que la lucha reivindicacionista que no busca el poder político, reafirma el sistema y debilita a las masas. La organización política sujeto de esta línea estratégica y táctica es el “frente de los revolucionarios chilenos” que ha de unificar a todos los antiimperialistas contra los proimperialistas. Se reemplaza con ello el “esquema tripartito” propio de la política chilena de los últimos años (derecha-izquierda-democracia cristiana) en el cual ésta última lograba neutralizar sectores populares en beneficio de la derecha. Simultáneamente este frente debe excluir todo sectarismo a la vez que rechazar todo frente populismo electoralista en la medida que éste implica integrar un Partido Radical en descomposición. En cambio es posible que sectores juveniles de partidos de centro y de la DC se incorporen al frente. El Partido Comunista, al igual que el Socialista deben integrar la coalición, pero acatando las disposiciones de la OLAS. La unidad socialista comunista es vital y debe edificarse en base al programa descrito. El P. Socialista está en

condiciones de transformarse en “el núcleo del partido de la Revolución Chilena”. Almeyda rechaza algunas actitudes de la juventud de su partido condenándolas como “puristas” y aislacionistas. El partido en cualquier caso requiere una readeucación orgánica para las nuevas luchas.

El segundo documento incluido, el Informe básico sobre la situación, elaborado por C. Almeyda, A. Álvarez, Carlos Moral, Julio Benítez y E. Serani, contribuye a explicitar más las posiciones socialistas. Se reafirma allí ante todo que la contradicción principal es entre el imperialismo y el antiimperialismo. Se constata al mismo tiempo que los mecanismos de defensa instalados por el capitalismo han logrado frenar momentáneamente el impulso de la lucha popular. Además de esto afirma que los intereses específicos y particulares de los países socialistas los han impulsado a su política de coexistencia pacífica con el capitalismo, despertándose así tendencias revisionistas que aminoran la solidaridad internacional socialista. Por ello, la contradicción más aguda es la que subsiste entre los “pueblos atrasados” y el imperialismo norteamericano. En este hecho se basa el carácter mundial de la lucha de liberación y el carácter continental de la lucha en América Latina. El documento afirma enseguida el carácter reaccionario y proimperialista del reformismo. El “cisma chino-soviético” ha abierto la posibilidad de romper “el monolitismo ideológico y político” y por eso, aunque ha debilitado al “socialismo mundial constituye una base para lograr acuerdos a “un nivel superior” sin subordinaciones en un frente antiimperialista amplio.

A continuación, el documento busca insertar la revolución chilena en el conjunto latinoamericano y en su relación a los demás movimientos de Asia y África reafirmando la vigencia de la OLAS. Se ha cerrado ya la era de las revoluciones “pacíficas”, “democráticas”, “nacionales”, “populistas”, etc., y son ellas mismas las que han demostrado su fracaso. Las reformas democrático-burguesas deben llevarse a cabo simultáneamente con las socialistas.

El documento siguiente corresponde a los Estatutos del Partido Socialista aprobados en el Congreso de Chillán. Define al partido como una organización marxista-leninista, basada en el centralismo democrático y jerarquiza a sus miembros en simpatizantes, postulantes y militantes. Describe a continuación el proceso de ingreso a la organización, los deberes y derechos de los militantes, las faltas y sanciones al orden, la estructura del partido y sus instancias.

Incluyo a continuación dos documentos relevantes de la Conferencia Internacional de los Partidos comunistas y Obreros celebrada en Moscú en 1969. El primero es “Las tareas actuales de la lucha antiimperialista y la unidad de acción de los Partidos Comunistas y Obreros y demás fuerzas antiimperialistas”, aprobado por los 75 partidos asistentes a la Conferencia el 17 de junio de 1969 y el texto del discurso de Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista de Chile. Ambos reflejan con exactitud tanto el análisis de la situación revolucionaria mundial y las estrategias a seguir como las metas perseguidas por el Partido comunista en la fase de surgimiento de la Unidad Popular.

El 17 de diciembre de 1969 se llega a la Continuación del Programa básico de la Unidad Popular, programa que sirve de sustentación a la candidatura de Salvador Allende. Ésta logró cristalizar luego de múltiples gestiones y discusiones a lo largo de las cuales diversos partidos renunciaron a sus candidatos (el Partido Comunista a la postulación de Pablo Neruda, el MAPU a las de Jacques Chonchol y Rafael A. Gumucio y el Partido Radical a la de Alberto Baltra).

El Programa Básico de la Unidad Popular es, en cierto modo, una síntesis más o menos lograda de las diferentes interpretaciones de la revolución chilena que ya comenzamos a visualizar. De este Programa procuraré resaltar justamente aquellos momentos que cristalizan las corrientes políticas decisivas y que, por su generalidad, son el punto de partida de las dimensiones posteriores.

El Programa comienza haciendo un análisis de la situación de crisis objetiva que determina las contradicciones propias de la sociedad chilena. Pero ya a este nivel se puede observar la dirección que asume: "Lo que ha fracasado en Chile es un sistema que no corresponde a nuestro tiempo. Chile es un país capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero, que no pueden resolver los problemas fundamentales del país, los que derivan precisamente de sus privilegios de clase a los que jamás renunciarán voluntariamente... Más aún, como consecuencia misma del desarrollo del capitalismo mundial, la entrega de la burguesía monopolista nacional al imperialismo aumenta progresivamente, se acentúa cada vez más en su dependencia su papel de socio menor del capital extranjero". Es de la mayor importancia delimitar con exactitud este análisis, él determina con claridad que la sociedad chilena es dirigida por el capital monopolístico, pero que su carácter de "dependiente" consiste en el carácter de "socio menor" que caracteriza a este capital monopolístico nacional. No se trata entonces de que el conjunto de la burguesía dominante, sino sólo su componente monopolístico, estaría ejerciendo el rol de co-sujeto ("socio menor") del capital imperialista. El resto de la sociedad, esto es, también la mediana burguesía, son "objetos" de la acción imperialista. Y al aludir más adelante al gobierno de la Democracia Cristiana, se lo incluye entre los agentes del "capital monopolista internacional", pero sin deducir de allí que a esta tarea proimperialista se hayan sumado, estructuralmente, los otros sectores no monopolísticos de la burguesía. El rol de "agentes del imperialismo" ha sido asumido tan sólo por la superestructura reformista actuando así en contra de los intereses del pueblo en general.

Por ello el Programa se va a definir como antiimperialista, antimonopolista y antilatifundista, fundamentando este triple carácter en las características esenciales de la crisis generalizada. "La única alternativa verdaderamente popular y, por tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía e iniciar la construcción del socialismo en Chile".

El programa se define entonces a la vez como un programa "democrático" que tiende a construir el socialismo sin destruir el capitalismo. Con otras palabras, se tiende a desarrollar los aspectos democráticos del sistema capitalista y es en este desarrollo en el cual se da la posibilidad de iniciar la construcción socialista. La construcción del socialismo comienza junto con la democratización radical del Estado burgués. A la vez se afirma que la democratización no se desarrollará sin oposición del capital monopolístico, pero se quiere presumir que esta transformación no incluye la ruptura cualitativa tradicional. La superación del capitalismo deberá lograrse en la medida en que la Unidad Popular, como elemento antisistema general, "democratice" sus capacidades propias de movilización social. Esta línea de acción general quedará más clara el momento en que se visualice la política económica.

Elemento central de esta acción política deberá ser la acción unida y organizada del pueblo, el "poder popular". Célula fundamental de esta unidad organizada del pue-

blo debían ser, en un primer momento, los Comités de Unidad Popular (CUP). Ellos nacieron como apoyo orgánico a nivel nacional para la candidatura de Allende y por eso debían estar integrados por los militantes de partidos de la coalición y por quienes trabajaban para su triunfo. Se agrega, sin embargo: “Los Comités de Unidad Popular no sólo serán organismos electorales. Serán intérpretes y combatientes de las reivindicaciones inmediatas de las masas y, sobre todo, se prepararán para ejercer el Poder Popular...”. “Así, pues, este nuevo poder que Chile necesita debe empezar a gestarse desde ya, donde quiera que el pueblo se organice para luchar por sus problemas específicos y donde quiera que se desarrolle la conciencia de la necesidad de ejercerlo (...). Este sistema de trabajo común será un método permanente y dinámico de desarrollo del Programa, una escuela activa para las masas y una forma concreta de profundizar el contenido político de la Unidad Popular en todos sus niveles”.

En modo alguno puede entonces pensarse en que el poder popular adquiere el carácter esencial del “sistema” de doble poder. Ello por la razón que la Unidad Popular en tanto que gobierno (Poder Ejecutivo) se concibe como la realización máxima de la voluntad popular. La acción de masas se convierte, por tanto, en un respaldo fiscalizador del Programa y el Gobierno. Pero, a la vez, en la medida en que no ha quedado absolutamente claro qué significa —en el tiempo— la construcción del socialismo (esto es, “sociedad socialista”), quedan abiertas las puertas para la interpretación posterior del Poder Popular, como acción de masas alternativa y sustitutiva, no del Gobierno de la UP, sino del Estado burgués. En el Programa Básico convergen híbridamente por tanto la concepción del Poder Popular institucionalizado y la del poder de masas que origina una nueva institucionalidad.

En cuanto al Programa mismo, éste desarrolla ante todo la idea tradicional de que las transformaciones tienen al poder político como su condición de posibilidad: “Las transformaciones revolucionarias que el país necesita sólo podrán realizarse si el pueblo chileno toma en sus manos el poder y lo ejerce real y efectivamente”. Este poder político, a pesar de los progresos conseguidos por una larga lucha, es todavía ajeno al pueblo.

Sujeto de este poder del pueblo es el Gobierno, y su ejercicio “real y efectivo” es la realización del programa. La realización del programa es “el traspaso del poder, de los antiguos grupos dominantes a los trabajadores, al campesinado y sectores progresistas de la ciudad y del campo”.

Este “traspaso de poder” es logrado por el Gobierno constitucional generando un nuevo Gobierno constitucional. El paso de uno a otro es hecho dentro del Estado burgués, y por lo tanto se trata de un desarrollo paulatino.

Este desarrollo tienen dos líneas de acción:

“preservar, hacer más efectivos y profundos los derechos democráticos y las conquistas de los trabajadores” y en segundo lugar: “transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo Estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el real ejercicio del poder”. El “poder” será, en consecuencia, un resultado de la mediación histórica del Gobierno popular apoyado por las masas en su tarea de profundizar la democracia. Más aún, el poder en lo esencial, empieza a existir en el momento en que la nueva institucionalidad lo encauza.

Entre ambas institucionalidades (aquella en que se profundiza la democracia y aquella en que ella es llevada a su expresión extrema) está la acción gubernativa que es identificada históricamente con la voluntad del pueblo en general.

En el esquema tradicional la revolución significa el paso de un poder (la dictadura de la burguesía) a otro poder (el popular y proletario). Ambos se articulan en instituciones (el Estado Burgués y el Estado Popular o Proletario), pero esta articulación es siempre resultado de una acción no institucionalizada de una clase que destruye a la otra como poder y, subsidiaria aunque simultáneamente, como institución.

En el proyecto político de la Unidad Popular se trata del paso de una institucionalidad a otra mediante la acción de un Poder Ejecutivo que representa el interés del pueblo y delimita su actividad.

La “profundización de la democracia” consiste en garantizar “el ejercicio de los derechos democráticos” y en “respetar las garantías individuales sociales de todo el pueblo”. Estos derechos serán profundizados en la medida en que sean ejercidos “sin las cortapisas con que los limitan actualmente las clases dominantes”. La profundización de la democracia tiene por meta por tanto la identidad de la democracia consigo misma. Para conseguir esto, el pueblo (“organizaciones sindicales y sociales de los obreros, empleados, campesinos, pobladores, dueñas de casa, estudiantes, profesionales, intelectuales, artesanos, pequeños y medianos empresarios y demás sectores de trabajadores ...”) “será llamado por el Gobierno y a intervenir en el rango que les corresponda en las decisiones de los órganos de poder”. Es dentro de esta estructura general que debe entenderse la función del “pueblo organizado”: “El Gobierno Popular asentará esencialmente su fuerza y su autoridad en el apoyo que le brinde el pueblo organizado. Esta es nuestra concepción de gobierno fuerte, opuesta por tanto a la que acuñan la oligarquía y el imperialismo que identifican la autoridad con la coerción ejercida contra el pueblo”.

El encuadramiento de las acciones políticas en organismo de carácter social (sindicatos, juntas de dueñas de casa, agrupaciones de pobladores, profesionales, técnicos, etc.), obedecía en Chile claramente al límite que el Estado estableció. Esta movilización organizada de masas a nivel social carece de representatividad política inmediata.

En el Programa Básico, esta limitación de la acción política a los márgenes de la organización social (ellos deberán intervenir “según el rango que les corresponda”), coincide absolutamente con el papel primario que le corresponde a la institución gubernativa. El resto de las medidas tendientes a la profundización de “la democracia se mueven en este mismo horizonte que no concibe, en términos absolutos, al sistema democrático parlamentario como la dictadura de la burguesía, sino como una estructura de dominio de clase lo suficientemente general como para permitir desplazamientos cualitativamente diferentes en su control.

En cuanto a las nuevas instituciones, ellas deben articularse en el Estado Popular. “A través de un proceso de democratización organizada de las masas se construirá desde la base la nueva estructura de poder. Una nueva Constitución política institucionalizará la incorporación masiva del pueblo al poder estatal. Se creará una organización única del Estado estructurada a nivel nacional, regional y local que tendrá a la Asamblea del Pueblo como órgano superior de poder. La Asamblea del Pueblo será la Cámara Única que expresará nacionalmente la soberanía a popular. En ella confluirán y se manifestarán las diversas corrientes de opinión...”

Es importante ante todo tener en cuenta que, en el nivel en que se plantea el problema del poder, una reforma del tipo de la anunciada aquí, requería de la mayoría parlamentaria. De cualquier modo, ella surge en el programa como el resultado de la democratización creciente y no como su condición.

El que esta Asamblea del Pueblo sea una "organización única del Estado implica la disolución del principio de "separación de los poderes del Estado", pero al ser Asamblea Única en que "se manifestarán las diversas corrientes de opinión", es un equivalente al Parlamento tradicional en el cual no se representan los trabajadores en cuanto tales sino sus "opiniones" articuladas en partidos políticos.

En todo caso, no se precisa si el carácter de "órgano superior de poder" que le corresponde implica que la Asamblea del Pueblo tendrá la atribución de designar el Poder Ejecutivo. En cambio, esta atribución la tendría en lo relativo al Poder Judicial: "Concebimos la existencia de un Tribunal Supremo, cuyos componentes sean designados por la Asamblea del Pueblo, sin otra limitación que la que emane de la natural idoneidad de sus miembros". ("La Organización de la Justicia"). Para nada se alude a la relación entre la Asamblea del Pueblo y la organización de las Fuerzas Armadas.

Aspecto importante en la estructura de la Asamblea es la revocabilidad de todos sus mandatos.

Luego de enumerar las funciones principales de la Asamblea en los diversos niveles del Estado Popular, se alude a una acción concreta tendiente a lograr la nueva institucionalidad: "Desde el día mismo que asuma el mando, el Gobierno Popular abrirá canales a fin de que se exprese la influencia de los trabajadores y del pueblo, por intermedio de las organizaciones sociales, en la adopción de decisiones y en la fiscalización del funcionamiento de la administración estatal. Estos serán pasos decisivos para la liquidación del centralismo burocrático que caracteriza la administración actual". En estas frases se transparenta a la vez una posición política diferente, pero en lo fundamental coincidente con la línea central. La activación de las masas ha de ser "un paso decisivo" en la transformación institucional, pero la influencia de los trabajadores se articulará "por medio de sus organizaciones sociales" co-decidiendo y fiscalizando al sujeto histórico real: el Gobierno Popular.

El párrafo relativo a la Defensa Nacional no contiene aspectos relevantes en lo relativo a la polémica tematizada. Tal vez es importante señalar que el programa no alude a la reforma del derecho electoral tendiente a conceder derecho a voto a los suboficiales y a la tropa, reforma que más tarde será puesta en primer plano por algunos sectores de la izquierda.

La generalidad del texto del programa en lo relativo a las Fuerzas Armadas es ciertamente una necesidad táctica del momento, pero la realidad es que tras esta exigencia coyuntural tampoco existía una política articulada al respecto. El texto del Programa se limita a repetir los conceptos generales que tenían vigencia incluso dentro las instituciones armadas mismas. La polémica en torno a la separación de los poderes del Estado y de sus respectivos aparatos, se iba a agudizar precisamente respecto a la intocabilidad del brazo armado del Estado vigente.

En la misma medida en que el Programa no incluye el quiebre del Estado burgués y su aparato, la importancia de las "transformaciones económicas" aumenta proporcionalmente.

“Las fuerzas populares unidas buscan como objetivo central de su política reemplazar la actual estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo”.

La yuxtaposición de ambos momentos, la democratización de la economía y el inicio de la construcción socialista, encubre una relación causal. Pero el Programa vuelve a dejar abierta la cuestión de la mediación que ha de realizar esta causalidad. En todo caso, el eludir el problema de si en las transformaciones democráticas de la economía estaba implícito o no un cambio cualitativo de las relaciones de producción, no significaba eludir la cuestión del tránsito de una economía monopolista a una economía “democratizada”. Aludo esta cuestión en este momento porque esta indeterminación programática será uno de los factores fundamentales que causan la polémica en torno a la línea de acción a seguir en las expropiaciones de la industria, la banca y la tierra.

Junto con destacar la función primordial de la planificación, el Programa detalla su concepción de la centralización implícita en la ordenación de la propiedad de medios productivos en tres áreas.

El Área de Propiedad Social (APS) deberá estar formada por las empresas que están en poder del Estado más las que se expropian. El problema del volumen de empresas a expropiar si bien central no parece haber jugado un papel prioritario. Prueba de ello es que no se dio a la publicidad ninguna lista completa. Sin embargo, más relevante me parece el hecho de que se soslaye el problema del tipo de relaciones productivas que se buscaba para esta Área de Propiedad Social, al menos germinalmente. En los hechos ella debía aparecer, en el tiempo, como una propiedad estatal, pero por el tipo de participación de la clase trabajadora en las expropiaciones y por la función que ella tendría sobre el resto de la organización política del país, habría sido necesario enfrentar este problema con mayor detenimiento, en el sentido de visualizar los gérmenes de socialismo” que ella debía implicar. El problema repercutirá violentamente en los momentos en que se planteó la cuestión del financiamiento del APS adoptando una política económica inflacionaria en los hechos.

En todo caso, y en función del desarrollo posterior del proceso, cabría retener que el programa plantea el control estatal sobre el transporte ferroviario, aéreo y marítimo, excluyendo el transporte terrestre. En cambio, si exige la estatización de “las grandes empresas y monopolios de la distribución”.

En lo relativo a las empresas privadas y mixtas sólo importa destacar aquí que su activación se deberá lograr mediante varios factores: la liberación de ellas respecto al capital industrial, financiero y comercial de tipo monopolístico; su integración a la planificación nacional; las garantías tributarias, de aranceles aduaneros, etc. El control obrero de la producción es una línea de acción que surge con claridad sólo en el momento en que la producción comienza a hacer crisis.

Para nuestros fines interesa destacar en lo relativo a la Reforma Agraria sólo aquellas correcciones fundamentales que el Programa Agrario anuncia a la Ley de Reforma agraria despachada durante el Gobierno D.C.

La primera es la aceleración del proceso; incluyendo los frutales, la viticultura y los terrenos forestales. En ningún caso el dueño tendrá “derecho preferencial a elegir la reserva”. La segunda es la creación de empresas agrícolas estatales con tecnología moderna. La tercera es la articulación del minifundio en unidades cooperativas mayores.

Más adelante podrán verse también las consecuencias de la indeterminación casi absoluta con que se enfrenta —desde el punto de vista ideológico— la cuestión de las relaciones de producción en el campo y la orfandad de los “análisis de clase” relativos a ellas.

El carácter político fundamental que tiene en el Programa la gestión económica reside en que la estatización de los monopolios industriales, financieros y de comercialización y distribución debe operar simultáneamente con una creciente democratización de las relaciones productivas en el seno del Área de Propiedad Social

Es así que para el cumplimiento del programa de desarrollo económico se dice: “La garantía del cumplimiento de estos objetivos reside en el control por el pueblo organizado del poder político y económico, expresado en el área estatal de la economía y en la planificación general de ésta. Es este poder popular el que asegurará el cumplimiento de las tareas señaladas”.

El Informe de Luis Corvalán al XIV Congreso del Partido Comunista (23 de noviembre de 1969) destaca ante todo la continuidad de la línea política del P.C. chileno en relación al XIII Congreso de 1965. Pero junto al balance de la actividad política desde entonces, es necesario observar algunas cuestiones de interés para nuestro problema. Ante todo la línea de oposición al gobierno demócrata cristiano. Esta oposición es caracterizada como “no ciega” y constructiva en lo referente a medidas concretas como la Reforma Agraria (y la reforma constitucional relativa al derecho de propiedad con la cual se hizo posible esa reforma), la Reforma Universitaria, etc. Pero tal vez más importante que esta apreciación es la distinción que hace Corvalán entre las diversas tendencias en el interior de una Democracia Cristiana pluriclasista por un lado, y los diversos sectores de base de ese partido y su dirección, por otro.

En absoluta coherencia con esta línea, el ataque al MIR es violento, pero confiado en la posibilidad que ese movimiento desaparezca o se asimile a las posiciones del Partido Comunista. Una especial satisfacción es para Corvalán el hacer ver el crecimiento cuantitativo del partido si bien no es olvidado el análisis de su composición de clase. En cambio, el documento es pobre en lo relativo a los problemas de organización que ha de plantear una lucha que él mismo califica de incierta en su evolución. En lo relativo al Programa Político como tal destaca ante todo su columna vertebral: la revolución chilena será antiimperialista y antioligárquica reservando su carácter socialista para una etapa posterior y cualitativamente diferente. Los enemigos principales ejercen su actividad negativa sobre el conjunto del “pueblo”, concepto que agrupa no sólo a la clase obrera (que debe ser hegemónica) y al campesinado, sino también a la pequeña y mediana burguesía. En este primer periodo no socialista deberá operar una combinación de economías: el capitalismo de Estado y la empresa privada no monopólica. Incluso se prevé que el desarrollo de esta política habrá de ganar el concurso de capitalistas patriotas que no pondrán obstáculo a la socialización generalizada del país. El socialismo chileno tendrá por tanto lugar en base a una coalición de partidos, puesto que socialismo y sistema de Partido Único no son equivalentes. Por último es importante destacar que en lo relativo a la vía política, el Partido Comunista se pronuncia por la “no fijación dogmática” de una línea, armada o no, pero no se pronuncia tampoco incluso sobre la preeminencia probable de una de ellas y, en consecuencia, tampoco alude a la organización ante tal indeterminación postulada como objetiva.

Los Estatutos del Partido Comunista fueron aprobados en el XIV Congreso de 1969. La tarea fundamental del pueblo y su vanguardia es la “revolución nacional liberadora, antiimperialista y antioligárquica, con la perspectiva del socialismo”. Con este proceso se inicia un desarrollo ininterrumpido que debe terminar en la sociedad comunista. Misión esencial del PC es entonces “liberar al hombre de toda forma de explotación, de la desigualdad social y de la guerra”. El funcionamiento orgánico del partido se basa en la dirección colectiva, en el centralismo democrático y la solidaridad internacional. Enseguida el documento describe las diferentes categorías de los miembros y las Juventudes Comunistas, su proceso de admisión y deberes, sus derechos y las faltas a sanciones. El título VI se ocupa de la estructura orgánica del partido, su organización de base (la célula) y sus instancias superiores. El título VII describe el funcionamiento del centralismo democrático, el VIII la Organización Nacional. Los títulos restantes abordan las Conferencias y Plenos, la Coordinación de las organizaciones de masas, las juventudes comunistas, los aportes económicos, las relaciones internacionales y la Reforma de los Estatutos.

La entrevista de “Punto Final” a Carlos Altamirano es anterior al acuerdo que condujo a la constitución de la Unidad Popular. Aspecto central de esta entrevista es la constatación de que “los partidos de izquierda no han sido capaces de crear una alternativa de poder revolucionaria y unitaria”. Altamirano hace ver que, desde ya, es importante que las vanguardias políticas digan con claridad al pueblo, “sin mentiras ni demagogias”, que es imposible un “cambio radical de la sociedad sin esfuerzo, sacrificio, trabajo, disciplina y organización...”. La condición para la unidad es “la claridad en los objetivos programáticos” sin transacciones con el reformismo (se alude con ello ante todo al Partido Radical) tendientes a ampliar la base social. Para lograr este objetivo es más rentable la consecuencia revolucionaria, sin exageradas esperanzas en el éxito electoral.

Para situar correctamente estas declaraciones de Altamirano me ha parecido necesario recurrir a dos textos que expresan más doctrinariamente la línea política del Partido Socialista.

El primero de ellos pertenece a Adonis Sepúlveda (“EL Partido Socialista en la Revolución Chilena”). En él se descarta la posibilidad estratégica de conseguir el poder por la vía pacífica-electoral. Tácticamente ella no puede ser descalificada a priori, pero sólo como una condición para lograr la movilización revolucionaria de las masas. El Partido Socialista debe poder combinar la lucha legal con la ilegal en vistas a la insurrección armada que debe destruir al Estado burgués.

Esta línea política representa sin embargo sólo una tendencia dentro del Partido Socialista, si bien tales proposiciones son incorporadas programáticamente. Para visualizar, de modo necesariamente muy general, la polémica interna dentro del Partido Socialista he elegido como correlato un texto de Julio C. Jobet (“El Socialismo Científico y la Libertad”). Jobet representaba la tendencia que, en los hechos, va a hacerse presente con más fuerza dentro de la línea política que sigue el Gobierno y en particular el Presidente Allende. En este texto, por otra parte, se pone ante todo el acento en las diferencias políticas generales con el Partido Comunista. En él se reflejan con claridad las líneas estratégicas que representaba el Partido Socialista en su larga polémica con el Partido Comunista.

Ante todo destaca la identificación entre “Socialismo” y “Libertad”, por un lado, y “Comunismo” y “Tiranía” por otro. La organización colectiva de la economía no debe ser más que un medio para un gobierno democrático de los trabajadores y en ningún caso la justificación infraestructural para la tiranía de Estado. La Dictadura del proletariado, asimilada al stalinismo y diferenciada de la opinión originaria de Marx, es un medio que históricamente se ha mostrado como estéril para construir la sociedad socialista.

Más importante aún para nuestro problema es la afirmación de Jobet de que entre las diversas formas del Estado burgués hay diferencias cualitativas y antagónicas. Las libertades en el seno del Estado Burgués “ya no son libertades burguesas, ajenas al movimiento obrero, sino libertades democráticas del pueblo. (...) La experiencia del fascismo obliga, entonces, a distinguir con claridad en el seno del capitalismo demoburgués, entre la democracia y la dictadura”. De ahí puede entonces seguirse al menos la significación que tiene para sectores importantes del Partido Socialista la lucha en los márgenes de la legalidad burguesa y las instituciones que el pueblo haya podido conquistar dentro de sus reglas de juego. El Partido Socialista, a diferencia del Partido Comunista, no sólo acepta la posibilidad de que el nuevo Estado sea conducido por una coalición pluripartidista, sino que postula el pluripartidismo como una necesidad estratégica. Más que eso, el sujeto histórico debe ser un “Frente de Trabajadores manuales e intelectuales”.

Las diferencias con el Partido Comunista (y con otros partidos que integrarán la Unidad Popular) quedan en claro: “No existe burguesía progresista pues toda ella está comprometida con el Imperialismo. Se denuncia la táctica de “Frente de Liberación Nacional” que llama a la burguesía progresista a unirse a las clases trabajadoras en la lucha contra el capitalismo, como una contradicción con cualquier posición antiimperialista y una carencia de identidad entre esa consigna y las clases trabajadoras.” Esto, evidentemente, a nivel estratégico, porque las alianzas coyunturales con los partidos burgueses progresistas están dentro del horizonte general de los socialistas chilenos.

Un ataque frontal a la posición surgida del XIV Congreso del P. Comunista es lo fundamental del artículo de Manuel Cabieses (MIR). Ante todo denuncia Cabieses la opinión del Informe de Jorge Insunza y el discurso de Pablo Neruda quienes apoyándose en la intervención de Rafael A. Gumucio (MAPU), ven en la “ultraizquierda” a uno de los “enemigos principales”. En este instante, como también más adelante, el MIR busca romper un posible aislamiento político tratando de acercarse al Partido Socialista. En esta dirección, Cabieses denuncia lo dicho por Insunza en el sentido que el Partido Comunista distingue a la ultraizquierda de “aquellas fuerzas que se dejan seducir por la frase revolucionaria”.

Fundamentando históricamente la posición del MIR, Cabieses acude al ejemplo de la Revolución Cubana que, en lo estratégico y en lo táctico, habría roto el esquema tradicional estatuyendo una norma para las revoluciones latinoamericanas. La falsedad del dilema comunista radica en sus términos mismos: legalidad burguesa o golpe de Estado.

Cabieses destaca finalmente la contradicción que estaría presente entre las bases y la dirección del Partido Comunista.

El artículo de Fernando Mires (MIR) fundamenta una política alternativa a la del Partido Comunista, llamando la atención sobre el carácter fundamental que ha adquirido el Estado en las sociedades de capitalismo dependiente: "En toda sociedad dependiente domina un Estado mercenario" La función opresiva del Estado se especifica por tanto en su función esencial de "preservar los intereses de la clase monopolista extranjera". De ahí surge la necesidad de excluir las "burguesías nacionales" de la alianza de clases. Tomando en cuenta la corrupción de las "aristocracias obreras" se hace necesario aumentar la importancia del subproletariado en la alianza. Proposición genérica y fundamental es, por otra parte, la destrucción del aparato armado del Estado mercenario.

El artículo de Alberto Baltra y la entrevista a Orlando Cantuarias muestran las líneas fundamentales en que se mueve el Partido Radical dentro de la alianza. Baltra señala el carácter inevitable que tiene el sistema socialista para la sociedad chilena, pero acentúa la necesidad de crear un sistema previo que permita acumular y desarrollar las fuerzas productivas capitalistas al máximo. En lograr este desarrollo ve Baltra el problema principal del momento, dada la falta de dinamismo en que ha quedado la economía después del gobierno de Frei. La complejidad del problema debe resolverse ante todo mediante la creación del modelo económico de las tres áreas de la producción (modelo cuya paternidad Baltra se atribuye). De cualquier forma, Baltra identifica el sector estatal con un sector formado por "empresas estratégicas" sin especificar si las que deben ser estatizadas son o no monopolísticas. A la vez pone como exigencia absoluta la delimitación exacta de las tres áreas y el apoyo crediticio y técnico a las empresas privadas.

Importante es señalar la concepción del artículo en lo relativo al cambio político: "Sería ingenuo pensar que las clases dominantes, usufructuarias de los privilegios que les concede el orden vigente, pudieran renunciar a ellos sin defenderse. Pero creemos que, mediante reformas tácticas bien concebidas, se puede privar a esas clases de sus factores de poder y obligarlas a capitular". El socialismo así conseguido sería el sistema político en que "el poder político y económico esté realmente en manos del pueblo, de los hombres de trabajo y esfuerzo".

Baltra y otros miembros del Partido Radical abandonaron la coalición de Gobierno en 1972 y se transformaron en violentos enemigos de la U.P. Cantuarias permaneció dentro del Partido Radical y con él en la Unidad Popular. Significativa es sin embargo su concepción del Estado Popular, en especial en lo relativo a su organización interna: él debe basarse "en un régimen constitucional basado en la separación de los Poderes".

Los dos documentos que incluyo a continuación forman parte del Pleno del Comité Central que el Partido Comunista destinó al examen de la campaña presidencial. El primero es el Informe al Pleno leído por el diputado Jorge Insunza. En él se busca determinar la línea política general que debe orientar la campaña. El segundo es una intervención de José Oyarce relativa a los problemas de organización del Partido y de los organismos de base electorales (CUP).

El documento de Insunza realza la importancia estratégica de las elecciones y la Unidad que los partidos populares han logrado después de superar la crisis previa. Esta unidad se debe, en importante medida al P.C., pero también "al realismo con que el Partido Socialista ha enfocado los acontecimientos políticos del último período". Además de poner en claro que no es posible ya ningún entendimiento con la Democracia Cristiana proimperialista y reaccionaria, Insunza da a entender que la alianza debe ser rechazada

con “el señor Tomic y quienes administran la Democracia Cristiana”. El gobierno popular ha de caracterizarse porque “su pujanza realizadora estará avalada antes que nada por su capacidad de transformarse efectivamente en un gobierno del pueblo y será tanto más efectivo cuanto más presente estén todas las masas populares en su gestión, cuantos más caminos se franqueen al ejercicio del poder por ellas”. Es importante, sin embargo, que al exponer la línea política de la Unidad Popular, el documento prácticamente no alude a la articulación de las masas organizadas en el Estado Popular que tiene —según el Programa— su centro político en la Asamblea del Pueblo.

El análisis de la Democracia Cristiana se basa en cuestiones de principio: “El pluriclasismo característico de la Democracia Cristiana en todo el mundo se ha mostrado también en Chile como un método cuyo objetivo principal es la sumisión a un sector de la burguesía de capas de trabajadores que, aunque han querido expresar allí su convicción de la necesidad de modificar el sistema, son utilizados al fin y a la postre, para mantener en pie el régimen capitalista.” Es claro entonces que para el Partido Comunista la cuestión de la burguesía nacional debe resolverse haciendo algunas distinciones fundamentales. La burguesía nacional no existe en forma de un partido de masas que represente sus intereses objetivos de clase. Pero esta clase es postulada como existente y la clase obrera debe plantearse el ganarla como una de sus tareas fundamentales. El peligro que representa la Democracia Cristiana es entonces doble: por una parte busca convertir a esta clase “nacional” en la nueva clase dominante (constituyéndose en su expresión política) y —correlativamente— subordinar la clase obrera a esta nueva clase (“para mantener en pie el sistema capitalista”). La debilidad de la Democracia Cristiana frente a los trabajadores, las clases neocapitalistas y los pequeños empresarios radica en que ella es un instrumento del Imperialismo, y por tanto su gestión no puede conducir sino a una concentración creciente del capital. Justamente esta debilidad es la que deben aprovechar las fuerzas populares.

La crítica al MIR es violenta y sin matices: “El pueblo no se dejará elevar por el derrotismo enfermizo y paralizante que tratan de fomentar algunos “ultrarrevolucionarios”. Estos (...) se esmeran en el ataque a la Unidad Popular y en dar realce a las capacidades de los reaccionarios hasta mostrarlos como invencibles. Con ello dejan de manifiesto su desconfianza en las masas populares, su penosa orfandad política y prestan, de nuevo, inestimables servicios a los enemigos de clase al intentar baldear con agua fría el movimiento popular con el más pulcro uso de la verborrea revolucionaria”.

La “movilización de las masas” es puesta en lugar relevante. Sus márgenes los encuentra en el sistema mismo y ella se expresa en la lucha por el reajuste compensatorio de la inflación, en la ocupación de sitios. Sin aludir al impulso de las tomas de terrenos, Insunza agrega: “Necesitamos hacernos eco de estas necesidades, organizar la lucha para resolver sin demora la entrega de sitios a miles de familias”. La lucha en favor de los pequeños comerciantes se ha expresado en la acusación parlamentaria y en general en la acusación contra el Ministro del Trabajo. Labor fundamental de los de los Comités de Unidad Popular (CUP) es el apoyo a las luchas reivindicativas y el esclarecimiento ideológico. “Este Criterio de masas, base esencial para abrir paso a una victoria, debe ser resguardado enérgicamente. No pueden prevalecer contra él las tendencias ultranacistas de los que quieren introducirse en la campaña no para luchar por el triunfo, sino para desencadenar desde allí sus provocaciones”.

El documento de José Oyarce es importante porque en él se pone de manifiesto la línea organizativa que el Partido Comunista busca darle a la campaña eleccionaria convirtiendo a ésta en medio para articular jerárquicamente la movilización de masas. “El organismo superior de la campaña ha resuelto la siguiente estructura: Comando Nacional de la Unidad Popular, que está integrado por tres representantes de cada partido y movimientos que la componen. Comandos Provinciales y Regionales, donde se estimen necesarios y Comunales y Locales (en este caso se trata de localidades no cabeceras de comuna, poblaciones o sectores importantes donde los organismos inmediatamente superiores lo estimen necesario para la mejor atención de los comités.). Todos estos comandos estarán integrados por representantes de los partidos y movimientos que forman la Unidad Popular, sin perjuicio de la incorporación de personalidades o sectores que el propio Comando determine.

“Una referencia especial merece la creación y el papel del Comité de Base. Este se denominará: Comité de Unidad Popular. Este es el organismo que determinará realmente el carácter de masas de la campaña; del número que logremos crear con rapidez y de la calidad del trabajo que ellos realicen, dependerá fundamentalmente el resultado de la próxima elección”. Las tareas fundamentales que Oyarce atribuye a los CUP es su trabajo agitatorio y propagandístico.

“Los provocadores ultraizquierdistas” nada tienen que hacer en ellos “ni como grupo ni individualmente” porque “no tienen interés en fortalecer las posiciones de las fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas”.

Por su vinculación al MIR es importante el artículo de “Trabajador Manual” (Punto Final N° 99). Su novedad radica en la exaltación de los escritos de Mao-Tse-Tung. Esta tendencia tiende a disminuir a medida que se agudiza la crisis entre los partidos comunistas de Cuba y China.

En la entrevista de J. Gazmuri importa destacar dos cuestiones: la estructura política que asume el MAPU ante la Unidad Popular y su eventual victoria electoral y la concepción estratégica de su partido respecto a la etapa.

Al separarse de la Democracia Cristiana se constituye un “movimiento” de inclinación proletaria aunque de origen pequeño burgués cuya función fundamental es la de producir la unificación de todos los partidos de izquierda en el Partido de la Revolución Chilena. Por ello renuncia a constituirse en Partido. Pero para acentuar su carácter revolucionario el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria) postula la creación de un Frente de Trabajadores que excluye a la pequeña burguesía progresista. Este Frente amplio de Trabajadores permitiría aislar al enemigo a la vez que no perder de vista los objetivos socialistas de la revolución. Sin embargo, los objetivos momentáneos estarían dados en la “doble tarea” de las medidas antiimperialistas y de construcción socialista. El Frente de Trabajadores tendría el carácter de un núcleo proletario alrededor del cual se agruparían las demás fuerzas que en conjunto conformarían una alianza de clases. En esta dirección debe desarrollarse la Unidad Popular, aunque para ello es fundamental superar su carácter superestructural y acentuar su línea de masas. Elemento central para esta superación debe ser el desarrollo del poder popular. Gazmuri no especifica, sin embargo, la relación entre este poder de masas y el Gobierno, por una parte, y el Estado burgués, por otra. Los CUP deben ser la organización de base del poder popular. Mostrando una evidente aproximación a las posiciones del Partido Comunista, Gazmuri evita la cuestión estratégica de las “vías” para conquistar el poder, redu-

ciéndola a “la combinación táctica” de ambas. Con ello surge, al menos a nivel programático, una diferencia con el Partido Socialista y desde luego con el MIR.

El informe de Luis Corvalán al Pleno del Comité Central del Partido Comunista vuelve sobre los problemas que plantea la campaña electoral en pleno desarrollo. Además de expresar su confianza en el triunfo, Corvalán insiste en ver la Unidad Popular como única alternativa real de poder.

Ello vendría a explicar el ascenso de la violencia derechista (“la violencia parte de la derecha”) y a hacer más necesario aún el esfuerzo por no abandonar los cauces estrictamente legales. En el uso de la legalidad está la fuerza del pueblo y dentro de estos márgenes es que Corvalán entiende la exigencia de Dimitrov (ser yunque o martillo), y de “golpear con las masas” sin caer en provocaciones. Frente a las acciones armadas de los latifundistas “hay que exigir la expropiación de todos los latifundistas y tomar medidas concretas en esta dirección. Eso es lo que más les duele”. Por lo demás es un hecho que, en este momento, el Partido Comunista apoya en diferentes ocasiones tomas de fundos por expropiar. Si las otras candidaturas violan la ley electoral, entonces “también el pueblo tiene este derecho y hay que hacer uso de él sin vacilaciones, tanto de noche como de día”.

Sin embargo, al dar cuenta de la fuerza social que existe en los Comités (CUP), el informe permanece en un plano formal sin entregar tareas concretas. Se acentúa en cambio la necesidad de conquistar políticamente a los pequeños y medianos comerciantes que deben entender que la política de la Unidad Popular busca “sólo poner fin a los grandes monopolios de la industria y el comercio” beneficiando sus intereses. “En torno al Programa de la Unidad Popular es perfectamente factible agrupar y movilizar a todos los sectores sociales que en conjunto constituyen el pueblo de Chile”.

El informe acentúa el aspecto cuantitativo de las organizaciones de base: la meta de 15 mil CUP puede ser alcanzada. Y su labor es sólo propaganda esclarecedora.

El ataque al MIR aumenta, si ello es posible, su violencia. Se llega incluso a decir que “ciertos periodistas de ultrazquierda” se venden a la reacción a cambio de sueldos ventajosos. La ultrazquierda, para Corvalán, sólo busca la derrota de Allende “para decir después que tenían razón” y con sus provocaciones ofrece a la reacción la posibilidad de un golpe militar.

La intervención de resumen de Volodia Teitelboim en el mismo pleno resalta algunas cuestiones estratégicas y tácticas de la campaña que por su carácter ejemplar, quiere destacar.

Teitelboim alude autocríticamente al reclutamiento demasiado acelerado que se observa en su Partido, diciendo incluso que “mucha gente, perfectamente inspirada y deseosa de trabajar, no saben cómo constituir un Comité. Son menos lo que saben cómo hacer actuar un comité. Y no muchos los que tienen experiencia en las tareas y en su control permanente”.

Teitelboim hace ver con claridad la posibilidad de un pronunciamiento militar, pero ello no altera la línea de conducción de la base popular de la Unidad Popular en general. Sólo se da a entender que el Partido Comunista debe preparar sus militantes para “cualquier emergencia”, sin dar detalles al respecto.

La labor central de la actividad política de los Comités de Base debe estar en la agitación reivindicativa y en la lucha ideológica. Limitando, sin embargo, la propagan-

da a los “aspectos del programa que directamente conciernen” a los trabajadores. “No es posible, en la actualidad, dar conferencias muy sesudas sobre el Programa completo, ni hacer cursos de carácter universitario sobre esta materia”.

El documento del Secretariado Nacional del MIR que incluyo a continuación es el más completo que publicara este movimiento antes de la elección. El documento busca deducir sus afirmaciones de un análisis de las contradicciones que plantea el desarrollo del capitalismo dependiente. El aumento creciente de la dependencia explica el ascenso cuantitativo y cualitativo de la lucha de masas, pero también la ofensiva reaccionaria apoyada militar y policialmente por el Gobierno. En el asesinato de un funcionario demócratacristiano por parte de los latifundistas, el MIR ve un efecto del ascenso creciente de la lucha campesina y no alude a posibles contradicciones en el Partido Demócrata Cristiano.

La situación objetiva no es de preinsurgencia, pero sí de un rápido aumento del “nivel político” de la lucha.

En este contexto debe plantearse el problema electoral. La represión creciente contra el MIR y los sectores radicalizados de la izquierda tradicional, la corrupción creciente del gobierno, la clara división del ejército en sectores golpistas e izquierdistas condujo a la eliminación de los oficiales y tropa izquierdista. Todo esto “es lo que sin todavía aproximarse a lo que constituye un derrumbe de la institucionalidad, configura un cuadro de serias fisuras en la superestructura capitalista”.

Por otra parte “como es natural frente a un proceso de polarización social, las clases medias urbanas acomodadas, atemorizadas, frente a las movilizaciones de masas, corren a cobijarse bajo el alero supuestamente protector de los partidos y caudillos de derecha. Es así como se ha fortalecido la derecha alessandrista”. Es importante destacar que el MIR alude sólo a las “capas medias urbanas acomodadas”, soslayando el problema (en su nivel económico) de las capas medias “no acomodadas” y agrarias. Y agrega, además, que esta tendencia proderechista es “natural”.

En cuanto a la Democracia Cristiana el MIR ve su crisis (la separación del MAPU) como un fenómeno propio del rompimiento del policlasismo en época de crisis. Pero el crecimiento de la izquierda tradicional se logra en base al triunfo de las posiciones reformistas, si bien los sectores radicalizados de la UP continúan su acercamiento a la lucha de masas.

EL MIR, por su parte, abandona por completo el plano de la legalidad, postulando el fortalecimiento de su preparación militar, pero reconociendo, implícitamente, que le es necesario recorrer un largo camino. En esta autocrítica no se acentúa, sin embargo, con claridad suficiente la necesidad de perfeccionar su política de conducción de masas obreras. Ello radica probablemente en su acentuación del subproletariado industrial y agrícola como “detonantes” revolucionarios en el contexto de la sociedad latinoamericana dependiente.

Las masas y la reacción “buscan salidas que rompan la legalidad” y los trabajadores “son en general antiimperialistas y tienden a buscar el socialismo como meta final”. Se han frustrado relativamente en los caminos legales a través de las luchas por sus reivindicaciones, superando muchas veces las direcciones reformistas y burocráticas del movimiento obrero”. Importa señalar que el MIR deduce de la “tendencia” de la clase obrera al socialismo la “necesidad” de un Programa que “tienda” también al socialismo. El MIR ve en el electorismo de la UP un peligro grave para este desarrollo objeti-

vo. Por eso es preciso ante todo definir estratégicamente el carácter, de los procesos electorales en el sistema burgués: “los procesos electorales no son sino un mecanismo de autoconservación de la clase dominante, un método más refinado y sutil que la bruta coerción.. Se realiza cada cierto tiempo con el sólo fin de dar a las masas la ilusión de que son ellas quienes eligen a sus gobernantes, cuando en realidad sólo se produce una renovación formal entre los encargados de asegurar la explotación y represión de los trabajadores”. De este principio general se deduce que este período de crisis no ofrece ninguna posibilidad objetiva que no sea o bien reproducir óptimamente el sistema de opresión parlamentarista o bien reemplazarlo por la dictadura militar. La clase obrera y el pueblo han agotado sus posibilidades a tal punto que su triunfo electoral y el golpe militar son dos aspectos de una sola totalidad.

Por esa razón el MIR a la vez que no excluye la alianza de clases, la sitúa fuera del contexto electoral. La conquista del poder exige formas de organización y lucha cualitativamente distintas. Ante todo el MIR propone “una organización de clase”, es decir, la estructuración de un núcleo de obreros, campesinos y pobladores. La relación con sectores medios es puramente extrínseca, sin que se deban incorporar ni siquiera orgánicamente, y de hacerlo extrínsecamente ello debe ser en forma de subordinación clara. Necesariamente una tal organización ha de tener por meta “la destrucción del capitalismo (no sólo algunos de sus sectores) y expulsar al imperialismo”. Es claro entonces que también el MIR acepta un momento de transición a la construcción socialista, pero este momento queda subordinado a la destrucción del Estado burgués. Sin embargo, es importante hacer notar que en el documento no se plantea una forma concreta de Estado Popular (la Dictadura revolucionaria del Proletariado), sino que se insiste en acentuar los aspectos tácticos. Quizá es posible decir que la Unidad Popular (al menos en su Programa) muestra la dirección contraria: una acentuación clara de la estrategia y una relativa indeterminación táctica.

La agitación de masas debe incluir como momento esencial la lucha directa y frontal, usando métodos que enseñen a los trabajadores “a romper los marcos legales que les imponen el dominio y la riqueza de unos pocos”. La preparación militar se convierte en factor irremplazable.

La conclusión es, para el MIR, la no participación en las actividades electorales, pero trabajando por la agudización de las contradicciones sociales que el proceso electoral objetivamente tiene que producir. En todo caso, su intervención debe ser extrínseca y adopta las formas de ocupaciones de terrenos y fundos, el ataque directo a las candidaturas derechistas y las organizaciones de ultraderecha.

Los Principios Orgánicos del Partido Socialista, documento interno aprobado en 1970, sirven para ampliar el documento anterior socialista. El partido se entiende como “la Vanguardia Revolucionaria de la clase obrera”, como “su destacamento más avanzado, resuelto, dinámico y consciente”. Además de hacer resaltar las exigencias organizativas y personales revolucionarias, el documento destaca la importancia de la ayuda económica al partido, el centralismo democrático, la crítica y autocrítica, la dirección colectiva, el proceso de formación de cuadros, el rol del periódico y la propaganda en general. De especial importancia es el hecho de que aluda a “la estructura y la lucha en la ilegalidad” si bien limitándose a enunciar el principio general de prever las formas organizativas del caso.

La carta enviada por Salvador Allende al diario El Mercurio da a conocer las razones suyas para pertenecer a la francmasonería chilena. La imposibilidad de cumplir con sus deberes de miembro de la Logia lo llevaron a solicitar su distanciamiento de ella, pero sus miembros se han negado a acoger su petición y confirmaron su pertenencia a la organización. Los principios de la masonería interpretan sus convicciones personales y se identifican con “todo destino digno de ser vivido... y son síntesis de este anhelo irrenunciable”.

Reproduzco a continuación el diálogo entre el General en Jefe del Ejército, René Schneider, y el diario El Mercurio. En él queda en claro la así llamada “doctrina Schneider” de acatamiento al poder civil y a las elecciones libres que lo generan. La intervención militar sólo es posible para garantizar el desarrollo político tal como lo prevé la Constitución Política. La solidez de la institución se mantiene, al igual que su disciplina. Esta, a su vez, se basa tanto en la verticalidad del mando como en el acceso de los subordinados a la gestión de las órdenes.

El importante documento interno confidencial del MIR sobre las elecciones entrega una visión más o menos amplia de las posibles actividades frente a los resultados electorales y a los partidos de la Unidad Popular y la derecha.

www.cepchile.cl

Clodomiro Almeyda: Dejar a un lado el ilusionismo electoral

(Punto Final N° 42 del 22 de noviembre de 1967)

Se ha hablado con insistencia en el último tiempo de una “crisis en la Izquierda”, lo cual aparece avalado, según algunos, por las revelaciones que han hecho dirigentes comunistas y socialistas de las diferencias que existen en las tácticas de ambos partidos. A juicio suyo ¿puede hablarse con propiedad de tal crisis?

Creo que si en algún proceso cualquiera se produce una crisis ello no envuelve necesariamente algo negativo. Por el contrario, puede reflejar la maduración de nuevas tendencias creadoras que pugnan por nacer en agudos antagonismos. La llamada crisis de la Izquierda, que se manifiesta en el plano ideológico y orgánico y en su liderazgo, refleja en Chile el contradictorio proceso de una toma de conciencia más profunda de nuestra realidad y de su problemática. Refleja igualmente la discusión mundial, surgida en el seno del movimiento comunista internacional: las interrogantes abiertas por la Revolución Cubana con relación a los caminos tradicionales de la Izquierda en América Latina; los cambios producidos en el propio país en los últimos treinta años, que hacen de Chile algo muy distinto de lo que fuera en la época en que nacieron y se conformaron los actuales partidos de Izquierda; refleja la caducidad de las formas orgánicas en que estos partidos concibieron y realizaron su política y expresa por último la caducidad de las generaciones de dirigentes que correspondieron a ese período, incluyendo por cierto la mía. Digo esto último, porque mi generación, la que pasó por las aulas universitarias en los años 40, sufrió directamente el impacto de una concepción tecnocrática y economicista de la realidad que deformó su visión de la lucha política y del socialismo, a diferencia de la generación actual que se está forjando en un crisol mucho más rico de experiencias y perspectivas por lo que ésta puede, a mi juicio, en forma más auténtica y creadora, servir de agente para la emergencia en Chile de una nueva Izquierda en la medida que madure y decante sobriamente sus propósitos. En síntesis, por eso no me asusta esta crisis, que como todas las crisis, no se puede programar sesudamente, ni estar exenta de extravíos y excentricidades accidentales.

De su respuesta anterior se entiende que hay elementos externos que influyen en el proceso actual por que atraviesa la Izquierda. Esos elementos que usted menciona ¿podrían interpretarse como propios de una crisis de la Izquierda en el mundo?

Sí, la pugna chino-soviética dentro del movimiento comunista internacional refleja los cambios producidos a escala universal en la situación del mundo en los últimos veinte años. En la medida en que éste es cada día más uno y so-

lidario, la crisis alcanza con sus proyecciones a todos los rincones de la tierra. Proyectada esa crisis hacia la Izquierda latinoamericana y chilena, dos son los rasgos que van definiendo la futura y correcta orientación que debe caracterizar en este plano al movimiento popular en nuestro continente: su creciente internacionalización y su progresiva radicalización.

Su internacionalización, porque es cada vez más claro que todas las luchas de los pueblos del mundo tienden a integrarse en un frente común en contra del imperialismo norteamericano y sus agentes domésticos, convertido el primero en gendarme armado de la reacción mundial. En la medida en que ese proceso se va haciendo más nítido, va siendo también mayor la subordinación y el entronque de las luchas aisladas de los pueblos en un frente único que libra una y gran batalla universal, que requiere por ello, de una estrategia antiimperialista también universal.

Hoy por hoy, entonces, en Chile la gran cuestión política que divide objetivamente a los chilenos es su posición frente al imperialismo yanqui. Como alguien lo ha expresado, no son ya las cuestiones de la secularización de la vida política ni la intervención del Estado en la economía ni la defensa o ampliación de las libertades públicas, lo que divide las aguas en el proceso político real, sino la actitud frente al imperialismo. Este último por el rol reaccionario que cumple, ha planteado su tarea estabilizadora en términos de fuerza y de violencia. Esto determina la radicalización de la lucha mundial antiimperialista, la que adquiere también un carácter esencialmente violento, considerada globalmente, como lo demuestra la serie de escenarios bélicos que desde la Segunda Guerra Mundial hasta ahora han ido ocupando sucesivamente la primera plana de la atención mundial. La lucha de clases en esta segunda mitad del siglo XX, se manifiesta a través de la lucha antiimperialista a nivel mundial, cuyo desenlace global en la cúspide se define en términos de violencia. No hay ya, pues desenlaces nacionales de las luchas políticas. Todas éstas se han ido insertando en un proceso de alcance general al cual ningún país puede escapar. Al desembocar la lucha antiimperialista, necesariamente, en la derrota del sostén armado de todas las estructuras capitalistas de la sociedad, el desenlace socialista de la pugna se hace globalmente viable y necesario para el mundo, radicalizándose así los objetivos de todo el movimiento revolucionario.

Creemos entender que usted considera inevitable la radicalización y la continentalización de la lucha en América Latina.

Esta perspectiva estratégica de tipo ecuménico de la lucha política no adiene de golpe sino que va de un modo necesario materializándose escalonadamente. Es evidente que en América Latina, después de la Revolución Cubana y como consecuencia suya, se está planteando objetivamente ya la necesidad de abordar la lucha revolucionaria en términos continentales, como que continental es la estrategia contrarrevolucionaria concebida y realizada por el imperialismo a través de la Alianza para el Progreso y la Doctrina Johnson. Ambos aspectos de la estrategia continental contrarrevolucionaria se condicionan mutuamente y determinan la necesidad de que la lucha revolucionaria de nuestro continente se conciba como una sola, que cada fuerza política nacional se

estime como un destacamento de un ejército común, y que su estrategia y objetivo estén determinados por la forma armada con que la Doctrina Johnson ha definido su rol de gendarme del imperialismo en nuestro continente desnudando la esencia de su función política. Santo Domingo nos ahorra mayores comentarios. La organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) es el reflejo de estas características continentales, armadas y radicales que está progresivamente asumiendo el proceso político en el continente.

La muerte del Comandante Ernesto Che Guevara está sirviendo a un sector del movimiento de izquierda latinoamericano para negar la radicalización de la lucha antiimperialista en el continente. ¿Comparte usted esa opinión?

Para contestar creo indispensable hacer algunas precisiones. Desde luego, el carácter armado que está asumiendo la lucha política en su fase decisiva, en el mundo considerado en su conjunto y en América Latina, considerada como un foco, es de la esencia de toda lucha política que se plantea la toma del poder y la sustitución de una legalidad de clase y de una escala de valores por otra. De allí que el desenlace del episodio que en Bolivia llevó a la muerte al Comandante Guevara, no puede afectar la naturaleza esencial de los fenómenos políticos ni eliminar el hecho básico y macizo de que el orden social capitalista en escala mundial y en escala latinoamericana se apuntala y se defiende por la fuerza, de manera que no cabe por el resultado de un combate cuestionar la naturaleza de la guerra. Establecido que el contenido de la lucha política en su fase superior ha alcanzado en este momento y en escala mundial y continental la forma armada, procede distinguir las diversas expresiones que pueden afectar ese contenido esencial. La guerrilla es una de esas expresiones. Se caracteriza, tal como ha sido definida por Régis Debray en su forma típica, como la emergencia de un foco de violencia en el campo, destinado a generar a través de su desenvolvimiento y expansión un movimiento político y un liderazgo revolucionarios que pasan a constituir el eje de la lucha política por el poder. Supone esta forma de violencia revolucionaria no sólo determinadas condiciones geográficas y demográficas, que no son las más importantes, sino principalmente la ausencia de un real y efectivo proceso político vigente que comprometa a la mayoría de la población. Ello ocurre, especialmente, cuando no existe participación política popular, cuando dictaduras reaccionarias, como la de Batista, obturan los canales formales de participación política o cuando estos canales se convierten en instrumentos para el juego político de las oligarquías con prescindencia de toda real inserción de las masas en sus mecanismos, como ocurría en el Perú hasta hace muy poco y hoy todavía en Argentina, Brasil y Colombia, para no decir más.

Ha quedado en pie que usted considera inevitable la radicalización de la lucha política en el continente y que la fase superior de ésta es la lucha armada y menciona como una de las expresiones de esta lucha a la guerrilla. ¿Cree que ésta es la expresión adecuada para Chile?

Conforme al criterio esbozado en la respuesta anterior, resultaría que si en un país determinado no existiera proceso político vigente alguno el foco gue-

rrillero vendría a sustituirlo totalmente y todo el proceso político se confundiría con el proceso guerrillero en expansión. Ahora, en la medida que en un país existe un proceso político vigente, en esa misma medida el foco guerrillero deja de ser el eje fundamental a través del cual se genera y desarrolla el proceso político y el foco guerrillero, de producirse, cumplirá el papel de acelerador del proceso político preexistente, de precipitante para que ese proceso en su conjunto se lleve al nivel armado, en fin, para que tome un carácter complementario.

De acuerdo a este punto de vista, y dada la vigencia mayor o menor de un proceso político en nuestro país, no creo que en Chile sea la guerrilla la forma fundamental en que ha de expresarse la violencia revolucionaria. En este país existe un real proceso político que ha ido integrando, con mayor intensidad sobre todo en los últimos años, a cada vez más vastas capas de población en su seno, eso sí que con un sentido y una orientación fundamentalmente conservadoras que les han impreso las clases dirigentes con la complicidad inconsciente de la izquierda. La fase superior de la lucha política que es la violencia revolucionaria, no surgirá aquí de un foco externo a ese proceso político, como sería el foco guerrillero típico definido por Debray, sino a la inversa, emergerá como resultado de la agudización y del calentamiento al rojo del proceso político vigente.

Aquí la violencia expresará la forma más avanzada de un proceso preexistente y no la primera etapa de un proceso político naciente.

Me explico. Si en Chile una resuelta y audaz política revolucionaria de izquierda en todos los planos, encaminada a la toma del poder, llega en un momento a comprometer la estabilidad del sistema, la violencia contrarrevolucionaria —consustancial con la naturaleza de clase del súper estado norteamericano que se ha ido configurando por encima de nuestras soberanías nacionales— se hará presente en una u otra forma. O será un golpe de Estado de una fracción de las Fuerzas Armadas estimuladas por la CIA, o será una invasión de “marines”, para proteger “las minas de cobre” o será un levantamiento de “guardias blancos” impulsados por los yanquis o será una invasión de Chile por los “gorilas” argentinos.

En otras palabras, cuando el sistema aparece de veras cuestionado, la violencia contrarrevolucionaria emerge por fin. De ahí que si la Izquierda desea realmente tomar el poder no puede seriamente plantearse su triunfo sino en base a su capacidad en el plano de la violencia, de hacer frente y derrotar al enemigo armado.

No se trata, pues, de hacer la idealización de la violencia por la violencia sino de tomar realísticamente las cosas como son. La Izquierda, repito, no puede capturar el poder sin ser más poderosa y fuerte que la reacción y mientras ésta, a través del súper estado norteamericano y su agente, el gobierno chileno, tenga el monopolio de la violencia, no será posible derrotarlo.

Es claro que para que una situación de esa peligrosidad para el orden social se produzca, es necesario que la izquierda aspire realmente al poder para capturarlo para sí, y no limite sus ambiciones a ser un grupo de presión que desde afuera vaya obteniendo sucesivas “conquistas” economicistas o aumen-

tando el número de sus parlamentarios. Esta política que mecánica y periódicamente practica la Izquierda frente a cada elección para ganar representantes en el Parlamento y frente a cada huelga, para generar nuevos lazos que comprometan al movimiento popular con el sistema, nunca va a poner en peligro su estabilidad y, por lo mismo, no hace necesario que el enemigo saque la espada para defenderse. Su esencia violenta permanece disfrazada bajo una apariencia que disimula sus objetivos reales.

La forma fundamental que en un país como Chile pueda asumir la fase superior de la lucha política, cuando el proceso vigente llegue a colocar a la orden del día el problema del poder, es impredecible en términos absolutos. Yo me inclino a creer que es más probable que tome la forma de una guerra civil revolucionaria, a la manera española, con intervención extranjera, pero de curso más rápido y agudo. Ni la clásica insurgencia popular culminando en la huelga general ni la guerrilla, según el abstracto modelo de Debray, me parecen las vías armadas fundamentales más viables y más probables para nuestro país. Aunque tanto la insurgencia obrera como la guerrilla pueden integrar el proceso general revolucionario, pero no con el carácter de su vía fundamental, sino como elemento acelerador o precipitante, como se dejó dicho más atrás.

Es curioso anotar que, a mi juicio, la Revolución Cubana no es un ejemplo del modelo guerrillero típico que define abstractamente Debray. En Cuba sólo aparentemente el desembarco del “Granma” significó la emergencia de un foco militar ajeno al proceso político tradicional. En rigor, ese foco fue la culminación de un proceso político vigente, cuyas raíces hay que buscarlas en la oposición de los “ortodoxos” —en la cual militó Fidel— al “batistato” y al corrompido autenticismo, en el asalto al Cuartel Moncada y en el sensacional proceso a que fueron sometidos sus actores, que culmina con el célebre alegato “La historia me absolverá”. Este documento señala precisamente el entronque entre el proceso real que vivía Cuba y su nueva etapa militar que se concreta en el desembarco del “Granma”.

Me parece que factor decisivo en el destino de la guerrilla en Bolivia ha sido la falta de relación directa entre el proceso político que ha vivido este país en los últimos quince años, proceso que ha impactado a la existencia nacional, y la emergencia del foco guerrillero marginal desde muchos aspectos al real acontecer político del país. La articulación entre el proceso político y la guerrilla en un todo superior me parece condición necesaria del éxito y ella estuvo ausente en Bolivia.

Dentro de la Izquierda y del campo revolucionario millares de chilenos se preguntan, ¿qué hay que hacer para desembocar en la fase definitiva revolucionaria?

El cómo, la forma y la oportunidad en que el proceso político llegue a su etapa culminante de la toma del poder y del enfrentamiento armado, que es su correlato inevitable, no puede ser sino el producto de la lucha que en función de la toma del poder acometan las fuerzas revolucionarias. No puede ser el resultado ni de un capricho ni de un esquema ni de un deseo voluntarista, sino es el resultado de un proceso real que va configurando la fisonomía de sus etapas posteriores y definitivas. Por eso lo importante es que la Izquierda comien-

ce a actuar en función del poder, subordine a este propósito, concebido dentro del marco de la estrategia de la lucha armada y continental, todas las otras formas de lucha, las electorales, las parlamentarias, las ideológicas, las sindicales, etc., de manera de ir agudizando la lucha política, aumentando y concentrando fuerzas y precipitando el desenlace natural del proceso. Por eso, lo que hay que hacer es comenzar a trabajar en ese sentido y en esa dirección, dejando de lado ilusiones electoralistas, prácticas parlamentaristas y luchas simplemente reivindicacionistas, que dispersan, desorientan y confunden con el sistema a las fuerzas potencialmente revolucionarias.

Usted no parece compartir la tesis de los dirigentes de izquierda chilenos que sostienen que las acciones actuales que ellos alientan están dirigidas a hacer conciencia revolucionaria en las masas.

No, no creo que fundamentalmente produzcan ese efecto en la medida en que esas acciones no están insertas dentro de un contexto general que conduzca a la captura del poder, de manera que quienes se comprometen en esas acciones en definitiva agotan sus posibilidades en la acción misma, sin que ésta se engarce y se proyecte en una empresa revolucionaria.

Stalin lo ha expresado claramente: “Para el reformista, ha dicho, las reformas son el todo; a él la revolución sólo le interesa como medio para charlas, para desorientar. Por eso con la táctica reformista, bajo las condiciones del poder burgués, las reformas se convierten inevitablemente en instrumentos de consolidación de este poder, en instrumentos de descomposición de la revolución; para el revolucionario, por el contrario, las reformas son un producto accesorio de la revolución. Por eso, con la táctica revolucionaria, bajo las condiciones del poder burgués, las reformas se transforman naturalmente en instrumentos de descomposición de este poder, en instrumentos de fortalecimiento de la revolución, en punto de apoyo para el desarrollo ulterior del movimiento revolucionario”.

Es evidente que la conservatización que se observa en las clases medias y en algunos sectores de trabajadores, demuestra que las acciones a que aludía en su pregunta han ayudado más a estabilizar el sistema que a debilitarlo.

Usted señala que la marcha hacia la revolución se inicia con la decisión auténtica de los revolucionarios de trazarse una estrategia que los lleve a la conquista del poder; de todos modos queda en el aire el problema que inquieta a millares de personas. ¿Qué debe hacerse para comenzar este movimiento?

Yo creo que una vez definida la estrategia general en los términos ya aludidos, lo que corresponde sería promover la unidad de todos los revolucionarios. Para adquirir fuerza por una parte y para romper por otra los marcos estrechos y limitados que hoy día los dividen y esterilizan. Un frente de los revolucionarios chilenos, que unifique por encima y más allá de las fronteras partidarias a quienes se definan consecuentemente en contra del imperialismo, procurando plantear el proceso político chileno en términos de dos fuerzas contendientes, los antiimperialistas por un lado y los proimperialistas por el otro. Esto implica romper el esquema tripartito de la política chilena en los últimos

años, en que los radicales y los demócratacristianos han jugado el papel de tampón en la radicalización de la lucha política, sirviendo de instrumentos, cada uno en su hora, para neutralizar en beneficio de la derecha a los sectores populares que han caído bajo su influencia. La destrucción del centro político en Chile a fin de definir la pugna en los términos reales que se da en los hechos, constituiría a mi juicio la primera condición para que el camino revolucionario pueda recorrerse. Esto implica superar todo sectarismo, todo chauvinismo partidario, y, siguiendo el ejemplo de la Revolución Cubana, estar dispuesto a aliarse con todos los que quieran comprometerse en esa lucha. Esto envuelve el rechazo de todo intento de resucitar bajo una u otra forma el frente-populismo en la medida que éste significa integrar a un radicalismo en descomposición al movimiento popular, fortaleciendo con su presencia en él a todas las fuerzas y potencialidades reformistas y que latan virtualmente en su seno, ahogando así el impulso de las tendencias revolucionarias.

Como esas fuerzas y esas virtualidades existen en el seno de la Izquierda, un apoyo a un radical en la elección de Cautín por ejemplo, por muy auténticamente izquierdista que fuera, despertaría toda clase de ilusiones en las perspectivas electorales del frente-populismo proyectadas hacia 1970, en circunstancias que incluso una discutible victoria en esas condiciones significaría, seguramente, una nueva capitulación frente al imperialismo. No faltarían razones de sensatez ni alusiones al “interés nacional”, entre comillas, para justificar que se arriaran las banderas antiimperialistas a fin de hacer posible desde el Gobierno “realizaciones concretas y positivas”.

Esto no quiere decir que no deba conscientemente intentarse atraer con lealtad y optimismo a los elementos jóvenes de los partidos de centro en descomposición hacia la causa antiimperialista en la medida en que se vayan definiendo a favor nuestro. Creo singularmente que en la juventud demócrata cristiana hay fuerzas a las que no cabe rechazar con un sectarismo absurdo, sino a las que corresponde impulsar a fin de que puedan llegar hasta las últimas consecuencias en sus posturas inconformistas.

En definitiva creo que precisada la estrategia general, todas las alianzas que conduzcan a favorecer su realización, ampliando el frente antiimperialista son justas, y que todas las alianzas cuyo sentido nos aleje de los objetivos de esa estrategia cualesquiera que sean sus justificaciones inmediatistas, son equivocadas y funestas.

El Partido Comunista sostiene que el resultado de la última Convención Nacional del Partido Radical y la elección de la Mesa del Partido Demócrata que preside el senador Rafael Agustín Gumucio, son elementos positivos para el proceso revolucionario. ¿Usted lo entiende así también?

No, no lo entiendo así, en la medida en que el primero de los hechos citados envuelve básicamente el propósito de utilizar una plataforma doctrinaria de carácter izquierdista para pretender integrar al radicalismo como un todo en el seno del movimiento popular, siendo así que los intereses y la ideología que representan son expresivos de realidades caducas y obsoletas, cuyo único sentido es el de ser instrumentadas por la derecha a fin de neutralizar o castrar a

la Izquierda. En cuanto al segundo hecho, estimo que también la directiva actual de la Democracia Cristiana está lejos de interpretar el contenido conservador de los intereses de esa fuerza política, de manera que sería un autoengaño vergonzoso el que quisiéramos definir a una fuerza que es hoy la nueva cara de la derecha y el agente directo del imperialismo en el Gobierno, por las declaraciones de líderes que en realidad expresan sólo a un sector limitado de un partido que globalmente los utiliza para simular una posición de Izquierda, que en el fondo no tiene.

Por esta razón yo me opongo a las alianzas formales con los partidos de centro para fines reformistas e inmediatistas, cualesquiera que sean los pretextos con que se las quiera justificar y soy partidario de estimular a que vengan hacia nosotros aquellos que dentro de esas fuerzas están en proceso de desarrollo de una conciencia revolucionaria que, entre paréntesis, no es monopolio de nadie y puede advenir en todo chileno que lealmente quiera colocarse al servicio de los intereses del pueblo y del país.

¿Esta estrategia que usted ha ido definiendo a lo largo de esta entrevista importa un desahucio de la unidad socialista-comunista?

De ninguna manera, pensamos que el Partido Comunista debe integrar naturalmente el movimiento revolucionario. Y así, como los socialistas, también el Partido Comunista debe adecuar su comportamiento a la estrategia general que ambos partidos aprobaron en la Conferencia de OLAS.

El entendimiento socialista-comunista es un hecho político de innegable valor y elemento decisivo en el desenlace favorable del proceso revolucionario chileno. De ahí por qué nuestra principal tarea común debe ser el tratar de conformar para Chile tácticas que nos permitan realizar conjuntamente una política revolucionaria, combatiendo las desviaciones reformistas y electoralistas que se han generado por la convivencia estéril dentro del dispositivo legal del país.

Las discrepancias que puedan surgir entre nosotros deberán ser superadas por el método de la discusión fraterna y su resultado lo determinará la práctica y no los anatemas y las proscipciones.

¿Cómo sitúa usted al Partido Socialista dentro de esta estrategia trazada en sus declaraciones?

Yo creo que nuestro Partido, sobre todo, como resultado de su próximo Congreso está en condiciones óptimas para poder promover la realización de una política como la bosquejada, aspirando a ser el núcleo del partido de la revolución chilena, con un espíritu a la vez intransigente y abierto como el que inspiró al Movimiento "26 de Julio" y a los comunistas cubanos cuando se integraron en un solo y gran partido, sobre la base de una política común. Considero que en el próximo Congreso, el partido debe adecuar su organización y su dirección a la realización de esta política que germinalmente nosotros ya concebimos cuando formulamos la línea del "Frente de Trabajadores", prolongada y contenida ahora en la línea general de OLAS.

La actitud de los jóvenes socialistas al restarse a participar en el Mitin Latinoamericano de Solidaridad con Vietnam, realizado en Santiago. ¿correspondería a esa nueva línea que usted augura para el Partido Socialista?

No me parece que así sea. Hay en esa conducta cierto negativismo y cierta evasión que no veo traduzcan fielmente el espíritu de unidad y profundización del antiimperialismo, que debe caracterizar nuestra lucha.

Ese tipo de actitudes conduce al aislamiento, no estimula ni fortalece a los gérmenes de descomposición que se han generado en el seno de esos partidos de centro, que es nuestro deber acelerar, y nos margina de los procesos políticos reales llevándonos a vivir ideal y especulativamente un proceso revolucionario, en vez de incitarnos a realizarlo en la práctica.

Por otra parte, para una política centrada en la acción antiimperialista y en la que la toma de conciencia del significado de la gesta del Vietnam, tiene una importancia fundamental, no cabe adoptar una actitud aislando el hecho frente al cual se reacciona del sentido general en el que va envuelto. En un momento en que el repudio de la opinión pública mundial, incluso norteamericana a la política de Johnson es pieza decisiva en la estrategia destinada a vencer en el más agudo e importante de los escenarios políticos del mundo, no cabe sino subordinar a ese objetivo cualesquiera otra consideración.

Este ejemplo demuestra la necesidad de ir en todo momento reaccionando frente a los acontecimientos que se presentan con un único criterio central que permita distinguir lo accesorio de lo fundamental y lo fundamental es siempre el golpe que se pueda dar al imperialismo y la contribución que se pueda prestar a la lucha antiimperialista continentalmente concebida y destinada a culminar con el enfrentamiento de la violencia revolucionaria a la violencia contrarrevolucionaria.

Una política como la que aquí hemos examinado es difícil de realizar y puede fácilmente degenerar en un aislamiento del partido a corto plazo si a quienes se le encomienda su ejecución no saben conjugar las exigencias de la práctica con los imperativos de la estrategia general que vamos a adoptar.

No podemos farrarnos en una borrachera de declaraciones puristas toda una línea que exige madurez y firmeza para aplicarla con sentido creador. No hay que olvidarse que lo político se desarrolla en el plano de los hechos y de las fuerzas y no al nivel de los conceptos y de las autojustificaciones.

¿Cree que el Partido Socialista actual está en condiciones de desarrollar una política como la que Ud. ha bosquejado?

El partido debe primariamente, para irse colocando en condiciones de realizar esa política, crear tareas que converjan hacia su objetivo final y que permitan desplazar hacia ella la energía creadora de sus mejores militantes que están esperando poder materializar una conducta revolucionaria y en segundo lugar renovar sus cuadros y sus militantes, abriéndose generosamente a todos aquellos elementos de izquierda conscientes que están buscando un lugar donde hacer carne su conciencia revolucionaria.

Una audaz promoción de cuadros jóvenes a las tareas directivas, incluso al Comité Central; una apertura resuelta y desprejuiciada del partido hacia la

gente de izquierda que está buscando una herramienta política para expresar su voluntad revolucionaria a través de un reclutamiento generoso y calificado de lo mejor que tiene el movimiento popular y que no reconoce banderías partidistas, es condición absolutamente necesaria del éxito de nuestra empresa política.

De allí por qué pienso que la lucha en contra de todos los sectarismos —proviengan de imitadores mecánicos de la gesta cubana, o de las viejas rigideces de un trotskismo mal digerido— es esencial para darle al partido la oportunidad de crear efectivamente una política revolucionaria para Chile, sobre la base de tomar conciencia de lo que somos realmente, dentro del marco de la estrategia general ya diseñada. Nadie tiene la verdad en el bolsillo, y sólo en la lucha y en la discusión de sus experiencias podremos ir la conquistando.

Tengo la impresión de que los esquemas no nos dejan ver a Chile. Las ricas abstracciones con que la teoría marxista sintetiza la experiencia de la vida, para muchos, en vez de servirles de faros orientadores para iluminar el camino y abrir perspectivas, los limitan y esterilizan en la acción, en la medida que por falta de fe interior en el hombre, las usan como nuevos dogmas o fetiches religiosos para suplir su incapacidad creadora. Si abrimos paso dentro del partido a que lo mejor de los trabajadores y de la intelectualidad chilena contribuya a esta toma de conciencia a través de una práctica fecunda, estamos ciertos que llegaremos a convertirnos en el mejor instrumento para aglutinar a nuestro alrededor a los chilenos que se afanan con pasión por encontrar una salida grande y socialista a la crisis nacional.

¿Cree usted que la escisión que recientemente ha dado origen al Partido Socialista Popular pueda perjudicar la política de su partido y qué alcance y magnitud le reconoce?

Dentro del espíritu que inspira a estas declaraciones, que no es otro que el de avanzar, de mirar hacia adelante, superando prejuicios y venciendo resentimientos, no creo que sea útil y conducente referirse a un ingrato episodio que, felizmente, no ha afectado cualitativa ni cuantitativamente al partido. Ya los hechos están diciendo su palabra definitiva y la historia se encargará muy pronto de corroborar nuestro juicio.

Perdone una pregunta indiscreta. No ha dejado de sorprenderme que usted haya dado respuesta pública a este cuestionario, en circunstancias que tradicionalmente los dirigentes de su partido se han caracterizado por el hermetismo frente a una problemática como la que aquí se ha considerado.

En primer lugar debo recordarle que estamos en vísperas de un Congreso General que deberá fijar la línea del partido y que en este período todo el partido tiene la obligación de pronunciarse sobre estas cuestiones, en sus organismos regulares.

En segundo lugar, yo creo que no debe haber límites absolutos entre el partido y el pueblo en una sociedad abierta como la chilena, en la que hay opinión pública que influye y se deja influir. Creo que el Partido Socialista no es de propiedad de sus militantes, sino pertenece al pueblo, pertenece a Chile. Por eso todo lo que se haga por incorporar realmente al pueblo a todo lo relativo

al partido, lo convertirá en mejor expresión suya, lo hará más chileno, lo hará más revolucionario. Sólo si pensamos y actuamos junto a las masas podremos dirigirlas. Si así no lo hacemos, terminaremos por ser extraños a ellas, y no lograremos ni interpretarlas ni conducir las. Si estas opiniones, en este momento previo al Congreso del partido son conocidas fuera de él, creo que ello ayuda a nuestra tarea y señala, quizás, un método y un estilo más abierto y desenvuelto que el tradicional formalismo con que la izquierda ha resuelto sus problemas internos. Y también tenemos que hacer una revolución en nuestras prácticas y en nosotros, si queremos hacerla para afuera.

El Partido Socialista en la lucha Mundial y Continental por el Socialismo (*)

(Punto Final N° 42 del 22 de noviembre de 1967)

Informe básico sobre la situación internacional

1. La posición internacional del socialismo es el aspecto básico de su línea política, por cuanto el socialismo mismo como ideología y como realidad es un producto de la internacionalización objetiva del mundo creado por el capitalismo. El socialismo no podrá realizarse nunca como sistema de convivencia humana, sino en la medida que se universalice y la lucha por el mismo tiene en consecuencia un carácter internacional insoslayable.

Los intentos de elaborar una línea política construyéndola sobre supuestos fundamentalmente nacionales y de construir cabalmente el socialismo o el comunismo en un solo país o región, por vasta que sea, generan necesariamente deformaciones en esa línea, o esa, construcción, que crean intereses contrarios al socialismo integral.

Por ejemplo, el intento de desarrollar las economías de los países atrasados desde adentro, debe conjugarse con el hecho fundamental de que la causa de su atraso en lo sustancial deriva del hecho de que la estructura económico-social del mundo impide que la riqueza ya generada por el capitalismo se utilice racionalmente en beneficio universal. Resulta así que la mejor contribución a nuestro desarrollo es la lucha por derrotar al imperialismo en el mundo.

2. En la actualidad, dentro de las tres grandes contradicciones en que se manifiesta la pugna entre capitalismo y socialismo, a saber, antagonismo entre burguesía y proletariado dentro de los países capitalistas; antagonismo entre el sistema de estados socialistas y los estados capitalistas; y antagonismo entre el imperialismo y los movimientos nacionales y revolucionarios de los países dependientes, aquella que ahora cobra mayor relevancia y cubre y envuelve a las otras dos, es la pugna entre imperialismo y antiimperialismo.

Ello se debe en primer lugar a que dentro de los países capitalistas, especialmente aquellos más avanzados, el movimiento socialista revolucionario se encuentra detenido en su desarrollo por la mayor o menor inserción de la clase obrera de esos países dentro del orden establecido y sólo una crisis general

(*) Publicamos a continuación las cinco partes de la tesis de política internacional que discutirá el Partido Socialista en su Congreso de Chillán. Fue elaborada por una comisión en la que participaron Clodomiro Almeyda, Agustín Álvarez Villablanca, Carlos Moral, Julio Benítez y Edmundo Serani.

del capitalismo, que no se divisa debido a los mecanismos que éste ha desarrollado para conjurarla o atenuarla; o el impacto en su seno de la revolución triunfante en el resto del mundo, pueden nuevamente ponerlo en acción.

En segundo lugar, ello se debe a que los intereses específicos y particulares de los países socialistas los llevan a sostener una política de coexistencia pacífica con el capitalismo que embota también esta contradicción, además que las condiciones creadas internamente por esa competencia originan tendencias revisionistas en su seno que atemperan el vigor de la solidaridad internacional socialista.

En estas circunstancias, la contradicción que resulta más aguda y con tendencia a agravarse cada vez más, es la que se manifiesta entre los pueblos retrasados que luchan por liberarse política y económicamente y el imperialismo, que los mantiene en esa condición.

3. En efecto, hoy día el imperialismo atraviesa por una nueva etapa en que las consideraciones políticas relativas a la necesidad de mantener el sistema y de neutralizar a los estados socialistas y aplastar al movimiento de liberación nacional de las áreas atrasadas, son las que determinan su política general. No se defiende ya solo principalmente el interés económico de un monopolio sino se defiende la subsistencia del sistema que hace posible la existencia de los monopolios.

Y quien ha asumido el liderazgo del imperialismo en este nivel político mundial, es el imperialismo yanqui, convertido en esta forma en el gendarme universal, que coloca su fuerza armada al servicio de la reacción en todo el mundo. De manera que la lucha contra él se confunde con la lucha por la revolución y en favor del socialismo.

Esto significa que dentro de esta guerra virtual entre el imperialismo yanqui y las fuerzas progresistas del mundo, la consideración básica que debe determinar la dirección principal de la política socialista, debe ser la de buscar la forma como mejor contribuir a la derrota del imperialismo en escala mundial.

4. En el plano latinoamericano, la nueva etapa del imperialismo se caracteriza: a) por el reformismo condensado en la Alianza para el Progreso; y b) en la Doctrina Johnson y los intentos de traducirla en una Fuerza Interamericana de Paz, como manifestación del propósito imperialista de sofocar por la violencia cualquier intento de transformar la estructura social del continente en una perspectiva socialista.

Tales caracteres son la respuesta imperialista a las condiciones creadas por la Revolución Cubana en el Continente.

La Alianza para el Progreso significa que el imperialismo, interesado fundamentalmente en la defensa del sistema capitalista como un todo en América Latina, está dispuesto a sustituir su antigua alianza con las oligarquías tradicionales por un entendimiento con las nuevas burguesías y clases medias.

Significa que, por lo mismo, está dispuesto a presionar a las clases dirigidas de América Latina para que otorguen concesiones y promuevan reformas que eviten la agudización de crisis sociales en el continente, que puedan afectar su estabilidad política.

En este sentido el reformismo en Latinoamérica tiene un carácter fundamentalmente conservador, lo que no quiere decir que las fuerzas sociales y políticas de carácter progresista que el reformismo desate no puedan y deban ser influidas por los partidos revolucionarios con el doble objetivo de: 1) Llevar las reformas más allá de sí, proyectándolas hacia objetivos más profundos; y 2) de quebrar la unidad de las fuerzas sociales que apoyan al reformismo, de manera que su apoyo vaya siendo cada vez más reaccionario y su base de sustentación más débil en la medida que se radicalice el movimiento de masas que haya logrado atraer.

Por otra parte, la política neoimperialista paralelamente a su empeño por disminuir mediante el reformismo las posibilidades de subversión violenta, intenta garantizar formalmente por la fuerza armada la estabilidad del sistema, para lo cual ha formulado la Doctrina Johnson, en cuya virtud los EE.UU. se reservan el derecho de hacer uso de la fuerza para evitar, en cualquier parte del continente, la instauración de un régimen de orientación marxista o comunista.

Esta doctrina, formalícese o no a través de la Fuerza Interamericana de Paz, envuelve la manifestación de voluntad del imperialismo de enfrentar por la fuerza al movimiento revolucionario y coloca a éste, en términos continentales, en la necesidad de plantear su lucha en ese mismo plano; en última instancia, la continentalización y su elevación al nivel armado constituyen los principales rasgos del proceso político latinoamericano.

OLAS, Organización Latinoamericana de Solidaridad, a cuya creación contribuyó decisivamente el Partido Socialista, conforme los acuerdos del Congreso de Linares y cuyas resoluciones aprobadas en su Primera Conferencia suscribió, constituye en el plano orgánico el reflejo germinal del carácter progresivamente continental y armado que está asumiendo el proceso revolucionario latinoamericano, reflejo orgánico destinado a estimular, impulsar e integrar cada vez más las luchas de los movimientos antiimperialistas de América Latina, bajo una orientación y una estrategia continental única.

5. El cisma chino-soviético, que evidentemente ha significado un debilitamiento de la fuerza del socialismo mundial, por una parte, por la otra, al romper el monolitismo ideológico y político, crea a su vez condiciones para que el movimiento socialista revolucionario encuentre su unidad a un nivel superior, en el que el internacionalismo no signifique la subordinación del movimiento revolucionario a los intereses de un Estado, por poderoso que sea, sino que refleje en el plano de la acción la común perspectiva socialista que objetivamente integra en un solo frente antiimperialista a todas las fuerzas populares del mundo que, en una u otra forma, experimentan y sufren la política reaccionaria del imperialismo americano.

Desde este punto de vista el socialismo chileno, dentro del contexto del movimiento revolucionario latinoamericano, se orienta en el sentido de contribuir a una paulatina integración en un frente único mundial antiimperialista de cada uno de sus destacamentos nacionales, conseguido mediante una autónoma convergencia hacia objetivos comunes a través de la lucha contra el enemigo común.

Proyección mundial y continental del socialismo chileno

Estrategia Internacional

Al establecer su política nacional, el Partido Socialista debe partir de una realidad objetiva, hoy más vigente que nunca: la revolución chilena se entronca indisolublemente con el proceso continental y mundial de la lucha de clases, como lo demuestran los siguientes factores externos que gravitan sobre nuestro curso local.

1. Chile es uno de los países del mundo colonial. Su economía capitalista está en lo esencial, organizada en función del mercado mundial. Las tendencias económicas internacionales afectan directamente a nuestro desenvolvimiento. Hay que tenerlas siempre en cuenta, para definir una política nacional. Por otra parte, no olvidemos que *nuestro retraso económico y cultural se debe a nuestra condición dependiente*, es decir, a nuestra ligazón a fuerzas económicas extrañas.

2. *El imperialismo opera con una estrategia global*. En su desesperada tarea de hacer frente a la revolución, unifica a las burguesías nacionales y les da un comando centralizado. La respuesta lógica de los revolucionarios debe ser su unidad internacional. En América Latina, a la OEA debemos oponerle la OLAS; al Pentágono y al Departamento de Estado, oponerle una dirección revolucionaria continental. La revolución chilena está indisolublemente ligada a la revolución latinoamericana y ésta, a la mundial. La cabal y definitiva realización de sus tareas se logrará sólo en la medida en que se vaya derrotando internacionalmente al imperialismo y a sus aliados, y se vaya estableciendo la planificación socialista a niveles supranacionales.

3. Consecuente con su definición marxista-leninista, nuestro partido suscita el principio del *internacionalismo proletario*, que en este instante se expresa en la lucha mundial por derrotar al imperialismo en todos los frentes y en la construcción de un mundo socialista integrado internacionalmente.

Creemos que todos estos hechos nos obligan a examinar con la mayor seriedad y atención los procesos externos, para partir de ellos en la determinación de nuestra estrategia y táctica local.

Por otra parte, nuestra participación en la OSPAAAL e integración a OLAS nos pone ante dos paralelas: una teórica, la búsqueda de una posición propia, ante la conflictiva situación internacional; otra práctica, la construcción de una nueva directiva continental y mundial para el movimiento revolucionario.

La Organización de Solidaridad con los pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL) y la Organización Latino Americana de Solidaridad (OLAS) son un paso hacia la formación de una dirección internacional de la revolución.

El Partido Socialista participó de la OSPAAAL y forma parte incluso del Secretariado Ejecutivo. Igualmente contribuyó decisivamente a la creación de OLAS. Consecuentemente debe participar activamente en el funcionamiento de

esta última, tanto a escala continental como en nuestro país. Para el PS la OLAS es más que una mera institución de solidaridad. Debe convertirse en una dirección de la Revolución Latinoamericana y en paso indispensable en el proceso de unidad mundial de los pueblos, meta a la cual nuestro partido tiene la obligación de contribuir. Y cuyo primer intento lo constituye la creación de OSPAAAL en el plano mundial.

Concretamente el Partido Socialista debe resolver:

1º Reconocimiento absoluto de OSPAAAL y continuar participando en ella;

2º Hacer suyo los acuerdos de la Iª Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS);

3º Tomar las medidas para que se incorporen a su Comité Nacional, todas las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas que declaren aceptar los acuerdos de la Iª Conferencia;

4º Estudiar de inmediato las formas de poner en práctica las acciones efectivas de solidaridad para con los pueblos que han tomado la vanguardia de la lucha de liberación continental.

En consecuencia, para que OLAS se convierta en el Estado Mayor de las fuerzas revolucionarias del continente, debe abrir un amplio debate entre los revolucionarios de América Latina que le permita intervenir con una visión propia en la urgente tarea de clarificación de los problemas de la lucha de clases a escala mundial. En esta forma OLAS podrá homogeneizarse y fortalecerse interiormente y aportar positivamente a la tarea de construir un comando internacional unificado de los pueblos contra el imperialismo. En cuanto a nuestro partido debe dar el ejemplo a través de su propia discusión y clarificación interna, proyectándola después a las otras organizaciones revolucionarias del país. Para mejor hacer posible esta discusión entregamos las siguientes ideas básicas:

La gran tarea: Construir un comando unificado de la revolución socialista mundial

Señalamos a continuación una serie de consideraciones que orientarán nuestra toma de posición en el cuadro continental y mundial:

a) El Partido Socialista se reconoce parte de las fuerzas que luchan por el socialismo en el mundo entero.

b) El proceso mundial de la revolución socialista no puede quedar librado a la espontaneidad. Debe ser dirigido en términos globales, teniendo en cuenta que el propio imperialismo centraliza la conducción de las fuerzas contrarrevolucionarias.

c) El Partido Socialista aspira a una progresiva conformación *de una dirección internacional de los socialistas revolucionarios*. Es cierto que tal tarea es difícil,

especialmente debido a la presión de las profundas divergencias que afectan al movimiento revolucionario mundial. Pero es de urgencia comprenderla.

ch) Sostenemos que ningún partido, ni Estado, tiene derecho a monopolizar la dirección de los pueblos revolucionarios con un ejercicio burocrático que sacrifique el curso de la revolución mundial a los intereses y necesidades de la tendencia o del Estado; mucho menos en el actual periodo de discusión y enfrentamiento tendencial.

d) Valorizamos la superior experiencia alcanzada por otros partidos o movimientos. Queremos utilizarla positivamente, pero sin abdicar en nuestra responsabilidad de encontrar los caminos concretos que ha de seguir la revolución chilena y agotando nuestro propio punto de vista frente a los problemas generales de la lucha de clases.

e) Reconocemos que el conocimiento y dominio de las tendencias objetivas que presiden el acontecer histórico se logra mejor desde una perspectiva supranacional. Por lo tanto, una futura dirección internacional está en las mejores condiciones para diseñar una estrategia colectiva de los pueblos. Pero la aplicación específica a las peculiares condiciones locales es tarea que reivindicamos para cada partido o movimiento nacional.

Hacia una toma de posición en el debate mundial entre revolucionarios

Los marxistas consecuentes no pueden fundamentar su acción práctica en una indefinición teórica. El internacionalismo a escala regional latinoamericana no podrá materializarse si no se comprende que hay que *enunciar claramente una posición* que abarque el conjunto de los problemas que enfrenta el desarrollo revolucionario. Dar vuelta la espalda a las dramáticas cuestiones que preocupan a las fuerzas socialistas de todos los continentes, puede llevar al Partido Socialista, por una parte, y a la OLAS, por otra, a una frustración e impotencia crecientes. No definirse sabría a oportunismo político, incongruente con una definición de principios.

En primer lugar, queremos caracterizar este momento histórico como el periodo de la transformación revolucionaria del capitalismo *en el socialismo y de la derrota del imperialismo*.

Esta generalización supone una transición político-militar determinada por:

1. Estratégicamente, por el empuje de las masas revolucionarias que —a pesar de parciales y pasajeras derrotas y retrocesos— golpean sin descanso hasta la victoria final; y

2. Tácticamente, por la negativa del imperialismo a abandonar pacíficamente sus posiciones, oponiendo una desesperada resistencia antes de caer.

En segundo lugar, estimamos indispensable intervenir críticamente en el análisis de las siguientes experiencias de la lucha de clases internacional. Frente a cada una de ellas, esbozamos sendos planteamientos esquemáticos, que sirvan de base de discusión para una toma de posición:

1. Procesos de liberación nacional y su curso ulterior:

Declaramos cerrada la época de las revoluciones a medias. Las revoluciones que se intitulan “pacíficas”, “democráticas”, “nacionales”, “paternalistas”, etc., han fracasado si se proponían obtener la liberación nacional, el desarrollo económico social y la participación creadora de las masas en el proceso revolucionario. Las experiencias de América Latina (revolución mexicana y boliviana, reformismo guatemalteco, venezolano, populismo de Perón, de Goulart, de Frei, etc.), de África (“socialismo” árabe, nuevas repúblicas de África Negra, etc.), y de Asia (“socialismo” de la India de Nehru, “antiimperialismo” de Sukarno en Indonesia, etc.), demuestran la bancarrota de las revoluciones que no se profundizan hacia el socialismo.

O la revolución la hacen las masas obreras y campesinas, con la participación de las clases medias pobres y de los intelectuales revolucionarios, bajo la dirección marxista consecuente, o se frustra el proceso bajo una dirección burguesa o pequeño-burguesa inconsecuente. O la revolución cumple en un mismo proceso las tareas democrático-burguesas y las tareas socialistas, teniendo a la clase obrera como eje del proceso, o renacen las fuerzas de la contrarrevolución y la llevan a una grave derrota. O la revolución se proyecta hacia la región o continente para convertirse en parte de la revolución mundial, o queda aislada y facilita la intervención imperialista.

2. Lucha de masas en los países capitalistas avanzados:

El proletariado de los países capitalistas tiene una larga tradición de lucha. El mejoramiento relativo de sus niveles de vida no lo excluye fatal y definitivamente de jugar un rol en la revolución mundial. Si hasta la fecha no ha amenazado desde dentro a los bastiones capitalistas, no es porque haya devenido contrarrevolucionario, sino porque sus dirigentes reformistas y conciliadores han pactado con la gran burguesía de EE.UU. y de Europa Occidental.

La agudización de la lucha de clases internacional lo irá radicalizando. El movimiento revolucionario de los afronorteamericanos es una primera, aunque peculiar expresión. La revolución colonial, de la que formamos parte, necesita del ascenso de las masas europeas y norteamericanas, tanto para debilitar al imperialismo como para que, más tarde, los regímenes obreros triunfantes en esa área, pongan las fuerzas productivas allí acumuladas, al servicio de la satisfacción pronta y completa de las necesidades del recién liberado mundo colonial.

3. Los Estados obreros, su política internacional y la pugna entre el PC soviético y el PC chino:

Nuestro partido solidariza con los procesos de construcción socialistas iniciados en la URSS, Europa Oriental, Asia y América Latina. Saluda cada progreso en la cimentación material o ideológica de su desarrollo por los caminos de la propiedad colectiva y planificación. Defiende las conquistas logradas por la clase obrera en esos países contra la agresión imperialista.

Nos preocupa que las divergencias entre el PC soviético y el PC chino, obstaculicen la marcha hacia la necesaria unidad de acción de los pueblos en su lucha contra el imperialismo.

Estimamos que el PS no puede seguir ignorando estas divergencias, ni volviendo la espalda a ellas. En consecuencia, debe declararse obligatorio el estudio interno de los juicios críticos que existen respecto a las verdaderas dimensiones del proceso soviético, por una parte y del proceso chino, por otra y de la política sustentada por cada una de las tendencias en que se divide el campo socialista. Sólo en esta forma, el partido podrá definir una posición madurada frente a los problemas en discusión.

El PS debe rechazar la aplicación de la política de coexistencia pacífica en América Latina, entendida por la diplomacia soviética y por los partidos comunistas como conciliación entre las clases y como apaciguamiento en la lucha de los pueblos del continente frente al imperialismo y a las oligarquías dominantes. La mejor manera de defender las realizaciones del campo socialista es extender la revolución mundial, golpear al imperialismo en todas partes y por todos los medios posibles. Lo contrario es, justamente, abrir paso a la agresión contrarrevolucionaria.

4. Cuba y la Revolución Latinoamericana:

La Revolución Cubana ha dado una dimensión diferente a la lucha de clases en nuestro continente. Demostró la viabilidad de la violencia revolucionaria para alcanzar el poder; ha legado una táctica específica, la guerrilla; ha levantado un ejemplar liderazgo simbolizado en Fidel y Ché Guevara. Pero por sobre todo ha dejado al desnudo algo que los socialistas veníamos postulando desde 1957: la impotencia de la burguesía y su rol contrarrevolucionario. Una revolución verdadera —y la cubana lo es— no puede detenerse en meras tareas de democratización, independencia e industrialización, ni puede avanzar mientras tenga una conducción burguesa. En Cuba, la intervención revolucionaria de obreros, campesinos y capas medias pobres, bajo un audaz y consecuente comando marxista-leninista, ha ido cumpliendo dicho programa en la medida en que se avanza en la construcción socialista. *La Revolución Cubana, o se hacía socialista o perecía.*

Por otra parte, queda demostrado que una revolución, en los países coloniales y en esta época de enfrentamiento al imperialismo, desencadena de inmediato la contrarrevolución interna y la agresión externa y con ello abre curso a la extensión continental del proceso revolucionario. O avanza la Revolución Latinoamericana o Cuba puede perecer ahogada, bloqueada, a pesar de la heroica resistencia de su pueblo despertado por las potencialidades del socialismo.

Y esto que puede ocurrir con Cuba, más tarde y más dramáticamente aún, puede ocurrir con Chile o cualquier país que inicie su revolución. De allí, la importancia de convertir el camino de la revolución chilena en un camino continental que desemboque a las anchas avenidas de la revolución mundial.

La lucha antiimperialista del socialismo en América Latina

La lucha por el socialismo en Chile y en el continente americano es un aspecto de la lucha mundial contra el capitalismo y el imperialismo.

Las condiciones en que se lleva a cabo esta lucha son complejas y difíciles en Latinoamérica, debido a la política imperialista de Estados Unidos de Norteamérica que explota económicamente a nuestros pueblos, domina políticamente a nuestros gobiernos seudodemocráticos o militares y reprime por todos los medios económicos, políticos, militares y policiales a su alcance, los movimientos de rebelión de las masas. Frente a ello, los organismos políticos populares sindicales, culturales, etc., de América Latina, no han logrado hasta ahora actuar en forma unitaria y coordinada en una acción frontal contra el imperialismo. Los partidos de orientación marxista evidencian profundas discrepancias, no sólo en su posición frente a los gobiernos reformistas del continente, que son obsecuentes ante el imperialismo, sino, incluso, frente a la lucha guerrillera que ha surgido en algunos países latinoamericanos.

Esta situación obstaculiza el desarrollo del movimiento liberador de América Latina y del socialismo y obliga a un análisis de la correlación de fuerzas internas y externas que se oponen al socialismo. De ese análisis debe surgir, necesariamente, la tarea de equipar a los militantes socialistas con una ideología que los oriente en la lucha revolucionaria y en la organización de un partido capaz de luchar en todas las circunstancias con una táctica y una estrategia adecuadas tanto en lo nacional como en lo internacional.

El actual panorama político internacional se presenta como una lucha entre el socialismo y el imperialismo, entre las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias y reformistas. Más de la tercera parte de la población mundial vive en regímenes socialistas o de transición al socialismo. En el propio continente latinoamericano, dominado por el imperialismo yanqui, Cuba ha logrado mantenerse hasta hoy como un ejemplo de lo que puede ser una república socialista. Asia, África y América Latina acusan fuertes movimientos de rebeldía contra el colonialismo y el neocolonialismo. El imperialismo norteamericano ha debido distraer grandes fuerzas militares para oponerse a esta resistencia de los pueblos. Vietnam, Cuba, Santo Domingo, las nuevas repúblicas africanas han sentido en carne propia la acción militar y policial del imperialismo norteamericano; pero, a pesar de este enorme despliegue de recursos represivos y de la debilidad material de los pueblos agredidos, el imperialismo no ha logrado aún sus propósitos de dominación total, y cada día crece más su desprestigio en el plano internacional, mientras en el plano nacional, como en el caso de los Estados Unidos de Norteamérica, debe enfrentar agudas contradicciones internas.

En esta lucha de las fuerzas socialistas y revolucionarias contra el imperialismo y la reacción no siempre pueden anotarse victorias. El caso de la situación en América Latina, es un ejemplo típico de dominio imperialista a pesar de que la tendencia fundamental de nuestra época es la victoria del socialismo y la derrota del imperialismo. Esta afirmación, que podría estimar-

se como una ineludible ley histórica no significa que esta victoria se logrará sin sacrificios, sin nuestra activa participación en la lucha. Si el triunfo del socialismo sobre el capitalismo y el advenimiento del régimen socialista son necesidades históricas, debemos entenderlas como necesidades dialécticas en las cuales los luchadores socialistas constituyen el elemento principal. “Cuando decimos —expresa un autor— que el advenimiento del socialismo es necesario, eso quiere decir que las contradicciones del capitalismo son de tal naturaleza, que sólo el socialismo puede superarlas. Pero si no trabajamos por el advenimiento del socialismo, la contradicción no puede ser resuelta en manera alguna durante un largo período”. Este concepto de la necesidad histórica del socialismo exige de los revolucionarios el máximo de energía y de sacrificios y el máximo de claridad intelectual para comprender la situación en que se encuentra actualmente el mundo. Un aspecto de esta situación es de que el capitalismo, en su carácter último de imperialismo no se entregará voluntariamente, no abandonará “la escena de la historia” y agudizará su actitud agresiva contra los movimientos de liberación, tratando de consolidar sus posiciones económicas, políticas, militares y policiales en todos los sitios del mundo en los cuales ejerce directa o indirectamente todavía su predominio.

Las agresiones a Cuba y Santo Domingo, la asesoría a los gobiernos títeres de América Latina para combatir las guerrillas, la penetración económica y cultural y la guerra criminal en Vietnam son, en estos momentos, ejemplo de las groseras maniobras que realiza el imperialismo norteamericano para afianzar y extender su dominación. El carácter y la extensión de estas maniobras revela que el imperialismo tiene conciencia del peligro que le amenaza, a pesar de que las fuerzas populares que se le oponen no siempre tienen conciencia de su poderío espiritual y actúan, a menudo, en forma inconexa y aislada.

En lo que a la realidad latinoamericana se refiere, los militantes socialistas deben llegar al convencimiento absoluto de que el imperialismo es el gran enemigo del progreso de nuestros pueblos, el principal agresor y el máximo explotador. Por eso el imperialismo norteamericano debe ser el principal blanco de las luchas del socialismo chileno. Aunar en una acción común, en una empresa de carácter continental, a todas las fuerzas sinceramente antiimperialistas debe ser una de las tareas principales del movimiento socialista en América Latina y del socialismo en cada uno de nuestros países. Eso es hacer realidad los acuerdos de OLAS, dando estricto cumplimiento a los compromisos que en la Primera Conferencia de esta Organización, contrajo el PS.

La actitud clara y definida contra el imperialismo yanqui es hoy el único cartabón con el cual puede medirse la calidad revolucionaria de un partido popular. El rechazo de todo compromiso con las fuerzas comprometidas con el imperialismo o indiferentes y acobardadas ante él debe elevarse a la categoría de principio inviolable en el plano de la política nacional e internacional. El apoyo, aún a título de buenas relaciones diplomáticas, a gobiernos que combaten el movimiento popular es inadmisibles para los socialistas y debe ser denunciado como una traición a los principios blasistas que deben regir también las relaciones internacionales de las naciones.

Los socialistas hemos reconocido el principio de que el enfrentamiento final de los pueblos oprimidos con el imperialismo se dará en el campo de la lucha armada. Mientras se prepara a los pueblos, ideológica y materialmente para esta lucha, es necesario adoptar toda clase de acciones concretas contra el imperialismo, abrir numerosos frentes de batalla en los campos económico, político, cultural, juvenil, laboral, campesino, etc., que distraiga a las fuerzas imperialistas y a sus incondicionales servidores criollos y los vaya desprestigiando y, por ende, debilitando paulatinamente. Sólo en la actividad práctica se irán creando las condiciones humanas subjetivas que hagan de cada militante socialista un incorruptible luchador social, anticapitalista y antiimperialista, esto es, un auténtico revolucionario. Sólo así se logrará alguna vez la victoria del socialismo y la derrota del imperialismo.

La situación en América Latina y lo que acontece en el plano internacional son pruebas incontrovertibles de que el imperialismo norteamericano constituye la más poderosa fuerza explotadora y agresiva de los pueblos, en connivencia con los gobiernos subordinados y obsecuentes y con las clases capitalistas criollas, formadas por latifundistas, empresarios, banqueros, políticos y altos funcionarios. Una de las tareas inmediatas y fundamentales del socialismo es hacer conciencia en las masas de que el imperialismo norteamericano es el enemigo principal y debe ser también el blanco principal de la lucha. Esta lucha no puede limitarse a declaraciones verbales, sino traducirse en acciones concretas que amaguen los puntos en que el imperialismo ejercita su penetración y su predominio: la economía, las finanzas, el periodismo, la cultura, la educación, la política, la ayuda militar, el cine, la radio, el comercio, etc. El socialismo debería transformarse en el campeón de un boicot nacional y continental, al cual se sumaran todas las fuerzas antimperialistas populares contra la penetración imperialista. Solamente atacando al imperialismo en todas las regiones del continente y del mundo, y amagando sus intereses y abriendo numerosos frentes de lucha contra él, podremos enfrentar con éxito su estrategia de agredir por separado a nuestros pueblos y de dividir ideológicamente, por intermedio de su millonaria propaganda, a las fuerzas populares en cada país.

Esta lucha contra el imperialismo implica, al mismo tiempo, la lucha contra sus aliados nacionales e internacionales: los capitalistas criollos, los partidos seudodemocráticos y seudorrevolucionarios, los gobiernos entreguistas y militares que oprimen a sus pueblos y que, con la asesoría imperialista, tratan de detener los movimientos de rebeldía hasta en sus más débiles expresiones.

El imperialismo norteamericano, en cumplimiento de su estrategia de dividir para reinar, fomenta las rivalidades entre las naciones latinoamericanas, arma a las que son más sumisas a sus intereses económicos, políticos y militares en contra de las que aún se mantienen renuentes a sus designios y sólo grita contra el "armamentismo" cuando algunos gobiernos recurren para aprovisionarse de armas a otros arsenales que no son los yanquis. La lucha contra el militarismo de los países latinoamericanos es otro de los aspectos de la lucha contra el imperialismo norteamericano y una manera efectiva de defender la economía de nuestros países que distraen anualmente grandes sumas de su presupuesto en gastos militares.

Con el pretexto de la “ayuda militar” el imperialismo norteamericano ha creado un verdadero subsidio a la industria armamentista norteamericana y un odioso monopolio bélico. El 92% de los fondos que Estados Unidos proporciona por conceptos de “ayuda militar” se gastan en ese país, lo que significa para los países latinoamericanos una sangría anual en sus presupuestos que supera los 2.000 millones de dólares. A ello hay que agregar las contribuciones en hombres, la carne de cañón latinoamericana, con que algunos gobiernos de Latinoamérica contribuyen a las invasiones bélicas perpetradas por el Pentágono, como en el caso de Santo Domingo y los ofrecimientos para intervenir militarmente en contra de Cuba. Los esfuerzos del gobierno yanqui por la creación de la llamada “Fuerza Interamericana de Defensa” y la asesoría para combatir las guerrillas en Guatemala, Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia, son pruebas evidentes del sometimiento de nuestro continente a los dictados e intereses económicos y políticos del imperialismo norteamericano y de sus propósitos de permanente agresión contra nuestros pueblos a fin de evitar el desarrollo del movimiento socialista en América Latina.

Por desgracia, y a pesar de esta situación que es de dominio público, en todo el continente, aún no se logra hacer funcionar la OLAS conforme fue creada, transformándola en el verdadero instrumento que vigorice, oriente y coordine el movimiento antimperialista continental. El valeroso ejemplo que está dando el pueblo vietnamita en su lucha contra la agresión militar yanqui no ha pasado hasta ahora más allá de despertar simpatías que se expresan en declaraciones políticas y de adhesión verbal. Lo mismo ocurre con la revolución cubana, que constituye el primer triunfo de la revolución socialista y la más efectiva base ideológica y práctica de la revolución latinoamericana. Para el socialismo, para el Partido Socialista de Chile y para los pueblos de América Latina, la defensa de la revolución cubana y el apoyo a la construcción socialista que ella está realizando a pesar del boicot yanqui y de los gobiernos sumisos del continente, es un sagrado deber de internacionalismo proletario. El develar de manera persistente la política anticubana del imperialismo norteamericano y de los gobiernos gorilas y seudodemocráticos de América Latina debe formar parte importante del programa de acción y de lucha del Partido Socialista.

Hay quienes estiman todavía, dentro de las propias filas socialistas o entre los que se consideran auténticos marxistas-leninistas, que lo que ocurre en otras regiones del mundo no nos compete y que debemos luchar primero por cambiar la situación en nuestros respectivos países, colaborando directa o indirectamente en los planes de desarrollo de los gobiernos burgueses aun cuando éstos se hallen comprometidos con el imperialismo. Tal conducta, para los socialistas, debe ser considerada como de traición y oportunismo, como negación de la lucha de clases, como cooperación de clases y abandono de la lucha antimperialista. Semejante actitud no es otra cosa que reformismo pequeño-burgués y contribuye a crear en las masas falsas ilusiones acerca de mejoramientos inmediatos, de perfeccionamiento de la legislación burguesa en favor del pueblo, distrae y obstaculiza la lucha revolucionaria de las masas, y posterga para un futuro imprevisible la creación de la conciencia de que únicamente la implantación del régimen socialista y la destrucción del imperia-

lismo como máxima expresión del capitalismo solucionará los problemas del hombre y de la sociedad.

No podríamos desconocer que nuestro partido ha luchado denodadamente contra el imperialismo norteamericano, especialmente en lo que se refiere a los convenios del cobre, pero su lucha, desarrollada fundamentalmente en el plano parlamentario, no logró despertar conciencia ni fervor popular. Aún, persiste en nuestro pueblo la creencia de que sin la cooperación de los Estados Unidos de Norteamérica no podemos sobrevivir económicamente. Aún persiste la imagen de que, fatalmente, debemos girar en la órbita norteamericana. Ello implica una desconfianza culpable en nuestras propias fuerzas, desconfianza que sólo puede ser erradicada si logramos desarrollar en las masas una conciencia socialista, sin desviaciones, sin conformismos reformistas, ni dogmatismos oportunistas que nos desvían de una interpretación realista de la realidad de la correlación de fuerzas internas y externas que podría guiarnos en la actividad práctica, política y sindical.

La lucha antimperialista en nuestro país no ha podido realizarse hasta ahora en buenas condiciones, porque no hemos encontrado la justa ecuación que nos permita unir en un frente común a todas las fuerzas antimperialistas bajo la dirección del pensamiento socialista. He aquí una de las grandes tareas que debe comprender el Partido Socialista, sobre la base de organizar y dirigir sus tácticas contra el imperialismo norteamericano y sus servidores criollos como los enemigos principales del socialismo, a quienes hay que denunciar en forma implacable y permanente.

De lo que se trata a la postre, es de aislar al máximo al imperialismo y a sus servidores criollos y de ponerlos en el banquillo de los acusados. El Partido Socialista debería resolver si de ese modo cumple o no con los principios del marxismo-leninismo desde el punto de vista nacional e internacional, sin peligro de renunciar a su independencia y de crear confusiones en el movimiento popular, teniendo en vista siempre que su misión fundamental es aplicar en forma creadora los principios del marxismo-leninismo a la realidad nacional y continental.

Partido Socialista (Comité Central): Estatutos del Partido sancionados en el Congreso General efectuado en Chillán en noviembre de 1967

Título I

Del Partido y sus fines

Art. 1º- El Partido Socialista es una agrupación política que une, organiza y capacita ideológica y prácticamente a los elementos más activos, conscientes y honestos de la clase trabajadora chilena y demás personas dispuestos voluntariamente a luchar leal, disciplinada y desinteresadamente por la causa del socialismo.

El Partido Socialista, de acuerdo con su doctrina, sus principios marxista-leninistas y su programa, expresa y representa los intereses de la clase obrera y de las masas explotadas de Chile en su lucha histórica por derribar el régimen capitalista vigente y construir una sociedad socialista.

En esta condición, es la vanguardia revolucionaria de los trabajadores, su instrumento fundamental de lucha y su destacamento más avanzado, resuelto, dinámico y consciente en la conducción y desarrollo de las luchas diarias y permanentes contra el sistema actual.

Art. 2º- La organización del partido se basa en el Centralismo Democrático, principio que asegura el ejercicio de la Democracia Interna y permite la centralización del pensamiento de sus miembros para materializarlo en una acción común homogénea y eficaz.

El Centralismo Democrático establece el derecho del militante de participar, exponer y luchar por sus propios juicios en la determinación de todos los objetivos y cuestiones del partido a través de la discusión interna y dentro de las normas orgánicas que regulen este derecho; de elegir de abajo hacia arriba todos los organismos dirigentes y exigirles rendición de cuentas de su mandato. A la vez, exige la entrega y concentración de la autoridad en los organismos superiores de arriba hacia abajo, para que dirijan la organización, la representen, dispongan la forma de aplicar los acuerdos y controlen su ejecución; la subordinación de la minoría a la mayoría y la más férrea disciplina para todos y el acatamiento y la obligatoriedad de los acuerdos de los organismos sin excepción. Por último, establece el respeto mutuo entre sus afiliados y la fraternidad socialista. La disciplina exige mantener la más absoluta lealtad con el partido y su política y una solidaridad total con las resoluciones de los organismos superiores.

Título II

Los miembros del partido

Art. 3º- Puede ingresar al Partido Socialista toda persona mayor de 18 años que acepte su Declaración de Principios, su Programa y sus Estatutos y cuya vida pública y privada sea compatible con los postulados socialistas y con la defensa de los intereses de los trabajadores.

Art. 4º- Los miembros del partido pueden tener la condición de: a) Simpatizantes, b) Postulantes, y c) Militantes.

El ingreso al partido sólo será en calidad de simpatizante o postulante y será patrocinado por un militante, quien presentará los antecedentes del interesado al respectivo organismo de base. Los Comités Regionales y el Comité Central podrán rechazar el ingreso de las personas cuyos antecedentes se estimen incompatibles con la calidad de socialistas. En estos casos, el Comité Seccional respectivo será informado de la resolución y ella será inapelable.

Tratándose de personas que hayan desempeñado o desempeñen cargos de representación o de dirección en otras agrupaciones políticas, corresponderá al Comité Central resolver su ingreso. En todo caso, el interesado deberá solicitar su incorporación a un organismo de base y contar con los informes favorables de los Secretariados Seccional y Regional para su aceptación por el Comité Central.

El ingreso colectivo de grupos u organizaciones políticas será de resolución directa del Comité Central y la petición deberá ser presentada directamente a ese organismo.

Art. 5º- Son simpatizantes las personas que, no estando en condiciones de cumplir los deberes y obligaciones del militante, aceptan, sin embargo, la línea política del partido, colaboran en las actividades sindicales, propagandísticas, electorales, técnicas o de otro orden.

El simpatizante carece de los derechos del militante y sólo asiste a reuniones, con derecho a voz, cuando sea especialmente invitado. El simpatizante podrá pedir en cualquier momento su promoción a postulante.

Art. 6º- El postulante es la persona que hace méritos para lograr la calidad de militante socialista.

Son obligaciones del postulante asistir a su organismo de base, pagar sus cuotas, asistir a los cursos de capacitación y, en general, desarrollar y cumplir todas las tareas y deberes que le indiquen su organismo de base o los superiores.

El postulante no tiene derecho a participar en las deliberaciones y resoluciones políticas de su núcleo o de otros organismos políticos, sin embargo, podrá hacerlo en el primero con acuerdo unánime de sus militantes.

El período mínimo para el pase a militante será de seis meses.

Art. 7º- Los nuevos militantes antes de su incorporación como tales prestarán la siguiente promesa de lealtad al partido y a los trabajadores:

¿Prometéis por vuestro honor de combatientes del socialismo y por la memoria de sus mártires, consagrar vuestra vida al servicio incondicional del partido, de la clase trabajadora y de la revolución socialista; entregar vuestro espíritu y vuestra sangre a la gran causa de liberar a Chile del yugo imperialista y de la explotación capitalista; aceptar la disciplina del partido por encima de toda otra consideración y ser un esforzado y leal militante socialista?

Título III

Deberes y derechos de los militantes

Art. 8º- Son obligaciones y deberes del militante:

a) Formar parte de un núcleo y de los organismos que le correspondieren y participa activamente en sus deliberaciones y trabajos.

b) Acatar la línea política que se apruebe, cumplir con las resoluciones de los organismos superiores pertinentes y con las tareas que se le encomienden.

c) Cotizar puntualmente en su núcleo y, en casos calificados, a los organismos superiores. Tratándose de mandatarios, ex mandatarios y profesionales, las dietas de los primeros y los ingresos de los segundos obtenidos directamente a través del partido, serán considerados como bienes del partido y serán percibidos por éste, entregando a cada cual lo que sea necesario.

d) Asistir a los cursos de capacitación a que sea designado.

e) Hacer vida activa en los frentes de masas que correspondan a su actividad o/y vecindad, promover la creación de esas organizaciones cuando no existieren; imponerse de sus necesidades más urgentes y procurar su solución, ligando estas acciones a la lucha por el socialismo.

f) Guardar absoluta discreción sobre asuntos internos del partido y sobre acuerdos y resoluciones cuyo carácter así lo exigiere.

g) Informar responsablemente sobre su actividad y acerca de las tareas que se le encomienden, a su núcleo o a quien corresponda según el carácter del mandato o de la información que debe entregar

h) Ser personalmente honesto y sobrio y llevar una vida pública y privada compatible con los principios socialistas.

i) Practicar efectivamente la solidaridad y fraternidad socialista con todos los miembros y con aquellos afiliados a partidos afines extranjeros.

j) Velar permanentemente por el fortalecimiento de la unidad ideológica, política y orgánica del partido; luchar contra todo intento de formación de grupos o fracciones en su interior y por el respeto integral a la democracia interna y a sus autoridades orgánicas. Ejercitar la crítica y la autocrítica como una forma de superación del trabajo partidario.

k) Adquirir y propagar la prensa del partido, ya sean diarios, periódicos, revistas o folletos; divulgar su doctrina y su política. Captar nuevos adherentes para el partido.

l) Hacer primar siempre los intereses del partido y de la clase trabajadora sobre los acuerdos, conducta o decisiones de cualquiera organización de ca-

rácter cultural, cívico, social o filosófico, de la que el militante fuere afiliado, con el fin de preservar la disciplina y la unidad ideológica socialista. Ningún acuerdo de dichas organizaciones puede posponer las resoluciones y la línea política del partido.

m) Oponerse a las actitudes caudillistas o personalistas en la vida del partido, estimulando el trabajo colectivo y las decisiones de conjunto tanto en las bases como en las directivas.

n) Rechazar toda clase de relaciones personales con renegados del socialismo y vigilar a fin de que ningún socialista tenga complacencias o debilidades con esos elementos.

Art. 9º- Son derechos de los militantes:

a) Elegir y ser elegido dirigente o mandatario en todos los niveles, delegado a Conferencias, Congresos Seccionales, Regionales y Nacionales y en general para toda actividad partidaria.

b) Expresar libremente su pensamiento en los organismos que le correspondan, sobre cualquier asunto que estime política u orgánicamente útil o necesario para el partido o para los trabajadores y defender su juicio sobre la forma de aplicar y desarrollar la línea política del partido o las instrucciones emanadas de los organismos superiores.

c) Promover toda clase de iniciativas y sugerencias con miras a la aplicación y desarrollo de la línea política del partido.

d) Recurrir a los organismos superiores contra una resolución que estime lesiva a sus derechos o comportamiento.

e) Ejercer libremente en los organismos correspondientes, la crítica con espíritu constructivo y partidario.

f) Discutir, en los períodos fijados en este Estatuto, sobre la política seguida por el partido y sobre sus futuras determinaciones, hasta que haya resolución del Congreso Ordinario que da término a la discusión interna.

g) Pedir su traslado a otro organismo base cuando existan fundamentos adecuados.

Art. 10.- Los militantes podrán ejercer los derechos enumerados anteriormente en la forma establecida por este Estatuto, pudiendo hacerlos valer por los conductos regulares hasta el Comité Central.

Ningún militante u organismo podrá dirigirse directamente a organismos o militantes que estén fuera de su radio jerárquico regular so pretexto de ejercer estos derechos.

Título IV

Art. 11.- Constituyen faltas a la condición de miembro del partido:

a) Incumplimiento y violación de los Estatutos, Programa y política del partido.

b) Mal uso de los fondos de organización de masas.

c) Delación; traición a los trabajadores.

- d) Vida licenciosa; embriaguez consuetudinaria.
- e) Actividades personales ilícitas.
- f) En general, actuaciones que perjudiquen a los trabajadores y menoscaben la autoridad del partido ante el pueblo.

Art. 12.- El militante que no renueve su tarjeta de cotizaciones en el mes de diciembre de cada año pasará a simpatizante. Para los efectos de la renovación de este documento, anualmente se hará en cada núcleo una calificación que determinará la condición de sus miembros. El activo militante quedará constituido por aquellos que, por lo menos, hayan cumplido con las disposiciones a), b) y c) del artículo 8º de este Estatuto. Aquel que por esta razón pierda su condición de militante podrá recuperarla, previa permanencia de tres meses como postulante, si en el plazo de 60 días, contados de la fecha que se le haya comunicado la decisión del núcleo, solicita la revalidación de su documentación.

El que no reclama su calidad anterior, seguirá como simpatizante, pudiendo solicitar su pase en cualquiera oportunidad. En este caso deberá hacer un periodo de seis meses, y perderá su antigüedad.

Art. 13.- El militante que por salud, edad, ausencia del país u otras razones, calificadas por el respectivo organismo de base, y en determinados casos por los organismos superiores, se encuentre impedido de cumplir con todos o algunos de sus deberes, conservará, no obstante, esa calidad y antigüedad y no podrá ser suspendido en sus derechos por esas circunstancias.

Art. 14.- No perderá sus derechos el militante que por cesantía obligada no pueda cumplir sus deberes económicos con el partido, situación que deberá calificar su organismo de base, informando oportunamente al organismo seccional.

Igualmente tendrán derecho a que se considere y califique particularmente su cotización los militantes pertenecientes a un mismo grupo familiar en el cual sólo uno de ellos tenga ingresos económicos regulares.

Art. 15.- El abandono injustificado de cargos de responsabilidad significará la inelegibilidad para el periodo siguiente de un cargo de igual o superior jerarquía, lo que deberá ser resuelto por la respectiva Comisión de Cuadros, una vez comprobados los hechos, lo que deberá informarse por escrito al interesado y a los organismos que corresponda, inmediatamente después de conocida y sancionada la falta.

Art. 16.- La disciplina socialista exige que el militante mantenga fuera del partido una actitud de total solidaridad con las resoluciones de la dirección local, regional o nacional. Toda violación de este principio podrá ser sancionada con la expulsión.

Art. 17.- Los organismos partidarios estarán obligados a considerar cualquier acusación presentada responsablemente y por escrito por personas u or-

ganizaciones de masas, que pueda significar un comportamiento no socialista de un militante.

Art. 18.- Atendiendo a la gravedad de la falta, podrían tomarse las siguientes medidas:

a) Amonestación privada del Secretariado del organismo correspondiente al militante afectado.

b) Amonestación escrita.

c) Remoción de sus cargos de responsabilidad.

d) Censura escrita pública.

e) Suspensión de sus derechos de militante por tiempo determinado.

f) Marginación del partido.

g) Expulsión.

El militante que haya sido sancionado podrá apelar contra la medida disciplinaria que se le haya impuesto, por el conducto regular, a todos los organismos superiores del partido, incluso al Congreso General.

Título V

De la estructura del partido

Art. 19.- Para el desarrollo de su actividad y el ejercicio de los deberes y derechos de sus miembros, el partido se agrupa en cuerpos de características y funciones determinadas, relacionadas jerárquicamente, denominadas Organismos y que en conjunto constituyen la Estructura Orgánica del partido.

Son organismos partidarios: El Núcleo, la Seccional, el Regional y el Comité Central, la Conferencia y el Pleno en el orden local, medio y nacional y el Congreso como organismo superior en cada uno de esos niveles.

1.- El núcleo

Art. 20.- El partido agrupa a todos sus militantes sin excepción en Núcleos, que constituyen la base de la organización partidaria.

El núcleo es el único organismo en el cual el militante ejerce en plenitud sus deberes y derechos de tal.

El secretariado de cada seccional constituye los núcleos con un número de militantes no inferior a 5 ni superior a 15. En casos calificados y con acuerdo del Secretariado Regional, podrán funcionar núcleos con mayor número de militantes.

El núcleo de empresa agrupa a los militantes por sitio de trabajo; el núcleo vecinal por sector domiciliario.

Para dirigir sus actividades el núcleo elegirá anualmente un Secretariado, en asamblea citada expresamente para ese efecto.

El Secretariado Seccional y los organismos superiores con conocimiento del primero, podrán destacar en un núcleo determinado a los militantes que estime necesarios para los intereses del partido.

Los miembros de los núcleos por sitio de trabajo deben participar obligadamente en los trabajos partidarios de las organizaciones de masas de la vecindad. Quedan eximidos de esta obligación los militantes que justificadamente sean liberados de ella por los organismos respectivos.

Art. 21.- Son funciones del núcleo:

- a) Reunirse regularmente a lo menos una vez por semana.
- b) Estudiar la política del partido y buscar la forma de aplicarla, desarrollando toda clase de iniciativas tendientes a que el pensamiento socialista se encarne en las masas trabajadoras.
- c) Aplicar y desarrollar las instrucciones y tareas dispuestas por los organismos superiores.
- d) Entregar tareas concretas a cada uno de sus miembros, exigir rendición de cuentas de ellas y discutir sobre su buen o mal cumplimiento.
- e) Controlar la asistencia de sus miembros a las reuniones del organismo y a las charlas, cursos, actos públicos, sindicato o junta vecinal que corresponda.
- f) Informar de su actividad y resoluciones al organismo pertinente.
- g) Estudiar y difundir la prensa del partido, revistas, folletos y, en general, toda propaganda partidaria.
- h) Desarrollar la educación política y revolucionaria de sus miembros preparando charlas, cursos, lecturas comentadas, discusiones políticas, etc.
- i) Preocuparse especialmente de los problemas que afectan a los trabajadores de su radio de acción; hacer presente la solidaridad y ayuda del partido en su caso.
- j) Participar en todos los asuntos en discusión en el partido, de acuerdo al Centralismo Democrático.
- k) Controlar estrictamente la actividad partidaria de cada uno de sus miembros y ejercer vigilancia fraternal sobre su conducta privada.
- l) Ejercer, con ánimo sano y constructivo, la crítica y la autocrítica.
- m) Mantener la disciplina revolucionaria, la fraternidad y moral socialistas y el espíritu colectivo de trabajo, superando las diferencias y las actitudes individualistas y caudillistas.
- n) Mantener control sobre los simpatizantes, amigos y ayudistas del partido y dirigentes de organizaciones de masas del sector.
- ñ) Efectuar una constante y planeada labor de penetración y captación de nuevos afiliados en el sitio de trabajo o sector vecinal.
- o) Cautelar la unidad ideológica y orgánica del partido haciendo llegar oportunamente al conocimiento de los organismos superiores cualquier actitud individual o colectiva de tipo fraccionalista o divisionista.
- p) Informar a la Comisión de Control de Cuadros sobre los pases a militantes que acuerde o rechace y de la conducta general de todos sus integrantes.

2.- De la Seccional

Art. 22.- En un sector geográfico determinado por cada Secretariado Regional, se agruparán los núcleos en número no inferior a tres (mínimo 15

militantes) ni superior a 20 (máximo 300 militantes). Esta agrupación nuclear generará un organismo denominado Seccional, dirigido por un Secretariado de 7 a 9 miembros que durará un año en sus funciones.

Por razones calificadas y con consulta al Comité Central, el Secretariado Regional podrá autorizar la existencia de seccionales con un número superior de núcleos.

Art. 23.- Los miembros del Secretariado Seccional son elegidos en Congresos Seccionales y lo integrarán además, con los mismos derechos el Secretario Seccional de la F.J.S. y la Secretaria de la F.M.S. No podrán tener una militancia menor de un año.

Art. 24.- Son obligaciones del Secretariado Seccional:

- a) Reunirse en forma mínima una vez por semana.
- b) Reunirse quincenalmente con los Secretarios de Núcleos.
- c) Estudiar y resolver todos los asuntos relacionados con la vida partidaria en su radio de acción.
- d) Cumplir y hacer cumplir por los organismos de su dependencia las resoluciones e instrucciones impartidas por los organismos superiores del partido.
- e) Promover el ejercicio de la crítica y la autocrítica.
- f) Transmitir al Secretariado Regional las opiniones políticas y sugerencias prácticas emanadas de su seno y de los organismos de base.
- g) Plantear, dirigir, coordinar y controlar las tareas generales de los núcleos y otros organismos de su dependencia.
- h) Nombrar los Secretarios de Departamentos, quienes tendrán derecho a voz en las reuniones del Comité Seccional, cuando no sean miembros del Secretariado.
- i) Crear nuevos núcleos; dividir los existentes cuando sea necesario para el desarrollo del partido.
- j) Reorganizar, en casos de trabajo partidario deficiente o conducta fraccional, los núcleos y organismos dependientes y designar ejecutivamente a sus dirigentes en forma transitoria.
- k) Mantener y perfeccionar la unidad orgánica e ideológica del partido y crear condiciones para el desarrollo de la consciente disciplina revolucionaria entre los miembros del partido.
- l) Rendir informes permanentes al Comité Regional sobre el trabajo ejecutado por el partido en su radio de acción.
- m) Distribuir a los núcleos el material partidario y supervigilar el pago regular de las cuotas ordinarias, extraordinarias y otros aportes.
- n) Designar de entre sus miembros el Secretariado Seccional, las comisiones: Política, de Control de Cuadros y la de Disciplina cuando proceda.
- ñ) Cautelar la disciplina partidaria y aplicar las sanciones correspondientes cuando sean vulneradas en su jurisdicción.
- o) Orientar, fiscalizar e informar al Comité Regional sobre la actuación de los regidores de la zona.

- p) Mantener una casa central para la actividad del partido.
- q) Rendir cuenta por escrito, por intermedio del Secretariado Seccional, de la labor cumplida en su período.

3.- Congreso seccional

Art. 25.- El Congreso seccional se efectuará en aquellas seccionales que cuenten con más de 100 militantes, ordinariamente una vez al año y extraordinariamente cuando así lo determine la mayoría absoluta de los miembros en ejercicio del Comité Seccional o los 2/3 de los núcleos de la Seccional o cuando otras situaciones estatutarias lo dispongan.

Art. 26.- Componen el Congreso Seccional:

- a) Un delegado por cada 5 militantes y fracción mínima de 3 que hayan votado en su núcleo.
- b) Los miembros del Secretariado Seccional.
- c) Un delegado de la FJS, designado por su Secretariado de entre los militantes de la jurisdicción.
- d) Una delegada de la FMS, designada igual que el de la FJS.
- e) Los parlamentarios y regidores de la zona o comuna.
- f) Los miembros de la Comisión Organizadora.
- g) El delegado del Secretariado Regional.

Los delegados comprendidos en las letras a), c) y d) tendrán derecho a voz y voto. El resto de los participantes sólo tendrán derecho a voz.

Art. 27.- Los núcleos que en el acto electoral no alcancen una votación del 50% de su militancia, repetirán la elección para lograr mayor participación de ellos. Si en la segunda votación no se logra el 50% se aceptará con los que hayan participado. El núcleo entregará a la Comisión de Cuadros la nómina de los que no asistieron a la votación para su anotación en la Hoja de Vida.

Art. 28.- El Congreso Seccional se ocupará de:

- a) Analizar y pronunciarse sobre la cuenta del Secretario Seccional.
- b) Estudiar los problemas que tengan relación con la lucha del Socialismo en su jurisdicción y acordar las áreas que correspondan en cada caso.
- c) Elegir a los miembros del Secretariado Seccional y, en su caso, a los delegados al Congreso Regional.
- d) Cuando corresponda al proceso de generación de un Congreso General Ordinario, analizar y resolver sobre las materias de la Convocatoria, sobre los documentos elaborados para la Discusión Interna y ejercer los derechos que permite el Estatuto del partido en este período.

Art. 29.- En las secciones que cuenten hasta con 100 militantes, se convocará expresamente a una Conferencia de Base que tendrá las mismas atribuciones y autoridad que el Congreso Seccional.

La Conferencia de Base estará compuesta por los militantes de la Seccional con su cotización al día.

El Secretariado Seccional designará una Comisión Organizadora de la Conferencia de Base.

4.- El regional

Art. 30.- En un sector geográfico determinado por el Comité Central, se agruparán las seccionales en número no inferior a 3 (mínimo 45 militantes) ni superior a 10 (máximo 3.000 militantes).

Esta agrupación de seccionales generará un organismo político denominado Regional, dirigido por un Secretariado de 9 a 15 miembros, que durará dos años en sus funciones.

Por razones calificadas y con acuerdo del Comité Central se podrá autorizar la existencia de regionales con un número mayor o menor de seccionales y que el Regional asuma simultáneamente la función de Secretariado Seccional en la ciudad que le sirve de sede.

Integran el Secretariado Regional con derecho a voz y voto el Secretario Regional de la FJS y la Secretaria Regional de la FMS.

Art. 31.- Son funciones del Secretariado Regional:

a) Cumplir y hacer cumplir las resoluciones e instrucciones de los organismos superiores.

b) Reunirse a lo menos una vez por semana.

c) Transmitir al Comité Central las sugerencias e iniciativas de los organismos de base y su propia opinión política e informar a la Subsecretaría Nacional de Organización acerca de la marcha del partido en la región y sobre el cumplimiento de las tareas planeadas.

d) Supervisar, coordinar y controlar la actividad de los Comités Seccionales.

e) Reorganizar los Comités Seccionales en caso de trabajo partidario deficiente o conducta fraccional y designar ejecutivamente a sus dirigentes en forma transitoria.

f) Organizar nuevos Comités Seccionales.

g) Designar a los Secretarios de los Departamentos Regionales, pudiendo recaer estos nombramientos en los miembros del Secretariado Regional. Los Secretarios de Departamentos, de no ser miembros del Secretariado Regional, sólo tendrán derecho a voz.

h) Estudiar y resolver los asuntos relacionados con la actividad general del partido en la región, analizar los problemas generales de ella y plantear sus soluciones.

i) Distribuir a los Comités Seccionales el material partidario y exigirles balances periódicos de finanzas.

j) Planificar, dirigir y fiscalizar la labor de los alcaldes y regidores socialistas e informar al Comité Central, acerca del trabajo de los parlamentarios de la zona.

k) Designar las Comisiones Regionales Política, de Control de Cuadros y de Disciplina cuando proceda.

l) Cautelar la disciplina partidaria y aplicar las sanciones correspondientes, cuando ésta sea vulnerada en su jurisdicción.

m) Preocuparse en forma especial de la educación política del partido en su jurisdicción.

n) Convocar a Pleno Regional Ordinario cada tres meses y extraordinario cuando la mayoría del Secretariado Regional así lo acuerde.

ñ) Designar, en su primera reunión constitutiva, al Secretario Regional.

Art. 32.- Son obligaciones del Secretario Regional:

a) Presidir las reuniones del Secretariado Regional y coordinar su trabajo.

b) Transmitir al Pleno Nacional y al Comité Central las opiniones políticas y sugerencias de su organismo, haciéndose responsable de éstas en su calidad de Secretario Político del partido en la región.

Art. 33.- Subrogará al Secretario Regional, en caso de ausencia, el Subsecretario del Frente de Masas, el Subsecretario de Organización y el Subsecretario Administrativo, en el mismo orden.

En caso de inhabilidad o renuncia del Secretario Regional aceptada por el Secretariado Regional, una vez llenada la vacante el Secretariado procederá a elegir al nuevo Secretario Regional.

Art. 34.- Cuando por renuncia, inhabilidad, suspensión indefinida u otra causa, dejare de pertenecer al Comité Regional uno de sus miembros, será reemplazado por el militante que hubiese obtenido la más alta votación en la lista de suplentes, elegidos en el Congreso Regional en acto separado; las vacantes sucesivas se llenarán con los suplentes que sigan en orden de sufragios.

Art. 35.- Puede ser miembro del Comité Regional el militante que tenga, a lo menos, tres años de antigüedad como tal.

En casos calificados, fundamentados por escrito al Comité Central, este organismo podrá autorizar la integración de miembros con antigüedad menor. En ningún caso el tiempo de militancia podrá ser menor a un año.

5.- Del Congreso Regional

Art. 36.- El Congreso Regional se reunirá ordinariamente cada dos años y en forma extraordinaria cuando así lo acuerde el Secretariado Regional por la mayoría absoluta de sus miembros en ejercicio; cuando lo pidan los 2/3 de los Secretariados Seccionales y cuando lo exijan las disposiciones de este Estatuto.

La petición del Congreso Extraordinario solicitado por las seccionales podrá ser formulada directamente al Comité Central por escrito, con la firma y timbre de los Secretarios Seccionales. En tal caso el Comité Central ordenará al Secretariado Regional convocar a Congreso Extraordinario.

La Convocatoria a Congreso será enviada a los Secretarios Seccionales por el Secretario Regional con 30 días de anticipación a la fecha de su celebración.

Art. 37.- Cinco días después de enviada la Convocatoria, la Comisión Organizadora del Congreso Regional, nombrada al efecto y en su debida oportunidad por el Secretariado Regional, fijará a las seccionales la fecha de elección de sus delegados.

Art. 38.- Componen el Congreso Regional:

a) Un delegado por cada 20 militantes y/o fracción superior a 10, que hayan votado en la base.

b) Cinco delegados de la FJS. En caso que el total de los delegados del partido acreditados ante el Congreso sea inferior a 25, la delegación de la Federación se reducirá a un número que no exceda al 20% de la representación de las Seccionales.

c) Tres delegados de la Directiva Regional de la FMS.

d) Los delegados del Comité Central.

e) Los miembros del Secretariado Regional.

f) Los miembros de los Departamentos Regionales.

g) Los parlamentarios y regidores de la zona.

h) Los miembros de la Comisión Organizadora.

Los delegados comprendidos en las letras a), b) y c), tendrán derecho a voz y voto. El resto de los participantes sólo derecho a voz.

Los delegados que representen a la Federación de la Juventud Socialista y a la Federación de Mujeres Socialistas deberán ser militantes de la jurisdicción del Regional que efectúe el Congreso.

Tendrán derecho a participar en las elecciones los militantes que tengan más de 18 años.

Art. 39.- El Congreso Regional se preocupará de:

a) Analizar, aprobar o rechazar el informe escrito presentado por el Secretariado Regional sobre la actividad partidaria del Comité Regional.

b) Analizar y discutir los informes: político, sindical, organizativo o de otro orden (de acuerdo con la Convocatoria), que se someten a consideración del Congreso.

c) Planificar las tareas generales del partido en la región.

d) Elegir a los miembros del Secretariado Regional y, cuando proceda, a los delegados al Congreso General.

Art. 40.- Los acuerdos y resoluciones del Congreso Regional se tomarán por simple mayoría de los delegados presentes en la respectiva reunión plenaria a base de mociones o informes escritos presentados por las comisiones respectivas o en la propia plenaria.

Los acuerdos serán presentados como sugerencias o recomendaciones al Pleno Nacional, al Comité Central o al Congreso General, según sea el caso.

Los acuerdos políticos aprobados en un Congreso Regional, que puedan diferir de la política del partido, no serán dados en ningún caso a la publicidad.

6.- El Comité Central

Art. 41.- El Comité Central es el órgano superior del partido durante el período comprendido entre dos Congresos Generales Ordinarios y sus miembros pueden participar en las reuniones de todos los organismos del partido y presidirlos por derecho propio.

Art. 42.- Integran el Comité Central 28 miembros elegidos por el Congreso General Ordinario; el Secretario General de la FJS, la Secretaria de la FMS y el Jefe de la Brigada Parlamentaria.

Art. 43.- El Congreso General Ordinario elegirá en listas separadas 5 miembros suplentes del Comité Central que tendrán derecho a voz en dicho organismo.

Cuando por permiso, renuncia u otra causa dejare de concurrir definitiva o temporalmente al Comité Central alguno de sus miembros titulares, será reemplazado por el suplente que haya alcanzado la más alta mayoría en la lista. Las vacantes sucesivas serán llenadas por los suplentes que sigan en el orden de los sufragios.

Art. 44.- Para cumplir sus funciones, el Comité Central designará de entre sus integrantes un Comité Ejecutivo de 15 miembros, presidido por el Secretario General.

El Comité Ejecutivo constituirá cuatro Comisiones Nacionales, sin perjuicio de crear las que estime necesarias. Ellas serán: La Comisión Política; la Comisión de Frente de Masas; la Comisión de Organización y la Comisión de Asuntos Administrativos.

Art. 45.- La Comisión Política estará compuesta de 7 miembros y la integrarán por derecho propio el Secretario General, que la presidirá, los tres Subsecretarios Generales a cargo de las Comisiones Nacionales mencionadas en artículo anterior y tres miembros del Comité Ejecutivo, designados por éste.

Dependerá de la Comisión Política Nacional el Departamento Nacional de Asuntos Internacionales y el Departamento Técnico.

Art. 46.- Las Comisiones Nacionales de Frente de Masas Organización y Administrativa serán presididas por un miembro del Comité Ejecutivo en calidad de Subsecretario General.

Art. 47.- Las Comisiones Nacionales de Frente de Masas, Organización y Administrativa estarán integradas cada una por tres miembros del Comité Ejecutivo y presididas por el Subsecretario General respectivo.

En el mismo orden indicado anteriormente, los Subsecretarios subrogarán al Secretario General.

Art. 48.- Dependerán de la Comisión Frente de Masas: El Departamento Sindical, el Departamento de la Vivienda, el Departamento Campesino, la FJS, la FMS, el Departamento de Municipalidades y la Brigada Parlamentaria.

Art. 49.- Dependerá de la Comisión Nacional de Organización: el Departamento de Organización, Control de Cuadros, Educación Política, Propaganda y Defensa.

Art. 50.- Dependerán de la Comisión Nacional de Asuntos Administrativos: el Departamento de Finanzas, de Empresas, de Solidaridad y el aparato administrativo del Comité Central.

Art. 51.- Los Secretarios de los Departamentos Nacionales serán designados por el Comité Ejecutivo a propuesta de las respectivas Comisiones Nacionales.

Tanto el Comité Ejecutivo como el Comité Central podrán rechazar fundadamente las designaciones recaídas en militantes que no sean miembros del Comité Central.

Art. 52.- La reunión del Comité Central se denominará Sesión Plenaria y se deberá efectuar a lo menos cada 90 días.

Entre cada Sesión Plenaria del Comité Central todas las tareas de dirección serán de responsabilidad del Comité Ejecutivo.

Art. 53.- La primera Sesión Plenaria del Comité Central será convocada por el Secretario General a más tardar 7 días después de proclamados los miembros del Comité Central elegidos por el Congreso General Ordinario y tendrá por único objeto designar a los Subsecretarios Generales de Frente de Masas, Organización y Administrativo y a los 11 miembros restantes del Comité Ejecutivo.

Art. 54.- Los cargos de Subsecretarios Generales serán renunciables y removibles. Estas materias serán de exclusiva consideración del Comité Central.

Art. 55.- En caso de renuncia o remoción de sus cargos de los Subsecretarios Generales, serán reemplazados en una Sesión Plenaria convocada expresamente para este objeto, en un tiempo no inferior a 30 días ni superior a 60, y deberán ser elegidos por la mayoría absoluta de sus miembros en ejercicio. En el lapso comprendido entre la aceptación de la renuncia o remoción y la nueva designación, el afectado será subrogado de acuerdo con la prelación establecida en el artículo 47.

En el caso extremo que se produjese la renuncia o remoción colectiva del Secretario General y los tres Subsecretarios, la Sesión Plenaria que hubiese aceptado la renuncia o removido a esos dirigentes designará reemplazantes interinos hasta la sesión Plenaria convocada para la designación definitiva.

Art. 56.- El Secretario General presidirá y coordinará el trabajo del Comité Central, el Comité Ejecutivo y la Comisión Política y tendrá la representación legal del partido.

Art. 57.- Son atribuciones del Comité Central:

a) Cumplir y hacer cumplir los acuerdos y resoluciones del Congreso General y las disposiciones del Estatuto del partido.

b) Dictar los Reglamentos que estime necesarios para la mejor ordenación de la actividad partidaria.

c) Representar al partido en las relaciones con otros partidos afines.

d) Acordar pactos, alianzas, bloques y acciones comunes con otros partidos, de carácter político-parlamentario, electoral y/o sindical en conformidad a la línea política vigente.

e) En casos de deficiente trabajo partidario o actividades contrarias a la convivencia socialista, reorganizar los organismos partidarios y designar ejecutivamente a sus miembros en forma transitoria.

f) Organizar anualmente una Campaña Nacional de Finanzas.

g) Designar a los Subsecretarios Generales y miembros de las Comisiones y Departamentos, pudiendo recaer estos últimos en militantes que no sean del Comité Central. En este último caso, dichos integrantes tendrán sólo derecho a voz.

h) Convocar a Congreso General Extraordinario cuando así lo acuerden los dos tercios de sus miembros en ejercicio.

i) Designar y proclamar a los candidatos a cargos de elección popular y demás mandatarios del partido, sin perjuicio de lo establecido en los artículos N^{os}. 108 y 109 de este Estatuto.

j) Planificar, orientar y fiscalizar el trabajo de la Brigada Parlamentaria y la labor de los mandatarios en particular.

k) Ejercer acción disciplinaria en casos de delitos políticos flagrantes, atentados contra la unidad ideológica y orgánica del partido y actitudes fraccionales, cometidos por dirigentes, mandatarios, militantes u organismos partidarios.

l) Nombrar y remover a los directores de la prensa del partido.

m) Remover a cualquier miembro del Comité Central por actitudes contrarias a la política socialista manifestada públicamente o fuera de las normas orgánicas y estatutarias o por acciones reñidas con los intereses de la clase trabajadora, con el acuerdo de los dos tercios de sus miembros en ejercicio.

n) Tomar conocimiento de los acuerdos y resoluciones de los Congresos Regionales, Plenos y Conferencias Nacionales y proceder de acuerdo con las facultades y obligaciones que le fija este Estatuto.

ñ) Informar al Congreso General acerca del cumplimiento de sus tareas políticas y de toda la actividad partidaria.

o) Para desempeñar el cargo de Secretario General del partido o miembro del Comité Central, el militante deberá tener, a lo menos, cinco años de antigüedad y actividad permanente y haber comprobado su capacidad y responsabilidad de dirigente socialista.

7.- El Congreso

Art. 58.- El Congreso es el organismo superior del partido en su respectivo nivel Seccional, Regional o Nacional, que se constituye a base de delegados que representan directamente a cierto número de militantes de un organismo determinado.

El Congreso puede ser Ordinario o Extraordinario y sus atribuciones las especifica para cada caso el Estatuto.

El Congreso Ordinario analiza la cuenta de sus dirigentes y el trabajo desarrollado; estudia y resuelve los problemas del partido dentro de sus facultades y genera las nuevas autoridades.

El Congreso Extraordinario resuelve sobre la materia específica de la Convocatoria.

Art. 59.- Los Congresos Seccionales y Regionales Ordinarios se celebran uniformemente en todo el país de manera que dentro de un mismo período calendario no superior a 60 días se renueven todas las directivas locales y regionales.

8.- El Congreso General

Art. 60.- El Congreso General Ordinario es el organismo máximo del partido y se realizará cada tres años.

Art. 61.- El Congreso General Extraordinario se reunirá cuando así lo acuerden los dos tercios de los miembros en ejercicio del Comité Central o la mayoría absoluta del Pleno Nacional.

En este caso, la Convocatoria será enviada a los Comités Regionales con 60 días de anticipación a la fecha de su celebración.

Art. 62.- La generación del Congreso General Ordinario comenzará con la Convocatoria, que deberá efectuarse con seis meses de anticipación, en un Pleno Nacional Extraordinario.

La Convocatoria deberá fijar fecha, sede y temario y el Pleno que la efectúe designará una Comisión de Estudio para cada uno de los temas señalados, que presentará un informe sobre esas materias y las proposiciones de resolución que estime convenientes.

El Pleno tiene amplia autoridad para integrar las referidas comisiones con los militantes de su elección, las que tendrán un plazo de tres meses para presentar su trabajo al Comité Central.

Ninguna Comisión podrá integrarse con más de nueve miembros.

Art. 63.- En el Pleno que emita la Convocatoria al Congreso General, el Departamento Nacional de Organización certificará el número de militantes oficialmente reconocidos a cada Comité Regional y a cada Seccional. Esos an-

tecedentes servirán de base para la elección de delegados en todo el país, una vez sancionados por el Pleno.

Art. 64.- La Convocatoria al Congreso General abre un período de discusión nacional en todo el partido, en los organismos de base o intermedios, sobre la conducta personal y colectiva de los dirigentes y mandatarios nacionales con relación a la forma en que se han aplicado las resoluciones del Congreso General anterior y sobre las líneas de acción futuras del partido.

Art. 65.- Constituyen el Congreso General:

- a) Un delegado por cada 150 militantes y/o fracción superior a 75, elegidos en Congresos Regionales.
- b) Diez delegados designados por el Comité Central de la FJS.
- c) 5 delegadas designadas por la Directiva Nacional de la FMS.
- d) Los miembros del Comité Central saliente.
- e) Los parlamentarios y los integrantes de la Comisión Nacional Organizadora del Congreso.

Sólo tendrán derecho a voz y voto los integrantes comprendidos en las letras a), b) y c). El resto de los participantes tendrá sólo derecho a voz.

El Comité Central podría extender invitaciones fraternales para asistir al Congreso, cuya nómina deberá entregar a la Comisión Nacional Organizadora.

Todos los delegados deberán tener una antigüedad mínima de dos años de militante.

Art. 66.- Corresponde al Congreso General:

- a) Discutir la cuenta política y administrativa del Comité Central.
- b) Revisar la situación financiera del partido.
- c) Fijar la Línea Política del partido.
- d) Resolver, en última instancia, cuestiones disciplinarias.
- e) Elegir en votaciones separadas al Secretario General, a los miembros del Comité Central y a los suplentes.

De cualquier modo que se enuncien los diferentes temas de la Convocatoria del Congreso General Ordinario deben entenderse incluidos en ellos los asuntos políticos tanto nacionales como internacionales, como asimismo la política del partido en los Frentes de Masas.

Las materias específicas de los distintos aspectos de la actividad del partido deberán estudiarse y resolverse en las Conferencias Nacionales, de acuerdo a lo establecido en los artículos 82 y 83 del presente Estatuto.

En todo caso, el Congreso General Ordinario es soberano para resolver sobre todos los asuntos del partido.

Art. 67.- El Comité Central entregará al Congreso una cuenta que contendrá, a lo menos, los siguientes aspectos:

- a) Una relación de los acontecimientos políticos principales del período y la forma cómo el Comité Central ha cumplido las resoluciones pertinentes del Congreso anterior.

b) Una somera cuenta administrativa que contenga, en especial, los siguientes datos: cifras del movimiento de militantes; balance global de las actividades económicas y financieras del partido, antecedentes sobre la prensa del partido y su circulación en diferentes áreas geográficas; datos sobre la influencia sindical del partido y actividades principales de carácter interno.

d) Una apreciación autocrítica de la labor realizada por el partido en todos los niveles y departamentos y las sugerencias que estime necesarias para la actividad ulterior del socialismo, con la amplitud que estime pertinente.

Art. 68.- Los acuerdos y resoluciones del Congreso General se tomarán por la simple mayoría de los delegados presentes en la sesión plenaria.

Las reuniones, tanto plenarias como de Comisiones del Congreso General, deberán realizarse a las horas señaladas por la Comisión Nacional Organizadora y ratificadas en la sesión constitutiva. Bastará, para abrir reglamentariamente la reunión, con la asistencia de la mayoría absoluta de los miembros del plenario o de las comisiones respectivas y un lapso de espera no superior a 20 minutos.

La Secretaría de Actas del Congreso llevará un control adecuado de la asistencia de los delegados a las sesiones del Congreso, cuyos datos se darán a conocer, una vez que el Congreso termine, a todas las seccionales y Comités Regionales del país.

Ningún delegado podrá ausentarse de las sesiones sin previo aviso al Comisario del Congreso, de lo cual también se dejará constancia. Por acuerdo del mismo Congreso, o en subsidio, de la Mesa Directiva, se podrá establecer multas para quienes lleguen con retraso.

Art. 69.- Ningún delegado ni participante del Congreso que no esté autorizado por éste podrá hacer declaraciones públicas sobre las contingencias del Congreso durante su desarrollo. La violación de esta disposición podrá motivar el acuerdo del Congreso de retirarle su credencial, sin perjuicio de las sanciones disciplinarias que pueda aplicarle posteriormente la Comisión Nacional de Disciplina.

Art. 70.- Los delegados a los Congresos Generales como a los Regionales, contraen la obligación de rendir un informe personal y escrito de las reuniones a que asistan, de sus deliberaciones y resoluciones, ante las seccionales comprendidas dentro de cada Comité Regional.

Art. 71.- Hasta 24 horas antes de la señalada para la elección del Comité Central, se presentarán los nombres de los candidatos a miembros de ese organismo, y el Comisario General deberá disponer la publicidad de los nombres inscritos en algún lugar visible del recinto del Congreso. Igualmente, y previa consulta con quienes los han propuesto, el Comisario General, a petición de cualquier delegado, deberá hacer una relación escueta y objetiva de los informes de partido de cada candidato, especialmente en lo que se refiere a su antigüedad, cargos desempeñados y cualquiera otra mención que pueda permitir un conocimiento más exacto de sus antecedentes.

Art. 72.- El Comisario General entregará al nuevo Comité Central las actas, cédulas, mociones, acuerdos y toda la documentación del Congreso, apenas éste haya terminado sus funciones.

Título VI

De la Comisión Organizadora del Congreso

Art. 73.- Emitida la Convocatoria, el Comité Central designará una Comisión Nacional Organizadora del Congreso General, compuesta de nueve miembros. La composición de la Comisión Nacional Organizadora sólo puede alterarse por decisión unánime del Comité Central.

Desde su instalación, la Comisión Nacional Organizadora es la única autoridad competente para resolver todos los problemas de hecho de la interpretación del Estatuto que se refieran a la generación de los representantes del partido al Congreso General.

Los miembros de la Comisión Nacional Organizadora deberán ser militantes calificados con una antigüedad no inferior a siete años en el partido.

Art. 74.- Corresponde a la Comisión Nacional Organizadora:

- a) Elegir un presidente.
- b) Confeccionar el programa de los Congresos Regionales en que se elegirán los delegados al Congreso General.
- c) Designar los delegados de la Comisión a los mencionados Congresos Regionales.
- d) Redactar el proyecto de reglamento interno del Congreso, que será sometido a la aprobación de éste en su primera sesión plenaria.
- e) Instalar el Congreso en la fecha y sede previamente acordada por el Comité Central, y,
- f) Presidir la sesión de constitución del Congreso y de elección de su directiva.

Art. 75.- La Comisión Nacional Organizadora dictará un reglamento para la constitución y funcionamiento de los Congresos Regionales en lo que no está previsto en el presente estatuto. Establecerá, asimismo, el horario, agenda y demás disposiciones destinadas a reglamentar el desarrollo del Congreso General.

Una vez instalado el Congreso General, procederá a presidir la sesión para designar la Mesa Directiva, que estará compuesta por un Comisario General, cuatro presidentes de Debates y los Secretarios de Prensa y Actas que estime necesarios la asamblea.

En esta sesión plenaria se discutirá y aprobará el Reglamento del Congreso y se designarán las Comisiones de Trabajo y también una de Apelaciones Disciplinarias que tendrá a su cargo la revisión de las solicitudes de reincorporación de elementos expulsados.

El Reglamento sólo podrá modificarse después, por los dos tercios de los delegados.

En la misma sesión se designará una Comisión de Poderes.

Art. 76.—Los Comités Regionales elegirán, a su vez, con atribuciones similares en el área de su jurisdicción, Comisiones Regionales Organizadoras de los Congresos Regionales, integradas por siete militantes calificados, con una antigüedad no inferior a tres años.

Cualquier reclamo relativo a la designación o a la competencia de las Comisiones Regionales Organizadoras será resuelto en única instancia por la Comisión Nacional Organizadora.

Art. 77.— Las Comisiones Regionales Organizadoras se constituirán en un plazo no superior a 60 días a contar de la fecha de Convocatoria del Congreso General y confeccionarán el programa de los actos destinados a elegir a los delegados al Congreso Regional respectivo. Este último organismo deberá reunirse en una fecha comprendida en los dos meses anteriores a la de celebración del Congreso General.

Un delegado de la Comisión Regional Organizadora y perteneciente a ella, vigilará la legalidad y corrección del procedimiento electoral.

Si la elección de delegados seccionales se hace a través de Congresos Seccionales, el Secretariado Seccional designará una Comisión organizadora de 3 ó 5 miembros. Esta Comisión fijará a los núcleos la fecha, sitio y duración de la elección de los delegados y controlará su correcta designación. En todo caso, la elección de delegados se hará en casas o locales de uso partidario, fuera de las horas habituales de trabajo y en un tiempo no inferior a dos horas ni superior a seis.

Contra las decisiones de la Comisión Seccional Organizadora se podrá reclamar ante la Comisión Regional y Nacional.

Título VII

Plenos-conferencias-ampliados

1.- Pleno

Art. 78.— El Pleno es una reunión de carácter consultivo destinada a conocer el pensamiento de los organismos partidarios sobre las materias indicadas en su convocatoria; sólo será de orden resolutivo en los casos concretos que especifique el Estatuto y de carácter informativo cuando así lo establezca su convocatoria.

Art. 79.— Constituyen el Pleno Nacional con derecho a voz y voto: los miembros del Comité Central; los Secretarios Regionales; tres miembros del Comité Central de la FJS y tres de la Directiva Nacional de la FMS.

Participarán con derecho a voz los parlamentarios y demás mandatarios y los dirigentes que invite el Ejecutivo del Comité Central.

Art. 80.— En el nivel medio y local el Pleno lo constituyen, respectivamente, la reunión de un Secretariado Regional con sus Secretarios Seccionales y los de un Secretariado Seccional con sus Secretarios de Núcleos. Participarán con

derecho a voz los mandatarios de la zona y los dirigentes de la jurisdicción que sean invitados por el organismo que convoca al Pleno.

Art. 81.- El Pleno Nacional se convocará ordinariamente a lo menos, cada doce meses y en forma extraordinaria cuando lo acuerde el Comité Central.

El Pleno Regional o Seccional será convocado cuando los Secretariados respectivos lo estimen conveniente.

2.- La Conferencia

Art. 82.- La Conferencia es un organismo destinado a estudiar y pronunciarse en forma específica sobre materias relacionadas con una rama determinada de la actividad del partido.

La Conferencia Nacional tendrá carácter resolutivo y sus acuerdos adquirirán vigencia una vez sancionados por el Comité Central.

Art. 83.- La Conferencia Nacional no podrá tomar resoluciones sobre la política, programa, principios y estatutos del partido, salvo que un Congreso General Ordinario lo determine.

Art. 84.- La Conferencia Nacional estará constituida por delegados elegidos en Conferencias Regionales en proporción de uno por cada 300 militantes y/o fracción superior a 150, más los Secretarios Regionales de la Cartera de la materia en tabla.

Art. 85.- La Conferencia Regional se constituirá por delegados elegidos en Conferencias Seccionales en proporción de uno por cada 40 militantes y/o fracción superior a 20, más los Secretarios de la Cartera correspondiente.

Art. 86.- En el plano Seccional, la Conferencia se constituirá en forma equivalente al Congreso Seccional o Conferencia de Base en su caso.

3.- Ampliados

Art. 87.- La reunión masiva de militantes de una Seccional o Regional será un Ampliado y deberá tener mero carácter de informativo y en ningún caso podrá tomar resoluciones.

Título VIII

Organismos complementarios y auxiliares

Art. 88.- Para el mejor desarrollo y ejecución de las tareas específicas de cada rama de la actividad del partido se constituirán organismos complementarios y auxiliares, cuyos miembros serán designados en sus respectivos niveles por el Comité Central, los Secretariados Regionales y los Secretariados Seccionales.

1.- La comisión

Art. 89.- La Comisión Política Nacional estará destinada asesorar al Comité Ejecutivo en la aplicación y desarrollo del pensamiento político e ideológico del partido, en estudio y la elaboración política y en todas aquellas masas que específicamente le encomiende el Comité Ejecutivo o el Comité Central. Además, será la encargada de las relaciones con los partidos políticos de acuerdo con la orientación determinada por el Comité Central.

En el plano regional y seccional, las respectivas Comisiones Políticas tendrán el mismo objetivo de acuerdo con atribuciones que le correspondan.

Art. 90.- La Comisión de Control de Cuadros tendrá como objetivo velar particularmente por la aplicación de los Estatutos, preocuparse del Control y la promoción de los Cuadros y supervigilar la actividad de los militantes y organismos del partido.

Llevará la Hoja de Vida en la que deberán registrarse tanto las faltas como los actos meritorios de los militantes.

La Comisión de Control de Cuadros, en sus distintos niveles, cuando advierta el alejamiento injustificado de un militante o el abandono de sus responsabilidades en el partido o en un Frente de Masas, deberá intentar recuperarlo para el trabajo. No conseguido este objetivo procederá a informar al organismo respectivo.

La Comisión de Control de Cuadros será designada de entre los integrantes del Comité Central, Comité Regional y Seccional en cada caso.

Art. 91.- La Comisión de Disciplina es la encargada de sancionar a los miembros del partido que cometan delitos políticos, entendiéndose por tales las faltas expresamente indicadas en el artículo 11 y aquellas que se deriven del incumplimiento del Estatuto del partido.

A nivel del Comité Central, Regional y Seccional, se designarán para cada caso Comisiones de Disciplina de entre los integrantes de esos organismos, constituidas por tres miembros, que investigarán los hechos e informarán y propondrán sanciones a su respectivo organismo.

2.- Los departamentos

Art. 92.- El Departamento Sindical es el organismo por el cual el partido transmite su orientación política a la acción reivindicativa y social de la clase trabajadora ligándola a la lucha por el socialismo.

Para lograr este objetivo, coordinará en el plano local, regional y nacional, la actividad de los núcleos por sitio de trabajo de la misma naturaleza, a través de la Brigada Sindical, que estará constituida por los Secretarios de los núcleos.

Sólo el Comité Central podrá autorizar la existencia de Brigadas Sindicales Nacionales en aquellos casos en que la importancia de la actividad correspondiente y la influencia del partido la justifiquen.

En todo caso la Directiva Nacional de la Brigada deberá generarse en una Conferencia Nacional especialmente convocada, cada dos años a lo menos.

El Comité Ejecutivo con razones fundadas del Departamento Nacional Sindical podrá reemplazar a cualquier dirigente o directiva de Brigada Nacional que no cumpla en el desempeño de su cargo con las exigencias propias de la función que debe desempeñar.

Art. 93.- El Departamento Nacional de la vivienda tendrá a su cargo el trabajo del partido en las organizaciones de pobladores, vecinos, trabajadores sin casa y actividades similares.

Art. 94.- El Departamento Nacional Campesino estudia todos los problemas relacionados con esta materia, la organización de los campesinos y los métodos de trabajo partidario encaminados a elevar el nivel político de las masas campesinas y su participación activa en la lucha social.

Art. 95.- El Departamento de Propaganda desarrolla las actividades y los órganos encargados de divulgar la doctrina socialista, el programa y la acción del partido, y la teoría y práctica del movimiento revolucionario de América Latina.

Art. 96.- El Departamento de Educación Política es el organismo encargado de la formación política e ideológica de los militantes, cualesquiera sean su condición y jerarquía en el partido.

Deberá, además, vincular al partido a los trabajadores de la cultura, promoviendo la acción socialista en las actividades artísticas y literarias.

Art. 97.- El Departamento Nacional Electoral planea y dirige técnicamente las tareas electorales del partido, acumula y utiliza los datos relativos a la situación electoral del país y prepara los elementos materiales y el personal que participa en las elecciones.

Art. 98.- El Departamento Nacional de Organizaciones impulsa el desarrollo orgánico del partido, supervigila el funcionamiento de los organismos partidarios y procura la más eficaz distribución de los militantes en las diversas actividades específicas.

Art. 99.- El Departamento Nacional de Finanzas recauda, organiza y distribuye los recursos financieros y es el organismo contralor de todo movimiento de dineros que se produzca en el partido.

Asimismo, lleva el inventario de los bienes muebles e inmuebles del partido.

Art. 100.- El Departamento Nacional de Solidaridad procura a los miembros del partido ayuda de todo orden para asegurar su bienestar y auxiliarlo en sus problemas particulares, organiza los actos de fraternidad socialista y dirige las tareas de ayuda moral y material a los trabajadores en huelga y a los miembros de las organizaciones políticas extranjeras afines que residen en el país.

Art. 101.- El Departamento Nacional de Administración Municipal planifica y coordina el trabajo de los alcaldes, regidores y funcionarios municipales y vela por la aplicación de la política del partido en la actividad edilicia

Art. 102.- El Departamento Nacional de Defensa organiza y coordina los recursos humanos y materiales necesarios para proteger la actividad del partido y garantizar su seguridad en el cumplimiento de la tarea de estimular y defender a la clase trabajadora en su lucha por la conquista del poder.

Los Secretarios Regionales de Defensa serán designados por el Departamento Nacional a proposición pluripersonal de los respectivos Comités Regionales e integrarán estos últimos sin derecho a voto.

3.- Organismos auxiliares

Art. 103.- La Brigada Parlamentaria está formada por los senadores y diputados del partido.

Para el partido, sus parlamentarios tienen la condición de activistas de la organización y, por lo tanto, estarán a disposición del Comité Central para las tareas que éste les encomiende.

Son funciones de la Brigada Parlamentaria:

- a) Divulgar, sostener y aplicar consecuentemente la línea política del partido en el trabajo parlamentario.
- b) Coordinar la labor parlamentaria de sus miembros y dar preferencia a las tareas de organización que le encomiende el Comité Central.

Las designaciones que los parlamentarios socialistas deben hacer en su condición de tales, sean éstas de funcionarios, asesores, secretarios, Jefes de Comisiones, integrantes de las Mesas de las Corporaciones, etc., serán materia del Comité Central.

Art. 104.- La Federación de Mujeres Socialistas, planea, organiza y dirige el trabajo político y cultural de las mujeres socialistas, orientado hacia la realización de un vasto movimiento de masas en los sectores femeninos del pueblo trabajador.

Para ser elegida Secretaria Nacional de la FMS, deberá tenerse una antigüedad mínima de cinco años en el partido.

Art. 105.- En la Conferencia Nacional de Mujeres Socialistas, que se efectúa cada dos años, se elige a la Directiva Nacional de la Federación.

Art. 106.- La Federación Juvenil Socialista agrupa a los miembros del partido entre los 15 y 26 años de edad, los que, además de cumplir sus tareas específicas, deberán incorporarse y actuar en los organismos políticos y auxiliares del partido.

Los militantes de la Federación, desde que cumplen 18 años de edad, tienen los mismos derechos y deberes de los militantes adultos.

En la Conferencia Nacional de la Federación Juvenil Socialista, celebrada cada dos años, se designará su Directiva Nacional y se podrá resolver sobre la organización de la Federación para desarrollar sus tareas. Los acuerdos sobre esta materia deberán ser expresamente aprobados por el Comité Central del partido.

Título IX

Art. 107.- Son mandatarios del partido los militantes que desempeñen cargos públicos de significación política, tales como: Parlamentarios, Regidores, Ministros de Estado y otras autoridades administrativas, y los dirigentes sindicales y estudiantiles que representen al partido en la acción de masas.

Art. 108.- El Comité Central designa y proclama a los candidatos a senadores y diputados en sesiones especiales y por la mayoría absoluta de sus miembros en ejercicio.

Para ser candidato a parlamentario será indispensable tener a lo menos cinco años de antigüedad y actividad en el partido.

Art. 109.- Para ser candidato a regidor se requiere que el militante tenga a lo menos dos años de antigüedad y actividad en el partido.

Los candidatos a regidores deberán ser propuestos en un Pleno Seccional. Este Pleno Seccional estará constituido por el Secretariado Seccional y los Secretarios de Núcleos.

De esta reunión surgirán las proposiciones al Comité Regional. Los nominados tendrán el carácter de precandidatos mientras no sean sancionados por el Comité Central. El Comité Regional tomará conocimiento de las listas enviadas por las Seccionales y procederá a ratificar o a hacer las modificaciones que estime convenientes.

Tanto los Comités Regionales como el Comité Central tienen la facultad de agregar un candidato en las cabeceras de provincias.

El Comité Central resolverá en definitiva sobre las nóminas remitidas por los Comités Regionales.

Título X

Disposiciones generales

Art. 110.- El Comité Central dictaminará en definitiva sobre la correcta aplicación de las disposiciones del presente Estatuto y los Reglamentos del partido.

Art. 111.- Los Estatutos del partido podrán ser modificados por el Congreso General del partido o por una Conferencia Nacional de Organización cuando expresamente así lo resuelva un Congreso General Ordinario.

Documentos de la Conferencia Internacional de los
Partidos Comunistas y Obreros (1969)

Las tareas actuales de la lucha antiimperialista y la unidad de acción de los partidos comunistas y obreros y demás fuerzas antiimperialistas

Aprobado por la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y
Obreros en Moscú, el 17 de junio de 1969

La Conferencia de los representantes de los partidos comunistas y obreros reunidos en Moscú se ha celebrado en un momento muy importante del desarrollo mundial. Poderosos procesos revolucionarios tienen lugar en el mundo. En la lucha contra el imperialismo convergen las tres grandes fuerzas de nuestra época: el sistema socialista mundial, la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional. La presente etapa se caracteriza por un aumento de las posibilidades para un nuevo avance de las fuerzas revolucionarias y progresistas. Al mismo tiempo, se agravan los peligros que crean el imperialismo y su política agresiva. El imperialismo, cuya crisis general se profundiza, sigue oprimiendo a muchos pueblos y representa una amenaza permanente para la paz y el progreso social.

La situación actual exige la unidad de acción de los comunistas, de todas las fuerzas antiimperialistas, para desplegar, utilizando al máximo las nuevas posibilidades, una ofensiva más amplia contra el imperialismo, contra las fuerzas de la reacción y de la guerra.

La Conferencia ha discutido las tareas actuales de la lucha contra el imperialismo y los problemas de la unidad de acción de los comunistas y de todas las fuerzas antiimperialistas. La discusión, en un ambiente de democracia, igualdad e internacionalismo, ha permitido a los participantes en la Conferencia llegar a conclusiones comunes respecto a la situación internacional y las tareas que de ella se derivan.

I

La humanidad ha entrado, en el último tercio de nuestro siglo, en una situación en la que se agudiza la confrontación histórica entre las fuerzas del progreso y las de la reacción, entre las fuerzas del socialismo y las del imperialismo. Este combate tiene por escenario el mundo entero y las esferas principales de la vida social: la economía, la política, la ideología y la cultura.

El movimiento revolucionario mundial prosigue su avance pese a las dificultades y los reveses sufridos por algunos de sus destacamentos. Los contraataques del imperialismo no han podido cambiar a su favor la correlación general de fuerzas. Gracias al creciente poderío económico, político y militar y a la política exterior de paz de la Unión Soviética y otros Estados socialistas, a las acciones del proletariado internacional y de todos los combatientes contra el

imperialismo y por la liberación nacional, así como a la amplitud del movimiento en defensa de la paz, se ha logrado impedir el estallido de una nueva guerra mundial. El socialismo, que ha triunfado en un tercio del globo, ha obtenido nuevos éxitos en el combate por las mentes y los corazones en el mundo entero. Los acontecimientos del último decenio han confirmado la justeza de la apreciación marxista-leninista acerca del carácter, el contenido y las tendencias esenciales de nuestra época, época de transición del capitalismo al socialismo.

En la actualidad existen posibilidades reales para resolver los problemas básicos de nuestro tiempo en aras de la paz, la democracia y el socialismo y de asestar nuevos golpes al imperialismo. Al mismo tiempo, aunque el imperialismo no se ha fortalecido como sistema mundial, sigue siendo un enemigo serio y peligroso. La agresividad de los Estados Unidos, la principal potencia imperialista, ha aumentado.

La agresiva política del imperialismo obedece al afán de debilitar por todos los medios las posiciones del socialismo, paralizar el movimiento de liberación nacional de los pueblos, obstaculizar la lucha de los trabajadores en los países capitalistas y frenar el irreversible proceso de decadencia del capitalismo.

Se ahonda, a escala mundial, la contradicción cardinal entre el imperialismo y el socialismo. En momentos de agudización de la lucha entre los dos sistemas mundiales, las potencias capitalistas, a pesar de las crecientes contradicciones que las dividen, tratan de aunar sus esfuerzos para conservar y reforzar su régimen de explotación y opresión y recuperar las posiciones perdidas. El imperialismo norteamericano procura mantener sometidos a su influencia a los demás Estados capitalistas y aplicar con ellos una política común en las principales esferas de la lucha de clases.

Como antes, el filo de la estrategia agresiva del imperialismo apunta ante todo contra los Estados socialistas. El imperialismo no renuncia a la lucha armada directa contra el socialismo. Intensifica sin cesar la carrera armamentista, trata de reanimar los bloques militares creados para agredir a la Unión Soviética y a otros países socialistas, encona la lucha ideológica contra ellos y se esfuerza por frenar su desarrollo económico.

Vulnerando las libertades y los derechos democráticos, el imperialismo utiliza contra el movimiento obrero la violencia abierta, métodos brutales de persecución policiaca y la legislación antiobrera. Recurre también a la demagogia y al reformismo burgués, a la ideología y la política oportunista. Busca sin cesar nuevos métodos para descomponer el movimiento obrero desde dentro e "integrarlo" en el sistema capitalista.

En la lucha contra el movimiento de liberación nacional, el imperialismo unas veces defiende obstinadamente los restos del colonialismo y otras trata de impedir, con métodos neocolonialistas, el progreso económico y social de Estados en vías de desarrollo, de los países que han conquistado la soberanía nacional. Para ello apoya a los círculos reaccionarios, frena la liquidación de las estructuras sociales retrógradas e intenta obstaculizar el avance hacia el socialismo o la marcha por una vía no capitalista, progresista, que abra la perspectiva del socialismo. Los imperialistas imponen a estos Estados acuerdos eco-

nómicos y pactos políticos y militares que menoscaban su soberanía; los explotan mediante la inversión de capitales, el comercio no equivalente, las manipulaciones con los precios y la cotización de la moneda, los empréstitos, las distintas formas de la pretendida “ayuda” y la presión de las organizaciones financieras internacionales.

Se ahonda el foso entre los Estados capitalistas altamente desarrollados y la mayoría de otros países del mundo capitalista, en una serie de los cuales el hambre es un grave problema. El imperialismo provoca disensiones en el interior de los países en vías de desarrollo y siembra la división entre ellos atizando el nacionalismo reaccionario. Valiéndose del anticomunismo, intenta desunir a los revolucionarios y aislarlos de sus mejores amigos: los Estados socialistas y el movimiento obrero revolucionario de los países capitalistas.

Valiéndose de los bloques político-militares, las bases en territorios ajenos, la presión económica y el bloqueo comercial, el imperialismo mantiene la tirantez en diversas zonas del mundo. Presta ayuda financiera y política a organizaciones reaccionarias e intensifica la presión política. El imperialismo pone en juego todos los medios: intervenciones militares, brutales represiones —especialmente en los países donde la lucha cobra formas más agudas y donde las fuerzas revolucionarias se baten con las armas en la mano—, complots contrarrevolucionarios, golpes reaccionarios y fascistas, provocaciones y chantajes.

Ante el fortalecimiento de las posiciones internacionales del socialismo, el imperialismo procura debilitar la unidad del sistema socialista mundial. Aprovecha las divergencias existentes en el seno del movimiento revolucionario internacional para tratar de dividirlo. Pone su aparato ideológico, incluidos a los medios de información masiva, al servicio del anticomunismo, de la lucha contra el socialismo, contra todas las fuerzas progresistas.

Durante los últimos años, el imperialismo ha provocado más de una vez agudas crisis internacionales que colocaron a la humanidad al borde de una conflagración termonuclear. Sin embargo, dada la correlación internacional de fuerzas, el potencial nuclear de la Unión Soviética y las previsibles consecuencias de una guerra nuclear de la Unión Soviética y las previsibles consecuencias de una guerra nuclear con cohetes, al imperialismo norteamericano le es cada día más difícil y peligroso cifrar sus esperanzas en el desencadenamiento de una nueva contienda mundial. En estas condiciones, los círculos gobernantes norteamericanos, sin renunciar a los preparativos de esta contienda, juegan la carta de las guerras locales.

No obstante, cada día es más evidente la contradicción entre la política “desde posiciones de fuerza” del imperialismo y sus posibilidades reales. *El imperialismo es impotente para recuperar su perdida iniciativa histórica e invertir el signo del desarrollo del mundo contemporáneo. La dirección principal de la evolución de la humanidad la determinan hoy el sistema socialista mundial, la clase obrera internacional y todas las fuerzas revolucionarias.*

La guerra de Vietnam es la prueba más concluyente de la contradicción entre los planes agresivos del imperialismo y su capacidad de realizarlos. Es un hecho de alcance histórico que el imperialismo más poderoso, el norteamericano, está sufriendo una derrota en Vietnam.

La intervención armada en Vietnam ocupa un lugar especial en los planes políticos y militares del imperialismo norteamericano. El agresor se proponía aplastar una de las avanzadas del socialismo en Asia, cerrar a los pueblos del Sudeste de Asia el camino de la libertad y el progreso, asestar un golpe al movimiento de liberación nacional y poner a prueba la firmeza de la solidaridad proletaria de los países socialistas y de los trabajadores del mundo entero.

Pese al empleo de inmensos medios de combate, el imperialismo norteamericano se ha visto obligado al cese incondicional de los bombardeos de la RDV y a aceptar que sus representantes se sienten a la mesa de las negociaciones con los de la República Democrática de Vietnam y del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur.

Las causas de esta derrota residen en el heroísmo sin par del pueblo vietnamita, en la sagacidad política de la República Democrática de Vietnam y del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, en la ayuda de toda índole que el pueblo vietnamita recibe de los países socialistas, en primer lugar de la Unión Soviética, y en las combativas manifestaciones de solidaridad internacionalista, que se extienden por todo el mundo, incluidos los propios Estados Unidos. La criminal intervención en Vietnam ha conducido a un considerable aislamiento moral y político de los Estados Unidos, ha levantado contra el imperialismo a masas populares cada vez más amplias, a nuevos sectores sociales y fuerzas políticas; ha acelerado la incorporación de millones de jóvenes de muchos países a la lucha antiimperialista; ha agudizado las contradicciones que ya existían entre las potencias imperialistas y ha hecho surgir otras. Los éxitos del heroico pueblo vietnamita muestran convincentemente cómo, en nuestros días, los pueblos que defienden resueltamente, por todos los medios, su independencia, soberanía y libertad, y cuentan con un amplio apoyo internacional, tienen cada vez más posibilidades de derrotar a los agresores imperialistas.

En el *Oriente Medio*, la agresión de los invasores israelíes contra la República Árabe Unida, Siria y Jordania originó una grave crisis internacional. Con esta agresión, el imperialismo, y ante todo los imperialistas norteamericanos, intentaban derribar los regímenes progresistas de los países árabes, sofocar el movimiento liberador árabe y conservar o recuperar sus posiciones en el Oriente Medio. No lo consiguieron. Sin embargo, las fuerzas gobernantes de Israel, apoyadas por la reacción mundial, incluidos los círculos sionistas, siguen ignorando la exigencia de los Estados árabes y de los pueblos pacíficos y la resolución de la ONU de que sean retiradas las tropas israelíes de los territorios ocupados, continúan aplicando una política de expansión y anexión y cometen, sin cesar nuevas provocaciones militares. Impugnan esta política el Partido Comunista y otras fuerzas progresistas de Israel. Los pueblos árabes prosiguen resueltamente la lucha en defensa de la libertad, la independencia y el progreso nacional, por recuperar los territorios ocupados y por el reconocimiento de los derechos nacionales del pueblo árabe de Palestina. El movimiento de resistencia a la ocupación se extiende, adopta diversas formas, encuentra creciente apoyo. Estos pueblos tienen a su lado a la URSS y a otros Estados socialistas, el movimiento comunista internacional, la solidaridad de las fuerzas de liberación nacional y de círculos cada vez más amplios de la opinión pública de los países capitalistas.

El imperialismo norteamericano no abandona sus planes de estrangular a *Cuba* revolucionaria. Violando groseramente las normas del Derecho internacional, sigue amenazando la independencia de la República de Cuba, se esfuerza por someterla al bloqueo económico y persiste en sus provocaciones y actividades subversivas. Pero el valeroso pueblo cubano, bajo la dirección de su Partido Comunista, apoyado por la Unión Soviética, por los otros países socialistas, por las fuerzas progresistas de América Latina y por todo el movimiento revolucionario, defiende firmemente su soberanía y libertad y, con ello, la avanzada del socialismo en el continente americano.

En *Europa* actúa el bloque del Atlántico Norte, principal instrumento de la política agresiva y aventurera del imperialismo. El eje de este bloque es la alianza Washington-Bonn. Contra la voluntad de los pueblos europeos, los medios gobernantes de los EE.UU., la República Federal Alemana e Inglaterra hacen todo lo posible para prolongar la existencia del Pacto Noratlántico, fortalecer su organización y mantener la presencia militar de los EE.UU. en el continente europeo.

El imperialismo germanooccidental, foco principal del peligro de guerra en el centro de Europa, resurgió y se fortaleció, debido principalmente a la ayuda de la OTAN. Los círculos imperialistas que gobiernan en la RFA, donde cobran fuerza el neonazismo y el militarismo, propugnan un programa revanchista de revisión de los resultados de la Segunda Guerra Mundial y de modificación de las fronteras de una serie de Estados europeos. Esta política, enfilada ante todo contra la República Democrática Alemana, primer Estado socialista de obreros y campesinos en la historia de Alemania, amenaza la seguridad de todos los pueblos de Europa y la paz mundial.

Los países de la cuenca del Mediterráneo ocupan un lugar importante en los planes de los imperialistas. El imperialismo norteamericano, que tiene importantes bases militares en España, ha ayudado y ayuda al régimen franquista a subsistir pese a la lucha del pueblo español. La VI Flota norteamericana y el sistema de bases militares, que constituyen un peligro para los pueblos y para la paz en esta zona, son un instrumento permanente de presión política y militar en el Mediterráneo. Las reiteradas tensiones en Chipre y el golpe de Estado fascista en Grecia son obra de los imperialistas, que apoyan a la Junta de los coroneles.

El *Sureste de Asia* y el *Extremo Oriente* constituyen una de las principales zonas de la agresión y de las aventuras bélicas del imperialismo. Los bloques militares de la SEATO y el ANZUS, así como el llamado Tratado de Seguridad entre los EE.UU. y el Japón, se complementan con la ocupación de facto del Océano Índico y de la parte suroeste del Pacífico por las fuerzas armadas norteamericanas. Todo este sistema está enfilado, en primer término, contra los países socialistas de Asia, contra los movimientos de liberación nacional, así como contra los Estados neutralistas y no alineados de esta zona. Los imperialistas norteamericanos siguen ocupando la isla de Taiwán, parte inalienable de la República Popular China, e impiden el restablecimiento de los legítimos derechos de ésta en la ONU. Continúan las provocaciones armadas contra la República Democrática Popular de Corea, la ocupación militar de Corea del

Sur y cometen desmanes, reprimiendo a las fuerzas progresistas, que aspiran a la libertad y a la unificación del país. Perpetran actos de agresión contra Laos y provocaciones contra Camboya, han instalado en Thailandia una red de poderosas bases militares, que amplían sin cesar. Presionan obstinadamente a la India para que renuncie a su posición de no alineamiento y desarrollo económico independiente. Los imperialistas apoyaron el golpe antipopular de los círculos reaccionarios de Indonesia, que han exterminado a centenares de miles de comunistas y otros demócratas y prosiguen una represión sangrienta, lo cual conduce a la liquidación de todas las conquistas de la revolución indonesia y pone en peligro la independencia del país.

En *Africa*, el imperialismo ha intensificado su actividad en varios países. Se esfuerza por paralizar el desarrollo de la lucha emancipadora y mantener y consolidar sus posiciones en el continente. Los imperialistas ingleses, franceses, norteamericanos, germanooccidentales y japoneses utilizan allí en vasta escala los métodos neocolonialistas de penetración y avasallamiento económico, político e ideológico. La intervención armada en el Congo (Kinshasa), los golpes reaccionarios en Ghana y algunos otros países, las maquinaciones tendentes a desmembrar Nigeria, el apoyo político y militar a las camarillas reaccionarias y antinacionales, a los regímenes fascistas y racistas de la República Sudafricana y de Rhodesia del Sur, la provocación de conflictos interestatales y de la hostilidad entre las tribus, la presión económica y la expansión de los monopolios; a todo ello recurre el imperialismo para sus fines. Con la ayuda de la OTAN, los colonialistas portugueses tratan de mantener sus posesiones por la fuerza de las armas.

En *los países de América Latina*, el imperialismo norteamericano acentúa su penetración económica y su intromisión política, ideológica y cultural. En alianza con las fuerzas reaccionarias latinoamericanas, orienta su política a impedir que otros pueblos sigan el ejemplo de Cuba. Aplasta cualquier acción encaminada a conseguir una genuina independencia económica y política.

Con este fin, el imperialismo de los EE.UU. lanzó el plan de Alianza para el Progreso y recurre a nuevas formas enmascaradas de dominación económica, pone al servicio de su política la Organización de Estados Americanos y el Consejo Interamericano de Defensa, se afana por crear la llamada Fuerza Interamericana de Paz y se arroga el derecho a intervenir militarmente en cualquier país de América Latina, como ya lo hizo en la República Dominicana y contra el pueblo panameño. Sostiene o implanta, con frecuencia mediante golpes militares, dictaduras reaccionarias; redobla su labor escisionista en el movimiento sindical; amplía su influencia en las fuerzas armadas y en la policía; inspira represiones contra el movimiento popular y participa directamente en las operaciones militares contra el movimiento guerrillero en algunos países latinoamericanos. Sin embargo, esa política tropieza con grandes dificultades. Los imperialistas yanquis no logran estabilizar los regímenes reaccionarios, ni obtener el acuerdo de todos los gobiernos para integrar la llamada Fuerza Interamericana de Paz. La Alianza para el Progreso ha fracasado.

Otras potencias imperialistas, particularmente Alemania Federal y el Japón se esfuerzan también por afianzarse en el continente.

A toda esta política de agresión imperialista, que amenaza la paz mundial y la seguridad e independencia nacional de los pueblos, dan una réplica cada vez más enérgica la clase obrera, los campesinos, la juventud, el estudiantado y las más amplias masas de los países capitalistas, independientemente de sus posiciones políticas y su concepción del mundo. El poderoso movimiento de protesta contra la agresión de los EE.UU. en Vietnam ensancha las acciones combativas de las fuerzas democráticas contra toda la política del imperialismo norteamericano y de los gobiernos que lo apoyan.

La heroica lucha del pueblo vietnamita ha determinado en el Japón y en otros países asiáticos una ampliación del movimiento por la liquidación de las bases militares estadounidenses y por la denuncia de los tratados que vinculan a estos países con la política del Pentágono. Incluso en los Estados Unidos, en el centro mismo de donde parte la agresión, ha surgido un combativo movimiento de masas contra la guerra y el militarismo.

En Europa Occidental, el movimiento contra el bloque agresivo de la OTAN, por la normalización de las relaciones y el desarrollo de la cooperación entre los Estados, por la seguridad europea, abarca a masas cada día más amplias. Incluso en Alemania Occidental aumentan las fuerzas que se oponen activamente al revanchismo y al militarismo. En los países donde hay bases militares norteamericanas resuenan con fuerza creciente las voces que exigen el desmantelamiento de estos nidos de agresión.

Los pueblos latinoamericanos luchan contra la opresión y la insolente injerencia del imperialismo yanqui en sus asuntos internos. Grandes masas intensifican en todo el continente la resistencia al *diktat* de los Estados Unidos y a sus planes militares, mediante movimientos lingüísticos de los obreros, movilizaciones, campesinas, acciones estudiantiles y de otras capas; en algunos países, las fuerzas revolucionarias recurren a la lucha armada contra la dominación oligárquico-imperialista. El sentimiento nacional de los pueblos y las dificultades económicas pueden obligar a algunos gobiernos a tomar medidas importantes contra el imperialismo y determinan la tendencia a establecer o ampliar relaciones con los países socialistas, incluida Cuba. Los partidos comunistas y obreros encabezan las luchas democráticas y antiimperialistas y combaten abnegada y valerosamente por las reivindicaciones de las masas y por lograr cambios revolucionarios, a despecho de la represión de las camarillas reaccionarias.

El auge del movimiento nacional-liberador de los pueblos de Asia y Africa han asestado un fuerte golpe a las posiciones del imperialismo en estos continentes. A pesar de las serias dificultades, la lucha de esos pueblos contra el colonialismo y el neocolonialismo continúa y contribuye a la ofensiva general contra el imperialismo.

Los acontecimientos de los últimos diez años han mostrado con mayor crudeza aún la catadura del imperialismo norteamericano como explotador y gendarme mundial, enemigo implacable de los movimientos liberadores. Los monopolios norteamericanos se han incrustado en la economía de decenas de países, en los que aumentan sus inversiones y tratan de establecer su control sobre las posiciones clave de la economía.

El imperialismo germanooccidental, al acrecentar su poderío económico, desarrolla su potencial militar, aspira a poseer armas nucleares y acaricia ambiciones hegemónicas cada vez mayores en Europa Occidental. Se opone a todas las medidas tendientes al desarme y la distensión internacional y aplica una política neocolonialista y expansionista en Asia, África y América Latina.

Pese al debilitamiento del imperialismo británico, Inglaterra continúa siendo una de las principales potencias imperialistas y aspira a conservar sus posiciones en África, Asia, el Caribe y el Oriente Medio, valiéndose de los métodos del neocolonialismo y, a veces, de la intervención armada directa. En las principales cuestiones de la política internacional, Inglaterra actúa como uno de los socios más activos de los EE.UU. Es una de las principales fuerzas agresivas en la OTAN y procura establecer una alianza más estrecha con Alemania Occidental.

El imperialismo japonés se fortalece e intensifica su expansión, principalmente en Asia. En el Japón vuelve a levantar la cabeza el militarismo. Los círculos gobernantes de este país, ligados por muchos vínculos al imperialismo norteamericano, lo han convertido de hecho en uno de los arsenales de los EE.UU. en la guerra contra el pueblo vietnamita y participan en las maquinaciones contra el pueblo coreano.

El imperialismo francés procura mantener y consolidar sus posiciones en la economía y la política mundiales. Se obstina en crear una fuerza de choque nuclear y se niega a asociarse a medidas susceptibles de favorecer el desarme. Conserva su dominación colonial sobre los pueblos de Guadalupe, Martinica, la Reunión y de otros países de África y Oceanía, se niega a reconocerles el derecho de autodeterminación, el derecho a regirse por sí mismos. Aprovechando la influencia que aún conserva en sus ex colonias y aplicando nuevos métodos de política colonialista, despliega particular actividad en África.

Se amplía también la expansión del capital monopolista italiano.

Entre las distintas potencias imperialistas, y en el conjunto del mundo capitalista, se acentúa la desigualdad de desarrollo económico. La vida demuestra la validez de la tesis marxista-leninista acerca de la lucha entre las potencias imperialistas y entre los monopolios capitalistas por las esferas de influencia. Se encona la competencia industrial y comercial y se extiende la guerra financiera y monetaria. Crece la rivalidad entre los países de Europa Occidental, incluso en el seno del Mercado Común, y también entre los países capitalistas europeos y los Estados Unidos de América. El imperialismo japonés se incorpora intensamente a esta batalla por los mercados y por los beneficios máximos.

Las contradicciones interimperialistas se manifiestan no sólo en la esfera de la economía. La OTAN sufre una grave crisis. Se resquebrajan los bloques creados en Asia: la CENTO y la SEATO. Europa Occidental se convierte en campo de discordias entre los países capitalistas. Todo esto debilita el sistema imperialista mundial y desbarata los planes de hegemonía del imperialismo norteamericano.

Se ahondan también las contradicciones en el seno de los círculos gobernantes de los países imperialistas, entre los grupos más belicistas, partidarios de medidas extremas, de la guerra, y los que, tomando en consideración la nue-

va correlación de las fuerzas de clase en el mundo y el incremento del poderío de los países socialistas, se inclinan por un enfoque más realista de los problemas internacionales y por su solución en el espíritu de la coexistencia pacífica de los Estados con distinto régimen. Los círculos gobernantes de algunos países comprenden la necesidad de tener en cuenta la situación creada en Europa como resultado de la guerra y del desarrollo posbélico, empiezan a admitir que es preciso reconocer a la RDA. A despecho de la presión de los EE.UU., varios Estados han reconocido a la RDV y a la RPCCh.

Los partidos comunistas y obreros, la clase obrera y las fuerzas antiimperialistas tienen en cuenta todas las contradicciones en el campo enemigo y procuran profundizarlas y aprovecharlas en interés de la paz y el progreso.

Cada Estado imperialista persigue sus propios fines. Al mismo tiempo, todos ellos son eslabones del sistema imperialista mundial.

El imperialismo contemporáneo, que se esfuerza por adaptarse a las condiciones de la lucha entre los dos sistemas y a las exigencias de la revolución técnico-científica, presenta algunas facetas nuevas. Se intensifica su carácter de capitalismo monopolista de Estado. Utiliza cada vez más ampliamente resortes como el estímulo estatal a la concentración monopolista de la producción y del capital, la redistribución por el Estado de una parte cada vez mayor de la renta nacional, la concesión de pedidos militares a los monopolios, la financiación gubernamental de proyectos industriales e investigaciones científicas, la elaboración de programas de desarrollo económico a escala nacional, la política de integración imperialista y nuevas formas de exportación de capital.

Sin embargo, la regulación monopolista estatal, que se realiza en formas y proporciones que responden a los intereses del capital monopolista y tiende a conservar su dominación, no ha podido poner freno a las fuerzas espontáneas del mercado capitalista. Casi ningún Estado capitalista ha evitado sensibles oscilaciones y recesiones cíclicas en la economía, los períodos de rápido ritmo de desarrollo industrial de algunos países alternan con períodos de ritmo lento y, a menudo, de descenso de la producción. El sistema capitalista sufre una grave crisis financiera y monetaria.

La revolución científico-técnica ofrece a la humanidad posibilidades sin precedentes de transformar la naturaleza, de crear inmensas riquezas materiales, de multiplicar el poder creador del hombre. Esas posibilidades deberían contribuir al bienestar general, pero el capitalismo utiliza la revolución científico-técnica para acrecentar sus ganancias e intensificar la explotación de los trabajadores.

La revolución científico-técnica acelera el proceso de socialización de la economía; bajo la dominación de los monopolios, eso conduce a que los antagonismos sociales adquieran proporciones aún más considerables y mayor agudeza. No sólo se agravan todas las contradicciones tradicionales del capitalismo, sino que surgen otras. La que más se destaca es la existencia entre las extraordinarias posibilidades que ofrece la revolución científico-técnica y las trabas que el capitalismo pone a su utilización en beneficio de toda la sociedad, destinando a fines bélicos gran parte de los descubrimientos científicos e inmensos recursos materiales y dilapidando las riquezas nacionales. Actúa tam-

bién la contradicción entre el carácter social de la producción moderna y el carácter monopolista estatal de su regulación. No sólo se agrava la contradicción entre el trabajo y el capital, sino que se ahonda el antagonismo entre los intereses de la gran mayoría de la nación y los de la oligarquía financiera.

Incluso en los países capitalistas más desarrollados, millones de personas sufren desocupación, privaciones e inseguridad en el mañana. A despecho de las afirmaciones acerca de la “revolución en los ingresos” y la “coparticipación social”, en realidad se intensifica la explotación capitalista. El aumento de los salarios queda muy rezagado del ritmo de crecimiento de la productividad del trabajo, de su intensificación y de las necesidades sociales, y no admite comparación con el incremento de las ganancias de los monopolios. Continúa agravándose la situación de los pequeños campesinos. Empeoran las condiciones de existencia de una parte considerable de las capas medias.

La inestabilidad del capitalismo se ha acentuado. En muchos países estallan crisis políticas y sociales en el curso de las cuales amplias masas de trabajadores cobran conciencia de la necesidad de cambios profundos, decisivos.

Testimonio elocuente son los acontecimientos de Francia en mayo y junio de 1968, con el poderoso movimiento huelguístico, en el que los comunistas desempeñaron un papel importante y que reportó a los trabajadores ventajas apreciables. Tuvo lugar un serio enfrentamiento entre la clase obrera, numerosos intelectuales y una parte importante de las masas estudiantiles, de un lado, y el régimen gaullista, el poder de los monopolios, de otro. Este enfrentamiento ha revelado la existencia de nuevas posibilidades en la lucha por la democracia y el socialismo.

En Italia, el continuo ascenso del movimiento huelguístico a escala nacional, el desarrollo de grandes luchas políticas y los éxitos electorales de la izquierda han quebrantado seriamente la política de centro-izquierda, con la que las clases dominantes pretendían estabilizar el capitalismo.

En España, la lucha de las masas debilita cada vez más la dictadura fascista de Franco, que se ha visto obligada a recurrir a medidas de excepción; a pesar de esta represión, la lucha se extiende y nuevas capas sociales y amplios sectores de opinión se incorporan a la oposición antifranquista.

En Inglaterra se despliegan importantes combates de clase que incluyen huelgas políticas en defensa de los sindicatos y del derecho de huelga, atacados por el gobierno laborista.

Las luchas de clase, las huelgas y otras acciones de los trabajadores, los estudiantes y otros sectores sociales se han intensificado en el Japón, México, Brasil, Argentina, la República Federal Alemana, Uruguay, Bélgica, Portugal, Chile, India, Pakistán, Turquía y otros países, así como en Berlín Occidental. El ascenso del movimiento democrático se expresa igualmente en los éxitos electorales de los comunistas y de otras fuerzas progresistas en varios países, entre ellos el Japón. En algunos Estados de la India se han formado gobiernos de frente democrático con participación de los comunistas. En el Gobierno de Finlandia están representados los comunistas.

El ascenso de la lucha de masas en los Estados Unidos, el pilar más importante del imperialismo mundial, revela también claramente la profundidad

de la crisis del mundo capitalista. Una ola de rebeliones contra la discriminación racial, la miseria, el hambre y la brutalidad de la policía se ha extendido por los ghettos negros. Decenas de ciudades norteamericanas han sido teatro de encarnizadas batallas contra las tropas y la policía, con un saldo de muchos muertos y miles de negros detenidos.

Se desarrollan combativas huelgas por reivindicaciones económicas, en muchos casos pese a las amenazas y presiones del gobierno y a la oposición de los dirigentes sindicales reaccionarios. En los sindicatos crece la actividad de los afiliados y de las fuerzas progresistas, Vastas capas de trabajadores se oponen a la guerra de Vietnam.

Intelectuales, hombres de profesiones liberales y medios religiosos estadounidenses se incorporan activamente al movimiento de protesta social y en defensa de la paz. La juventud, sobre todo los estudiantes, blancos y negros, lucha enérgicamente, en las más distintas formas, contra la guerra en Vietnam, el llamamiento a filas, la discriminación racial y el control de los monopolios sobre las universidades. La reacción responde asesinando a personalidades públicas; la represión aumenta, y la violencia adquiere proporciones masivas. El cacareado “modo de vida norteamericano” se está desacreditando ante los ojos del mundo entero.

La burguesía monopolista trata de sembrar por doquier la ilusión de que todas las aspiraciones de los trabajadores pueden realizarse sin la transformación revolucionaria del régimen existente. Para encubrir su esencia agresiva y explotadora, el capitalismo recurre a distintas concepciones apoloéticas (“capitalismo popular”, “Estado del bienestar general”, “sociedad de la abundancia”, etc.). El movimiento obrero revolucionario desenmascara estas falaces concepciones y las combate resueltamente. De este modo, se ahonda la crisis de la ideología imperialista; las masas populares le vuelven la espalda cada vez más.

Ni la conciencia ni la razón de la humanidad pueden resignarse con los crímenes del imperialismo. Es el culpable de dos guerras mundiales que segaron decenas de millones de vidas. Ha creado una máquina bélica sin precedente, que devora colosales recursos humanos y materiales. Intensifica la carrera armamentista y proyecta, con decenios de antelación, la producción de nuevas armas. Amenaza con una guerra termonuclear mundial, en la que perecían centenares de millones de personas y quedarían arrasados países enteros.

El imperialismo engendró el fascismo, régimen de terror político y de campos de exterminio. Dondequiera que puede, pisotea los derechos y las libertades democráticas, atenta a la dignidad humana y cultiva el racismo.

El imperialismo es responsable de las privaciones y los sufrimientos de centenares de millones de seres humanos. Es el principal culpable de que ingentes masas de los países de Asia, África y América Latina se vean sumidas en la miseria, padezcan enfermedades y analfabetismo y tengan que soportar unas relaciones sociales arcaicas. El imperialismo condena a la extinción a grupos étnicos enteros.

El desarrollo social muestra que el imperialismo choca con los intereses vitales de los trabajadores manuales e intelectuales, de las más amplias capas sociales, de los pueblos y las naciones. Debido a ello, contra el imperialismo

se alzan masas cada vez más amplias de trabajadores, movimientos sociales y pueblos enteros.

Para poner fin a los criminales actos del imperialismo, que pueden acarrear calamidades aún mayores a la humanidad, es preciso que la clase obrera, todas las fuerzas democráticas y revolucionarias y los pueblos se unan y actúen mancomunadamente. Refrenar a los agresores y librar a la humanidad del imperialismo y es misión de la clase obrera y de todas las fuerzas antiimperialistas que luchan por la paz, la democracia, la independencia nacional y el socialismo.

El sistema socialista mundial es la fuerza decisiva en la lucha antiimperialista. Todas las luchas de liberación cuentan con su insustituible apoyo, sobre todo con el de la Unión Soviética.

La Gran Revolución Socialista de Octubre, la edificación del socialismo en la URSS, la derrota del fascismo alemán y del militarismo japonés en la Segunda Guerra Mundial, la victoria de la revolución en China y en otros países de Europa y de Asia, la creación del primer Estado socialista de América, la República de Cuba, el surgimiento y desarrollo del sistema socialista mundial integrado por 14 Estados, y la irradiación universal del socialismo han creado las premisas para acelerar el progreso histórico y han abierto nuevas perspectivas al avance y al triunfo del socialismo en todo el planeta.

El socialismo ha mostrado a la humanidad la perspectiva de su liberación del imperialismo. El nuevo sistema social, basado en la propiedad social de los medios de producción y en el poder de los trabajadores, es capaz de asegurar un desarrollo económico planificado, exento de crisis, en beneficio del pueblo; de garantizar los derechos sociales y políticos de los trabajadores, de crear condiciones para una democracia auténtica, para la participación real de las vastas masas populares en la administración de la sociedad, para el desarrollo universal de la persona humana, para la igualdad de derechos de las naciones y la amistad entre ellas. Ha quedado demostrado en la práctica que únicamente el socialismo puede resolver los problemas cardinales de la humanidad.

La aportación del sistema socialista mundial a la causa común de las fuerzas antiimperialistas dimana, ante todo, de su creciente poderío económico. El rápido desarrollo de su economía a un ritmo superior al de los países capitalistas, las posiciones de vanguardia que ha alcanzado en varias esferas del progreso científico-técnico y la apertura del camino al Cosmos por la Unión Soviética son frutos concretos del trabajo creador de los pueblos de los países socialista que determinan en gran medida la superioridad de las fuerzas de la paz, la democracia y el socialismo sobre el imperialismo .

El mundo socialista ha entrado en un período de desarrollo en el que surge la posibilidad de aprovechar con toda plenitud las poderosas reservas que contiene el nuevo sistema. La elaboración y aplicación de formas económicas y políticas perfeccionadas, congruentes con las exigencias de una sociedad socialista madura, que ya descansa sobre una nueva estructura social, favorecen el cumplimiento de esta tarea. La construcción del socialismo y su sucesivo perfeccionamiento se basan en el apoyo, la participación y la iniciativa de las más amplias masas populares, alentadas y dirigidas por la clase obrera. El Partido

Comunista es la vanguardia de toda la sociedad socialista. La creciente actividad política de los trabajadores, el despliegue de la iniciativa de sus organizaciones sociales, la ampliación de los derechos del individuo, la lucha implacable contra las manifestaciones de burocratismo y el desarrollo de la democracia socialista en todos los dominios multiplican las fuerzas del socialismo y contribuyen a la unidad de voluntad y de acción de todo el pueblo. El avance de la democracia socialista, el auge de las fuerzas productivas, el progreso político y cultural, y la superioridad de los valores humanos y morales extienden la influencia del socialismo entre los trabajadores de todo el mundo y afianzan sus posiciones en la lucha, de trascendencia mundial, contra el imperialismo.

La experiencia muestra que las transformaciones socialistas y la edificación de la nueva sociedad constituyen un proceso complejo y prolongado. El aprovechamiento de las grandes posibilidades que el nuevo régimen ofrece depende, ante todo, de la capacidad de los partidos comunistas y obreros dirigentes para dar soluciones marxistas-leninistas a los problemas del desarrollo socialista.

El carácter socialista de la propiedad, la organización planificada de la producción y la participación activa de los trabajadores manuales e intelectuales en la gestión y dirección de la economía permiten aplicar la ciencia en las diversas esferas de la vida económica y social y aprovechar a fondo las posibilidades de la revolución científico-técnica para desarrollar aceleradamente la economía y satisfacer las necesidades de todos los miembros de la sociedad. Una condición importante del desarrollo de la sociedad socialista es el amplio despliegue de la revolución científico-técnica, que se ha convertido en uno de los principales frentes de la competición histórica entre el capitalismo y el socialismo.

El nacimiento y desarrollo del mundo socialista son parte integrante de las luchas de clase en el ámbito mundial. Los enemigos del socialismo no cesan en sus intentos de minar las bases del poder estatal socialista, frustrar la transformación socialista de la sociedad y restablecer su dominio. Rechazar decididamente esos intentos, apoyándose en las grandes masas populares, dirigidas por la clase obrera y su vanguardia comunista, es una función necesaria del Estado socialista.

La defensa del socialismo es un deber internacionalista de los comunistas.

El progreso y el fortalecimiento de cada uno de los países socialistas es una condición esencial del avance de todo el sistema socialista mundial. El feliz desarrollo de la economía nacional, el perfeccionamiento de las relaciones sociales y el progreso de cada país socialista en todos los dominios responden tanto a los intereses de cada pueblo como a los del socialismo en su conjunto.

Una de las tareas primordiales de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas es fomentar la cooperación entre éstos en todas las esferas y asegurar nuevos éxitos en los campos decisivos de la competición económica entre los dos sistemas, en el progreso de la ciencia y de la técnica. Esta competición, que transcurre en medio de una porfiada lucha, exige que el sistema socialista, partiendo de la identidad de intereses y objetivos cardinales de los países socialistas y de los principios del marxismo-leninismo, sobre los que descansa, su política, se apoye más y más en la división socialista internacio-

nal del trabajo y en la cooperación voluntaria entre dichos países, que excluye todo menoscabo de los intereses nacionales y asegura el progreso de cada país por separado y un mayor poderío de todo el sistema socialista mundial.

Apoyándose en su potencial económico y militar, en constante crecimiento, el sistema socialista mundial traba al imperialismo, limita sus posibilidades de exportar la contrarrevolución, presta, cumpliendo con su deber internacionalista, una ayuda cada vez mayor a los pueblos que luchan por la libertad y la independencia y fortalece la paz y la seguridad internacionales. Mientras exista el bloque agresivo de la OTAN, la Organización del Tratado de Varsovia será un importante factor de la seguridad de los países socialistas frente a cualquier agresión bélica de las potencias imperialistas y de la salvaguardia de la paz.

Los éxitos del socialismo, su influencia en el curso de los acontecimientos internacionales y la eficacia de su lucha contra la agresión imperialista dependen en grado considerable de la cohesión de los países socialistas. Su unidad de acción es un importante factor de la unión de todas las fuerzas antiimperialistas.

El establecimiento de un nuevo tipo de relaciones internacionales y el desarrollo de la alianza fraternal entre los Estados socialistas constituyen un complejo proceso histórico. Con el triunfo de la revolución socialista en muchos Estados, la construcción del socialismo se realiza bajo distintas formas que sobre la base de leyes generales tienen en cuenta las condiciones históricas concretas y las peculiaridades nacionales. Para el avance de este proceso se exige la estricta observancia de los principios del internacionalismo proletario, de la ayuda y el apoyo recíprocos, de la igualdad, la soberanía y la no injerencia en los asuntos internos.

La naturaleza del socialismo esta exenta de contradicciones como las inherentes a la naturaleza del capitalismo. Las divergencias que surjan entre países socialistas por diferencias en el nivel de desarrollo económico, estructura social, situación internacional o peculiaridades nacionales, pueden y deben ser superadas sobre la base del internacionalismo proletario, mediante la discusión amistosa y la colaboración fraternal voluntaria. Dichas divergencias no deben quebrantar el frente único de los Estados socialistas contra el imperialismo.

Los comunistas somos conscientes de las dificultades de crecimiento del sistema socialista mundial. Sin embargo, el sistema socialista se basa en la comunidad de régimen económico y social y en la coincidencia de intereses y objetivos cardinales de los países que lo integran. Esta comunidad es premisa para que las dificultades existentes sean superadas y para que la unidad del sistema socialista continúe reforzándose sobre la base de los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario.

En las ciudades del capitalismo, la clase obrera, como lo han confirmado los acontecimientos de estos últimos tiempos, es la principal fuerza motriz de la lucha revolucionaria, de todo el movimiento democrático antiimperialista.

El periodo actual se caracteriza por una intensificación de la lucha de la clase obrera y de las grandes masas trabajadoras no sólo por mejorar su situación económica, sino también por reivindicaciones políticas. A la par que defienden sus intereses vitales, los trabajadores combaten por los derechos sociales

y las libertades democráticas. Sus reivindicaciones apuntan, cada vez más directamente, contra el sistema de dominación del capital monopolista, contra su poder político. Cobra fuerza el anhelo de las vastas masas trabajadoras de cambiar de raíz el régimen económico y social basado en la explotación del hombre. Las grandes batallas de la clase obrera en una serie de países capitalistas hacen vacilar el poder de los monopolios, acentúan la inestabilidad y las contradicciones de la sociedad capitalista. Son precursores de nuevos combates de clase, que pueden conducir a transformaciones sociales fundamentales, a la revolución socialista, a la instauración del poder de la clase obrera en alianza con otras capas trabajadoras.

Las batallas de clase de los últimos tiempos han asestado un golpe a las ilusiones difundidas por los partidarios del neocapitalismo y del reformismo y han confirmado con redoblado vigor las tesis fundamentales del marxismo-leninismo. Los partidos comunistas y obreros, a diferencia de los oportunistas de derecha y de "izquierda", no contraponen la lucha por profundas reivindicaciones económicas y sociales y por una democracia avanzada a la lucha por el socialismo, sino que la consideran parte integrante de ésta. Las transformaciones democráticas radicales que se conquisten en el combate contra los monopolios, contra su dominación económica y su poder político, contribuirán a enraizar en las masas la convicción de la necesidad del socialismo.

En la nueva situación, la necesidad de la unidad de la clase obrera se ha hecho aún más evidente. Los hechos, la experiencia adquirida por la clase obrera en el curso de sus luchas y la crítica decidida de los partidos comunistas y obreros a las posiciones oportunistas —que sigue siendo una tarea permanente— acentúan la crisis de las concepciones reformistas. En las filas de la socialdemocracia se produce una diferenciación, que se refleja entre sus dirigentes. Algunos de éstos defienden las posiciones del capital monopolista y del imperialismo. Otros se muestran más sensibles a las exigencias de las masas trabajadoras en el dominio económico y social, en la cuestión de la lucha por la paz y el progreso.

Los comunistas, que conceden una importancia capital a la unidad de la clase obrera, se pronuncian en favor de la colaboración con los socialistas y socialdemócratas para instaurar hoy un régimen democrático avanzado y para construir mañana la sociedad socialista. Harán todo lo posible por conseguir y organizar esta colaboración. Propugnan igualmente la cooperación con otras formaciones democráticas interesadas en la renovación de la sociedad. Para avanzar por esta vía es indispensable, naturalmente, que los partidos socialistas y las otras formaciones políticas partidarias del socialismo abandonen resueltamente la política de colaboración de clase con la burguesía y apliquen una política de lucha eficaz por la paz, la democracia y el socialismo.

Los sindicatos —la mayor organización de masas de los trabajadores— desempeñan un papel importante en la lucha antimonopolista. Este papel podría ser más eficiente si el movimiento sindical en el mundo capitalista no estuviera fraccionado. A pesar de que algunos líderes levantan obstáculos artificiales en la vía de la unidad de acción de los sindicatos de distintas tendencias a escala nacional e internacional, últimamente toma cuerpo la aspiración a esta unidad

en el movimiento sindical. Los comunistas son partidarios consecuentes de la unidad sindical tanto en cada país como en el plano internacional.

La política de los comunistas, orientada a realizar la unidad de acción de todos los partidos de la clase obrera y de las organizaciones sindicales, encuentra un apoyo cada vez mayor. Esta política unitaria acrecienta las posibilidades del movimiento obrero en la lucha antiimperialista y permite atraer a ésta a la parte del proletariado que aún no está organizada o que sigue a los partidos burgueses. Los comunistas elevarán su labor política e ideológica con el fin de lograr la unidad de acción de la clase obrera.

El dominio del capital financiero y la realización de los “programas agrícolas” del Estado monopolista conducen a la ruina a un sector, cada día más numeroso, de campesinos pequeños y medios. En el último período, éstos oponen creciente resistencia a dichas medidas; emprenden acciones de masas que gozan del apoyo de los trabajadores urbanos. El reforzamiento de la alianza obrera y campesina es una de las condiciones fundamentales del éxito de su lucha contra los monopolios y su poder.

El gran capital lesiona los intereses vitales de la mayoría de las capas medias urbanas. Por ello, a pesar de su desunión y de su particular permeabilidad a la ideología burguesa, grandes sectores de las capas medias se suman a la lucha por la defensa de sus intereses, al combate por las reivindicaciones democráticas generales, y van comprendiendo mejor la importancia vital que tienen para ellos las acciones conjuntas con la clase obrera.

En nuestra época, cuando la ciencia se convierte en una fuerza productiva directa, los intelectuales engrosan en número creciente las filas de los asalariados. Sus intereses sociales convergen con los de la clase obrera, sus aspiraciones creadoras los enfrentan a los patronos monopolistas, entregados a la caza de beneficios. Pese a la gran diversidad de situaciones de los diferentes grupos de la intelectualidad, una parte cada vez mayor de ésta choca con los monopolios y con la política imperialista de los gobiernos. La crisis de la ideología burguesa y la atracción que ejerce sobre ellos el socialismo llevan a los intelectuales al camino de la lucha antiimperialista. La alianza de los trabajadores manuales e intelectuales es una fuerza cada día más importante en la lucha por la paz, la democracia y el progreso social; por el control democrático de la producción, las instituciones culturales y los medios de información; por el desarrollo de la instrucción pública en bien del pueblo.

La convergencia de los intereses de la clase obrera, el campesinado, las capas medias urbanas y los intelectuales, así como los progresos de su colaboración reducen la base social del poder de los monopolios, agravan sus contradicciones internas y propician la movilización de las amplias masas en la lucha antimonopolista y antiimperialista.

El incremento numérico y la creciente actividad política de la joven generación se han convertido en un factor importante de la vida social en Europa Occidental, América, Japón, Turquía y otros países.

Las acciones de la juventud reflejan la profunda crisis de la sociedad burguesa contemporánea. La juventud trabajadora, particularmente la juventud obrera, víctima de la superexplotación y que no ve perspectivas en el capitalis-

mo, se incorpora cada día más activamente a la lucha de clases, ingresa en los sindicatos, en las filas comunistas y en otras organizaciones democráticas. Amplias masas estudiantiles se alzan no sólo contra las insuficiencias de un sistema de enseñanza caduco, no sólo por el derecho a organizarse y participar realmente en la gestión de los centros docentes, sino también contra la política de las clases dominantes. Entusiasmada por la lucha del pueblo vietnamita y por otros ejemplos heroicos de la lucha antiimperialista, una parte cada vez mayor de la juventud pelea con toda energía en las grandes batallas populares contra el imperialismo, por la democracia, la paz y el socialismo.

Los comunistas conceden una gran importancia al ascenso del movimiento de la juventud y participan activamente en él. Propagan en su seno las ideas del socialismo científico, muestran los peligros de diferentes ideas seudorrevolucionarias, que pueden influir en la juventud, y procuran ayudar a ésta a encontrar la justa vía en la lucha contra el imperialismo y en defensa de sus intereses. Sólo su estrecha unión con el movimiento obrero y con su vanguardia comunista puede abrir a la juventud perspectivas realmente revolucionarias.

Un rasgo importante de nuestra época es la participación masiva de la mujer en la lucha de clases, el movimiento antiimperialista y el combate por la paz. Esto se manifiesta con el mayor relieve en las acciones de masas contra la agresión norteamericana en Vietnam. Aumenta el número de mujeres ocupadas en la producción y otras esferas de actividad, se eleva su conciencia política y se acentúa su lucha por sus derechos económicos y sociales. Las mujeres trabajadoras exigen que se ponga fin a toda discriminación en el pago de su trabajo, plena igualdad de derechos civiles, medidas de protección a la maternidad, etc. Van sumándose a los combates de los obreros y de las fuerzas democráticas y afluyen a los sindicatos. Los partidos comunistas, en cuyas actividades participan con iguales derechos las mujeres, apoyan con decisión sus reivindicaciones y consideran la causa de la emancipación de la mujer un elemento importante del movimiento democrático general. El ejemplo de los países socialistas, donde la mujer goza de la plenitud de derechos, constituye un gran aliciente para la lucha de las mujeres en el mundo capitalista.

La seria agudización de las contradicciones sociales en el mundo capitalista ofrece en muchos países nuevas posibilidades de alianza antimonopolista y antiimperialista entre el movimiento obrero revolucionario y grandes masas de creyentes. La Iglesia Católica y algunas otras religiones atraviesan una crisis ideológica que pone en tela de juicio concepciones y estructuras seculares. En algunos países se desarrollan la colaboración y las acciones comunes entre los comunistas y amplias masas democráticas católicas y de otras creencias. Su diálogo acerca de cuestiones como la guerra y la paz, el capitalismo y el socialismo, el neocolonialismo y los problemas de los países en desarrollo; su unidad de acción contra el imperialismo, por la democracia y el socialismo, son de candente actualidad. Los comunistas están persuadidos de que precisamente en este camino –camino de amplios contactos y acciones conjuntas– las masas de creyentes participarán como una fuerza activa de la lucha contra el imperialismo, por profundas transformaciones sociales.

A medida que se desarrolla la unidad de acción antimonopolista y antiimperialista, maduran las condiciones favorables para la unión de todas las co-

rrientes democráticas en una alianza política capaz de limitar de una manera decisiva el papel de los monopolios en la vida económica del país, poner fin a la dominación del gran capital y establecer un régimen que realice transformaciones políticas y económicas radicales, creando así las condiciones más propicias para proseguir la lucha por el socialismo. La fuerza principal de esta alianza democrática es la clase obrera. Estos objetivos pueden ser alcanzados, ante todo, mediante potentes y variadas acciones de masas de la clase obrera y de las más amplias capas populares. Utilizando todas las posibilidades que pueda ofrecer la actividad parlamentaria, los comunistas subrayan que lo determinante para la victoria de la democracia y del socialismo es el despliegue del movimiento de masas de la clase obrera y de todos los trabajadores.

El hundimiento del sistema colonial ha debilitado considerablemente las posiciones del imperialismo. *En el último decenio ha continuado incrementándose el papel del movimiento antiimperialista de los pueblos de Asia, Africa y América Latina en el proceso revolucionario mundial.* En algunos países, este movimiento adquiere un contenido anticapitalista.

En muchos países de *Asia y Africa* el movimiento nacional-liberador ha entrado en una nueva etapa. En esta zona han surgido muchos Estados nacionales, lo que ha introducido cambios esenciales en la estructura política del mundo y contribuido a modificar la correlación de fuerzas en detrimento del imperialismo. Han sido liquidados casi totalmente los antiguos imperios coloniales.

Para el porvenir de Africa y de la paz tiene gran importancia la liberación del Sur de Africa, una de las últimas zonas de dominación colonial. La lucha armada que sostienen en esta región los pueblos de Angola, Mozambique, Guinea-Bissau, Zimbabwe, Namibia y Sudáfrica asesta duros golpes a la coalición de regímenes fascistas y racistas apoyados por los imperialistas y abre la perspectiva de nuevas grandes victorias de la revolución africana.

El movimiento liberador árabe desempeña un destacado papel en la lucha contra el imperialismo mundial y ejerce una influencia favorable sobre todo el movimiento contra el imperialismo y el neocolonialismo en el Oriente Medio y Africa. La lucha de los pueblos árabes contra el imperialismo y contra la agresión de Israel forma parte de la lucha común empeñada entre las fuerzas de la libertad y del socialismo en el mundo entero, por una parte, y el imperialismo internacional, por otra.

El desarrollo del movimiento de liberación nacional y el progreso social de los pueblos de esta zona, que ocupa una posición estratégica importante y abunda en petróleo, concitan el odio de los imperialistas y los monopolios petroleros, que traman intrigas y complots contra dicho movimiento, desencadenan guerras y agresiones.

Para replicar a estas acciones, desbaratar los complots y salvaguardar todas las conquistas alcanzadas, tienen gran importancia, entre otras cosas, la profundización de las transformaciones económico-sociales, los frentes nacionales progresistas y las libertades democráticas para las amplias masas y para las fuerzas nacionales progresistas.

En los países ya liberados se produce una diferenciación social. Se agudiza el conflicto entre la clase obrera, los campesinos y otras fuerzas democrá-

ticas, incluidas las capas de la pequeña burguesía de sentimientos patrióticos, de una parte, y el imperialismo y las fuerzas de la reacción interna, de otra, comprendidos aquellos elementos de la burguesía nacional que se confabulan con el imperialismo en grado cada vez mayor.

En una serie de jóvenes Estados se han elevado el papel social y la actividad política de la clase obrera. Aumenta la importancia de las relaciones internacionales del joven proletariado de los países de Asia y Africa con la clase obrera de los países socialistas y de los Estados capitalistas.

Los campesinos trabajadores constituyen una gran fuerza revolucionaria. Participan activamente en la lucha antiimperialista, por la liberación nacional de los pueblos y por el fortalecimiento de la independencia de los jóvenes Estados. Los comunistas intensifican su labor entre las masas campesinas, llevan a ellas la ideología proletaria.

En la mayoría de los Estados independientes de Asia y Africa, paralelamente a las tareas de reforzar y defender la independencia política y la soberanía, son problemas centrales del desarrollo social la superación del atraso económico, la creación de una economía nacional independiente, incluida su propia industria, y la elevación del nivel de vida del pueblo. La solución de estos problemas presupone profundas transformaciones sociales y económicas, la realización de reformas agrarias democráticas en interés de los campesinos trabajadores y con su participación, la abolición de las caducas relaciones feudales y prefeudales, la liquidación de la prepotencia de los monopolios extranjeros, la democratización radical de la vida social y política y del aparato estatal, el resurgimiento de la cultura nacional y el desarrollo de sus tradiciones progresistas, el reforzamiento de los partidos revolucionarios y su formación allí donde no los haya. Hoy, los problemas actuales del avance social de dichos Estados no sólo suscitan una lucha encarnizada entre los neocolonialistas y los pueblos de estos países, sino también conflictos sociales internos. Para los Estados independientes de Asia y Africa tiene gran importancia el establecimiento de relaciones de amistad y eficaz colaboración con los países socialistas.

Bajo la influencia de las condiciones revolucionarias de nuestra época han surgido formas originales de desarrollo social progresista de los países liberados y se ha acrecentado el papel de las fuerzas democrático-revolucionarias. Algunos nuevos Estados han elegido una vía no capitalista, que garantiza la posibilidad de acabar con el atraso heredado del pasado colonial y de crear las premisas del paso al desarrollo socialista. Se abre camino la orientación socialista, superando grandes pruebas y dificultades. Estos Estados sostienen una lucha resuelta contra el imperialismo y el neocolonialismo.

Los países que siguen la vía capitalista no han logrado resolver ni uno solo de los problemas fundamentales surgidos ante ellos. Al chocar con el creciente descontento del pueblo, la reacción interior de estos países despliega, con la ayuda del imperialismo, ataques a las libertades democráticas y, en algunos casos, reprime brutalmente el movimiento democrático y patriótico de las masas. Fomenta las discordias entre comunidades nacionales, étnicas, religiosas, tribales o lingüísticas, poniendo así en peligro la independencia conquistada por estos países.

El imperialismo manifiesta particular hostilidad hacia los Estados de régimen progresista. Para apartarlos de ese camino, intenta corromper sus partidos políticos y someter a su influencia las instituciones docentes y culturales y los medios de información masiva, recurre a la actividad contrarrevolucionaria de sus agentes y apoya a los elementos reaccionarios del aparato estatal y de las fuerzas armadas de dichos países. Intenta utilizar los prejuicios anti-comunistas para sembrar la discordia entre los patriotas.

Para resolver los problemas del desarrollo nacional y del progreso social y rechazar eficazmente las maquinaciones, del neocolonialismo es preciso movilizar a las masas populares, elevar el papel del proletariado y de los campesinos y forjar la unión de la juventud trabajadora, de los estudiantes, de los intelectuales, de las capas medias urbanas, de los medios democráticos del ejército, de todas las fuerzas patrióticas y progresistas. Los partidos comunistas y obreros propugnan esa unión.

Los comunistas defienden la libertad, la independencia nacional y el futuro socialista de sus pueblos, son portadores de las ideas del socialismo científico y luchadores de vanguardia del movimiento de liberación nacional. Los intereses de este movimiento, los intereses del progreso social de los pueblos de los países recientemente liberados, exigen la estrecha colaboración entre los partidos comunistas y otras fuerzas patrióticas y avanzadas. La hostilidad al comunismo y las persecuciones contra los comunistas lesionan los intereses de la lucha por la emancipación nacional y social de los pueblos.

En *América Latina*, la mayoría de los países conquistó la independencia estatal a principios del siglo pasado; han tenido en conjunto un relativo desarrollo capitalista; se ha formado, crece y se forja en la lucha un numeroso proletariado, tanto en la ciudad como en el campo. Prácticamente en todos los países existen partidos comunistas. Los pueblos latinoamericanos se enfrentan a un opresor y explotador común, el imperialismo yanqui, que considera el continente como su retaguardia estratégica y lo ha colocado en una situación de dependencia. Algunos todavía combaten contra la dominación colonial. La lucha por una auténtica soberanía nacional y por la independencia económica se entrelaza con una intensa lucha de clases contra la explotación capitalista y, fundamentalmente, contra los monopolios extranjeros y locales y el latifundio. En muchos países aún existen supervivencias feudales y hay una gran masa de campesinos sin tierra. Se combate por las reivindicaciones democráticas y contra las dictaduras tiránicas, que representan un factor muy negativo en el desarrollo histórico del continente.

La Revolución Cubana rompió la cadena de la opresión imperialista en América Latina y condujo a la creación del primer Estado socialista en el continente, marcando un histórico viraje, abriendo una nueva etapa en el movimiento revolucionario latinoamericano. En esta zona del mundo se desarrollan combativos movimientos democráticos y antiimperialistas, así como procesos revolucionarios que abrirán el camino al socialismo.

El proletariado y los partidos comunistas y obreros desempeñan un papel cada vez más importante en el movimiento antiimperialista de América Latina, donde la existencia y actividad de la clase obrera constituyen una

ventaja histórica y una garantía para su desarrollo ulterior. La lucha de grandes masas por sus reivindicaciones económicas y políticas, así como por sus objetivos revolucionarios, se manifiesta en diversas formas. El movimiento popular latinoamericano avanza en una dura lucha contra la agresividad del imperialismo y la reacción interna, y en algunos países recurre a la vía armada. En el curso de la lucha aumenta la combatividad de la clase obrera, se despierta la conciencia de los campesinos y se movilizan masas rurales, forjándose así las bases de la alianza obrero-campesina.

Amplias capas populares, estudiantes, intelectuales progresistas y vastos sectores medios urbanos se unen al proletariado. Las acciones conjuntas y las alianzas antiimperialistas contra los regímenes reaccionarios adquieren cada día mayor fuerza. El ascenso de la lucha contra la explotación y la miseria de las grandes masas y contra la opresión imperialista conduce a que sectores avanzados de los medios religiosos se hagan eco de sus anhelos progresistas. En el seno de las fuerzas armadas de algunos países ganan terreno tendencias patrióticas y democráticas.

Para las perspectivas de la lucha antiimperialista es de primordial importancia el fortalecimiento de la alianza entre el sistema socialista y las fuerzas del movimiento obrero y de liberación nacional.

III

La situación política y social del mundo contemporáneo permite elevar a un nuevo nivel la lucha contra el imperialismo. Intensificando la ofensiva contra el imperialismo se puede conseguir una superioridad decisiva sobre él y derrotar su política de agresión y de guerra. Esto exige imperiosamente medidas y acciones concretas en los distintos continentes, para dar una perspectiva clara a las fuerzas democráticas y progresistas, a todas las fuerzas interesadas en la solución de los grandes problemas que preocupan actualmente a la humanidad, de los problemas de la paz y de la seguridad de los pueblos.

Conscientes de su responsabilidad histórica, los partidos comunistas y obreros representados en esta Conferencia llaman a la unidad de acción a todos los comunistas del mundo, a todos los enemigos del imperialismo, a todos los que están dispuestos a luchar por la paz, la libertad y el progreso.

1. El objetivo primordial de la unidad de acción es *prestar multilateral apoyo al heroico pueblo vietnamita*. La Conferencia exhorta a cuantos aman la causa de la paz y de la independencia nacional a intensificar la lucha para obligar al imperialismo norteamericano a retirar las tropas intervencionistas de Vietnam, a cesar su injerencia en los asuntos internos de este país y a respetar el derecho del pueblo vietnamita a resolver por sí mismo sus problemas. La victoria definitiva de los patriotas vietnamitas tiene una importancia cardinal para fortalecer las posiciones de los pueblos en su lucha contra la política imperialista de imposición y arbitrariedad. Para acercar esa victoria se requieren medidas concertadas de todos los países del sistema socialista y esfuerzos conjuntos de todos los partidos comunistas y obreros, de todos los partidos progresistas y organizaciones democráticas de masas y de todas las fuerzas amantes de la

libertad y de la paz. La Conferencia saluda la constitución del Gobierno Provisional Revolucionario de la República de Vietnam del Sur. Considera este hecho como una etapa importante de la heroica lucha liberadora del pueblo vietnamita. Llama a la lucha para asegurar el éxito de las negociaciones de París, que es perfectamente posible sobre la base de los 10 puntos propuestos por el Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur.

2. *El eslabón principal de la acción conjunta de las fuerzas antiimperialistas sigue siendo la lucha por la paz en el mundo entero, contra la amenaza de una guerra termonuclear y del exterminio en masa que acarrearía, amenaza que continúa gravitando sobre los pueblos.* Con los esfuerzos mancomunados de los países socialistas, de la clase obrera internacional, del movimiento nacional-liberador, de todos los Estados adictos a la paz y de las organizaciones sociales y movimientos de masas, se puede impedir la guerra mundial.

3. *La defensa de la paz está unida indisolublemente a la lucha por imponer a los imperialistas la coexistencia pacífica de los Estados con diferente régimen social,* que exige el respeto a los principios de la soberanía, de la igualdad de derechos de la integridad territorial de cada Estado, grande o pequeño, de la no injerencia en los asuntos internos de otros países; el respeto al derecho de todos los pueblos a decidir libremente sobre su régimen económico-social y político, la solución de los problemas litigiosos internacionales por vía política, mediante negociaciones.

La política de coexistencia pacífica facilita la solución positiva de los problemas económicos y sociales de los países en vías de desarrollo.

La política de coexistencia pacífica no está en contradicción con el derecho de los pueblos oprimidos a luchar por su liberación por la vía que estimen necesaria —armada o no armada— ni significa en modo alguno un apoyo a los regímenes reaccionarios.

También es indiscutible que cada pueblo tiene el derecho inalienable de recurrir a las armas para defenderse de los ataques de los agresores imperialistas y de contar con la ayuda de otros pueblos a su justa causa. Ello forma parte de la lucha antiimperialista común de los pueblos.

La política de coexistencia pacífica obstaculiza las tentativas del imperialismo de superar sus contradicciones internas con el aumento de la tirantía internacional y la creación de focos de guerra. Esta política no significa ni el mantenimiento del statu quo social y político ni el debilitamiento de la lucha ideológica. Por el contrario, contribuye al impulso de la lucha de clases contra el imperialismo a escala nacional y mundial. Es derecho inalienable e indiscutible y deber de los trabajadores y de sus partidos comunistas en los países capitalistas sostener una enérgica lucha de clase por la supresión de los monopolios y de su poder, por la instauración de un régimen auténticamente democrático y por la implantación del poder socialista, cualquiera que sea la vía para alcanzar este objetivo. Los comunistas del mundo entero se solidarizan con esta justa lucha.

Las acciones de masas contra el imperialismo son una de las condiciones del éxito de la política de coexistencia pacífica. Esta política, dirigida contra los incendiarios de guerra, los reaccionarios y los monopolistas fabricantes de

armas, responde a los intereses generales de la lucha revolucionaria contra todas las formas de opresión y explotación y contribuye al robustecimiento de la amistad entre todos los pueblos, al desarrollo de una fecunda cooperación económica, científico-técnica y de otra índole entre los países de regímenes sociales diferentes en beneficio del progreso social.

Los comunistas consideran su deber combatir la política de aumento de la tirantez internacional que aplican los medios imperialistas y todas las tentativas de dichos medios de retornar a los tiempos de la guerra fría, así como luchar por la distensión, lo que constituye una de las demandas más imperiosas y actuales de los pueblos.

4. *Para mantener la paz, la tarea más urgente es impedir la diseminación de las armas nucleares* y lograr que se aplique el Tratado de no proliferación. Al propugnar la ratificación de este tratado, los partidos comunistas ven en él un eslabón de la cadena de medidas encaminadas a hacer realidad el desarme nuclear y destruir los stocks de las armas de este tipo. Es preciso lograr, al mismo tiempo, la proscripción de las armas nucleares, el cese de su producción y de todas las pruebas de las mismas.

La creación de zonas desnuclearizadas en distintas regiones del mundo tendría gran importancia práctica para sanear la atmósfera internacional y fortalecer la confianza entre los Estados. *El esfuerzo principal debe estar dirigido a prohibir el arma nuclear. La energía atómica debe ser utilizada exclusivamente con fines pacíficos.*

Hay que acentuar la lucha por una prohibición real de las armas química y bacteriológica, empleadas en gran escala por las fuerzas norteamericanas en Vietnam.

Los intereses vitales de los pueblos exigen intensificar la lucha contra el militarismo en todas sus formas, especialmente contra el complejo militar-industrial de los EE.UU. y otros países imperialistas. Llamamos a todas las fuerzas adictas a la paz a desplegar la lucha por la reducción radical de los presupuestos militares y por el desarme general y completo bajo un eficiente control internacional. Ello permitiría consagrar los recursos devorados por los programas armamentistas a mejorar el nivel de vida de los trabajadores, a la sanidad pública y la enseñanza y ayudar a los países en vías de desarrollo.

Junto a las tareas de ámbito universal, la lucha por la paz plantea tareas muy importantes, de carácter más específico o regional, orientadas a garantizar la seguridad en algunos continentes o zonas geográficas. La solución de estas tareas, estrechamente ligadas, responde a los intereses y aspiraciones de todos los comunistas, de todas las fuerzas antiimperialistas y de todos los pueblos del mundo.

Los intereses de la paz universal exigen la disolución de los bloques militares. Los partidos comunistas y obreros han considerado siempre y consideran que la existencia de bloques y bases militares en territorios de otros países, impuestos por los imperialistas, constituye un obstáculo para la colaboración entre los Estados. Auténtica garantía de la seguridad y una de las condiciones del progreso de cada país europeo debe ser el establecimiento en Europa de un sistema eficaz de seguridad, basado en relaciones de igualdad

de derechos y de respeto mutuo entre todos los Estados del continente y en el esfuerzo mancomunado de todos los pueblos europeos. Partiendo de ello, los países socialistas se han pronunciado ya por la disolución simultánea de la OTAN y del Tratado de Varsovia.

La Conferencia condena energicamente los intentos provocadores de las potencias imperialistas —sobre todo de los EE.UU., de la RFA y de Gran Bretaña— de intensificar más aún la actividad de la OTAN. La disolución de la OTAN significaría un paso decisivo hacia la desaparición de todos los bloques, de todas las bases militares en territorios extranjeros y hacia la creación de un sistema eficaz de seguridad colectiva. De conformidad con los intereses de la paz, los pueblos exigen a los Estados imperialistas que pongan fin a los vuelos de bombarderos con armas nucleares sobre territorios extranjeros, que se prohíba la entrada en puertos de otros países a barcos y submarinos pertrechados con armas nucleares y se renuncie a toda acción violenta y a la amenaza de emplear la fuerza.

El logro de una seguridad firme en Europa es uno de los anhelos y preocupaciones principales de los pueblos de este continente. Las Conferencias de los Estados signatarios del Tratado de Varsovia celebradas en 1966 en Bucarest y en 1969 en Budapest, así como la Conferencia de Karlovy Vary, reunida en 1967, trazaron un programa concreto de acción y medidas encaminadas a crear un sistema de seguridad europea.

Es preciso luchar por la intangibilidad de las fronteras existentes en Europa, en particular de la frontera del Oder-Neisse y de las fronteras entre la RFA y la RDA; por el reconocimiento jurídico internacional de la República Democrática Alemana y la prohibición del acceso de Alemania Occidental a las armas atómicas, en cualquier forma que sea; por la renuncia de la RFA a su pretensión de representar a toda Alemania; por el reconocimiento de Berlín Occidental como entidad política especial; por la aceptación de la invalidez del *diktat* de Munich desde su origen y por la prohibición de todas las organizaciones neonazis. La paz y la seguridad en Europa exigen que se refrene a las fuerzas revanchistas de Alemania Occidental, se garantice a los pueblos europeos el derecho inalienable de ser los dueños de su continente sin injerencia de los EE.UU.; exigen la colaboración económica, científica y técnica recíprocamente ventajosa de los Estados europeos, el establecimiento entre ellos de relaciones basadas en una auténtica distensión internacional y en la confianza mutua.

Debe ser respetado incondicionalmente el principio de la inviolabilidad de los Estados neutrales. Estos pueden hacer un valioso aporte a la política de coexistencia pacífica si aprovechan cualquier posibilidad para actuar en el espíritu de la distensión y de la paz.

A estos fines, es preciso adoptar una posición activa, enfocar el problema de la seguridad europea con espíritu de iniciativa, promoviendo medidas prácticas concretas.

La organización de un amplio Congreso de los Pueblos de Europa, que prepare y facilite la convocatoria de una Conferencia de los Estados de toda Europa, es la más urgente de estas iniciativas de paz.

5. *La Conferencia llama a la opinión pública internacional a manifestar una solidaridad constante y activa con los pueblos y países que son blanco permanente de actos agresivos del imperialismo:* la República Democrática Alemana, la República Democrática Popular de Corea y todo el pueblo coreano. La Conferencia se pronuncia por el restablecimiento de los legítimos derechos de la República Popular China en la ONU y la restitución a este país de la isla de Taiwán, ocupada por las fuerzas armadas de los EE.UU. La defensa de la República de Cuba sigue siendo un deber de los comunistas y demás fuerzas revolucionarias y antiimperialistas de América Latina y del mundo entero.

Los comunistas exhortamos a acciones conjuntas contra todos los actos agresivos del imperialismo, contra el desencadenamiento de guerras locales y contra el empleo de otras formas de intervención en cualquier zona del mundo. Frente a la política agresiva aplicada por los imperialistas y los círculos gobernantes de Israel, nos proclamamos solidarios con los pueblos árabes, que exigen la devolución de los territorios ocupados por los invasores israelíes, condición inmediata e imprescindible del establecimiento de la paz y de un arreglo político en el Oriente Medio sobre la base del estricto cumplimiento de la resolución de noviembre de 1967 del Consejo de Seguridad de la ONU.

6. *Los comunistas reiteran su solidaridad con la lucha de los pueblos de Asia, África y América Latina* por la independencia y la soberanía nacional, por liberarse de todo género de hegemonía económica y política de los medios imperialistas y de los monopolios, por salir del sistema de alianzas y bloques militares que imponen las potencias imperialistas, contra las tendencias imperialistas a intensificar la carrera armamentista en estos continentes y a conservar y crear nuevos focos de tirantez, por dismantelar las bases militares extranjeras y establecer relaciones que contribuyan al libre desenvolvimiento de cada pueblo.

Barrer totalmente de nuestro planeta la peste del colonialismo, liquidar sus últimos focos e impedir su resurgimiento bajo formas encubiertas es un imperativo de nuestra época.

Llamamos a todos los hombres de buena voluntad, a todos los partidarios de la democracia, a la acción común para acabar con los restos del colonialismo y a luchar contra el neocolonialismo. Propugnamos enérgicas medidas internacionales en apoyo de los patriotas de Angola, Mozambique, Guinea-Bissau, Zimbabwe, Namibia, Sudáfrica y de todos los pueblos oprimidos.

Uno de los grandes problemas de nuestro tiempo, en el que los partidos comunistas fijan la atención de la opinión pública y por cuya solución luchan enérgicamente, es la supresión del atraso de gran número de países y de continentes enteros, debido al largo dominio colonialista e imperialista. La tarea fundamental de estos países estriba hoy en el desarrollo económico, social y político, que sólo podrá lograrse mediante la conquista de una auténtica independencia frente al imperialismo y como resultado de profundas transformaciones democráticas y revolucionarias. Para cumplir esta tarea hay que movilizar y agrupar a todas las fuerzas progresistas de cada país, hay que fomentar los vínculos recíprocamente ventajosos entre estos países y entre ellos y los Estados socialistas.

7. *Consideramos necesario intensificar la lucha contra el peligro fascista y dar una réplica demoleadora a toda manifestación profascista.* Cuando se agrava la crisis del imperialismo, cuando se acentúa la tendencia de la reacción a reprimir brutalmente a las fuerzas democráticas y revolucionarias, el fascismo redobla su actividad. En Grecia, el neofascismo se ha adueñado del poder. En España, los "ultras" intentan volver a los métodos fascistas de represión en un vano esfuerzo por detener el poderoso movimiento de las masas. En Portugal, el fascismo en crisis procura, ante el ascenso del movimiento popular, encubrir la continuación efectiva de su política de terror con una demagogia liberalizante. En Alemania Occidental, los neonazis proclaman descaradamente su pretensión al poder. Las fuerzas neofascistas se agitan también en otros países. Su actividad se entrelaza con los servicios secretos imperialistas, que traman golpes de Estado reaccionarios.

Todas estas manifestaciones de fascismo tropiezan con la resistencia creciente de las masas populares, para cuyo éxito se exige la participación unitaria de todas las fuerzas antifascistas, así como el mayor apoyo internacional de los partidos comunistas y obreros y de los movimientos democráticos y progresistas de todos los países.

La lucha contra los regímenes fascistas es parte esencial de la acción contra el imperialismo, por las libertades democráticas. Es tarea común de todos los demócratas, de todos los partidarios de la libertad, cualesquiera que sean su posición política, sus concepciones filosóficas o creencias religiosas, incrementar el apoyo efectivo a las fuerzas progresistas nacionales que luchan contra focos de reacción y fascismo como los gobiernos de España y Portugal, la Junta reaccionaria de los coroneles en Grecia y las camarillas oligárquico-militares en América Latina, contra todos los regímenes tiránicos al servicio del imperialismo norteamericano.

8. Los comunistas exhortamos de nuevo a todas las personas honradas de la Tierra a aunar sus esfuerzos en la lucha contra *la ideología y la práctica anti-humanas del racismo.* Llamamos a desplegar el más vasto movimiento de protesta contra esa ignominia de nuestra época que es la bárbara persecución de 25 millones de negros en los EE.UU., contra el terror racista en Sudáfrica y Rhodesia, contra las persecuciones a la población árabe en los territorios ocupados y en Israel, contra toda discriminación racial o nacional, contra el sionismo y el antisemitismo, atizados por fuerzas capitalistas reaccionarias, que los utilizan para desorientar políticamente a las masas.

El imperialismo utiliza el racismo para dividir a los pueblos y mantener su dominio. Grandes sectores de las masas populares rechazan el racismo y pueden ser incorporados a la lucha activa contra él. En el curso de sus acciones podrán comprender que la extirpación del racismo está estrechamente vinculada con la lucha contra el imperialismo en su conjunto y sus pilares ideológicos.

9. Los intereses de la lucha contra el imperialismo, que pretende destruir las libertades fundamentales del hombre, exigen un combate incesante por defender o conquistar las libertades de palabra, de prensa, de reunión, de manifestación pública y de asociación, por la igualdad de derechos de todos los

ciudadanos y *por la democratización de todos los aspectos de la vida social*. Es preciso rechazar resueltamente todo intento y toda legislación reaccionarias tendientes a destruir las libertades y los derechos democráticos conquistados a lo largo de tesoneras batallas de clase. Hay que luchar sin desmayo, tanto en el seno de estos países como en el ámbito internacional, por salvar a los patriotas y demócratas amenazados de muerte, por impedir que los tribunales dicten sentencias inicuas contra los comunistas y otros patriotas. Hay que luchar por la libertad de los patriotas y demócratas que sufren en las cárceles, por el derecho de asilo político.

Los comunistas nos oponemos a toda forma de opresión de las naciones y minorías nacionales, nos pronunciamos por que cada pueblo o grupo nacional pueda desarrollar su cultura e idioma propios y defendemos firmemente el derecho de todas las naciones a la autodeterminación.

Los comunistas estamos convencidos de que no es posible terminar con la política de agresión imperialista, liquidar para siempre el colonialismo y el neocolonialismo y extirpar de raíz el fascismo y el racismo sin una lucha decidida contra el poder del capital monopolista, por reivindicaciones democráticas, cuya realización debilita las posiciones del imperialismo en su conjunto y quebranta las bases de su dominación, creando así condiciones favorables para el logro de los objetivos finales del movimiento obrero.

La situación actual exige reforzar la solidaridad combativa de los pueblos de los países socialistas, de todos los destacamentos del movimiento obrero internacional y del movimiento por la emancipación nacional en la lucha contra el imperialismo.

Los comunistas consideramos una tarea imperiosa de la hora seguir denunciando con mayor vigor la criminal política del imperialismo y elevar la vigilancia popular frente a sus intenciones y planes agresivos.

Los participantes en la Conferencia exhortamos a todas las organizaciones que representan a los obreros, los campesinos, los empleados, la juventud, los estudiantes, los intelectuales y las mujeres; a diversos grupos y capas sociales de convicciones y credos políticos, filosóficos y religiosos diferentes, a personalidades políticas de pensamiento realista de los países capitalistas, a todos los partidos democráticos y las organizaciones sociales progresistas nacionales e internacionales, a unir sus esfuerzos a los de los partidos comunistas a fin de emprender acciones conjuntas en la lucha antiimperialista, por la distensión internacional y en defensa de la paz. Invitamos a todas estas fuerzas a un amplio y constructivo intercambio de opiniones sobre todos los problemas de la lucha antiimperialista.

Los comunistas somos partidarios de la más amplia democracia en los preparativos y realización de la unidad de acción con todas las fuerzas progresistas, patrióticas y pacíficas a escala nacional, regional y mundial. Haremos cuanto esté a nuestro alcance para lograr la máxima comprensión entre las diversas tendencias y movimientos antiimperialistas, teniendo en cuenta sus peculiaridades y respetando su autonomía. Las formas de acción conjunta, elegidas voluntariamente y de común acuerdo, permitirán elevar la lucha antiimperialista a un nivel superior, acorde con las exigencias de la situación actual.

IV

Los participantes en la Conferencia consideramos que la condición primordial que permitirá a los partidos comunistas y obreros hacer un mayor aporte a la solución de los problemas planteados a los pueblos es elevar la unidad del propio movimiento comunista a un nivel que responda a las exigencias actuales. Ello requiere esfuerzos continuos y resueltos de todos los partidos. *La cohesión de los partidos comunistas y obreros es el factor más importante de la unión de todas las fuerzas antiimperialistas.*

Los participantes en la Conferencia reafirmamos nuestra coincidencia de criterio de que la base de las relaciones entre los partidos hermanos reside en los principios del internacionalismo proletario, la solidaridad y el apoyo recíproco, el respeto a la independencia y a la igualdad de los partidos y la no injerencia en sus asuntos internos. La estricta observancia de estos principios es condición imprescindible para desarrollar la colaboración amistosa entre los partidos hermanos y reforzar la unidad del movimiento comunista. Las formas naturales de esa colaboración son las consultas bilaterales, las reuniones zonales y las conferencias internacionales, sobre la base de los principios adoptados en el movimiento comunista. Estos principios y formas brindan a los partidos comunistas y obreros todas las posibilidades para conjugar sus esfuerzos en la lucha por sus objetivos comunes en una época en que el proceso revolucionario mundial presenta una diversidad creciente. Todos los partidos son iguales en derechos. En nuestra época, cuando en el movimiento comunista internacional no existe un centro dirigente, la coordinación voluntaria de las acciones de los partidos para cumplir eficazmente las tareas planteadas ante ellos adquiere mayor importancia.

La unidad de acción de los partidos comunistas y obreros favorecerá la cohesión del movimiento comunista sobre la base del marxismo-leninismo. Las acciones solidarias encauzadas al cumplimiento de las tareas prácticas urgentes que tienen ante sí los movimientos revolucionarios y democráticos de nuestra época facilitan el necesario intercambio de experiencias entre los distintos destacados del movimiento comunista. Ayudan a enriquecer y desarrollar de manera creadora la teoría marxista-leninista y a fortalecer el enfoque revolucionario e internacionalista de los problemas políticos actuales.

Los participantes en la Conferencia expresamos la firme voluntad de nuestros partidos de hacer todo lo posible en beneficio de las masas trabajadoras y del progreso social y en aras de la victoria completa sobre el capitalismo internacional. Entendemos que las acciones conjuntas contra el imperialismo, por la realización de las reivindicaciones democráticas, son una parte inseparable y una etapa de la lucha por la revolución socialista y por la liquidación del sistema de explotación del hombre por el hombre.

Los participantes en la Conferencia estamos convencidos de que la eficacia de la política de cada partido comunista depende de sus éxitos en el propio país, de los éxitos de los otros partidos hermanos y del grado de su colaboración mutua. Cada partido comunista responde de su actividad ante la clase obrera y el pueblo de su país y, a la vez, ante la clase obrera internacional. La responsa-

bilidad nacional e internacional de cada partido comunista son inseparables. Los marxistas-leninistas somos al mismo tiempo patriotas e internacionalistas y rechazamos tanto la estrechez nacionalista como la negación o el menosprecio de los intereses nacionales y las tendencias hegemónicas. Los partidos comunistas, partidos de la clase obrera y de todos los trabajadores, son, a la vez, los abanderados de los auténticos intereses nacionales, en oposición a las clases reaccionarias, que los traicionan. El mayor aporte de cada partido comunista que lucha bajo el capitalismo a la causa del socialismo y del internacionalismo proletario será la conquista del poder por la clase obrera y sus aliados.

Los partidos comunistas y obreros actúan en condiciones específicas muy diversas, que requieren el enfoque correspondiente para cumplir las tareas concretas. Cada partido, guiándose por los principios del marxismo-leninismo y tomando en consideración las condiciones nacionales concretas, elabora su propia política con plena independencia; determina la orientación, las formas y los métodos de su lucha y elige, según las circunstancias, su vía pacífica o no pacífica, de paso al socialismo, así como las formas y los métodos de la construcción socialista en su país. Al mismo tiempo, la diversidad de condiciones en que actúan los partidos comunistas, las diferencias en el enfoque de las tareas prácticas e incluso las divergencias en torno a unas u otras cuestiones, no deben ser un impedimento para que concierten su acción en el plano internacional, sobre todo en lo que se refiere a las tareas cardinales de la lucha antiimperialista.

Cuanto mayores sean la fuerza y la cohesión de cada partido comunista, tanto mejor podrá desempeñar su papel en el interior de su país y en el movimiento comunista internacional.

Los comunistas nos damos perfecta cuenta de que nuestro movimiento, a la vez que ha conseguido inmensos éxitos históricos, ha tropezado durante los últimos años, en el curso de su desarrollo, con serias dificultades. Sin embargo, estamos convencidos de que esas dificultades serán superadas. Esta convicción se basa en el hecho de que los fines e intereses duraderos de la clase obrera mundial son comunes, en el afán de cada partido de dar a los problemas planteados una solución que responda a sus intereses tanto nacionales como internacionales y a la misión revolucionaria de los comunistas, en la aspiración de los comunistas a la unidad a escala internacional.

Los partidos comunistas y obreros expresan su voluntad de presentar, pese a las diferencias de opinión sobre ciertas cuestiones, un frente unido de lucha contra el imperialismo.

Algunas de las divergencias surgidas se superan en el curso del intercambio de opiniones o desaparecen a medida que la propia evolución de los acontecimientos va esclareciendo la esencia de las cuestiones litigiosas. Otras divergencias pueden ser duraderas. La Conferencia está persuadida de que las cuestiones en litigio pueden y deben ser resueltas con acierto mediante el reforzamiento de todas las formas de cooperación entre los partidos comunistas, la ampliación de las relaciones entre ellos, el intercambio de experiencias, discusiones y consultas en un espíritu de camaradería y promoviendo acciones comunes en el plano internacional. Es deber internacionalista de cada partido contribuir por todos los medios a mejorar las relaciones y desarrollar la

confianza entre todos los partidos y emprender nuevos esfuerzos encaminados a robustecer la unidad del movimiento comunista mundial. El análisis colectivo de la realidad concreta contribuye al fortalecimiento de esta unidad.

La política de unidad de acción antiimperialista requiere elevar el papel ideológico y político de los partidos marxistas-leninistas en el proceso revolucionario mundial. Marchando en las primeras filas de los movimientos revolucionarios, democráticos y de liberación, los comunistas continuarán sin desmayo su combate contra la ideología burguesa, mostrando a los trabajadores el verdadero sentido de su lucha y las condiciones de su triunfo. Para asegurar la victoria de su causa en el combate contra el imperialismo, propagarán en el movimiento obrero, entre las grandes masas populares, comprendida la juventud, las ideas del socialismo científico; defenderán consecuentemente sus propios principios luchando por el triunfo del marxismo-leninismo y combatiendo, según los casos, las deformaciones oportunistas de derecha y de "izquierda" de su teoría y de su política, tanto el revisionismo como el dogmatismo y el aventurerismo sectario de "izquierda". De modo general, unas y otras desviaciones subestiman las fuerzas reales que es posible y necesario incorporar a lucha.

La fidelidad al marxismo-leninismo y al internacionalismo proletario, el servicio abnegado y leal a los intereses de su pueblo, a la causa común del socialismo, son condición indispensable de la eficacia y justa orientación de la unidad de acción de los partidos comunistas y obreros, la garantía del éxito en la lucha que tienen empeñada por sus objetivos históricos.

El movimiento comunista es parte inseparable de la sociedad contemporánea, su fuerza más activa. Por ello, poner los partidos comunistas y obreros fuera de la ley es un atentado a los derechos democráticos y a los intereses vitales de los pueblos. Los participantes en la Conferencia apoyamos a todos los partidos comunistas que luchan por el derecho a actuar legalmente en la vida política de sus países. Condenamos indignados las sangrientas represiones y el terror que han segado la vida de millares de comunistas y otros demócratas y revolucionarios en Indonesia, España, Portugal, Grecia, Bolivia, Brasil, Colombia, México, Venezuela, Panamá, Paraguay, Guatemala, Sudáfrica, Tailandia, Haití, Malasia, Irán, Filipinas y otros países. Nos proclamamos solidarios con nuestros hermanos de lucha que sufren en las mazmorras de los regímenes fascistas y de otras tiranías, en las prisiones de los países capitalistas, y luchamos por que sean puestos en libertad.

Los participantes en la Conferencia consideramos que esta es una etapa importante en el camino de la cohesión del movimiento comunista mundial. Estimamos que la ausencia de algunos partidos no debe menoscabar las relaciones fraternales de todos los partidos comunista y obreros, sin excepción, ni su cooperación. Estamos decididos también a emprender luchas conjuntas contra el imperialismo, por los objetivos comunes del movimiento obrero internacional, al lado de los partidos comunistas y obreros que no han asistido a la Conferencia.

La lucha contra el imperialismo es una batalla larga, tenaz y difícil. Nos esperan encarnizados combates de clase. Hay que intensificar la ofensiva con-

tra las posiciones del imperialismo y de la reacción interior. La victoria de las fuerzas revolucionarias y progresistas es ineluctable.

¡Pueblos de los países socialistas, proletarios, fuerzas democráticas de los países capitalistas, pueblos liberados y pueblos oprimidos, uníos en la lucha común contra el imperialismo, por la paz, la independencia nacional, el progreso social, la democracia y el socialismo!

Luis Corvalán

Secretario General del Partido Comunista de Chile

Queridos camaradas:

No hay deber revolucionario más grande que el propósito que nos ha reunido: desarrollar la unidad de acción del movimiento comunista, ponernos de acuerdo en las tareas esenciales que a todos nos incumben en la situación actual del mundo.

Tal deber corresponde por entero a los intereses de los pueblos, de la humanidad progresista, a la necesidad perentoria de dar un apoyo todavía más activo al heroico pueblo vietnamita, a todos los que combaten contra el imperialismo.

A mayor unidad internacional de los comunistas, mayor eficacia en nuestra lucha. No hay militante revolucionario, no hay obrero consciente que no comprenda el valor de la unidad como arma de combate contra sus enemigos de clase.

El Partido Comunista de Chile considera que el Documento principal y demás proyectos de declaraciones sometidos a la resolución de esta Conferencia por la Comisión Preparatoria cumplen con los propósitos que animan nuestra reunión y constituirán, por ello, valiosos instrumentos para elevar a mayor altura la acción unida del movimiento comunista.

No tenemos dudas de que esta Conferencia es y será, además, un paso muy importante en la lucha por la cohesión internacional de nuestras filas en torno a los principios del marxismo-leninismo. También queremos destacar como algo muy positivo el hecho de que esta Conferencia y los documentos que examina han sido preparados con la participación activa de los partidos concurrentes a esta cita. Cada uno de ellos ha tenido y tiene la oportunidad de expresar ampliamente sus opiniones, sin límite de tiempo.

Lo que prima en esta reunión no son las diferencias, pero las que existen, sobre uno que otro asunto, han sido expuestas de manera abierta y fraternal, lo cual nos parece que es otro mérito del encuentro. El hecho de que se expongan no nos alarma, porque es más saludable expresarlas y confrontarlas con las demás opiniones. Confiamos en que tales apreciaciones distintas no son ni serán obstáculos para salir más unidos de esta Conferencia.

El Documento principal llama la atención acerca de los métodos que pone en práctica el imperialismo, que van desde la persecución y la violencia abierta contra los pueblos hasta las maniobras dirigidas a descomponer desde dentro

el movimiento obrero, pasando por la demagogia y la utilización del reformismo burgués, según los casos.

El saldo de sangre y luto que ha dejado en América Latina la repudiada y fracasada gira del magnate petrolero Rockefeller, los obreros y estudiantes muertos durante los últimos días en las calles de Tegucigalpa, Guayaquil, Córdoba y otras ciudades del continente y los asesinatos y represiones en Haití y Guatemala, denunciados en esta Conferencia —además del genocidio de Vietnam, naturalmente—, testimonian que los imperialistas y sus esbirros no reparan en medios en su lucha contra los pueblos. El imperialismo sabe muy bien —y ciertamente no se equivoca— que los comunistas somos sus enemigos jurados y que la causa que abrazamos es su muerte. De ahí que se dedique principalmente a combatirnos. Donde no puede hacerlo a punta de tiros y carce-lazos, recurre a prácticas más refinadas. Hace funcionar contra nosotros toda su máquina publicitaria. Y hay que reconocer que realiza esa labor en forma cada vez menos burda. Ya no pueden sostener que los comunistas nos comemos los niños. Ahora inventan otras patrañas. Presentan a nuestros partidos como fuerzas conservadoras o tradicionales, estimulan a los grupos anticomunistas de diferentes pelajes que tratan de aparecer como más revolucionarios que los comunistas. Divulgan las teorías de Marcuse y otros ideólogos que se dedican a calumniar a la clase obrera, a declararla envejecida, a sostener que se integra al status capitalista y que ha dejado de ser una clase revolucionaria.

De acuerdo a esos mismos teóricos, la principal fuerza motriz de la revolución sería la juventud o el campesinado. De este modo, no sólo pretenden sembrar confusiones, sino contraponer los campesinos a los obreros, la juventud al proletariado, el llamado poder joven al de la clase obrera y sus aliados, y reemplazar la lucha de clases por una lucha entre generaciones.

Paralelamente, en varios países de América Latina, los imperialistas patrocinan o prestan apoyo a movimientos sedicentemente revolucionarios que se presentan como alternativa frente al comunismo. Es, por ejemplo, el caso de la Democracia Cristiana, que llegó al Poder en Chile con el rótulo de la “revolución en libertad” y que no ha hecho por cierto revolución alguna.

Varios camaradas han denunciado aquí el carácter reaccionario del antisovietismo. Este ha sido una constante del imperialismo. Lo singular es que, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, trata de meterlo de contrabando en el seno mismo del movimiento comunista, sobre todo después de las discrepancias planteadas por la dirección del Partido Comunista de China, que ha llevado el antisovietismo a extremos que serían increíbles si no los viéramos con nuestros propios ojos y cuya enérgica condena, basada en hechos objetivos, está llamada a producir un esclarecimiento indispensable con vistas a la cohesión de todo el movimiento comunista, y no a entorpecer o hacer imposible esta meta. En nuestra patria los agentes a sueldo de la embajada yanqui, los politicastro reaccionarios y hasta ciertos políticos burgueses que no pueden ser colocados en el mismo plano, machacan incesantemente sobre la supuesta dependencia de nuestro partido respecto del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Tal cual dijo el camarada Rochet, los Partidos Comunistas son independientes e iguales en derechos y no hay ni podría haber partidos dominantes y

partidos subordinados, como tampoco uno o varios centros dirigentes. Cada cual elabora su propia línea política.

De esta verdad hemos dado y damos pruebas cotidianas los comunistas chilenos. Pero los reaccionarios de nuestras tierras siguen con el ritornello de la supuesta dependencia. Se afanan en buscar puntos débiles en nuestras filas, sentimientos de nacionalismo estrecho. Su objetivo es arrancar de nuestro partido declaraciones y actitudes antisoviéticas. Pero en esto se han pisado y se pisarán la huasca.

Estimamos como una posición de principios la condena del antisovietismo.

A uno puede o no gustarle el vodka y estar o no de acuerdo con una u otra opinión de los camaradas soviéticos. Pero no se puede desconocer el hecho de que la Unión Soviética es el baluarte de la causa de los pueblos y que el papel que ella y su partido han jugado y juegan en la historia de este siglo es el más decisivo de todos.

Sin la existencia de la Unión Soviética, de su poderío económico y militar, de su peso político en el mundo de su lucha diaria contra el imperialismo, serían inconcebibles los grandes éxitos que han logrado los pueblos y las perspectivas revolucionarias que hoy se abren en el mundo entero.

Por otra parte, cómo no estar de acuerdo con el enfoque realista, concordante con la práctica, que ha hecho el camarada Brézhnev en su intervención del sábado. Esta coincidencia de apreciación se basa, por cierto, en nuestra propia experiencia y en un análisis objetivo de la situación actual.

Los Partidos Comunistas son profundamente nacionales y, al mismo tiempo, internacionalistas. Al fundador del Partido Comunista de Chile, el camarada Luis Emilio Recabarren, obrero gráfico, el pueblo chileno le ha levantado monumentos en las plazas de la capital y otras ciudades, y no pocas calles y poblaciones llevan su nombre. El propio jefe de la Iglesia Católica lo ha invocado, durante una solemne ceremonia religiosa en celebración de la independencia nacional, junto a los tres o cuatro más grandes Padres de la Patria.

Como patriota consecuente, Recabarren fue también un eminente internacionalista. Su condenación de la primera guerra imperialista, su actitud de resuelto apoyo a la Revolución de Octubre y sus escritos sobre la misma, en los difíciles años del comunismo de guerra; su condición de cofundador del Partido Comunista de la Argentina, junto a Victorio Codovilla y a Rodolfo Ghioldi, que preside esta reunión, y su repudio al chovinismo contra el Perú, país con el cual el nuestro tuvo problemas fronterizos, hablan elocuentemente de tal definida posición de principios,

Nuestro partido y la clase obrera chilena se han educado en esta tradición de fundir en un todo la defensa del interés nacional y el internacionalismo proletario. En este aspecto y en este sentido —guardando las debidas proporciones— podríamos decir lo que Maiakovski expresaba en relación a Lenin, o sea, en nuestro caso, cuando decimos partido, entendemos Recabarren; cuando decimos Recabarren, entendemos partido.

El patriotismo y el internacionalismo son elementos que se complementan entre sí, son consubstanciales, no pueden divorciarse para los comunistas

ni plantearse en términos de contradicción. La lucha de la clase obrera es nacional por su forma e internacionalista por su contenido. Y es claro que, como se dice en el Documento principal, el primer deber internacionalista de los comunistas es derrocar a la burguesía de su propio país. Ello es posible en nuestro tiempo, si en el fuego de la lucha de clases se articulan los factores nacionales e internacionales; si se une el combate de cada pueblo al combate de todos los pueblos contra el imperialismo.

Como conclusión de lo anterior, estimamos absolutamente necesario que el Documento principal se apruebe en toda su estructura, manteniendo sus formulaciones de principios, pues la lucha contra el imperialismo, el desarrollo de la acción común de los Partidos Comunistas, sólo pueden adquirir el vigor revolucionario que se requiere cuando se cimentan sobre bases ideológicas fundamentales, so pena de reducirse a estrechas concepciones pragmáticas.

Camaradas:

Nunca como ahora existen posibilidades reales para aislar al enemigo y unir en su contra a las más vastas fuerzas revolucionarias progresistas. Más allá de la clase obrera y más allá de los comunistas, nuevos destacamentos se suman al combate. Vastas capas medias de la ciudad y del campo, la juventud y la intelectualidad irrumpen a la lucha social contra la injusticia y los crímenes inherentes al capitalismo. Buena parte de estos sectores sociales demuestran verdadero espíritu revolucionario, suelen utilizar en sus batallas los métodos de la clase obrera, establecen la unidad de acción con los comunistas y se plantean como objetivo el socialismo. Tal tendencia se ha hecho más patente en América Latina después del triunfo de la Revolución Cubana. Los deseos de cambio anidan tan profundamente en la conciencia y en el corazón de nuestros pueblos que impulsan a masas católicas cada vez más amplias a incorporarse a la lucha y hasta la jerarquía eclesiástica sufre crisis de una magnitud antes desconocida. Es claro que todo lo que reluce no es oro. En tales sectores sociales encontramos también reservas y prejuicios anticomunistas, posiciones vanguardistas de grupos, ideologías extrañas.

¿Qué actitud asumir frente a estos hechos o fenómenos nuevos que surgen en nuestros días y que hacen más complejos los procesos sociales?

A nuestro entender, todo esto forma parte del crecimiento de la lucha de los pueblos; en último término, no es sino resultado de la profunda crisis del capitalismo, de la influencia del mundo socialista y de la actividad de los Partidos Comunistas. Tenemos, pues, a este respecto una actitud positiva y una disposición abierta.

El Partido Comunista de Chile es de composición fundamentalmente obrera y se enorgullece a la vez de contar en sus filas con un apreciable número de intelectuales y estudiantes, de hombres y mujeres procedentes de todos los sectores de nuestro pueblo. Nos esforzamos por establecer el diálogo y la acción común con las masas de los diversos sectores populares, manteniendo una actitud receptiva a sus opiniones constructivas y atentos a ahondar en los fenómenos nuevos. No consideramos que esta conducta sea antagónica con la firmeza de principios o que para trabajar con estas masas tengamos que entrar por el terreno de las concesiones ideológicas.

La conjugación de la firmeza de principios con la amplitud en el trabajo, de la defensa más enérgica del interés nacional con el internacionalismo proletario no ha debilitado a nuestro partido, sino que lo ha fortalecido. Es nuestra experiencia.

A pesar del anticomunismo, constituimos la primera fuerza del movimiento obrero. En el último Congreso de la Central Única de Trabajadores, que agrupa a todos los obreros y empleados organizados del país, los tres mil quinientos delegados que a él concurrieron eligieron una dirección en la cual están representadas todas las corrientes y hay mayoría comunista. Ha aumentado la influencia de los comunistas en el campo en términos que transforman en una posibilidad real la alianza obrera y campesina. En la juventud obrera y estudiantil hemos pasado a ser la primera fuerza. Lo somos también, desde hace tiempo, entre los escritores y artistas, así como en las dos principales universidades. En las últimas elecciones parlamentarias hemos recibido más del 16% de los sufragios y casi en un tercio de las provincias más del 20%. Elegimos 22 diputados y 6 senadores en un total de 150 y 50, respectivamente.

En los últimos cuatro años, bajo el Gobierno demócrata cristiano, trabajando en condiciones políticamente difíciles, haciendo frente a adversarios que pelean en nuestro propio terreno, en el seno de las masas populares, hemos logrado aumentar en un 83% los efectivos del partido. Es claro que todavía necesitamos resolver muchos problemas de la construcción de un Partido Comunista de masas, tanto desde el punto de vista de su crecimiento como de su capacidad ideológica y política para enfrentar a un enemigo interno ducho que, por cierto, tiene todavía grandes reservas y cuenta con el apoyo decidido del imperialismo. La dirección principal de nuestra política es sellar la unión de todas las fuerzas democráticas y antiimperialistas con vistas a generar un gobierno del pueblo que realice las transformaciones revolucionarias que se hallan en el orden del día, con la perspectiva del socialismo.

No son pocas las dificultades que encontramos en la aplicación de esta política. Aparte de la acción frontal del enemigo de clase, ella choca en la izquierda tanto con posiciones sectarias como con tendencias al reformismo burgués y al oportunismo de derecha. La alta votación lograda por nuestros camaradas de Francia, que levantan la bandera de la unidad combativa de su pueblo, en contraste con el vergonzoso fracaso electoral de los divisionistas de la Izquierda, pensamos que contribuirá a aclarar en nuestro país la necesidad suprema de la unidad de todas las fuerzas populares. Esta es tanto o más necesaria en Chile cuanto que allí no se puede dejar de tener en cuenta que además de derrotar a los enemigos internos, hay que detener la mano intervencionista del imperialismo y las provocaciones de los regímenes gorilas reaccionarios amamantados por el Pentágono.

Camaradas:

La unidad de acción contra el imperialismo es un imperativo de esta hora. Para los pueblos latinoamericanos se trata de un asunto claro como el agua puesto que toda la historia de este siglo está jalonada en el continente de intervenciones descaradas del imperialismo yanqui, incluso armadas, y para ci-

tas sólo las últimas, ahí están la fracasada invasión a Cuba, el desembarco de marines en Santo Domingo y hoy las sanciones económicas y las amenazas de diversa índole contra el Perú.

Presentamos varias enmiendas al Documento principal en la reciente reunión de la Comisión Preparatoria.

Algunas fueron acogidas, otras no. Por esto último no estamos ofendidos. Nos parece natural que no se puedan acoger todas las sugerencias que se formulan. En la Comisión Redactora y en los plenarios de esta Conferencia no vamos a insistir en ellas, aunque hay algunas formulaciones que preferiríamos hubiesen sido expresadas de otra manera, como la relativa a las vías de la revolución. En nuestro caso, y desde hace tiempo, hemos dejado de hablar de vía pacífica o no pacífica para plantear este asunto en términos de vía armada o no armada. Para expresarnos con precisión, no es lo más adecuado llamar pacífica a una lucha como la que se realiza en Chile —y creemos también que en otros países— donde los trabajadores y las masas populares recurren a menudo a huelgas de tipo nacional, ocupan fábricas, toman terrenos para levantar viviendas y llevan a cabo constantes manifestaciones callejeras que generalmente chocan con la policía. De este modo, muchas de las conquistas del pueblo se logran o defienden al precio de la vida y de la sangre.

Estamos completamente seguros de que esta Conferencia abrirá paso a nuevas y más altas acciones comunes contra el imperialismo. Creemos que todos estamos de acuerdo en que una mayor cohesión del movimiento comunista será fruto de un proceso en el cual jugarán su papel las acciones conjuntas, los encuentros bilaterales o multilaterales, el estudio en común de problemas concretos y, por cierto, el tiempo.

En la medida de nuestras posibilidades, nos empeñamos en poner en práctica estos propósitos. Los encuentros que hemos tenido con diversos partidos, incluso de Europa, han sido útiles para nosotros.

Es nuestra intención perseverar en el intercambio de opiniones, en la posibilidad de concertar acciones comunes con todos los partidos que asisten a esta Conferencia y con los que sea posible de los que no asisten. En particular deseamos estrechar vínculos con todos nuestros hermanos de América Latina y, desde luego, con el Partido Comunista de Cuba.

Cuando los propagandistas del capitalismo hablan del “crepúsculo de las ideologías”, pretendiendo así que el pueblo renuncie a su pensamiento revolucionario y pueda ser atrapado en las redes del conformismo y la resignación con las injusticias de la sociedad burguesa, cuando se proclama la monserga de que el proletariado pierde su perfil definido y se borran las fronteras entre las clases sin necesidad de reemplazar el sistema, surge con más fuerza la necesidad de mantener vivo y puro el fuego de la ideología proletaria, del marxismo-leninismo, y de penetrar con su verdad en los nuevos procesos de una vida que no es precisamente estática y de una historia que marcha con rapidez vertiginosa. Estamos seguros de que la celebración del centenario de Lenin nos reafirmará a todos en la aplicación creadora de sus enseñanzas y será un nuevo factor en el proceso de la unidad del Movimiento Comunista Internacional y de la acción común antiimperialista de todos los pueblos.

Unidad Popular: Programa Básico de Gobierno (1969)

Introducción

Los partidos y movimientos que integran el Comité Coordinador de la Unidad Popular, sin perjuicio de mantener cada cual su propia filosofía y sus propios perfiles políticos, coinciden plenamente en la caracterización de la realidad nacional expuesta a continuación y en las proposiciones programáticas que serán la base de nuestra acción común y que entregamos a consideración del pueblo.

Chile vive una crisis profunda que se manifiesta en el estancamiento económico y social, en la pobreza generalizada y en las postergaciones de todo orden que sufren los obreros, campesinos y demás capas explotadas, así como en las crecientes dificultades que enfrentan empleados, profesionales, empresarios pequeños y medianos y en las mínimas oportunidades de que disponen la mujer y la juventud.

Los problemas en Chile se pueden resolver. Nuestro país cuenta con grandes riquezas, como el cobre y otros minerales, un gran potencial hidroeléctrico, vastas extensiones de bosques, un largo litoral rico en especies marinas, una superficie agrícola más que suficiente, etc.; cuenta, además, con la voluntad de trabajo y progreso de los chilenos, junto con su capacidad técnica y profesional. ¿Qué es entonces lo que ha fallado?

Lo que ha fracasado en Chile es un sistema que no corresponde a las necesidades de nuestro tiempo. Chile es un país capitalista, dependiente del imperialismo, dominado por sectores de la burguesía estructuralmente ligados al capital extranjero, que no pueden resolver los problemas fundamentales del país, los que se derivan precisamente de sus privilegios de clase a los que jamás renunciarán voluntariamente.

Más aún, como consecuencia misma del desarrollo del capitalismo mundial, la entrega de la burguesía monopolista nacional al imperialismo aumenta progresivamente, se acentúa cada vez más en su dependencia su papel de socio menor del capital extranjero.

Para unos pocos, vender a diario un pedazo de Chile es un gran negocio. Decidir por los demás es lo que hacen todos los días.

Para la gran mayoría en cambio vender a diario su esfuerzo, su inteligencia y su trabajo es un pésimo negocio, y decidir sobre su propio destino es un derecho del cual, en gran medida, aún están privados.

En Chile las recetas “reformistas” y “desarrollistas” que impulsó la Alianza para el Progreso e hizo suyas el gobierno de Frei no han logrado alterar nada

importante. En lo fundamental ha sido un nuevo gobierno de la burguesía al servicio del capitalismo nacional y extranjero, cuyos débiles intentos de cambio social naufragaron sin pena ni gloria entre el estancamiento económico, la carestía y la represión violenta contra el pueblo. Con esto se ha demostrado, una vez más, que el reformismo es incapaz de resolver los problemas del pueblo.

El desarrollo del capitalismo monopolista, niega la ampliación de la democracia y exacerba la violencia antipopular.

El aumento del nivel de lucha del pueblo, a medida que fracasa el reformismo, endurece la posición de los sectores más reaccionarios de las clases dominantes que, en último término, no tienen otro recurso que la fuerza.

Las formas brutales de la violencia del Estado actual, tales como las acciones del Grupo Móvil, el apaleo de campesinos y estudiantes, las matanzas de pobladores y mineros, son inseparables de otras no menos brutales que afectan a todos los chilenos.

Porque violencia es que junto a quienes poseen viviendas de lujo, una parte importante de la población habite en viviendas insalubres y otros no dispongan siquiera de un sitio; violencia es que mientras alguno botan la comida, otros no tengan cómo alimentarse.

La explotación imperialista de las economías atrasadas se efectúa de muchas maneras: a través de las inversiones en la minería (cobre, hierro, etc.), y en la actividad industrial, bancaria y comercial; mediante el control tecnológico que nos obliga a pagar altísimas sumas en equipos, licencias y patentes; de los préstamos norteamericanos en condiciones usurarias que nos imponen gastar en Estados Unidos y con la obligación adicional de transportar en barcos norteamericanos los productos comprados, etc.

Para muestra un solo dato. Desde 1952 hasta hoy, los norteamericanos invirtieron en América latina 7 mil 473 millones de dólares y se llevaron 16 mil millones de dólares.

De Chile el imperialismo ha arrancado cuantiosos recursos equivalentes al doble del capital instalado en nuestro país, formado a lo largo de toda su historia.

Los monopolios norteamericanos, con la complicidad de los gobiernos burgueses, han logrado apoderarse de casi todo nuestro cobre, hierro y salitre. Controlan el comercio exterior y dictan la política económica por intermedio del Fondo Monetario Internacional y otros organismos. Dominan importantes ramas industriales y de servicios; gozan de estatutos de privilegio, mientras imponen la devaluación monetaria, la reducción de salarios y sueldos y distorsionan la actividad agrícola por la vía de los excedentes agropecuarios.

Intervienen también en la educación, la cultura y los medios de comunicación. Valiéndose de convenios militares y políticos tratan de penetrar las FF.AA.

Las clases dominantes, cómplices de esta situación e incapaces de valerse por ellas mismas, han intensificado en los últimos diez años el endeudamiento de Chile con el extranjero.

Dijeron que los préstamos y compromisos con los banqueros internacionales podrían producir un mayor desarrollo económico. Pero lo único que lograron es que hoy día Chile tenga el record de ser uno de los países más endeudados de la tierra en proporción a sus habitantes.

En Chile se gobierna y se legisla a favor de unos pocos, de los grandes capitalistas y sus secuaces, de las compañías que dominan nuestra economía, de los latifundistas cuyo poder permanece casi intacto.

A los dueños del capital les interesa ganar siempre más dinero y no satisfacer las necesidades del pueblo chileno. Si producir e importar automóviles de alto precio, por ejemplo, es un buen negocio, se desvían hacia ese rubro valiosos recursos de nuestra economía, sin tener en cuenta que sólo un porcentaje ínfimo de chilenos están en condiciones de adquirirlos y que hay necesidades mucho más urgentes que atender; desde luego, en este mismo rubro, la de mejorar la locomoción colectiva, dotar de maquinaria a la agricultura, etc.

El grupo de empresarios que controla la economía, la prensa y otros medios de comunicación, el sistema político, y que amenaza al Estado cuando éste insinúa intervenir o se niega a favorecerlos, les cuesta muy caro a todos los chilenos.

Para que ellos se dignen seguir “trabajando”, pues sólo ellos pueden darse el lujo de poder trabajar o no, es preciso:

—darles toda clase de ayuda. Los grandes empresarios estrujan al Estado bajo la amenaza que no habrá inversión privada si las ayudas y garantías que piden no se les otorgan;

—permitirles producir lo que ellos quieran con el dinero de todos los chilenos, en lugar de elaborar lo que necesita la gran mayoría del país;

—dejarlos llevarse las ganancias que obtienen a sus cuentas bancarias en el extranjero;

—dejarlos despedir obreros si éstos piden mejores salarios;

—permitirles manipular la distribución de alimentos, acapararlos para provocar escasez y de esta manera subir los precios a fin de continuar enriqueciéndose a costa del pueblo.

Mientras tanto, buena parte de los que efectivamente producen experimentan una difícil situación:

—Medio millón de familias carecen de viviendas y otras tantas o más viven en pésimas condiciones en cuanto a alcantarillado, agua potable, luz, salubridad.

—La necesidad de la población en materia de educación y salud son insuficientemente atendidas.

—Más de la mitad de los trabajadores chilenos reciben remuneraciones insuficientes para cubrir sus necesidades vitales mínimas. La desocupación y el trabajo inestable se sufre en cada familia. Para innumerables jóvenes la posibilidad de empleo se presenta muy difícil e incierta.

El capital imperialista y un grupo de privilegiados que no pasa del 10% de la población, acaparan la mitad de la renta nacional. Esto significa que de cada cien escudos que los chilenos producen, 50 van a parar a los bolsillos de 10 oligarcas y los otros 50 deben repartirse entre 90 chilenos, del pueblo y de la clase media.

El alza del costo de la vida es un infierno en los hogares del pueblo y, en especial, para la dueña de casa. En los últimos 10 años según datos oficiales, el costo de la vida ha subido casi en un mil por ciento.

Esto significa que todos los días se les roba una parte de su salario o de su sueldo a los chilenos que viven de su trabajo. Igual como les ocurre a los jubila-

dos y pensionados, al trabajador independiente, al artesano, al pequeño productor, cuyas exiguas rentas son recortadas a diario por la inflación.

Alessandri y Frei aseguraron que pondrían término a la inflación. Los resultados están a la vista. Los hechos demuestran que la inflación en Chile obedece a causas de fondo relacionadas con la estructura capitalista de nuestra sociedad y no con las alzas de remuneraciones como han pretendido hacer creer los sucesivos gobiernos para justificar la mantención del sistema y recortar los ingresos de los trabajadores. El gran capitalista, en cambio, se defiende de la inflación y más aún se beneficia con ella. Sus propiedades y capitales se valorizan, sus contratos de construcción con el Fisco se reajustan, y los precios de sus productos suben llevando siempre la delantera a las alzas de remuneraciones.

Un alto número de chilenos están mal alimentados. Según estadísticas oficiales, el 50% de los menores de 15 años de edad están desnutridos. La desnutrición afecta su crecimiento y limita su capacidad de aprender, de instruirse.

Esto demuestra que la economía en general y el sistema agrícola en particular, son incapaces de alimentar a los chilenos, pese a que Chile podría sustentar ahora mismo una población de 30 millones de personas, el triple de la población actual.

Por el contrario, debemos importar cada año centenares de miles de dólares en alimentos de origen agropecuario.

El latifundio es el gran culpable de los problemas alimentarios de todos los chilenos y responsable de la situación de atraso y miseria que caracteriza al campo chileno. Los índices de mortalidad infantil y adulta, de analfabetismo, de falta de viviendas, de insalubridad son, en las zonas rurales, marcadamente superiores a los de las ciudades. Estos problemas no los ha resuelto la insuficiente Reforma Agraria del gobierno demócratacristiano. Sólo la lucha del campesinado con el apoyo de todo el pueblo puede resolverlos. El actual desarrollo de sus combates por la tierra y la liquidación del latifundio abre nuevas perspectivas al movimiento popular chileno.

El crecimiento de nuestra economía es mínimo. En los últimos lustros hemos crecido, en promedio, apenas a razón de un 2% anual por persona; y desde 1967 no hemos crecido más bien hemos retrocedido, según las cifras del propio Gobierno (ODEPLAN). Esto quiere decir que en 1966 cada chileno tenía una mayor cantidad de bienes de la que tiene hoy. Ello explica que la mayoría esté disconforme y busque una alternativa para nuestro país.

La única alternativa verdaderamente popular y, por lo tanto, la tarea fundamental que el Gobierno del Pueblo tiene ante sí, es terminar con el dominio de los imperialistas, de los monopolios, de la oligarquía terrateniente e iniciar la construcción del socialismo en Chile.

La unidad y la acción del pueblo organizado

El crecimiento de las fuerzas trabajadoras en cuanto a su número, su organización, su lucha y la conciencia de su poder, refuerzan y propagan la voluntad de cambios profundos, la crítica del orden establecido y el choque con sus estructuras. En nuestro país son más de tres millones de trabajadores, cuyas fuer-

zas productivas y su enorme capacidad constructiva, no podrán sin embargo liberarse dentro del actual sistema que sólo puede explotarles y someterles.

Estas fuerzas, junto a todo el pueblo, movilizándolo a todos aquellos que no están comprometidos con el poder de los intereses reaccionarios, nacionales y extranjeros, o sea, *mediante la acción unitaria y combativa de la inmensa mayoría de los chilenos, podrán romper las actuales estructuras y avanzar en la tarea de su liberación.*

La unidad popular se hace para eso.

Los imperialistas y las clases dominantes del país combatirán la unidad popular y tratarán de engañar una vez más al pueblo. Dirán que la libertad está en peligro, que la violencia se adueñará del país, etc. Pero las masas populares creen cada vez menos en estas mentiras. Diariamente crece su movilización social que hoy se ve reforzada y alentada por la unificación de las fuerzas de izquierda.

Para estimular y orientar la movilización del pueblo de Chile hacia la conquista del poder, constituiremos por todas partes los Comités de la Unidad Popular, articulados en cada fábrica, fundo, población, oficina o escuela por los militantes de los movimientos y de los partidos de izquierda e integrados por esa multitud de chilenos que se definen por cambios fundamentales.

Los Comités de Unidad Popular no sólo serán organismos electorales. Serán intérpretes y combatientes de las reivindicaciones inmediatas de las masas y, sobre todo, se prepararán para ejercer el Poder Popular.

Así, pues, este nuevo poder que Chile necesita debe empezar a gestarse desde ya, donde quiera que el pueblo se organice para luchar por sus problemas específicos y donde quiera que se desarrolle la conciencia de la necesidad de ejercerlo.

Este sistema de trabajo común será un método permanente y dinámico desarrollo del Programa, una escuela activa para las masas y una forma concreta de profundizar el contenido político de la Unidad Popular en todos sus niveles.

En un momento dado de la campaña los contenidos esenciales de este Programa, enriquecidos por la discusión y el aporte del pueblo y una serie de medidas inmediatas de gobierno, serán señaladas en un Acta del Pueblo que se constituirá para el nuevo Gobierno Popular y el Frente que lo sustenta, en un mandato irrenunciable.

Apoyar al candidato de la Unidad Popular no significa, por tanto, sólo votar por un hombre, sino también pronunciarse en favor del reemplazo urgente de la actual sociedad que se asienta en el dominio de los grandes capitalistas nacionales y extranjeros.

El Programa

El Poder Popular

Las transformaciones revolucionarias que el país necesita sólo podrán realizarse si el pueblo chileno toma en sus manos el poder y lo ejerce real y efectivamente.

El pueblo de Chile ha conquistado, a través de un largo proceso de lucha, determinadas libertades y garantías democráticas, por cuya continuidad debe mantenerse en actitud de alerta y combatir sin tregua. Pero el poder mismo le es ajeno.

Las fuerzas populares y revolucionarias no se han unido para luchar por la simple sustitución de un Presidente de la República por otro, ni para reemplazar a un partido por otros en el Gobierno, sino para llevar a cabo los cambios de fondo que la situación nacional exige sobre la base del traspaso del poder de los antiguos grupos dominantes a los trabajadores, al campesinado y sectores progresistas de las capas medias de la ciudad y del campo.

El triunfo popular abrirá paso así al régimen político más democrático de la historia del país.

En materia de estructura política el Gobierno Popular tiene la doble tarea de:

—preservar, hacer más efectivos y profundos los derechos democráticos y las conquistas de los trabajadores, y

—transformar las actuales instituciones para instaurar un nuevo Estado donde los trabajadores y el pueblo tengan el real ejercicio del poder.

La profundización de la democracia y las conquistas de los trabajadores

El Gobierno Popular garantizará el ejercicio de los derechos democráticos y respetará las garantías individuales y sociales de todo el pueblo. La libertad de conciencia de palabra, de prensa y de reunión, la inviolabilidad del domicilio y los derechos de sindicalización y de organización regirán efectivamente sin las cortapisas con que los limitan actualmente las clases dominantes.

Para que esto sea efectivo, las organizaciones sindicales y sociales de los obreros, empleados, campesinos, pobladores, dueñas de casa, estudiantes, profesionales, intelectuales, artesanos, pequeños y medianos empresarios y demás sectores de trabajadores serán llamadas a intervenir en el rango que les corresponda en las decisiones de los órganos de poder. Por ejemplo, en las instituciones de previsión y de seguridad social, estableceremos la administración por sus propios imponentes, asegurando a ellos la elección democrática y en votación secreta de sus consejos directivos. Respecto de las empresas del sector público, sus consejos directivos y sus comités de producción deben contar con mandatarios directos de sus obreros y empleados.

En los organismos habitacionales correspondientes a su jurisdicción y nivel, las Juntas de Vecinos y demás organizaciones de pobladores dispondrán de mecanismos para fiscalizar sus operaciones e intervenir en múltiples aspectos de su funcionamiento. Pero no se trata únicamente de estos ejemplos, sino de una nueva concepción en que el pueblo adquiere una intervención real y eficaz en los organismos del Estado.

Asimismo, el Gobierno Popular garantizará el derecho de los trabajadores al empleo y a la huelga y de todo el pueblo a la educación y a la cultura, con

pleno respeto de todas las ideas y de las creencias religiosas, garantizando el ejercicio de su culto.

Se extenderán todos los derechos y garantías democráticas entregando a las organizaciones sociales los medios reales para ejercerlos y creando los mecanismos que les permitan actuar en los diferentes niveles del aparato del Estado.

El Gobierno Popular asentará esencialmente su fuerza y su autoridad en el apoyo que le brinde el pueblo organizado. Esta es nuestra concepción de gobierno fuerte, opuesta por tanto a la que acuñan la oligarquía y el imperialismo que identifican la autoridad con la coerción ejercida contra el pueblo.

El Gobierno Popular será pluripartidista. Estará integrado por todos los partidos, movimientos y corrientes revolucionarias. Será así un ejecutivo verdaderamente democrático, representativo y cohesionado.

El Gobierno Popular respetará los derechos de la oposición que se ejerza dentro de los marcos legales.

El Gobierno Popular iniciará de inmediato una real descentralización administrativa, conjugada con una planificación democrática y eficiente que elimine el centralismo burocrático y lo reemplace por la coordinación de todos los organismos estatales.

Se modernizará la estructura de las municipalidades reconociéndoles la autoridad que les corresponde de acuerdo a los planes de coordinación de todo el Estado. Se tenderá a transformarlas en los órganos locales de la nueva organización política, dotándolas de financiamiento y atribuciones adecuadas, a fin de que puedan atender, en interacción con las Juntas de Vecinos y coordinadas entre sí, los problemas de interés local de sus comunas y de sus habitantes. Deben entrar en funciones con este mismo propósito las Asambleas Provinciales.

La policía debe ser reorganizada a fin de que no pueda volver a emplearse como organismo de represión contra el pueblo y cumpla, en cambio, con el objetivo de defender a la población de las acciones antisociales. Se humanizará el procedimiento policial de manera de garantizar efectivamente el pleno respeto a la dignidad y a la integridad física del ser humano. El régimen carcelario, que constituye una de las peores lacras del actual sistema, debe ser transformado de raíz, con vista a la regeneración y recuperación de los que hayan delinquido.

Un nuevo orden institucional: El estado popular

La organización política

A través de un proceso de democratización en todos los niveles y de una movilización organizada de las masas se construirá desde la base la nueva estructura del poder.

Una nueva Constitución Política institucionalizará la incorporación masiva del pueblo al poder estatal.

Se creará una organización única del Estado estructurada a nivel nacional, regional y local que tendrá a la Asamblea del Pueblo como órgano superior de poder.

La Asamblea del Pueblo será la Cámara Unica que expresará nacionalmente la soberanía popular. En ella confluirán y se manifestarán las diversas corrientes de opinión.

Este sistema permitirá suprimir de raíz los vicios de que han adolecido en Chile tanto el presidencialismo dictatorial, como el parlamentarismo corrompido.

Normas específicas determinarán y coordinarán las atribuciones y responsabilidades del Presidente de la República, ministros, Asamblea del Pueblo, organismos regionales y locales de poder y partidos políticos con el fin de asegurar la operatividad legislativa, la eficiencia del gobierno y, sobre todo, el respeto a la voluntad mayoritaria.

A fin de establecer la debida armonía entre los poderes que emanan de la voluntad popular y de que ésta pueda expresarse de un modo coherente, todas las elecciones se efectuarán en un proceso conjunto dentro de un mismo lapso de tiempo.

La generación de todo organismo de representación popular deberá realizarse por sufragio universal, secreto y directo, de los hombres y mujeres mayores de 18 años, civiles y militares, alfabetos y analfabetos.

Los integrantes de la Asamblea del Pueblo y de todo organismo de representación popular estarán sujetos al control de los electores, mediante mecanismos de consulta que podrán revocar sus mandatos.

Se establecerá un riguroso sistema de incompatibilidades que conduzca al término del mandato o de la privación de su cargo cuando un diputado o un funcionario de altas responsabilidades se desempeñe como gestor de intereses privados.

Los instrumentos de la política económica y social del Estado constituirán un sistema nacional de planificación, tendrán carácter ejecutivo y su misión será, dirigir, coordinar y racionalizar la acción del Estado. Los planes, con que opere deberán ser aprobados por la Asamblea del Pueblo. Los organismos de los trabajadores tendrán una intervención fundamental en el sistema de planificación.

Los organismos regionales y locales de poder del Estado Popular ejercerán autoridad en el radio geográfico que les corresponda y tendrán facultades económicas, políticas y sociales. Podrán, además, entregar iniciativas y ejercer la crítica a los organismos superiores.

Sin embargo, el ejercicio de las facultades de los organismos regionales y locales deberá ajustarse a los marcos fijados por las leyes nacionales y por los planes generales de desarrollo económico y social.

En cada uno de los niveles del Estado Popular se integrarán las organizaciones sociales con atribuciones específicas. A ellas les corresponderá compartir responsabilidades y desarrollar iniciativas en sus respectivos radios de acción, así como el examen y solución de los problemas de su competencia. Estas atribuciones no implicarán limitación alguna a la plena independencia y autonomía de las organizaciones.

Desde el día mismo que asuma el mando el Gobierno Popular abrirá canales a fin de que se exprese la influencia de los trabajadores y del pueblo por intermedio de las organizaciones sociales, en la adopción de decisiones y en la fiscalización de funcionamiento de la administración estatal.

Estos serán pasos decisivos para la liquidación del centralismo burocrático que caracteriza al sistema de administración actual.

La organización de la justicia

La organización y administración de la justicia debe estar basada en el principio de la autonomía, consagrada constitucionalmente y en una real independencia económica.

Concebimos la existencia de un Tribunal Supremo, cuyos componentes sean designados por la "Asamblea del Pueblo sin otra limitación que la que emane de la natural idoneidad de sus miembros. Este tribunal generará libremente los poderes internos, unipersonales o colegiados, del sistema judicial.

Entendemos que la nueva organización y administración de justicia deventrá en auxilio de las clases mayoritarias. Además será expedita y menos onerosa.

Para el Gobierno Popular una nueva concepción de la magistratura reemplazará a la actual, individualista y burguesa.

La Defensa Nacional

El Estado Popular prestará atención preferente a la preservación de la soberanía nacional, lo que concibe como un deber de todo el pueblo.

El Estado Popular mantendrá una actitud alerta frente a las amenazas a la integridad territorial y a la independencia del país alentadas por el imperialismo y por sectores oligárquicos que se entronizan en países vecinos y que junto con reprimir a sus pueblos alientan afanes expansionistas y revanchistas.

Definirá una concepción moderna patriótica y popular de la soberanía del país basada en los siguientes criterios:

a) Afianzamiento del carácter nacional de todas las ramas de las Fuerzas Armadas. En este sentido rechazo de cualquier empleo de ellas para reprimir al pueblo o participar en acciones que interesen a potencias extrañas.

b) Formación técnica y abierta a todos los aportes de la ciencia militar moderna, y conforme a las conveniencias de Chile, de la independencia nacional, de la paz y de la amistad entre los pueblos.

c) Integración y aporte de las Fuerzas Armadas en diversos aspectos de la vida social. El Estado Popular se preocupará de posibilitar la contribución de las Fuerzas Armadas al desarrollo económico del país sin perjuicio de su labor esencialmente de defensa de la soberanía.

Sobre estas bases, es necesario asegurar a las Fuerzas Armadas los medios materiales y técnicos y un justo y democrático sistema de remuneraciones, promociones y jubilaciones que garanticen a oficiales, suboficiales clases y tropas la seguridad económica durante su permanencia en las filas y en las condicio-

nes de retiro y la posibilidad efectiva para todos de ascender atendiendo sólo a sus condiciones personales.

La construcción de la nueva economía

Las fuerzas populares unidas buscan como objetivo central de su política reemplazar la actual estructura económica, terminando con el poder del capital monopolista nacional y extranjero y del latifundio, para iniciar la construcción del socialismo.

En la nueva economía la planificación jugará un papel importantísimo. Sus órganos centrales estarán al más alto nivel administrativo; y sus decisiones, generadas democráticamente, tendrán carácter ejecutivo.

Area de propiedad social

El proceso de transformación de nuestra economía se inicia con una política destinada a constituir una área estatal dominante, formada por las empresas que actualmente posee el Estado más las empresas que se expropien. Como primera medida se nacionalizarán aquellas riquezas básicas que, como la gran minería del cobre, hierro, salitre y otras, están en poder de capitales extranjeros y de los monopolios internos. Así, quedarán integrando este sector de actividades nacionalizadas las siguientes:

- 1) La gran minería del cobre, salitre, yodo, hierro y carbón mineral;
- 2) El sistema financiero del país, en especial la banca privada y seguros;
- 3) El comercio exterior;
- 4) Las grandes empresas y monopolios de distribución;
- 5) Los monopolios industriales estratégicos;
- 6) En general, aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país, tales como la producción y distribución de energía eléctrica; el transporte ferroviario, aéreo y marítimo; las comunicaciones; la producción, refinación y distribución del petróleo y sus derivados, incluido el gas licuado; la siderurgia, el cemento, la petroquímica y química pesada, la celulosa, el papel.

Todas estas expropiaciones se harán siempre con pleno resguardo del interés del pequeño accionista.

El área de propiedad privada

Esta área comprende aquellos sectores de la industria, la minería, la agricultura y los servicios en que permanece vigente la propiedad privada de los medios de producción.

Estas empresas en número serán la mayoría. Así, por ejemplo, en 1967, de las 30.500 industrias (incluyendo la industria artesanal), sólo unas 150 controlaban monopolícamente todos los mercados concentrando la ayuda del Estado, el crédito bancario y explotando al resto de los empresarios industriales del país vendiéndoles cara la materia prima y comprándoles barato sus productos.

Las empresas que integran este sector serán beneficiadas con la planificación general de la economía nacional. El Estado procurará las asistencias financiera y técnica necesarias a las empresas de esta área, para que puedan cumplir con la importante función que desempeñan en la economía nacional, atendiendo el número de las personas que trabajan en ellas, como el volumen de la producción que generan.

Además, se simplificarán los sistemas de patentes, aranceles aduaneros, contribuciones y tributos para estas empresas y se les asegurará una adecuada y justa comercialización de sus productos.

En estas empresas se deberán garantizar los derechos de *obreros y empleados* a salarios y condiciones de trabajo justos. El respeto de estos derechos será cautelado por el Estado y los trabajadores de la empresa respectiva.

Area mixta

Este sector será mixto porque se compondrá de empresas que combinen los capitales del Estado a los particulares.

Los préstamos o créditos concedidos por los organismos de fomento a las empresas de esta área podrán serlo en calidad de aportes para que el Estado sea socio y no acreedor. Lo mismo será válido para los casos en que dichas empresas obtengan créditos con el aval o garantía del Estado o de sus instituciones.

Profundización y extensión de la Reforma Agraria

La Reforma Agraria es concebida como un proceso simultáneo y complementario con las transformaciones generales que se desea promover en la estructura social, política y económica del país, de manera que su realización es inseparable del resto de la política general. La experiencia ya existente en esta materia y los vacíos o inconsecuencias que de ella se desprenden, conducen a reformular la política de distribución y organización de la propiedad de la tierra en base a las siguientes directivas:

1. Aceleración del proceso de Reforma Agraria expropiando los predios que excedan a la cabida máxima establecida, según las condiciones de las distintas zonas, incluso los frutales, vitivinícolas y forestales, sin que el dueño tenga derecho preferencial a elegir la reserva. La expropiación podrá incluir la totalidad o parte de los activos de los predios expropiados (maquinarias, herramientas, animales, etc.).

2. Incorporación inmediata al cultivo agrícola de las tierras abandonadas y mal explotadas de propiedad estatal.

3. Las tierras expropiadas se organizarán preferentemente en formas cooperativas de propiedad. Los campesinos tendrán títulos de dominio que acrediten su propiedad sobre la casa y el huerto que se les asigne y sobre los derechos correspondientes en el predio indivisible de la cooperativa.

Cuando las condiciones lo aconsejen, se asignarán tierras en propiedad personal a los campesinos, impulsando la organización del trabajo y de la comercialización sobre bases de cooperación mutua.

También se destinarán tierras para crear empresas agrícolas estatales con la tecnología moderna.

4. En casos calificados se asignarán tierras a los pequeños agricultores, arrendatarios, medieros y empleados agrícolas capacitados para el trabajo agropecuario.

5. Reorganización de la propiedad minifundiaria a través de formas progresivamente cooperativas de trabajo agrícola.

6. Incorporación de los pequeños y medianos campesinos a las ventajas y servicios de las cooperativas que operen en su área geográfica.

7. Defensa de la integridad y ampliación y asegurar la dirección democrática de las comunidades indígenas, amenazadas por la usurpación, y que al pueblo mapuche y demás indígenas se les aseguren tierras suficientes y asistencia técnica y crediticia apropiadas.

Política de desarrollo económico

La política económica del Estado se llevará adelante a través del sistema nacional de planificación económica y de los mecanismos de control, orientación, crédito a la producción, asistencia técnica, política tributaria y de comercio exterior, como asimismo mediante la propia gestión del sector estatal de la economía. Tendrá como objetivos:

1. Resolver los problemas inmediatos de las grandes mayorías. Para esto se volcará la capacidad productiva del país de los artículos superfluos y caros destinados a satisfacer a los sectores de alto ingresos hacia la producción de artículos de consumo popular, baratos y de buena calidad.

2. Garantizar ocupación a todos los chilenos en edad de trabajar con un nivel de remuneraciones adecuado. Esto significará diseñar una política que genere un gran empleo proponiéndose el uso adecuado de los recursos del país y la adaptación de la tecnología a las exigencias del desarrollo nacional.

3. Liberar a Chile de la subordinación al capital extranjero. Esto lleva a expropiar el capital imperialista, a realizar una política de un creciente autofinanciamiento de nuestras actividades, a fijar las condiciones en que opera el capital extranjero que no sea expropiado, a lograr una mayor independencia en la tecnología, el transporte externo, etc.

4. Asegurar un crecimiento económico rápido y descentralizado que tienda a desarrollar al máximo las fuerzas productivas, procurando el óptimo aprovechamiento de los recursos humanos, naturales, financieros y técnicos disponibles a fin de incrementar la productividad del trabajo y de satisfacer tanto a las exigencias del desarrollo independiente de la economía, como a las necesidades y aspiraciones de la población trabajadora, compatibles con una vida digna y humana.

5. Ejecutar una política de comercio exterior tendiente a desarrollar y diversificar nuestras exportaciones, abrir nuevos mercados, lograr una creciente independencia tecnológica y financiera y evitar las escandalosas devaluaciones de nuestra moneda.

6. Tomar todas las medidas conducentes a la estabilidad monetaria. La lucha contra la inflación se decide esencialmente con los cambios estructurales enunciados. Debe, además; incluir medidas que adecúen el flujo de circulante a las reales necesidades del mercado, controle y redistribuya el crédito y evite la usura en el comercio del dinero. Racionalice la distribución y el comercio. Estabilice los precios. Impida que la estructura de la demanda proveniente de las altas rentas incentive el alza de los precios.

La garantía del cumplimiento de estos objetivos reside en el control por el pueblo organizado del poder político y económico, expresado en el área estatal de la economía y en la planificación general de ésta. Es este poder popular el que asegurará el cumplimiento de las tareas señaladas.

Tareas sociales

Las aspiraciones sociales del pueblo chileno son legítimas y posibles de satisfacer. Quiere, por ejemplo, viviendas dignas sin reajustes que esquimen sus ingresos; escuelas y universidades para sus hijos; salarios suficientes, que terminen de una vez las alzas de precios; trabajo estable; atención médica oportuna; alumbrado público, alcantarillado, agua potable, calles y aceras pavimentadas; una previsión social sin privilegios, justa y operante, sin pensiones de hambre; teléfonos, policías, jardines infantiles, canchas deportivas; turismo y balnearios populares.

La satisfacción de estos justos anhelos del pueblo —que en verdad constituyen derechos que la sociedad debe reconocerle— será preocupación preferente del Gobierno Popular.

Puntos básicos de esta acción de gobierno serán:

a) Definición de una política de remuneraciones, procediendo a crear de inmediato los organismos que con participación de los trabajadores, determinarán cifras que efectivamente constituyan sueldos vitales y salarios mínimos en las diversas zonas del país.

Mientras subsista la inflación se procederá a establecer por ley reajustes automáticos, de acuerdo con el alza del costo de la vida. Estos operarán cada seis meses o cada vez que el costo de la vida supere un nivel de 5% de crecimiento.

En todos los organismos del Estado, y en primer lugar en los cargos de confianza del Ejecutivo, se limitarán los sueldos altos a una cifra compatible con la situación de nuestro país.

Se procederá, en un plazo que será definido técnicamente, a establecer un sistema de sueldos y salarios mínimos de niveles iguales para trabajos iguales, cualquiera sea la empresa donde estos trabajos se realicen. Esta política se iniciará en el área estatal para ir extendiendo a toda la economía, sin perjuicio de las diferencias derivadas de productividad dispares en distintas empresas. Del mismo modo se eliminará toda discriminación entre el hombre y la mujer o por edad en materia de sueldos y salarios.

b) Unificar, mejorar y extender el sistema de seguridad social, manteniendo todas las conquistas legítimas alcanzadas, eliminando los privilegios abusi-

vos, la ineficiencia y el burocratismo, mejorando y haciendo expedita la atención de los interesados, extendiendo el sistema previsional a los sectores de trabajadores que aún no lo tienen, y entregando a los imponentes la administración de las Cajas de Previsión, las que funcionarán dentro de las normas de la planificación.

c) Asegurar la atención médica y dental, preventiva y curativa a todos los chilenos, financiada por el Estado, los patrones y las instituciones de previsión. Se incorporará la población a la tarea de proteger la salud pública.

Los medicamentos, sobre la base de un estricto control de costos en los laboratorios y la racionalización de la producción, se entregarán en cantidad suficiente y a bajo precio.

d) Se destinarán fondos suficientes a fin de llevar a cabo un amplio plan de edificación de viviendas. Se desarrollará la industrialización de la construcción controlando sus precios, limitando el monto de las utilidades de las empresas privadas o mixtas que operan en este rubro. En situaciones de emergencia se asignarán terrenos a las familias que los necesiten, facilitándoles ayuda técnica y material para edificar sus viviendas.

El Gobierno Popular tendrá como objetivo de su política habitacional que cada familia llegue a ser propietaria de una casa-habitación se eliminará el sistema de dividendos reajustables. Las cuotas o rentas mensuales que deban pagar los adquirentes de viviendas y arrendatarios, respectivamente, no excederán, por regla general, del 10% del ingreso familiar.

Llevar adelante la remodelación de ciudades y barrios, con el criterio de impedir el lanzamiento de los grupos modestos a la periferia, garantizando los intereses del habitante del sector remodelado, como del pequeño empresario que allí labore, asegurando a los ocupantes su ubicación futura.

e) Se establecerá la plena capacidad civil de la mujer casada y la igual condición jurídica de todos los hijos habidos dentro o fuera del matrimonio así como una adecuada legislación de divorcio con disolución del vínculo, con pleno resguardo de los derechos de la mujer y los hijos.

f) La división legal entre obreros y empleados será suprimida, estableciendo para ambos la calidad común de trabajadores y extendiendo el derecho a sindicalizarse a todos aquellos que actualmente no lo tienen.

Cultura y educación

Una cultura nueva para la sociedad

El proceso social que se abre con el triunfo del pueblo irá conformando una nueva cultura orientada a considerar el trabajo humano como el más alto valor, a expresar la voluntad de afirmación e independencia nacional y a conformar una visión crítica de la realidad.

Las profundas transformaciones que se emprenderán requieren de un pueblo socialmente consciente y solidario, educado para ejercer y defender su poder político, apto científica y técnicamente para desarrollar la economía de

transición al socialismo y abierto masivamente a la creación y goce de las más variadas manifestaciones del arte y del intelecto.

Si ya hoy la mayoría de los intelectuales y artistas luchan contra las deformaciones culturales propias de la sociedad capitalista. Y tratan de llevar los frutos de su creación a los trabajadores y vincularse a su destino histórico, en la nueva sociedad tendrán un lugar de vanguardia para continuar con su acción. Porque la cultura nueva no se creará por decreto, ella surgirá de la lucha por la fraternidad contra el individualismo; por la valoración del trabajo humano contra su desprecio; por los valores nacionales contra la colonización cultural; por el acceso de las masas populares al arte, la literatura y los medios de comunicación contra su comercialización.

El nuevo Estado procurará la incorporación de las masas a la actividad intelectual y artística, tanto a través de un sistema educacional radicalmente transformado, como a través del establecimiento de un sistema nacional de cultura popular. Una extensa red de Centros Locales de Cultura Popular impulsará la organización de las masas para ejercer su derecho a la cultura.

El sistema de cultura popular estimulará la creación artística y literaria y multiplicará los canales de relación entre artistas o escritores con un público infinitamente más vasto que el actual.

Un sistema educacional democrático, único y planificado

La acción del nuevo Gobierno se orientará a entregar las más amplias y mejores oportunidades educacionales.

En el cumplimiento de estos propósitos influirá el mejoramiento general de las condiciones de vida de los trabajadores y la consideración, en el nivel que corresponde, de las responsabilidades de los educadores. Además, se establecerá un Plan Nacional de Becas lo suficientemente extenso como para asegurar la incorporación y la continuidad escolar a todos los niños de Chile, especialmente a los hijos de la clase obrera y del campesinado.

Por otra parte, el nuevo Estado desarrollará un plan extraordinario de construcción de establecimientos escolares, apoyado en recursos nacionales y locales movilizados por los órganos básicos de poder. Se expropiarán las edificaciones suntuarias que se requieran para habilitar nuevos establecimientos escolares e internados. Por estos medios se tenderá a crear por lo menos una escuela unificada (básica y media), en cada comuna rural, en cada barrio y en cada población de las ciudades de Chile.

Con el fin de atender a las necesidades de desarrollo propias de la edad preescolar y para posibilitar la incorporación de la mujer al trabajo productivo, se extenderá rápidamente el sistema de salas-cuna y jardines infantiles, otorgando prioridad a los sectores más necesitados de nuestra sociedad. Por efecto de esta misma política, la niñez obrera y campesina estará más apta para ingresar y permanecer provechosamente en el sistema escolar regular.

Para hacer efectiva una nueva enseñanza se requiere la aplicación de métodos que pongan énfasis en una participación activa y crítica de los estudian-

tes en su enseñanza en vez de la posición pasiva y receptiva que ahora deben mantener.

Para liquidar rápidamente los déficit culturales y educacionales heredados del actual sistema, se llevará a cabo una amplia movilización popular destinada a eliminar a breve plazo el analfabetismo, a elevar los niveles de escolaridad de la población adulta.

La educación de adultos se organizará principalmente en función de los centros laborales, hasta hacer posible el funcionamiento permanente de la educación general, tecnológica y social para los trabajadores.

La transformación del sistema educacional no será obra sólo de técnicos sino tarea estudiada, discutida, decidida y ejecutada por las organizaciones de maestros, trabajadores, estudiantes y padres y apoderados, dentro de los marcos generales de la planificación nacional. Internamente, el sistema escolar se planificará respetando los principios de unidad, continuidad, correlación y diversificación de la enseñanza.

En la dirección ejecutiva del aparato educacional habrá efectiva representación de las organizaciones sociales ya señaladas, integradas en Consejos Locales, Regionales y Nacional de Educación.

Con el objeto de hacer realidad la planificación de la educación y la escuela única, nacional y democrática, el nuevo Estado tomará bajo su responsabilidad los establecimientos privados, empezando por aquellos planteles que seleccionan su alumnado por razones de clase social, origen nacional o confesión religiosa. Esto se realizará integrando al sistema educacional el personal y otros medios de la educación privada.

La educación física

La educación física y las prácticas de todos los deportes, desde los niveles básicos del sistema educacional y en todas las organizaciones sociales de jóvenes y adultos serán la preocupación constante y metódica del Gobierno Popular.

Democracia, autonomía y orientación de la Universidad

El Gobierno de Unidad Popular prestará un amplio respaldo al proceso de la Reforma Universitaria e impulsará resueltamente su desarrollo. La culminación democrática de este proceso se traducirá en importantes aportes de las universidades al desarrollo revolucionario chileno. Por otra parte, la reorientación de las funciones académicas de docencia, investigación y extensión en función de los problemas nacionales será alentada por las realizaciones del Gobierno Popular.

El Estado asignará a las universidades recursos suficientes para asegurar el cumplimiento de sus funciones y su efectiva estatización y democratización. Consecuentemente, el gobierno universitario corresponderá a sus respectivas comunidades.

A medida que en el conjunto del sistema educacional se eliminen los privilegios de clases se hará posible el ingreso de los hijos de los trabajadores a la

Universidad y permitirá también a los adultos, ya sea mediante becas especiales o a través de sistemas de estudio y trabajo simultáneo, ingresar a cursos de nivel superior.

Los medios de comunicación masiva

Estos medios de comunicación (radio, editoriales, televisión, prensa, cine), son fundamentales para ayudar a la formación de una nueva cultura y un hombre nuevo. Por eso se deberá imprimirles una orientación educativa y liberarlos de su carácter comercial, adoptando las medidas para que las organizaciones sociales dispongan de estos medios eliminando de ellos la presencia nefasta de los monopolios.

El sistema nacional de cultura popular se preocupará especialmente del desarrollo de la industria cinematográfica y de la preparación de programas especiales para los medios de comunicación masiva.

Política Internacional del gobierno militar

Objetivos

La política internacional del Gobierno Popular estará dirigida a:
Afirmar la plena autonomía política y económica de Chile.

Existirán relaciones con todos los países del mundo, independientemente de su posición ideológica y política, sobre a base del respeto a la autodeterminación y los intereses del pueblo de Chile.

Se establecerán vínculos de amistad y solidaridad con los pueblos dependientes o colonizados, en especial aquellos que están desarrollando sus luchas de liberación e independencia.

Se promoverá un fuerte sentido latinoamericanista y antiimperialista por medio de una política internacional de pueblos antes que de cancillerías.

La defensa decidida de la autodeterminación de los pueblos será impulsada por el nuevo Gobierno como condición básica de la convivencia internacional. En consecuencia, su política será vigilante y activa para defender el principio de no intervención y para rechazar todo intento de discriminación, presión, invasión o bloqueo intentado por los países imperialistas.

Se reforzarán las relaciones, el intercambio y la amistad con los países socialistas.

Más independencia nacional

La posición de defensa activa de la independencia de Chile implica denunciar la actual OEA, como un instrumento y agencia del imperialismo norteamericano y luchar contra toda forma de panamericanismo implícito en esa organización. El Gobierno Popular tenderá a la creación de un organismo realmente representativo de los países latinoamericanos.

Se considera indispensable revisar, denunciar y desahuciar, según los casos, los tratados o convenios que signifiquen compromisos que limiten nuestra soberanía y concretamente los tratados de asistencia recíproca, los pactos de ayuda mutua y otros pactos, que Chile ha suscrito con los EE.UU.

La ayuda foránea y empréstitos condicionados por razones políticas, o que impliquen la imposición de realizar las inversiones que deriven de esos empréstitos en condiciones que vulneren nuestra soberanía y que vayan contra los intereses del pueblo, serán rechazados y denunciados por el Gobierno. Asimismo se rechazará todo tipo de imposiciones foráneas respecto a las materias primas latinoamericanas, como el cobre, y a las trabas impuestas al libre comercio que se han traducido durante largo tiempo en la imposibilidad de establecer relaciones comerciales colectivas con todos los países del mundo.

Solidaridad internacional

Las luchas que libran los pueblos por su liberación y por la construcción del socialismo recibirán la solidaridad efectiva y militante del Gobierno Popular.

Toda forma de colonialismo o neocolonialismo será condenada y se reconocerá el derecho a la rebelión de los pueblos sometidos a esos sistemas. Asimismo toda forma de agresión económica, política y/o militar provocada por las potencias imperialistas. La política internacional chilena debe mantener una posición de condena a la agresión norteamericana en Vietnam y de reconocimiento y solidaridad activa a la lucha heroica del pueblo vietnamita.

Del mismo modo se solidarizará en forma efectiva con la Revolución Cubana, avanzada de la revolución y de la construcción del socialismo en el continente latinoamericano.

La lucha antiimperialista de los pueblos del Medio Oriente contará con la solidaridad del Gobierno Popular, el que apoyará la búsqueda de una solución pacífica sobre la base del interés de los pueblos árabe y judío.

Se condenará a todos los regímenes reaccionarios que promuevan o practiquen la segregación racial y el antisemitismo.

Política latinoamericana

En el plano latinoamericano el Gobierno Popular propugnará una política internacional de afirmación a la personalidad latinoamericana en el concierto mundial.

La integración latinoamericana deberá ser levantada sobre la base de economías que se hayan liberado de las formas imperialistas de dependencia y explotación. No obstante se mantendrá una activa política de acuerdos bilaterales en aquellas materias que sean de interés para el desarrollo chileno.

El Gobierno Popular actuará para resolver los problemas fronterizos pendientes en base a negociaciones que prevengan las intrigas del imperialismo y los reaccionarios, teniendo presente el interés chileno y el de los pueblos de los países limítrofes.

La política internacional chilena y su expresión diplomática deberá romper toda forma de burocratismo o anquilosamiento. Deberá buscarse a los pueblos con el doble fin de tomar de sus luchas lecciones para nuestra construcción socialista y de ofrecerles nuestras propias experiencias de manera que en la práctica se construya la solidaridad internacional que propugnamos.

Las primeras 40 medidas del Gobierno Popular

1. Supresión de los sueldos fabulosos

Limitaremos los altos sueldos de los funcionarios de confianza. Terminaremos con la acumulación de cargos y sueldos. (Consejerías, Directorios, Representaciones). Terminaremos con los gestores administrativos y traficantes políticos.

2. ¿Más asesores? ¡No!

Todo funcionario pertenecerá al escalafón común y ninguno estará al margen de las obligaciones del Estatuto Administrativo. En Chile no habrá más Asesores.

3. Honestidad administrativa

Terminaremos con los favoritismos y los saltos de grados en la Administración Pública. Habrá inamovilidad funcionaria. Nadie será perseguido por sus ideas políticas o religiosas; se atenderá a la eficiencia, la honradez y el buen trato con el público de los funcionarios de Gobierno.

4. No más viajes fastuosos al extranjero

Suprimiremos los viajes al extranjero de los funcionarios del régimen; salvo aquellos indispensables para los intereses del Estado.

5. No más autos fiscales en diversiones

Los automóviles fiscales no podrán usarse bajo ningún pretexto con fines particulares. Los vehículos que queden disponibles se utilizarán para fines de servicio público, como transporte de escolares, traslados de enfermos de las poblaciones o vigilancia policial.

6. El Fisco no fabricará nuevos ricos

Estableceremos un control riguroso de las rentas y patrimonios de los altos funcionarios públicos. El gobierno dejará de ser una fábrica de nuevos ricos.

7. Jubilaciones justas, no millonarias

Terminaremos con las jubilaciones millonarias, sean parlamentarias o de cualquier sector público, o privado, y utilizaremos esos recursos en mejorar las pensiones más bajas.

8. Descanso justo y oportuno

Daremos derecho a jubilación a todas las personas mayores de 60 años, que no han podido jubilar debido a que no se les han hecho imposiciones.

9. Previsión para todos

Incorporaremos al sistema previsional a los pequeños y medianos comerciantes, industriales y agricultores, trabajadores independientes, artesanos, pescadores, pequeños mineros, pirquineros y dueñas de casa.

10. Pago inmediato y total a los jubilados y pensionados

Pagaremos de una sola vez los reajustes del personal en retiro de las Fuerzas Armadas y haremos justicia en el pago de pensionados y montepiadas del Servicio de Seguro Social.

11. Protección a la familia

Crearemos el Ministerio de Protección a la Familia.

12. Igualdad en las asignaciones familiares

Nivelaremos en forma igualitaria todas las asignaciones familiares.

13. El niño nace para ser feliz

Daremos matrícula completamente gratuita, libros, cuadernos y útiles escolares sin costo, para todos los niños de la enseñanza básica.

14. Mejor alimentación para el niño

Daremos desayuno a todos los alumnos de la enseñanza básica y almuerzo a aquellos cuyos padres no se lo puedan proporcionar.

15. Leche para todos los niños de Chile

Aseguraremos medio litro de leche diaria, como ración a todos los niños de Chile.

16. Consultorio materno-infantil en su población

Instalaremos consultorios materno-infantiles en todas las poblaciones.

17. Verdaderas vacaciones para todos los estudiantes

Se invitará al Palacio Presidencial de Viña del Mar a los mejores alumnos de la enseñanza básica, seleccionados de todo el país.

18. Control del alcoholismo

Combatiremos el alcoholismo no por los medios represivos, sino por una vida mejor y erradicaremos el clandestinaje.

19. Casa, luz, agua potable para todos

Realizaremos un plan de emergencia para la construcción rápida de viviendas y garantizaremos el suministro de agua por manzana y luz eléctrica.

20. No más cuotas reajustables “Corvi”

Suprimiremos los reajustes de los dividendos y las deudas a la CORVI.¹

21. Arriendos a precios fijos

Fijaremos el 10 por ciento de la renta familiar como máximo para el pago del arriendo y dividendos. Supresión inmediata de los derechos de llave.

22. Sitios eriazos ¡no!, poblaciones ¡sí!

Destinaremos todos los sitios eriazos fiscales, semifiscales o municipales a la construcción.

¹ La CORVI (Corporación de la Vivienda) concedía créditos para construcción de viviendas populares. Las cuotas para cancelar estos créditos se reajustaban conforme a la tasa de inflación.

23. Contribuciones sólo a las mansiones

Liberaremos del pago de contribuciones a la casa-habitación hasta un máximo de 80 metros cuadrados donde vive permanentemente el propietario y no sea de lujo o de balneario.

24. Una reforma agraria de verdad

Profundizaremos la Reforma Agraria, que beneficiará también a medianos y pequeños agricultores, minifundistas, medieros, empleados y afuerinos. Extenderemos el crédito agrario. Aseguraremos mercado para la totalidad de los productos agropecuarios.

25. Asistencia médica y sin burocracia

Eliminaremos todas las trabas burocráticas y administrativas que impiden o dificultan la atención médica de imponentes y cesantes.

26. Medicina gratuita en los hospitales

Suprimiremos el pago de todos los medicamentos y exámenes en los hospitales.

27. No más estafa en los precios de los remedios

Rebajaremos drásticamente los precios de los medicamentos, reduciendo los derechos e impuestos de internación de las materias primas.

28. Becas para estudiantes

Estableceremos el derecho a becas en la enseñanza básica, media y universitaria de todos los buenos alumnos, en consideración al rendimiento y a los recursos económicos de sus familias.

29. Educación física y turismo popular

Fomentaremos la educación física y crearemos campos deportivos en las escuelas y todas las poblaciones. Toda escuela y toda población tendrá su cancha. Organizaremos y fomentaremos el turismo popular.

30. Una nueva economía, para poner fin a la inflación

Aumentaremos la producción de artículos de consumo popular, controlaremos los precios y detendremos la inflación a través de la aplicación inmediata de la nueva economía.

31. No más amarras con el Fondo Monetario Internacional

Desahuciaremos los compromisos con el Fondo Monetario Internacional y terminaremos con las escandalosas devaluaciones del escudo.

32. No más impuestos a los alimentos

Terminaremos con las alzas de los impuestos que afectan a los artículos de primera necesidad.

33. Fin al impuesto de la compraventa

Suprimiremos el impuesto a la compraventa y lo reemplazaremos por otro sistema más justo y expedito.

34. Fin a la especulación

Sancionaremos drásticamente el delito económico.

35. Fin de la cesantía

Aseguraremos el derecho de trabajo a todos los chilenos e impediremos los despidos.

36. Trabajo para todos

Crearemos de inmediato nuevas fuentes de trabajo con los planes de obras públicas y viviendas, con la creación de nuevas industrias y con la puesta en marcha de los proyectos de desarrollo.

37. Disolución del Grupo Móvil

Garantizaremos el orden en los barrios y poblaciones y la seguridad de las personas. Carabineros e Investigaciones serán destinados a cumplir una función esencialmente policial contra la delincuencia común. Eliminaremos el Grupo Móvil y sus miembros reforzarán la vigilancia policial.

38. Fin a la justicia de clase

Crearemos un procedimiento legal rápido y gratuito con la cooperación de las Juntas de Vecinos, para conocer y resolver casos especiales como penden-
cias, actos de matonaje, abandono del hogar y atentado contra la tranquilidad de la comunidad.

39. Consultorios judiciales en su población

Estableceremos consultorios judiciales en todas las poblaciones.

40. Creación Instituto Nacional del Arte y la Cultura

Crearemos el Instituto Nacional del Arte y la Cultura y Escuelas de formación artística en todas las comunas.

20 Puntos básicos de la reforma agraria del Gobierno de la Unidad Popular

Primero

La Reforma Agraria y el Desarrollo Agropecuario, no serán hechos aislados sino que integrados en el plan global de transformación de la economía capitalista en una economía al servicio del pueblo. Esto significa que la Reforma Agraria no sólo implicará la expropiación de todos los latifundios, la entrega de la tierra a los campesinos, darles la asistencia técnica y el crédito necesarios para que puedan producir lo que Chile requiere, sino también comprenderá la transformación de las relaciones comerciales e industriales para la venta y compra de los productos que los campesinos necesitan para vivir y producir. Todo este sector de comercialización e industrialización de la producción agropecuaria debe estar en manos del Estado o bien de cooperativas campesinas o cooperativas de consumidores.

Segundo

Los beneficios de la Reforma Agraria se extenderán a los sectores de medianos y pequeños agricultores, minifundistas, empleados, medieros y afuerinos que hasta ahora han quedado al margen de ello.

Tercero

Los campesinos a través de organizaciones sindicales, cooperativas y de pequeños agricultores reemplazarán a los representantes de los latifundistas en todos los organismos del Estado. El gobierno de la Unidad Popular se entenderá sólo con estos representantes campesinos porque ellos son los verdaderos representantes del 98% de la población, que vive y depende de la agricultura.

Al nivel del Ministerio de Agricultura y de Reforma Agraria como se llamará, bajo cuya responsabilidad directa se establecerá la dependencia de todos

los organismos del Estado que trabajen el sector agrario, se constituirá un Consejo Nacional Campesino que asesorará al Ministro y a los altos funcionarios de los distintos organismos. Este Consejo se elegirá democráticamente por los organismos de base.

Al mismo tiempo en cada una de las zonas agrícolas del país, se constituirán Consejos Campesinos Zonales en que participarán por igual los funcionarios responsables de las zonas y los representantes campesinos elegidos por la base. En estos Consejos campesinos de nivel nacional y zonal se adoptarán todas las medidas para la acción de la Reforma Agraria y del Desarrollo Agropecuario: expropiaciones, asignaciones de tierras, créditos, comercialización de la producción y de los insumos, etc.

Cuarto

La Reforma Agraria no operará más fundo por fundo sino que por zonas y en cada una de estas zonas se asegurará trabajo productivo, ya sea en la explotación directa de la tierra, en la industrialización y distribución de los productos o en los servicios generales necesarios para la producción, a todos los campesinos de la zona.

Quinto

A través de una nueva concepción jurídica se buscará la integración y colaboración en una acción unitaria de los distintos tipos de organizaciones de campesinos: de asalariados, de empleados, medieros, afuerinos, pequeños y medianos agricultores, etc.

Esto implica la complementación de las tareas de los sindicatos, asentamientos, cooperativas campesinas, comunidades indígenas y otros tipos y formas de organización de los pequeños agricultores, como los comités de pequeños agricultores.

El gobierno popular, por otra parte, terminará con la burla actual que significa el no pago del 2% patronal establecido por la ley de sindicalización campesina a través de la cual los patrones están tratando hoy día de quebrar las organizaciones sindicales de los trabajadores campesinos.

Sexto

Las regiones forestales se incorporarán a la Reforma Agraria.

Séptimo

Tendrán derecho a no ser expropiados sólo los pequeños y medianos agricultores; y derecho a reserva, sólo aquellos agricultores mayores que sean reconocidos por los campesinos por sus condiciones económicas y sociales favorables para el desarrollo de la producción agrícola y para el desarrollo de la

comunidad campesina. En todo caso este derecho a reserva no será preferencial y podrá ser dado en otras tierras en caso de que sea necesario a fin de reestructurar las explotaciones campesinas.

Octavo

En los fundos expropiados se incluirá el capital de explotación a fin de que dichos fundos puedan disponer desde el comienzo del capital necesario para su trabajo.

Noveno

La asistencia técnica al campesinado será gratuita y habrá planes especiales de crédito, asistencia técnica y capacitación para los grupos más postergados especialmente las comunidades indígenas.

Décimo

Cada campesino tendrá derecho a la propiedad familiar de su casa y el huerto.

La producción se organizará de preferencia bajo el sistema cooperativo, aun cuando en casos especiales se contemplará la explotación y asignación individual de la tierra.

Undécimo

Se reorientará la producción a través del crédito, la asistencia técnica y la planificación regional y nacional hacia los productos de más alto valor, ya sea para la exportación o para el mercado interno.

Se reservarán sólo a los pequeños agricultores y otros campesinos, los créditos para ciertos tipos de producciones intensivas, como cerdos y aves, que son los que pueden permitirles mejorar su ingreso y su situación económica y social.

Duodécimo

En una primera etapa del Gobierno Popular se pondrá en operación a fondo la Ley de Reforma Agraria, aplicando toda aquellas facultades que el actual gobierno no ha querido o no ha sido capaz de aplicar, como asignación de tierras a cooperativas, defensa de los medieros y arrendatarios, reorganización de las áreas y sistemas de riego, etc.

Las modificaciones a la actual ley de reforma agraria que son necesarias serán discutidas y aprobadas, antes de ser enviadas al Parlamento, por los Consejos Campesinos Nacionales y Regionales.

Decimotercero

El Estado garantizará la adquisición de toda la producción de los campesinos que no sea comercializada a los precios oficiales por los cauces normales y paulatinamente contratará con anticipación toda la producción agropecuaria planificada según las necesidades del país.

El crédito de adelanto de producción a los pequeños campesinos se dará sólo, en dinero y no en documentos, como actualmente sucede en la mayor parte de los casos, lo que significa una nueva explotación de los campesinos que no tienen quién les descuenta los documentos sino en condiciones extraordinariamente gravosas para ellos.

Decimocuarto

La agroindustria se localizará de preferencia en las zonas agrarias donde el actual problema de la desocupación o subocupación agrícola es mayor.

Decimoquinto

El Estado nacionalizará todos los monopolios de distribución, elaboración e industrialización de la producción agropecuaria o de los insumos necesarios para ella. Estas empresas se manejarán directamente por el Estado, asesoradas por Consejos Campesinos, o se entregarán a cooperativas campesinas.

Decimosexto

Se establecerá un sistema nacional de previsión para todo el campesinado, cubriendo especialmente los pequeños agricultores actualmente marginados de la previsión. Del mismo modo, se asegurará la continuidad de la previsión de los asentados.

Decimoséptimo

Se impulsarán planes especiales para el mejoramiento y la construcción de la vivienda campesina, pues hasta ahora dicho sector ha estado, en todos los planes de viviendas, al margen de los programas habitacionales del mejoramiento habitacional.

Decimooctavo

Se establecerán en los principales pueblos de las regiones agrícolas, casas del campesino, a fin de que los afuerinos en tránsito o los campesinos que tienen que hacer diligencias en los pueblos tengan dónde alojar y un punto de apoyo y de orientación en sus diligencias, especialmente con los servicios públicos, educación, salud, etc.

Decimonoveno

En materia educacional se desarrollará una política general a través de programas de alfabetización de adultos, publicación de libros, periódicos y programas radiales para campesinos, cursos de tecnología agropecuaria de acuerdo a los planes productivos de la región, etc. Al mismo tiempo se fomentará el teatro, el arte y otras actividades culturales que permitan el desarrollo de la personalidad de las comunidades de campesinos.

Vigésimo

Se dará especial impulso a las políticas de protección de los recursos naturales, planes de forestación y otros y de mejor aprovechamiento de las áreas de riego.

Junio 1970.

Luis Corvalán:
Unidad Popular para conquistar el poder
Informe al XIV Congreso Nacional del Partido Comunista

(23 de noviembre de 1970)

I. Los acontecimientos desde el XIII Congreso

Queridos camaradas:

En los cuatro años transcurridos desde el anterior Congreso, nuestro partido ha tenido que enfrentar importantes batallas sociales, ideológicas y políticas, en muchos casos preñadas de situaciones difíciles. De esas batallas ha salido airoso, más fuerte, más unido, más grande, con su prestigio acrecentado.

El partido ha desplegado su actividad en medio de grandes combates de masas. Las huelgas y marchas de los trabajadores de la ciudad y del campo, las tomas de terreno por los pobladores, en las cuales se han distinguido especialmente las mujeres, y las luchas callejeras de los estudiantes, han sido rasgos característicos de este período.

Cuando realizamos el XIII Congreso, el gobierno de Frei estaba en sus comienzos. Se vivía un momento de confusión política. Un sector del pueblo se hallaba ilusionado por las promesas de cambio que hiciera el actual partido gobernante. Otros sectores populares caían en el desaliento, decían que el país no tenía remedio, declaraban que ya no participarían más en las lides electorales, asumían posiciones sectarias. Algunos grupos políticos que venían marchando junto al FRAP¹ se separaban de él, en tanto que entre socialistas y comunistas surgían serias discrepancias, contrarrestadas por el hecho de que ambos partidos tenían una línea de oposición.

El XIII Congreso tuvo el gran mérito de enfocar correctamente el nuevo panorama político-social. El partido no perdió los estribos. Mediante la luz de su doctrina, supo penetrar en los fenómenos que estaban en marcha y alumbrar el camino que desde entonces ha recorrido hasta hoy.

Cuando las candilejas de la revolución en libertad estaban en pleno fulgor, el XIII Congreso de nuestro partido desentrañó y puso de relieve los verdaderos fines que la animaban. Señaló en forma tajante que el objetivo que perseguía la Democracia Cristiana era “salvar el capitalismo en Chile e impedir la revolución popular y el socialismo”. Fue enfático en advertir que el gobierno demócratacristiano no se proponía “resolver los problemas básicos de la rees-

¹ FRAP: Frente de Acción Popular, coalición de los principales partidos de izquierda con exclusión del Partido Radical, principal exponente de la pequeña burguesía (VF).

tructuración nacional, sin lo cual es imposible dar satisfacción a las necesidades de las grandes masas”.

La certeza de estos juicios está probada por los hechos. La famosa revolución en libertad quedó en puras palabras. Hablando en general, el país ha visto una vez más un gobierno al servicio de los poderosos y en contra del pueblo.

Pero el XIII Congreso no hizo un enfoque unilateral de la situación ni se dedicó a las profecías. Por el contrario, efectuó un rico análisis del nuevo cuadro político. Tuvo en cuenta el deseo de cambio de la población chilena, la necesidad imperiosa de estos cambios, las distintas presiones a que estaba sujeto el gobierno, el carácter pluriclasista de la Democracia Cristiana y las contradicciones consiguientes en su seno, la fuerza del proletariado, la gravitación del FRAP y la capacidad de lucha de los trabajadores y del pueblo.

No metimos a todos los demócratacristianos en el mismo saco. Tuvimos presente el hecho de que una parte importante de los que habían votado por el señor Frei y de los militantes del partido de gobierno tomaban en serio las necesidades de cambios y querían echarle para adelante atacando al menos diversos centros de poder de la derecha.

Consideramos las características diferentes del nuevo adversario que llegaba al poder y las armas que pondría en práctica para conseguir su objetivo. Llamamos la atención sobre el hecho de que trataría de lograrlo “con métodos y lenguaje modernos, dándole especial importancia al trabajo con las masas, remozando en parte la arcaica estructura del país y mejorando en cierto grado la situación de algunos sectores del pueblo”.

Declaramos que nuestra política de oposición al gobierno sería firme y activa y no ciega. Y señalamos con énfasis la idea de que el pueblo no permaneciera en actitud pasiva, sino en posición de combate por sus reivindicaciones y por los cambios, tratando de lograr los avances que la nueva correlación de fuerzas y la lucha hicieran posibles, sin perder de vista a los enemigos principales, el imperialismo y la oligarquía, y manteniendo siempre como divisa la necesidad de alcanzar un gobierno verdaderamente popular y revolucionario, capaz de realizar las transformaciones y marchar al socialismo. Para ello, propiciamos la unidad de todas las fuerzas populares y progresistas, tanto las que estaban en la oposición como las que se hallaban en el gobierno, en contra de las fuerzas reaccionarias que había y hay también en una y otra parte. Reafirmamos el papel de la clase obrera como centro de la unidad y motor de los cambios revolucionarios, y le dijimos al partido:

–“Estamos ante un desafío en cuanto a quién gana a las masas: o la burguesía para el reformismo y la colaboración de clase o el proletariado para una política independiente y la verdadera revolución chilena”.

–“A una orientación y un trabajo de masas de nuestros adversarios corresponde una orientación y un trabajo de masas del partido en una escala mil veces superior a la que hemos aplicado hasta ahora. Esta es la gran tarea, aquí está el quid de la cuestión”.

El partido se unió más estrechamente en torno a esta política. Y enfrentó las incomprensiones de algunos círculos de izquierda, que trataban de presentarnos en actitud colaboracionista con la Democracia Cristiana gobernante y

establecían como línea divisoria principal lo de estar o no estar con el gobierno, sin considerar las posiciones concretas ante los asuntos concretos de parte de cada sector político y social.

Si la justeza de una política se prueba por sus resultados concretos, no podemos sino afirmar que la línea que trazó nuestro XIII Congreso ha sido y sigue siendo acertada.

2. Ante el reformismo democratacristiano

Otros partidos y corrientes dan también su aporte al movimiento obrero y popular. Pero es de toda evidencia que, por ejemplo –y para citar dos cuestiones esenciales–, el fortalecimiento y ampliación de la unidad sindical en las filas de la CUT y la Unidad Popular en marcha, son principalmente frutos de nuestra política y de nuestro esfuerzo.

Ya está claro que la victoria no será del reformismo democratacristiano. La Democracia Cristiana va cuesta abajo. No gobernará hasta el año 2000, como anunció a los cuatro vientos. Incluso la posibilidad de un segundo gobierno democratacristiano aparece cuestionada. En cambio, los partidos que se mantuvieron en las posiciones revolucionarias consolidan y acrecientan su influencia entre las masas y conquistan nuevos aliados. Sin embargo, el reformismo conserva fuertes posiciones en algunos sectores populares y puede abrirse paso en otros, incluso en círculos que lo rechazan formalmente. Tiende a resurgir con nuevo ímpetu a través de otros nombres, de otras etiquetas, de otros caudillos con traje de civil o de uniforme. Ello impone el deber de continuar combatiéndolo.

No ha sido fácil nuestra lucha ni la de nuestros aliados. La Democracia Cristiana se lanzó a la conquista de las masas con cuantiosos recursos del Estado, con el apoyo financiero de poderosos círculos imperialistas y de organizaciones internacionales creadas ex profeso para combatir el comunismo, con el respaldo de la mayor parte de la Iglesia Católica y con una fabulosa máquina publicitaria. Además, contaba con apoyo de masas y el entusiasmo y la mística de una parte significativa de sus militantes, especialmente de jóvenes y mujeres, y tenía a su favor un terreno abonado para hacer muchas cosas.

Se requería de los comunistas claridad política, firmeza de clase, tenacidad en la lucha. Nuestros militantes respondieron a estas exigencias del combate. En todas partes, incluidas las organizaciones creadas o dominadas por la Democracia Cristiana, desplegaron una actividad tesonera en favor de las reivindicaciones del pueblo, promoviendo la unidad de acción con todos los trabajadores, pobladores, estudiantes, dueñas de casa y otros, al mismo tiempo que manteniendo en alto la lucha ideológica. Nuestros militantes, hombres y mujeres, han trabajado en las masas con la línea del partido, uniendo en el combate a los más amplios sectores populares, desarrollando las posiciones revolucionarias.

En momentos difíciles el partido se orientó y actuó como un solo cuerpo y llegó a desempeñar un papel decisivo.

Siendo Ministro de Hacienda Sergio Molina, el Gobierno presentó un proyecto de reajuste de remuneraciones para 1968, que contenía graves atentados contra el derecho a huelga, un aumento de salarios inferior al alza del costo de la vida, el ahorro obligatorio para un fondo en favor de los capitalistas. El paro de la clase obrera y del conjunto de los trabajadores del 23 de noviembre de 1967 echó a pique ese proyecto y derribó a Molina. Vino un segundo proyecto, del cual se eliminaba el ahorro obligatorio y se reajustaban los salarios para el sector privado de acuerdo al alza del costo de la vida. El partido llegó a la conclusión de que este segundo proyecto no había que rechazarlo en bloque. Aplicó en forma concreta y viva nuestra línea de oposición firme, activa y no ciega. Combinó la movilización de las masas, que es lo fundamental por cierto, con la sagacidad política, arrancando del gobierno el compromiso de retirar el artículo que atentaba contra el derecho a huelga y mejorar la situación de los servidores públicos. Dicho sin jactancia, fue nuestra actitud la que permitió decidir las cosas en favor de los trabajadores. De paso, en este entrevero cayó el sucesor de Molina, el Ministro Raúl Sáez, uno de los “supersabios” de la llamada, fracasada y ya fenecida, Alianza para el Progreso.

Hay que destacar que en estas luchas participó el conjunto de los trabajadores chilenos, distinguiéndose especialmente, por su combatividad los profesores, los funcionarios de Correos y Telégrafos, los trabajadores de la Salud, los empleados de la Universidad de Chile y de la Línea Aérea Nacional.

En el proceso de la reforma universitaria, la actividad desplegada por nuestros militantes y por nuestros jóvenes comunistas, ha sido igualmente decisiva. La lucha por la transformación de la universidad chilena, por colocarla a tono con los tiempos y al servicio de los cambios sociales ha sido una preocupación permanente del partido, una causa de largos años perseguida por los estudiantes. En 1967, los universitarios se decidieron a hacer efectiva la reforma. No obstante ello, junto a un reducido grupo que la rechazaba, había otros que la querían muy morigerada. Los diferentes criterios reformistas se sometieron a plebiscito del estudiantado. Debido a la influencia demócratacristiana, a la presión del partido gobernante, y al apoyo recibido de los hijos de los momios, ganaron ese plebiscito los moderados, adversarios de una real participación en la vida universitaria de todos sus estamentos. Sin embargo, al poco tiempo, los vacilantes y timoratos fueron superados; las masas estudiantiles y los demás sectores universitarios, académicos y no académicos, en su gran mayoría hicieron suyas las posiciones de los comunistas. La reforma universitaria ha surgido, pues, desde abajo hacia arriba, teniendo su primera concreción práctica en la Facultad de Filosofía y Educación, la más numerosa de todas, con un decano comunista y un Centro de Alumnos dirigido por los jóvenes comunistas. La elección de un rector que no es precisamente un campeón de la reforma, no podrá ya alterar sustancialmente este proceso que ha llegado a toda la educación superior, incluidas las universidades católicas.

Un papel casi similar nos ha correspondido en relación a la reforma agraria. A pesar de las limitaciones de la ley de 1967, le dimos nuestro apoyo, así como se lo dimos también a la reforma constitucional sobre el derecho de propiedad, considerando que ambas iniciativas han constituido significativos avan-

ces. Y más allá de esto, hemos impulsado el proceso de la reforma agraria, la organización de los trabajadores agrícolas, la lucha por la tierra, por la aplicación de la ley. En este sentido, nuestra conducta ha sido en ocasiones decisiva. Así por ejemplo, cuando los terratenientes se alzaron en Santa Marta de Longotoma y atrincheraron a un grupo de los suyos para resistir por la fuerza la expropiación del fundo, fuimos nosotros, comunistas, los que, en acción común con otros sectores, incluidos los demócratacristianos, movilizamos a los campesinos, obreros y mineros de los alrededores y les bajamos el moño a los latifundistas.

En estas y en todas nuestras actuaciones nos hemos guiado por los intereses fundamentales del pueblo, dirigiendo siempre los fuegos contra los enemigos principales, el imperialismo y la oligarquía, a la vez que resistiéndonos con todo el cuerpo a la orientación reaccionaria del gobierno, como en el caso de los convenios del cobre y su política económica y laboral.

3. Nuevas fuerzas entran al combate

A la altura del XIII Congreso el campesinado casi no existía como fuerza organizada, a pesar que sus luchas, muchas veces heroicas, venían desde antes. Era una masa casi sin derechos. La alianza obrero campesina, requisito básico de la revolución, apenas despuntaba. Esto ha cambiado. La organización campesina ha surgido impetuosamente. Las luchas campesinas han estremecido al país. Los trabajadores agrícolas han conquistado el derecho a sindicarse, mejores salarios y asignaciones familiares, alguna atención del Estado en materia de créditos y en asistencia técnica y una parte aunque todavía insuficiente, de la tierra. La alianza obrero campesina ha comenzado a concretarse en los hechos por primera vez en la historia de Chile. Ahora el campo no es un mundo sin respuesta frente a los problemas. Todo esto constituye un avance realmente trascendental.

El país también ha visto cómo la juventud logra niveles de organización y combatividad sin precedentes. La gravitación que ella alcanza en la vida social y política es hoy más grande que nunca. La mayoría de los jóvenes chilenos se pronuncia por los cambios, toma resueltamente el camino del combate, expresa su repudio al régimen capitalista y condena los crímenes del imperialismo.

Además de los escritores y artistas que desde hace tiempo actúan junto al pueblo, se incorporan a la lucha social numerosos profesionales y técnicos que en el país no encuentran empleo suficiente para sus capacidades, se transforman en asalariados, reciben el influjo del socialismo y de la revolución científico-técnica.

Todo esto significa que el movimiento social se ha ampliado con hombres, mujeres y jóvenes provenientes de distintas capas. Los comunistas vemos en este fenómeno un hecho positivo y por tanto tenemos frente a él una disposición abierta. Más aún, estimamos que abren nuevas perspectivas a la clase obrera para forjar en torno suyo una vasta alianza antiimperialista capaz de conducir a la victoria la revolución chilena.

Es claro que, al mismo tiempo, un cierto número de estos nuevos combatientes traen al movimiento popular tendencias y posiciones malsanas, algunos

el reformismo y otros el izquierdismo como desviación oportunista. Estos últimos se caracterizan por su impaciencia, por su inconstancia en la lucha, por pasar a menudo de una a otra posición extrema, por la falta de confianza en las masas, de serenidad en la lucha, de espíritu de organización, disciplina y firmeza. Se distinguen también por el subjetivismo y su inclinación a levantar caudillos.

El partido considera de su deber librar el combate ideológico contra todo tipo de oportunismo. De ahí que, junto a la lucha contra el reformismo burgués, ha tenido que hacer frente a las tendencias sectarias de izquierda.

Este izquierdismo se expresa en fraseología revolucionaria, en la conciliación con los grupúsculos anticomunistas de izquierda, en exhortaciones irresponsables a la lucha armada, en la tendencia a restringir arbitrariamente el campo de alianza del proletariado.

Algunos portavoces de este sarampión izquierdista lanzan rayos y centellas contra el imperialismo y la derecha y, en ocasiones, sapos y culebras contra la línea de nuestro partido.

La derecha se ha aprovechado de estos hechos intentando llevar a ciertos sectores del pueblo la idea de que esos izquierdistas son más gallos que los comunistas y que nosotros nos convertimos en una fuerza tradicionalista y conservadora.

Y sin embargo nosotros hemos sido y seguimos siendo, a mucho honor por cierto, el blanco predilecto de los ataques del imperialismo y la oligarquía. Esa misma afirmación gratuita constituye uno de esos ataques.

Los contrarios saben muy bien quiénes somos y qué queremos los comunistas. "El Mercurio", principal vocero del imperialismo y de la burguesía monopolista, no nos pierde pisada. Lo que más le quita el sueño al imperialismo y a la derecha es nuestro Partido Comunista.

Ahora bien, nuestra política de acción común con las nuevas fuerzas que entran al combate y de lucha ideológica permanente contra las posiciones izquierdistas que traen algunos de sus componentes, ha dado sus frutos. La unidad con dichas fuerzas se va plasmando en las acciones comunes y las posiciones sectarias del oportunismo de izquierda, aunque todavía subsisten, pierden terreno.

A lo dicho agreguemos que no miramos en forma despectiva ni dogmática a los portavoces del izquierdismo. La experiencia internacional y nacional, incluida la de nuestro propio partido, indica que muchos de ellos pueden evolucionar a posiciones correctas, asimilar la ideología del proletariado y transformarse en revolucionarios consecuentes.

De otra parte, en un plano ultraizquierdista, operan grupos y grupúsculos anticomunistas que reciben el aliento de los enemigos de clase del proletariado. Estos grupos actúan al margen de las masas y recurren al terrorismo, método que favorece los propósitos de los reaccionarios y que por esto ha sido condenado desde hace muchos años por el movimiento obrero revolucionario.

En ellos encuentran eco las ideas reaccionarias de Marcuse y de otros ideólogos que proclaman la caducidad del marxismo y niegan la misión revolucionaria de la clase obrera, la declaran incorporada al "status", presentan al campesinado y a la juventud como la principal fuerza motriz de la revolución, tratan de

contraponer los campesinos a los obreros, los jóvenes al proletariado, intentan reemplazar la lucha de clases por una lucha entre generaciones.

El partido y las J.J.CC. los mantienen a raya. Rechazan todo entendimiento y concesión con ellos y denuncian el papel que juegan, el de provocadores al servicio de la reacción y el imperialismo, independiente de que en sus filas haya gente sana que, sometida a la práctica y a la crítica revolucionarias, puedan también evolucionar a posiciones correctas.

Algunos de estos grupos han entrado en la descomposición. Aquellos de sus militantes que hayan aprendido las lecciones correspondientes, tienen un puesto en las filas del movimiento revolucionario organizado y responsable.

4. Los problemas internacionales

Camaradas:

La situación internacional nos ha exigido una preocupación constante por las tareas de solidaridad con los pueblos que luchan contra el imperialismo y en favor de la unidad del movimiento comunista.

La pugna entre el socialismo y el capitalismo, entre los partidarios de la paz y los que buscan la guerra, entre los que quieren la liberación de los pueblos y los que están por mantenerlos oprimidos, ha alcanzado caracteres más agudos y ciertos aspectos más complejos.

El imperialismo no ha podido cambiar a su favor la correlación de fuerzas. No ha podido apagar el faro de la Revolución Cubana ni poner de rodillas al pueblo vietnamita. Por el contrario, en uno y otro caso ha sufrido contundentes palizas.

La Revolución Cubana sigue y seguirá siendo un factor fundamental en todo el desarrollo del proceso revolucionario de América Latina. Es una prueba concluyente de la posibilidad real de vencer al imperialismo y de edificar el socialismo en tierra americana. El entusiasmo revolucionario de los cubanos en pos de la zafra de 10 millones de toneladas y en el cumplimiento de otras tareas, demuestra la gigantesca capacidad creadora del pueblo cuando trabaja y construye para sí mismo.

La victoriosa lucha de los vietnamitas anima también el combate de los pueblos contra el imperialismo y demuestra, asimismo, la posibilidad de propinarle derrotas aplastantes.

La heroica lucha de Cuba y de Vietnam refuerza el combate de los pueblos contra el opresor imperialista. A su vez, la solidaridad de los pueblos del mundo entero con los cubanos y vietnamitas fortalece su causa y la causa de la humanidad progresista.

De aquí la fuerza de la solidaridad con Cuba y Vietnam que nuestro partido ha promovido en todo momento y que debemos seguir impulsando.

A pesar de sus reveses, el imperialismo ha demostrado su capacidad de maniobra y las posibilidades que aún tiene para mantener su dominio en las metrópolis, defender sus posiciones económicas en una serie de países liberados del colonialismo y dar golpes y contragolpes en América Latina y otros lugares.

A los ojos de los pueblos queda en claro que el imperialismo es su enemigo mortal, el principal obstáculo que la humanidad encuentra en su camino y que, por tanto, no hay deber más grande de los comunistas y de todos los revolucionarios que el de cerrar filas contra el imperialismo y entregar la más amplia y efectiva solidaridad a los pueblos que son víctimas de sus agresiones o los enfrentan decididamente.

La lucha de cada pueblo por su independencia, la democracia y el socialismo está indisolublemente ligada al combate mundial contra el imperialismo.

Y esa lucha es y será tanto más efectiva cuanto más unidad haya en el campo antiimperialista y, ante todo, en el movimiento comunista.

Nuestro partido se ha guiado por estas simples y tajantes verdades. El imperialismo y los reaccionarios de todos los pelajes saben que no hay fuerza más grande en nuestra época que la fuerza de la solidaridad de clase de los trabajadores de todos los países y de todos los pueblos que luchan por la libertad, la democracia, la paz y el socialismo. De ahí por qué se empeñan en minar esta solidaridad, para lo cual promueven especialmente nacionalismo y el antisovietismo.

En la práctica de más de medio siglo, desde los tiempos de Luis Emilio Recabarren, hemos demostrado fehacientemente ser los patriotas más consecuentes, los más decididos defensores de cuanto conviene a la nación. Los intereses de clase del proletariado y los intereses nacionales de nuestro pueblo no son ni pueden ser contrapuestos. Forman un todo indivisible. Esto es claro. Pero el patriotismo comunista, no tiene nada que ver con el nacionalismo burgués, con las tendencias a contraponer el interés del país al interés común de los pueblos.

Como los demás partidos comunistas, el Partido Comunista de Chile es sometido a constantes presiones dirigidas a empujarlo al lodazal del antisovietismo y del nacionalismo. ¡Si hasta alguien –y no precisamente un reaccionario– nos recomendó públicamente un día que nacionalizáramos nuestro partido! Si esto no fuera tan grotesco sería para la risa. ¡Imagínense ustedes!; ¡plantear la nacionalización del partido de Recabarren, Lafertte, Fonseca, Galo González y Pablo Neruda, es como plantear la nacionalización de las empanadas o del pastel de choclo!

Lo importante es que nuestro partido y nuestro pueblo comprenden bien qué se traen o se llevan entre manos tan gratuitos consejeros.

Nosotros condenamos el antisovietismo partiendo del más absoluto convencimiento que toda tendencia o conducta dirigida a menoscabar el papel histórico de la Unión Soviética favorece al enemigo, va en perjuicio de la causa de nuestro pueblo y del interés de todos los pueblos del mundo. También en este aspecto la historia de nuestro partido y del movimiento obrero chileno ha puesto en evidencia que el antisovietismo es arma del imperialismo y de la reacción interna y que lo propagan aquí, ante todo, para atacar a los obreros campesinos, a las masas populares de nuestro país y la causa de la liberación de nuestro pueblo.

La propaganda imperialista y reaccionaria habla día y noche de la dependencia de los partidos comunistas y hasta suele sostener que éstos no serían tan malos si se liberaran de la tutela moscovita. En nuestro caso, como en el caso de los demás partidos comunistas, se prueba a diario que elaboramos nuestra

propia línea política, tomando en cuenta nuestra realidad, nuestra experiencia, a la vez que, naturalmente, guiándonos por nuestra ideología y tratando de asimilar las experiencias útiles que emanan de la práctica revolucionaria de otros pueblos. Este mismo Congreso así lo demuestra. A pesar de ello, la propaganda enemiga sigue machacando sobre las mismas calumnias. Lo hace sin duda con el propósito de torcer los rumbos de nuestro partido. Pero trabaja en vano.

De lo anterior se desprende cuál fue y cuál es nuestra posición respecto de los problemas que más han preocupado al movimiento comunista en los últimos tiempos.

En la medida de nuestras posibilidades, hemos contribuido a la unidad de dicho movimiento. Hemos participado en numerosos encuentros bilaterales con los partidos de América Latina, comprendido el de Cuba, con los partidos de Estados Unidos y Canadá, con los de Francia e Italia y con varios del campo socialista de Europa y Asia, incluido en primer término el Partido Comunista de la Unión Soviética. Hemos estado presentes en varias reuniones multilaterales hasta culminar con la Conferencia Internacional de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en Moscú a mediados de este año.

Esta Conferencia y los documentos que aprobó constituyen un gran triunfo del movimiento comunista internacional, una victoria del marxismo-leninismo, un hito decisivo en la cohesión internacional de nuestras filas y en el camino de la unidad en la lucha de los comunistas y de todos los revolucionarios contra el imperialismo.

El giro hacia la unidad internacional del comunismo se abre paso vigorosamente. Este es un hecho promisorio que los comunistas chilenos celebramos jubilosamente desde el fondo de nuestros corazones.

Sin embargo, no podemos pasar por alto la actitud de un destacamento importante del movimiento comunista, el Partido Comunista de China, que se ha apartado cada vez más de las posiciones internacionalistas y del marxismo-leninismo, cayendo en el nacionalismo y el antisovietismo. Por cierto que todo esto, así como la tristemente célebre "revolución cultural", no tiene nada que ver con el comunismo y nos causan a todos un gran perjuicio, en primer término a los comunistas y al pueblo chino.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en Checoslovaquia en agosto del año pasado fueron otro motivo de preocupación de los comunistas.

En tal oportunidad, nuestro partido cerró filas en torno a la Unión Soviética y otros cuatro países del Pacto de Varsovia que enviaron tropas al territorio checoslovaco para conjurar los peligros que allí amenazaban la existencia misma del régimen socialista.

Actuamos así convencidos hasta la médula de la posición internacionalista de la Unión Soviética y de los países que la acompañaron, del hecho que las tropas del Pacto de Varsovia no iban a aplastar la independencia checoslovaca, ni interferir en sus asuntos de orden interno, del hecho, en fin, que el retorno del capitalismo a Checoslovaquia sí que habría significado la pérdida de su independencia nacional, un duro golpe para su pueblo y un peligro muy grande para la causa de la paz y el socialismo en Europa y en todo el mundo.

A partir de fines de 1967 se produjo en Checoslovaquia un proceso dirigido a corregir graves deformaciones en la dirección del Estado, de la economía y del

partido. Se requería llevar a fondo la democracia socialista, lo cual iba en interés del pueblo checoslovaco, del sistema socialista y del movimiento comunista. Nosotros, claro está, lo miramos con simpatía, convencidos entonces y ahora que la democratización socialista debe correr a la par de la construcción del socialismo. Sin embargo, fue claro desde el comienzo que en el curso de este proceso de democratización levantaron cabeza los elementos reaccionarios, algunos planteando desembozadamente la vuelta al capitalismo y otros, con el mismo objetivo, tratando de sacar ese proceso del marco de la dirección del proletariado y del Partido Comunista. Los imperialistas yanquis y germanooccidentales actuaban con la esperanza de arrancar a Checoslovaquia del campo socialista.

La posición que asumimos a los sucesos checoslovacos quebró en nuestro país la campaña antisoviética y anticomunista y fue un factor más de cohesión de las filas del partido y de las Juventudes Comunistas.

Un número determinado de partidos comunistas tuvo una actitud diferente de la nuestra y de la de muchos otros partidos. Con varios de ellos mantenemos relaciones cordiales y queremos seguir manteniéndolas, sin perjuicio de lo cual consideramos un deber dar nuestra opinión sobre aquellas cuestiones que atañen a todo movimiento comunista.

Resumiendo, nuestro partido se ha guiado en estos cuatro años por la línea que le trazara el XIII Congreso. En todas las batallas decisivas nacionales y frente a todos los asuntos internacionales más espinudos nos hemos orientado invariablemente por esa línea, por nuestros principios.

5. El fortalecimiento del Partido Comunista

Desde el Congreso anterior, se ha duplicado el número de nuestros militantes. Sólo desde julio a esta fecha, paralelamente a la renovación de nuestro carnet, hemos reclutado 12.000 y tantos nuevos afiliados.

Han mejorado apreciablemente nuestras posiciones en el movimiento obrero, en el seno de la CUT, en industrias vitales. Se ha afianzado y extendido en el campo. La mayoría de los trabajadores ve en nuestro partido su propio partido, el que los interpreta, los orienta y los conduce al combate, el que se guía ante todo por los intereses del proletariado.

En un mundo virtualmente hermético, cerrado y prohibido para que el comunista pudiera desempeñarse como investigador o catedrático, en la Universidad chilena, se ha producido un cambio notable. Hay un rector comunista en la Universidad Técnica del Estado, y decanos comunistas en la Universidad de Chile, elegidos democráticamente. Se afianzan y desarrollan las posiciones revolucionarias de los comunistas en los diversos estamentos de la comunidad universitaria, entre los académicos, alumnos y personal administrativo.

En el ámbito femenino, habla de nuestra creciente influencia el hecho de que en algunas comunas la mayoría de las mujeres sufraga por los comunistas y en varias otras somos la primera fuerza relativa. En el mismo sentido habla también el hecho de que tenemos en el partido un 29,4% de militantes que son mujeres y en el Comité Regional Norte de Santiago, el 41%. Quiebra el récord el Comité Local de Barrancas con un 49%.

Las estadísticas de nuestro partido ponen de relieve otros hechos interesantes. Hemos crecido, tenemos muchos militantes nuevos, lo que demuestra el aumento de nuestra influencia y constituye una fuerza pujante que ayuda a nuestra permanente lozanía y a la renovación y multiplicación de nuestros cuadros. Tenemos también un número impresionante de afiliados de larga experiencia. 660 compañeros militan desde hace más de 40 años; 2.783 desde hace más de 30; 5.388 desde hace más de 20. Todos ellos han luchado en los duros períodos de la clandestinidad. Y esto, sin contar los miles de camaradas que se incorporaron a nuestras filas en los últimos años de la ilegalidad. Estos viejos combatientes le dan a nuestro partido la madurez y la solidez que lo caracterizan.

Del total de nuestros militantes el 66,6% son obreros, sin considerar a aquellos que tienen la categoría jurídica de empleados. El 7,7% son campesinos sin incluir a los obreros agrícolas. En el 20% restante se incluyen artesanos, pequeños comerciantes e industriales, empleados y, desde luego, nuestros intelectuales y profesionales que han abrazado la causa de la clase obrera. Esta familia comunista se agrupa en 3.618 células, que viven y combaten de un extremo a otro de nuestro largo territorio.

Cada vez más se levanta la imagen de un partido de nuevo cuño, de nuestro Partido Comunista, que el pueblo reconoce y distingue por su desinterés, por su espíritu de sacrificio, porque sus dirigentes y militantes no son gentes que están en la política para arreglarse los bigotes y sus afiliados son los héroes anónimos, los soldados desconocidos de todas las batallas, los que hacen las cosas, los que están al frente de las huelgas, a la cabeza de las tomas de terrenos, de la solidaridad internacional, de la movilización del pueblo contra los peligros de golpe de Estado.

Hay quienes critican a los comunistas suponiéndoles pasividad y conservadurismo. A veces resulta que esta crítica contra los comunistas parte de las señoritas y señoritos de la burguesía, cuyos elegantes dormitorios suelen adornar con respetables figuras del campo revolucionario, pero que no hacen ni han hecho nunca nada por la revolución y no son más que "snobs" de la política. Pero la clase obrera y el pueblo nos conocen y nos aprecian. A nuestro partido convergen grandes masas, incluso masas de católicos, ante las cuales se levanta la barrera y desaparece el foso que los separaba de nosotros. Ahora muchos católicos del pueblo sienten que no es un pecado mortal votar por los comunistas, votan por nuestros candidatos y también se incorporan a nuestras filas.

Hemos alcanzado, pues, el más alto grado de organización en la historia de nuestro partido y el más alto nivel de su influencia en las masas. Nos hemos transformado en el primer partido de la izquierda.

Tenemos un partido compacto, sano, libre de corrientes intestinas, ajeno al caudillismo

Tenemos un partido políticamente fuerte, ideológicamente más maduro.

Progresos semejantes han logrado las Juventudes Comunistas, que se han convertido en la primera organización juvenil.

Las J.J.C.C se han identificado plenamente con la línea política del partido, que aplican en forma viva y responsable en diversos sectores de la juventud. Gracias a esto y a la audacia, a las iniciativas constantes, al entusiasmo revolu-

cionario y a la combatividad que despliegan, han conquistado las posiciones que tienen, y el cariño del partido de los trabajadores y del pueblo.

Para quienes pudieran preguntarnos acerca del secreto de tales éxitos, tenemos una respuesta. Se deben a nuestra posición proletaria, a nuestra permanente actividad entre las masas, a nuestra dirección colectiva y a nuestra democracia interna.

La ley interna que rige la vida del partido son sus Estatutos. Las reformas que se proponen lo hacen más comprensible para todos, más claro, más sencillo, más perfecto. Tienden a corregir defectos, a facilitar todavía más su desarrollo como partido de acción y de masas a la vez que de cuadros.

La necesidad de hacerlo aún más grande, de consolidar y acrecentar sus posiciones es una exigencia de primer orden de la revolución chilena.

Aun cuando el cambio revolucionario es una exigencia perentoria, su realización puede dilatarse si las masas no están en condiciones de llevarlo a cabo. Ya en 1915, Lenin advertía que no toda situación revolucionaria conduce a la revolución. Se necesita además de “la capacidad de la clase revolucionaria para llevar a cabo acciones revolucionarias de masas *lo bastante fuertes* como para destruir (o quebrantar) al viejo gobierno que jamás “caerá”, ni siquiera en las épocas de crisis, si no se lo “hace caer”. En tales circunstancias, es fundamental la presencia de un Partido Comunista poderoso, cohesionado y experimentado, capaz de ser factor aglutinante de todas las fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas y garantía de acertada conducción de las luchas cotidianas del pueblo, del combate por su ascenso a la dirección del Estado.

En agosto de 1912, año de la fundación del Partido Obrero Socialista, convertido más tarde en Partido Comunista, el camarada Luis Emilio Recabarren recibió una carta de un grupo de obreros de Punta Arenas. Lo felicitaban por la creación en el Norte del partido revolucionario del proletariado. Y le decían que “quedaba organizado en este otro extremo de la República ese mismo gran partido que esperamos y deseamos eche hondas raíces en nuestra nación y sea el salvador de nuestra patria”.

Los anhelos de aquellos trabajadores del extremo austral se realizan. La materialización de sus sueños ha sido, es y será fruto de muchas batallas y esfuerzos del proletariado.

El enemigo de clase ha hecho todo lo posible por destruirnos. La vida demuestra que cualesquiera que sean los temporales que desate, las raíces de nuestro partido terminan penetrando más profundamente en el corazón y la conciencia del pueblo. ¡Que esta lección no la olviden aquellos que pretenden hacer retornar al país a los infames tiempos de las persecuciones!

Ho Chi Minh, nuestro inolvidable camarada, expresó hace muchos años en un poema:

*Sólo cuando la raíz es firme
puede el árbol vivir mucho tiempo,
y la victoria tiene al pueblo
como raíz”.*

6. La pugna por el poder político

Camaradas:

La ruptura del “status” es una necesidad imperiosa. Los problemas que más atormentan al pueblo –como son los bajos salarios, la carestía de la vida, la inflación, la falta de vivienda, la cesantía y otros– no tienen solución en el marco actual de la sociedad.

Tales problemas subsisten no por casualidad.

Si no se han resuelto hasta hoy es porque el país es víctima de atracos de tan alto monto como el saqueo imperialista que alcanza a un millón y medio de dólares diarios, a más de quinientos millones de dólares al año.

Si más de la mitad de la población chilena tiene ingresos por debajo de sus necesidades vitales es porque un grupo de privilegiados, que sólo representa el 10%, se apropia de más del 50% de la renta nacional.

Si los trabajadores industriales que laboran en las fábricas que ocupan más de 50 obreros ganan bajos salarios es porque de cada cien escudos nuevos que se generan, 85 se llevan los capitalistas.

Si en el campo todavía reina la miseria es porque los terratenientes se apoderan de más de la mitad de la producción creada por el trabajo de los campesinos.

Si los artesanos, los pequeños y medianos industriales, agricultores y comerciantes viven agobiados por el peso de los impuestos y la falta de créditos, es porque los grandes capitalistas de tipo monopólico tributan poco, gozan de franquicias tributarias o son premiados con la devolución de impuestos y se acaparan los recursos crediticios de los bancos.

Por consiguiente, para resolver los problemas y hacer justicia social, hay que destruir tales relaciones de propiedad y crear otras nuevas. Las actuales relaciones de producción han dejado de corresponder al desarrollo de las fuerzas productivas, al movimiento social en todo sentido y a la época que vive la Humanidad. Estas relaciones ya no pueden contener ni uno ni otro proceso de la sociedad chilena. Y esto es lo que plantea y exige, perentoriamente, una revolución, el ascenso de la clase obrera y el pueblo al poder, medidas que erradiquen por completo al imperialismo, terminen con los monopolios extranjeros, liquiden el latifundio y sepulsen o modifiquen substancialmente, según sea el caso, las instituciones caducas o atrasadas, que están al servicio de la clase dominante.

Ni la derecha, ni el actual partido gobernante, ni forma política alguna que deje en pie los cimientos en que se funda el sistema actual, pueden dar satisfacción a las necesidades que impone el desarrollo histórico.

Aunque el llamado Partido Nacional se autodenomine defensor de las capas medias y el señor Alessandri se proclame libre de compromisos con personas, grupos o colectividades políticas, la derecha, su partido y su candidato presidencial representan los más oscuros intereses de la oligarquía o del imperialismo. El pueblo ya los conoce y los tiene fichados. Moro viejo no puede ser nunca buen cristiano. La vuelta de la derecha al Poder agravaría las cosas, cua-

lesquiera que fuesen los métodos con que gobernara, abiertamente represivos o sedicentemente democráticos. Cada clase que llega al Poder gobierna ante todo para sí.

El pueblo ya conoce también las botas que calza el partido del Presidente Frei. Es cierto que la Democracia Cristiana en el Poder se ha diferenciado de la Derecha en una que otra cuestión. Pero no en lo fundamental. Más allá de uno que otro encontrón se ha entendido y ha conciliado con ella. Y en relación con el imperialismo no ha hecho otra cosa que favorecer y acrecentar su dominio. La famosa chilenización del cobre se ha traducido, por ejemplo, en un aumento incesante de las utilidades de las compañías norteamericanas, que de 44 millones de dólares en 1965 subieron a 126 millones en 1968.

Toda promesa de los demócratacristianos destinada a hacer creer que si gobiernan otros seis años, esta vez sí que harán la revolución, es una rueda de carreta con la que ni ellos mismos pueden comulgar. Hechos son amores y no buenas razones. Han tenido y tienen el poder en sus manos. No les ha faltado y no les falta, pues, cómo demostrar consecuencia entre lo que dicen y lo que hacen. De ahí que las catilinarías anticapitalistas del señor Tomic sean pura palabrería.

Han fracasado todas las fórmulas políticas reaccionarias o reformistas, y hay que hacer todo lo posible para que el país no vuelva a caer en experiencias inservibles.

La tarea de las tareas consiste hoy en lograr que el problema del poder sea resuelto en favor de las clases interesadas en una profunda transformación de la sociedad.

Este es un objetivo que se puede alcanzar. En él hay apremio y necesidades vitales. Si sólouviésemos presente lo que en estos días es la preocupación de millones de chilenos que viven de un sueldo, de un salario o de una pensión, tendríamos que convenir en que, a la tremenda razón de sus reclamos, se agrega una verdad indiscutible: la de que ello puede tener solución real y duradera únicamente a través de una drástica redistribución de ingresos.

El descontento y la sed de justicia estallan por doquier y abarcan a todas las clases y estratos populares. En el corazón y en la conciencia del pueblo se ha acumulado una carga muy grande del legítimo malestar que pugna por un cambio radical de la sociedad.

Una parte de los que tomaron el camino reformista con la Democracia Cristiana pasan a posiciones revolucionarias. Importantes sectores de católicos se suman a las batallas del pueblo.

La idea de la nacionalización de las empresas imperialistas y de los monopolios internos se transforma en patrimonio de la mayoría.

Se acrecienta el papel de la clase obrera y del Partido Comunista. Se desarrolla la organización de los trabajadores y de las masas populares. Se ha robustecido la Central Unica de Trabajadores y su prestigio es hoy mayor que nunca.

Y a través de un proceso más o menos prolongado de coincidencias políticas y de acciones comunes, tiende a convertirse en una realidad el entendimiento de todas las fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas que son la mayoría nacional. A ello se agrega un hecho significativo y valioso. Se pronun-

cion en favor del socialismo todos los partidos y movimientos que constituyen la izquierda, lo cual está llamado a facilitar el desarrollo ininterrumpido del proceso social, a pasar de las tareas revolucionarias de hoy a las tareas revolucionarias de mañana.

Cabe advertir, sin embargo, que el camino del pueblo hacia el Poder no está precisamente expedito. Los reaccionarios también se reagrupan, maniobran contra la unidad popular y tienen la firme decisión de mantener su dominio, sus privilegios, sus posiciones económicas y políticas. En este empeño, el imperialismo y la oligarquía no tienen ni tendrán escrúpulos para recurrir al golpe de Estado, a la presión extranjera, a la confabulación internacional en contra de Chile.

De otra parte, los acontecimientos de septiembre y octubre últimos, y también de mayo del año pasado –me refiero obviamente a los conocidos hechos protagonizados por algunos sectores de las Fuerzas Armadas–, incorporan nuevos elementos en la disputa por el poder político.

7. Las Fuerzas Armadas, un nuevo factor político

En tales sucesos hay que ver, en primer lugar, un signo más de la crisis económica e institucional que vive el país y el hecho de que la cuestión social compromete a todo el mundo. Todas las clases y fuerzas toman posiciones en la pugna por el poder.

Las cosas hay que llamarlas por su nombre y reconocer la realidad tal como se da. Es, por ejemplo, un hecho real que las Fuerzas Armadas constituyen un nuevo factor en la política nacional. Se puede decir que el período de prescindencia de las Fuerzas Armadas en la vida política –prescindencia que nunca fue absoluta, pero que durante varias décadas estuvo reducida a uno que otro grupo de oficiales– ha terminado o tiende a terminar.

Esta participación de las Fuerzas Armadas en la política tiene aspectos muy complejos. No se puede dejar de considerar que los problemas del mundo de hoy inquietan a todos y los vientos que corren abren todas las puertas, llegan a todos los rincones. Tampoco se puede desconocer que la crisis económica golpea a las Fuerzas Armadas y se traduce en bajas rentas y falta de solución a problemas de orden técnico-profesional. .

Los comunistas no nos extrañamos por nada de esto y no somos defensores de la estructura ni de todos los preceptos que norman la vida de nuestros institutos armados. Hay en ellos más de algo que está caduco.

Con motivo de los acontecimientos ya mencionados, hacemos claros distinguos entre las reivindicaciones económicas y profesionales del personal de las Fuerzas Armadas y los afanes golpistas de algunos, principalmente de ciertos “generales civiles” que han querido y quieren aprovechar aquellas aspiraciones para fines contrarios al pueblo, y también a las instituciones militares. Esto está fuera de discusión.

Los partidos de la burguesía han buscado siempre puntos de apoyo en las Fuerzas Armadas. Y hay que dar por descontado que ahora el imperialismo y la oligarquía manejan los hilos para que uno que otro sector político, aunque

de ello no todos tengan plena conciencia, promuevan “soluciones” militares, a fin de cortar el proceso revolucionario auténtico de nuestro pueblo.

Nuestro partido se ha pronunciado contra todo tipo de solución militar.

Las Fuerzas Armadas son instituciones del Estado. Si bien los soldados y suboficiales provienen de las capas modestas de la población, los mandos medios y superiores, emanan de la burguesía y de la pequeña burguesía. Además, desde hace unos treinta años, los distintos gobiernos, cediendo a la presión yanqui, han tratado, cual más, cual menos, de incorporar a nuestras Fuerzas Armadas al dispositivo militar de los norteamericanos y de educarlas y entrenarlas para la lucha contra la llamada subversión interna, en defensa de los intereses creados, del orden establecido. Se han empeñado en formar en sus filas una mentalidad antiobrera, anticomunista y antipopular. Sabemos que, pese a ello, un número apreciable de militares mantiene una posición crítica frente al imperialismo norteamericano y concepciones antirreaccionarias. Sin embargo, está fuera de duda que aquella educación malsana ha hecho su efecto.

Si sólo tuviésemos en cuenta la composición de clase de los mandos, una solución militar sería, en el mejor de los casos, una solución burguesa, tal vez un nuevo ensayo reformista y, por tanto, una experiencia que no hay para qué vivir, puesto que de antemano, ya se sabe que no constituiría la salida revolucionaria que quiere el pueblo y que la nación necesita. No se podría afirmar que a los imperialistas les atrae toda clase de gobiernos militares. En alguna medida objetan el que está en Perú. Pero cada vez es más claro que, con tal de mantener sus posiciones fundamentales, no titubean en patrocinar incluso gobiernos militares como aquél, allí donde no tienen otra carta que jugar. Rockefeller, en su informe sobre América Latina, junto con proponer el fortalecimiento del aparato militar del sistema interamericano para encarar “el peligro comunista”, exalta el “nuevo tipo de militar que está surgiendo y que a menudo es la principal fuerza de cambios sociales constructivos en la región”. “The Financial Times” es más explícito en revelar el pensamiento de los magnates imperialistas tanto norteamericanos como británicos. “Si el militarismo –dice– pudiera ser persuadido, a través de toda América Latina que su principal preocupación fuera el desarrollo económico y la revolución social, entonces podría decirse que una de las más importantes batallas de la región ha sido ganada”.

Y por cierto que lo que Rockefeller entiende por “cambios sociales constructivos” y “The Financial Times” por “revolución social” son de ese tipo de rarezas como la revolución en libertad.

La última palabra dada por Nixon sobre los asuntos latinoamericanos anuncia que Estados Unidos no haría cuestión acerca de si los gobiernos del continente son civiles o militares.

Estos también son hechos que forman parte de la realidad.

El Partido Comunista no tiene un criterio unilateral respecto de las Fuerzas Armadas. No piensa que son simples y obsecuentes apéndices del imperialismo y de las clases dominantes, pero tampoco el brazo armado del pueblo. Lejos, pues, de nuestro partido están las concepciones antimilitaristas dogmáticas y lejos también se hallan de él las tentaciones que apuntan a favorecer algún tipo de salida militar. Miramos el problema con objetividad.

Consideramos que la preparación doctrinaria de las Fuerzas Armadas debe impartirse de acuerdo a los intereses de Chile, de la independencia nacional, de la paz y la amistad entre los pueblos y que su formación profesional debe hallarse abierta a todos los aportes de la ciencia militar moderna.

La educación y el entrenamiento que hoy reciben, en tanto están inspirados en la lucha contra la llamada subversión interna, tienden a crear un abismo entre las Fuerzas Armadas y el pueblo, a contraponerlos con perjuicio de la unidad y de la capacidad de defensa que debe tener la nación frente a los peligros reales que amenazan su soberanía desde el exterior y que provienen del imperialismo y de algunos regímenes gorilas.

Hay síntomas de quiebra en la disciplina militar. Esto nos preocupa, no porque los comunistas defendamos todos los valores en que ella se inspira hoy, varios de los cuales son reaccionarios, sino porque los intereses de la defensa de la soberanía nacional exigen que se rechace cualquier intento de convertir a las Fuerzas Armadas en un partido político o en un elemento dirigido a suplantarse la voluntad popular. Pensamos que es un deber patriótico atender los problemas que han provocado una crisis en las instituciones armadas. Sobre esta base y mediante la democratización de sus estructuras, debe superarse dicha situación.

Estimamos que va en favor de los superiores intereses del pueblo y de la Patria que el verdadero pensamiento de los comunistas, que hoy suele llegar desfigurado a las Fuerzas Armadas, sea conocido por todos los chilenos, con o sin uniforme.

8. No al golpe de Estado

Es realista decir que, precisamente a causa de intensificarse la lucha por el poder, de hallarse el imperialismo y la oligarquía dispuestos a recurrir a lo peor y de aparecer en esa lucha nuevos elementos y factores, no hay que tener ninguna ilusión en cuanto a que los acontecimientos se vayan a desarrollar, fatalmente, por los cauces ordinarios. El país ha entrado en un periodo de inestabilidad política, en un tembladeral que sólo puede tener una solución en un nuevo orden social organizado por el pueblo.

“Hoy por hoy –dijo la Convocatoria a este Congreso– en la pugna por el poder no se puede considerar fatal ni descartar ninguna de las alternativas, ni tampoco asegurada o desalojada, por tanto, una posibilidad popular”.

El tiempo que viene está lleno de interrogantes.

¿Qué va a pasar?

Lo que podría llamarse movimiento militar, ¿tiende a declinar o por el contrario, se trata de un fenómeno propenso a seguir manifestándose de más en más? ¿Habrà o no elección presidencial en 1970? Si no las hay, ¿qué sucederá, qué formas tomará en tal caso la lucha por el poder y quién vencerá en esta lucha? Si a la inversa, se llega al acto electoral ¿cuál será su resultado? ¿Se forjará a su debido tiempo la Unidad Popular y está lo suficientemente amplia, sólida y combativa para atajar a la derecha, impedir el continuismo democratacristiano y generar un gobierno popular?

Estas son algunas de las cuestiones que forman parte de todo lo que hay de incierto en el futuro inmediato.

Ante ellas el pueblo no toma ni puede tomar balcón. Asume y debe seguir asumiendo una posición de combate, a fin de que tales problemas se resuelvan en su favor y en interés de la Patria.

El partido, la clase obrera, el pueblo de Chile deben tener plena conciencia de esto y disponerse a enfrentar los acontecimientos, cualquiera que sea el giro que pudieran tomar.

El país ha vivido momentos difíciles ante el peligro de golpe de Estado. La inmensa mayoría de los trabajadores y de la población chilena se pronunciaron en contra de las tentativas sediciosas. En esta lucha coincidieron las más vastas fuerzas democráticas, diversos partidos y corrientes populares y, sobre todo, los obreros, empleados y campesinos organizados en la CUT. Pero algunos sectores populares se veían confundidos y ello amenazaba con inmovilizar a los trabajadores. En tales circunstancias, fueron determinantes la actitud resuelta del partido en contra del golpe de Estado, su palabra oportuna de alerta, su llamado al combate, su capacidad de movilización de las masas y la actividad y disciplina de sus afiliados.

Los planes de los golpistas, cualquiera que sea el ropaje con que se vistan, no iban ni van dirigidos a implantar cambios favorables al pueblo, sino todo lo contrario, iban y van destinados a impedir esos cambios. De ahí que nuestra actitud, comprendida y compartida por la mayoría del pueblo, estaba y está muy lejos de implicar la defensa del status, del gobierno o de su política. A la inversa, hemos partido de la base de que la clase obrera y el pueblo necesitan salvaguardar sus derechos y conquistas para seguir avanzando, para continuar la lucha por un gobierno popular, para tomar en sus manos la dirección de sus propios destinos.

Sean cuales fueren las circunstancias en que se de la lucha, lo fundamental es y será siempre la presencia del pueblo, el combate de las masas y el papel dirigente que debe jugar la clase obrera.

¡A seguir, pues, oponiendo una valla infranqueable a los designios golpistas, cualquiera que sea su procedencia, y a continuar, al mismo tiempo, la lucha combativa de las masas populares por sus reivindicaciones inmediatas, contra la política reaccionaria del gobierno, por desbrozar su propio camino victorioso!

9. Unidad Popular para conquistar el poder

La clave para resolver la cuestión del poder en favor del pueblo está en la unión de sus fuerzas, en la construcción de la Unidad Popular. La actitud en relación a este problema se va convirtiendo en la piedra de toque para el triunfo del pueblo.

La lucha por la unidad popular ha sido y es una actitud revolucionaria permanente de los comunistas, dentro y fuera de las contiendas electorales. Brengamos por una unidad combativa, que se exprese en todas las batallas, grandes y pequeñas; se forje en torno a un programa común, al margen de caudi-

llos mesiánicos, alrededor de la clase obrera, asegurando al mismo tiempo que las demás clases y capas sociales progresistas y sus expresiones políticas tengan y asuman las responsabilidades correspondientes.

La Unidad Popular avanza. No pocas dificultades han sido ya vencidas, lo cual permite que en estos instantes todos los partidos y movimientos de izquierda se agrupen en un Comité Coordinador, se reúnan en una misma mesa para elaborar un programa común y estén animados por el propósito de dar juntos la contienda presidencial del año venidero. Las dificultades que subsisten pueden y deben ser superadas. Nos dirigimos a todas las fuerzas populares, cuyos representantes se hallan en la sesión inaugural de este Congreso, para expresarles nuestra fundada esperanza de que todos seguiremos haciendo los empeños y hasta los sacrificios que sean necesarios para llevar adelante la Unidad Popular y enfrentar en un solo bloque todos los combates del presente y del porvenir.

Nos dirigimos en especial a nuestros camaradas socialistas. Casi 14 años han probado la solidez del entendimiento entre nuestros partidos. Ni los reveses inherentes a tan larga lucha, ni las maniobras e intrigas del enemigo han podido romper este entendimiento. El se basa en la lucha por los intereses de los trabajadores, por la revolución antiimperialista y antioligárquica y por el socialismo. En estas grandes causas nuestras coincidencias son fundamentales. Esperamos que las diferencias que nos distancian no pongan jamás en peligro la unidad socialista-comunista y que los aspectos conflictivos no vuelvan a primar en ningún momento.

Entre las luchas políticas más importantes del período que se abre están las elecciones presidenciales. El pueblo debe dar unido esta batalla. Esta unidad tiene que forjarse en torno a un programa, a una concepción de poder y a un acuerdo sobre gobierno. Todos los chilenos deben saber claramente qué queremos hacer y cómo queremos gobernar. Acerca de esto último, los comunistas declaramos que no estamos por que se entregue a un solo hombre, o a un solo partido, la responsabilidad del poder. Todos somos y debemos ser parte de la oración. De común acuerdo, todos debemos llevar a cabo los cambios revolucionarios.

Hemos proclamado nuestro propio candidato, el camarada Pablo Neruda. Su postulación ha concitado el entusiasmo y el fervor revolucionario de vastos sectores ciudadanos más allá de las fronteras partidarias. Neruda representa el partido, su lucha, su programa, su intransigencia con los enemigos del pueblo, su resuelta política de unidad. Es, además, una figura de la Patria, uno de los valores más grandes que haya tenido la nación. Por todo esto, el partido y muchos chilenos sin partido desean ardientemente que Neruda sea proclamado candidato de la Unidad Popular. Pero no decimos ni diremos: "Pablo Neruda o ningún otro", ni "nuestro candidato o no hay Unidad Popular". Esto no respondería a nuestra posición.

10. El carácter de la revolución chilena y del nuevo estado

El objetivo de la Unidad Popular es alcanzar el poder y hacer la revolución.

Para los marxistas, el contenido del nuevo poder y el carácter de esta revolución están determinados ante todo por la realidad. No se pueden establecer subjetivamente ni someterse a esquemas artificiales, so peligro de retrasar el proceso. Son configurados por el tipo de contradicciones fundamentales que hay en la sociedad, por el significado concreto de los cambios revolucionarios que están al orden del día, por los intereses comunes, del conjunto de las clases que participan en la transformación social y por el cuadro internacional en que está inscrita la revolución chilena.

En virtud de ello, el poder popular que queremos generar y la revolución que necesitamos hacer son, por su esencia y objetivos, antiimperialistas y antioligárquicos con la perspectiva del socialismo. De ahí que, dicho sea de paso, no nos parezcan serios y sí carentes de rigor científico, aquellos planteamientos que suelen hacerse en el sentido de darle ya un carácter socialista a todo el proceso revolucionario que hoy debemos operar. El camino hacia el socialismo pasa a través de las transformaciones antiimperialistas y antioligárquicas. Y no ayudan precisamente al socialismo, sino todo lo contrario, las desfiguraciones del verdadero contenido de la revolución chilena, aunque en muchos casos sólo se trate de desfiguraciones verbales. El paso de la revolución antiimperialista y antioligárquica a la revolución socialista puede ser muy rápido y constituir un proceso continuo y único, como ocurrió en Cuba, por ejemplo. Por esto mismo y para ello, el acento hay que ponerlo en las tareas concretas que corresponden a cada momento histórico.

Lo más revolucionario es y será siempre poner el dedo en la llaga y propiciar con toda energía los cambios que hoy están planteados objetivamente y en torno a los cuales es posible unir a la mayoría del pueblo y avanzar hacia el socialismo. No hay nada más revolucionario que proponerse ahora la erradicación del imperialismo, la liquidación de todos los centros de poder de la oligarquía y demás transformaciones que contempla el Programa de nuestro partido. Se quedan atrás los que no propugnan las transformaciones revolucionarias concretas de ahora o no actúan consecuentemente. Y más allá de quienes planteamos dichas tareas y sostenemos al mismo tiempo la necesidad de abrirse paso al socialismo, no hay nadie que pueda estar adelante, cualesquiera que sean las frases que se pongan en uso.

La recuperación de las industrias básicas en poder del imperialismo, la nacionalización de la banca, del comercio exterior, del acero, el cemento y demás empresas monopólicas y la aplicación de drásticas medidas dirigidas a terminar con el latifundio y poner la tierra en manos de los campesinos, son las transformaciones fundamentales e insoslayables a través de las cuales se deben romper las trabas que obstaculizan el progreso del país en todos los sentidos. Constituyen la base para que Chile dé un salto hacia adelante.

Tales medidas permitirán poner en manos del nuevo Estado cuantiosos recursos, funciones y palancas fundamentales para aumentar substancialmente la inversión y la producción, levantar nuevas industrias, financiar una reforma agraria acelerada y profunda, entrar a resolver el angustioso problema de la vivienda, atender las necesidades relativas a la salud, la educación y la cultura, terminar con la cesantía y redistribuir la renta nacional en favor de los trabajadores y del pueblo.

Junto a todos los que viven de un sueldo y un salario y a los centenares de miles de artesanos y trabajadores por cuenta propia, serán beneficiados con estas medidas los pequeños y medianos empresarios de la industria, la agricultura y el comercio. Estos se verán libres de la expropiación de los monopolios, de las condiciones leoninas que les imponen en su trato de la competencia que los mortifica y muchas veces los conduce a la quiebra. Además, podrán disponer de mayor margen de créditos, pagar menos impuestos y contar con un mercado más amplio para sus ventas.

En las condiciones que serán creadas con la liberación del país respecto del yugo de la oligarquía y del imperialismo, se ensanchará también el campo para el aprovechamiento de todas las capacidades de los trabajadores calificados, de los profesionales, técnicos, artistas y escritores.

El Partido Comunista considera que en la etapa de las transformaciones antiimperialistas y antioligárquicas, bajo el gobierno popular que nos proponemos crear, existirán diversos tipos de economía, a saber: la pequeña producción mercantil, aquella que va al mercado y que se basa en el trabajo personal o del grupo familiar de los artesanos, de los campesinos y propietarios de talleres; el capitalismo privado, constituido por el sector de los pequeños y medianos empresarios cuyos medios de producción no serán expropiados; el capitalismo de Estado, fruto de diversas formas de asociación o colaboración entre el poder popular y los capitalistas, y el sector público o estatal de la economía.

Mediante la nacionalización de las empresas imperialistas, de las industrias fundamentales, de la banca y demás medidas antioligárquicas, aumentará apreciablemente el sector público de la economía y el poder del nuevo Estado. Sobre la base del sector estatal y de las cooperativas que deberán promoverse en la industria y en la agricultura, será posible planificar la producción en forma orgánica y armónica y avanzar al socialismo.

El paso al socialismo no estará libre de conflictos. Pero habrá de llevarse a cabo, a nuestro juicio, teniendo en cuenta que habrá capitalistas que estarán de acuerdo en dar y recibir un trato amistoso en el nuevo régimen.

Paralelamente a estas transformaciones, se pondrán en marcha los cambios de la superestructura, se irá a la creación de un nuevo sistema político, cuyo rasgo fundamental será que el Estado y todo su aparato, sus funciones y recursos se pondrán al servicio del pueblo y estarán en manos del pueblo, de las clases y capas progresistas, que son el 90% de la población.

Como lo señaló nuestro partido en su manifiesto al pueblo, de diciembre de 1968:

“Chile necesita un gobierno popular antiimperialista y antioligárquico, que tenga el apoyo de la mayoría nacional, constituido por todos los partidos y co-

rrientes que coincidan en un programa de transformaciones revolucionarias. En él deben estar los obreros, los campesinos, los empleados, las mujeres, los jóvenes, los pequeños y medianos empresarios, no sólo a través de los partidos que los interpretan, sino también mediante representantes de sus organizaciones de masas en las instituciones y escalones correspondientes de la Administración del Estado”.

“Nos pronunciamos, pues, por un gobierno popular pluripartidista, amplio, fuerte, revolucionario, realizador, que le asegure al país estabilidad democrática y acelerado progreso social, económico y político y le dé al pueblo plena libertad”.

“Desde el punto de vista de los intereses de las clases mayoritarias que constituyen el pueblo en su más amplia acepción, y partiendo del carácter de las contradicciones y de las transformaciones sociales que están en el orden del día, se necesita un gobierno que se apoye en todas las fuerzas avanzadas de la sociedad y sólo tenga en su contra los sectores más retardatarios”.

“Esta necesidad se hace todavía más perentoria en razón de los peligros de agresiones, cercos y provocaciones que provienen del imperialismo norteamericano y de los gobiernos gorilas del continente y en virtud también de las tentativas del golpe de Estado que pudieran surgir de los sectores más reaccionarios del propio país”.

“Un gobierno popular que reúna en su seno a la mayoría nacional será capaz de vencer los obstáculos internos y externos que se oponen a las transformaciones, dará lugar al despliegue de todas las fuerzas revolucionarias que existen en la sociedad chilena y abrirá el camino hacia el socialismo. En las condiciones de nuestro país, cuanto más amplio sea este gobierno, más firme, revolucionario y operante también lo será”.

Queremos agregar que en un gobierno popular concebimos la existencia de la oposición, dentro de los marcos de las leyes del país, las que estarán inspiradas, por supuesto, en los intereses del pueblo y no de los privilegiados.

Como dice nuestro documento de Convocatoria:

“Los comunistas consideramos que en un régimen de gobierno popular y, más adelante, en las condiciones del socialismo, todas las corrientes populares mantendrán sus propios perfiles, todas las creencias religiosas serán respetadas, existirá por tanto pluralismo ideológico y político, sin perjuicio de la lucha de cada cual por sus propias ideas”.

Que nadie derive de estos planteamientos la más mínima tendencia al liberalismo político, ni mucho menos la idea de que nosotros pudiéramos pensar que las formas prácticas que concebimos para nuestro país deban tener aplicación en todas las latitudes, en todos los países, incluso en las naciones que hace tiempo tomaron la senda del socialismo. En varias de éstas, por razones históricas muy específicas, no existe, por ejemplo, el pluripartidismo, y sería absurdo que hoy día allí se permitiera que formen partidos políticos los restos de las clases reaccionarias desplazadas, que en la revolución y en la Segunda Guerra Mundial se pusieron al lado del imperialismo y el fascismo.

No se trata de eso. Tampoco se trata de que nosotros olvidemos el carácter de clase que debe tener el gobierno popular. Esto lo tenemos presente. Esti-

mamos que el gobierno popular que propiciamos será el más democrático de cuantos haya tenido el país, pero también sabrá emplear su fuerza y autoridad para imponer, a través de las leyes que se dé el pueblo, la voluntad de la mayoría nacional para vencer la resistencia de la minoría.

El proletariado –por ser la clase más organizada, por su conciencia política y nivel de combatividad, por el lugar que ocupa en la producción social, porque no tiene nada que perder sino sus cadenas y sí un mundo que ganar, porque su causa se confunde con la causa general del pueblo y de la nación– es la única fuerza social que puede garantizar las mejores soluciones frente a las dificultades que han de surgir y, por tanto, puede asegurar la marcha victoriosa del proceso revolucionario. Desempeñará tal rol a condición, por cierto, de que en todo momento esté presente con sus luchas, desarrolle todavía más su organización, extienda y consolide sus vínculos con los campesinos y las capas populares no proletarias de la ciudad, eleve aún más su conciencia de clase, cierre filas en torno al Partido Comunista y éste mantenga y propague con firmeza la ideología del marxismo-leninismo.

11. La lucha por la libertad

A fin de llevar agua a su molino y de impedir la unidad del pueblo, el enemigo de clase desfigura nuestra política, la presenta como si ella fuera maquiavélica. Pretende hacer creer a nuestros aliados actuales y potenciales que andamos con un puñal bajo el poncho, que queremos utilizarlos para que nos ayuden a conseguir tales y cuales objetivos y luego dejarlos de lado y aplastarlos, poniendo fin a las libertades y creando un sistema de partido único.

La verdad es que el comunismo es el único movimiento que en la historia se ha planteado correctamente el problema de la libertad.

En el capitalismo la libertad tiene un límite, la propiedad capitalista sobre los medios de producción, en virtud de lo cual hay una distancia sideral entre las palabras de la burguesía y la realidad del régimen burgués, entre lo que suelen proclamar las constituciones y la situación concreta bajo el capitalismo.

En el régimen burgués los trabajadores no disponen ni siquiera de la libertad de vender su fuerza de trabajo. Se hallan muy restringidos o son letra muerta los derechos a la educación, a la cultura, a la recreación, al descanso y otros de que tanto se blasona. La libertad de prensa se traduce en el monopolio de los capitalistas sobre los medios de difusión. La libertad de opinión, de reunión, de asociación y todas en general existen sólo en contados países capitalistas, con fuertes limitaciones y únicamente en la medida en que los trabajadores las han conquistado a través de sus luchas y a costa de su sangre.

En cambio, en el socialismo, los citados derechos y libertades son una realidad para el pueblo. Por encima de las deformaciones y errores cometidos en uno que otro país socialista, no cabe comparación alguna entre uno y otro sistema. En el sistema socialista hay más libertad.

La revolución socialista resuelve correctamente el problema de la libertad porque elimina la explotación del hombre por el hombre y abre las puertas para que la sociedad pase al comunismo.

La libertad evoluciona con el perfeccionamiento de las relaciones sociales de producción entre los hombres.

El capitalismo, en sus comienzos, liberó a los esclavos y siervos para disponer de mano de obra asalariada y atacó los derechos y libertades de la monarquía, la nobleza y los señores feudales. A la vez implantó una nueva forma de esclavitud. Hoy en día, restringe, conculca o aplasta las libertades para mantener en pie la esclavitud asalariada, en el afán de perpetuar las viejas relaciones de producción.

El socialismo libera a los trabajadores de la esclavitud capitalista y para ello le niega al capitalista lo que para éste constituye su más sagrada libertad: la de apropiarse del trabajo ajeno y vivir a costillas de los demás. Y, a diferencia del capitalismo, el socialismo no establece nuevas formas de opresión y sólo limita o suprime las libertades de las clases desplazadas del poder, en función de las nuevas relaciones de producción, en función de crear las bases materiales y sociales que permitan ampliar más y más la libertad.

Nuestros puntos de vista sobre la libertad los expresamos, pues, abiertamente, sin hipocresías. No andamos con santos tapados. Somos francos en decir que, a fin de que el pueblo tenga libertades y derechos reales, necesariamente hay que terminar con los monopolios extranjeros e internos y, por tanto, con aquellos instrumentos y canales de que disponen para saquear el país y que constituyen "su" libertad. Del mismo modo, hay que meter en cintura a los reaccionarios que, una vez conquistado un gobierno del pueblo, pretendan alzarse contra los intereses y la voluntad mayoritaria de la nación.

Respecto de las distintas fuerzas que hay en el movimiento popular, estamos por su entendimiento y su colaboración sin ningún límite en el tiempo. De consiguiente, no tenemos segundas intenciones en el trato con ellas.

Naturalmente, a medida que se avance en las transformaciones sociales, se pueden producir cambios en la correlación de fuerzas. Nuevos sectores se sumarán al torrente revolucionario y la mayoría del país querrá siempre seguir adelante, en tanto que ciertos grupos tratarán de marcar el paso o de volver hacia atrás. Este es un fenómeno que se puede dar, sin que nada tenga que ver con supuestas actitudes preconcebidas de nuestra parte en el sentido de abandonar más adelante a algunos aliados de hoy.

De lo dicho se desprende también que en nuestro país debe subsistir el pluripartidismo incluso en el socialismo. El sistema de partido único no es condición indispensable de la edificación del socialismo.

12. El programa del partido

A la consideración de este Congreso será sometido el proyecto de nueva redacción de nuestro Programa. En este documento está nuestra opinión sobre todos los problemas cardinales de la revolución chilena.

En él se reafirma la línea estratégica vigente hasta hoy. Su nueva redacción ha sido necesaria en razón de algunos cambios que se han producido en la realidad nacional e internacional y de la maduración ideológica y política de nuestro partido, que le permiten hacer formulaciones más acertadas y científicas.

cas sobre asuntos que ayer se insinuaban o respecto de los cuales no se tenía suficiente experiencia o faltaba una reflexión más profunda.

El Programa tiene una nueva estructura. La que se propone nos parece mejor, más clara, más directa, más concreta. Se han eliminado referencias y apreciaciones que han quedado "out side". La reforma agraria y la reforma universitaria se plantean ahora teniendo en cuenta lo nuevo que hay en ambas materias.

Se incorporan al Programa problemas que no habíamos considerado como los relativos a la estructura y el funcionamiento del gobierno popular, a la concepción que tenemos sobre el poder popular, a las Fuerzas Armadas y a los derechos del pueblo mapuche. También se les da el relieve correspondiente a las capas medias.

El Programa con el cual hemos trabajado hasta hoy ha desempeñado un gran papel en la actividad de nuestro partido y en la política nacional. La nueva redacción que se propone, a través de mejores planteamientos, del enfoque de nuevos problemas y hasta de simples cambios de palabras le da al Programa del partido mayor riqueza ideológica y precisión científica y, por lo tanto, más fuerza y capacidad movilizadora.

En relación al problema de las vías de la revolución, se hace un planteamiento más breve y más de acuerdo con el nuevo panorama social. El nuevo texto del Programa sostiene que "la revolución es un proceso múltiple vinculado a todas las luchas que viene librando nuestro pueblo y que *sus vías se determinan en conformidad a la situación histórica, pero siempre han de basarse en la actividad de las masas*".

En consecuencia, la salida revolucionaria no está asociada, obligatoriamente, a una vía determinada.

Esto no quiere decir, claro está, que desalojemos la posibilidad de la vía no armada, ni que participemos, siquiera en alguna medida, con la tesis de Miles Wolpin, pseudo marxista norteamericano que ha pretendido probar la imposibilidad de que la izquierda chilena gane las elecciones presidenciales de 1970.

Cuando nosotros hablamos de la pugna por el poder, no estamos pensando exclusivamente en las posibilidades electorales de 1970. Tal pugna existe independientemente de esas elecciones y dentro y fuera del marco electoral.

Las premisas de aquella tesis son casi todas reales. Su autor sostiene con razón que las clases dominantes en nuestro país tienen en sus manos prácticamente todos los medios publicitarios, otros mecanismos y el dinero suficiente para formar y deformar la opinión pública, de lo cual extrae, sin embargo, una conclusión falsa. Porque esa misma tesis se podría aplicar en otro plano, sacando, por ejemplo, la cuenta de las armas que están en poder o al servicio de la burguesía y, de acuerdo a tan original lógica, la imposibilidad de una victoria popular por un camino armado sería mucho más clara. Lo que ese pseudo "marxista" norteamericano no ha tenido en cuenta es una verdad elemental del marxismo: que las revoluciones responden a leyes objetivas y se abren paso, derribando todos los obstáculos, cuando su hora ha sonado, cuando el salto histórico constituye una exigencia social y el pueblo está en condiciones de darlo y se decide a darlo.

Respecto de la reforma agraria, el nuevo texto del Programa llama la atención en cuanto a que no se han resuelto los problemas del agro y los latifundistas mantienen posiciones muy fuertes en el campo. Plantea la necesidad de modificar substancialmente la ley de 1967, reduciendo la reserva no expropiable, eliminando las exenciones que favorecen a los terratenientes, haciendo extensivas las expropiaciones a todo tipo de latifundios y a sus instalaciones, maquinarias, industrias, aperos y ganado. Al mismo tiempo, señala la conveniencia de que los representantes de las organizaciones campesinas tengan una participación preponderante en los organismos de la reforma agraria y que se entreguen títulos de dominio a los campesinos que reciben tierra de los latifundios expropiados por la CORA y también a los miembros de las comunidades y a los ocupantes de tierras fiscales.

En cuanto a las Fuerzas Armadas, el Programa aboga por una concepción moderna, patriótica y popular de la defensa nacional. En virtud de ello, se formulan las siguientes cuestiones esenciales: que se afiance en todas las ramas de la Defensa su carácter nacional, completamente reñido con cualquier empleo que se pretenda hacer de ellas para reprimir al pueblo o participar en acciones que interesen a potencias extrañas, lo cual podrá lograrse en debida forma en las condiciones de un Gobierno Popular; y que, sobre tales bases, se les aseguren los medios materiales y técnicos y un justo y democrático sistema de remuneraciones, ascensos y retiro.

En nuestro país hay alrededor de medio millón de mapuches, el 5% de la población total, la mayor parte de ellos concentrados en la zona que va del Bío-Bío hasta la provincia de Osorno. Consideramos que el Gobierno Popular debe reconocerles el derecho a la co-administración de las regiones en que habitan y que debe garantizarles la enseñanza en su propia lengua, además del español. Este mismo derecho debe reconocérseles a los pascuenses y minorías étnicas del Norte Grande.

Al incorporar al Programa de nuestro partido los derechos de los mapuches, queremos llenar un vacío serio en nuestra política, entregarle al pueblo aborigen una bandera de lucha por su progreso, su bienestar y el florecimiento de su cultura. Tenemos confianza en que la clase obrera, las masas populares, lo apoyarán resueltamente con vista a poner fin al estado de abandono y de desigualdad en que las clases dominantes lo han mantenido hasta hoy.

Camaradas:

Desde el anterior al presente Congreso, durante todo el período del gobierno demócratacristiano, el pueblo ha vivido nuevas experiencias.

Los Convenios del Cobre y la llamada Nacionalización Pactada con la Anaconda, la constitución de sociedades mixtas con el imperialismo en el salitre, la petroquímica y otros campos; el aumento de la deuda externa, la política de salarios, de devaluaciones monetarias y de inflación, y las brutales masacres de El Salvador, Santiago y Puerto Montt han marcado a fuego al gobierno del Sr. Frei.

Han despertado nuevas fuerzas sociales, especialmente el campesinado y vastos sectores de pobladores y mujeres. Estas últimas, tan halagadas por la Democracia Cristiana, le vuelven las espaldas.

Este despertar es producto del avance social, fruto de la actividad de las fuerzas revolucionarias y también del empuje inicial de una parte de la Democracia Cristiana, al mismo tiempo que de su fracaso.

Después de la experiencia demócratacristiana, la necesidad de un Gobierno Popular se hace más imperiosa y los cambios revolucionarios más urgentes y profundos.

Hemos hablado de los obstáculos y peligros que se interponen en el camino. Tenemos claro que el enemigo tiene todavía no pocas posibilidades y capacidad de maniobra. No le faltan salidas en la situación actual, pero la clase obrera y el pueblo de Chile tienen, por su parte, fuerzas suficientes para arrinconarlo, aislarlo y derrotarlo, para vencerlo, transformarse en Gobierno y abrirse paso al porvenir.

Este Congreso está llamado a reafirmar posiciones y a entregar nuevas perspectivas y banderas de combate en pos de la victoria del pueblo.

13. Ante el centenario de Lenin

Se reúne en vísperas de la celebración de un magno acontecimiento, el centenario del natalicio de Vladimir Ilich Lenin, el creador del Partido Bolchevique, el artífice de la primera revolución socialista victoriosa, la Gran Revolución de Octubre.

Con este motivo, queremos expresar el profundo orgullo revolucionario que sentimos los comunistas chilenos de ser discípulos de Lenin y de formar en las filas de un Partido Comunista que nació en las entrañas de la clase obrera del fragor de la lucha de clases y al calor de la Revolución de Octubre.

Permítaseme expresar a la delegación del Partido Comunista de la Unión Soviética, y a través de ella a todos los soviéticos, la honda admiración que sentimos por el genio de Lenin, el hombre que más ha hecho por la más grande de las transformaciones sociales, por que la Humanidad salga para siempre de toda forma de opresión y los dones de la naturaleza y los frutos del trabajo sean para todos.

El genio de Lenin se expresó en varios campos, particularmente en la economía, la política y la filosofía.

Sacó a luz el marxismo, que después de la muerte de Marx y Engels había sido enterrado por los oportunistas de la Segunda Internacional y lo desarrolló creadoramente. Estudió en profundidad el capitalismo en su etapa monopolista, descubrió y formuló la ley del desarrollo desigual del capitalismo y sentó con ella la tesis de la revolución socialista por separado, incluso en un solo país.

Puso de relieve las leyes generales de la revolución, señaló científicamente los objetivos concretos de la revolución democrático-burguesa y de la revolución socialista, las diferencias y conexiones que hay entre ellas, la posibilidad de hacer de ambas un solo proceso revolucionario si el proletariado toma la

dirección en uno y otro caso. En relación con esto, desentrañó la importancia revolucionaria del campesinado como aliado natural de la clase obrera y enseñó a considerar atentamente y con realismo las complejidades que presenta la vida y la necesidad de dominar todas las formas de lucha.

Desarrolló la teoría del Estado en general y de la dictadura del proletariado en particular. Esta teoría marcó la diferencia entre los que tomaron la senda de la revolución o el camino de la colaboración de clase, entre los reformistas y los revolucionarios en el campo de los partidarios del socialismo.

Dio una solución teórica –y también práctica en el vasto ámbito del viejo imperio zarista– al problema de las nacionalidades, a la cuestión nacional.

Comprendió la fuerza revolucionaria de los pueblos oprimidos por el imperialismo, la importancia de su lucha liberadora y su conexión con la revolución socialista mundial.

Le dio al principio del internacionalismo proletario todo el valor teórico y práctico que tiene en la lucha contra el imperialismo, por el paso del capitalismo al socialismo.

Creó un nuevo tipo de partido capaz de organizar, orientar y dirigir a las masas de encabezar el asalto a la Bastilla capitalista y de construir en seguida el socialismo.

Le confirió a la lucha ideológica una gran significación revolucionaria, y él mismo, personalmente, enfrentó a los enemigos abiertos y encubiertos del marxismo, desenmascaró a los oportunistas tanto de izquierda como de derecha. Esta lucha ideológica librada por Lenin le dio al Partido Comunista de la URSS y a todos los partidos comunistas que se guían por el leninismo, la firmeza de principios, la solidez ideológica, la unidad política y la capacidad revolucionaria que los caracteriza.

En todo el mundo se prepara la celebración del centenario de Lenin.

Lenin se merece los más grandes homenajes de admiración de cariño, las más efusivas expresiones de gratitud por su obra gigantesca.

Pero no se trata sólo de esto. Se trata ante todo de celebrar el centenario de Lenin en actitud de combate. Para ello, junto con aplicar todas las tareas del partido que emanarán de este Congreso, hay que levantar más alta la bandera del leninismo en la lucha por la ideología proletaria. El genio de Lenin no ha muerto. Sus aportes teóricos a la revolución permanecen vivos y actuales.

Lenin enfrentó dificultades colosales, tanto en el período de preparación de la revolución como en la revolución misma, en el afianzamiento del Poder Soviético y en los primeros pasos de la edificación socialista. Pero él depositó una fe ilimitada en las fuerzas revolucionarias del pueblo con pleno dominio de las leyes del desarrollo histórico. ¡Y venció!

Este es un ejemplo de inmenso valor para el movimiento revolucionario de todo el mundo y, por lo tanto, también para nosotros.

Los obstáculos que tenemos por delante no son de poca monta. En definitiva, corresponden a una situación que tiene entre sus rasgos más característicos la pujanza de la clase obrera chilena, el avance del movimiento social la agudización de las contradicciones de clase, la intensificación de la pugna por el poder. Y en medio de un panorama como este no sólo existen obstáculos y

peligros, sino también inmensas perspectivas revolucionarias, la posibilidad real de que el pueblo dé su palabra y conquiste el gobierno.

En este momento crucial, el Partido Comunista reafirma su decisión de combate y llama al pueblo entero a volcar todas sus energías con el fin de que un nuevo día ilumine en la historia de la Patria.

¡Viva el Partido Comunista!
¡Viva la Unidad Popular!
¡Viva el internacionalismo proletario!
¡Viva Chile!

www.cepchile.cl

Estatutos del Partido Comunista de Chile

Aprobados en el XIV Congreso Nacional realizado del 23 al 29 de noviembre de 1969

Introducción

Los Estatutos del Partido Comunista de Chile son la ley que rige su vida interna. El partido está organizado bajo una dirección única y sometido a unos Estatutos que dan iguales derechos a sus militantes independientemente del puesto que ocupen y a cada cual le señalan sus deberes.

Los objetivos revolucionarios sólo pueden conseguirse si el partido en su conjunto lucha unido, como un solo cuerpo, y se guía en todos sus niveles por las normas establecidas en sus Estatutos.

El Partido Comunista es la organización política de la clase obrera, su forma superior de organización. Constituye el Estado Mayor de la clase obrera y del pueblo. Como tal requiere que todos sus miembros actúen con una sola voluntad, unidos bajo una disciplina única. Esta disciplina se adquiere y fortalece en la discusión democrática que se realiza constantemente en la célula y demás organizaciones del partido. Es, por lo tanto, una disciplina consciente. Pero la disciplina leninista exige, además, la más completa unidad de acción del conjunto de los militantes. Por ello los Estatutos señalan que una vez adoptada una resolución debe ser cumplida tanto por los que estuvieron de acuerdo con ella como por quienes sostuvieron una opinión contraria. La unidad de acción del partido impone, también, la prohibición de toda clase de grupos o fracciones en el interior de nuestra organización. Solamente el cumplimiento disciplinado, por el conjunto del partido, de las resoluciones de los organismos superiores, puede conducirnos a la victoria contra un enemigo tan poderoso como el imperialismo y la oligarquía.

El Partido Comunista es la organización de vanguardia de la clase obrera y del pueblo. Pueden ingresar a él todas las personas que estén dispuestas a luchar por los objetivos que señala el Programa del partido, que se dispongan a asimilar la doctrina marxista leninista, respondan a una organización de base, la célula y cancelen en ella su cotización. El conjunto de estos requisitos, deberes de todo comunista permite al partido contar con activos luchadores por la paz, contra el imperialismo y la oligarquía, por todos los derechos y reivindicaciones del pueblo, por un auténtico gobierno popular y por el socialismo.

Pertenecer al Partido Comunista es un honor y un orgullo para cada uno de sus militantes.

Título I: Del partido, sus fines y su emblema

Artículo 1º

El Partido Comunista de Chile es el partido de la clase obrera, constituido por la unión consciente y voluntaria de los que aspiran al comunismo.

El Partido Comunista de Chile se guía en su acción por los principios del socialismo científico, el marxismo-leninismo. Su Programa, fundamentado en estos principios, contempla las tareas correspondientes a la revolución nacional liberadora, antiimperialista y antioligárquica, con la perspectiva del socialismo. Para realizar estas tareas se propone unir a la mayoría de la población y alcanzar a través de la lucha de las masas la formación de un gobierno popular.

El Partido Comunista de Chile se plantea impulsar el progreso del país en forma ininterrumpida, avanzando más adelante hacia la creación de una sociedad socialista y, después, comunista. La misión histórica del comunismo es liberar al hombre de toda forma de explotación, de la desigualdad social y de la guerra.

El Partido Comunista de Chile desarrolla su actividad orgánica de acuerdo a las normas leninistas, a los principios de la dirección colectiva, del centralismo democrático, de la actividad e iniciativa de sus militantes y de la crítica y autocrítica.

Artículo 2º

El Partido Comunista de Chile es parte integrante del movimiento comunista y obrero internacional. Considera deber fundamental, en interés de nuestro pueblo, practicar y defender los principios del internacionalismo proletario y contribuir activamente al fortalecimiento de la unidad del movimiento comunista y a la solidaridad con los pueblos que enfrentan al imperialismo.

Artículo 3º

El emblema del partido es una hoz y un martillo cruzados, rodeados de dos espigas entrelazadas, simbolizando la unidad de los obreros con los campesinos.

En el emblema del partido la hoz y el martillo serán de color blanco, ubicados sobre un círculo dividido en dos, de color azul en su parte superior y de rojo en la inferior. Las espigas serán de color amarillo o dorado. Sobre la punta de las espigas debe llevar una estrella de color blanco.

El himno del partido es "La Internacional".

Título II: De los militantes

Artículo 4º

Podrá ingresar como militante del Partido Comunista de Chile todo chileno o extranjero residente, mayor de 18 años de edad, que acepte el Programa y los Estatutos.

El partido velará porque los militantes de menos de 25 años que ingresen a sus filas, se incorporen a las Juventudes Comunistas.

Artículo 5º

La aprobación del ingreso de militantes al partido se hace de manera individual.

El ingreso del militante se realiza a través de la célula y a ella se incorpora inmediatamente de ser aceptado.

El Comité Local tomará conocimiento de la incorporación del nuevo militante a través de la ficha de ingreso, y le corresponde ratificar la aceptación.

Si el lugar de residencia o de trabajo del militante no corresponde a la célula en que ingresó, el Comité Local le dará otra ubicación.

Para resolver la solicitud de ingreso al partido de dirigentes o grupos de militantes de otras organizaciones políticas será necesario, además de la ratificación de los Comités Locales y Regionales correspondientes, la del Comité Central.

Sólo el Comité Central puede resolver el ingreso colectivo de organizaciones políticas.

Al ingresar a nuestra organización, el nuevo militante debe formular una promesa. Su texto es el siguiente:

Promesa

Prometo la más firme lealtad a los principios del marxismo-leninismo y al Programa del Partido Comunista de Chile, fortalecer su unidad y disciplina, observar el cumplimiento de sus Estatutos y combatir incansablemente por la aplicación de su línea política en defensa de los supremos intereses de la clase obrera y el pueblo, y por el advenimiento del socialismo y del comunismo en Chile.

Título III: De los deberes de los militantes del partido

Artículo 6º

El militante del partido tiene el deber de:

a) Fortalecer por todos los medios la unidad del partido, condición principal de su fuerza y poderío.

b) Ser un activo combatiente y participar en forma creadora en la aplicación de la línea política del partido. Luchar para que se lleven a la práctica las resoluciones y participar concretamente en su cumplimiento.

c) Estrechar día a día los vínculos con las masas, preocuparse oportunamente de sus problemas y necesidades, luchar junto a ellas para que alcancen sus reivindicaciones inmediatas y mediatas; divulgar ampliamente la política y resoluciones del partido y asumir permanentemente la defensa de su línea.

d) Tener siempre presente que la grandeza del partido reside en sus principios y en la fidelidad a ellos.

e) Trabajar permanentemente por reclutar nuevos militantes para hacer cada vez más estrechos y sólidos sus lazos de unión con la clase obrera y el pueblo.

f) Esforzarse por elevar continuamente su nivel ideológico y político asimilando los fundamentos del marxismo-leninismo a través del estudio individual y colectivo, a fin de alcanzar un mayor grado de conciencia revolucionaria; estudiar y difundir la prensa, la literatura y demás publicaciones del partido.

g) Observar fielmente la disciplina del partido, que es obligatoria por igual para todos los militantes, independientemente de sus méritos y de los cargos que ocupen.

h) Aplicar y desarrollar en los organismos de base y de dirección la crítica y la autocrítica para corregir oportunamente los errores y defectos en el trabajo, luchar contra la tendencia a encontrarlo todo bueno y contra el conformismo por los éxitos obtenidos y, a la vez, luchar contra la tendencia a encontrarlo todo malo y negativo.

i) Dar a conocer a los organismos dirigentes del partido, incluso al Comité Central, los defectos y errores en el trabajo, sean éstos de una de las organizaciones, de sus militantes o de sus dirigentes.

j) Ser veraz y honrado, no ocultar ni tergiversar la verdad ante el partido.

k) Ceñir su vida pública y privada a los principios de la moral comunista, velar por la correcta formación de sus hijos, ser un ejemplo en el hogar y buen camarada con sus compañeros de trabajo y sus vecinos.

l) Desarrollar la solidaridad y la fraternidad de clase.

ll) Velar por que se cumplan fielmente las normas relativas a la acertada selección de los cuadros de acuerdo con sus cualidades políticas y prácticas, y no dejarse influir, al efectuar proposiciones o adoptar resoluciones sobre promoción de cuadros, por relaciones de amistad o consideraciones de favoritismo.

m) Ejercer la vigilancia política y guardar reserva sobre las cuestiones que estime convenientes el partido.

n) Pertenecer a su respectivo sindicato o a la organización de masas que guarde relación con su trabajo o actividad, debiendo cooperar a su fortalecimiento y desarrollo y esforzarse por crear las organizaciones de lucha de la clase obrera y del pueblo donde no las haya.

ñ) Velar por el más amplio respeto a los principios democráticos en las organizaciones de masas.

o) Participar activamente en los movimientos de solidaridad internacional con los proletarios, trabajadores y combatientes progresistas de todos los pueblos, que luchan contra el imperialismo y la opresión de sus clases dominantes.

p) No mantener relaciones personales de amistad con trotskistas, expulsados u otros enemigos reconocidos del partido, de la clase obrera y del pueblo y mantener vigilancia sobre las actividades de estos elementos.

q) Luchar contra toda tendencia caudillesca, manteniendo la sencillez y modestia comunistas como una de la cuestiones esenciales en la vida del militante, y

r) Ser un activo combatiente luchador por la paz y divulgar los principios y realizaciones del socialismo.

Título IV: De los derechos de los militantes

Artículo 7º

El miembro del partido tiene derecho a:

a) Plantear en cualquier momento, en los organismos respectivos, el examen de los problemas concretos que contribuyan a la aplicación de la línea política del partido. Para ello, podrá dirigirse a cualquier organismo regular del partido, incluso al Comité Central.

b) Tomar parte, en los períodos de preparación del Congreso Nacional, en la elaboración de la línea política, pudiendo abrir discusión sobre cualquier aspecto de la vida del partido, incluido el trabajo de los organismos dirigentes y su composición futura.

c) Elegir y ser elegido para los órganos dirigentes del partido.

d) Dar su opinión personal con anterioridad, en los casos en que deban adoptarse decisiones sobre su actuación o conducta.

e) Criticar en las reuniones del partido a cualquiera de sus miembros, aplicándose esta crítica en forma constructiva; la crítica no debe hacerse fuera del partido, pero su ejercicio no puede ser coartado en su seno; quien no practica la crítica o la impide y la reemplaza por el halago y la familiaridad causa un grave daño.

f) Apelar al organismo inmediatamente superior contra una decisión en que no esté de acuerdo, pudiendo hacer llegar sucesivamente su apelación hasta el Comité Central y el Congreso Nacional; sin embargo, durante el trámite que siga a la apelación el impugnador debe cumplir la decisión objetada por él.

g) Obtener, al trasladarse de una célula a otra, el pase correspondiente, que deberá serle proporcionado por la célula donde milita y refrendado por el Comité Local. El Secretariado de la célula de origen será responsable ante el partido de que al militante le sea entregado el pase respectivo. Este deberá ser exigido por la célula a la cual es trasladado el militante.

Artículo 8º

Los militantes que por su edad o salud no están en condiciones de cumplir con las tareas partidarias normales, no perderán la continuidad de su militancia en el partido, previa calificación del caso por la célula, por el Comité Local

y por el respectivo Comité Regional, pero deberán mantener su cotización al día, para lo cual la célula debe darle las facilidades correspondientes.

Título V: De las faltas y sanciones

Artículo 9º

Los militantes del partido pueden ser sancionados por:

- a) Violación del Programa o los Estatutos del partido.
- b) Traición comprobada a la clase obrera o a la confianza depositada en ellos por el partido.
- c) Trabajo fraccional o divisionista contra el partido o actuaciones contra la clase obrera que menoscaben el prestigio o influencia del partido.
- d) Actos de aventurerismo o de provocación, terrorismo, acciones de grupos aislados en reemplazo de las luchas de masas y, en general, actuaciones que perjudiquen al partido a la clase obrera y al pueblo.
- e) Amistad personal con elementos trotskistas, expulsados u otros enemigos reconocidos del partido, de la clase obrera y del pueblo.
- f) Degeneración, inmoralidad pública o privada, actividades de contrabando o embriaguez consuetudinaria.
- g) Irregularidades financieras que perjudiquen al partido o a la clase obrera.

Artículo 10º

Según la gravedad de la falta, las sanciones serán:

- a) Llamado de atención en privado
- b) Censura privada
- c) Remoción de cargo de responsabilidad.
- d) Censura pública.
- e) Separación de las filas del partido, y
- f) Expulsión.

La expulsión es la más severa sanción del partido. Al decidir o ratificar esta medida, y se debe proceder con el máximo de cuidado y espíritu comunista, examinar a fondo los hechos y considerar detenidamente las cuestiones alegadas en su favor por el militante afectado.

Artículo 11º

Si un organismo dirigente llegara a cometer infracción a la disciplina puede ser sancionado con la remoción. La realización de nuevas elecciones para designar a su reemplazante, mediante un Congreso o Conferencia extraordinarios, deberá ordenarlas el organismo superior.

Artículo 12º

Cualquier persona puede presentar acusaciones contra los militantes, enviándolas por escrito, bajo su firma, a la célula respectiva o a un Comité del partido y adjuntando pruebas.

Estas acusaciones serán tratadas sin dilación por la Comisión respectiva.

Artículo 13º

Cuando un militante o un organismo del partido incurre en algunas de las infracciones a la disciplina enumeradas en el artículo 99, el Comité Central, los Comités Regionales, los Comités Locales o las células tienen derecho dentro de sus jurisdicciones, a aplicarles una de las sanciones contempladas en el artículo.

Artículo 14º

La facultad del Comité Central, de los Comités Regionales, de los Comités Locales y de las células, de aplicar medidas disciplinarias, alcanza a todas las sanciones enumeradas en el artículo 10º, incluso la expulsión. En el caso de la sanción indicada en la letra c) el organismo que la aplica debe indicar el plazo de duración, pudiendo ser también indefinida. Las sanciones indicadas en las letras e) y f) tienen el carácter indefinido y pueden ser revocadas sólo por el Comité Central, después de observar durante un tiempo prudencial la conducta del afectado.

Cuando un organismo del partido sanciona a un militante con la expulsión, ésta no entra en vigencia antes de ser aprobada previamente por el respectivo Comité Regional y ratificada por el Comité Central. Mientras la medida de expulsión es estudiada por el Comité Regional y por el Comité Central, el afectado permanece suspendido de su calidad de militante del partido.

No obstante, cuando se presentan casos de traición o transgresión a las normas partidarias en que sea necesario dejar en claro la posición del partido, se faculta a la Comisión Política para aplicar las sanciones enumeradas en el artículo 10º, y darlas a la publicidad, antes de ser ratificadas por el Comité Central, y sin que sea necesario escuchar previamente al afectado.

Artículo 15º

Cuando un militante del partido ha sido expulsado y desea solicitar su reingreso debe hacer su petición al Comité Central. Este podrá aceptar la reincorporación del afectado sin esperar un Congreso o Conferencia Nacional, cuando los antecedentes sobre la conducta del afectado sean suficientemente meritorios.

Título VI: De la estructura del partido

Artículo 16º

La organización de base del Partido Comunista de Chile es la célula.

Estas son de dos tipos: de industria y de barrio. Cuando el número de miembros de la célula pase de 20, y obligatoriamente al llegar a 30, se procederá a formar otra.

a) Las células de industria son las que se constituyen en los sitios de trabajo, a las que deben incorporarse todos los miembros del partido que trabajen allí. Dichas células podrán formarse en cada fábrica, empresa, establecimiento, oficina, servicio público, hacienda, etc.

b) La célula de barrio se constituye en el sitio de residencia del militante, pudiendo abarcar una calle, manzana, barrio o aldea y a ella se incorporan los militantes del partido que no trabajan en algún sitio en que deba formarse una célula de industria. El miembro del partido que pertenezca a una célula de industria debe también participar en los trabajos partidarios, en las organizaciones de masas de la población, calle o barrio donde él viva.

c) Cuando en un sitio de trabajo haya dos militantes del partido, el Comité Local o la célula más cercana deben designar a uno o dos militantes del partido ajenos a este sitio de trabajo para que conjuntamente con los que allí existen, formen una célula en esa industria. El Comité Regional o el Comité Local debe reforzar, en casos calificados, cualquier célula designando para integrarla a militantes de otras células.

d) La dirección de la célula será elegida por sus militantes, a lo menos, una vez al año y se compondrá de 5 miembros o más. Cada uno de los integrantes de la dirección de la célula tendrá a su cargo una tarea específica. Cuando una célula tenga menos de 10 militantes su dirección puede estar compuesta por dos o tres de sus miembros.

e) La dirección de cada célula es responsable de atraer políticamente a los militantes a la actividad de la célula. También se preocupará de controlar el cumplimiento de las tareas que se encomienden y de hacer la distribución de las nuevas en las reuniones de la célula. Las reuniones ordinarias de célula deben efectuarse dos veces al mes por lo menos. La duración de las reuniones debe limitarse a un tiempo prudente y en ellas deben adoptarse resoluciones concretas. Cuando un militante falte a una reunión, sin dar aviso, el secretariado deberá establecer las causas de su inasistencia.

f) Pueden constituirse células exclusivamente por mujeres. Los Comités Locales se preocuparán especialmente de su formación.

Artículo 17º

Las autoridades del partido, de abajo hacia arriba, son las siguientes: En la jurisdicción correspondiente a una célula, la Dirección de la célula y la Reunión de la célula. En la jurisdicción correspondiente al Comité Local, el Comité Local, la Conferencia Local y el Congreso Local. Los organismos superiores del partido

en cada región son el Comité Regional, la Conferencia Regional y el Congreso Regional. Las autoridades máximas del partido para todo el país son el Comité Central, la Conferencia Nacional y el Congreso Nacional.

Los dirigentes de los Comités Locales y Regionales deberán ser elegidos en votación secreta por los delegados de los respectivos congresos. Estas elecciones se efectuarán en base a proposiciones de la Presidencia del Congreso, previa consulta al organismo superior. Los delegados pueden proponer otros nombres después de lo cual se votará.

Los Congresos Locales se componen de:

- a) Los delegados elegidos por las asambleas de células.
- b) Los miembros titulares y suplentes del Comité Local.
- c) Los invitados.

Sólo tendrán derecho a voto en los Congresos Locales los delegados elegidos por las asambleas de células y los miembros titulares y suplentes del Comité Local.

Los Congresos Regionales se componen de:

- a) Los delegados elegidos por los Congresos Locales.
- b) Los miembros titulares y suplentes del Comité Regional.
- c) Los invitados.

Sólo tendrán derecho a voto en los Congresos Regionales los delegados elegidos por los Congresos Locales y los miembros titulares y suplentes del Comité Regional.

Artículo 18°

El Comité Local agrupa células de industria y de barrio de una comuna, ciudad o sector de ella.

En aquellos Comités Locales donde el número de células sea muy elevado, el Comité Regional podrá crear organismos intermedios entre el Comité Local y las células previa aprobación del Comité Central. Ellos pueden ser: Comité de Sector, Comité de Empresa, Comité de Población. Cuando en una misma empresa existan más de 2 células, éstas se agruparán en un Comité de Empresa.

La creación de nuevos Comités Locales requiere la aprobación del Comité Central. El Comité Central podrá autorizar la creación de Comités Locales que agrupen células de una misma rama de la producción, servicio, etc.

Artículo 19°

Si el Comité Central estima que en la ciudad sede de un Comité Regional no es necesario el funcionamiento de un Comité Local, las funciones de éste las desempeña el Comité Regional.

Artículo 20º

Los organismos del partido pondrán en práctica toda clase de iniciativas, siempre que estén de acuerdo con la línea política del partido, para dar soluciones a cuestiones locales o regionales, dentro de sus respectivas jurisdicciones.

Artículo 21º

La infracción del principio de la dirección colectiva y su reemplazo por métodos individuales, caudillescos y de culto a la personalidad causan un grave daño al partido. Por tanto, todos los organismos del partido, sin excepción, deben guiarse en su trabajo por el principio leninista de dirección colectiva para el cumplimiento de sus tareas y serán responsables de la aplicación de los Estatutos.

En el partido no se permiten acciones contrarias a su línea política o a sus principios de organización, ni actividad divisionista o fraccional, ni actuaciones al margen o que estén por encima de la organización partidaria.

Artículo 22º

Cada organismo tiene el deber ineludible de informar de sus actividades al inmediatamente superior, por lo menos cada tres meses.

Al producirse vacantes en Comités Locales o Regionales, en la medida que sea necesario llenarlas, los reemplazantes serán elegidos por Conferencias o Congresos Locales o Regionales Extraordinarios, según corresponda.

En caso de ilegalidad, mientras se realiza el Congreso o la Conferencia respectiva, el Comité Central podrá designar los miembros que llenen las vacantes.

Título VII: Del centralismo democrático

Artículo 23º

La organización del partido se rige por el principio del centralismo democrático, que significa:

- a) Una dirección única centralizada.
- b) El carácter electivo de todos los organismos de dirección del partido, de abajo hacia arriba.
- c) El deber de todo militante u organismo del partido de someterse al control del partido de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba.
- d) La participación en la discusión de las cuestiones del partido de acuerdo a los deberes y derechos de los militantes.
- e) La obligación de los organismos dirigentes del partido de dar cuenta periódica de su gestión ante las correspondientes organizaciones del partido.
- f) El deber de observar la disciplina del partido y la subordinación de la minoría a la mayoría.

g) La obligación para los organismos inferiores de cumplir rigurosamente los acuerdos de los organismos superiores.

Título VIII: De la organización nacional

Artículo 24°

La autoridad máxima del partido es su Congreso Nacional, cuyas decisiones son definitivas y no pueden ser derogadas sino por otro Congreso. El Congreso debe reunirse regularmente cada 4 años, para adoptar decisiones políticas y organizativas obligatorias para todo el partido. En caso de que el partido estuviera en la clandestinidad, el Comité Central podrá adelantar o postergar su convocatoria, y adoptará las medidas necesarias para su realización y divulgación en las condiciones de ilegalidad.

El Congreso Nacional se compone de:

- a) Los delegados elegidos por los Congresos Regionales.
- b) Los miembros titulares y suplentes del Comité Central, y
- c) Los invitados.

Sólo tendrán derecho a voz y voto en el Congreso Nacional los delegados elegidos por los Congresos Regionales y los miembros titulares y suplentes del Comité Central

Artículo 25°

Como mínimo, durante dos meses, antes de cada Congreso Nacional, las organizaciones del partido discuten todos los asuntos que abarcará la Orden del Día, y tienen el derecho y la obligación de adoptar acuerdos y hacer observaciones a los documentos preparados por el Comité Central para el Congreso y que se entregan a este debate al emitir la Convocatoria.

Artículo 26°

El Congreso Nacional elige el Comité Central en votación secreta y por mayoría absoluta. El Comité Central se compone de miembros permanentes y suplentes, cuyo número lo fija el Congreso. Esta elección se efectuará en base a proposiciones de la Presidencia del Congreso, pudiendo los delegados proponer otros nombres. Los miembros suplentes del Comité Central sólo tienen derecho a voz en su seno; pero también tendrán derecho a voto cuando actúen en reemplazo de un miembro permanente que esté ausente. En caso de vacancia de un cargo de miembro del Comité Central lo reemplaza el miembro suplente que le corresponda, según el orden de precedencia en que fueron elegidos.

Todos y cada uno de los miembros del Comité Central tienen una elevada responsabilidad ante el partido y ella debe ser justificada con una permanente preocupación por el cumplimiento de tan altos deberes.

En base a este principio, en los Plenos del Comité Central, la actuación de cada uno de sus miembros puede ser sometida a examen crítico por cualquiera de los participantes.

Artículo 27º

Para ser miembro permanente o suplente del Comité Central se requiere haber sido militante activo del partido, por lo menos, durante cinco años consecutivos.

Artículo 28º

Entre un Congreso y otro, la autoridad máxima del partido es el Comité Central.

Artículo 29º

El Comité Central tiene la obligación de poner en práctica la política general adoptada por el Congreso Nacional y es responsable de la aplicación de los Estatutos.

El Comité Central dirige el trabajo político y organizativo del partido; orienta todo el trabajo de masas; designa los encargados de las Comisiones Nacionales; organiza y controla las diversas comisiones y demás organismos auxiliares, sin excepción; mantiene las relaciones con otros partidos y organizaciones; controla las publicaciones, nombra y remueve a los directores de la prensa del partido, los que trabajan bajo su orientación y control; envía activistas a las regiones que necesitan o requieren su ayuda; designa los candidatos a cargos de elección popular y distribuye sus fuerzas; controla directamente la actividad de los parlamentarios del partido y dirige y controla las finanzas y los bienes del partido. El Comité Central puede, por mayoría de votos, convocar a Congresos Nacionales Extraordinarios, Conferencias Nacionales o Conferencias Regionales, cuando las circunstancias así lo exigen.

El Comité Central representa al partido en las relaciones con otros partidos y tiene plenos poderes entre dos Congresos para tomar resoluciones sobre cualquier problema que se presente al partido.

Artículo 30º

El Comité Central en Pleno elige de su seno una Comisión Política y un Secretariado.

El número de los miembros de la Comisión Política y del Secretariado lo fija el Comité Central.

El Comité Central elige el Secretario General y el Subsecretario General.

La Comisión Política elige un equipo de su seno, entre los cuales deben estar el Secretario General y el Subsecretario General, para atender asuntos políticos de urgencia.

El Secretario General encabeza el Comité Central, la Comisión Política y el Secretariado y establece la vinculación y coordinación entre estos órganos de dirección colectiva.

El Subsecretario General tiene las responsabilidades y atribuciones del Secretario General, en ausencia de éste. Forma parte de la Comisión Política y del Secretariado.

La Comisión Política dirige el partido entre una y otra reunión del Comité Central.

El Secretariado organiza el cumplimiento de las resoluciones del Comité Central y de la Comisión Política, administra los bienes y recursos financieros del Comité Central y controla el trabajo orgánico del partido.

Para todos los efectos legales, el Secretariado será considerado la mesa directiva central del partido, desempeñando en este carácter el Secretario General el cargo de Presidente, el Subsecretario General el de Vicepresidente y subrogante del Presidente, el encargado nacional de Organización el de Secretario, el encargado nacional Sindical el subrogante del Secretario y el encargado nacional de Finanzas el de Tesorero.

Artículo 31º

Para ser miembro de la Comisión Política, así como para ser director de cualquiera publicación central del partido, se necesita haber llevado una vida partidaria activa, por lo menos durante siete años consecutivos.

Artículo 32º

El Comité Central elige a la Comisión Nacional de Control y Cuadros, que estará compuesta por miembros del partido que tengan, por lo menos, lo años de antigüedad. El Comité Central fija el número de sus miembros.

Artículo 33º

La Comisión Nacional de Control y Cuadros estará encargada de:

- a) Velar por la fiel aplicación y el recto cumplimiento de la línea política del partido.
- b) Preocuparse de la formación, desarrollo y promoción de los cuadros.
- c) Mantener y reforzar la unidad y disciplina del partido.
- d) Investigar y proponer sanciones respecto de problemas disciplinarios contemplados en el artículo 9 de los Estatutos.
- e) Estudiar junto con la Comisión Política las proposiciones del Comité Central de los candidatos a los cargos de representación popular.

f) Estudiar junto con la Comisión Política las proposiciones de candidatos a ocupar cargos públicos y otros que entrañen directa o indirectamente la representación del partido.

g) Conocer e informar las apelaciones o sanciones disciplinarias resueltas por organismos inferiores.

h) Estudiar los asuntos que le sean presentados por el Comité Central.

El Comité Central se pronuncia sobre las proposiciones de la Comisión Nacional de Control y Cuadros. Tan pronto como haya resolución sobre ellas del Comité Central entran en vigor, excepto en los casos que establece el artículo 14°.

Artículo 34°

Los Comités Regionales designan Comisiones de Control y Cuadros y fijan el número de sus miembros. Estas Comisiones tendrán las atribuciones contempladas en el artículo 33, letras a), b), c) d) y g), estudiar los asuntos que le sean presentados por el Comité Regional respectivo.

Cuando surja algún caso disciplinario dentro de la jurisdicción del Comité Local, éste nombrará una Comisión que reúna todos los antecedentes y presente un informe al respectivo Comité Local. Entregado el informe termina su misión.

Artículo 35°

Las demás Comisiones Nacionales las designa la Comisión Política sometiéndolas a la ratificación del Comité Central.

Para ser miembro de las Comisiones Nacionales no es necesario ser miembro del Comité Central.

Los Comités Regionales y Comités Locales designan sus comisiones y sus respectivos encargados.

Artículo 36°

La Comisión Nacional de Cuentas estará encargada de supervigilar la contabilidad, valores y bienes del Comité Central y demás organismos del partido.

Artículo 37°

La Comisión Nacional de Finanzas tendrá a su cargo lo relacionado con la aplicación de la política financiera y la administración de los fondos del partido.

Artículo 38°

El Comité Central, los Comités Regionales, los Comités Locales y las direcciones de células deberán presentar a los Congresos respectivos y a las asam-

bleas de células, según corresponda, un balance revisado de las finanzas de partido para su consideración.

Cada organismo del partido deberá efectuar un balance semestral del estado financiero, dándolo, a conocer al organismo inmediatamente superior.

Artículo 39°

El Comité Central establece la zona que le corresponda atender a cada Comité Regional y Comité Local para realizar y controlar el trabajo del partido.

El Comité Central, además de establecer la jurisdicción de cada Comité Regional, tiene la facultad de crear otros organismos intermedios no contemplados en los Estatutos en aquellos casos concretos en que la necesidad y la vida misma del partido lo exijan.

El Comité Central creará cuando estime conveniente comisiones coordinadoras de los Comités Regionales en las provincias donde haya más de un Comité Regional.

Título IX De las conferencias y los plenos

Artículo 40°

La Conferencia del partido es la reunión de los miembros del organismo dirigente respectivo y los secretarios o secretariados de los organismos inmediatamente inferiores.

La Conferencia Nacional del partido esta integrada por los miembros permanentes y suplentes del Comité Central y los secretarios regionales.

Las Conferencias Regionales del partido están integradas por los miembros del Comité Regional y los Secretariados de los Comités Locales de su jurisdicción.

Las Conferencias Locales del partido están integradas por los miembros del Comité Local y los secretariados de las células que de él dependen.

Además, el organismo que convoca a una Conferencia puede invitar a ella a otros militantes del partido, pero sólo con derecho a voz.

La Conferencia Local en los lugares en que no haya Comités Locales, será convocada por el Comité Regional con sede en la jurisdicción respectiva.

Las Conferencias, además de considerar los problemas generales del partido, tienen la facultad de cubrir las vacantes producidas en los respectivos organismos dirigentes.

Artículo 41°

El Comité Central se reunirá en sesión plenaria por lo menos 3 veces al año.

Título X: Del trabajo de los equipos coordinadores en las organizaciones de masas

Artículo 42º

En las organizaciones de masas todos los militantes del partido que pertenezcan a una de ellas y que actúan en diferentes células pueden constituir un equipo coordinador, cuya composición será autorizada por el Comité Local o el Comité Regional, según corresponda. Los equipos coordinadores deben articular en los frentes de masas el trabajo de los miembros del Partido Comunista, de acuerdo con su línea política.

Artículo 43º

Las direcciones de los equipos coordinadores serán designadas con el acuerdo de los organismos superiores correspondientes y estarán subordinadas a esos respectivos organismos del partido. Los equipos coordinadores son de carácter nacional, regional y local y tienen la obligación de regirse estricta y únicamente por las resoluciones de los organismos dirigentes del partido. En los casos de equipos coordinadores de carácter nacional, sus relaciones con provincias se realizarán por intermedio del Comité Central.

Los organismos del partido podrán resolver sobre los equipos coordinadores que sea necesario constituir y que no estén contemplados en este título.

Con la aprobación del organismo respectivo se podrá efectuar reuniones de todos los militantes del partido, que participan en determinados organismos de masas.

Título XI: De las Juventudes Comunistas de Chile

Artículo 44º

Las Juventudes Comunistas de Chile constituyen la organización de jóvenes comunistas, autónoma en cuanto a su organización y a las resoluciones que adopten en su trabajo juvenil. Su labor se realiza en las más vastas capas juveniles del país y su política se basa en el Programa del partido, en las resoluciones del Comité Central del partido y se inspira en los principios del marxismo-leninismo.

Tiene un Estatuto especial que contempla las características propias de la juventud. Su organismo máximo, el Comité Central de las Juventudes Comunistas de Chile, es responsable ante el Comité Central del partido. Los organismos dirigentes regionales y locales de las Juventudes Comunistas de Chile son responsables ante su Comité Central y a la vez, ante los respectivos Comités Regionales y Comités Locales del partido, según corresponda.

Todos los organismos del partido deben ayudar al desarrollo, la organización y el fortalecimiento numérico, político e ideológico de las Juventudes Comunistas de Chile en las respectivas regiones, localidades, industrias, barrios o calles, clubes deportivos y centros artísticos, así como al acrecentamiento de su influencia en las masas.

Título XII: De las cuotas del partido

Artículo 45°

Al ingresar al partido el nuevo militante adquirirá su carnet y fijará su cotización de acuerdo con lo establecido en estos Estatutos.

Los militantes del partido pagarán con puntualidad su cotización, que no debe ser inferior al 1% mensual de su sueldo o salario o de la renta proveniente de su trabajo.

Las dueñas de casa pagarán una cuota de acuerdo con sus posibilidades económicas.

Los tipos de estampillas con los cuales se cotizará serán fijados por el Comité Central.

Artículo 46°

La dirección de la célula velará por que todos los militantes estén al día en el pago de su cotización.

Cuando las circunstancias lo justifiquen, la célula podrá autorizar a uno de sus miembros para cotizar una suma inferior a la establecida. Esta autorización durará mientras subsista el motivo que se invocó.

Artículo 47°

Las cuotas de los militantes del partido se distribuirán en la siguiente forma:

- 10% para el Comité Central.
- 50% para el Comité Regional.
- 20% para el Comité Local.
- 20% para la célula.

Cuando se creen organismos intermedios, el Comité Central podrá modificar estos porcentajes.

Título XIII: Relaciones internacionales

Artículo 48º

El Partido Comunista de Chile, consecuente con los principios del internacionalismo proletario, mantiene relaciones fraternales con los partidos hermanos. Ellas se inspiran en la necesidad de practicar y desarrollar la solidaridad internacional, fortalecer la unidad del movimiento comunista y aprovechar mutuamente las experiencias de sus destacamentos. Tienen particularmente en cuenta las enseñanzas de la lucha antiimperialista mundial, de la construcción del socialismo en diversos países y del avance de la Unión Soviética hacia el comunismo.

Estas relaciones se mantienen por intermedio del Comité Central.

Título XIV: De la reforma de los estatutos

Artículo 49º

Los presentes Estatutos podrán ser reformados del modo siguiente:

a) Por el Congreso Nacional, siempre que la proposición de reforma del Comité Central haya sido entregada al partido junto con la Convocatoria del Congreso, con 60 días de anticipación. Las sugerencias de reforma que surjan en la discusión, previa al Congreso Nacional, pueden formularse hasta la fecha de realización del Congreso y

b) Por acuerdo unánime del Comité Central, cuando las condiciones políticas así lo aconsejen.

Carlos Altamirano (Partido Socialista): Chile al borde de un colapso

(Entrevista en *Punto Final* N° 93 del 9 de diciembre de 1969)

Punto Final entrevistó al senador socialista Carlos Altamirano sobre los abiertos síntomas de crisis que presenta el esquema político nacional.

La conversación con el senador Altamirano fue la siguiente:

—*El cuadro político nacional muestra características de crisis aguda. ¿Es que existe un trasfondo económico y social que justifique esa crisis en la superestructura política?*

—Evidentemente. Desde hace mucho tiempo venimos advirtiendo que el sistema “capitalista dependiente”, existente en Chile y en América latina, se ha revelado absolutamente incapaz de resolver los agudos y urgentes problemas de nuestro pueblo. No se trata de hombres. Es un régimen el que se encuentra en definitivo e irremediable fracaso. Con el señor Alessandri o con el señor Frei, Chile no progresa. Exhibimos las más bajas tasas de desarrollo de América latina. La inflación continúa galopante. La cesantía alcanza los más altos niveles. La agricultura, la industria y la minería se encuentran estagnadas. El cuadro anterior aparece distorsionado por los altísimos precios del cobre, situación que nos hace figurar con altos ingresos en moneda extranjera por concepto de exportaciones y a título de impuestos. El hecho concreto e irrefutable es que nuestro país está tocando fondo en materia de anarquía política, de caos económico, de crisis moral, de frustración colectiva.

—Debemos considerar muy especialmente el hecho de que aparentemente no existirían razones para un cuadro tan sombrío y deplorable. Como se encarga de demostrarlo el propio Ministro de Hacienda en su última exposición al país, Chile ha dispuesto de mayores ingresos por concepto de exportaciones de toda su historia del orden de los 400 millones de dólares anuales. Esto es, dos mil millones de dólares en los últimos cinco años. Lo anterior se debe esencialmente, como ya lo expresé, al aumento del precio del cobre. Si comparamos la situación de Chile con cualquier otro país latinoamericano en esta materia, resultamos muy favorecidos. Chile dispone de 115 dólares por persona si dividimos el valor total de sus exportaciones por la población, en circunstancias que países como Argentina sólo cuentan con 64 dólares por persona. México 48 y Brasil con 19. En otras palabras, no podemos alegar falta de recursos extranjeros. Aun más, durante los años 1968 y 1969, a título de créditos e inversiones extranjeros, recibimos según el Ministro de Hacienda, 536 y 540 millones de dólares, respectivamente. Más de mil millones de dólares en sólo dos años. También debemos recordar que Chile es el país más endeudado de la tierra, excepto Israel. La deuda por habitante es de 250 dólares, aproximadamente. El país

que nos sigue en materia de endeudamiento es Brasil, 130 dólares por habitante. En estas condiciones, ¿por qué la gravísima crisis política, económica y social que afecta a nuestro país? ¿Acaso nos faltan los dólares? ¿No ha dispuesto el gobierno de facultades casi omnímodas para resolver los problemas nacionales? La respuesta a estas preguntas no puede sino llevarnos a la conclusión de que el problema de nuestro pueblo y de los pueblos de América latina, no se resuelve con dólares más o dólares menos, con gobiernos reformistas o con paliativos circunstanciales. Es necesaria una reforma profunda en nuestras estructuras económicas, en nuestros hábitos políticos, y en el sistema institucional vigente. Si no se emprende tal proceso radical y revolucionario de cambios, continuaremos vegetando. Siempre habrá disculpas: que un terremoto, que la sequía, que obstrucción parlamentaria, que la rebelión militar, que la falta de cooperación de los partidos políticos, etc. Pero todas estas justificaciones no son sino pelos de la cola. El actual proceso social, político y económico nos lleva irremediablemente a un colapso institucional. La última crisis militar no es sino una expresión de la crisis de la institucionalidad toda, expresada en los partidos políticos, en los Poderes Públicos, en la frustración de la juventud, en las tensiones sociales, en la gravísima corrupción gubernativa en los serios trastornos surgidos en el seno de la Iglesia Católica, etc. Esto no es obra, como parecieran creerlo algunos observadores simplistas, o repetidores de consignas añejas, de “agitados irresponsables”, de “aventureros infantilistas”, de “extremistas verbalistas”, de “militares golpistas”. Sería atribuirle demasiada importancia a tales “agitadores” o “verbalistas revolucionarios” si su sola acción bastara para producir tan dramáticos trastornos en el seno de la sociedad. Quienes reciben tales calificativos son sino la expresión más acusada de una realidad innegable, cual es que nuestra sociedad no puede continuar desarrollándose bajo moldes y estructuras que la están aplastando y arrastrando a un estado de desesperación imposible de controlar.

La crisis de todo el sistema ha llegado a un punto culminante y cualquiera sean los canales a través de los cuales se expresa ésta, Chile deberá enfrentarse a muy corto plazo a la alternativa de tener que escoger entre mantener el actual sistema, utilizando procedimientos cada vez más violentos y represivos, incluido en ello el golpe militar reaccionario o romper estas estructuras a través de un proceso auténticamente revolucionario y liberador.

—Ud. señala que existe una crisis económica en Chile, ¿cómo describiría Ud. la realidad del país en términos de esa crisis?

—Para contestar bastaría recordar lo que el gobierno prometió en noviembre de 1964, y los resultados que exhibe en noviembre de 1969:

Prometió terminar con la inflación en tres años. Fracaso absoluto. Este año la inflación excederá en cifras reales el 30 por ciento.

Prometió una tasa de desarrollo del 2,5 por ciento per cápita anual. Fracaso absoluto. Escasamente llegará al 1,5 por ciento como promedio anual a pesar del extraordinario precio del cobre.

Prometió una reforma agraria “rápida, drástica y masiva” y cien mil nuevos propietarios en la agricultura. Fracaso absoluto. La reforma agraria se encuentra paralizada y no existe un solo nuevo propietario agrícola.

Prometió aumentar la tasa de ahorro, fundamental para un desarrollo acelerado y autónomo de la economía nacional. Fracaso absoluto. El Ministro de Hacienda reconoce que descendió de un 14,2 por ciento a un 13,9 por ciento en el lapso comprendido en los años 1964 y 1969.

Prometió construir 60 mil casas al año para reducir sólo en parte el déficit habitacional. Fracaso absoluto. Solo se han construido en promedio 33 mil viviendas al año y la mayoría de ellas de pésima calidad. En el fondo, la pretendida solución habitacional no consiste sino en postergar el problema construyendo poblaciones callampas a plazos. En diez años más —si no antes— las actuales poblaciones, dada su calidad, serán simples vejestorios, derruidos e insalubres, y pagados con dividendos reajustables.

Prometió terminar con la cesantía. Fracaso absoluto. Esta sigue en los mismos altísimos niveles de las anteriores Administraciones reaccionarias. La desocupación fluctúa en torno al 5,5 por ciento, según las cifras oficiales de los estudios practicados por la Universidad de Chile.

Prometió mayor independencia económica. Fracaso absoluto. El endeudamiento del sector público ha sido igual o mayor que el del período alessandrista. Alcanza a los 2.800 millones de dólares. La remesa de capitales al exterior, por concepto de utilidades de las grandes empresas extranjeras, intereses de créditos, royalties, amortizaciones de la deuda externa, depreciaciones y repatriación de inversiones, llegó este año, 1969, a la increíble cifra de 500 millones de dólares, en circunstancias que el ingreso global del país en moneda extranjera alcanzó a 1.100 millones de dólares. En otras palabras, casi el 50 por ciento de nuestras disponibilidades en moneda extranjera retornan de inmediato al exterior por los conceptos enumerados anteriormente. El magro desarrollo industrial se debe básicamente a un gigantesco proceso de desnacionalización de nuestra precaria manufactura. Las nuevas empresas de celulosa, petroquímica, electrónica, automotriz, elaboradoras de cobre, son todas norteamericanas. El débil desarrollo industrial chileno es el desarrollo yanqui en Chile.

Prometió redistribuir con mayor justicia el ingreso nacional. Fracaso absoluto. Del cuadro elaborado por la Corporación de Fomento, el cual comprende el período que va de 1960 a 1968, se deduce cómo en el primero de estos años el sector asalariado de empleados y obreros participaba en un 44,4 por ciento del ingreso. En cambio en 1968 lo hace en un 43,4 por ciento. Estas cifras no pueden ser más elocuentes.

Excepto en materia educacional y en algún sector campesino, el régimen reformista del señor Frei no ha logrado ninguna transformación sustantiva, como no sea los pequeños progresos que todos los gobiernos efectúan en relación a sus anteriores, especialmente debido a los avances tecnológicos mundiales.

—¿Cómo definiría usted la crisis política que es el resultado de la situación económica y social que ha descrito? ¿Qué síntomas de crisis política advierte usted?

—La crisis política la definiría como la progresiva pérdida de poder del gobierno, la anarquización de su partido único y las serias contradicciones surgidas en el seno de la burguesía chilena y de la propia izquierda.

El gobierno ya no manda. Este es un hecho. El 21 de octubre debió rendirse incondicionalmente a las exigencias de un sector de las Fuerzas Armadas,

que impuso la totalidad de sus puntos de vista a través de la llamada “Acta del Tacna”. El señor Frei había venido tramitando a las Fuerzas Armadas desde mayo del año pasado, fecha en que debió renunciar el Ministro de Defensa en ese momento y el Comandante en Jefe del Ejército. Tanto el nuevo Ministro, como el nuevo comando de los institutos armado prometieron resolver los problemas en un breve plazo. Sin embargo, debieron ocurrir los gravísimos hechos que culminaron en la toma del Regimiento “Tacna” el 21 de octubre y en sus consecuencias posteriores, para que el Gobierno cediera en todo lo que había venido negando a través de año y medio. Hay crisis en el partido de gobierno, porque el señor Frei no quiere la candidatura del señor Tomic y aspira abiertamente y desembozadamente a transar con un sector de la derecha tradicional. Existe crisis en las viejas fuerzas de la burguesía chilena porque éstas también están divididas entre aquellos que piensan en que el señor Alessandri les abre una perspectiva de triunfo electoral en 1970 y los que creen garantizar mejor sus posiciones de privilegio recurriendo lisa y llanamente al golpe militar gorila apoyado por los norteamericanos.

Por último, también se evidencia la crisis en los partidos cuando se han revelado incapaces de crear una alternativa de poder distinta nueva, revolucionaria y unitaria para la clase trabajadora.

—*Cuando usted habla de “crisis moral” ¿a qué factores concretos de ella se está refiriendo?*

—Me estoy refiriendo al relajamiento general que existe, especialmente manifestado en los grandes escándalos administrativos. Existe conciencia cabal de que en estos instantes se está recurriendo a los procedimientos más sucios y torvos para obtener recursos destinados a financiar el gran circo electoral de 1970. El partido de gobierno confiesa, con el mayor desenfado, que es legítimo presionar a comerciante e industriales poderosos para conseguir recursos económicos y se pretende convencer al país que ellos serían producto de “donaciones” generosas, espontáneas y voluntarias de estos empresarios.

Se procesa y se persigue implacablemente a los que arriesgando su vida y su libertad, buscan medios económicos en acciones expropiatorias realizadas en grandes empresas financieras.

Nos preguntamos, ¿qué diferencia existe entre “asaltar” un banco y exigir con revólver en mano la entrega de los fondos acumulados, o “asaltar” a un industrial o a un comerciante poderoso extorsionándolo con la amenaza, no de un revólver, pero sí de la suspensión de créditos, expropiaciones de predios agrícolas, investigaciones tributarias, supresión de cuotas de importación o denunciarlos por posibles delitos administrativos, aduaneros o tributarios? En último término, nos parece más honesta la presión ejercida colocando en juego la propia vida y la libertad personal, a la que se efectúa cobarde e hipócritamente amparándose en el inmenso poder del Estado y a través de presiones indirectas ejercidas con la impunidad que otorga el respeto de situaciones públicas.

—*Frente a este cuadro de crisis económica, política y moral, ¿cuál cree usted que es la salida que debe buscar nuestro pueblo?*

—Una y muy simple, pero al mismo tiempo muy difícil: definirse. Pero entiéndase bien: el proceso de definiciones no sólo involucra un pronunciamiento claro y categórico de las fuerzas políticas sino de todos los sectores sociales chilenos.

Un gran porcentaje de compatriotas piensa que es posible continuar “ordeñando” este sistema capitalista. Otros creen que Dios es chileno y al igual que en el pasado nos “farreamos” las inmensas riquezas derivadas del monopolio del salitre, en este siglo podemos continuar farreándonos los fantásticos recursos provenientes del cobre. Por último, también podemos farrearnos los dos mil millones de dólares de mayor endeudamiento extranjero y la entrega a destajo de la industria chilena a los grandes consorcios imperialistas.

Lo que en último término se quiere evitar es lo único que puede darnos un desarrollo autónomo, libre y soberano, cual es un cambio sustancial y revolucionario de todos los valores arcaicos que presiden nuestra vida nacional. Pero este cambio exige decisión y sacrificio. Es absolutamente imposible emprender tan grandiosa y trascendente tarea sin hacer conciencia en el pueblo chileno —por una parte— que este sistema ya no da para más, que ha tocado fondo, que vivimos de prestado, que estamos derrochando increíbles posibilidades futuras postergando un verdadero avance y progreso económico, cultural, científico, tecnológico y humano; y por otra, que la construcción de una nueva sociedad nos obliga a grandes esfuerzos.

Debemos convencernos de que es imposible conservar el actual sistema y al mismo tiempo mejorar el standard de vida del pueblo, aumentar sus remuneraciones, extender los beneficios previsionales (...). Progreso económico y régimen capitalista son dos términos absolutamente contradictorios. Pero también lo es cambio radical de la sociedad sin esfuerzo, sacrificio, trabajo, disciplina y organización. Las vanguardias políticas de clase trabajadora deben llamar a ésta a iniciar esta gigantesca tarea. Pero sin mentiras ni demagogias.

Chile puede cambiar. Aun más, Chile debe cambiar si no quiere perecer. Pero este cambio exige unidad de las fuerzas revolucionarias, absoluta claridad en los objetivos programáticos, ninguna concesión a conductas conciliatorias con sectores sociales antagonicos o transacciones con posiciones reformistas con el discutible objetivo de ampliar la base social de las fuerzas revolucionarias, o, lo que sería peor, pretender en base a estos subterfugios crear un ilusionismo electorerista. Abrigamos la íntima y profunda convicción de que diciendo la verdad y nada más que la verdad, por dura y amarga que ella pueda parecer a veces, es como lograremos constituir un frente unido con metas claras y resuelto a conquistar el Poder y no ser meros grupos de presión dentro de las distintas estructuras de la sociedad burguesa. Incluso aquellos que colocan exageradas esperanzas en un triunfo electoral deberán entender que una conducta consecuente, honesta, valiente, clara y revolucionaria, rinde a la postre mucho más que la vieja y tradicional política de alianzas oportunistas y ocasionales, de transacciones politiqueras, de pactos efectuados con exclusivo afán electorerista.

Somos optimistas, estamos convencidos de que llegaremos a forjar este frente unitario de fuerzas revolucionarias, capaz de cambiar el estilo y contenido del viejo accionar político de la izquierda tradicional chilena y logrado ese alto y

trascendente objetivo no nos cabe la menor duda que el futuro es nuestro, que la conquista del Poder por parte de la clase trabajadora será una realidad a breve plazo, dado el profundo e irremediable estado de descomposición del actual sistema y de sus valores de vida.

J.C.M.

Adonis Sepúlveda Acuña El Partido Socialista en la Revolución Chilena

(en: Alejandro Chelén y Julio César Jobet, *Pensamiento teórico y político del Partido Socialista de Chile*, Santiago 1972, pp. 254-256).

Nuestra estrategia descarta de hecho la vía electoral como método para alcanzar nuestro objetivo de toma del poder. ¿Significa esto abandonar las elecciones y propiciar el abstencionismo por principios? Debemos clarificar este problema sobre el cual, consciente o inconscientemente, se hace tanta oscuridad.

Un partido revolucionario, *que realmente es tal*, les dará un sentido y un carácter revolucionario a todos sus pasos, a todas sus acciones y tareas que emprenda y utilizará para estos fines todos los medios que permitan movilizar las masas. Atengámonos a un ejemplo histórico: los bolcheviques utilizaron *siempre las elecciones*, aunque en situaciones concretas, les declararon el boicot, luchando activamente para que el pueblo no participara en ellas. Lenin se rió del cretinismo antiparlamentario de los anarquistas, pero a la vez fustigó con violencia inusitada el parlamentarismo burgués, la lucha electoral sin principios y sin programa, por conquistar votos o cargos. La acción parlamentaria separada de la lucha por la revolución no tenía sentido para él. ¿Significa esto que los bolcheviques estaban por la “vía insurreccional” en contraposición a la “vía electoral”? No, a ellos no les cabía mentalmente separar el fondo de la forma, su esencia revolucionaria de su acción práctica. Es decir, para ellos había una sola vía: la revolucionaria, expresada en todos sus métodos y acciones. Ahora, si se trata de responder si es posible conquistar el poder por la vía electoral, entendiendo por esto la instauración de un gobierno obrero que expropie los medios de producción de la burguesía, para organizar una sociedad socialista indudablemente, tanto la historia del movimiento obrero como los principios marxistas dicen categóricamente que no es posible y que una política de este orden sólo sirve para sembrar falsas ilusiones en los trabajadores. Pero si se trata de utilizar las elecciones para movilizar las masas, impulsándolas a la lucha revolucionaria y a la insurrección, se estará usando correctamente un método marxista. Las condiciones concretas determinarán en cada caso las posibilidades de desarrollar de la mejor manera posible la lucha de clases en todos los terrenos.

Usemos otro ejemplo histórico: los bolcheviques se tomaron el poder en los momentos en que empezaba a funcionar la “Asamblea Constituyente” que ellos habían exigido y era parte de su programa y cuyos diputados habían sido elegidos por el pueblo *después* de la caída del zar y entre los cuales había una gran cantidad de bolcheviques. Como esa Asamblea le iba a dar forma a una república democrático-burguesa, con el apoyo del pueblo armado, simplemente la disolvieron para darle vida a un gobierno de obreros, soldados y campesinos. Es decir, los bolcheviques supieron utilizar los mecanismos burgueses para la revolución, pero jamás encerraron la revolución en esos mecanismos.

Afirmamos que es un dilema falso plantear si debemos ir por la “vía electoral” o la “vía insurreccional”. El partido tiene un objetivo, y para alcanzarlo *deberá usar los métodos y los medios que la lucha revolucionaria haga necesarios*. La insurrección se tendrá que producir cuando la dirección del movimiento popular comprenda que el proceso social, que ella misma ha impulsado, ha llegado a su madurez y se disponga a servir de partera de la revolución.

No podemos predecir la forma concreta que adquirirá en el futuro la insurgencia de las masas. ¿Quién niega que ella podría partir de esos pobladores y dueños de casas, desencantados del oropel demócratacristiano? ¿O de una insurgencia campesina a través de sucesivas tomas de tierras; o de una huelga general de la clase obrera? No olvidemos que en las grandes insurrecciones han sido las barriadas más pobres las que han levantado barricadas, que en la Revolución de Octubre fueron los soviets (consejos) de obreros, constituidos a veces por encima de las directivas oficiales, los que entregaron con más heroísmo toda su energía a la revolución, y que en China, el ejército de liberación surgió de las guerrillas sustentadas en el campesinado.

En la nueva etapa de la revolución chilena, el Partido Socialista tiene una nueva posibilidad de poner a prueba su condición de vanguardia revolucionaria de la clase, impulsando todas las iniciativas de las masas, desatando sus energías revolucionarias y convirtiéndose en campeón de sus luchas reivindicativas inmediatas y de su liberación definitiva.

Julio C. Jobet: El Socialismo Científico y la Libertad

(en Chelén y Jobet, *op. cit.*, pp. 412-425)

El Socialismo amplía la libertad y rechaza el totalitarismo

Si el liberalismo envuelve la idea de libertad, en la práctica la defiende en forma limitadísima. El socialismo expresa el anhelo de libertad y la exigencia de organización. El espíritu exige la libertad política; la necesidad material impone la organización económica. Tal como lo manifestara Fourier, ser socialista es hacer el inventario de las necesidades humanas y darles satisfacciones. Y al conseguirlo permite que la libertad impere efectivamente para todos los miembros de la sociedad. La supuesta afirmación de que el socialismo es enemigo de la libertad, deriva del excesivo hincapié de algunos discípulos de Marx en asignarle un valor muy relativo e histórico (la libertad y la moral serían productos históricos, simples reflejos de la evolución del mundo externo), confundiendo su esencia con sus manifestaciones pasajeras. Esta actitud, sin embargo, no guarda relación con el pensamiento y la actividad de Marx. Su preocupación por el hombre es constante, y su lucha por la libertad, apasionada e intransigente. Poseyó una fe indestructible en las capacidades del hombre y en las posibilidades de su transformación y de su perfeccionamiento. Al combatir la reacción en algunos países europeos y denunciar sus tendencias conquistadoras, señalaba su derrota inevitable ante “la fuerza explosiva de las ideas democráticas y la sed ingénita del hombre por la libertad”. Y no aceptaba su defensa por cualquier hipócrita u oportunista, porque “el que quiere defender la libertad debe primero amarla”.

La URSS, al transformarse en una organización dictatorial basada en la socialización de los medios de producción, extendió aquel juicio simplista y equivocado. El comunismo soviético ha desacreditado la libertad, el socialismo y la democracia, a causa de su sistema tiránico absorbente, donde se ha avasallado al hombre, sometiéndolo completamente inerte a un Estado totalitario. Las ventajas económicas logradas no compensan tal esclavizamiento del hombre. Pero es preciso no confundir el socialismo, libertario por excelencia, con el comunismo soviético, opresor y aplastador de la personalidad humana. Es una verdad profunda la expresada por el líder socialista francés León Blum, cuando ha dicho: “Hay una conexión indisoluble entre socialismo y democracia; sin socialismo la democracia es imperfecta y sin democracia el socialismo es imposible”.

El socialismo combate todo totalitarismo para afirmar una posición democrática y libertaria; señala el peligro de los regímenes dictatoriales centralizados y la amenaza de los grupos reaccionarios: sectores monopolistas, consor-

cios imperialistas, tarifas clericales y pandillas militaristas. El socialismo precisa que la clase trabajadora es genuinamente democrática y si lucha por eliminar la propiedad privada de los medios de producción y la existencia de las clases antagónicas, es para conseguir la democracia y la libertad. Y como régimen de transición persigue la creación de una economía de Estado planificada, con amplias nacionalizaciones, hacia un colectivismo evolutivo, a cumplirse en provecho de los intereses populares y humanos, destruyendo los viejos privilegios, pero manteniendo en forma intransigente la libertad y reconociendo la acción y dirección de los trabajadores, por medio de sus organismos sindicales y cooperativos y los consejos de productores y comunas, en el proceso. El socialismo en ningún instante coarta la fecunda iniciativa de las masas y tiene el convencimiento de que apoyado en ellas podrá realizar la transformación del régimen capitalista en otro de verdadera democracia económica y social, sin la cual no es posible la democracia política.

Para Carlos Kautsky, el gran teórico socialista y colaborador de Federico Engels, la lucha por el socialismo y por la emancipación del trabajo es, al mismo tiempo, una lucha por la emancipación humana en general; la organización colectiva de la economía no es un fin en sí misma, es el medio para asegurar la libertad y el completo desarrollo de la persona humana. Al perseguir la emancipación humana el socialismo está ligado indisolublemente a la democracia. La propiedad colectiva no puede concebirse sin democracia. La propiedad colectiva y socialismo son imposibles en un régimen despótico, en donde los miembros de la colectividad estén privados del derecho de decidir libremente sobre el modo en que esta propiedad debe ser organizada y regida, y sobre las reglas según las cuales deban ser distribuidos, entre aquéllos, los frutos de su trabajo. Según Kautsky, para Marx la implantación del socialismo sólo podría ser obra de la propia clase obrera y creía posible esta realización en el lugar y en el momento en que dicha clase hubiera alcanzado la fuerza y la educación necesarias. La condición para lograrlas consistía, por un lado, en un desarrollo económico avanzado y, por el otro, en una gran libertad política, es decir, en una vigorosa ascensión del movimiento obrero. Kautsky atacó la experiencia del comunismo soviético, precisamente, por su tentativa de imponer el socialismo en un medio atrasadísimo recurriendo a una feroz esclavitud de Estado y a una explotación inhumana del trabajo. Y la realidad del capitalismo de Estado burocrático y de tiranía política no significa el fracaso de los métodos socialistas del marxismo, sino el de los métodos del utopismo operando con un proletariado insuficientemente desarrollado. Es un fracaso de la dictadura como medio de conservar el poder y de realizar el socialismo. El comunismo soviético posee escasa relación con el socialismo, porque en su funcionamiento aplasta al hombre con el peso del despotismo en lugar de elevarle y emanciparle. El socialismo se revela superior al comunismo, al perseguir la democratización económica, social y política junto al ennoblecimiento espiritual de la sociedad y del individuo.

Ha ayudado también a extender el errado juicio de que el socialismo es el enemigo de la libertad el hecho de suponerle un afán igualitario en un sentido nivelador. El socialismo rechaza la igualdad entendida en esta forma por con-

siderarla una concepción simplista y torpe. Únicamente pretende conquistar una base material justa y equitativa para todos a través de la socialización de los medios de producción y de la eliminación de las clases sociales, de donde partan los individuos en iguales condiciones y con iguales oportunidades. El socialismo quiere elevar al hombre sobre sus propias necesidades para hacerlo alcanzar el dominio de la plena libertad. Para los socialistas, la libertad es una realidad y un ideal. Ella es, a la vez, el motor de la vida humana y su objetivo. Los socialistas no niegan la libertad; niegan que pueda ser efectiva por el sólo conocimiento de las leyes de la naturaleza y de la evolución histórica, y niegan que sea un milagroso don del cielo, una mera facultad poseída. La consideran un esfuerzo incesante, una creación humana continua, inseparable de la confianza en sí y de la acción. La libertad es la acción del hombre para dominar la naturaleza y superar las contradicciones de la historia. De este modo, el socialismo es el más completo humanismo. En todas las épocas de la historia se comprueba este esfuerzo del hombre por escapar de la animalidad para mejorar sus condiciones de vida y de pensamiento. El hombre tiene conciencia de su libertad, pero no la ha podido realizar en plenitud. Pertenece al socialismo hacerla existir verdadera y totalmente. La libertad no puede imperar en una sociedad donde las clases dominantes, dueñas de los medios de producción, aplastan y subyugan a las clases que no poseen sino su fuerza de trabajo. La libertad, entonces, no puede ser el privilegio de algunos elegidos; ella implica un esfuerzo de todos para realizarla. La libertad no puede ser efectiva más que en una sociedad sin clases.

El socialismo es un completo humanismo porque supone la abolición de la enajenación del hombre; su recuperación como verdadero ser humano. El socialismo "es la abolición positiva de la propiedad privada, de la autoenajenación humana y, por lo tanto, la apropiación real de la naturaleza humana a través del hombre y para el hombre. Es, pues, la vuelta del hombre mismo como ser social, es decir, realmente humano, una vuelta completa y consciente que asimila toda la riqueza del desarrollo anterior... Es la resolución definitiva del antagonismo entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre. Es la verdadera solución del conflicto entre la existencia y la esencia, entre la objetivación y autoafirmación, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. Es la solución del dilema de la historia y sabe que es esta solución".

El peligro de tiranía en el seno del socialismo y el verdadero sentido de la dictadura del proletariado

La democracia es una conquista y una creación continuas. En una sociedad donde una clase explota a otra, la democracia y la libertad se encuentran disminuidas y limitadas; asimismo donde el Estado se ha fortalecido, concentrando todo el poder económico, social y político.

A raíz de las experiencias contemporáneas ha quedado de manifiesto que la posibilidad de democracia o de dictadura, como forma de Estado, está presente tanto en el sistema capitalista como en el sistema socialista.

Todo estado burgués es, en última instancia, un instrumento de la dominación de la clase hegemónica, pero, al mismo tiempo, en el seno del capitalismo avanzado, es preciso distinguir la diferencia existente entre un sistema de democracia parlamentaria y un sistema de dictadura fascista. La democracia parlamentaria permite el funcionamiento de las libertades burguesas iniciales, logradas en su lucha contra el feudalismo y el absolutismo, y las garantías legales obtenidas por el movimiento obrero en su tenaz contienda contra la burguesía. Ya no son libertades burguesas, ajenas al movimiento obrero, sino libertades democráticas del pueblo, conseguidas, mantenidas y ampliadas por sus costosas y, a menudo, sangrientas batallas. La dictadura fascista arrasa con todas las libertades públicas y las sustituye por la represión y el terror, por los campos de concentración y la muerte. La experiencia del fascismo obliga, entonces, a distinguir con claridad en el seno del capitalismo demoburgués, entre la democracia y la dictadura.

Por la razón anterior, en el régimen capitalista avanzado, el movimiento obrero lucha por el socialismo en la medida que éste le abre perspectivas amplias para una democracia más perfecta que aquella en la cual vive. Esta finalidad se afirma y extiende frente a una nueva situación: en el régimen socialista, tal como sucede en el capitalista, pueden existir diferentes sistemas políticos. La experiencia del stalinismo (modalidad del culto a la personalidad) señaló que dentro del socialismo puede imperar un modo dictatorial basado en la violencia directa de los órganos de represión de la elite dominante, violando abiertamente la legalidad socialista. El stalinismo mostró la existencia de campos de concentración, no sólo para los representantes de las clases derrocadas, sino también para los miembros de la clase obrera, del campesinado, de los intelectuales avanzados, para los socialistas y comunistas, y, por lo tanto, mostró que en un sistema socialista los derechos democráticos de los ciudadanos, proclamados formalmente, pueden ser adulterados y abrogados con maquinaciones políticas y violados brutalmente con instrumentos de represión. Si los “campos de concentración nazis” han llegado a ser un símbolo de la monstruosidad alcanzada por la violencia de un régimen dictatorial en la sociedad capitalista, las “purgas de Stalin” se han convertido en un término representativo de una terrible realidad ligada a la dictadura en el socialismo, por lo cual ha desacreditado de manera profunda el socialismo en los países democráticos.

De esa experiencia deriva otra implicación trascendental, como en el ideario socialista se define su forma política como una “dictadura del proletariado”, para muchos observadores un régimen socialista significa concreta e ineludiblemente un sistema dictatorial y tiránico, como el stalinista. Entonces, el término dictadura del proletariado aparece comprometido y repudiado a causa de la violación de la democracia en los países que se proclaman socialistas, durante el largo período stalinista, y, en primer lugar, en el principal, la URSS.

El problema adquiere extraordinaria gravedad, porque aun en las condiciones de una revolución pacífica es necesario seguir elaborando la concepción

de la “dictadura del proletariado” como parte integrante de la teoría marxista del Estado. Aun en tales condiciones el poder sigue siendo la cuestión principal; es decir, organización del proletariado en clase dominante. El proletariado debe primero conquistar el poder político, el Estado, no para abolirlo inmediatamente, sino para utilizarlo en la solución de las contradicciones de la sociedad clasista existente, en su interés, esto es, en el interés de la mayoría, y de la construcción consciente de la sociedad socialista sin clases, pues ése es el sentido y el fin último de la lucha política de la clase trabajadora (el poder político en el sentido de la dominación coactiva sobre los hombres es una categoría histórica ligada a la sociedad de clases y no un atributo perpetuo de la sociedad humana en general; en la sociedad socialista sin clases la gestión social directa de las cosas sustituirá la dominación política sobre los hombres). Después del triunfo del socialismo, la organización del poder político estatal debe corresponder a la doble exigencia de ser estructurado de tal modo que haga posible la influencia directa y decisiva de los trabajadores en la conducción de los asuntos sociales, y de facilitar el proceso natural de su propia extinción. O sea, la democracia directa, y más plena, es la forma legítima de la organización política del Estado socialista.

En el presente, cuando la historia ha demostrado que también en una sociedad socialista puede existir un régimen de dictadura, después de la experiencia stalinista, al hablar de dictadura del proletariado lo hacemos en el claro sentido de “gobierno de la clase trabajadora”, sin identificarlo, en la menor concesión, con el concepto de sistema dictatorial. El socialismo y el gobierno del proletariado rechazan la dictadura de una persona, de una capa de la burocracia, o de cualquier grupo social, porque es opuesta a lo entendido por Marx en su frase “dictadura del proletariado”, como concepción del poder de la clase obrera y demás masas trabajadoras.

Marx expuso su fórmula de la dictadura del proletariado en oposición a la dictadura de la burguesía y no como contraria de la democracia. En la actualidad, al insistir en la proclamación a secas del término “dictadura del proletariado” adherimos a algo condenado por la experiencia histórica y enemiga de la esencia democrática del socialismo y, además, a algo identificado por la opinión pública con un régimen dictatorial de tipo stalinista.

En vista de lo expresado, el Partido Socialista de Chile lucha por establecer una sociedad socialista por medio de la acción organizada de los trabajadores manuales e intelectuales: de obreros, campesinos, técnicos, empleados y profesionales, hombres, mujeres y jóvenes, para dar forma a una República Democrática de Trabajadores, pluripartidista. Y en cuanto a él, como partido, practica una disciplina consciente y una vida interna dinámica. Hace suyas las palabras de Engels en una carta a Bebel: “¿Cuál es la diferencia entre ustedes y Puttkamer (ministro prusiano del Interior y enemigo acérrimo de la socialdemocracia), si ustedes aprueban leyes antisocialistas contra sus propios camaradas? A mí, personalmente, no me importa. No hay partido en el mundo que pueda condenarme al silencio cuando estoy resuelto a hablar... Ustedes –el partido– necesitan la ciencia socialista, y esa ciencia no puede existir a no ser que haya libertad en el partido” (Citado por Gustav Meyer en su biografía de Engels).

En una sociedad socialista, unipartidista o pluripartidista, el gobierno de la clase trabajadora deberá actuar para impedir el retorno al poder de la clase derrocada, de la burguesía, y, al mismo tiempo, para desarrollar las relaciones sociales socialistas y ampliar constantemente la democracia directa. Las clases derrocadas se encontrarán constreñidas, sin necesidad de la violencia física contra sus miembros, por la presión de la nueva legislación socialista y las variadas formas de organización y de actuación de las fuerzas políticas del socialismo y de las masas trabajadoras. La clase trabajadora se transformará realmente en clase dominante, en forma directa, y no tan sólo a través de sus representantes, en base de una profunda socialización de la política, del poder y de la economía. O sea, llegará a las más amplias formas de democracia directa.

A muchos parecerá ocioso este debate, pero no ocurre así, dada la proximidad de la victoria del socialismo y de la clase trabajadora. Aunque se admita la posibilidad de diversos caminos al socialismo, el resultado final será una u otra forma de gobierno del proletariado y demás clases laboriosas. Es imposible eludir, entonces, el examen del término “dictadura del proletariado” y al enfrentarlo, en la actualidad, no se puede discutir sobre él, en ningún sitio, como si el stalinismo no hubiera existido. Ni tampoco es posible dejar de considerar el régimen de la URSS, sus fundamentos y su trayectoria, por tratarse de la principal potencia socialista, y donde se dio el ejemplo más drástico de que un sistema social socialista también puede engendrar un régimen de violencia y desafuero, de tiranía implacable, característico del período llamado de “culto a la personalidad”.

Es urgente llegar a una conclusión clara en este asunto. En la Conferencia Nacional del Partido Comunista de Noruega, en diciembre de 1965, según su presidente, Reidar Larsen, el P.C.N. rechazó en su programa el término “dictadura del proletariado” y lo sustituyó por el de “poder de la clase obrera”, a causa de que tanto la propaganda democrático-burguesa como el abuso de poder en algunos países socialistas habían adulterado aquel concepto haciéndolo indecible y corruptor.

Según Gustav Meyer, en la década de 1840 se entendía por socialismo, en Alemania, la lucha por la transformación pacífica de la sociedad, y por comunismo, el esfuerzo llevado a cabo por asociaciones proletarias secretas para destruir la sociedad capitalista. Marx y Engels se definieron como comunistas para acentuar sus concepciones filosóficas y políticas revolucionarias, vinculadas a los intereses del proletariado, frente a las diversas agrupaciones socialistas utópicas, desligadas de la actividad de la clase trabajadora, y cuyas doctrinas habían penetrado hasta en los salones aristocráticos. Con el tiempo, las doctrinas del socialismo científico y revolucionario de Marx y Engels nutrieron la teoría y el programa de los partidos socialistas de la II Internacional, la llamada Socialdemocracia; pero, desde comienzos del presente siglo, se extendió una corriente revisionista, encabezada por Eduardo Bernstein e influida por los éxitos electorales y la conquista de diversas reformas sociales de la socialdemocracia alemana, sometiendo a crítica las concepciones revolucionarias de Marx (a su juicio el socialismo podría implantarse por la vía pacífica utilizando los medios electorales directos por la actividad reformista y evolutiva) y, al mismo tiem-

po, señalando que la evolución del capitalismo contradecía o negaba muchas de las afirmaciones más rotundas de Marx. Sin embargo, la Guerra Mundial de 1914 demostró una vez más las incurables contradicciones del sistema capitalista y dieron la razón a quienes se mantuvieron fieles a la ortodoxia marxista, como Rosa Luxemburgo y Lenin.

Desde la toma del poder en Rusia, en octubre de 1917, por el Partido Bolchevique, por decisión de Lenin éste se transformó en Partido Comunista y, a la vez, creó la III Internacional Comunista. A partir de esa fecha, el comunismo entró a existir como teoría, programa y política claramente diferenciado del socialismo clásico. El régimen comunista soviético y los partidos comunistas de la III Internacional se proclamaron los verdaderos representantes de las doctrinas marxistas y del socialismo en general. Pero pronto el comunismo como sistema resultó estar bastante alejado del auténtico patrimonio del socialismo marxista y su experiencia demostró la imposibilidad de la liberación económica, social y espiritual del hombre, aunque se elimine la propiedad privada de los medios de producción y se aplaste a la burguesía, si se da vida a una economía centralizada y se fortalece el poder del Estado, pues tales medidas desembocan en un régimen de capitalismo de Estado y de burocratismo social y político, y el fin de rescatar al hombre, económica y socialmente enajenado, para devolverle a la plena integridad de sí mismo, se convirtió en una realidad opuesta, creándose un sistema opresivo, aniquilador de la iniciativa y de la voluntad de las masas y de la libertad. En vez de la extinción del poder del hombre sobre el hombre se levantó un Estado despótico que sometió al hombre a una mayor servidumbre.

Las posiciones teóricas del P.S. de Chile frente al comunismo soviético

Marx y Engels poseyeron un irreductible espíritu revolucionario y democrático, anticapitalista y fueron enemigos del aplastante poder del Estado y, en general, de toda opresión y verdaderos adalides de la emancipación de las clases trabajadoras y de la sociedad entera; y campeones denodados de la libertad y de la dignidad del hombre. El sistema comunista soviético se alejó de los valores humanistas, revolucionarios y democráticos, de las concepciones marxistas, entrañando un nuevo revisionismo que alcanzó su expresión más radical durante el Gobierno de Stalin y de su régimen de "culto a la personalidad". Aunque los escolásticos soviéticos envolvieron el stalinismo con abundantes citas de Marx y Engels y lo proclamaron expresión legítima y fiel de sus doctrinas, en verdad significó un nuevo y temible revisionismo que asimiló la práctica de las teorías de Marx a una simple experiencia de tiranía terrorista y a un cruel régimen de esclavitud industrial y de explotación del trabajo humano.

El Partido Socialista de Chile rechazó, desde su nacimiento, tanto el revisionismo de la socialdemocracia como el revisionismo del stalinismo. Al primero, por su reformismo infecundo, adulterador del contenido revolucionario del marxismo; y al segundo, por su despotismo estatal y por las diversas deformaciones introducidas en la interpretación y en la práctica del marxismo.

En primer término, el PS no acepta una interpretación oficial de la doctrina marxista ni una fijación dogmática de sus principios y, por lo tanto, rechaza la acusación de “revisionismo” a los movimientos socialistas y revolucionarios preocupados de enriquecerla y de adecuarla a las nuevas experiencias y situaciones, proclamando la posibilidad de diversas vías hacia el socialismo. Por el contrario, acusa como posición típicamente revisionista la del stalinismo y su correspondiente sistema de culto a la personalidad. En segundo término, respecto de las desviaciones de la práctica stalinista, el PS no acepta el debilitamiento de la lucha de clases en aras de la contienda entre naciones o bloques de naciones, ni el reemplazo del internacionalismo proletario por el nacionalismo soviético u otro; rechaza la política de colaboración de clases, como la contenida en las tácticas de frente popular, alianza democrática o frente de liberación nacional, y se mantiene leal a la política revolucionaria de clase, de acuerdo con la fórmula marxista: la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos. En la construcción de la sociedad socialista, no acepta la entrega de los medios de producción al Estado y la administración de éstos por una capa tecno-burocrática, porque ello elimina la gestión de la clase trabajadora y la transforma solamente en asalariada del Estado; tampoco tolera la constitución de un régimen de capitalismo de Estado burocrático, con una economía cuya finalidad principal es el desarrollo industrial y tecnológico, el armamentismo y la coherencia espacial, mientras se traduce para las clases laboriosas en una fuerte explotación del trabajo y en un bajo nivel de vida. Asimismo, rechaza el robustecimiento del poder del Estado y el culto a la personalidad, porque supone una dictadura implacable sobre toda la sociedad; un despotismo incompatible con los fines liberadores del socialismo; y tal rechazo implica su repudio a la dictadura y el monopolitismo político e ideológico, y la correspondiente eliminación de los partidos que expresan las diversas corrientes de la actividad y del pensamiento de las clases trabajadoras, de la democracia y de la fraternidad revolucionarias. Igualmente se opone a la supresión de las huelgas y al manejo de la organización internacional del proletariado al servicio de los intereses nacionales de una potencia-guía, en vista de conducir directamente al hegemonismo y al anexionismo.

El PS, al mismo tiempo, señaló las consecuencias negativas del revisionismo stalinista: en el plano filosófico: esterilidad del pensamiento teórico y predominio del dogmatismo y la escolástica, cultura dirigida e intervención en el plano de la creación artística y literaria (el mal llamado “realismo socialista”); regresión del pensamiento marxista hacia la apología y defensa de las relaciones burocráticas de capitalismo de Estado, del despotismo estatal y del culto de la personalidad, del conformismo ideológico y del chauvinismo soviético; en el plano sociológico: sojuzgamiento de la clase trabajadora por el Estado y exaltación de éste como potencia autónoma de la sociedad; eliminación de la libertad y atropello constante de la persona; el individuo queda indefenso ante el Estado todopoderoso; en el plano económico: predominio de una vasta burocracia con las características de una “nueva clase” privilegiada; y sacrificio del nivel de vida, del poder consumidor y del bienestar de los trabajadores, para crear una economía de Estado en vista a un mayor poderío industrial y militar; en el plano político: oportunismo político en defensa de los intereses hegemónicos del

stalinismo hasta llegar a pactos antipopulares y combinaciones reaccionarias (como en los casos de la alianza con el nazismo para destruir la socialdemocracia, facilitando el triunfo de Hitler; de la imposición del frente popular como alianza de los partidos obreros con las agrupaciones democrático-burguesas para detener el fascismo; el pacto nazi-soviético, que selló una alianza entre el stalinismo y el fascismo, lo cual permitió el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, y, a consecuencia de los triunfos de Hitler y su ataque a la URSS, nueva alianza con las democracias capitalistas, y como resultado de la victoria contra el fascismo, expansionismo y atropello del principio socialista de la libre determinación de los pueblos).

El PS, a pesar de algunos errores en su vida política, de acuerdo con su declaración de principios, ha sostenido su fidelidad al marxismo, y la ha concretado en la defensa intransigente de los siguientes puntos básicos: adhesión al principio dialéctico del constante devenir de los procesos humanos: sociales, políticos, ideológicos y aplicación crítica de ese principio a dichos procesos; consonancia entre la filosofía y la práctica, entre la teoría y la praxis; reconocimiento de la lucha de clases y sólo la clase trabajadora es revolucionaria; únicamente su acción logrará destruir el sistema capitalista y asegurar su emancipación; y defensa y práctica del internacionalismo proletario; socialización de los medios de producción y administración de ellos por los trabajadores organizados, como la única forma de una economía de bienestar y de una democracia económica; debilitamiento del Estado por la entrega de las actividades económicas a la sociedad a través de los sindicatos y consejos obreros, y la descentralización de las funciones políticas por medio del engranaje de las comunas y los consejos de ciudadanos, como únicos fundamentos de un gobierno democrático del pueblo. Por lo tanto, no acepta la dictadura de un partido monolítico (en nombre de la dictadura del proletariado), confundido con el aparato estatal, pudiendo existir otros partidos de trabajadores y, al mismo tiempo, practica el respeto y el fortalecimiento de la organización sindical y del derecho a huelga. Tiende a la eliminación de todo sistema policial terrorista, al amplio ejercicio de las libertades públicas y a la defensa de la libertad de creación artística y literaria, y todo concebido como los factores del funcionamiento de una real democracia política, popular y revolucionaria.

En cuanto al método para llegar a la edificación de esa sociedad, plantea la práctica de una política revolucionaria basada en un frente de trabajadores manuales e intelectuales y la constitución de una República Democrática de Trabajadores. La revolución socialista en nuestra época progresa desde la periferia compuesta por los pueblos coloniales y semicoloniales hacia el centro ocupado por los países capitalistas avanzados y la ciudadela imperialista de los EE.UU en último lugar. La revolución socialista puede comenzar y progresar apoyada en el campesinado y ser respaldada por la clase obrera de las ciudades donde reside la fuerza más poderosa del enemigo capitalista. El PS de Chile rehúsa toda ejecutoria a cualquier alianza con sectores burgueses y niega la existencia de una burguesía progresista, pues toda ella está comprometida con el imperialismo. Sólo una política revolucionaria, afirmada en el proletariado el campesinado y los estudiantes e intelectuales, podrá triunfar en los países

subdesarrollados y transformar el régimen de dominio de la clase terrateniente, de la burguesía y la penetración imperialista, en otro socialista y popular. Por eso denuncia la táctica de “frente de liberación nacional”, llamando a la burguesía progresista a unirse a las clases trabajadoras en la lucha contra el capitalismo, como una contradicción con cualquier posición antiimperialista y una carencia de identidad de intereses entre esa consigna y las clases trabajadoras.

El falso dilema del Congreso del Partido Comunista

(Punto Final N° 93 del 9 de diciembre de 1969)

Los actuales dirigentes del Partido Comunista se autodefinieron como pacientes, pero advirtieron que pierden la paciencia frente a los izquierdistas sobre los cuales se concentró el fuego principal de la artillería de su Congreso N° 14. Jorge Insunza, miembro de la Comisión Política, reelegido, tuvo en sus manos la intervención más importante en la clausura del torneo comunista, y desde tan alto sitio disparó principalmente sobre los sectores revolucionarios, no controlados por su partido: “El izquierdismo se expresa como tendencia más o menos extendida y en las nuevas fuerzas, se manifiesta en algunos partidos de izquierda y es bandera de acción de grupos de resentidos anticomunistas que actúan desde posiciones ultrarrevolucionarias. Se traduce en fraseología revolucionaria, en exhortaciones irresponsables a la lucha armada, en la tendencia a restringir arbitrariamente el campo de alianzas del proletariado. Los comunistas diferenciamos nítidamente las fuerzas que se dejan seducir por la frase revolucionaria y por la impaciencia, de los grupúsculos anticomunistas”.

La elección de Jorge Insunza para dar a conocer las resoluciones políticas del Congreso N° 14 del PC de Chile no fue accidental. El diario “El Siglo” consignó en su edición del 27 de noviembre que al diputado e ingeniero se le designó para intervenir en el Congreso sobre el tema: izquierdismo, y al respecto el orador expresó: “En este sentido el izquierdismo se convierte en el peligro temporalmente principal que en el seno del movimiento popular debemos enfrentar para posibilitar la unidad de estas fuerzas”.

La lucha contra los revolucionarios que no militan en el PC pasó a convertirse en la palabra de orden como quedó demostrado al ser transformado el senador del MAPU, Rafael Agustín Gumucio, en el único no comunista que intervino en el Congreso que mereció ser comentado por los oradores que le sucedieron en la tribuna. El poeta Pablo Neruda dijo: “Por eso, el Congreso de nuestro partido se conmovió con las palabras del senador Gumucio cuando advirtió, con serenidad y claridad, este peligro. Cito sus palabras y las repito como si fueran mías: “Respecto al ultraizquierdismo creemos que hay que cerrarles el paso porque es el peor obstáculo que el proceso de la unidad lleva en su seno. El ultraizquierdismo puede hacer fracasar a la Unidad Popular. Hoy día, o peor todavía mañana estando en el poder. Es el producto, como lo dijo Corvalán, del peor snobismo intelectual que actúa de espalda al pueblo. Pienso que la Unidad Popular ganaría mucho en consistencia y homogeneidad si existiera la decisión de prescindir de estos activistas de la división”.

Las citas del poeta

Jorge Insunza, operando como sociólogo pero con la regla de cálculo de ingeniero en la mano dice que este problema es una consecuencia de la incorporación de “grandes grupos sociales” al proceso de destrucción del statu y acota que “las capas pequeñoburguesas y burguesas” traen al movimiento popular “una carga de ideas y tendencias extrañas, reformistas o izquierdistas”.

Uno de esos elementos es el senador Rafael Agustín Gumucio, vinculado a la burguesía chilena que ayudó a montar el gobierno reaccionario de Eduardo Frei, del que se desvinculó junto a otros demócratacristianos. Pero su lastre burgués no inquieta al poeta Neruda quien al citar palabras del parlamentario reformista dijo que las repetía “como si fueran mías”.

El poeta Neruda criticó a los izquierdistas, aguijoneado por el mal recuerdo de las críticas que a él se le hicieron después de una ambiciosa gira por Estados Unidos y naciones latinoamericanas, en una de las cuales un gobernante, típicamente reaccionario, que fue derrocado posteriormente por un “golpe” de militares nacionalistas, le condecoró con publicidad, proceso que determinó la protesta de la intelectualidad cubana, que no puede olvidar que el ex Presidente peruano Belaúnde Terry mantenía en esos momentos a varios patriotas presos, mientras bajo tierra recién empezaban a descomponerse los cadáveres de guerrilleros como Luis de la Puente, asesinados por el régimen condecorador.

En el acto de clausura del Congreso hubo tres oradores y ninguno fue representativo de la clase proletaria, lo que no tiene importancia si su valoración dentro del movimiento popular se hace con sentido revolucionario y no con el esquematismo simplón del ingeniero Insunza que piensa con ingenuidad que la clase obrera se satisface con halagos verbales.

Hasta el instante en que la Revolución Cubana surgió en el proceso americano y mundial, un esquematismo, como el usado por Insunza, se mantenía sin discusión y era corriente ver a burgueses o pequeñoburgueses que ingresaban a los procesos revolucionarios que buscaban su “proletarización” personal como si ese fenómeno resultara del cambio del cuello y corbata por el overol de trabajo.

El dilema real

Desde Cuba Fidel Castro y los otros dirigentes revolucionarios han planteado el dilema americano sobre sus verdaderos términos: “Revolución o no Revolución”, y frente a él el esquematismo de Insunza y Corvalán se estrella sin contenido.

Los revolucionarios cubanos no abrieron un censo sobre la extracción social de los patriotas que se sumaron al proceso por ellos iniciado, sino que se dedicaron a descubrir y desarrollar sus condiciones revolucionarias.

En Chile, los actuales dirigentes del Partido Comunista abocan al movimiento popular al dilema “golpe de Estado o legalidad burguesa” y por supuesto distorsionan la problemática del proceso revolucionario. Con un falso dilema como

el señalado se explica que el máximo dirigente de los trabajadores organizados, el diputado comunista Luis Figueroa, haya podido decir públicamente; “La plataforma de lucha de la CUT no es obra de “cerebros mágicos”, ella corresponde al estudio, por largo tiempo, de los sindicatos, federaciones, conferencias, plenarios y congresos realizados a través del país. Esta contiene exigencias mínimas. No estamos pidiendo mayores salarios, sólo que se nos entregue lo que hemos perdido por la inflación de la cual no somos culpables los trabajadores, sino los consorcios internacionales que día a día se llevan la mayor parte de las utilidades” (El Siglo, 27-XI-69).

Una clase trabajadora que habla con tal tono mendicante por boca de uno de sus líderes, que previamente ha reconocido en el Congreso de su partido que éste es quien dirige la Central Unica de Trabajadores, no tiene en la mira de su arma de lucha la revolución,

Las negociaciones realizadas en el último tiempo entre el gobierno democratacristiano y los dirigentes de la CUT, destinadas a determinar el monto del reajuste de sueldos y salarios para 1970, estuvieron dominadas por el falso dilema y eso explica que fueran los líderes de los trabajadores los más interesados en mantenerlas en secreto, para rodear finalmente de gran espectacularidad el acuerdo. El desinhibido Ministro de Hacienda* cuenta entre sonrisas en las casas donde habita la oligarquía chilena que tanto él como el “cabezón” Rojas (así llama al Ministro del Interior), les repetían en cada entrevista a los dirigentes de la CUT que “la situación militar es muy crítica”, lo que aplacaba los ímpetus reivindicacionistas de los líderes gremiales.

La existencia de revolucionarios que no son controlados por los actuales dirigentes del PC explica también el interés de estos últimos por exterminarlos, por cualquier medio, como ya ocurrió en Venezuela, Bolivia, Guatemala. Hay un permanente desafío a la verdad revolucionaria y eso no calza dentro del esquema de entregar sin debate la vanguardia del movimiento popular al equipo que ahora dirige al Partido Comunista.

Fidel Castro lo dijo y repite: La vanguardia se conquista en la lucha, no por decreto.

Si ella es conquistada por el PC, Punto Final estará a su lado.

Chovinismo partidario

Cuando Punto Final salió a la circulación pública, sus redactores ofrecieron sus páginas a los dirigentes comunistas y éstos las rechazaron sin explicación. Pero muy luego surgieron ataques contra la nueva publicación porque ella, situada dentro del campo revolucionario, no reconocía calidad de vanguardia al grupo que reclamaba ese privilegio. Con los ataques se desvaneció la posibilidad del debate ideológico y para sepultarlo en definitiva y anatematizar a los que lo proponían surgieron personas como el diputado Orlando Millas, que apela sin restricciones al chauvinismo partidario, bautizando de anticomunista

* Andrés Zaldívar.

a todo revolucionario que no someta su acción a la dirigencia suya o de otros líderes.

El Congreso número 14 eludió los problemas auténticos de la Revolución chilena, lo que es lamentado por los revolucionarios de otras tiendas que reconocen el valor que representa la organización del Partido Comunista y la importancia que dentro de él tiene la militancia de los trabajadores. Si una fuerza tan organizada como el PC fuera orientada hacia la revolución, retirando a sus valiosos cuadros, especialmente los obreros, de la lucha economicista de cada fin de año, a esta altura la burguesía, en crisis total, no se sentiría tan segura en el poder a pesar de su desastre interno.

En los días en que se desarrollaba el Congreso comunista estallaba con escándalo otra manifestación de la legalidad burguesa. El Poder Judicial, pieza vital del aparato represivo del Estado, se sumaba a las protestas expresadas por los pronunciamientos militares. La legalidad burguesa puede subsistir en Chile, como en Uruguay, sobre una dictadura encubierta, en la que son perseguidos los más resueltos revolucionarios.

Nuevo anatema

Para distraer a las masas trabajadoras, en el Congreso número 14 se creó otro anatema, al que se convirtió en un seudodesviacionismo: el antisovietismo. Frente a él se pretende colocar al pueblo como si se tratara de uno de sus problemas vitales.

Las críticas a la actual dirigencia del primer Estado socialista han surgido dentro del campo socialista y las formulan revolucionarios como el Primer Ministro coreano Kim Il Sung, quien se fogueó en las guerrillas y sacó al país de la postración en que lo mantenían los oligarcas nacionales y los imperialistas japoneses y norteamericanos con las armas en la mano.

La crítica a otro equipo de dirigentes del Estado soviético las formularon sus sucesores en el Vigésimo Congreso del Partido Comunista de la URSS y por ese motivo no se puede decir que cayeron en el "antisovietismo".

El Partido Comunista de Chile tiene un organismo fuerte y vital, pero su cabeza no puede seguir ensombrecida por las anteojerías, que les impiden a sus militantes ver la realidad revolucionaria. Deben recuperar la energía que les caracterizó en los años en que un gran luchador, Luis Emilio Recabarren, inició en el norte su batalla sin cuartel contra los ricos y los gringos.

Fernando Mires (MIR): El Estado de la sociedad dependiente

(Punto Final N° 93 del 9 de diciembre de 1969)

No se puede estudiar la historia de los países subdesarrollados sin estudiar la historia del capitalismo contemporáneo y viceversa. El sistema capitalista pudo hacerse extensivo en virtud de la superexplotación llevada a cabo en forma sistemática en Asia, África y América Latina.

En su fase premonopolista, el sistema capitalista se anexó una gran cantidad de territorios sometiendo por la fuerza a sus habitantes y superponiendo a las relaciones y modos de producción vigentes, las relaciones y modos de producción que requería la burguesía de la nación dominante para su desarrollo. El Estado capitalista, en este sentido, absorbe políticamente a la nación colonizada e implanta en ella los moldes institucionales que la burguesía expansionista considera convenientes.

La tradicional región colonizada carecía de Estado porque su Estado era el de la nación dominante; los hombres colonizados pasaban a depender directamente de la jurisdicción de la metrópoli imperialista, ejercida en algunas ocasiones por los propios funcionarios-colonos. Así, esta forma de colonialismo, practicada intensamente durante el siglo pasado (sobre todo por los ingleses) no ofrece ningún problema con respecto a la identificación del Estado, pues sobre la nación dominada, y como producto de esta dominación, se erige una superestructura jurídico-institucional que expresa la dominación en el plano político y militar. Los colonizados superexplotados quedan, además, sometidos a los aparatos burocráticos y represivos de las clases expansionistas extranjeras.

Mucho más compleja resulta la identificación del Estado en una nación dominada por intermedio de la penetración financiera. Este último tipo de dominación es el que ha venido haciéndose extensivo a partir de la fusión, en el seno de las sociedades capitalistas del capital industrial y del capital bancario. Por eso, con respecto al modelo tradicional de colonialismo, la dominación por intermedio de la penetración financiera, ofrece una serie de variantes:

1. En primer lugar, resulta el hecho de que la exportación de capitales reemplaza a veces, o se conjunciona, a las costosas empresas militares expansionistas. En este sentido, el aparato burocrático administrativo del Estado imperialista desempeña el primer papel en la dominación. En la acuñación de esta nueva metodología imperialista, los “diplomáticos” norteamericanos han llegado a convertirse en verdaderos maestros (esferas de influencia, esferas

de interés, pactos de ayuda mutua, planes de colaboración, emisarios de la paz, defensores de la civilización occidental, etc. Como se ve, cantidades de conceptos y de subterfugios). La diplomacia norteamericana ha sido llevada al cenit de su refinamiento.

2. Por otra parte, las inversiones externas son realizadas en países cuya superestructura jurídico-institucional posee por lo general algunos basamentos generados por las clases dirigentes de esos países y/o por anteriores colonialismos. La penetración financiera debe entonces “sutilizar” su metodología a fin de modelar la superestructura jurídico-institucional, a las necesidades de la nación imperialista.

3. A consecuencias del drenaje de capitales y de las inversiones exógenas, aparecen grupos sociales compradores y vendedores o simplemente administradores que dependen económica y socialmente de la penetración extranjera. Es en estas oligarquías, y a veces burguesías “nacionales” donde el imperialismo encuentra su más sólido apoyo para sus fines derivados de la exportación de capitales y de la absorción de materias primas.

De acuerdo a estas tres variantes, se infiere que el capitalismo financiero logra imponer sobre las sociedades en las que penetra, una superestructura acorde con la infraestructura basada en las relaciones de dependencia externa. Para este fin cuenta con la anuencia de las oligarquías y/o burguesías “nacionales” que han tenido su origen en la irrupción externa del capitalismo, sectores que juegan el papel de intermediarios entre la explotación de riquezas y de hombres, y la administración imperialista. Esta situación trae por consecuencia que el Estado de la sociedad subdesarrollada dependiente tiende a ser manejado por los miembros de sectores que a su vez dependen del monopolismo extranjero y, por tanto, del Estado imperialista. Los aparatos del poder, policíacos y militares, quedan pues manejados por los sectores *mercenarios* de la sociedad dependiente: dicho de manera más simple: *en todas las sociedades dependientes domina un Estado mercenario*.

El orden social que este Estado se encarga de defender (a diferencias del Estado de la sociedad capitalista desarrollada cuya función es defender la armonía de un capitalismo autóctono) es el orden del subdesarrollo, esto es, el orden que impone desde el exterior el imperialismo. Aquí el Estado no tiene como función preservar y regular una libre competencia pues ésta no existe: tampoco es el representante de los monopolios nacionales, puesto que si éstos existen, no pasan de ser meros apéndices de un muy superior monopolismo extranjero. La burocracia y el ejército permanente, entonces, más que aparatos de un Estado nacional son los aparatos mercenarios de un Estado extranjero. Esos aparatos los instrumentalizan las clases dominantes, pero estas últimas son mercenarias por naturaleza, aspecto éste siempre debe tomarse en cuenta.

Que el Estado en la sociedad dependiente no es el representante directo de la clase dirigente “nacional”, lo comprueba el hecho de que cuando los sectores revolucionarios logran rebasar la fuerza de contención represiva que oponen los aparatos mercenarios de poder, el imperialismo interviene directamente por intermedio de sus propios aparatos de represión. No se trata en

este caso de que el imperialismo atente contra la soberanía de un Estado independiente. Justamente porque el Estado que pelagra no es un Estado independiente, es que el imperialismo se reserva el derecho de intervenir. Tampoco lo hace en defensa de un Estado extranjero. *Es su propio Estado el que defiende. El Estado en la sociedad capitalista dependiente es el instrumento burocrático y represivo que preserva los intereses de la clase monopolista extranjera.*

Resulta falso afirmar desde este punto de vista que en algunas sociedades dominadas existe independencia política pero no así independencia económica. En esta afirmación que indirectamente hacen suya algunos personeros de las izquierdas, hay una total incoherencia pues, *porque no hay independencia económica es que no puede haber independencia política.*

Cierto es que el grado de mercenarismo en los instrumentos de poder del Estado dependiente no es siempre constante; depende más bien de las contradicciones internas del imperialismo, esto es, de la mayor o menor libertad de acción que puedan tener las clases dirigentes “nacionales”. Pero en todo caso, de la misma manera como en el interior del país imperialista la clase dirigente monopolista hace concesiones a las clases subsidiarias con el objetivo de preservar la armonía del sistema capitalista, desde un punto de vista internacional también hace algunas concesiones a los sectores subsidiarios externos a fin de preservar la integridad del sistema imperialista. A las clases dirigentes se les otorga, de este modo, un margen donde puedan realizar algunas actividades expoliadoras. Suponiendo incluso que las contradicciones entre el sector mercenario y el sector monopolista externo alcancen un elevado grado de desarrollo, hay que convenir en que nunca pasan de ser contradicciones internas en el contexto internacional del imperialismo, y el imperialismo contemporáneo en su versión norteamericana se ha provisto, sin lugar a dudas, de los mecanismos integradores susceptibles de eliminar estas contradicciones. La contradicción básica del capitalismo en la fase imperialista sigue siendo entonces entre el proletariado y el campesinado con respecto al capitalismo en su forma “nacional” y extranjera. El Estado del imperialismo, por su propia naturaleza, no puede “integrar” a las clases explotadas.

Si el imperialismo es impotente para “mercenarizar” al proletariado (y agreguemos, al campesinado) como lo hace con las clases dirigentes de la nación dominada y con la “aristocracia obrera” de la nación dominante, debiendo por el contrario, mantener e incrementar la superexplotación para subsistir en tanto el imperialismo, la confrontación esencial debe producirse a la postre entre los sectores superexplotados del subdesarrollo y el Estado del imperialismo. Pero en esta confrontación, el proletariado y el campesinado deben enfrentar en su primera fase de liberación a los aparatos represivos mercenarios, defensores locales del Estado extranjero. En este sentido podemos agregar que cualquiera derrota, en cualquier nivel de lucha de las oligarquías y/o burguesías “nacionales” frente a las clases superexplotadas, posibilita una revolución. *Pero no es en sí una revolución.* Esta última sólo puede ser efectiva con la destrucción de los aparatos estatales imperialistas que actúan en primera instancia a través de la represión externa (ejemplo:

Guatemala y República Dominicana en América Latina, el Congo en África, Vietnam en Asia).

La destrucción de los aparatos estatales imperialistas que operan en territorio extranjero significa pues algo más que arrebatarles el “gobierno” a las clases mercenarias. Significa eliminar los fundamentos materiales que sustentan la acción del Estado extranjero, rompiendo conjuntamente los vínculos de dependencia económica mediante una nacionalización efectiva de las riquezas básicas por ejemplo. Aquí no está de más recordar un aspecto elemental pero que generalmente se pasa por alto: que en el subdesarrollo la socialización de los medios de producción pasa por la nacionalización de los mismos (y generando por otra parte los aparatos revolucionarios destinados a defender la economía ahora nacional de los aparatos represivos mercenarios y extranjeros del Estado imperialista) .

Por último, afirmar esto que es tan evidente pero al mismo tiempo tan poco advertido, que el Estado bajo el cual se encuentran sometidas las clases superexplotadas del subdesarrollo es el mismo Estado de las clases dominantes de la nación imperialista y no el instrumento exclusivo de las clases dominantes “nacionales”, ya que estas últimas son parte integrante del imperialismo, no significa en modo alguno “revisar” o querer “hacer de nuevo” la noción marxista del Estado. Simplemente se trata de un intento para desarrollar los métodos que entrega el marxismo frente a las nuevas situaciones económico-sociales que han surgido en el capitalismo de hoy día.

Ni más ni menos que eso.

Alberto Baltra (Partido Radical): Reformismo de izquierda

(Punto Final N° 96 del 20 de enero de 1970)

I

En una conferencia que dicté a fines del año 1966 sobre desarrollo económico y social de Chile sostuve que el mundo marcha inevitablemente hacia el socialismo*. Agregué que, dadas las circunstancias imperantes, no parecía viable implantar, desde luego, una sociedad socialista en nuestro país. Pero —dije— es perfectamente concebible preparar el camino hacia esa sociedad mediante una alternativa que, enraizada en las realidades nacionales, constituya un sistema lo suficientemente socializado como para permitir una planificación que haga posible acumular y movilizar los recursos que se requieren para favorecer la capitalización y el desarrollo, a la vez que contemplar un sector privado al que se aseguren las reglas del juego y que, de su lado, contribuya al desarrollo con lo que le es característico, esto es, el rápido aprovechamiento de las oportunidades del mercado.

Me parece —agregué— que tal vez pudiera darse a esta alternativa el nombre de *reformismo de izquierda* con el objeto de impedir que se la confunda con el *reformismo de derecha*, que introduce cambios pero sólo con el fin de salvar y robustecer el sistema y sin tocar a fondo los factores esenciales de la dependencia económica.

II

Manifesté también que, desde 1938 hacia adelante, el país había experimentado cambios cualitativos sustanciales como lo fue la modificación de nuestra estructura económica bajo el impulso de un definido y perseverante esfuerzo industrializador que se desarrolló siguiendo las líneas gruesas que le impuso Aguirre Cerda. Pero puede afirmarse —dije— que el desarrollo económico chileno ofrece ahora como característica principal la falta de dinamismo del sistema productivo y que esta deficiencia se expresa, por una parte, en la baja tasa de expansión global y, por la otra en la poca diversificación de la economía en cuanto a los sectores de producción, con atraso considerable de las industrias llamadas *dinámicas*, o sea, aquellas que producen bienes durables de consumo y bienes de capital.

* Alberto Baltra Cortés, "Otro camino para Chile", Edit. Universitaria, 1967.

La causa primaria del malestar económico y social que sufre Chile debe buscarse en esta insuficiencia dinámica que correlativamente es, sin duda, el principal problema que debe resolver el país. Así tenemos que, de un lado, Chile necesita iniciar y avanzar en una nueva etapa de su desarrollo industrial y, por el otro, que esto no puede lograrse sin eliminar los factores estructurales del atraso que nos aplasta lo que supone, a su vez, un cambio social y económico profundo, rápido y generalizado.

Esta nueva etapa presenta sus propios problemas. En efecto, se trata de fundar industrias que demandan inversiones cuantiosas y que son de tecnología compleja. Por tanto, el ahorro interno debería aumentar extraordinariamente y el país necesitaría disponer de grandes sumas de divisas para adquirir en el exterior los correspondientes equipos y elementos. También, son industrias en que la combinación óptima de los factores productivos se alcanza a escala bastante alta, lo que supone un amplio mercado para la venta, y esto explica el interés que revisten para nosotros el proyecto de mercado común latinoamericano y las perspectivas de acción dentro de los esquemas integracionistas vigentes, como ALALC, siempre que ni éstos ni aquel se conviertan en instrumento adicional de la explotación imperialista.

Esta etapa requiere de nuevos polos de crecimiento análogos a los que, en el pasado reciente, creó el Estado en el acero, el petróleo, la energía eléctrica, el azúcar de remolacha, etc. Para este efecto, expresé en mi mencionada conferencia, hay que actuar dentro de un modelo en que se distingan tres grandes áreas. En una primera área quedarían incluidas las actividades *estratégicas* o de base, o sea, las actividades que condicionan el desarrollo económico nacional y que, dado su carácter de centros decisivos, deben estar a cargo de *empresas nacionalizadas*, es decir, de empresas de propiedad del Estado, del pueblo, pues así el Estado puede proyectar y ejecutar una estrategia para el desarrollo y dinamizar el conjunto de la economía nacional. Habría una segunda área, de carácter mixto, compuesta de empresas en que se combinarán los capitales públicos y particulares, y, por último, un área que incluiría todas las actividades que no forman parte de la plataforma básica de la economía, a cargo de la iniciativa privada y respecto de la cual el Estado debería determinar y respetar las reglas del juego con el objeto de proporcionar el ambiente de confianza y certidumbre que la empresa particular necesita para trabajar e invertir.

Agregué entonces que este modelo destinado a “preparar el camino para una sociedad verdaderamente socialista ... no es ni puede ser la obra de un partido sino de todos los partidos de avanzada, sin pretensiones hegemónicas. No se trata de reacuñar la fórmula de 1938, que correspondió a otras circunstancias políticas y económicas, sino de crear un instrumento político eficaz para enfrentar y cumplir la nueva tarea que exige perentoriamente la continuidad del desarrollo económico y social de Chile”.

Como lo señala Manuel Cabieses en el artículo que, con el mismo título que encabeza éste pero sin sus comillas, publicó en el último número de PF, las ideas expuestas en mi conferencia de 1966 las hizo suyas el Partido Radical en las Convenciones de 1967 y 1969, incorporándolas a las aspiraciones programáticas del radicalismo y están incluidas ahora en el Programa de la Unidad Popular”. Sería poco sincero si no dijera que todo ello me halaga y me honra.

III

Mas, difiero en orden a que esta alternativa a la que denominé en aquella oportunidad como “reformismo de izquierda” pueda asimilarse al “reformismo de derecha” hasta el punto que ambos sean una sola y misma cosa. Reconozco que el nombre que elegí, en 1966, para denominar la alternativa planteada por mí no es el mejor, pues facilita la confusión y el error. De ahí que, en escritos posteriores, junto con profundizar las ideas, haya establecido con más precisión las características de esta alternativa.

Hay reformas que, como lo dije en 1966, sólo tienden a apuntalar el régimen capitalista y, en consecuencia, mantienen intactos sus fundamentos. Este es el *reformismo* que ya ha agotado en Chile sus posibilidades para promover el progreso. Pero puede haber reformas que cambien las estructuras definitorias de la sociedad y que, por lo tanto, nada tienen en común con el *reformismo* de los capitalistas. No puede confundirse el reformismo con una estrategia socialista de reformas en que cada una de ellas, aparte de su fin en sí, tienda a fines más generales y más amplios de claro carácter cualitativo. El nuevo orden social y económico puede implantarse mediante reformas siempre que todas ellas respondan a un plan de conjunto encaminado a crear y consolidar, en manos del pueblo, posiciones de decisión que hagan viable el establecimiento de esa nueva sociedad.

Sería ingenuo pensar que las clases dominantes usufructuarias de los privilegios que les concede el orden vigente, pudieran renunciar a ellos sin defenderse. Pero creemos que, mediante reformas tácticamente bien concebidas, se puede privar a esas clases de sus factores de poder y obligarlas a capitular. Entendemos las reformas como medios y no como fines; como las etapas dinámicas de un proceso de lucha y de cambios dentro de la perspectiva de la creación de una sociedad socialista en el poder político y económico esté realmente en manos del pueblo de los hombres de trabajo y esfuerzo. El *reformismo* se limita a las reformas. Nosotros concebimos las reformas como herramientas para operar el cambio de la sociedad y su sistema. He ahí la gran diferencia.

Creemos que ello es posible siempre que exista la inquebrantable decisión de aprovechar, mediante nuevas reformas, la dinámica del proceso renovador desencadenado con las reformas iniciales. Y también siempre que exista la firme y resuelta voluntad de responder con energía implacable a la resistencia, activa o pasiva, del imperialismo y de las minorías internas beneficiadas con los privilegios del sistema. Son estas diferencias y no de las menores, entre el *reformismo* y un plan socialista de reformas.

Jorge Insunza: Constituir este mes todos los comités de la Unidad Popular

Texto del informe rendido ayer por el miembro de la Comisión Política, diputado Jorge Insunza, a la reunión plenaria del Comité Central del Partido Comunista

(*El Siglo*, 7 de febrero de 1970)

Camaradas miembros del Comité Central.
Camaradas secretarios regionales:

La sesión plenaria que iniciamos ha sido convocada para considerar la participación del partido en la campaña electoral presidencial. Otros partidos de la unidad popular están haciendo y harán un examen semejante, hecho que valoramos. La elección presidencial es un combate que forma parte de la lucha por el poder político en nuestra patria. En él, nosotros comunistas, en conjunto con nuestros aliados, debemos emplearnos a fondo con el propósito de abrir paso a los cambios revolucionarios, indispensables para satisfacer las necesidades vitales de nuestro pueblo.

Será una batalla áspera y difícil. La derecha está empeñada en retomar directamente el poder en sus manos. La derrota de estos designios se convierte en la tarea de las tareas del movimiento popular chileno. Aunque los reaccionarios se esfuerzan por presentar las cosas como si la leche estuviese ya cocida para ellos, lo cierto es que nuestro pueblo es capaz de impedir que se consumen sus planes. A la derecha se le puede y se le debe hacer la cruz y es el movimiento popular reunido el único que está en condiciones de cerrar el paso y salir adelante con la constitución de un gobierno popular.

Se ha logrado plasmar en Chile una amplia unidad popular en torno a un programa, a un acuerdo de gobierno y a un solo candidato a la Presidencia de la República, Salvador Allende. Por primera vez en muchos años se consigue coordinar los esfuerzos de los sectores políticos que plantean decididamente la realización de los cambios antimperialistas y antioligárquicos, con la perspectiva del socialismo. Este hecho constituye una gran victoria. Se ha forjado así una poderosa herramienta de progreso. En el desarrollo político y social chileno entra en juego un capital inmenso de los trabajadores y el pueblo.

Una alianza más avanzada

Desde 1938, el pueblo de Chile no conseguía reunir en un solo haz fuerzas políticas y sectores sociales tan vastos. La Unidad Popular está cimentada en un Programa definido y claro que propone los cambios revolucionarios que están al orden del día, en una concepción de poder y en un acuerdo sobre gobierno que garantizan a todas las fuerzas políticas su integración res-

ponsable en la conducción de los asuntos del país. Es una alianza con calidades nuevas, más avanzada que las del pasado, con un peso mayor de la clase obrera y los sectores sociales y políticos más consecuentes. Es, por tanto, una unidad que está acorde con la madurez alcanzada por el movimiento popular chileno, capaz de crecer y ampliarse, de transformarse en centro de atracción para la inmensa mayoría de la población, para el 90 por ciento de nuestros compatriotas, cuyos intereses recoge y representa, a condición de empeñarse vigorosamente en el combate por sus derechos.

Por todo ello, la Unidad Popular puede y debe modificar todo el cuadro político del país.

Como es sabido, los comunistas veníamos batallando desde hace largos años por lograr que cristalizara un entendimiento de las fuerzas que hoy constituyen la Unidad Popular. Nuestro XIV Congreso estableció que “la clave para resolver la cuestión del poder en favor del pueblo está en la unión de sus fuerzas en la construcción de la unidad popular”. El camarada Corvalán sostuvo en su Informe central que la actitud en relación a este problema se convertía en la piedra de toque para el triunfo del pueblo. Y afirmaba la “lucha por la unidad popular ha sido y es una actitud revolucionaria permanente de los comunistas dentro y fuera de las contiendas electorales. Bregamos por una unidad combativa, que se exprese en todas las batallas, grandes y pequeñas; se forje en torno a un programa común, al margen de caudillos mesiánicos, alrededor de la clase obrera, asegurando al mismo tiempo que las demás clases y capas sociales progresistas y sus expresiones políticas tengan y asuman las responsabilidades correspondientes”. Sentimos la concreción de la unidad popular, como una victoria de estas ideas. Pero, no es sólo una victoria de los comunistas. Lo conseguido es un éxito al que ha contribuido el realismo con que el Partido Socialista ha enfocado los acontecimientos políticos del último período. Asimismo la unidad popular es el triunfo de las fuerzas que durante largos años sostuvieron las banderas de izquierda en el seno del Partido Radical, hasta lograr ubicarlo en posiciones que corresponden por entero a la base social que representa este partido. La alianza es también el fruto de la contribución que ha hecho una nueva fuerza política, el MAPU y, asimismo, del aporte de socialdemócratas y API.

Pero, la unidad popular es, por sobre todo, una victoria del pueblo de Chile que se expresó amplia y poderosamente cuando en el curso del proceso apareció en peligro el entendimiento, mientras se discutía la designación de un candidato único para la elección presidencial. La movilización de cientos de miles de personas que buscaron y encontraron múltiples formas de opinar, ayudó, junto con la responsabilidad de los partidos, a culminar exitosamente el proceso.

El pueblo se sobrepuso a las intrigas

Estas expresiones son una garantía de la fortaleza y solidez del acuerdo concertado, puesto que responde a la conciencia que el pueblo tiene de sus necesidades.

La unidad popular se constituye soportando el fuego graneado del enemigo de clase, del imperialismo y de la oligarquía. Ellos saben bien que la Unidad Popular es el principio del fin de sus privilegios y granjerías. Y han actuado y actúan en consecuencia. El proceso unitario tuvo que sobreponerse a una campaña de intrigas de toda índole acuñada por los reaccionarios.

Antes de que el Programa fuera elaborado aparecieron en las páginas de la prensa mercenaria calificaciones antojadizas. Unos afirmaban que el programa no consideraba para nada los intereses de las capas medias. Otros que, al revés, se trataba de un programa deslavado, menos revolucionario que otros elaborados por los partidos de izquierda. El gobierno pluripartidista que realizará la unidad popular, donde partidos, movimientos y organizaciones sociales del pueblo, ejercerán conjunta y democráticamente el poder, pretendieron presentarlo como un gobierno desprovisto de dirección. Por otra parte, y sin importarnos aquí tampoco la contradicción flagrante, aseguran que nosotros, comunistas, hemos sometido al resto de los partidos a nuestro dictado.

Cuando se inició el estudio del candidato único de la Unidad Popular, los esfuerzos se orientaron a usar las aspiraciones de cada partido, como trampolín para provocar la ruptura. Con una campaña desenfadada pretendieron transformar lo que podríamos llamar el patriotismo de cada partido en un estrecho y mezquino partidismo. Los fuegos principales estuvieron dirigidos a deformar nuestra política. En sus afanes diversionistas imprimieron por millares carteles apócrifos con consignas como “Neruda hasta el fin” o “Neruda o ningún otro” intentando de este modo deformar nuestra clara política unitaria. Pero fracasaron.

La contribución del PC y de Neruda a la unidad

La política de los comunistas, su aporte a la cristalización del acuerdo, la contribución inmensa que nuestro camarada Pablo Neruda hizo personalmente, están hoy día claras para todo el pueblo y para nuestros aliados. La decisión del partido y de Neruda mismo de colocar esa postulación en la alternativa de ser centro de la unidad o de ser retirada en cualquier momento para favorecer esta unidad, sirvió para abrir paso a que otros partidos y candidatos populares se colocaran en idéntica posición y contribuyeran al acuerdo. Queremos dejar público testimonio de la alta valoración que hacemos del aporte de nuestro camarada Neruda a la construcción de la Unidad Popular, en la que se empeñó con todos los atributos de su calidad de militante comunista y de personalidad ilustre de nuestra patria. Del mismo modo dejamos expresada nuestra palabra de reconocimiento por el gesto unitario de Jacques Chonchol, Alberto Baltra y Rafael Tarud que retiraron sucesivamente sus postulaciones para facilitar la unidad.

La propaganda del enemigo continúa y continuará intentando la destrucción de la Unidad Popular: el miedo es cosa viva. Fracasadas las primeras intenciones se ponen en marcha nuevas maniobras. Una de ellas es el esfuerzo por destruir el Partido Radical o al menos restringir su aporte a la lucha uni-

taria. Para ello tocan a rebato porque abandonan el Partido Radical algunos elementos derechistas que permanecían en él. Presentan este hecho como signo de debilitamiento de la Unidad Popular. Hablando con franqueza, hay que decir que la decantación de las fuerzas de izquierda no debilita sino fortalece la Unidad Popular y, de hecho, favorece al propio Partido Radical.

No cabe entendimientos con el continuismo

La embestida divisionista se revuelve también contra nuestro partido. Se afirma, como lo han hecho algunos comentaristas políticos, que el apoyo comunista a la candidatura de la Unidad Popular sería sólo temporal, mientras se crean las condiciones para un entendimiento con la DC. Los comunistas hemos precisado suficientemente que en la Unidad Popular deben estar las fuerzas que de hecho y no sólo de palabra, están en posiciones democráticas y revolucionarias. No cabe entendimiento, entonces, con quienes apoyan al gobierno proimperialista y reaccionario del señor Frei. Y este es el caso del señor Tomić y los sectores que administran la Democracia Cristiana. Este es un asunto claro y resuelto.

A propósito de estos embustes queremos llamar la atención sobre el hecho que en nuestro país se produce una acentuada perversión de los medios de información. Al lado de los reporteros políticos y comentaristas que se esfuerzan por presentar los acontecimientos con objetividad y cuyo desempeño profesional apreciamos independientemente de sus convicciones políticas, actúa en forma irresponsable e indigna un grupo de comentaristas que no tienen respeto alguno por la verdad y que han aceptado transformarse, por paga en deformadores conscientes de la opinión pública. Entre ellos se cuentan elementos que han tenido que ser juzgados por el Colegio de Periodistas o que han sido expulsados de organizaciones gremiales por ser agentes policiales.

No obstante, las intrigas no prevalecerán sobre la verdad. Lo avanzado hasta ahora prueba que los partidos y movimientos populares están dispuestos a superar, de una vez y para siempre, la tragedia que ha significado para nuestro país la incapacidad, durante un largo período, de las fuerzas de izquierda para unirse, mientras los reaccionarios encontraba siempre, ante el menor peligro, las formas de aglomerarse para cerrar el camino al progreso y custodiar sus intereses.

Es mucho más que un entendimiento electoral

La decisión unitaria venida desde la base misma del pueblo ha conseguido no sólo un entendimiento electoral, lo que hubiera sido ya trascendente, sino una reunión de fuerzas revolucionarias y democráticas decididas a enfrentar juntas las batallas para liberar a Chile del imperialismo y la oligarquía. El pacto de la Unidad Popular expresa claramente este sentido: "La unidad forjada es amplia y a la vez cohesionada. En ella participan hombres y mujeres de diversas filosofías o creencias: marxistas, laicos, cristianos, inde-

pendientes, etc. Está vinculada a la lucha del pueblo, de los estudiantes, de los sectores medios y expresa los intereses de todas las fuerzas sociales ajenas al poder de los grandes capitalistas. Integrada por las fuerzas políticas de izquierda y abierta a todos los que estén por cambios verdaderos, basa su acción en un programa claro, sin ambigüedades, elaborado en común, y en un trabajo coordinado y de equipo, respaldado por la firme voluntad de superar las diferencias y todo aquello que divida o parcialice, excluyendo toda forma de hegemonías partidistas”.

Los acuerdos concluidos en sólo cuatro meses de trabajo han demostrado que es posible lograr la amplitud de la alianza y la profundidad de sus objetivos. Ha quedado probado que las diferencias e incluso contradicciones que han existido y existen entre los partidos y movimientos que integran el movimiento popular pueden superarse a través de la confrontación honesta de posiciones y la participación en común en los múltiples combates del pueblo. La perseverancia en estas actitudes irá reforzando cada día más los vínculos unitarios.

La Unidad Popular, en tanto sea capaz de impulsar la lucha de las masas, surge como una alternativa de poder, la única en disposición de resolver los problemas de la independencia, el bienestar y la felicidad de los chilenos.

Allende, una larga militancia en las trincheras del pueblo

Camaradas:

El ingreso en el campo político y concretamente en la batalla electoral presidencial de las fuerzas de izquierda unidas configura un cuadro claro. La definición a la que se ven abocados los chilenos es nítida y tajante: el país debe elegir entre la derecha que constituye una minoría de privilegiados representados, por el señor Alessandri y la izquierda, representada por la Unidad Popular y teniendo a Salvador Allende como candidato, con un programa y una concepción de gobierno que recoge los intereses de la inmensa mayoría de la población. Este es el dilema esencial. Para ahorrar al pueblo los dolores de la repetición de una experiencia fracasada, para asegurar el desarrollo democrático del proceso social en nuestro país para iniciar de veras la solución de los problemas que aquejan a millones de chilenos hay que desbaratar los intentos de los reaccionarios de hacerse de nuevo del poder en Chile, a través de la candidatura presidencial de Alessandri.

No es argumento de nuestra acción el escarnio personal de un político cualquiera. No obstante, consideramos nuestro deber ineludible esclarecer ante el pueblo qué intereses representa y por tanto qué política aplicará en los hechos, más allá de las palabras, de las promesas, cada aspirante a Presidente, y establecer por tanto la diferencia entre las candidaturas de Alessandri y Tomić y la de Allende.

El nombre de Salvador Allende está estrechamente vinculado a los esfuerzos por constituir la Unidad Popular y a la lucha de nuestro pueblo por

los cambios revolucionarios. Se trata de una personalidad relevante, que ha recibido múltiples muestras de confianza de los chilenos progresistas en su vida, dedicada al servicio público y entre cuyos méritos se incluye una permanencia de largos años en las trincheras del pueblo lo que le ha concitado el odio de los enemigos.

Más allá de esto, como lo dice el Pacto de Unidad Popular, el gobierno que constituiremos no será “un gobierno de un solo partido y mucho menos un gobierno personal”. No elegiremos un monarca, sino un mandatario del pueblo y Salvador Allende, como político militante, ha suscrito estas ideas y ha expresado su decisión de actuar en consecuencia.

Alessandri gobernará para los monopolios

En cuanto a la candidatura del señor Alessandri: él es el prototipo de su clase, representante legítimo de la oligarquía de este país y no hará ni podrá hacer nada que sea contrario a los intereses a los que está vinculado y representa.

La orientación del señor Alessandri como gobernante no fue ni podrá ser ajena al hecho de que él y nueve de sus familiares participen decisivamente en la dirección de 50 de los 150 más grandes monopolios de este país, entre los que figuran la Papelera, Pizarreño, Codina, Renta Urbana, Copec, Sumar, Said, Yarur, Madeco, Mademsa, Hirmas, Importadora Wall, etc., sin contar los bancos en los que tienen marcada influencia. Estas vinculaciones determinaron y determinarían por entero su acción como gobernante. Esta afirmación está comprobada por sus seis años de gobierno y hasta por sus expresiones actuales, donde la demagogia exacerbada no puede encubrir el verdadero sentido de su política.

La candidatura del señor Alessandri y el Partido Nacional representa una amenaza gravísima a los intereses de la inmensa mayoría de los chilenos.

Alessandri personifica la congelación de los sueldos y salarios de obreros y empleados. Entre los años 59 y 64, período en que ningún orden de justificaciones le permite evadir su responsabilidad como gobernante, el índice de costo de la vida subió 192 puntos. En ese mismo período los sueldos y salarios subieron apenas 174,4 puntos y en aquellos servicios en que los reajustes dependían de su iniciativa, vale decir, los fiscales y semifiscales, los aumentos de salarios y sueldos fueron inferiores al promedio señalado alcanzando a 141 y 126 puntos, respectivamente, lo que representó pérdidas netas del poder adquisitivo de sus sueldos de un 26,5% para los empleados fiscales y un 34,3% para los semifiscales en el curso de los cinco años mencionados.

Los trabajadores no han olvidado ni podrían olvidar que cuando se alzaron unidos y organizados contra el atentado a sus condiciones de vida que importaba la política salarial de Alessandri, hubieron de soportar la mantención de las huelgas más largas: más de 90 días en el carbón, 54 días los maestros, varias semanas los trabajadores de la Salud, y recibieron la metralla de la represión violenta.

El promotor de atentados contra la previsión

Por si esto fuera poco, Alessandri ha sido el promotor principal de los afanes de los grandes capitalistas de atentar contra el sistema previsional de los trabajadores chilenos; lo que no le ha impedido a él y a sus adláteres jubilar con elevadas rentas usando ese mismo sistema previsional que pretenden destruir.

Esto y no otra cosa es lo que los trabajadores tendrían que enfrentar de retornar la derecha al gobierno. La defensa de sus derechos legítimos les dicta entonces la necesidad de hacer todo por impedir que alcance la Presidencia de la República y nuestra obligación primordial es organizar esas fuerzas para enfrentar el desafío reaccionario.

Alessandri es la inflación desatada, la desvalorización permanente de nuestro signo monetario para beneficio de los capitalistas extranjeros.

Alessandri es la resistencia a la nacionalización de nuestras riquezas básicas, lo que pretende presentar como un "mal negocio", contra ponerla al desarrollo económico de Chile, cuando lo cierto es que esa recuperación es el pivote indispensable para la industrialización del país y la tarea más urgente de reafirmación de la independencia nacional.

Alessandri es la detención de la Reforma Agraria, porque está estrechamente vinculado y representa la casta de los terratenientes. Bajo su gobierno grandes latifundistas hicieron pingües negocios con sus tierras abandonadas, recibiendo sumas que superaban en 3, 4 y más veces el avalúo, obligando, por cierto, a los campesinos a pagar esos excesos. Tras su figura se oculta hoy el ánimo de venganza de los latifundistas contra el campesinado chileno, los deseos de destruir la organización campesina.

Más allá de su demagogia, Alessandri representa los intereses de los enemigos declarados de los pequeños comerciantes e industriales. Fue durante su gobierno que se dictó contra ellos la ley de presunciones de venta y renta mediante la cual se les cobraba impuestos leoninos en base a supuestas ganancias que nunca habían tenido. Fue el gobierno de los gerentes el que alzó el impuesto a la compraventa y su mínimo obligando a entregar boletas hasta por sumas irrisorias, transformando de hecho a los comerciantes en recaudadores de impuestos para el Fisco, y empleados de los monopolios sin sueldo de ninguna especie. El mismo, en persona, es el presidente de CODINA, sórdido monopolio que niega márgenes de comercialización siquiera mínimos al distribuidor minorista. Figura decisiva en su "staff" de consejeros es Pedro Ibáñez, propulsor de los supermercados que han llevado a la quiebra a centenares de pequeños comerciantes.

Representante y verdadero rostro de la derecha

El trabajador independiente, el hombre que busca su liberación de las angustias de la explotación capitalista en la mantención de una fuente de trabajo propia, tiene en la derecha su enemigo principal. Alessandri y el Parti-

do Nacional representan a cabalidad a los grandes monopolios que en su incontenible afán de lucro hacen perder sus bienes a cientos de pequeños propietarios cada año. El manejo por ellos del aparato del gobierno no hará sino acentuar esta tendencia. Por tanto, en defensa de sus intereses, los propietarios pequeños y medios, comerciantes minoristas e industriales no monopolistas deben aprestarse a bloquear el regreso de los gerentes al poder.

Alessandri es el padre reconocido del sistema de los dividendos reajustables que hoy oprimen a miles de adquirentes de viviendas, haciéndoles pagar las ganancias leoninas de los grandes monopolios de la construcción.

Es el creador del Sistema de Ahorro y Préstamo concebido con tal liberalidad que hay gerentes que se asignan sueldos de 58 millones de pesos mensuales y pagan a los grandes inversionistas intereses netos de hasta el 8,5% anual, para hacer recaer todo esto en las espaldas de 600 mil ahorrantes modestos.

Este es el verdadero rostro de la Derecha. para ocultarlo se monta una campaña de mixtificación destinada a presentar al señor Alessandri como independiente.

Independiente para enriquecer más a los ricos

¿Es independiente el señor Alessandri de su clase social? Lo dicho ya demuestra que no. Pero habría todavía cien modos de probarlo. El uso del aparato del poder para enriquecer más a los ricos alcanzó durante su gobierno caracteres de escándalo. Puso en vigencia los bonos dólares. Pagó a su amigo Osvaldo de Castro de 12.000 mil millones de pesos de 1960, con cargo al Fisco. Pagó también con dinero de todos los chilenos las deudas contraídas en el exterior por grandes capitalistas basándose en la Ley 14.949, de su iniciativa.

El señor Alessandri pretende hacer creer que está dotado de un carácter que le da independencia frente a la cohorte de gestores reaccionarios que lo circundan y lo circundarían. Pero sus penosas confesiones indican que esto tampoco es así. El mismo ha reconocido que se inclinó ante la OEA y los Estados Unidos y transó la independencia de Chile para romper con Cuba. Cedió, según su versión a la presión del Arzobispo Tagle para atentar contra la libertad de prensa y dictar la *Ley Mordaza*. En su último mensaje al Congreso intentó justificar su fracaso reconociendo que se había inclinado también a la presión de liberales y conservadores, que hoy integran el Partido Nacional para nombrar a funcionarios ineficientes.

A fin de cuentas, ¿en qué consiste entonces la supuesta y publicitada independencia del señor Alessandri? Tan sólo en el hecho de no estar suscrito en los registros del PN, partido cuya formación fue, no obstante, resuelta con su apoyo y visto bueno. Pero tal independencia no pasa de ser un caza-bobos, porque no cambia su calidad de prototipo de las clases parasitarias de este país. Su promesa de hacer un gobierno no político es algo así como hacer un guiso de liebre sin liebre.

La izquierda habla claro: no seremos garantía para los privilegiados

La izquierda, en cambio, no tiene problemas para decir al país lo que es y lo que quiere hacer y hará el gobierno.

En el pacto político de la Unidad Popular se expresa claramente: “Hablando franca y honestamente, no somos una garantía para la minoría privilegiada. No somos garantía para el capital imperialista... No somos garantía para el latifundio ni para la oligarquía bancaria ni para los potentados del capitalismo... Con la misma franqueza decimos que el Gobierno Popular sí será garantía para la abrumadora mayoría de la población, para el 90% o más de ella, compuesta de obreros, campesinos, empleados, profesionales y técnicos, estudiantes, maestros, intelectuales, pensionados y jubilados, artesanos, hombres con capacidad organizadora; la gran mayoría de los propietarios, productores y comerciantes que no están unidos al estrecho círculo del poder capitalista, sino que lo sufren de muchas maneras”.

La Unidad Popular está integrada por los partidos que han nacido del seno de la clase obrera, de los trabajadores, de los sectores medios de nuestro país. Sus militantes han dirigido y dirigen la abrumadora mayoría de las organizaciones sindicales y gremiales y se distinguen allí por su identificación con los intereses de los trabajadores, que son los propios. Han sido y son ellos los que soportan el embate de la represión destinada a ahogar la lucha por la justicia y se han mostrado capaces de resistir y seguir combatiendo por el destino del pueblo.

La garantía para el pueblo chileno de que es posible conquistar el Gobierno Popular y vencer los obstáculos internos y externos que se oponen a las transformaciones es el despliegue de todas las fuerzas revolucionarias.

El Gobierno Popular no será ni podrá ser un gobierno por encima del pueblo, ni se limitará a dar a éste sólo una participación accesorias. Su pujanza realizadora estará avalada antes que nada por su capacidad de transformarse efectivamente en un gobierno del pueblo y será tanto más efectivo cuanto más presentes estén todas las masas populares organizadas en su gestión, cuanto más caminos se franqueen al ejercicio del poder por ellas.

Fin a la politiquería burguesa

Con el Gobierno Popular la lucha de los trabajadores por el resguardo del poder adquisitivo de sus sueldos y salarios conseguirán éxitos. El nuevo gobierno deberá terminar con la desvalorización monetaria. Enfrentará de veras la inflación y, paralelamente, asegurará el reintegro de cualquier alza del costo de la vida superior al 5% mediante una ley de reajustes automáticos. Con el Gobierno Popular se pondrán en operación los organismos que, con participación de obreros y empleados, fijarán salarios mínimos y sueldos vitales que estén de acuerdo con la realidad económica del país.

La Unidad Popular y su gobierno recuperarán para Chile sus riquezas básicas; nacionalizará el cobre, afirmará la independencia nacional.

El Gobierno Popular, apoyado en el combate del campesinado, podrá llevar a cabo sin vacilaciones la Reforma Agraria, liquidando efectivamente el latifundio en nuestro país. Los campesinos tendrán títulos de dominio sobre la casa y el huerto que se les asigne y sobre los derechos correspondientes en el predio. Tierra de los latifundistas se entregará también a pequeños agricultores, medieros y arrendatarios que no dispongan de ella.

La Unidad Popular abordará la solución acelerada y a fondo del drama de la vivienda en Chile. El objetivo de su política habitacional es que cada familia llegue a ser propietaria de una casa-habitación. Se eliminará el actual sistema de dividendos reajustables y las cuotas o rentas que deben pagar los adquirentes de viviendas o arrendatarios no excederán del 10% del ingreso familiar.

El Gobierno Popular garantizará la propiedad de los industriales y comerciantes pequeños y medios; terminará con la presión que sobre ellos ejercen los grandes monopolios. Procurará ayuda técnica y crediticia a este sector para que puedan cumplir el importante rol que les corresponde en la economía nacional.

El gobierno de Unidad Popular entregará la administración de las Cajas de Previsión, que se ejercerá dentro de las normas de planificación democrática de la economía, a sus imponentes, lo que ayudará a liquidar los privilegios abusivos, el burocratismo y la ineficiencia del sistema actual.

Con el Gobierno Popular el pueblo podrá poner fin a los hábitos políticos introducidos en Chile por la politiquería burguesa. Se terminará con el sistema de parcelación de la administración pública cuyos cargos se han usado como prebenda para pagar servicios electorales. Pondrá término a través de un sistema severo de incompatibilidades al uso de los cargos públicos, en el Parlamento y en el Ejecutivo, para enriquecerse ilícitamente o para incrementar negocios particulares. ¡Los traficantes de la política serán aventados!

Tomic juega un papel divisionista

El Gobierno Popular será un gobierno fuerte, no en sentido policial y represivo, no por la megalomanía de una persona, sino por la profundidad de su acción, por las amplias capas sociales interesadas por sus medidas, por la coordinación constructiva de las fuerzas políticas que lo integran y, sobre todo, por la presencia activa del pueblo en el proceso de cambios revolucionarios.

En todo y por todo el Gobierno Popular es la antítesis de lo que sería un gobierno de derecha y en función de esta alternativa el pueblo de Chile deberá decidir.

En la batalla presidencial a la que está abocado el país la candidatura de gobierno del señor Tomic juega un papel divisionista.

El candidato oficialista pretende con palabras zafarse del fracaso del gobierno que representa y al que sirvió para los menesteres más odiosos, como

la firma de los convenios del cobre, lo que significó que las utilidades de las compañías norteamericanas aumentarían de 44 a 126 millones de dólares anuales.

Promete que ahora sí que se hará la revolución y se sustituirá el capitalismo, pero él es el representante de un gobierno que ha hecho todo para afianzar el sistema. Habla de la participación popular, pero apoya con la derecha tradicional una Reforma Constitucional que agudiza hasta extremos la imposición del poder personal. Perora sobre los derechos de los trabajadores pero su gobierno carga con la responsabilidad de tres masacres y ahora, apenas iniciado el año, desencadena una brutal ola de alzas, retenidas para que no influyeran en el monto de reajuste y lanzadas antes de que éste se pague.

El señor Tomic es el representante de un gobierno que continúa desvalorizando sistemáticamente nuestro signo monetario y que favorece sin tapujos los intereses de los grandes capitalistas, usando el poder político para proteger negociados como el de las Empart, donde se funden los intereses de Pérez Zújovic, dirigente demócratacristiano y Soza Cousiño, presidente del comando alessandrista.

Es la Administración que él representa la que ha repartido dineros fiscales a través de la devolución de impuestos a los grandes capitalistas por un monto superior a 200 millones de escudos en un año, de los cuales más de 25 millones han ido a parar a la Papelera del señor Alessandri, pero ello no le impide hablar contra los grandes monopolios.

Los denodados esfuerzos verbalistas del candidato demócratacristiano son flagrantemente contradichos por los hechos. La Democracia Cristiana tiene el poder en sus manos y con ello la posibilidad de probar la sinceridad de lo que afirma. Pero nada de eso ocurre. Al revés, cuando los partidarios de los cambios que aún se mantienen en sus filas intentan hacer algo, el Gobierno se encarga de liquidar tales afanes. Toda la palabrería reformista termina entonces, y esto más allá de la voluntad de la gente que está sinceramente por los cambios sociales, transformándose en un mero instrumento para retener a gente del pueblo sometida a la férula del sector burgués que maneja el Partido Demócrata Cristiano. La incomodidad que a éstos les produce la locuacidad anticapitalista del señor Tomic es un impuesto que están en disposición de pagar.

A derrotar provocaciones de la derecha oficialista

El pluriclasismo característico de la DC en todo el mundo se ha mostrado también en Chile como un método cuyo objetivo principal es la sumisión a un sector de la burguesía de capas de trabajadores que, aunque han querido expresar allí su convicción de la necesidad de modificar el sistema, son utilizadas al fin y a la postre, para mantener en pie el régimen capitalista.

Las cosas se dan de tal manera que, independientemente de la voluntad de muchos partidarios de Tomic, la presencia de esta candidatura ayuda a la de Alessandri. Esto ocurre, primero, porque no tiene posibilidad alguna de vencer; en segundo lugar, porque objetivamente impide que sectores del pueblo en los

que aún influye la DC apoyen la candidatura de la izquierda. Por su parte, la derecha demócratacristiana, los “eduardistas”, trabajan desde el Gobierno contra Tomic y en favor de Alessandri y algunos ya han iniciado el éxodo hacia la derecha. Entre ellos se incluyen ciertamente muchos grandes duques de la administración pública que ocuparon y ocupan cargos de la confianza del Presidente Frei. Si, como lo ha revelado el “New York Times”, el propio Presidente sugiere a sus íntimos “que los chilenos probablemente quieran un ‘breve respiro’ después de seis años de su ‘Revolución en Libertad’” con lo que el señor Frei, con cierto eufemismo, les indica el camino de la derecha.

Ante la Unidad Popular se presenta ineludiblemente la tarea de contribuir al esclarecimiento de esta verdad. Los sectores reaccionarios de la Democracia Cristiana observan que el peso de los hechos, la polarización creciente entre derecha e izquierda, hará recapacitar a miles de hombres y mujeres que hasta hoy los han seguido y que vendrán ahora a la Unidad Popular. Se empeñan por ello en lanzar a esos sectores del pueblo en una lucha fratricida los que nos agrupamos en la izquierda. Incidentes entre pobladores, como los provocados últimamente en un teatro de Concepción y en el Campamento Pablo Neruda, son una demostración de estos propósitos de crear abismos y odiosidades insalvables en el seno del pueblo, entre los que necesitan y desean la revolución de verdad. Ante el movimiento popular surge la necesidad de fundir las luchas de unos y otros por la solución de sus problemas. Si los derechistas demócratacristianos obtuvieran éxito en sus empeños divisionistas, el único favorecido sería el candidato del Partido Nacional. Corresponde, por tanto, desarrollar un trabajo tenaz en el seno de las masas para evitar que fructifiquen estas provocaciones.

El derrotismo enfermizo de los ultraizquierdistas

Camaradas:

El significado revolucionario de una victoria popular, no sólo para Chile sino que para el movimiento liberador de toda América Latina, aterra a los enemigos internos y externos de nuestro pueblo. Ellos recurrirán a medios de toda índole para impedirlo. Pero somos y seremos capaces de enfrentarlos a condición de poner todas nuestras fuerzas en tensión.

El pueblo no se dejará llevar por el derrotismo enfermizo y paralizante que tratan de fomentar algunos “ultrarrevolucionarios”. Estos, desde publicaciones como la revista “Punto Final”, se esmeran en el ataque a la Unidad Popular y en dar realce a las capacidades de los reaccionarios hasta mostrarlos como invencibles. Con ello dejan de manifiesto su desconfianza en las masas populares, su penosa orfandad política y prestan de nuevo, inestimables servicios a los enemigos de clase al intentar baldear con agua fría el movimiento popular con el más pulcro uso de la verborrea revolucionaria.

Los distintos partidos y movimientos tenemos fuertes vínculos con las masas. Varios, una sólida organización. Queremos expresar nuestra convicción de que seremos capaces de irrumpir, de ganar la conciencia de la mayoría, si

los integrantes de la Unidad Popular ponemos en juego todas nuestras posibilidades.

El cambio de las estructuras sociales es una necesidad imperiosa y sentida por la mayoría. Los problemas que atormentan al pueblo –bajos salarios, carestía de la vida, inflación, falta de viviendas, cesantía, matrículas y otros– no tienen solución en los marcos del actual sistema.

En la arena política chilena no hay otra fuerza dispuesta a romper esta situación más que la Unidad Popular. Esto también juega a nuestro favor.

Si nos empeñamos a fondo para hacer pesar todos estos elementos desde hoy y en los 200 días que restan, trabajando con vigor y combatividad seremos capaces de agrupar a la mayoría contra la derecha.

Desatar la energía popular y el combate de las masas

A los raudales de dinero que emplearán los enemigos para pervertir conciencias debemos oponer la organización del ánimo unitario del pueblo. Hay ahí inmensas reservas de iniciativas y energía capaces de superar con creces la actividad de los mercenarios.

Al uso y abuso de la radio y los medios de comunicación de masas por parte de los reaccionarios podemos y debemos oponer las voces de miles y miles de hombres, mujeres y jóvenes de nuestro pueblo que ilustren a cada chileno sobre los objetivos del movimiento popular y el significado verdadero que se oculta tras la demagogia de las candidaturas de los adversarios.

Lo decisivo, lo fundamental para el éxito es el desarrollo del movimiento de masas. La elección presidencial es una batalla de clases. Si cada cual se define en ella con acuerdo a su situación social, con sus intereses, la Unidad Popular superará considerablemente a sus adversarios.

El desarrollo de los combates de las masas en todos los frentes por sus reivindicaciones específicas se convierte en tarea de primer orden para todos nosotros. Hay que sortear el peligro que entraña la realización de una campaña puramente electoralista, que sería incapaz de desplegar iniciativas que permitan al pueblo definir su posición a la luz de sus problemas concretos.

Esta es la tarea de hoy, que debe ser abordada sin demora.

Se ha desencadenado en Chile una ola de alzas que golpea los hogares de todo el pueblo. Debemos recoger la indignación de los trabajadores y encauzar la protesta de hombres y mujeres para poner coto a esta situación. La presentación de pliegos extraordinarios que han iniciado los sindicatos de la construcción del Plan de Expansión de la Sociedad Minera El Teniente y de otros sectores es un ejemplo que debe ser multiplicado. Junto a ello deberá surgir del seno del pueblo decenas de iniciativas para terminar con la política de hambre.

El drama de la vivienda requiere en miles de casos una solución que no admite postergación. La gravedad del problema se hace patente en las sucesivas ocupaciones de terrenos que se han producido en los últimos meses. Necesitamos hacernos eco de esas necesidades, organizar la lucha para resolver sin demora la entrega de sitios a miles de familias.

En el campo se profundiza la decisión de conquistar la tierra para el que la trabaja. De otro lado crece la prepotencia de los latifundistas que se engallan suponiendo que podrán enterrar para siempre la Reforma Agraria. En decenas de fundos penden de la consideración de la CORA las solicitudes de expropiación firmadas por todos los campesinos. Hay que disponerse a hacer respetar en el combate la voluntad de los campesinos y hacer avanzar así ahora la Reforma Agraria.

La política del gobierno de Frei agudiza la tragedia de la cesantía. Organizar a los cesantes, imponer la creación de fuentes de trabajo es una tarea que no admite espera.

La Unidad Popular en combate

Los grandes monopolios se han lanzado en la restricción de los márgenes de comercialización y amenazan con la ruina a miles de pequeños comerciantes. Así ocurre con los cigarrillos. El acaparamiento de artículos cuyos precios serán alzados se hace en términos irritantes por parte de los monopolios. Abrir cauce a la solución de ese problema es tarea de la Unidad Popular, que puede y debe hacer pesar con éxito sus capacidades en favor del pueblo.

Que se han abierto posibilidades nuevas lo ha comprobado el éxito de la Acusación al Ministro del Trabajo y los logros ya alcanzados en favor de los pensionados por la Unidad Popular en combate.

Si perseveramos en este camino, si multiplicamos las iniciativas de luchas con verdadero carácter de masas seremos capaces de vencer.

Este es el estilo de la campaña que hemos definido de común acuerdo los partidos de la Unidad Popular.

Los Comités de Unidad Popular, organismos de la campaña en cada nivel, no pueden ser por tanto sólo Comités Electorales, aun cuando tendrán que tomar por supuesto estas tareas en sus manos. Deberán transformarse en organismos impulsores de las luchas reivindicativas capaces de expresar los intereses de todos los trabajadores y el pueblo y del sector en que operan y de asumir un rol dirigente en la solución de sus problemas entrelazando este combate en el esclarecimiento de su relación con la definición del poder político a través de una intensa lucha ideológica.

El PC debe asumir sus responsabilidades

La clase obrera, que ha afirmado en los últimos años su rol en la vida política y social chilena, que se demostró como la más grande y poderosa fuerza democrática cuando se agudizó hace algunos meses el peligro de golpe de Estado, está llamada a jugar un rol decisivo en esta batalla. De su capacidad de desenvolver el combate por sus propias reivindicaciones y de levantar con fuerza su solidaridad con la defensa de los intereses de cada capa o sector del pueblo depende que se abran paso en Chile los cambios revolucionarios. Es cierto que estos no están necesariamente vinculados a una elección presiden-

cial. Pero lo es también que en la situación presente esta vinculación es un hecho.

Nuestro partido debe asumir íntegramente sus responsabilidades en el desarrollo y la conducción de estos combates para afincar el rol de la clase obrera como centro y motor de los cambios revolucionarios. Llamamos a todo el partido y, en especial, a los camaradas responsables del trabajo en las regiones de grandes concentraciones proletarias y de la mayor densidad de población, como Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta, a desplegar todos los esfuerzos para cumplir con estas exigencias del desarrollo político.

La campaña que las fuerzas populares pondrán en práctica recoge las experiencias fructíferas y se propone evitar los errores en los que hemos incurrido en el pasado. Todos los partidos han concordado en eliminar los rasgos de burocratismo, la creación de inmensos aparatos dirigentes, desvinculados del pueblo, para dirigir el esfuerzo principal al trabajo de base, de fábrica, de mina, de población, de fundo. El centro de la actividad de la unidad popular debe estar en el movimiento organizado del pueblo.

Además de los actos centrales que demandan ingentes esfuerzos orgánicos, debemos realizar centenares de reuniones allí donde el pueblo vive y trabaja y en los próximos días esto es lo principal. El Comando Nacional Femenino ha organizado su primer acto no en un teatro céntrico, sino en un centro proletario, en la Población La Victoria. Esto es un símbolo de lo que tenemos que hacer.

Lucha, concepción y criterio de masas

Antes que la espera de las instrucciones venidas desde arriba, de la propaganda entregada por el Comando, hay que iniciar ya el enfrentamiento de la actividad mercenaria con los medios de cada Comité de Unidad, con el esfuerzo de cada partido. El ejemplo de las Brigadas Ramona Parra de las Juventudes Comunistas que han entrado ya en la batalla marca el rumbo.

Este criterio de masas, base esencial para abrir paso a una victoria, debe ser resguardado enérgicamente. No pueden prevalecer contra él las tendencias ultrancistas de los que quieren introducirse en la campaña no para luchar por el triunfo, sino para desencadenar desde allí sus provocaciones.

Esta concepción de masas nos ayudará a impedir que sectores del pueblo confundidos hoy por la propaganda derechista, o que se mantienen todavía bajo la influencia demócratacristiana, caigan una vez más en el engaño. Junto al combate enérgico y sin tregua contra los enemigos del pueblo, la Unidad Popular debe aplicar una política de mano tendida, comprendida como la necesidad de llevar adelante la lucha por la conciencia de cada hombre del pueblo, con altura de miras, con argumentos sin dicerios, para que cada chileno se manifieste frente a cada candidatura de acuerdo con sus intereses de clase.

La Unidad Popular cuenta con todo lo necesario para conquistas la mayoría. Su candidatura, por ejemplo, es la que concita en tener suyo el ánimo de la juventud en nuestro país. Alessandri pese a ser calificado de “pimpo-

llo” por una de sus peculiares propagandistas, doña María de la Cruz, es el representante de lo viejo y lo caduco. Mira con repulsión la conmoción estremecida de la juventud de nuestra época que expresa en múltiples formas su rechazo por un sistema en descomposición y que le acarrea tantas frustraciones. Tomic y la DC, que alguna vez contaron con un vasto contingente juvenil, lo han perdido desde el momento en que quedó en descubierto su tendencia a la conciliación con la derecha. El paternalismo demócratacristiano propone a la juventud que “pida lo imposible”, pero los que así se expresan reprimen a los que exigen lo posible.

Frente a ellos la candidatura de la Unidad Popular alienta a la juventud al avance en la construcción de un nuevo régimen social que termine con la injusticia y los jóvenes aceptan este desafío y entran en el combate por la verdadera igualdad, por la libertad real para todos los hombres.

La movilización es urgente

Camaradas:

La presente campaña electoral será la más corta de los últimos tiempos. La movilización es urgente. En lo que a los comunistas respecta, no escatimaremos sacrificio alguno. Todos los militantes del partido debemos volcar toda nuestra energía en la batalla por conquistar la conciencia del pueblo y debemos hacerlo desde hoy.

Miles de obreros, campesinos, empleados, pequeños comerciantes, industriales, profesionales, artistas y escritores tienen un lugar en esta lucha por ganar la razón y el corazón del pueblo para la Unidad Popular. Los comunistas trabajaremos a pleno pulmón por conseguirlo.

Debemos proponernos, junto a nuestros aliados metas concretas y poner manos a la obra.

El Comando Nacional ha llamado a constituir los Comités de Unidad Popular Regionales y Comunales y de los centros principales de trabajo. Debemos esforzarnos para que queden todos constituidos en el mes de febrero.

¡Por todo Chile debe vibrar el nombre del candidato y los objetivos de la Unidad Popular!

Debemos desencadenar cien, mil pequeñas y grandes batallas por los derechos de la clase obrera y el pueblo.

Si trabajamos así abriremos paso a la victoria.

¡Viva la Unidad Popular y su candidato Salvador Allende!

¡Viva Chile!

José Oyarce: Miles de comités de la UP determinarán el carácter de masas de la campaña

Intervención en el Pleno del Comité Central del Partido Comunista

(*El Siglo*, 8 de febrero de 1970)

Los partidos populares han proclamado a Salvador Allende candidato único de la Izquierda. Con ello aportaron un elemento decisivo para la consolidación de la Unidad Popular y modificaron el cuadro en la pugna por el Poder. Hasta entonces se sostenía que la pelea estaba entre Alessandri y Tomic. Ahora está claro que la candidatura popular entra con ímpetu a la disputa.

La decisión adoptada ha fortalecido la unidad de las fuerzas populares y abre camino a la acción común en la lucha por la solución de los problemas concretos de todos los sectores del pueblo. Al mismo tiempo significa dar juntos la batalla por conquistar un gobierno popular en las elecciones presidenciales del 4 de septiembre. La Izquierda unida se ha propuesto desarrollar un gran esfuerzo destinado a derrotar a la Derecha y al reformismo demócratacristiano. La importancia del paso dado es mayor si se considera que la reacción se empleó a fondo para impedir la cristalización de la unidad.

Los partidos populares han pactado una alianza de carácter permanente que tiene como meta impulsar la lucha de nuestro pueblo en la búsqueda de la satisfacción de *sus necesidades inmediatas*, acrecentar su organización, desarrollar su conciencia política y de clase, y abrir la senda a la conquista de un gobierno popular que, con la aplicación del programa elaborado de conjunto, inicie la creación de condiciones para avanzar hacia el socialismo. Los propósitos trazados representan una perspectiva que le impone una gran responsabilidad a los partidos populares.

La designación del candidato es un paso trascendental. Pero no lo es todo. La explicación es muy simple. No se trataba de escoger un hombre, darlo a conocer y esperar que los electores voten por él en septiembre. Para lograrlo es indispensable desarrollar una intensa actividad que permita conquistar al pueblo para el apoyo de la candidatura popular.

En la elección presidencial están en juego los intereses del pueblo y por lo tanto a él no le puede ser indiferente el resultado de dicha elección, ni el que asuma cualquiera la Presidencia de la República. El dilema está planteado y no hay por donde perderse. Nuestra misión consiste en ayudar al pueblo a que, entre Allende, Alessandri y Tomic, no tenga dudas para escoger.

Parece estar claro que la Unidad Popular es una de las alternativas con posibilidades de ganar. El solo hecho de ver a todos los partidos populares juntos, decididos a emplearse con energía en la campaña electoral, teniendo en cuenta las fuerzas que cada uno de ellos representa, produce una sensación de alternativa real. La amplitud de su base política y social hace posible que se pueda llegar a importantes sectores de opinión.

La victoria debe construirse

Sin embargo, sería un error creer que el dilema ya está definido en favor de las fuerzas populares. La campaña recién comienza. La victoria debe construirse y ello sólo se obtiene si los partidos populares aceleran a fondo y se embarcan —como lo esperamos—, con todo el cuerpo, en esta batalla decisiva.

Ya hay gente que comienza a fijarse en las cifras y porcentajes. Observando que la candidatura de la Unidad Popular, de acuerdo con los resultados de las elecciones parlamentarias del año pasado, partiría con un 42%, y sin considerar el aporte del MAPU, la API y el impacto polarizador de la Unidad. Tal guarismo representa —ciertamente—, una base extraordinaria, que preocupa a los sectores reaccionarios que postulan a JAR. Sin embargo, es necesario reparar en la circunstancia de que dicho porcentaje lo obtuvieron los partidos como fruto de un intenso y prolongado trabajo, a cuyo servicio colocaron toda su organización, la actividad de sus dirigentes, el aporte de sus parlamentarios, regidores, candidatos, militantes, en general, propaganda, vinculaciones importantes, etc. Todo lo cual representa un esfuerzo de consideración. Ello demuestra que para lograr dicha votación, a los partidos no les resulta fácil. De lo cual se desprende que para repetir esa marca, es indispensable desarrollar un gran esfuerzo de conjunto. En todo caso, se trata de forjar una victoria contundente con una votación mayor.

Creo no caer en un optimismo subjetivista si digo que dicha meta puede conseguirse a condición de que todos los partidos y movimientos de la Unidad Popular, trabajen y luchen a plena capacidad. Si se desarrolla la organización de miles y miles de comités; si ellos se convierten realmente en organismos vivos que impulsen la lucha por la solución de los problemas concretos de la gente; si se realiza una campaña ágil y vigorosa, a la ofensiva, que desenmascare a la Derecha y a su candidato; ponga al descubierto el papel de la candidatura de Tomic; ponga en práctica un trabajo amplio e inteligente, que le permita llegar a los más amplios sectores; logre darle a la campaña un impetuoso carácter de masas; y motive al pueblo. Al mismo tiempo que la Unidad Popular y su candidatura, produzcan una sensación de posibilidad que ayuden a convertir a sus fuerzas en un torrente que le abra camino a la victoria.

Todos los partidos, toda su participación

Podría preguntarse si es posible lograr el objetivo, señalado. ¿Por qué no? Yo estoy convencido que tal aseveración no es una utopía. Es cierto que no es llegar y obtenerlo. Y que para conquistarlo, se necesita, que todos los partidos como requisito esencial, desplieguen a todo viento su participación. Esto haría posible incrementar la organización de la campaña a niveles impresionantes. Lo que permitiría cumplir la premisa fundamental de constituir comités en cada fábrica, fundo, faena, servicio, población, escuela, calles manzana o lugar donde se desarrolle alguna actividad de cualquiera naturaleza, hasta sumar los miles y miles que se necesitan.

Los comunistas tenemos la responsabilidad de contribuir con nuestro esfuerzo para que la Unidad Popular se convierta en una fuerza vigorosa y pujante, capaz de disputarle el gobierno a la Derecha y a la Democracia Cristiana, y abrirle paso al gobierno popular y al socialismo. No es casual que la sola existencia de la Unidad Popular preocupe tanto a la Derecha y a sus voceros periodísticos como “El Mercurio”.

Debemos estar conscientes que la sola conjunción de los partidos populares no resuelve en favor suyo la pugna por el poder, si sus posiciones y actitudes son estáticas o vacilantes. Su fuerza será real y tendrá expresión decisiva si ella se pone en movimiento, multiplica su organización y consigue vincularse con el pueblo. En este aspecto los comunistas como todos los integrantes de la Unidad Popular, tenemos una responsabilidad muy grande. Tenemos organización, experiencia y capacidad más que considerable y muy importantes vinculaciones con el pueblo, condiciones que nos permiten ayudar a darle un impulso gigantesco a la campaña.

Planificar es esencial

Es necesario tener en cuenta que los aspectos básicos de la campaña, como la formación de los Comandos en los diferentes niveles, y la creación de la vasta red de comités a lo largo del país, no se logra con planteamientos verbalistas y generalizaciones por arriba. En esta materia es fundamental la iniciativa, la planificación y control de tareas. Nada, en todos los aspectos de la contienda, puede quedar a la suerte, a la espontaneidad y a la improvisación. Todo debe ser rápidamente planificado. Mucha de la organización surgirá como fruto de la iniciativa espontánea de la gente. Pero debemos decirlo con franqueza: Ello sería absolutamente insuficiente. Lo decisivo, lo determinante, tiene que emanar de la actividad organizada e incesante de los organismos y militantes comunistas. No cabe dudas que no se cumplirán plenamente las premisas políticas, orgánicas, ideológicas y propagandísticas, si nosotros no nos embarcamos, ahora mismo y con todo el cuerpo, a la tarea de organizar e impulsar la campaña. Esta será muy corta y no hay tiempo que perder.

No hace falta expresar que no se trata de hacer una campaña cualquiera, copia mecánica de las anteriores, sin diferenciar entre las formas buenas y malas experimentadas y sin tener en cuenta los cambios producidos en la sociedad chilena. Es necesario que ella se desarrolle en vinculación con los problemas que interesan a los sectores populares y a las luchas que puedan emprenderse para exigir solución. Una campaña marginada de estas concepciones de la lucha, seguramente resultará ineficaz y deslavada.

Ir al hueso

En buenas cuentas se trata de trabajar intensamente, pero no de cualquiera forma, sino utilizando aquellas más eficaces, las que nos produzcan el mayor rendimiento. Con este criterio, se ha resuelto que se constituyan

Comandos paralelos en todos los niveles de la campaña en los frentes de la juventud y mujeres, que tienen características muy propias y especiales. En los demás frentes no habrá Comando porque las campañas anteriores demuestran su inconveniencia. En esas ocasiones se forman numerosos comandos por rama de la producción. En la práctica ello significaba que se montaban frondosos aparatos en la cumbre marginados de la base. Sin contacto con la gente de su frente. Su participación real sólo servía para justificar el no hacer nada en la campaña. Su rendimiento político y electoral fue siempre nulo. Fueron centenares los cuadros experimentados que se ubicaron en ese nivel, cuando su capacidad pudo ser aprovechada para vincular a la campaña con los diferentes sectores del pueblo. Así ocurrió con los trabajadores de todas las ramas. Ahora se ha resuelto que los dirigentes sindicales nacionales, por ejemplo, sean distribuidos en las comunas para que ayuden al trabajo hacia las industrias, servicios y centros de trabajo. Esto significa ir donde está la masa como quien dice: al hueso. Esto contribuye, además, a desburocratizar los organismos superiores, con lo que se puede lograr agilizar su actividad y mejorar su rendimiento. La idea, en esencia, consiste en que todos los comandos actúen en un número estrictamente necesario de dirigentes, y en general, vacien todas sus posibilidades en la atención del trabajo de comités, ya que ese, y no otro, es el organismo fundamental.

El organismo superior de la campaña ha resuelto la siguiente estructura: Comando Nacional de la Unidad Popular, que está integrado por tres representantes de cada partido y movimientos que la componen. Comandos Provinciales, Regionales, donde se estimen necesarios, y Comunales y Locales (en este caso se trata de localidades no cabeceras de comuna, poblaciones o sectores importantes donde los organismos inmediatamente superiores lo estimen necesario para una mejor atención de los comités). Todos estos Comandos estarán integrados por representantes de los partidos y movimientos que forman la Unidad Popular, sin perjuicio de la incorporación de personalidades o sectores que el propio Comando determine.

Carácter de masa

Una referencia especial merece la creación y el papel del Comité de Base. Este se denominará: Comité de Unidad Popular. Este es el organismo que determinará realmente el carácter de masas de la campaña: del número que logremos crear con rapidez y de la calidad del trabajo que ellos realicen, dependerá fundamentalmente el resultado de la próxima elección.

No hace falta decir que el Comité de la Industria, escuela, hospital, barrio, población, fundo, servicio, etc., es el organismo que tiene como misión la de conseguir que los hombres y mujeres adultos y jóvenes, del grupo de que se trate, se incorporen a la campaña. Es el organismo, cuya naturaleza le permite realizar un esfuerzo concreto respecto de los problemas específicos del grupo dado; es el aparato con la posibilidad directa de difundir el programa de la Unidad Popular, realizando charlas abiertas y públicas sobre la materia, informando sobre lo que el Programa representa para cada sector y sus intereses específicos, especialmente para la gente de las capas medias, pequeños comer-

ciantes e industriales y artesanos. Es el organismo que puede y debe realizar formas de propaganda directa, orientada a sectores determinados. Son los organismos que más directamente deben conseguir que se inscriban en los registros electorales los partidarios de la Unidad Popular, que no lo hayan hecho, o trasladan su inscripción, los que no la tengan en el lugar de su residencia. Ellos deben multiplicar la posibilidad de aplicar diversas formas de propaganda, como el rayado mural y otras. Los Comités, insistimos, son decisivos.

Si la importancia de los comités es tan grande, debemos formarlos ahora. Su aporte a la construcción de la victoria popular disminuirá en la medida que su formación se posterga. Respecto de estos organismos insustituibles, todos los militantes y simpatizantes de la Unidad Popular, y especialmente nosotros, comunistas, debemos ser insistentes como tábanos. Es necesario asignar responsabilidades individuales concretas; fijar plazos perentorios con objetivos determinados; plantear el problema, controlar y volver a la carga, hasta que el propósito se cumpla. No podemos conformarnos con un comité en cada lugar, sino formar todos los que sean necesarios. Esto sirva para ampliar la irradiación de la campaña; mientras que la emulación puede servir de incentivo para mantenerlos despiertos y activos.

Nuestra responsabilidad

De lo expresado, surge indiscutiblemente, la conclusión de que los comités serán herramienta de gran eficacia para afianzar las posiciones de la clase obrera, tanto en el transcurso de la campaña, como en los tramos posteriores. En esta tarea orgánica principal, no habrá lugar para las explicaciones. Nada es capaz de impedir que una combinación tan amplia como la Unidad Popular forme a través del país, miles y miles de comités. Nadie podrá impedir a los comunistas que aportemos lo que nos corresponde. Debe quedar en claro que las posibilidades son muchas, pero que los comités no brotarán por generación espontánea. A nosotros nos corresponde una parte muy grande en la motorización de esta perspectiva.

Por supuesto que la integración de los organismos de la campaña en todos los niveles, nada tienen que hacer los provocadores ultraizquierdistas, ni como grupos ni individualmente. Ellos no tienen interés en fortalecer las posiciones de las fuerzas antimperialistas y antioligárquicas. No tienen la intención de incrementar las posiciones de la candidatura de la Unidad Popular.

Entre los organismos de la Unidad Popular pueden surgir y surgen a veces, diferentes maneras de apreciar un problema. Es difícil evitarlo en términos absolutos. Sin embargo, es posible llegar a acuerdo y resolver los asuntos conflictivos. Por ejemplo, algunos compañeros propusieron que las organizaciones de masas, sindicatos, gremios, organismos de pobladores, y otros, si así lo decidían ellos, fueran integrados a los organismos de la Unidad Popular. Nosotros nos opusimos porque entendemos que dichos organismos son patrimonio de todos sus socios, al margen de las ideas políticas o credos religiosos que profesen.

Lo anterior nos induce a expresar que una de las características de la campaña deberá consistir en la firmeza respecto de su contenido programático, de franca y rotunda ofensiva contra la Derecha y el imperialismo. Pero también debe ser amplia y flexible en la forma, al margen del sectarismo que constriñe las posibilidades de expansión, tanto de la candidatura de Salvador Allende como de la Unidad Popular.

Tal concepción de la campaña puede y debe conseguir que la candidatura llegue a los más amplios sectores, y especialmente a las capas medias, con una imagen real de lo que representa. Al mismo tiempo que facilitará la orientación de una actitud respecto de los sectores populares engañados por la Derecha y la Democracia Cristiana, ofreciéndoles a aquellos un lugar de combate en las barricadas de la Unidad Popular.

Por la victoria del pueblo

Tenemos el convencimiento que la culminación positiva de las conversaciones sobre la Unidad Popular, la elaboración común del Programa, el pacto político y el estilo de la campaña, el ímpetu con que las fuerzas populares se han propuesto emprender el combate para derrotar a la Derecha, por la amplitud de las fuerzas políticas y sociales que se ha logrado unir para combatir contra el enemigo de clase, esta campaña tiene un profundo contenido revolucionario. Si hiciera falta un hecho que ayudara a confirmar tal aserto, bastaría dejar constancia de los inmensos esfuerzos desplegados por la Derecha y “El Mercurio”, destinados a torpedear la unidad. Eso, por una parte. Y por otra, valdría la pena destacar la carita que pusieron cuando se conoció la noticia de la proclamación de candidato único.

El imperialismo, la Derecha y la Democracia Cristiana necesitan y buscan la dispersión de las fuerzas populares, ellos se emplearon a fondo tras esa meta, pero no lograron su propósito. Los partidos de izquierda decidieron unirse en actitud de ofensiva contra los profítadores del sistema.

Este ha sido un gran triunfo del pueblo. Ahora debemos completar el proceso en esta etapa, forjando la victoria del 4 de septiembre. Y en esta tarea nosotros comunistas, somos, junto a todos nuestros aliados, protagonistas decisivos.

Trabajador manual: Trabajo de masas y lucha armada

(Punto Final N° 99, 3 de marzo de 1970)

Al hablar de trabajo de masas o movilización de masas por lo general, y aunque esta tarea se plantee bajo la perspectiva revolucionaria, se tiende mecánicamente a separarla de la lucha armada, a anteponerla como un paso o etapa previa a la acción armada.

Quienes razonan de esta forma lo hacen pensando en la necesidad que existe de crear las condiciones subjetivas en las masas para la lucha armada revolucionaria, para ganarse el apoyo de las masas de la ciudad y el campo hacia la guerra revolucionaria; guerra que inevitablemente deberá ser librada por los trabajadores chilenos para liberarse definitivamente de la explotación capitalista e implantar el régimen socialista en nuestro país.

Analizando este planteamiento en profundidad, veremos que se separa en dos aspectos distintos el trabajo político de masas (movilización de masas a nivel ideológico) de la lucha armada.

He aquí un error muy serio en el trabajo revolucionario; la lucha armada revolucionaria es una acción política ciento por ciento; la lucha armada tiene como objetivo fundamental la organización, educación y movilización de las masas para su incorporación a la lucha revolucionaria.

Vo Nguyen Giap (quien algo entiende de estas cosas) dice:

“La propaganda armada consiste en utilizar las fuerzas armadas para hacer propaganda política, sembrar la confianza entre la población para vencerla del poder de nuestras fuerzas. Después de haberle inspirado confianza hay que instruirla políticamente. Debe tener confianza en la solidaridad de todo el pueblo. A los elementos poco resueltos o indecisos hay que mostrarles nuestro poder para atraerlos. En cuanto a los traidores, si permanecen recalcitrantes a pesar de las advertencias o si rehúsan reivindicarse, hay que aniquilarlos resueltamente”. (“Por qué triunfa el Vietcong”, PF N° 96).

Sobre este mismo problema Lin Piao dice: “Sólo mediante la guerra de guerrillas es posible movilizar completamente y poner en pleno juego la fuerza de todo el pueblo para la lucha contra el enemigo, robustecer y desarrollar nuestras propias fuerzas en el curso de la guerra, desgastar y debilitar al enemigo, alterar paulatinamente la correlación de fuerzas entre éste y nosotros, pasar de la guerra de guerrillas a la guerra de movimientos y terminar por vencer completamente al adversario”. (“Viva el triunfo de la Guerra Popular”, págs. 32-33).

“A nosotros nos incumbe organizar al pueblo. En cuanto a los reaccionarios chinos, nos incumbe a nosotros organizar al pueblo para derribarlos. Lo

mismo ocurre con todo lo reaccionario: si tú no lo golpeas no se cae. Esto es igual que barrer el suelo; por regla general, donde no llega la escoba el polvo no desaparece solo. Algunos de nuestros camaradas sólo se fían de la influencia política, considerando que la mera influencia basta para resolver los problemas. Es esa una fe ciega: Nuestra escoba es el Partido Comunista, el Octavo Ejército y el Nuevo Cuarto Cuerpo de Ejército". (Mao, "La situación y nuestras tareas").

"Aparte de la lucha armada, aparte de la guerra de guerrillas, es imposible comprender nuestra línea política ni la construcción de nuestro partido. Un importante elemento de nuestra línea política es precisamente la lucha armada". (Mao, "Acerca de la aparición de la revista 'El Comunista'").

La experiencia de la Revolución Cubana también confirma que es a través de la lucha armada como se organiza, se educa y se moviliza por medio del Ejército del Pueblo a las masas en la lucha contra sus enemigos.

Aquellos que plantean que "la lucha electoral" es un medio necesario para crear las condiciones subjetivas de la revolución entre las masas, consciente o inconscientemente caen en el oportunismo y no es la revolución su mayor preocupación.

Otros sostienen que previo a la iniciación de la lucha armada, está la "etapa de construcción del partido", construcción que se realiza al margen de la lucha revolucionaria y tratando de "educar" políticamente a los trabajadores a través de consignas "sesudamente" elaboradas por quienes pretenden transformarse por obra de la influencia política en vanguardia de la revolución.

Desconocer el profundo contenido político de la lucha armada revolucionaria en la organización, educación y movilización de las masas, es desconocer y postergar innecesariamente la iniciación de ella.

Es agitar el concepto de la revolución armada para, en última instancia, oponerse a ella.

Es una de las tantas manifestaciones del oportunismo, es pensar crédulamente que los revolucionarios gozamos de libertad política para organizar, educar y movilizar de manera revolucionaria a las masas dentro del actual sistema.

Significa desconocer que la libertad es un problema ligado a la clase que detenta el poder, que es un problema de clase, que sólo gozan de libertad política las clases explotadoras y aquellos que han entrado en compromisos políticos con ellas asegurando su permanencia en el control del Estado burgués.

Sólo a través de la lucha armada se pueden crear las condiciones subjetivas de la revolución.

Sólo a través de la guerra de guerrillas se pueden crear las condiciones para la construcción de un Ejército del Pueblo, que sea capaz de organizar a las masas para la lucha armada, esté en condiciones de educarlas políticamente y las impulse a la lucha revolucionaria por la implantación del socialismo en Chile.

Jaime Gazmuri: El MAPU y su papel en la campaña electoral

(Punto Final N° 99, 3 de marzo de 1970)

—¿La actual Unidad Popular responde a la imagen que de ella se había formulado el MAPU? Por ejemplo: ¿cómo se concilia con la estrategia del Frente Revolucionario que entendemos alguna vez planteó el MAPU?

—“El MAPU no sólo ha planteado ‘alguna vez’ la estrategia del Frente Revolucionario, sino que la considera su línea estratégica permanente para todo el período de la toma del poder.

La cuestión de fondo que plantea la pregunta es que si hay alguna contradicción entre la estrategia del Frente Revolucionario y la participación del MAPU en la Unidad Popular que se ha gestado en torno a la elección de 1970. Nosotros creemos que no. Por el contrario, al participar en el proceso de Unidad Popular el MAPU está aplicando en esta coyuntura su línea estratégica permanente. No existe contradicción entre nuestra línea estratégica fundamental y la acción política que desarrollaremos en esta etapa. Para aclarar esta cuestión es necesario analizar la forma en que el MAPU concibe el Frente Revolucionario, así como su planteamiento sobre la Unidad Popular.

El MAPU ha formulado un conjunto de consideraciones estratégicas que, a nuestro juicio, constituyen los supuestos indispensables para la toma del poder por la clase obrera.

En primer lugar, en nuestra opinión, el poder se alcanza en la medida que las fuerzas revolucionarias logren crear un núcleo de dirección o vanguardia que sitúe a la clase obrera y sus aliados en la perspectiva del poder. Este núcleo debe cumplir con rigurosidad ciertas condiciones sin las cuales su potencialidad dirigente se agota y se pierde. Primero tiene que ser este un núcleo de dirección proletaria tanto por su composición fundamental como por las posiciones de clase que imprima al desarrollo de su tarea.

Esta primera condición de toda dirección revolucionaria se identifica con otra: la dirección debe estar ligada a las masas y sus luchas y debe ser reconocida como cabeza de la revolución por el más amplio número de masas trabajadoras. ¿Cuál es el origen de este núcleo de dirección? Este no es otro que la confluencia en la práctica y el combate común de los partidos identificados con la clase obrera y los trabajadores por su composición y objetivos.

Este núcleo de la dirección revolucionaria tiene como tarea central —y este es el segundo supuesto de nuestra línea estratégica— la construcción de un poderoso frente de masas estructurado en torno a dos cuestiones fundamentales: el agigantamiento del poder de la clase obrera y la multiplicación de la lucha de masas en todas sus formas y niveles. No es por tanto este un núcleo que

protege su “virginidad” política en un claustro al que sólo tienen entrada los revolucionarios probados, sino por el contrario, es una dirección que por su audacia es capaz de poner tras la locomotora de la clase obrera a las más amplias masas del país.

Este núcleo debe tener la flexibilidad suficiente para utilizar todas las formas y métodos de lucha que aseguren el triunfo final; para aprender de los nuevos métodos que el pueblo va creando en su lucha, para no dogmatizar sobre cuestiones estratégicas ni tácticas y para recoger creadoramente —sin servilismos ideológicos— la experiencia revolucionaria de todos los países del mundo. Creemos por último que el frente necesita una dirección orientada —obviamente— a aislar al enemigo y no ser aislada por éste, que utilice este criterio para la selección de sus aliados, de sus objetivos tácticos y de las formas de lucha a usar en cada etapa.

Un asunto importante es asegurar que la amplitud del frente que postulamos no signifique perder de vista sus objetivos socialistas ni su dirección proletaria. Estos objetivos y la dirección se aseguran en la medida en que la correlación interna del frente es favorable al proletariado de la ciudad y del campo y sus partidos, en que se active la lucha social y en que su programa, acogiendo reivindicaciones de las capas no proletarias del pueblo, las ligue en la doble tarea de la construcción socialista y de la liberación del imperialismo”.

—¿Como se corresponde la Unidad Popular con el Frente Revolucionario que el MAPU postula?

—“La Unidad Popular surgida en 1969 en torno a la elección presidencial significa, a nuestro juicio, un avance significativo en el plano del acuerdo político, programático y en la concepción de un estilo de trabajo electoral que —de realizarse— servirá eficazmente los intereses del pueblo y de la revolución chilena. Los documentos aprobados por la Unidad Popular muestran el avance en este sentido.

Sin embargo, el proceso de génesis de la Unidad tuvo un carácter centralmente superestructural. Se dio sólo al nivel de la directiva de los partidos y movimientos políticos. Aunque este nivel es importante la Unidad que le sirve al pueblo debe ser construida básicamente en torno a las luchas concretas de las masas; en la base social; la Unidad debe surgir como el producto de las luchas dadas en común, en un proceso donde existe participación directa y decisiva de los trabajadores. Sólo de este modo es posible construir una Unidad Popular capaz de ofrecer una perspectiva revolucionaria que sirva para enfrentar el proceso electoral de 1970 y que, a la vez, pueda proyectarse más allá de él. Si ello no sucede las tendencias electoralistas y reformistas se verán fortalecidas e inutilizarán la Unidad como instrumento de lucha.

Reconociendo las fallas que la Unidad Popular tiene y luchando por corregirlas, el MAPU considera que es hoy la alternativa que mejor sirve los intereses de los trabajadores por cuanto fortalece la unidad de la clase obrera, abre la posibilidad de elevar el nivel de conciencia, organización y combate de las masas y señala una perspectiva de poder para el pueblo. Al plantearse estos objetivos en la Unidad el MAPU está aplicando en esta coyuntura política su estrategia de frente revolucionario”.

—¿Cómo entiende el MAPU su participación en la campaña de la Unidad Popular?

—“El MAPU no ha nacido en función de la elección presidencial de 1970. Sus objetivos van más allá. Ellos son constituir un Movimiento que junto a los otros sectores del pueblo aporte creadoramente al proceso de la revolución chilena.

Sin embargo, a nuestro juicio, la elección de 1970 representa una coyuntura política cuyo desarrollo y resultado son importantes para el pueblo de Chile. Desde nuestro punto de vista las elecciones de 1970 representan un desafío a la Izquierda chilena, que consiste en utilizar revolucionariamente el proceso electoral de manera de elevar el nivel de conciencia de las masas acerca de sus verdaderos intereses, de aumentar las fuerzas y el volumen de sus luchas vinculándolas al problema del poder y de fortalecer significativamente su organización. Se trata de construir desde ya un poder popular capaz de destruir y reemplazar el poder de la burguesía y el imperialismo. Una elección planteada en estos términos permite a nuestro juicio vencer y además estar en condiciones de mantener el poder e iniciar la construcción del socialismo. Si el resultado electoral fuera adverso, de todas formas el movimiento popular quedaría fortalecido y dispuesto a continuar la lucha en otras condiciones.

El MAPU está participando en la campaña tratando de lograr que estos objetivos se cumplan cabalmente. A esto contribuye el acuerdo sobre Estilo y Conducción de la Campaña que señala en forma clara las ideas que aquí he expuesto. Nosotros creemos que el trabajo fundamental de la campaña está en los Comités de Unidad Popular como organismos de educación política a través del programa de agitación, de movilización social: gérmenes del poder popular. La actividad del MAPU está orientada hacia los Comités, como la forma concreta de realizar una campaña electoral no tradicional ni electorera, donde la lucha electoral se combine con una profundización de las luchas reivindicativas y con una lucha ideológica y política de gran intensidad.

Esta orientación del MAPU en la campaña hace que no exista diferencia entre el trabajo político y de masas normal del Movimiento y el trabajo electoral, sino más bien que este último acelere y facilite el desarrollo del primero”.

—¿El MAPU cree que la vía electoral es la única manera que tiene la clase trabajadora de acceder al poder?

—“El MAPU cree que la cuestión de las ‘vías’ para llegar al poder es un asunto que está normalmente mal planteado. No hay una ‘vía’ electoral. Hay elecciones que las fuerzas revolucionarias deben evaluar en cada caso y ver qué perspectivas presenta para el avance de la revolución. Tampoco hay una ‘vía’ armada. Lo que se ha dado en todas las revoluciones socialistas contemporáneas es que en un momento del proceso revolucionario las masas y sus partidos han debido luchar por las armas —usando diversas formas de lucha según cada situación particular— contra el poder armado de las burguesías y/o el imperialismo. Estos enfrentamientos se han dado después de intensos procesos de lucha social en los que se han usado formas diversas de lucha incluidas muchas veces las electorales.

Entendido así este asunto, la discusión sobre las 'vías' es irrelevante. No hay, a nuestro juicio 'vías' armadas o pacíficas. Hay procesos revolucionarios que —combinando distintas formas de lucha en cada etapa— son capaces de conquistar el poder del estado, desalojando las clases que lo utilizan para dominar y explotar a los trabajadores y construir un Estado de Trabajadores. Lo importante es que cada forma de lucha sea respaldada por las masas y aplicada en medio de una lucha de clases ampliada y activada. Entre estas formas de lucha no descartamos las formas armadas, más aún, creemos que la experiencia histórica demuestra que cuando la burguesía y el imperialismo se ven amenazados decisivamente, ambos se defienden utilizando todos los medios que tienen a su alcance. Los ejemplos son numerosos. En el caso chileno creemos que los trabajadores aun cuando la Unidad Popular triunfe en la elección del 70 deben estar preparados a enfrentar mediante todas las formas de lucha —incluso la armada— la reacción de la burguesía y el imperialismo”.

—¿Cuál ha sido la acogida dentro de la Unidad Popular de la iniciativa del MAPU en orden a dar a conocer próximamente la lista de las primeras empresas a ser expropiadas por el Gobierno Popular?

—“La iniciativa del MAPU en este sentido ha tenido buena acogida. Creemos que en las próximas semanas estará concluido el estudio respectivo y corresponderá —seguramente— al Comando o al candidato dar a conocer la lista de empresas a expropiar.

Asimismo —en su último Pleno Nacional— el MAPU ha propuesto que se inicie con máxima rapidez el estudio de las medidas inmediatas que realizará el Gobierno Popular una vez en el poder, así como de la invitación a estudiar conjuntamente con las otras fuerzas políticas que participan en la Unidad Popular y de las organizaciones sindicales, las distintas luchas que los trabajadores deberán enfrentar durante 1970 para asegurar que la campaña electoral se dé en el contexto de una activa movilización del pueblo y se ligue directamente a sus intereses”.

Orlando Cantuarias: el Partido Radical no será factor moderador

(Punto Final N° 101, 31 de marzo de 1970).

¿Por qué apoya el Partido Radical la candidatura de la Unidad Popular?

“El Partido Radical está apoyando la candidatura de la UP porque en el mes de octubre del año pasado aceptó formar conjuntamente con los otros partidos y fuerzas de Izquierda un frente común para entregar adecuada solución a los problemas que actualmente enfrenta Chile. De acuerdo con el criterio radical estos problemas derivan fundamentalmente de la estructura capitalista que actualmente nos rige y que permite la concentración de la riqueza en un escaso número de personas, privando a las grandes mayorías nacionales de los medios adecuados para la satisfacción de sus necesidades”.

“Asimismo creemos que esta estructura económica impide el normal desarrollo de una economía sana, independiente y capaz de un crecimiento autónomo que pueda proporcionar a todos los chilenos un standard de vida compatible con la dignidad humana.

En consecuencia, el Partido Radical señaló su coincidencia con los otros partidos y fuerzas populares y de Izquierda, en orden a acelerar en Chile un proceso revolucionario que imponga democráticamente los cambios sociales, profundos, rápidos y generalizados que sustituyan las estructuras e instituciones del ordenamiento capitalista y su reemplazo por una sociedad socialista. Mantenemos estos postulados de Izquierda y lucharemos por la candidatura de la UP porque creemos que ambos se identifican con la composición humana del radicalismo, integrado por hombres y mujeres que viven de su trabajo manual o intelectual”.

La Democracia Radical, formada por elementos que militaban en el PR, afirma que controla a la mayoría del radicalismo. ¿Cuál es su opinión?

“Creemos que esta aseveración hecha por la llamada Democracia Radical y difundida profusamente por otros adversarios del radicalismo debe ser categóricamente respondida con algunos antecedentes que demuestran en forma terminante dónde se encuentra la fuerza electoral del PR. Para esto, basta observar el hecho de que los 24 diputados que obtuvimos en la última elección, sólo 3 han dejado de pertenecer al partido, 2 expulsados y uno marginado voluntariamente, de los 9 senadores radicales sólo 2 están en el partido de la Derecha Radical; de los 328 regidores que elegimos, sólo 29 han dejado de pertenecer a nuestras filas. Estas cifras demuestran que la gran mayoría de los representantes radicales designados por elección popular, se encuentran no sólo en actitud de disciplina partidaria, sino que trabajando lealmente por el senador Allende, candidato de la Unidad Popular y, por ende, del

Partido Radical. De nuestros cuadros directivos tanto comunales como regionales y nacionales, no hemos tenido deserciones que permitan aseverar que hay disminución de nuestro contingente electoral. Por el contrario, hemos observado en todas partes que el militante y el simpatizante radical se han volcado en los Comités de la Unidad Popular y en una gran cantidad de ellos son precisamente nuestros militantes los que están dirigiendo dichos organismos”.

“Podemos afirmar, de acuerdo con lo expuesto, que los expulsados han sido incapaces de arrastrar en su aventura alessandrista a la mayoría formada por incorruptos militantes. No podría haber sido de otra manera, porque la salida de algunos elementos del Partido Radical, ya sea por expulsión o por marginación voluntaria obedece a una causa más profunda que una circunstancia electoral. Ello es así, si nosotros observamos la composición humana de la DR y la del Partido Radical. En la primera se asila aquella escasa minoría de ex militantes radicales, formada por directores de grandes sociedades anónimas, abogados de empresas imperialistas, terratenientes, dueños de empresas bancarias, en fin, todo lo que con propiedad se puede decir que conforma el capitalismo criollo. En cambio, el Partido Radical se encuentra formado por aquella inmensa mayoría de trabajadores medios como son los profesionales, artesanos, pequeños y medianos agricultores, comerciantes, mineros, industriales, empleados, obreros, en síntesis, como ya lo señalamos, todos aquellos que viven de la venta que hacen de su esfuerzo al sector capitalista”.

“Entre estas dos posiciones irreconciliables por la dinámica económica social del mundo en que vivimos, no hay posibilidad alguna de establecer un común denominador que les permita mantenerse unidos en un mismo partido político. Por el contrario, hemos sostenido que la expulsión de la Derecha Radical se imponía como una necesidad de moralidad política y también como una necesidad que permitiera al radicalismo proyectarse como una fuerza creadora y realizadora al servicio de los trabajadores. Creemos que la coexistencia de ambos sectores dentro del partido fue posible mientras existió un consenso que les permitió una acción conjunta. Así, en el siglo pasado, el anhelo común de mayores libertades públicas y la necesidad de implantar la libertad de conciencia. En la primera parte de nuestro siglo 20, la lucha por facilitar el acceso de los sectores medios al proceso de discusión y dirección del país; con posterioridad, una visión y un interés compartido por llevar a cabo el desarrollo económico de Chile. Es decir, una serie de factores comunes que permitían el accionar conjunto dentro de un mismo partido. Pero hoy día, cuando uno de los grandes desafíos que tiene el hombre es la definición en torno al problema económico, esta unidad se hizo sólo ficticia y por ello es que necesariamente se produjo un enfrentamiento definitivo entre ambos sectores económicos. Uno formado por unas cuantas individualidades que usando de sus influencias se incorporaron a los sectores oligárquicos e imperialistas, y el otro formado por una gran mayoría de trabajadores medios, que son los que componen el actual Partido Radical.

¿Cuál es el aporte que el Partido Radical hace a la campaña de la Unidad Popular?

“Creemos que esta pregunta involucra dos tipos de consideraciones, una de carácter cuantitativa y la otra cualitativa. Con respecto a la primera repetimos categóricamente por las argumentaciones ya formuladas en la respuesta anterior, que la inmensa mayoría del radicalismo, votará y trabajará decididamente por la candidatura de la Unidad Popular. Sostenemos del modo más enfático que incluso nuestro aporte a la candidatura de Allende será superior a la votación obtenida por el partido en la última elección de parlamentarios. Ello, porque al revés de lo que se afirma, la votación lograda por nuestros candidatos es ya una votación depurada, desde el momento en que no concurrieron a ella los elementos que hoy día forman el partido de la Derecha Radical y que, encontrándose en esa fecha aún en el partido, hicieron todo lo posible por procurarnos una derrota electoral que les sirviera como argumento para esgrimirlo en contra nuestra en la Convención Nacional. Sostenemos en cambio que será determinante en el triunfo del senador Allende la votación que concorra a su favor motivada por el efecto multiplicador que la presencia del Partido Radical involucra como integrante de la Unidad Popular”.

“Pero creemos que desde el punto de vista cualitativo, también es importante el aporte que hacemos a la candidatura de la Izquierda. Ello desde el momento en que postulamos que el poder político emana del pueblo y que debe ser éste el que regula y periódicamente genere los órganos y autoridades del Estado, mediante el ejercicio del sufragio universal, secreto y verdaderamente libre”.

“Asimismo sostenemos que en un futuro gobierno popular debe establecerse un sistema político en el cual se respete la libertad de las personas, de sus opiniones y creencias, y se reconozca la pluralidad de los partidos políticos, la existencia de las minorías, la plena vigencia de los derechos humanos y un régimen constitucional basado en la separación de los Poderes”.

«Desde este punto de vista de nuestra concepción democrática creemos que el Estado debe asegurar y garantizar que se den las condiciones económicas y sociales necesarias para que los chilenos ejerciten plenamente sus derechos y libertades, de modo que éstos no sean, como en la actual ordenación capitalista, meras declaraciones o que favorezcan sólo a una minoría privilegiada”.

“Finalmente, a este respecto debemos decir que nuestro gran aporte a la Unidad Popular será nuestro pensamiento y nuestra acción, encaminados al establecimiento de una democracia socialista para reemplazar al sistema capitalista, fundamentado en el individualismo económico”.

Hay sectores que piensan que el PR es un factor “morigerador” del programa de la Unidad Popular, que actuará como freno de los partidos marxistas. ¿Qué consideración le merece esta crítica?

“Simplemente, creemos que esos “sectores” no han captado, por ignorancia o mala fe, la profunda significación de las Convenciones de 1967 y 1969. Estos eventos fueron la consecuencia de un largo proceso de maduración de las ideas, estrategias y tácticas que, durante más de 15 años, venían sosteniendo grupos generacionales dentro del viejo Partido Radical”.

“Creer que somos ‘moderadores’ de los impulsos revolucionarios que se anidan en el núcleo de la Unidad Popular es ‘minimizar’ el rol del radicalismo moderno. Esta falsa creencia revela además una desinformación o un pensamiento crítico congelado (aquí debo destacar que los ‘divulgadores’ —no los políticos— han ignorado por años la presencia del radicalismo y mal pueden entonces ‘interpretar’ o ‘juzgar’ al nuevo PR)”.

“Ahora contestando directamente la pregunta, diremos que el PR no sólo no será una fuerza de contención, sino que, por el contrario, usará su influencia relativa en el gobierno pluripartidista de la Unidad Popular para provocar la aceleración de los cambios e impetrará todas las medidas que sean necesarias para lograr el establecimiento de una sociedad socialista, democrática y humanista. Ocurre sin embargo que nuestra adhesión al régimen de derecho o al sistema de convivencia democrática nos puede valer el ‘remoquete’ de moderadores. En este sentido no puedo menos que reafirmar nuestra fe en el Estado de derecho como elemento insustituible del futuro Estado Socialista. El radicalismo es heredero natural del pensamiento creador y crítico de Aguirre y también recoge lo mejor del dinamismo dialéctico del socialismo. El Partido Radical cree sinceramente que la Unidad Popular, además de ser una real alternativa de poder, es la antesala de un vigoroso movimiento unificador del pensamiento socialista exento de toda idea petrificadora, dogmática o seudoideológica”.

“Finalmente, queremos recordar que al Partido Radical no se le ‘regaló’ el programa sino que la participación nuestra en la elaboración de los documentos de la campaña fue activa, creadora y comprometida. Siendo así, mal podemos ser ‘morigeradores’ de lo que estamos ayudando a construir”.

Luis Corvalán: A abrir paso al triunfo de la Unidad Popular

Informe al Pleno del Comité Central del Partido Comunista del 7 de mayo de 1970

Camaradas:

El Comité Central del Partido Comunista considera un deber revolucionario dirigirse a todos los militantes, simpatizantes y amigos, a todos los trabajadores, a todos los hombres y mujeres progresistas. Su palabra es un llamado fervoroso a realizar los máximos empeños para que el pueblo de Chile se abra paso hacia el poder, para luchar todavía más y mejor por la victoria de Salvador Allende.

El Partido Comunista reafirma en este Pleno su profunda convicción acerca de que es posible vencer a la Derecha y al continuismo en las elecciones del 4 de septiembre.

La candidatura de la Unidad Popular ha logrado ya un impresionante apoyo de masas. Se plasma en torno suyo una vasta coalición de fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas.

Para triunfar en septiembre hay que empujar con más ímpetu el carro de la campaña, desarrollar las luchas del pueblo en todo el frente, parar la violencia reaccionaria, pasar a la ofensiva. De esto se trata. De esto se preocupará este Pleno.

Es indispensable comprender cabalmente toda la situación que se está viviendo.

Este es un combate duro, al cual hay que lanzar todas las fuerzas del pueblo.

La pugna por el poder político se expresa no sólo en terreno habitual de la lucha propiamente electoral, sino en el enfrentamiento de clases en todos los planos.

El cobarde asesinato del Jefe de la CORA* de Linares, ingeniero agrónomo Hernán Mery Fuenzalida, no es algo casual ni aislado. En vano la Derecha, el llamado Partido Nacional y la candidatura de Alessandri pretenden lavarse las manos. El hechor obró por cuenta ajena. Los instigadores del crimen son los terratenientes alessandristas alzados contra la Reforma Agraria. Antes asaltaron las oficinas de la CORA en esa provincia, cuyos funcionarios habían sido calificados de zánganos por el propio Alessandri; hirieron a bala a un promotor de INDAP, resistieron por la fuerza otras órdenes de expropiación, se

* CORA: Corporación de la Reforma Agraria: Organismo encargado de la expropiación de latifundios y fundos superiores a 80 há de riego básico. V.F.

atrincheraron en el camino longitudinal, anunciaron que no pagarían los impuestos.

En la Cámara de Diputados, un portavoz de los terratenientes, Víctor Carmine, se fue de la lengua. Dijo con todas sus letras: “Yo me niego a votar el envío de condolencias a la familia de un cuatrero”. Así se sumó la ofensa al dolor de la esposa y los hijos del agrónomo mártir. Y agregó con prepotencia: “Mery es el primer muerto. Vendrán otros”.

La Derecha ha pretendido salvar su responsabilidad. Su partido, el de los momios, ha expulsado a Carmine de sus filas, pero, ¿a quién engaña?, ¿acaso no reveló el pensamiento de su casta? Nicanor Allende, Carlos Montero Schmidt y otros voceros de la Derecha habían amenazado antes con hacer correr sangre en los campos de Chile. Y “El Mercurio” del sábado último puso en labios de un testafarro de Gabriel Benavente los propósitos siniestros que animan a los dueños de los grandes fundos: “Aquí —aparece diciendo el testafarro— no va a haber un muerto, sino varios, si siguen con la actual política de quitar las tierras”.

La violencia parte de la derecha

No se trata, por cierto, de meras bravuconadas. Los terratenientes están armándose desde hace tiempo. Y no sólo en Linares, también en Melipilla, en Longotoma, en Curacaví, en Bulnes, en Rengo, Bio Bio y otras partes se lanzan por la pendiente sediciosa.

Toda la alharaca de la Derecha en contra de la violencia se ha venido al suelo. La violencia parte de ella.

Hay más. Hijitos de su papá, pijes de la Derecha, han constituido grupos anticomunistas de tipo terrorista. Uno de ellos, el GRACO, entró en acción amenazando a algunos periodistas.

Matones alessandristas reclutados en la hez de la sociedad, han atacado las sedes del Comité Central del Partido Comunista, del Comité Central de las Juventudes Comunistas y del Comité Regional de San Miguel, de la CUT Provincial, la Imprenta “Horizonte” y los diarios “Clarín” y “La Nación”.

La más grande, cínica e impúdica tentativa de terminar con la libertad de pensamiento ha partido de un antro de la oligarquía, de la Confederación de la Producción y el Comercio, cuyo presidente, el connotado alessandrista Jorge Fontaine ha tenido la osadía de impartir instrucciones a los industriales con vista a ahogar las voces independientes que se levantan en la radio y en la prensa.

Las empresas imperialistas, los monopolios internos destinan millones y millones de dólares y de escudos a las candidaturas de Alessandri y de Tomic. Mediante montañas de dinero quieren torcer la voluntad ciudadana. Apuestan a los dos, mientras se reservan el derecho a decidirse por uno de ellos o a presionar en favor de un entendimiento entre los mismos.

Saben que están en juego sus bastardos intereses, su dominio sobre esta pequeña y gran nación latinoamericana y en el afán de defender sus posiciones no trepidan en nada. Se han dedicado incluso al contrabando. Están dis-

puestos a todo, a armar quién sabe que provocaciones en el futuro próximo, a desencadenar el terror y hasta el golpe de Estado si no encuentran otro camino más viable.

La Embajada norteamericana y los agentes de la CIA participan activamente en estos trajines.

El pueblo; yunque o martillo

Ahora está más clara la actitud de “El Mercurio”. Este vocero del imperialismo y de los monopolios venía deformando los objetivos programáticos de la Unidad Popular, sembrando el pánico, transformándose en la caja de resonancia y de amplificación de todo tipo de acciones aventureras, todo ello para crear el clima favorable a la violencia reaccionaria.

La Derecha tiene un plan para encaramarse en el poder por cualquier medio. Debemos hablarle al país con entera franqueza. El imperialismo y la oligarquía lo amenazan. Constituyen un peligro para la libertad y la democracia. Vamos llegando a un momento tal en que el pueblo es golpeado o golpea. O es yunque o es martillo, como decía Dimitrov.

Por cierto no se trata de golpear a tontas y a locas. De andar con bombitas por aquí y por allá, de caer en atentados personales ni cosa que se parezca. Se trata de responder cada agresión con la máxima energía y, sobre todo, de golpear con las masas, de impulsar con toda fuerza la movilización y la lucha del pueblo.

Por ejemplo, frente a la prepotencia y los crímenes de los terratenientes hay que rodear de la máxima solidaridad el paro del 12 de mayo acordado por las tres Confederaciones Campesinas. Frente al propósito declarado de la Derecha de lograr que se detenga la Reforma Agraria, hay que exigir la expropiación de todos los latifundios y tomar medidas concretas en esta dirección. Eso es lo que más les duele. Eso es lo que más les daña, y eso es lo que más favorece al pueblo.

No andamos buscando la camorra. Pero, como el que busca encuentra, los reaccionarios encontrarán al pueblo en su camino.

El comportamiento del Gobierno sigue siendo de guante blanco frente a la subversión de la Derecha y de mano dura frente a las luchas populares. La reacción del Presidente Frei ante el crimen de Linares no puede ser más blandeague. Su Ministro de Agricultura ha pedido piedad para los asesinos. En un caso así hasta Cristo se habría indignado, como cuando agarró el látigo para arrojar a los mercaderes del templo.

El Partido Demócrata Cristiano, por su lado, protesta en forma más o menos airada, pero sólo protesta. Los que mandan en él son Frei y sus ministros, son los que concilian con la Derecha. Las cosas van para que se pudra en la cárcel sólo el hechor confeso, el campesino que obró por encargo de sus patrones. La famosa justicia chilena ya ha liberado de culpa a uno de los culpables, a Carlos Montero, capo de los terratenientes alzados.

Más todavía, el Gobierno emprende su propia escalada represiva, y hace lo suyo en contra de la candidatura de Allende.

Son detenidos, secuestrados y flagelados cinco jóvenes comunistas y baleados tres jóvenes socialistas. Carabineros reprime a los propagandistas callejeros de la candidatura de la Unidad Popular, mientras hace la vista gorda respecto de los propagandistas de Alessandri y Tomic. Varias reparticiones públicas creadas en este Gobierno se ponen al servicio del candidato demócratacristiano. Hasta contingentes del Ejército son usados en Arica en estos menesteres. Todo esto demuestra la intervención oficial. El Gobierno toma parte activa en la elección en favor de una salida reaccionaria.

Pero el pueblo tampoco está dispuesto a permitir estos abusos. Nadie se llevará la breva pelada.

Si la Ley Electoral es violada, en materia de propaganda, por las candidaturas de Alessandri y de Tomic, ¿no tenemos nosotros, los partidarios de Allende, el derecho de hacer otro tanto?

Sí, camaradas. El pueblo tiene este derecho y hay que hacer uso de él sin vacilaciones, tanto de noche como de día.

Alessandri no tiene soluciones reales

Los partidos que integran la Unidad Popular han tomado en sus manos la causa del progreso de Chile.

Su programa contempla los cambios revolucionarios que exigen los intereses vitales del pueblo y de la Patria. Con voz entera han proclamado la imperiosa necesidad de nacionalizar el cobre y demás riquezas en manos del imperialismo de expropiar las empresas de tipo monopólico, de nacionalizar la banca, los seguros y el comercio exterior, de realizar una reforma agraria verdaderamente profunda rápida y masiva, y de crear un nuevo estado de derecho y un nuevo tipo de gobierno, un auténtico gobierno del pueblo.

Los partidos de la Unidad Popular no son ilusos, ni siembran ilusiones. Saben que su programa encuentra y encontrará la tenaz resistencia de los privilegiados y satisfechos. Pero están seguros que no hay otro camino para que el país tome rumbo firme hacia un porvenir mejor. Su lucha tiene un contenido profundamente progresista y patriótico.

Alessandri y la Derecha no tienen soluciones reales para los problemas de Chile. Ya en su anterior gobierno administraron el país para unos pocos y en contra del pueblo. El costo de la vida subió en un 46 por ciento al año en la administración de Alessandri. Los trabajadores fueron castigados con sucesivas leyes de congelación de sus salarios con el cierre de industrias y masacres como la de la Población José María Caro, y el país conoció los peores negociados, como el affaire de los bonos dólares.

El propio Alessandri en su administración pecó de falta de la austeridad y de la honradez que tanto pregona. Puso el aval del Estado para diversos préstamos, por un total de 20 millones de dólares, en favor de la Papelera de Puento Alto, de la cual es presidente.

En los días que corren, cuando las urgencias de cambio son mayores, cuando la cuestión social es más aguda, cuando la organización sindical es más fuer-

te, cuando los campesinos se han puesto de pie y la juventud alcanza altos niveles de lucha, el país no podría soportar un gobierno de derecha. De mantenerse en el poder, sólo podría hacerlo –y eso!– mediante una dictadura terrorista, al estilo de la que padece el pueblo hermano del Brasil. Así entonces, la Derecha y Alessandri no le ofrecen al país más que males.

Tomic se abanica

Tomic y su equipo se abanican con lo poco que se ha hecho en materia de Reforma Agraria, con la llamada reforma educacional, con la organización de los pobladores y otros aspectos de la actuación del gobierno. En esto, se declaran solidarios. Pero respecto a las masacres de El Salvador y Puerto Montt, al alza del costo de la vida, que pasó del 20% en lo que va del año, respecto de la desocupación, de la baja tasa de incremento económico, de la ruina de la industria salitrera, de la burla de las leyes del reajuste, de las pensiones del Seguro Social y de los personales en retiro de las FF.AA., en relación a todo eso, a la esencia reaccionaria de la política del gobierno, no dicen esta boca es mía. El señor Tomic permanece mudo y no precisamente por ser un hombre falto de palabras.

De otro lado, prometen el cielo y la tierra, la nacionalización del cobre, por ejemplo, sin explicar por qué siendo gobierno no la han hecho.

Alessandri y Tomic le tienden al país una gran trampa, quieren someterlo a un gigantesco engaño.

Denunciar este engaño, derrotar la mentira, hacer que prevalezca la verdad es una tarea de primer orden. En el centro de la discusión política deben estar las posiciones de clase de cada cual frente a los problemas concretos, la divulgación del Programa de la Unidad Popular, el desenmascaramiento implacable de la demagogia de Alessandri y de Tomic.

Camaradas:

La campaña electoral se desarrolla en los marcos de un ascenso vigoroso de las luchas reivindicativas de las masas.

Sólo en el curso del presente año hemos visto alzarse al combate a cientos de miles de chilenos, que exigen la solución de sus problemas, la satisfacción de sus necesidades más apremiantes.

Los trabajadores del salitre, de Huachipato, de la ENAP, de INSA, del Servicio de Seguro Social, del cobre de la Salud, de la CORA e INDAP, y de otras industrias y servicios, han estado o están en lucha por sus reivindicaciones más sentidas.

La solidaridad con el salitre se expresó amplia y eficazmente. Los trabajadores de María Elena, Pedro de Valdivia y Victoria contaron en todo momento con la ayuda moral y material de todo el Norte. Sólo los mineros de El Salvador les enviaron 74 millones de pesos.

Miles y miles de campesinos han hecho huelgas y paros en demanda de mejores remuneraciones y en contra de los abusos de los terratenientes.

Se ha creado un pujante movimiento juvenil por la aprobación del Proyecto Kirberg para la creación de nuevas plazas en las universidades.

Decenas de miles de los “sin casa” han ocupado sitios para levantar sus viviendas, dando nacimiento a nuevas poblaciones, como la Pablo Neruda, la Unidad Popular y otras.

Los 350 mil pensionados del Seguro Social y los 70 mil retirados de las FF.AA. se han movlizado activamente exigiendo el pago de los reajustes acordados por las leyes.

Los comerciantes minoristas le presentaron batalla al monopolio del tabaco, reclamando un margen de comercialización más elevado.

A través de estos combates se definen las posiciones de cada clase, se va plasmando el gran frente único del pueblo, crecen las fuerzas que están por el cambio, se despiertan y acumulan nuevas energías revolucionarias, se va forjando la victoria.

La actitud del Partido Comunista y de los demás partidos de la Unidad Popular es de pleno apoyo a esta lucha de masas.

No es por casualidad, ni por sacar dividendos electorales, que Allende se haya hecho presente en el conflicto del salitre y otras batallas de clase. Lo que ocurre es que a diferencia de las candidaturas de Alessandri y Tomic, los partidos de la Unidad Popular y su candidato están realmente con las reivindicaciones del pueblo.

Por algo los obreros del carbón repudiaron al candidato de la Derecha, y los trabajadores del salitre le devolvieron a Tomic los mil escudos que les había enviado.

La carestía, la cesantía y la sequía y, paradójicamente, también las lluvias, hacen más dramática la vida de amplios sectores del pueblo y predisponen al combate a nuevos contingentes. Nuestro deber es organizar e impulsar estas luchas desde el seno mismo de las organizaciones de masas y a través de los comités de base de la Unidad Popular.

La batalla, dijimos, se plantea en todos los frentes y en todos ellos hay que darla con decisión indomable.

“¿Qué hago por la victoria!”

Al abordar específicamente la situación electoral, queremos empezar por declarar que la marcha de la campaña subraya las posibilidades de triunfo de la candidatura de la Unidad Popular. Para decirlo con palabras simples, el ambiente es bueno, es favorable. Pero ese mismo ambiente es susceptible de mejorar mucho más y de traducirse en organización, en conciencia política y en decisión de lucha en una medida verdaderamente colosal.

Como es natural, el Partido Comunista trabaja en la campaña con sin igual empeño. Los militantes de nuestro Partido se caracterizan por la iniciativa y el empuje en la constitución de los Comités de la Unidad Popular, y en el cumplimiento general de las tareas. Las Juventudes Comunistas se distinguen, por su parte, en el terreno de la propaganda mural, en su labor de masas a través

de los jueves proletarios y los domingos insurgentes, jornadas en que participan miles de jóvenes y en los esfuerzos que despliegan por unir a la juventud trabajadora y estudiantil en apoyo al programa de la candidatura de Salvador Allende. Decimos esto con legítimo orgullo revolucionario y sin desmedro del aporte de los demás. Al mismo tiempo, declaramos que no escatimaremos sacrificio alguno en favor de esta lucha a por la constitución de un Gobierno Popular. Precisamente este Pleno debe considerar atentamente qué más podemos hacer, cómo podemos trabajar más y mejor.

¿Qué he hecho, qué estoy haciendo por la victoria popular? He aquí la pregunta que deben hacerse todos nuestros militantes y simpatizantes, todas y cada una de nuestras células, considerando las respuestas con profundo sentido autocrítico.

No concebimos la labor de nuestro partido como una actividad aislada, sino como un trabajo en común con sus aliados. Es cierto que a veces resulta más fácil trabajar solos. Pero ahí no está la gracia. La clave para triunfar radica en la acción conjunta de todas las fuerzas sociales y políticas que están por una profunda renovación de la sociedad, por la liberación nacional, por un nuevo poder popular, por una democracia avanzada y por el socialismo. Por eso, nuestros militantes deben empeñarse ante todo en seguir plasmando la más sólida y amplia unidad popular.

Cada uno de los partidos y movimientos que integran a Unidad Popular tiene sus propias raíces en el pueblo, estrechos vínculos con importantes sectores ciudadanos, autoridad reconocida sobre dichos sectores, métodos y medios particulares de entenderse con ellos. Ningún partido puede substituir a otro en la movilización de sus propios efectivos y de las fuerzas en que influye. De ahí la necesidad vital del aporte de cada colectividad y del máximo rendimiento de cada una de ellas.

La verdadera imagen del Gobierno Popular

Para triunfar en esta batalla se necesita proyectar la verdadera imagen que debe tener y que queremos que tenga el Gobierno Popular. En oposición a la Derecha y a la Democracia Cristiana, no luchamos por el gobierno de un hombre o de un solo partido, sino por un gobierno multipartidista, constituido por todas las colectividades de izquierda e integrado por representantes directos de las organizaciones populares en las esferas del Estado, que a cada una de ellas corresponda.

Este es el tipo de gobierno que necesita el país. Es plenamente concordante con la realidad política y los intereses del pueblo.

Las miserables deformaciones que a este respecto hace la Derecha, particularmente "El Mercurio", no tendrán el efecto que busca el enemigo, si a través de la acción de todas las colectividades de izquierda, de su participación desplegada en la campaña, se levanta la imagen real, la verdad, y no la mentira, acerca del nuevo tipo de gobierno que nos proponemos formar.

Particular importancia tiene la tarea de fortalecer los comandos provinciales y comunales, cuya estructura y funcionamiento deben ponerse más a tono

con las exigencias de la campaña y la envergadura que han alcanzado los Comités de Base.

Los Comandos Provinciales y Comunales deben planificar mejor su labor, dirigiendo su atención a cada sector social, no dejando rincón de Chile abandonado a la influencia de los contrarios.

La base de la campaña está y debe estar en la clase obrera, en los trabajadores en general, comprendidos los empleados particulares, fiscales y semifiscales, y los asalariados del campo. Desde el punto de vista de sus intereses de clase, los trabajadores nada tienen de común con la candidatura de Alessandri y ninguna ilusión pueden tener en la de Tomic.

Existen todas las condiciones para cuadrar al 80 o al 90% de los obreros y empleados con la candidatura de la Unidad Popular. Esto tiene que ser el fruto no sólo del apoyo espontáneo de los trabajadores, de lo que por sí les dicta la conciencia política alcanzada hasta hoy, sino de un esfuerzo sistemático y organizado en cada sitio de trabajo.

Los dirigentes sindicales, los miles y miles de dirigentes y militantes sindicales, que pertenecen a los partidos de la Unidad Popular, deben responder concretamente del apoyo masivo y decidido de los trabajadores a la candidatura de Salvador Allende. Su responsabilidad es doble. Por un lado, les corresponde impulsar decididamente las luchas reivindicativas, y por el otro, tomar parte activa y dirigente en las tareas propias de esta batalla electoral, lanzando todo el peso del proletariado para decidirla en su favor.

De los trabajadores depende el desenlace

La fuerza y la capacidad de influencia de los trabajadores chilenos son muy grandes. De su actitud depende, en último término, el desenlace de esta contienda. El Partido Comunista llama, pues, a todos los trabajadores de la ciudad y del campo a incorporarse a este combate con la firmeza propia de su clase. Y confía en que las células industriales, sus militantes y los dirigentes sindicales del partido se caractericen todavía más por su responsabilidad y energía en el cumplimiento de estas tareas.

Una atención particular merecen los pequeños y medianos comerciantes, que alcanzan a más de 150 mil, y los pequeños y medianos empresarios de la industria y de los servicios, que pasan de 30 mil. La Derecha se ha empeñado a lo largo de muchos años en mantener su influencia sobre estos sectores, con el cuento de que la Izquierda se propone atacar sus intereses. Esta es una mentira de pe a pa. La Izquierda se propone, por razones superiores, que van en interés de todo el país, sólo poner fin a los grandes monopolios de la industria y del comercio, y beneficiar, en cambio, a la gran masa de pequeños y medianos comerciantes e industriales, en particular, a través de la ampliación del mercado interno y del crédito.

Los pequeños y medianos comerciantes son víctimas de los grandes monopolios de la distribución, de la CODINA, que preside Jorge Alessandri; de la Duncan Fox, de la Williamson Balfour, de la Grace y de otros, que sin duda apoyan al candidato de la Derecha. Tales monopolios les imponen ventas con-

dicionadas, les exigen cheques en blanco por el valor de las compras, les dan insignificantes márgenes de comercialización, los han convertido de hecho en sus empleados sin sueldo, y hasta hoy sin previsión.

Los pequeños y medianos industriales sufren la falta de créditos porque los acaparan los poderosos. Padecen la opresión de los grandes empresarios de tipo monopólico, como aquellos que en la industria textil fabrican las fibras sintéticas y el hilado de algodón. Y dada la diferente productividad que hay entre la pequeña y mediana industria, por una parte, y la empresa monopolista, por la otra, están en desventaja de precios y por último de utilidades. Además, se cuentan entre las víctimas de la inflación.

En algunas ciudades, los comandos provinciales y comunales de la Unidad Popular han tomado iniciativas para dialogar con los pequeños y medianos comerciantes e industriales, y para organizarlos en comités de apoyo a la candidatura de Salvador Allende. Esto hay que hacerlo en todas partes. En todo Chile hay que actuar de manera nueva y resuelta en estos importantes sectores de las capas medias. No hay ninguna razón para no contar allí con un respaldo mayoritario.

Estas mismas observaciones valen respecto de los pequeños y medianos agricultores.

Mujeres, jóvenes, intelectuales

Las mujeres chilenas, desde que tienen derecho a voto, han sido objeto de los halagos de los reaccionarios y reformistas. Una parte de ellas ha sido engañada con las más espeluznantes historietas acerca de los propósitos de la Izquierda, en cuanto a la familia y a los niños. No vale la pena recordar lo que han dicho sobre el particular. Lo cierto es que esta vez no tienen por qué tener el éxito que tuvieron ayer. Las cosas están más claras hoy. Con todo, lo decisivo es el trabajo en las masas femeninas, el cual no es de responsabilidad exclusiva de las mujeres organizadas de la Izquierda, sino también de los hombres del movimiento popular.

Hay posibilidades extraordinarias de lograr que la juventud se vuelque en apoyo de la candidatura de Allende en una magnitud mayor a que vemos hoy. La juventud no está ni puede estar con Alessandri y, después del engaño de la Patria Joven, tampoco tiene por qué inclinarse hacia Tomic. Pero en definitiva, la incorporación masiva de la joven generación al combate por un gobierno popular depende del trabajo de quienes tienen conciencia de la importancia de esta capa de la población, y del entendimiento entre las organizaciones políticas de la juventud. Lo contrario, de prevalecer aquí el desacuerdo, significa fa-
rrear aquellas posibilidades.

La gran mayoría de los escritores y artistas y un considerable número de técnicos y de profesionales, por su propia experiencia, como producto del estudio y del conocimiento de la realidad, asumen posiciones de avanzada y están con el pueblo. Testimonio de ello es, entre otros, la contundente victoria de la Izquierda en las recientes elecciones de la Sociedad de Escritores, donde derro-

tó en toda la línea a las listas afectas a las candidaturas de Alessandri y de Tomic, que no sacaron un solo director. Prueba de este mismo fenómeno es también la adhesión entusiasta que tiene la Unidad Popular entre los hombres y mujeres del folklore, del teatro, del ballet y de todas las ramas del arte. El pueblo espera de ellos una gran contribución.

En torno al Programa de la Unidad Popular y a su candidatura es perfectamente factible agrupar y movilizar a todos los sectores sociales que en conjunto constituyen el pueblo de Chile. Los intereses vitales de dichos sectores sólo son interpretados por nuestra causa. La cuestión es trabajar planificadamente, científicamente, con vista a lograr que todas las fuerzas sociales progresistas se incorporen activamente al proceso revolucionario.

De modo especial queremos referirnos a los comités de base. Nunca antes el terreno había estado tan abonado en lo que respecta a la formación de comités. Allí donde una o dos personas toman la iniciativa se constituyen sin mayor dificultad.

La meta del Comando Nacional de la Campaña de llegar a quince mil comités en todo el país es perfectamente posible cumplir.

La importancia de esta organización es incuestionable. Este es uno de los puntos fuertes de nuestra candidatura, un terreno en el cual el enemigo no puede competir.

La palabra esclarecedora expresada a través de cada comité en el radio en que funciona, expresada a través de miles y miles de comités ante miles y miles de pequeños auditorios, puede y debe llegar a tener resonancia nacional y contrarrestar con ventaja, las mentiras reaccionarias desparramadas por la prensa y por la radio.

La acción de los comités en favor de la movilización de las masas, de la lucha por la solución de los problemas del pueblo, debe contribuir de modo efectivo a la ofensiva popular en todos los frentes.

Puntos débiles de nuestro trabajo

Con toda franqueza, como corresponde a un partido revolucionario y como exigen las circunstancias, queremos referirnos a algunos puntos débiles de nuestro trabajo, a los principales problemas que conspiran contra un avance impecioso de la Unidad Popular.

La candidatura de Salvador Allende no compite ni puede competir con las otras en la publicidad de prensa y radio, ni en afiches de alto costo. La explicación es muy sencilla: los principales medios de publicidad están en manos de la Derecha y del partido de gobierno y nuestra candidatura no recibe dinero del exterior ni de las grandes empresas monopolistas.

Tenemos que enfrentar estas dificultades. Tenemos que triunfar por encima de estos obstáculos. Y ello, como todo, está en manos del pueblo.

En este sentido, el Comando Nacional de la Unidad Popular ha tomado decisiones que el Partido Comunista respalda mil por mil. Las fuerzas de la Unidad Popular –ha dicho– deben resolver conjuntamente estos problemas en

su propio radio de acción. Los gastos de la campaña deben ser financiados por el pueblo.

Cada comité responde y debe responder de su actividad, debe autofinanciarse. No hacemos ni haremos lo de Alessandri o Tomic, que mandan a fabricar en cantidades industriales afiches o lienzos, que compran y entregan pintura por tambores, que pagan cada pincelada de rayado mural. Esto no lo hacemos ni lo podemos hacer, no sólo por falta de dinero, sino por moral, porque las batallas del pueblo se afincan ante todo en su propia conciencia, en su sacrificio, en su aporte multitudinario.

Estas normas rigen la actividad de la campaña. Sin embargo, debemos reconocer que en este terreno hay mucho por hacer. Exceptuando la ya mencionada y encomiable labor de las Juventudes Comunistas, de sus gloriosas Brigadas Ramona Parra, es poco lo que se ve todavía en material de propaganda desde la base, en materia de propaganda mural, como producto del esfuerzo de los partidos y comités de la Unidad Popular. La conclusión cae por su propio peso. Es necesario cambiar completamente esta situación. Todos debemos lanzarnos desde hoy mismo en una gigantesca campaña de propaganda de muros, puentes y caminos. Cada comité de la Unidad Popular debe levantar sus propios lienzos, pintar sus propios letreros.

Cada una de estas organizaciones debe financiar su actividad.

El pueblo es capaz de hacer milagros. En la esfera de la propaganda el pueblo es capaz de derrotar al enemigo con su propio esfuerzo, con su propio trabajo. Si bien, como está dicho, no podemos competir con el adversario en la propaganda que se costea desde la altura, él no puede competir con nosotros en el esclarecimiento de la verdad en cada rincón poblado o en cada lugar de trabajo, a condición, naturalmente, que en esta esfera del combate, hagamos todo lo que somos capaces de hacer.

Tratan de derrotarnos por dentro

Por otro lado, es necesario que todas las fuerzas de la Unidad Popular disparen al blanco del enemigo común, poniendo a cada uno y todos sus militantes entren de entera actividad.

El enemigo trata de derrotarnos por dentro. Para ello ha hecho uso de toda clase de fisuras, de las más mínimas discrepancias.

La Unidad Popular ha sido y es un proceso que lleva implícita una política de definiciones. Algunos han saltado la valla. Elementos derechistas enquistados en ciertos destacamentos del movimiento popular, han tomado el camino de la desertión. Con ello, la Izquierda no ha perdido nada; ha salido ganando.

Pero la Derecha trabaja también por sembrar la confusión y arrastrar a gente que desde el punto de vista de clase no tiene por qué pasarse a la otra barricada. Al mismo tiempo, estimula y promueve a la ultraizquierda, la acción de quienes propagan la abstención, hacen campaña contra esta contienda electoral y siembran el derrotismo respecto de sus resultados.

Es comprensible que en aquellos destacamentos donde esta prédica se ha sostenido largo tiempo y casi sin resistencia, haya producido o produzca efectos contrarios a la entrega total en la batalla que está en desarrollo. Lo importante es ahora que cada colectividad cuadre a toda su gente, cualquiera que haya sido la opinión que algunos hayan tenido ayer respecto de la táctica o al propio candidato. Ningún militante tiene derecho a poner sus particulares puntos de vista por encima de los compromisos contraídos por todos y cada uno de los partidos de izquierda.

Es nuestro deber destacar que cada partido integrante de la Unidad Popular tiene a este propósito una sana preocupación.

No obstante ello, cabe llamar la atención acerca de la actividad disgregadora que tratan de realizar grupúsculos y elementos pseudorrevolucionarios, incluso ciertos periodistas de ultraizquierda que se pasan por la paga de una a otra publicación.

En ciertos lugares se dedican a sembrar el escepticismo, a sostener que lo más importante no es la elección, no es el triunfo que se pueda alcanzar el 4 de septiembre. Según sus propias expresiones, no creen en la posibilidad de esta victoria, siguen sosteniendo que no hay otra vía que la armada y declaran, sin embargo, que hay que participar en la campaña para crear situaciones que conduzcan a hacer la revolución antes de las elecciones. En el fondo buscan la derrota de Allende, para decir después que tenían la razón. Otros ponen en primer plano la defensa del triunfo –que es y será una necesidad real– pero sin hacer nada por lograrlo, y plantean sobre el asunto tareas que por el solo hecho de hacerlas públicas pasan de inmediato a conocimiento de la policía.

No son muchos, pero merecen alguna atención, porque las acciones disparatadas pueden llegar a poner en peligro la victoria del pueblo. El enemigo se aprovecha de cada paso en falso, de cada actitud irresponsable y sueña con una gran provocación para volcar la opinión pública a su favor y en contra de la Unidad Popular.

Camaradas:

Un vasto sector del pueblo, compuesto de los obreros y empleados más combativos, de los trabajadores organizados en general, de los hombres y mujeres de capas medias con pensamiento de izquierda y de los estudiantes, escritores, artistas e intelectuales más avanzados, tienen en nuestro país una firme posición antiimperialista y antioligárquica y un indomable espíritu de combate. A lo largo de muchos años, este sector del pueblo ha demostrado su capacidad de lucha y su firmeza revolucionaria. Hoy como ayer es impermeable al engaño, es inmovible ante la avalancha de mentiras e infamias de la Derecha y del Gobierno.

Este es un capital inapreciable que tiene que emplearse a fondo para llevar al resto de la población chilena por el camino de la lucha victoriosa.

La batalla aún no está decidida. Pero si nosotros trabajamos bien, si todos los partidos de la Unidad Popular nos empleamos a fondo, si alzamos a la lucha a todo nuestro pueblo, si cumplimos con todas nuestras tareas, podemos y debemos triunfar.

Alessandri se presentó ante el país como un candidato independiente, símbolo de la rectitud y la austeridad, como un hombre que estaría por encima del bien y del mal, por encima de los encontrados intereses de clase. Pero su juego está siendo desbaratado. Cada día se perfila más como lo que es, como el candidato de la Derecha, de los monopolios, del imperialismo y del latifundio.

En la medida en que llevemos adelante el enfrentamiento con la Derecha en el terreno de la lucha social, ideológica y política, Alessandri será derrotado y triunfará el pueblo.

El tiempo que queda no es mucho y hay que aprovecharlo desde hoy. Cada cual a reconocer cuartel. Cada cual en su puesto de combate. Todos y todo en función de la victoria popular.

Tal es la palabra que el Partido Comunista tiene en este momento crucial de la vida nacional.

www.cepchile.cl

Volodia Teitelboim: “Todos y todo en función de la victoria popular”

Intervención en el Pleno del Comité Central del Partido Comunista

(El Siglo, 11 de mayo de 1970)

Compañeros:

Este Pleno del Comité Central tiene cierto sabor de reunión de emergencia.

El camarada Corvalán lo ha indicado en el documento público y en la información complementaria.

¿De qué se trata? Resumiendo el problema básico a términos muy escuetos: hay posibilidades reales de victoria en la elección presidencial de septiembre, pero para asegurarla es preciso mejorar la campaña y también nuestro propio trabajo.

Es evidente que ella aún no se despliega con toda la fuerza de que es capaz: hay diversas causas que explican el fenómeno, lo cual responde en algún aspecto a una lógica contradictoria de la situación. Nunca, ni siquiera en 1938, el movimiento popular chileno fue potencial y numéricamente tan amplio, tan poderoso y extenso como el actual. Es sabido que los votos obtenidos en la última elección parlamentaria por partidos que forman la Unidad Popular suman un 43 por ciento del total. Si se piensa que la decisión del 4 de septiembre está planteada en torno a tres candidatos, bastaría con mantener dicha proporción para garantizar la victoria del pueblo y la elección de Salvador Allende como Presidente de la República. Aún más, se ha dicho que la unidad no es como resultado una suma mecánica sino que en muchos casos multiplica y se ensancha más allá de los límites y cifras que obtienen separadamente los partidos y fuerzas que la componen.

Desde tal punto de vista, la victoria debería ser segura aunque no falten factores que tienden a complicar el cuadro. Es sabido que se ha producido un minoritario y natural desgajamiento de elementos derechistas que dirigieron el Partido Radical desde los tiempos de González Videla, casi durante 20 años. Esto no asusta en absoluto ni al Partido Radical ni al movimiento popular. Desde todo punto de vista es mejor que ese grupo se vaya. No arrastra afortunadamente al grueso del partido que adopta una posición de izquierda decidida, depurado de reaccionarios de tomo y lomo.

Acogida popular entusiasta y maciza

También conspira contra una seguridad cabal de victoria el hecho de no salir suficientemente al paso del aparato publicitario de la Derecha, empeñada en atribuir al movimiento popular una fisonomía torva y sectaria, que no co-

responde en absoluto a su Programa, a la concepción del nuevo gobierno popular y a su sentido de conducción y estilo de la campaña, documentos que son las únicas definiciones oficiales, válidas y autorizadas del pensamiento de la izquierda chilena como conjunto. Toda desnaturalización de él no corresponde a su contenido genuino y significa un regalo para la maniobra de desfiguración y la mistificación que la Derecha y el continuismo hacen del verdadero rostro y espíritu de la campaña popular.

La verdad es que ella tiene mucho ambiente. Cuando se realiza algún esfuerzo, por mínimo que sea, la experiencia nos dice que brotan generosamente los comités. Los actos son por regla general más grandes que en campañas anteriores. Se advierte por todas partes una acogida popular entusiasta y maciza. El país mayoritariamente quiere un cambio. Se llega a la conclusión que el eco y la simpatía que despierta la campaña en los diversos sectores populares son superiores a la organización y a la propaganda.

Es muy bueno, desde luego, navegar a favor de la corriente, como sucede con la postulación presidencial de Salvador Allende.

Pero está comprobado que constituye un riesgo confiar sólo en la espontaneidad de las masas, no organizarlas suficientemente, no esclarecer con presteza y de modo acertado las calumnias del enemigo, ser renuentes o morosos en la divulgación del significado del triunfo popular para cada sector de la población, para cada hombre y cada mujer de nuestro pueblo, puesto que en esta campaña se juega un pedazo de destino personal de cada uno.

No se divisa en este Pleno ningún ánimo de concesión al desaliento, al derrotismo, al escepticismo ni a la pasividad.

Por el contrario, respira una gran confianza, porque conocemos a nuestro partido, porque sabemos de la inmensa fuerza del pueblo, porque estamos ciertos de poder, junto con nuestros aliados, afrontar las situaciones más difíciles y superarlas con trabajo y sacrificio.

Podemos y, por lo tanto, debemos ganar

Nuestra composición de lugar es clara: podemos y, por lo tanto, debemos ganar. Depende de nosotros, depende de todo el movimiento popular.

Ganaremos si de hoy hasta el día de elección no vivimos ni trabajamos sino para eso, con esa mira, amarrando en el nudo de la lucha por la victoria todas las hebras de las luchas de los trabajadores, de los pobladores, de las mujeres, de la juventud, de las capas medias, de todo el pueblo.

Para esto, necesitamos salir de aquí empapados hasta el tuétano con el espíritu del XIV Congreso del Partido Comunista, del Informe y del Pleno en cuanto a sus inquietudes y proposiciones concretas.

1.- Poner en pie de guerra, de movilización permanente, al PC. Como dice un lema del Informe: "¡Cada cual debe estar en su puesto de combate!".

Contribuir por todos los medios a trabajar, como se expresó, "más y mejor con nuestros aliados", de modo que sea realmente una batalla común -y por cierto ya lo es-, en la certidumbre de que cuando se expresen en toda la línea

las energías del pueblo, éste sea capaz de aventar sin mayor dificultad cualquiera de las piedras que se le pongan en su marcha. Y si ahora ciertas piedras suelen molestarnos es porque la velocidad, la envergadura de la campaña y su poder de expansión no han alcanzado aún el grado de fuerza –que sin tardanza habremos de lograr– que permita arrojarlas lejos de su camino de triunfo.

Suscribimos una verdad histórica: el movimiento lo supera todo. Por eso es preciso desarrollarlo al máximo. Esa es la mejor medicina para desbaratar todos los intentos del enemigo.

De las intervenciones, bastantes ricas que han abundado en este Pleno se deduce que el partido, por supuesto, está trabajando, pero que debe hacer un esfuerzo aún más total y concentrado.

La actividad para ganar un gobierno popular es *para todos*, sin excepción y no para entregarse de lleno a él sólo en las vísperas de las urnas, sino ahora mismo, con la máxima energía. El éxito o fracaso depende en gran parte de una dedicación diríamos casi exclusiva, si se toma en cuenta que no se trata de una tarea simplemente electoral, sino que ella debe ser y encerrar la síntesis de todas las tareas, de todos los combates de hoy, en todos y cada uno de los frentes.

En verdad, en tal sentido éste ha sido un Pleno muy necesario, indispensable.

Obligaciones perentorias

Apenas proclamado Salvador Allende celebramos el anterior. No podíamos entonces saber exactamente cuál sería el desarrollo de los acontecimientos y los problemas que tendría que afrontar en los hechos la campaña. Ahora lo sabemos: tenemos 3 meses de experiencia. Y nos quedan un poco más de 3 meses para enderezar el timón, corregir errores, llenar las lagunas y dar un vuelco decisivo en la campaña.

Con los ojos bien abiertos a la luz de datos concretos, sopesando la situación actual, las dificultades, conociendo las perspectivas, podemos en el momento actual tomar las medidas para avanzar a velas desplegadas hacia el triunfo.

Si de este Pleno salimos decididos a cumplir y plasmar nuestra línea del Congreso, sí aprovechamos día por día, hora por hora que nos queda hasta la elección para pasar a la ofensiva en todos los campos y esforzarnos a la cabeza de las masas por la organización de la victoria, no cabe duda de que esta reunión se justificará enteramente y el pueblo chileno congregado tras sus banderas unitarias conseguirá salir adelante en su tarea histórica.

Para ellos tenemos que hacer ciertas cosas: como poner la acción del partido a la altura de su responsabilidad, sacudir toda sombra de inercia, toda tendencia a trabajar a medio cuerpo, que se albergue en alguno de nuestros afiliados.

Sin duda existen razones que pueden determinar en ciertos casos una propensión como ésta, eminentemente pasajera, necesaria y rápidamente superable.

La lucha: escuela de vida y de organización

Entre otros, el hecho de que nuestro partido, de tan buena salud política, tan admirablemente sano, ideológicamente hablando, salvo algunos resabios sectarios, tiene una militancia en gran parte nueva. Es positivo que el reclutamiento sea cada día más numeroso e intenso; pero ello crea problemas obvios de inmadurez en algunos militantes.

Muchos militantes novatos no entran al partido sabiéndolo todo. Es necesario decirles qué cosas se deben hacer, cómo se deben hacer, proponiéndoles tareas concretas, enseñándoles fraternalmente. Y no desde fuera, como un maestro que no se moja los pies, sino como luchadores que predicán con el ejemplo, que batallan mano a mano. Esta escuela de la vida y de la lucha es fecunda e instructiva, no sólo para nuestros afiliados, sino para todos los miembros del movimiento popular. Mucha gente, perfectamente inspirada y deseosa de trabajar, no saben cómo constituir un Comité. Son menos los que conocen cómo hacer actuar un Comité. Y no muchos los que tienen experiencia en las tareas y en su control permanente.

En dicho sentido caben responsabilidades colectivas de todos los organismos del partido y caben responsabilidades individuales de cada uno de sus militantes.

Hay responsabilidades concretas del Comité Central y de la Comisión Política de los Comités Regionales Locales de las Direcciones Comunales. Hay responsabilidades específicas de los equipos coordinadores, de las comisiones.

Pero también existen claros e ineludibles deberes individuales de cada uno de los dirigentes y de cada militante.

Cada uno debe asumir obligaciones y tareas precisas y cumplirlas, no a tontas y a locas, sino conforme a una planificación. La planificación no ha de ser necesariamente lenta, sino que puede y debe ser rápida y acertada.

Esta responsabilidad también gravita, desde luego, fuertemente sobre cada uno de los parlamentarios, alcaldes, regidores, sobre todo los dirigentes de masa, que deben jugarse enteros para influir de modo legítimo, creador, pero incansable en los sectores de trabajadores y de la opinión pública donde gozan de simpatía y confianza.

Tampoco hay un divorcio, una división entre el trabajo sindical y la ocupación por la campaña.

Ideas erróneas

Existe, por otra parte, cierta tendencia a no hacer mitines sino va Salvador Allende.

Es falsa. Un hombre no es Dios. No puede estar en todas partes. Se han realizado grandes actos sin su presencia y el pueblo responde. El 99% de los actos que restan de la campaña –que deben ser millares– se harán sin él, porque nadie daría abasto. Y estamos seguros que organizándoles bien, serán un éxito.

Existe otra tendencia a no hacer actos sin la presencia de parlamentarios. Un acto sin la presencia de un parlamentario según algunos compañeros no tiene gusto a nada, es un asado sin carne. Es cierto que los parlamentarios deben ir a todas partes donde les sea posible.

Conforme asimismo, a una programación anticipada de los organismos correspondientes. Pero también es cierto que no pueden ir a todos. Es, por tanto, erróneo esperar que llegue necesariamente algún parlamentario para celebrar un acto. Tenemos un enorme plantel de cuadros conocidos en el plano nacional, provincial o local. Ellos deben participar. Y tienen que asumir su responsabilidad y personalidad de masas los dirigentes del partido.

Es cierto que aún nos aquejan problemas de bajo nivel político y de debilidad orgánica en algunas direcciones locales, donde no actúan todos sus miembros. La falta de cuadros no siempre permite trabajar correctamente conforme a un plan y ayudar directa y personalmente, como debe hacerse, a los comités de base de la Unidad Popular. Esto obliga a realizar las necesarias promociones y a poner en actividad y movimiento a todas las disponibilidades humanas y políticas de que dispongamos en cualquier organismo y dirección, reforzando las direcciones en función práctica del trabajo de la campaña.

El papel de los trabajadores

Un aspecto que ha preocupado mucho a la Sesión Plenaria es el relativo al trabajo político por la campaña que se debe hacer dentro de la clase obrera. El camarada José Oyarce y varios más pusieron gran énfasis en este ángulo tan importante del problema.

La experiencia dice que no existen Comités de Unidad Popular sólo en los sectores de trabajo donde nadie ha hecho ningún esfuerzo por crearlos. Si en estas circunstancias se han formado más de 6 mil Comités en el país, quiere decir que la meta de 15 mil es perfectamente realista, alcanzable y superable si realmente se le pone con toda decisión el hombro a la tarea ahora mismo.

En esta materia no nos dedicamos al juego del Gran Bonetón, a polemizar si la responsabilidad cardinal en este asunto le corresponde esencialmente a los equipos y dirigentes sindicales o a los organismos nacionales, regionales o locales del partido. Es tarea de todos. Creemos que estamos de acuerdo en ello. Los comités regionales del partido deben llamar a los dirigentes sindicales. Pero, aunque no los llamen, nuestros dirigentes sindicales son, por cierto, bastante grandecitos, capaces y experimentados como para tomar iniciativas inmediatas, por sí mismos, al respecto, gremio por gremio, sindicato por sindicato.

Dirigentes y organismos en cada una de las federaciones, para nombrar algunas, ferroviarios, profesores, Servicio Nacional de Salud, construcción, Federación Minera, etc., deben ponerse en movimiento en el acto, si es que no lo han hecho todavía, tomando las medidas para el contacto con los aliados, con el PS, el PR, MAPU, SD, independientes, a fin de constituir comités, delinear y ejecutar un plan de acción de aquí al día de la elección.

Frente a la intervención electoral del gran capital

No se trata en general de que las federaciones o sindicatos como tales adhieran a Salvador Allende. Pero tampoco hay que ser vegetarianos.

Si los organismos representativos de la oligarquía, del gran capital, del monopolio como la Confederación de la Industria y el Comercio, toman medidas condicionando en pleno período electoral la propaganda comercial o que no se ataque de modo alguno a la denominada “empresa privada”, si la Sociedad Nacional de Agricultura llama a frenar la Reforma Agraria y a algo peor –todo lo cual significa participar concretamente a favor de Alessandri–, las organizaciones de los trabajadores no incurrirán ni en pecado venial, sino que cumplirán su deber de clase si proponen y aprueban votos y declaraciones y adopten resoluciones contra la violencia reaccionaria. Estarán en lo justo y correcto si condenan la muerte de Hernán Mery a manos del latifundio; si en sindicatos determinados, que han sufrido directamente la política regresiva y antiobrera de Jorge Alessandri y donde hay conciencia mayoritaria en el sentido de rechazarlo, como sucedió en el carbón, la voluntad resuelta y democrática de sus afiliados –que han sido también sus víctimas– resuelve declararlo persona no grata y repudia su presencia en las zonas castigadas por su política de gobernante, así la hicieron los sindicatos metalúrgico e industrial de Lota, según lo relató aquí el camarada Carrillo. Estamos totalmente de acuerdo con esa conducta que nos parece un verdadero ejemplo de lucha de masas.

Si la clase obrera de la ciudad solidariza con el potente paro de las tres centrales campesinas del país, si los trabajadores urbanos y mineros apoyan a los trabajadores del agro en su demostración masiva en contra del crimen feudal que se realizará el próximo martes 12, no estarán sino cumpliendo con un deber de fraternidad respecto de sus hermanos del campo.

Decisión política que afronta Chile en estos meses

Es decir, existen mil formas de vincular justificadamente las reivindicaciones, la lucha de los distintos sectores de trabajadores del país con la gran decisión política que afronta Chile en estos meses.

Es obvio que los trabajadores legítimamente no deberían votar, sino por la candidatura popular, como un modo de ser consecuentes con su clase, consigo mismos, con el hecho de que van a ser en su gobierno la fuerza dirigente básica. Pero esto debe aclararse en todo momento. Hay que luchar sin pausa contra la influencia insidiosa de la burguesía, del imperialismo en el propio seno de ciertos círculos de la clase obrera y del pueblo.

En dicho sentido es menester proceder con celeridad, inteligencia. Ojalá el mayor número de dirigentes y cuadros se entregue en estos días que quedan –menos de 4 meses– a dicha tarea.

¿Qué hemos hecho por la campaña?

Cada organismo nuestro, cada militante debe preguntarse al finalizar una jornada ¿qué he hecho hoy por la campaña?, ¿he cumplido con mi tarea?, y realizar los balances periódicos en los organismos para el indispensable control.

Además del compañero Luis Figueroa, de Carlos Cerda y otros camaradas, Alejandro Yáñez en su intervención propuso una idea oportuna, feliz y que sin duda comparten por su justeza desde hace tiempo las otras fuerzas populares: la necesidad de promover vastas y resueltas acciones comunes de la Central Unica de Trabajadores, de las tres Federaciones Campesinas y de las Federaciones de Estudiantes a fin de impulsar y defender la Reforma Agraria, contra la violencia y el terror derechistas y contra la persecución y los desmanes policiales.

Queremos subrayar que este problema de la violencia reaccionaria es muy grave. No hay seguridad de que lleguemos a la elección, pero sí existe la seguridad que este periodo de ninguna manera va a ser plácido. Es muy probable que la violencia vaya en crescendo. El partido, el pueblo y el movimiento popular tienen que prepararse para ello y encararla en conjunto. Encierra una responsabilidad muy honda, ineludible para el partido, pero también es una responsabilidad que debe ser afrontada con los organismos y la acción mancomunada de las entidades de masas y de la suma del pueblo.

Por cierto, sobran los motivos de inspiración que requieren por cierto de la acción mancomunada de fuerzas tan importantes como los enunciados.

Huelga decir que el trabajo en las Juntas de Vecinos, en los centros de madres, en las poblaciones, debe integrar ese torrente poderoso de un pueblo que frente a la batalla de septiembre no puede adoptar una actitud neutral o prescindente, a medias, de espectador que se contenta con emitir su voto a favor de la candidatura popular. No puede haber espectadores, neutrales ni prescindentes. Es menester que la lucha y la acción por sus problemas encuentre diariamente un eslabón unitario, racional y democrático que permita a los diversos organismos, a la inmensa mayoría asumir el sitio de combate que les corresponde en esta batalla que interesa al pueblo entero sin excepción.

Pero en primer término el mayor compromiso es afinar la campaña en los lugares de trabajo y en las poblaciones obreras. Se sabe que el adversario recurre a todo: a la amenaza, a la cesantía, toca las cuerdas escalofriantes de la campaña del miedo, ejerce el cohecho anticipado. Pero aún así tenemos que organizar la campaña en todas partes.

Estamos obligados a trabajar a cien kilómetros por hora. No nos sirven el paso de tortuga ni el ritmo de carreta, ni tampoco trabajar improvisadamente. Debemos con la máxima rapidez abocarnos a una labor planificada para estructurar la campaña en cada parte del país.

Santiago es decisivo. Tiene el 38% de la masa electoral. No se puede descuidar por ningún motivo el trabajo en la capital.

Valparaíso, Concepción, Antofagasta, Cautín se han señalado como provincias claves.

Pero, tenemos que trabajar en todas las provincias, en todas las localidades y comunas, sin ninguna salvedad, sin regatear ningún esfuerzo.

Premisas de triunfo

Las posibilidades de victoria son reales. Hagámoslas realidad. Lo conseguiremos si se asegura:

1.- Una correcta conducción política, conforme al Programa Popular que debe ser difundido en todas partes, en todas las formas. También deben popularizarse el Pacto Político y el documento sobre conducción de la campaña. Es una tarea de divulgación que debe dirigirse a la ofensiva, recurriendo a los métodos más sencillos y didácticos, incluso dándolos a conocer por partes. Deben divulgarse esos materiales con amplitud en el pueblo, poniendo el acento ante sectores determinados en aquellos aspectos del programa que directamente les conciernen. No es posible, en la actualidad, dar conferencias muy sesudas sobre el Programa completo, ni hacer cursos de carácter universitarios sobre esta materia, pero en cada reunión de pobladores, o comerciantes, o intelectuales, por dar sólo tres ejemplos, es posible y necesario tocar y explicar aquellos capítulos o párrafos específicos del Programa que se refieren a ellas amén de los enunciados de carácter general.

2.- Necesitamos dar forma orgánica y expresión, a la fervorosa acogida y al enorme sentimiento popular favorable a la postulación de la Izquierda, imprimiendo a la campaña un carácter de masas realmente a la ofensiva.

La ofensiva no consiste en decir palabrotas. Un buen ejemplo de ofensiva lo dieron los trabajadores del carbón. Todo esto íntimamente fundido a la lucha de cada sector para la solución de los problemas que le interesan vitalmente. Y, además, es preciso mantener una continuidad en la ofensiva, en la propaganda y en la publicidad.

El concepto de ofensiva

Ahora la ofensiva ha pasado a manos del pueblo, que ha agarrado del cuello a la Derecha, especialmente a raíz del asesinato de Longaví, de las declaraciones del diputado alessandrista Carmine. Tenemos la obligación de perseverar en la ofensiva, de no soltar a la Derecha, de seguir golpeándola, aclarando a fondo las cosas. Tenemos a menudo el defecto, incluso en nuestras campañas periodísticas, de atacar sólo durante 24 ó 48 horas. Después nos olvidamos. Así se permite que prosperen las cortinas de humo o las mentiras diversionistas que lanza la Derecha o el Gobierno para distraer la atención del público y que gente bien inspirada muerde desprevenidamente el cebo de los embustes propalados por el enemigo. Por eso es muy importante dar continuidad a la denuncia y al ataque clarificador y argumentado contra el adversario.

3.- Una propaganda que no se achique porque el enemigo dilapida fabulosos recursos en una publicidad engañosa, aprovechando el control de la inmensa red tentacular de medios de información de que dispone. Tenemos que

hacer mucho más propaganda, multiplicar el rayado mural, tarea en la cual han dado magnífica lección de iniciativa y coraje las Brigadas “Ramona Parra”, de las Juventudes Comunistas. Pero el deber de rayar es de todo el partido, de toda la Unidad Popular, preparando materiales, impulsando a los comités a realizar su propia propaganda, a salir a la calle, a enviar cartas a los vecinos, preparar discusiones, foros, cabildos abiertos, actos grandes, regulares y pequeños, de calidad política y artística.

4. Establecer un contacto constante y cotidiano de los comités de base con la gente de su industria, sector de trabajo o habitación. La conversación casa por casa, la discusión, la encuesta es indispensable y ojalá tomen en forma ágil los problemas reivindicativos específicos.

Frentes capitales

5.- Hay que desplegar una campaña viva, documentadamente crítica de las otras dos candidaturas, desenmascarar a la luz de razones y datos la verdadera significación de la campaña, las tergiversaciones de la Derecha, del Gobierno y de sus candidatos. Tratar de conseguir el mayor número posible de audiciones radiales, de aprovechar al máximo los medios de información de masas.

6.- Salir al paso de la campaña del terror, destruir sus carteles mentirosos e infames. Pegar la voz de la verdad en los muros de todo Chile.

7.- Orientar el esfuerzo decisivo a frentes capitales de la campaña, como el de las mujeres. Adaptar en cada lugar sus comités a las estructuras más adecuadas y flexibles de organización, sean mixtos o exclusivamente femeninos, según las condiciones y circunstancias. Dar todo el relieve debido a la iniciativa de la creación del Ministerio de Protección a la Familia y a la campaña de la bandera.

8.- Dar vía libre, constructiva y unitaria al generoso impulso revolucionario de nuestra espléndida juventud, desarrollando todas las iniciativas posibles para que ella se exprese en la más nutrida gama de manifestaciones nuevas, ganando la calle para la causa del pueblo y abriendo a la nueva generación el horizonte de una vida diferente, que la Democracia Cristiana le prometió y no le cumplió.

En la tarea imperativa de crear un gran movimiento de la juventud popular, es claro, las Juventudes Comunistas estarán en la primera línea, sin regatear sacrificios, para hacer que la juventud conquiste un destino, sin frustraciones ni evasiones, junto a la clase obrera y a la Revolución.

9.- El despertar campesino es vigoroso, y constituye una de las diferencias respecto de la campaña anterior, pero es indispensable que el partido y todo el movimiento popular le dediquen una atención mucho mayor, manteniendo la cuidadosa y estricta vinculación de sus propias luchas agrarias con la necesidad de su incorporación a la campaña.

10.- Lucía Chacón planteó con exactitud la necesidad de mejorar la labor de la campaña en las poblaciones, describió cómo trabaja el enemigo, apuntó las fallas y también los aciertos y perspectivas que se presentan en este domi-

nio tan vasto e influyente, donde también actúa la urgencia de que los Comités de Unidad sean organismos de combate contra el dividendo reajutable, por todas las necesidades y reivindicaciones apremiantes que afectan a millones de pobladores a través del territorio nacional.

Nuestra política frente a las capas medias

11.- El Secretario General y otros compañeros subrayaron una zona de actividad de profundo alcance y gran valor, como es el trabajo complejo e impostergable entre las capas intermedias.

Nuestro programa, nuestro movimiento no va contra los sectores medios, sino a favor de ellos. Es el único que interpreta su conveniencia y resuelve los problemas. Pero tal vez sea este el sector de la llamada clase media, donde la Derecha ha logrado que la desfiguración de nuestra política y de nuestras líneas programáticas, haga más estragos generando un mayor número de equivocaciones y falsos conceptos respecto del verdadero contenido y propósitos de la Unidad Popular.

Es imperioso, indispensable dedicar ingentes esfuerzos a clarificar nuestra política entre los empleados públicos y particulares, entre los agricultores, artesanos, respecto a los empresarios individuales, comerciantes minoristas, pequeños y medianos industriales, constituyendo los Comités y los canales de comunicación que les permitan conocer auténticamente, de primera agua, nuestro Programa y los lleven a participar como corresponde, formando una respetable legión dentro de la cruzada unitaria.

12.- Nuestra campaña cuenta con la adhesión de la inmensa mayoría de los intelectuales. La lista de la Unidad Popular, como se recordó en el Informe, ganó todos los puestos de la Sociedad de Escritores. Las otras dos, que representaban las candidaturas presidenciales restantes, no sacaron un solo director. El gran acto de los artistas en el Caupolicán del 28 de abril pasado fue una demostración que la flor y nata del arte, de la canción, del folklore de Chile está con el pueblo, forma parte de él. Ellos anhelan ir a todos los actos y poblaciones. Es cosa de organizar rápidamente tan fructífero y enaltecido contacto.

Necesitamos mejorar el trabajo para dar a miles de profesionales chilenos ansiosos de contribuir a la campaña, la posibilidad de integrarse a Comités que le permitan actuar dentro del ámbito de sus especialidades y de sus colegas y también proyectarse a las poblaciones, a los más diversos aspectos y áreas de la lucha.

O sea, las posibilidades y formas de acción son innumerables y la perspectiva está abierta. Y éstas que se dan aquí han sido ya puestas en práctica y sólo se recuerdan simplemente por vía de ilustración. Pero el movimiento deberá crear mil nuevos caminos para llegar a la meta, cumplir su palabra y sellar la victoria de septiembre.

Plan completo y metas parciales

En cada parte tendremos que elaborar un plan completo hasta el día de la elección. Este deberá registrar, a su vez, metas parciales y actuaciones que cierren etapas dentro de la campaña. En Santiago, por ejemplo, tenemos una seria responsabilidad con el acto de proclamación de toda la provincia que se celebrará en la Plaza Bulnes el jueves 23 de este mes de mayo, compromiso que desde ya exige asumir responsabilidades precisas.

En cada provincia, en cada ciudad, comunas, sin duda también se planificarán las correspondientes metas parciales.

Con plena confianza en el partido, en la Unidad Popular, con firmeza y amplitud, animados del más vivo espíritu de fraternidad y comprensión creadora hacia todos nuestros compañeros de lucha estamos seguros de que conseguiremos sobrepasar los obstáculos para alcanzar el triunfo del pueblo chileno.

Quiero terminar, repitiendo las palabras finales del Informe de Luis Corvalán a nuestro Pleno: "El tiempo que queda no es mucho y hay que aprovecharlo desde hoy. Cada cual a reconocer cuartel. Cada cual en su puesto de combate. Todos y todo en función de la victoria popular".

MIR (Secretariado Nacional): El MIR y las elecciones presidenciales

(*Punto Final* 104, 12 de mayo de 1970)

En enero de 1969 dimos a conocer nuestros lineamientos políticos fundamentales frente a las elecciones parlamentarias de ese año en el documento “No a las elecciones, lucha armada único camino”. Se hace necesario precisar nuestra posición frente a las elecciones presidenciales de 1970.

Nuestra política frente a las elecciones sólo puede desprenderse de un análisis de la realidad económica, social y política del país. Lo que intentaremos hacer, resumidamente, en primer lugar.

I. El deterioro económico

En el documento antes citado (ver PF N° 74, sostuvimos que en 1967 se inició un período de deterioro económico cuya tendencia era el agravamiento. Hoy podemos afirmar que las características consideradas negativas en el plano económico para 1967 y 1968 fueron similares en 1969.

El crecimiento de lo que se produjo en Chile por habitante, que en 1967 fue más bajo que en los seis años anteriores, se mantuvo a niveles similares en 1968 y 1969.¹

Los rubros económicos afectados negativamente en 1967, en relación a los seis años anteriores, a pesar de mostrar variaciones menores, lo fueron también durante 1968 y 1969 (producción minera, industrial y construcción; y agropecuaria en 1968 y 1969).²

Esta baja en el crecimiento de lo producido en los rubros económicos fundamentales, se da justamente en un periodo en que el país ha dispuesto de inmensos recursos por distintos conceptos en relación a períodos anteriores. En los últimos 5 años Chile ha dispuesto de 900.000.000 de dólares por créditos extranjeros³, siendo el país de América latina que más créditos ha recibido. También en los últimos 5 años ha recibido por concepto de exportaciones alrededor

¹ “La economía de América Latina en 1969”, CEPAL (extractos), pág. 44.

Discurso Pedro Menéndez, presidente SOFOFA, 22 de abril de 1970.

Cuentas nacionales -ODEPLAN- citadas en réplica a exposición sobre Hacienda Pública -Senado-, Carlos Altamirano, “El Mercurio”, 4 de diciembre de 1970.

² Idem 1). (Merece destacarse que en 1969 la actividad de la Construcción presentó un incremento significativo).

³ Senado, Carlos Altamirano, “El Mercurio”, 4 de diciembre de 1969.

de 400 millones de dólares más por año que en periodos anteriores⁴, y ha dispuesto de casi el 100 por ciento más en ingresos por concepto de tributaciones internas.⁵

A pesar de ello el déficit de la balanza de pagos es de 400 millones de dólares anuales⁶ y nos hemos visto obligados a perder divisas importando productos agropecuarios por 135 millones de dólares en 1969, mientras entre 1960 y 1964, en promedio, sólo importábamos 95 millones de dólares al año.⁷ Las presiones inflacionarias han seguido su ritmo ascendente (en 1969 el alza real del costo de la vida superó el 40 por ciento y en el primer trimestre de 1970 ya ha subido oficialmente en un 16,2 por ciento, mientras en el mismo trimestre del año pasado sólo era de un 14 por ciento.⁸ Los índices de desocupación, a pesar de sus fluctuaciones, se han mantenido elevados (5,5 por ciento en el país, 6 por ciento en Santiago y casi el doble en Concepción-Talcahuano.⁹

Si este deterioro de nuestra economía no se ha expresado con mayor fuerza ha sido porque el precio del cobre se ha mantenido elevado, llegando a 75 y 80 centavos de dólar por libra.¹⁰

En resumidas cuentas Chile se ha endeudado en más de 2.000 millones de dólares en diez años y aunque han entrado al país alrededor de dos mil millones de dólares extras por mayor precio del cobre en los últimos cinco años, nos hemos estancado en crecimiento económico, ha aumentado nuestra dependencia del capital extranjero, la inflación ha seguido empobreciendo a los chilenos y los niveles desocupacionales han persistido muy altos, no apreciándose síntomas de recuperación por parte alguna.

II. Las movilizaciones de masas

Como dijéramos el año pasado, estos niveles de deterioro económico, más la experiencia política y orgánica adquirida por obreros y campesinos, trajeron como consecuencia más relevante un proceso de ascenso en los niveles de lucha.

Después de un relativo repliegue en los años 65 y 66, el movimiento de masas retomó conciencia y se comenzó a movilizar activamente. Se abrió todo un período caracterizado por un ascenso en las movilizaciones populares; en lo cuantitativo por la magnitud de la masa integrada a los conflictos, y en lo cualitativo por los métodos no tradicionales utilizados en sus luchas. Muchas veces los trabajadores en el curso de estas movilizaciones, para poder seguir

⁴ Idem 3).

⁵ Idem 1).

⁶ Idem 3).

⁷ Idem 3).

⁸ Dirección de Estadísticas y Censos, "El Mercurio", 4 de abril de 1970.

⁹ Instituto de Economía y Planificación. Universidad de Chile.

Informe: "Ocupación y Desocupación". (El correspondiente a marzo de 1968, indica en Santiago un 6,8 por ciento de desocupación).

¹⁰ "Precio del cobre en Londres", "El Mercurio", últimos meses.

adelante tuvieron que vencer los frenos impuestos por direcciones reformistas que trataron de desviarlas por el camino legalista, tradicional y burocrático.

En 1969 el movimiento obrero continuó sus movilizaciones en la forma de combativas y prolongadas huelgas (Madeco, Mademsa, Fensa, Insa, etc.), llegando a veces a la huelga con ocupación de fábricas (Metalpar, Famela, Somela, Arrigoni, etc.). Los pobladores retomaron la combatividad que los caracterizaba y se movilizaron en Arica, Puerto Montt, Concepción, Santiago (Barrancas, La Reina, Conchalí, La Granja, etc.). Seis mil campesinos en Coquimbo llevaron a cabo una de las huelgas más combativas de este sector, ocupando fundos y enfrentando a Carabineros. Los estudiantes secundarios estuvieron el año pasado a la vanguardia del sector estudiantil en Santiago y Concepción, en Valparaíso, Talcahuano y Copiapó. Los estudiantes universitarios mantuvieron una larga huelga en Concepción defendiendo la autonomía universitaria, la Universidad Técnica también participó en esta movilización.

En lo que va corrido de 1970 se puede apreciar la misma tendencia: varias huelgas obreras están en pleno desarrollo, (Chilectra, las salitreras, Helvetia, ENAP, Bata, IANSA, Huachipato, etc.), y ya se produjo una combativa huelga campesina en Ñuble y otra en la provincia de Coquimbo; existen hoy más de 250 mil pobladores "sin casa" rodeando Santiago, muchos de ellos en campamentos ocupando terrenos, con la "26 de Enero" y su Congreso Provincial a la cabeza. Las movilizaciones antialessandristas en Lota, Coronel, Concepción, Tomé y Talcahuano, son también expresiones de la misma combatividad.

De algunos meses a esta parte se está llevando a cabo toda una ofensiva patronal que cuenta con el decidido apoyo del gobierno. En este momento, cerca de 70 mil trabajadores están en huelga y persisten 32 conflictos sin resolver; muchos de ellos se prolongan por uno, dos o más meses, y algunas fábricas están ocupadas por los trabajadores. El gobierno ha decretado reanudación de faenas en algunas de ellas, e incluso en el caso de la ENAP decretó innecesariamente la intervención militar de la empresa.

Los trabajadores del campo también están sufriendo los efectos de la ofensiva patronal. Hace poco los latifundistas acordaron no pagar los aportes patronales al Servicio de Seguro Social, no pagar el 2 por ciento de aporte patronal para el financiamiento de las organizaciones campesinas ni tampoco los impuestos por avalúo de propiedades. Los despidos arbitrarios afectan a numerosos trabajadores agrícolas, especialmente a los dirigentes sindicales. Las tres Confederaciones Campesinas, que agrupan a más de 100 mil campesinos, preparan un paro nacional de protesta para este mes. El asesinato del funcionario de CORA por los latifundistas en Linares es, por último, expresión de la misma agudización de la lucha de clases en campo.

La creciente magnitud de la masa plegada a estas movilizaciones, tanto como los métodos de lucha empleados (toma de fábricas, de fundos, de terrenos y de escuelas, luchas en barricadas en los campos, combates callejeros de obreros y estudiantes, violencia en las contramanifestaciones, etc.), si bien no colocan a las masas en la preinsurgencia, indican eso sí un marcado y persistente ascenso en el movimiento de masas en los últimos tres años. Este es el fenómeno más relevante del panorama social y político actual, el que caracteriza

el período y evidentemente será el que enmarcará el proceso electoral y le definirá su papel.

III. Las respuestas de la clase dominante y las fisuras en la superestructura

Las clases dominantes no permanecen impasibles frente a este proceso de ascenso de la lucha de masas. El aparato represor de los dueños del poder y la riqueza se decide a frenar por la fuerza las movilizaciones de obreros, campesinos, pobladores y estudiantes. Construyen la política de “mano dura”, surge la siniestra figura de Pérez Zujovic y aparecen las tristes hazañas del Grupo Móvil. Comienza una escalada represiva, se hacen frecuentes los apaleos callejeros, la prisión de dirigentes gremiales, los desalojos violentos de fábricas, terrenos, fundos y escuelas. El desalojo de la fábrica de SABA, la represión ejercida en el fundo “San Miguel” de Aconcagua y sobre los campesinos y estudiantes de Ñuble, el allanamiento de la U. de Concepción no son excepciones. No se detienen allí, se “escarmienta” a la masa con las masacres de El Salvador en 1966, de Santiago el 23 de noviembre de 1967, de Puerto Montt, de Copiapó y de San Miguel en Santiago, en 1969.

Se reprime decididamente a los sectores más radicalizados de la izquierda tradicional, encarcelando incluso a algunos de sus senadores y diputados y se aplica la Ley de Seguridad Interior del Estado a la prensa revolucionaria, a la Revista Punto Final y al periódico del MIR “El Rebelde”; se abre proceso a la izquierda revolucionaria (proceso al “terrorismos”) donde se aprovecha tanto de perseguir como de golpear y encarcelar a militantes del MIR y de otras organizaciones. Luego cuando las organizaciones revolucionarias comienzan a desarrollar acciones armadas la tortura y las flagelaciones, la persecución política, la prisión a sus dirigentes se convierten en tareas rutinarias de los encargados de reprimir.

La intervención militar de ENAP el cerco policial tendido a la “26 de Enero”, las torturas y flagelaciones ejercidas sobre los pobladores de este Campamento y sobre miembros de las Juventudes Comunistas, la agresiva negación de presupuesto a las universidades de Concepción y Técnica, están evidenciando que el gobierno ha iniciado una escalada represiva.

Todo indica que durante el proceso electoral y apoyando la ofensiva patronal en desarrollo, el gobierno buscará endurecer su política, comenzando por reprimir a la izquierda revolucionaria; luego tenderá a agredir a toda la izquierda, e incluso a las organizaciones gremiales de los trabajadores, golpeando también a las universidades.

El progresivo enfrentamiento entre los que luchan por sus intereses y los que explotan el trabajo de los primeros, golpea también a las instituciones del sistema, a los templos del régimen capitalista, la superestructura se resiente. Primero fueron las universidades, luego la Iglesia con la aparición del movimiento “Iglesia Joven”, que llegó a ocupar la Catedral con el Che Guevara y Camilo Torres como emblemas. Luego fue el Poder Judicial; los en-

cargados de administrar la justicia a los poderosos rompieron la ley y fueron a la huelga. Más aún, una crisis moral descompone a los que gobiernan, se denuncian créditos millonarios a los parlamentarios del régimen, negociados de amigos y familiares del Presidente de la República, contrabando de empresas cercanas al gobierno y extorsión a empresas privadas para aumentar la caja electoral del partido de gobierno.

Finalmente el proceso sacude a los aparatos encargados de asegurar el actual estado de cosas: las Fuerzas Armadas. El ejército, la aviación, carabineros y la marina son conmovidos por los procesos políticos; entre los militares irrumpen las ideas y opiniones políticas. De general a recluta se polarizan las fuerzas en bandos distintos; aparecen golpistas financiados por la CIA, partidarios del autogolpe freista y fuerzas racionalistas confusas y de todo pelaje, donde se entremezclan los de derecha y los de izquierda. La baja oficialidad y sobre todo la suboficialidad opina y se moviliza por sus intereses, como también discute y “delibera” sobre problemas políticos y nacionales. La serie de acontecimientos que se sucedieron (“presión” militar en 1967, el “Tacnazo” y sus consecuencias, los intentos frustrados de la CIA y de los “nacionalistas” en 1969 y la opereta de Gamboa en 1970) dejaron un importante saldo político. Por un lado la sombra de un golpe militar reaccionario se hizo tangible como posible salida política para la derecha, y por el otro la efervescencia política de la baja oficialidad, suboficialidad y tropa se tornó en proceso irreversible. Consciente de ello la Comandancia en Jefe de las Fuerzas Armadas ha comenzado la represión interna, y así en los últimos días de abril dio de baja a dos oficiales y catorce suboficiales del ejército por sus ideas de izquierda.

Todo lo anterior es lo que sin todavía aproximarse a lo que constituye un “derrumbe” de la institucionalidad, configura un cuadro de serias fisuras en la superestructura capitalista, que permite afirmar que Chile vive la crisis institucional más grave desde la década de 1930.

IV. Los partidos políticos y el desarrollo de la izquierda revolucionaria

Los partidos políticos no han quedado tampoco al margen del proceso. Se ha producido entre ellos todo un reordenamiento de acuerdo a las condiciones que impone un proceso progresivo de enfrentamiento entre los muchos y los pocos.

Como es natural frente a un proceso de polarización social, las clases medias urbanas acomodadas, atemorizadas frente a las movilizaciones de masas, corren a cobijarse bajo el alero supuestamente protector de los partidos y caudillos de derecha. Es así como se ha fortalecido la derecha alessandrista:

Sujetos a las mismas presiones sociales se han dividido los partidos políticos centristas y policlasistas. Así se han quebrado la Democracia Cristiana y el Partido Radical en sus tendencias de derecha e izquierda. Han crecido y se han conmovido a su vez las izquierdas tradicionales, los reformistas han recibido el refuerzo de los centristas que se inclinaron a la izquierda. En el

Partido Socialista y en el MAPU por un lado se afirmaron sus tendencias más moderadas ante la perspectiva electoral, y por el otro sus juventudes y sectores más radicalizados asumieron lineamientos revolucionarios de lucha: sus sectores campesinos, pobladores y estudiantiles se lanzaron a empujar el proceso social que les rodea.

El Movimiento de Izquierda Revolucionaria se decantó y junto a otras organizaciones revolucionarias abandonó la institucionalidad, superó su etapa puramente agitativa y verbalista y rompió el equilibrio político al desafiar abiertamente los aparatos represivos. Comenzó a realizar acciones revolucionarias armadas, expropiando el dinero robado al trabajo ajeno por los bancos; desarrolló niveles organizativos clandestinos y comenzó a fortalecerse militarmente.

El MIR se desarrolla y fortalece como consecuencia del avance de las movilizaciones de masas. Así ganó, primero, niveles de simpatía popular y sus acciones alcanzaron progresivamente una mayor aceptación entre los trabajadores en la medida en que vinculó sus acciones a los intereses de éstos. Crece rápidamente entre estudiantes y pobladores y también desde hace algún tiempo, entre los mineros, campesinos, mapuches, obreros industriales.

Por medio de nuestras acciones comenzamos a ofrecer caminos revolucionarios, primero a los cuadros de la izquierda y luego a las masas. Hemos hecho todo lo posible por empujar movilizaciones en los frentes estudiantil, de pobladores y campesinos; también hemos tenido participación en muchas movilizaciones obreras. Todavía le queda a la izquierda revolucionaria un enorme trecho que recorrer. Recién está dando sus primeros pasos. Debe superar muchas debilidades ligándose cada vez más a los frentes de masas; pero es evidente que el desarrollo de la izquierda revolucionaria marca una nueva etapa en las luchas políticas y revolucionarias de Chile.

V. La “conquista” del poder por las elecciones

La serie de fenómenos sociales y políticos que antes resumidamente, enunciamos pueden enmarcarse en lo que llamamos un proceso de agudización de la lucha de clases.

En el curso de este proceso se han ido estrechando los marcos de la institucionalidad, tanto para las clases dominantes como para los obreros y campesinos, ambos vislumbran y buscan posibles salidas que rompan con la legalidad. Los trabajadores, a partir de sus experiencias, han extraído enseñanzas, se ha producido entre ellos una izquierdización masiva en su pensamiento político, ya conocen sus derechos, identifican a sus enemigos, son en general antimperialistas y tienden a buscar el socialismo como meta final. Han madurado en relación a sus aspiraciones políticas, pues ahora buscan la conquista del poder como objetivo. Se han frustrado relativamente en los caminos legales a través de las luchas por sus reivindicaciones, superando muchas veces las direcciones reformistas y burocráticas del movimiento obrero. En ocasiones han perdido fe en las soluciones electorales como fórmula mítica que resuelva sus problemas, no desarrollándose este fenómeno por la vía del rechazo categórico sino por el uso

repetido e infructuoso del camino electoral, lo que en general no les impedirá votar en septiembre.

Inmerso en este contexto es donde se desarrollará el proceso electoral y a partir de él se desprenderá el rol y la importancia que las elecciones presidenciales tomarán. De aquí también nosotros deducimos nuestra actitud frente a las elecciones. Pero antes de ello debemos estudiarlas como camino para la conquista del poder desde el punto de vista histórico y teórico.

Sabemos que toda la superestructura jurídica del sistema fue construida por las clases dominantes según sus necesidades. Las leyes, los códigos, los derechos establecidos, la ley electoral, sus tribunales, etc., todo fue levantado por los dueños de los fundos y las fábricas para defender sus riquezas y sus privilegios. Los procesos electorales no son sino un mecanismo de autoconservación de la clase dominante, un método más refinado y sutil que la bruta coerción. Se realiza cada cierto tiempo con el solo fin de dar a las masas la ilusión de que son ellas quienes eligen a sus gobernantes, cuando en realidad sólo se produce una renovación formal entre los encargados de asegurar la explotación y represión de los trabajadores.

Si por alguna circunstancia, extremadamente difícil, la burguesía viera peligrar sus posibilidades de mantenerse en el poder, no vacilaría en romper las normas impuestas por ella, y con violencia desatada combatiría a quien la amenace. Veinte siglos de historia enseñan con qué decisión y brutalidad las clases dominantes defienden sus intereses. La historia reciente muestra con qué sanguinaria fuerza se defienden de la conquista del poder por los pueblos: golpes militares, represiones sangrientas, guerra civil, intervenciones extranjeras directas, genocidios, etc., son sus métodos.

Los poseedores de la riqueza y del poder harán enormemente difícil un triunfo electoral popular. Montarán campañas de propaganda millonarias, levantarán el fantasma del "terror", utilizarán las creencias religiosas, controlarán la mayoría de los medios de comunicación de masas, utilizarán los recursos del aparato estatal, recibirán ayuda norteamericana, instrumentalizarán instituciones de caridad extranjeras y nacionales, etc. Por último, si ven que con dos candidaturas que representen sus intereses (Alessandri y Tomic), pueden ser derrotados, no dudarán en retirar uno de ellos o al menos volcarán la votación de uno sobre el otro.

Si aun así se llegara a evidenciar la posibilidad de un triunfo electoral popular, las clases dominantes chilenas y extranjeras se decidirán por el golpe militar de derecha, cualquiera sea su costo. El golpe militar en Chile desde hace tiempo ya no es un mito ni un fantasma irreal. No es un arma que la derecha y los yanquis rechacen. La CIA desde hace tiempo se organiza y prepara en el seno de las Fuerzas Armadas; eso es de público conocimiento y el año pasado, incluso, se produjo un intento frustrado de esos agentes.

VI. Las elecciones como experiencia para las masas

Para analizar la experiencia que significa para las masas un proceso electoral, tendremos que partir de lo elemental: las elecciones son por definición un

proceso que busca la derrota del enemigo, y desde allí la conquista del poder a través de la acumulación de una mayor cantidad de votos. Eso lleva natural y espontáneamente a que la organización para este tipo de lucha sea de tipo puramente electoral. La actividad consiste exclusivamente en la agitación y la propaganda, en el convencimiento de otros para hacerlos votar por el “candidato popular” y en movilizar detrás de la inscripción electoral al mayor número de personas. Con el fin de “ser más” desde el punto de vista numérico, se busca integrar a sectores medios; vacilantes, mezclándolos con obreros y pobladores en el mismo plano político y orgánico y las más de las veces en los niveles directivos. Todo se desarrolla dentro de un absoluto respeto a la ley burguesa y se enseña a los trabajadores a confiar en el acto electoral como mecanismo que les resolverá sus apremiantes problemas, llegando así a paralizar muchas veces sus movilizaciones.

Esa fue la experiencia de 1964. Se llamó a “burgueses progresistas”, se buscó moderar toda expresión política, se luchó por obtener el apoyo de algunos sectores de la burguesía, se prohibió hablar de Cuba, no se planteó una reforma urbana y se organizó y preparó a las masas exclusivamente para lo electoral. El resultado fue desolador, los obreros y campesinos confusos al no ver representados sus intereses con nitidez en la “candidatura popular”, sino a damas encopetadas y a caballeros “progresistas”, no le dieron el triunfo. Más aún, los allendistas de entonces, casi un millón de personas, fueron entrenados sólo para festejar un triunfo electoral y así, cuando sobrevino la derrota, desconcertados y desarmados, retrocedieron. Se produjo un repliegue relativo por todo un período en las luchas de masas. La Democracia Cristiana logró luego consecutivos triunfos electorales y gremiales, que sólo dos años después, y por la fuerza de la crisis fueron frenados.

La conquista del poder por obreros y campesinos exige fórmulas orgánicas y políticas distintas a las anteriores. En primer lugar exige organización de clase, esto es, que se organicen los explotados para combatir a quienes les roban el producto de su trabajo. Si sectores medios quieren plegarse a su movilización, lo deben hacer en otros niveles orgánicos y subordinados a los primeros. Exige conciencia política por objetivos nítidos, un programa definido que establezca como línea básica la defensa de los intereses de obreros y campesinos y explícitamente, como consecuencia, la decisión de destruir el capitalismo (no sólo algunos de sus sectores) y expulsar al imperialismo. Exige necesariamente una progresiva y creciente movilización de masas, a través de luchas directas y frontales por la defensa de sus intereses, sin detenerse por ilusiones de ningún tipo y utilizando métodos que enseñen a los trabajadores a romper los marcos legales que les imponen el dominio y la riqueza de unos pocos. Necesariamente debe haber una preparación para enfrentar los aparatos armados del sistema, la que no puede ser otra que la preparación premilitar y militar de sectores de trabajadores.

Estos niveles orgánicos y políticos no fluyen espontáneamente de un proceso electoral, al menos no lo han hecho en las dos últimas campañas presidenciales, pero en un período de agudización de lucha de clases como el que hoy atravesamos, más que nunca son modelos orgánicos y políticos posibles y necesarios de alcanzar.

Si quienes encabezan la campaña popular, o al menos participan en ella, cometieran el grave error de orientarla sólo en un sentido puramente electoral, si les enseñaran a obreros y campesinos a esperar todo del acto electoral y si no los preparan ideológica y orgánicamente para la conquista del poder, estarían creando falsas ilusiones, estarían desarmando a los trabajadores y estarían —por último— frenando el proceso de ascenso de la movilización social que debería, necesariamente, terminar en una verdadera conquista del poder.

VII. El MIR y las elecciones presidenciales

Hace ya casi un año que nuestra Organización se desarrolla en la ilegalidad. Nuestros dirigentes y muchos militantes son perseguidos y si son detenidos se les tortura y encarcela. Varios de nuestros compañeros llevan meses en las celdas de la cárcel y la penitencinaria. Muchos más han sido torturados y flagelados, detenidos arbitrariamente e incomunicados, allanados sus domicilios, etc. No nos quejamos, nosotros elegimos este camino, pero la realidad objetiva es que de la legalidad sólo conocemos la persecución, la tortura y la cárcel.

Más aún no creemos en la legalidad construida por los dueños de las fábricas y los fundos, no creemos en las leyes que aseguran la miseria de muchos y la riqueza de unos pocos, no aceptamos la justicia de las torturas y las masacres. Nuestra tarea no es participar de esa legalidad, sino combatirla. Sostenemos que las elecciones no son un camino para la conquista del poder. Desconfiamos que por esa vía vayan a ser gobierno los obreros y campesinos, y se comience la construcción del socialismo. Estamos ciertos de que si ese difícil triunfo electoral popular se alcanza, las clases dominantes no vacilarán en dar un golpe militar. Sostenemos que las enseñanzas que las masas han obtenido de su experiencia en las pasadas campañas presidenciales no han sido las que las arman y preparan para la conquista del poder.

Por todo ello el Movimiento de Izquierda Revolucionaria no desarrollará ninguna actividad electoral.

Como ya hemos dicho, el proceso electoral estará inmerso en un marcado ascenso de la movilización social, pero no creemos que las elecciones vayan a expresar este proceso en toda su magnitud y fuerza potencial.

Hoy las luchas reivindicativas están limitadas por una serie de factores. Por un lado la intransigencia patronal, la inescrupulosidad con que operan los aparatos judiciales, la amenaza de posibles decretos de reanudación de faenas, el acoso policial, etc., deben ser siempre enfrentados en el desarrollo de las luchas reivindicativas. Por otro lado la tramitación burocrática y la conciliación por la que las llevan las direcciones gremiales tradicionales, deben ser necesariamente superadas para obtener éxitos objetivos como resultado de estas movilizaciones. Como hemos afirmado muchas veces, hoy las huelgas son cada vez más largas, las reprimen más y los trabajadores consiguen menos. Lo poco que consiguen es rápidamente absorbido por la inflación que favorece a los empresarios. Esto es lo que ha provocado, en gran medida, la aparición de nuevos métodos de

lucha que, superando los tradicionales, buscan resolver en forma decidida la “impasse” trabajador-empresario.

Estos agudos fenómenos sociales son los que las elecciones presidenciales no podrán expresar, sino formal y parcialmente; lo harán a través de la virulencia de los discursos, de la magnitud de las concentraciones y también en el desarrollo de algunos enfrentamientos entre candidaturas en las calles o en los foros. Las más de las veces la campaña electoral de la izquierda tenderá a frenar o postergar los conflictos, llamando a los trabajadores a esperar que el “Gobierno Popular” los resuelva.

Justamente es a partir de ese mismo fenómeno social desde donde se abren enormes posibilidades para el desarrollo de formas de lucha extrainstitucionales (acción directa). De allí también surge la necesidad de estas formas de lucha que sin excluir otras, rompan el equilibrio empresario-trabajador y las múltiples limitaciones judiciales y policiales que rodean las movilizaciones tradicionales de los obreros. Se trata de ofrecer a la masa un camino que le permita salir del economicismo, del sindicalismo y de la tramitación burocrática; esto en la medida que la acción revolucionaria, se extienda como forma de lucha que se ofrece en general a los sectores ya movilizadas y cuyo contenido va estrechamente vinculado a sus intereses concretos e inmediatos.

Es aquí donde centraremos nuestra actividad, y no en el proceso electoral, buscando crear una alternativa relativa a las elecciones, que si bien no impedirán que enormes contingentes de masas se vuelquen a las urnas, afirmará a los que en el curso de las luchas de los últimos años han madurado políticamente, radicalizará a otros e influenciará positivamente a quienes desarrollen su actividad en el seno de la Unidad Popular. Nuestra tarea fundamental, entonces, será ayudar a empujar el auge que la lucha social evidencia desde hace más de dos años; evitaremos en la medida de nuestras fuerzas que el proceso electoral frene estos fenómenos y repararemos desde ya los modelos políticos, orgánicos y militares que ayudarán a mostrar el camino frente al desenlace de septiembre, cualquiera que sea.

Seguiremos por el camino que ya nos hemos trazado. Hace casi un año que comenzamos a avanzar por el atajo revolucionario de la acción armada. La receptividad que nuestras acciones han tenido entre obreros campesinos y estudiantes ha sido mucho más positiva de la que esperábamos, especialmente después de vincular nuestras acciones a sus intereses de clase. Hemos buscado financiar los aparatos armados que puedan defender a los trabajadores en sus luchas; fortaleceremos nuestros lazos con obreros y campesinos, realizaremos acciones que los beneficien, trataremos de defenderlos de los abusos de sus patrones y de quienes los agreden. En la medida de nuestras fuerzas intentaremos impulsar movilizaciones de los trabajadores del campo y la ciudad por sus intereses, utilizando métodos revolucionarios de lucha.

La acción revolucionaria armada y la movilización combativa de masas será nuestra tarea. La defensa de los que nada tienen y la lucha contra los que les roban, será nuestro camino. Sólo a partir de allí, de esa etapa de acciones directas, podremos mañana junto con los obreros y campesinos construir un ejér-

cito revolucionario, que combatiendo por la conquista del poder desarrolle una guerra revolucionaria en el campo y la ciudad.

VIII. Frente a Tomic y Alessandri

Para nosotros ambos representan a los capitalistas de la ciudad y el campo, a los dueños del poder y la riqueza nacionales y extranjeros. Si bien podríamos distinguir entre quienes les respaldan a un sector burgués, tradicional junto a Alessandri, y a uno más pujante y neoempresarial con Tomic, en última instancia ambos disputan la mejor representación de la burguesía financiera, industrial y agraria y de las compañías norteamericanas como línea política esencial. Las únicas diferencias que podemos observar entre las dos candidaturas son: la identidad de los trabajadores asesinados en nombre de la mantención del “orden”, el período en que empobrecieron a los chilenos y la serie numérica de los dólares con los que aumentaron la dependencia de Chile del capital extranjero.

Alessandri, viejo momio asesino de la José María Caro y de la Plaza Bulnes, es el mismo que por seis años elevó la inflación en beneficio de los empresarios y endeudó al país en cientos de miles de millones de dólares. El fue quien permitió la inmoralidad de los bonos dólares, rompió relaciones con el único país socialista de América latina y promulgó la Ley Mordaza. Hoy, oficiando de líder tradicional de derecha, busca canalizar los temores de las clases medias urbanas ante la agudización de la lucha de clases, prometiendo un “orden social y político”, que sólo podrá intentar conseguir por medio de masacres, torturas y mayor represión.

Tomic; una versión derechista más cínica, modernizada y circense, a través de una enorme demagogia busca obtener apoyo de los sectores sociales supuestamente más atrasados en el plano político y orgánico: las mujeres, los pobladores, los jóvenes y los campesinos. Representa los mismos intereses que Alessandri (o al menos se desespera por conseguir su representación). Este ambicioso “papagayo”, como lo llamara Fidel Castro, es el candidato de los mismos que entregaron el cobre a empresas extranjeras y que empobrecieron a los chilenos en los últimos seis años. Tomic es responsable político tanto del endeudamiento externo y del despilfarro del erario nacional, como de las masacres de El Salvador, Santiago, Puerto Montt, Copiapó y San Miguel. Su continuismo asegura que la persecución política y las torturas y flagelaciones llevadas a cabo en el gobierno de Frei, continuaran y aumentarán.

En suma, ambos representan a aquellos que día a día, en los fundos y fábricas, se enriquecen a costa del trabajo de los que empobrecen. Son los que han entregado Chile al capital extranjero y los que se han manchado con sangre obrera en los campos, minas y ciudades. Son los enemigos de obreros, campesinos y pobladores y, por lo tanto, nuestros enemigos. No lo son sólo desde un punto de vista puramente coyuntural y electoral, sino enemigos de clase, aquellos sólo cuya destrucción como clase dominante asegura la emancipación de los trabajadores. Todos nuestros esfuerzos irán dirigidos a destruirlos como clase, a lesionar sus intereses, a arrebatarles lo que han robado al pueblo durante décadas.

Nuestra tarea será denunciar a quienes representan esos intereses, sus crímenes del pasado y del presente, cómo han hecho de Chile el traspatio colonial norteamericano y cómo sus representantes se han enriquecido a costa del empobrecimiento de la mayoría de los chilenos. Levantamos el derecho a la contramanifestación callejera, el derecho del pueblo a expresar virilmente su rechazo concreto a la presencia política de asesinos y ladrones. Ejerceremos el derecho de destruir su propaganda millonaria, destruir la provocación inicua que significa una propaganda que diariamente pega afiches y contrata avisos de valor superior a lo que todas las familias obreras gastan en comer diariamente. Golpearemos en sus secretarías, locales donde se planea y consume el engaño y la estafa del pueblo, etc.

Más aún, allí donde surjan grupos armados de derecha: Fidencia, Guardias Blancas, Boinas Rojas o grupos Graco, que se propongan agredir a obreros, campesinos y pobladores que están en la Unidad Popular, que sepan que el MIR considerará su deber salirles al paso con sus nacientes aparatos armados, enfrentarlos y aplastarlos implacablemente.

IX. El MIR y la Unidad Popular

Los que allí están buscan la conquista del poder por la vía electoral. Creemos que ese es un camino equivocado, por lo menos no es el nuestro. Pero el hecho de diferir en los métodos no los convierte en nuestros enemigos. Sólo hace evidente que marchamos por caminos distintos. Sólo la derecha y los que quieren seguir su juego, buscan provocar enfrentamientos entre la Unidad Popular y el MIR.

Partimos de la base que la derecha tratará de sacarle partido a nuestra posición de no desarrollar actividad electoral, tratando de crear un abismo entre nosotros y los trabajadores que siguen a la Unidad Popular. Debe saberse que todo lo que no haremos en actividad electoral lo haremos en atacar directamente a la derecha, en golpear y destruir los intereses de los que están detrás de Tomic y Alessandri.

En la Unidad Popular vemos distintos sectores. Por un lado está la gran mayoría de los obreros, campesinos, pobladores y empleados que buscan por ese camino el socialismo, y por el otro los cuadros y militantes de la izquierda tradicional que aún creen que conquistarán un gobierno de obreros y campesinos por esa vía. Creemos que están equivocados, diferimos de los métodos que utilizan y estamos seguros de que pronto recapacitarán de su error.

Creemos que lo importante en el caso de esos sectores, no es el hecho de votar o no, sino de comprender que un triunfo electoral popular no acarreará de inmediato un gobierno de obreros y campesinos y el socialismo. La tarea de ellos es educar políticamente a las masas en el seno de los comités de Unidad Popular; enseñarles sus derechos, mostrarles sus enemigos, entregarles formas de organización y de lucha. Evidentemente la mejor escuela para las masas, la que les enseña a confiar en sus propias fuerzas y las radicaliza, es la movilización combativa, es la lucha directa por sus intereses con métodos no tradicio-

nales. No detener las movilizaciones reivindicativas en aras de un hipotético triunfo electoral, empujar e impulsar las movilizaciones sociales por todos los medios, ésa es la tarea. Es la única forma que a los obreros y campesinos, hoy o mañana, les permitirá madurar y luchar por el socialismo.

Será fundamental comprender que un triunfo electoral popular no entregará el poder a los trabajadores, sino que a lo más provocará una “impasse” entre las clases dominantes, nacionales y extranjeras y los trabajadores. Esta “impasse” sólo podrá ser resuelta por un enfrentamiento armado. Los enfrentamientos armados por el poder entre clases sociales, esto es, las revoluciones no se improvisan, y menos aún se pueden realizar con las masas adormecidas en la ilusión de un fácil triunfo electoral. Es necesario concientizar al pueblo, organizarlo y prepararlo política y militarmente desde ya para ese enfrentamiento; a las balas no se las detiene colocándole como escudo la “serenidad de la clase trabajadora”; la técnica militar no se adquiere de la noche a la mañana.

El MIR, lo reafirmamos, no realizará actividad electoral, pero donde sea necesario y le sea posible intentará ayudar en la medida de sus fuerzas a suplir esa necesidad y colocará al servicio de estos objetivos los conocimientos que ha adquirido.

En la Unidad Popular también se encuentran sectores reformistas de izquierda. De ellos nos separan mayores diferencias que van desde aspectos programáticos, como el carácter de la revolución, hasta cuestiones de orden táctico y estratégico. Ellos van por camino distinto al nuestro y nunca han visto con simpatía nuestro desarrollo. Pero por encima de todo, nada los convierte en nuestros enemigos. Más aún, si ellos no le hacen el juego a la derecha y no nos agređen, no nos injurian, nada ocurrirá más allá de las naturales tensiones que se originan entre organizaciones que tienen distinta táctica y estrategia y que se reservan el derecho a discrepar en cada frente de masas o en momento político adecuado. En caso contrario nos veremos obligados a defendernos, con la conciencia de que todo ello desgraciadamente será aprovechado por nuestros enemigos de clase.

Frente a la izquierda tradicional el MIR no olvida que muchos de sus cuadros no han vacilado en expresar su solidaridad con los compañeros torturados o presos; que incluso muchos nos han ayudado en el desarrollo de nuestras tareas. Otros, sin dejar de diferir de nuestro camino, no se han sumado al coro de los que nos persiguen y torturan y sosteniendo sus diferencias no han caído en la agresión verbal y política que azuzan el gobierno y la prensa de derecha.

Por último, en la Unidad Popular existen fuerzas con las que difícilmente podemos coincidir: los radicales. No creemos en alianzas con ellos, no podemos olvidar su pasado político, ni que muchos de sus miembros son representantes de sectores sociales altos. Sabemos que en el PR se ha producido un proceso de radicalización e izquierdización, que han expulsado a muchos reaccionarios de sus filas, pero sabemos también que todavía permanecen en el Partido Radical algunos de los colaboradores de González Videla y de Alessandri. Estos sectores, más otras fuerzas políticas de dudosa calidad política, han sido los que en la Unidad Popular han moderado aspectos del programa y que

hoy frenan el desarrollo de una campaña combativa con llamados a la legalidad y la “no violencia”.

Si bien el programa de la Unidad Popular representa postulados de izquierda en sus definiciones fundamentales, abunda en imprecisiones y ambigüedades. Llama a la formación de un “Estado Popular y Democrático” y no a un gobierno revolucionario de obreros y campesinos. Asegura la supervivencia de sectores de industria privada durante el futuro gobierno popular sin definir su magnitud y peso económico y se cuenta como fuerzas aliadas a empresarios “medianos”, sector social que no se entra a definir. No se precisan los mecanismos de movilización, acceso y defensa del poder por las masas, sino en términos puramente formales y generales. Estas y otras limitaciones no alcanzan, en todo caso, a invalidar la tendencia esencialmente reformista de izquierda del programa.

Si el resultado electoral llevara a un triunfo de la Unidad Popular, lo que creemos enormemente difícil, partimos de la base que un golpe militar reaccionario tratará de impedir acceso popular al poder. En ese caso no vacilaremos en colocar nuestros nacientes aparatos armados, nuestros cuadros y todo cuanto tenemos, al servicio de la defensa de lo conquistado por los obreros y campesinos.

Cualquiera que sea el desenlace electoral, estamos ciertos de que no se detendrá el avance de la revolución ni se hipotecará la necesidad de una estrategia revolucionaria, sino que al contrario, se abrirá un nuevo período que con renovado vigor nos llevará hacia la revolución socialista en Chile.

Secretariado Nacional del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. MIR

Abril-mayo de 1970.

MIR: Documento Interno sobre las elecciones presidenciales (julio-agosto 1970)

I. Significado proletario de las elecciones del 4 de septiembre

Conviene iniciar nuestro análisis, aclarando el significado que la clase obrera y el campesinado chileno otorgan a las elecciones del 4 de septiembre. En ese sentido, puede afirmarse que las elecciones aparecen como un momento táctico político de la estrategia proletaria; un encuentro destinado a medir fuerzas con el enemigo de clase, demostrando el grado de unidad alcanzado por la clase obrera y su capacidad de acaudillamiento de otros sectores sociales.

¿En qué condiciones se produce este encuentro? En las condiciones impuestas por la dominación burguesa; es decir, es un encuentro a dirimirse en el marco elegido por el régimen; en la fecha y con los procedimientos establecidos por la burguesía. De esta manera, ni el 4 de septiembre es una fecha proletaria, ni las elecciones el procedimiento elegido por del proletariado para establecer quién debe estar en el poder.

Definido de esta manera el marco del encuentro, se hace evidente que la medición de fuerzas implicada el 4 de septiembre será una medición de fuerzas en las condiciones impuestas por la burguesía, en un terreno no elegido por el proletariado.

Sin embargo, ante lo ineludible del encuentro, una fracción importante del proletariado y el campesinado chileno (aquella que cumple con los requisitos legales) se hará presente bajo la conducción de la Unidad Popular.

Esta presencia adquiere características particulares en la actual coyuntura electoral. En efecto, la burguesía no ha podido sellar su unidad política en el período preelectoral; no ha logrado imponer las condiciones del enfrentamiento –proceso electoral– pero no pudo unificar sus fuerzas tácticamente y se presenta políticamente dividida en las candidaturas de Tomic y Alessandri.

Esta división de la derecha es la que aparece sobrevalorando la capacidad de triunfo de la Unidad Popular, en la medida que alienta la posibilidad de una paridad electoral. Sin embargo, no se nos debe escapar que las condiciones impuestas para el enfrentamiento debilitan la capacidad real de combate de las clases populares. De esta manera, habiendo impuesto las condiciones del enfrentamiento –elecciones– la burguesía se permite presentar dividida en tanto cuenta con el reaseguro parlamentario para dirimir sus conflictos e intentar establecer las bases del futuro policlasismo dominante.

Es cierto que la movilización retaceada implicada en el proceso electoral y su presencia numérica en las urnas, creará en las masas la virtualidad de su

fuerza, desarrollando la conciencia de su peso social; sin embargo, su sujeción a las condiciones de la Unidad Popular se constituye en una traba para el desarrollo y expresión eficaz de esa conciencia. De aquí, que se haga necesario ir estableciendo las premisas políticas para el desplazamiento de dichas direcciones de la conducción de las masas.

En ese sentido, es evidente para nosotros que la convocatoria de la Unidad Popular no ha sido la convocatoria exclusiva que permeó la conciencia de las masas en el último período. Nuestro movimiento incidió en dicha conciencia convocando y organizando acciones directas de masas como el instrumento más eficaz para el logro de sus intereses.

No cabe dudas acerca de que ha sido esta convocatoria y sus éxitos tácticos la que más contribuye a la actual movilización de masas y su unidad proletaria; una movilización y una unidad que sobrepasa los límites tradicionales impuestos por las conducciones de la Unidad Popular. De esta manera, nuestro partido no puede considerarse al margen del actual proceso de ascenso de las luchas populares, dado que una porción importante se explica por nuestra convocatoria y por nuestra acción práctica.

Enfrentados ideológica y prácticamente al pactismo electoral, hemos propiciado la acción directa de masas como el mejor instrumento de lucha de las masas populares, sin embargo, hemos sido conscientes de la inevitabilidad del encuentro electoral y de la disposición de las masas de ofrecer el combate en el terreno desigual que le impuso la burguesía.

De lo que se trata es de no abandonar a dichas masas en el momento mismo en que quedarán abandonadas por sus direcciones de la Unidad Popular. En efecto, es previsible que frente al triunfo o derrota de Allende, la política se traslade entre el 4 de septiembre y el 4 de noviembre a la esfera parlamentaria. De esta manera, el Parlamento se convertirá en el marco institucional del pactismo político que desarrollarán las distintas fuerzas políticas comprometidas en el acto electoral. Será una negociación desarrollada al margen de las masas que con su voto sentaron las premisas de la negociación; porque la medición de fuerzas implicada en el acto electoral no será otra cosa que el recuento computable en la negociación política.

De esta manera, frente al eventual triunfo de Allende, el Partido Comunista desarrollará toda su capacidad de negociación para permitir un acceso mediatizado al gobierno; en tanto que el triunfo de Alessandri o Tomic implicará, sin lugar a dudas, la transacción con las fuerzas de la Unidad Popular para establecer las formas del policlasismo dominante. Esto es así porque cualquiera sea el candidato triunfante, exige el acuerdo o la neutralización del proletariado para ejercer el gobierno. Ninguno de los candidatos puede afirmarse por sí mismo y las fuerzas encuadradas en la Unidad Popular, se convierten en decisivas para estructurar las alianzas políticas que permitan gobernar a una u otra de las fuerzas implicadas en las elecciones. En síntesis, ni Tomic ni Alessandri podrán gobernar sin quebrar al otro o bien contando con el apoyo o la neutralización de las fuerzas de la Unidad Popular. A su vez la Unidad Popular sólo podrá acceder al gobierno si logra un término de alianza con fuerzas ajenas a la propia Unidad Popular. Todo esto se logra en tanto y en cuanto las clases

populares estén ausentes de la negociación parlamentaria. De aquí que se convierta en central desde el punto de vista de la política revolucionaria intentar quebrar todo atisbo de pactismo parlamentario, imponiendo la presencia de las masas en la política nacional.

II. Movilización de masas, coyuntura electoral y presencia partidaria

Queda claro que la actual movilización de masas no es ajena a la prédica y acción de nuestro partido. No habiéndose sumado a la política electoralista de las conducciones de la Unidad Popular, es evidente que contribuye a la actual movilización de masas. Por otra parte, ha continuado fortaleciendo sus aparatos clandestinos, al tiempo que desarrolló su capacidad de respuesta armada.

Es la visualización estrictamente político-militar de nuestro movimiento la que en este momento lo convierte en objeto de requerimientos de las conducciones más radicalizadas de la Unidad Popular.

Ellas perciben abstractamente que las elecciones del 4 de septiembre se convierten en un hito importante de la política chilena como consecuencia de los enfrentamientos interburgueses y la propia capacidad de convocatoria de la Unidad Popular. Perciben difusamente la posibilidad de un triunfo y se les aparece a su conciencia la necesidad inmediata de la defensa armada del mismo. Enfrentados a esta situación hipotética es que giran sus ojos hacia nuestro partido en la medida que ven en él la única conducción militar eficaz. Frente a tal situación, nuestros cuadros deben intentar acaudillar dichos cuadros radicalizados de la Unidad Popular, indicándoles la necesidad de organizar la movilización de las masas para antes, durante y después del 4 de septiembre.

Nuestro movimiento posee una capacidad de convocatoria que está más allá de sus propias fuerzas cuantitativas; dicha capacidad de convocatoria se expresa en su capacidad de conducción política que debe ponerse a prueba en el período posterior al 4 de septiembre. Las masas no pueden ser abandonadas al pactismo parlamentario; debe intentarse, a través y junto a las conducciones más radicalizadas de la Unidad Popular, quebrar toda posibilidad de pactismo político y esto sólo se logrará en la medida que se vaya organizando la movilización de masas, la acción directa de masas dirigida a evitar la negociación de las elecciones en el Parlamento.

No cabe la menor duda de la dificultad de la tarea, sin embargo, es imperiosa la presencia política de nuestro partido en la convocatoria y organización de dicha convocatoria, ya que ella habrá de expresar el irrenunciable propósito revolucionario de romper el pactismo político.

En ese sentido, debe quedar claro a nuestros militantes el estado con que las masas viven el proceso electoral del 4 de septiembre, no se trata para ellas del "asalto al poder" ya que, enmarcadas en una conciencia burguesa de la institucionalidad aceptan, en principio, el criterio de medición que les impuso la burguesía. De aquí la dificultad con que aparece a los ojos de los militantes la tarea de la movilización de masas.

Sin embargo, la incidencia que sobre ellas han tenido la acción directa de masas y la existencia de un sector radicalizado entre las conducciones de la Unidad Popular, exigen de nuestro partido el mayor esfuerzo para imprimir una correcta conducción de masas en el período que se abre el 4 de septiembre.

Antes que nada, debe preocuparnos la conducción de las direcciones que nos son adictas en el seno de la Unidad Popular, ya que ellas cuentan frente a las masas con una porción de legitimidad que nuestro partido no puede desaprovechar; por otra parte, son esas mismas conducciones las que han girado sus ojos hacia nuestro partido esperando directivas y sugerencias políticas.

El énfasis que nuestro partido pone en la conducción de masas en el proceso poselectoral, no significa de ninguna manera una modificación de su línea política fundamental. Por el contrario, habiendo afianzado su estructura clandestina y fortaleciendo su capacidad de respuesta armada, la conducción de las acciones directas de masas reforzó su capacidad de convocatoria política. En ese sentido, debe quedar claro en los militantes que dicha capacidad de convocatoria política excede los límites estrechos de la organización; no se trata de la capacidad estrictamente organizativa del partido, sino la amplificación de su influencia política como consecuencia de sus éxitos tácticos (expropiaciones, tomas de terreno, tomas de fábrica).

Por lo tanto, se trata de acentuar nuestra influencia política mediante la presencia partidaria en un momento político en que, previsiblemente, las masas serán abandonadas por sus conducciones actuales entregadas al juego parlamentario. Nuestro partido debe denunciar todo pactismo parlamentario establecido al margen de las masas, intentando organizar la movilización de dichas masas para quebrar u obstaculizar dicho pactismo.

En ese marco, nuestra decisión táctica no es independiente de la estrategia político-militar del partido, encaja en el proceso constitutivo de las premisas políticas que afianzan nuestra conducción de masas, conducción necesaria en el desarrollo progresivo de la estrategia. Ninguna de las acciones en que las masas se hagan presente, deben notar la ausencia de nuestro partido. El partido debe estar presente en todas, aún en aquellas como la que analizamos en que las masas van a un encuentro impuesto por la burguesía. Nuestro papel es el de alertarlas y guiarlas a través de objetivos y medios correctos.

Por eso, reiteramos, nuestro partido debe hacerse presente en los acontecimientos políticos del 4 de septiembre, reforzando la capacidad de acaudillamiento de las conducciones que nos son adictas y orientando a través de ellas y directamente en los lugares que controlamos la acción de las masas en contra del pactismo.

No se trata, que quede precisado, de acciones putschistas; por el contrario, nuestro partido debe ir organizando dicha movilización por pasos; comenzando por los más simples (convocatoria de los comités de Unidad Popular que se controlen indirectamente, convocatoria de los sectores que se controlen directamente) y de menor costo social. Es en la misma acción de convocatoria que se irá midiendo la decisión del resto de las conducciones y de las masas para la movilización; de esta manera, nuestros cuadros deben moverse en una situación experimental en la que irán probando las reacciones que van provocando su presencia.

Este es el criterio de medición para ir pasando paulatinamente a acciones de mayor envergadura; éstas sólo se realizarán con la seguridad que en su desarrollo no se ponen en peligro las estructuras del partido.

En síntesis, el desarrollo de la estrategia político-militar del partido requiere el afianzamiento de nuestra presencia y conducción de masas; el período que se abre después del 4 de septiembre (pero que se tiene que abonar antes y durante el 4) nos ofrece una situación en la que previsiblemente las masas serán abandonadas por sus conducciones en favor del pactismo parlamentario. Evitar u obstaculizar dicho pactismo mediante la movilización y acción directa de las masas es una tarea política irrenunciable de nuestro partido. A ello debe ir dirigida nuestra acción política en el período que se abre.

www.cepchile.cl

Partido Comunista Revolucionario: Una línea pequeño-burguesa y una línea proletaria en la revolución chilena

(Santiago, 1967)

Introducción

Toda la historia del movimiento obrero internacional está jalonada por los intentos de distintas capas burguesas de colocar al proletariado bajo su dirección política. El fruto de estos intentos se refleja en desviaciones ya sea de derecha o “izquierda”, que tratan de ser impuestas al movimiento proletario.

Nuestro partido, desde su nacimiento, ha librado una implacable lucha contra las desviaciones derechistas —o revisionismo contemporáneo— introducidas por los agentes de la burguesía enquistados en las organizaciones obreras chilenas. Sin embargo, la lucha contra dichas desviaciones derechistas, trae inevitablemente aparejado el surgimiento de tendencias “izquierdistas”, las que encuentran en el seno de la pequeña burguesía un caldo de cultivo muy favorable para su desarrollo. Dada la condición de sector intermedio de dicha capa social, aprisionada entre las tenazas de la burguesía monopolista y el imperialismo por un lado y el proletariado por otro, pretende resolver sus contradicciones con quienes la explotan y oprimen movilizándolo al proletariado y a otros sectores explotados, tras su ideología y en la defensa de sus intereses de clase. Expresión concreta de estos intentos de la pequeña burguesía, los encontramos en Chile en el grupo estudiantil trotskista MIR.

El MIR, consecuente con los intereses de clase que representa, ha pretendido trazar una “estrategia” para la revolución chilena, a través de una serie de formulaciones vagas, dispersas, incoherentes y, a menudo, contradictorias. Desde su creación, el MIR se ha dedicado en forma preferente a atacar a nuestro partido, con seguridad porque ve en él, al más decidido defensor de los intereses de la clase obrera y al más firme bastión contra sus intentos de introducir el cáncer del oportunismo pequeño-burgués en el seno del proletariado. Hemos esperado pacientemente, conocer un cierto número de sus publicaciones a fin de enterarnos en forma más concretas de sus “teorizaciones”, y poder referirnos a ellas y a los ataques en contra nuestra con fundamento. Debemos confesar honestamente que, no nos interesa dilapidar nuestros esfuerzos, enfrascándonos en una estéril polémica con el MIR, por la ninguna significación que este grupo tiene entre la clase obrera. Una actividad de este tipo, sólo alegraría a los pequeño-burgueses que hacen la revolución detrás de los escritorios y delirán vaciando sus “ímpetus revolucionarios”, entre las teclas de la máquina de escribir. El presente folleto, si bien está dirigido a refutar al MIR, como la ma-

nifestación más clara de las desviaciones “izquierdistas” pequeño-burguesas en nuestro país, tiene como objetivo fundamental educar en general a nuestra militancia en contra de dichas desviaciones.

Nuestro partido, fiel al proletariado, cuyos intereses representa, deberá enfrentar permanentemente a los enemigos de clase en todos los terrenos y tiene que encontrarse preparado para ello. Descuidar el trabajo ideológico es un error fundamental, significa renunciar a la ideología proletaria y abrir las puertas a la de las clases enemigas. Muy poca significación política podrá tener el MIR, pero la pequeña burguesía sí tiene importancia en la vida del país y, si el proletariado espera ganarla como aliado, debe colocarla bajo su dirección ideológica y política, luchando, al mismo tiempo, contra los intentos de ella por hacer lo mismo con la clase obrera.

Las etapas de la Revolución

Trotskismo: desviación pequeño-burguesa

La clase obrera sufre la explotación más despiadada en carne propia y, por lo mismo, vive y protagoniza las revoluciones de nuestra época. Por ello no aceptará jamás el dejarse orientar por las fantasías de los pequeño-burgueses e intelectualoides, es decir, por quienes se contentan con “quemar” las etapas revolucionarias en el papel y a través de su charlatanería. Ésta es la razón porque los trotskistas, hace más de medio siglo, eran, como los calificara Lenin, “media docena de grupos... que en dos años no han demostrado en nada su vínculo con el movimiento obrero de masas” y hoy en día, siguen siendo exactamente lo mismo, sin contar a su haber la conducción de absolutamente ningún movimiento revolucionario.

Incluso el revisionismo, el economismo reformista de derecha, cuenta —y por ello es un enemigo infinitamente más peligroso— con apoyo de masas, en tanto recoge con criterio más realista el movimiento reivindicativo espontáneo de las masas engendrado por la explotación, con el propósito reaccionario, claro está, de mantenerlas atadas a ese nivel de la lucha e impedir que éstas se movilicen por la toma del poder.

El trotskismo es, por lo tanto, una teoría de pequeño-burgueses y para pequeño-burgueses y no tendría mayor interés para un partido proletario como el nuestro el volver a refutar lo que ya la propia historia echó al tarro de basura, si no fuera porque el inevitable contacto del partido con la pequeña burguesía, el ingreso de militantes de esta clase social a nuestras filas y la existencia de cuadros nuevos que ignoran la ya antigua polémica contra el trotskismo, no contribuyera a reproducir cada cierto tiempo en algunos sectores del partido estas pequeñas epidemias de fantasías “revolucionarias”.

Mientras el revisionismo como desviación de derecha elude en forma permanente el objetivo final de la lucha: la toma del poder y la revolución y se queda estancado eternamente en el camino; el trotskismo y las otras desviaciones de “izquierda”, se caracterizan por negar y desconocer por completo las

etapas que es preciso superar para llegar a ese fin mencionado. Esto se traduce en que niegan la necesidad de dividir a los numerosos enemigos del proletariado para derrotarlos por partes, comenzando por los más poderosos y oponiéndoles en un frente único todas las fuerzas que puedan ser unidas —bajo la dirección del proletariado— en su contra. Razonando con la lógica de las películas norteamericanas, en que el “jovencito bueno” derrota en poco más de una hora a todos sus enemigos, los trotskistas, quieren impulsar al proletariado a combatir aislado contra todos los explotadores de una vez.

Este concepto, sin embargo, va contra uno de los más esenciales principios del marxismo: “Obtener la victoria sobre un adversario más poderoso —escribe Lenin— únicamente es posible poniendo en tensión todas las fuerzas y utilizando obligatoriamente, con solicitud, minuciosa prudencia y habilidad, la menor “grieta” entre los enemigos, toda contradicción de intereses entre la burguesía de distintos países, entre los diferentes grupos o categorías burguesas en el interior de cada país; hay que aprovechar igualmente —agrega— las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, inestable, poco seguro, condicional. El que no comprende esto —concluye— no comprende ni una palabra de marxismo ni de socialismo científico contemporáneo en general”.

Una manifestación palpable de estas tendencias pequeño-burguesas se expresan en nuestro país en los planteamientos del grupo estudiantil trotskista llamado MIR. Para esta organización que, a juzgar por la ligereza de sus afirmaciones, no piensa verse jamás enfrentada a la necesidad real de dirigir a nuestro pueblo en su lucha revolucionaria, el imperativo de aislar a los enemigos más poderosos de la clase obrera, de aprovechar la “menor grieta entre los enemigos”, así como “las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante, etc.”, es decir, estas enseñanzas básicas del marxismo, son pura “paja molida”, revisionismo y oportunismo. Se llenan de satisfacción con su “heroísmo” y con el eco altisonante de su palabrería “ultrarevolucionaria”. Sin el premio de liberarse en serio de una explotación que sólo sufren levemente y con un sentido del honor propio de los caballeros feudales, que cargaban en forma rectilínea y a ojos cerrados, consideran indigno que los obreros busquen alianzas transitorias y se propongan derrotar a sus poderosos enemigos por partes, es decir, por etapas.

Los “argumentos” del MIR

Es necesario, sin embargo, examinar en forma más concreta algunos de los argumentos de estos “maestros” que dictan cátedra al proletariado, detrás de sus escritorios, acerca de cómo hacer la revolución. Polemizando con nuestra organización, escriben en el N° 2 de su revista “Estrategia” que: “El concepto de revolución ininterrumpida o permanente* (Marx) excluye dialécticamente (?)

* Los ideólogos del MIR, como todos los representantes de la secta trotskista, no sólo tergiversan el concepto de revolución “ininterrumpida”, del que habla Lenin, tratando de contraponerlo al concepto también leninista de etapas revolucionarias, sino que,

la teoría de este Gobierno transitorio policlasista y las inevitables etapas o estaciones de tránsito para la revolución”. La verdad es que, pese a que mencionan la “dialéctica”, la frase anterior demuestra la más absoluta ignorancia de parte de quienes escribieron el artículo, respecto a las más elementales leyes de la dialéctica. Por el contrario de lo que afirman, es, precisamente, el carácter dialéctico y contradictorio de los procesos históricos (y de cualquier proceso) lo que determina que la continuidad deba realizarse a través de su opuesto: la discontinuidad; que el carácter ininterrumpido de la revolución exija el cumplimiento de aquellas etapas que es necesario superar para que no se detenga dicho desarrollo ininterrumpido. “El movimiento —escribe Lenin— es la unidad de la continuidad y de la discontinuidad. El movimiento es una contradicción, es la unidad de las contradicciones”. La mantención ininterrumpida de un proceso revolucionario exige, por lo tanto, el ir resolviendo las contradicciones propias de cada etapa de su desarrollo. Por el contrario, la mejor manera de *interrumpir* la revolución, consiste en la práctica antidialéctica de los trotskistas de vociferar acerca de su objetivo final, negándose a encarar las etapas necesarias para marchar hacia él sin detenerse. Acaso, mirando hacia atrás, la Humanidad en marcha hacia la sociedad sin clases, ¿no ha avanzado a través de diversas etapas, entre ellas, la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo?

Si los argumentos “lógicos” que pretenden dar los trotskistas del MIR para fundamentar sus puntos de vista son absurdos, sus referencias históricas son francamente disparatadas. “Las revoluciones socialistas que han triunfado —dicen— prueban que es un absurdo sostener que las etapas son inevitables”. Frente a una necesidad de esta especie lo mejor será responderles con las propios hechos históricos.

La revolución rusa

Lenin, al que alguna influencia debemos atribuir en el planeamiento de la revolución rusa, expresaba: “Debemos ayudar a la insurrección campesina por todos los medios, llegando hasta la confiscación de las tierras, pero no desde luego, hasta todo género de fantásticos proyectos pequeño-burgueses. Apoyamos el movimiento campesino por cuanto es un movimiento revolucionario-democrático. Nos preparamos (ahora mismo, inmediatamente) para luchar contra él cuando comience a actuar como un movimiento reaccionario, antiproletario. Toda la esencia del marxismo está en esta doble tarea, que sólo quienes no comprenden el marxismo, pueden simplificar y comprimir en una sola y simple tarea”.

intentan aquí presentarlo como sinónimo de “revolución permanente”. Sin embargo, la delirante idea de Trotski de “revolución permanente”, que pone la exportación de la revolución por encima de la necesidad de que existan condiciones revolucionaria internas en cada país para su realización, fue calificada por Lenin de izquierdismo absurdo”.

En otra de sus obras, Lenin, el mismo que afirmara: “Somos partidarios de la revolución ininterrumpida. No nos quedaremos a medio camino”, demostrando que vinculaba dialécticamente su concepto de dicha revolución ininterrumpida, precisamente, con la necesidad de encarar cada una de sus etapas, dice: “Cuando más íntegramente realicemos la revolución democrática, tanto más próximos nos hallaremos cara a cara con las tareas de una revolución socialista... Es absurdo confundir los objetivos y las condiciones de la revolución democrática y la revolución socialista, que son de naturaleza diferente, repetimos, tanto por su carácter como por la composición de las fuerzas sociales participantes”.

En otro punto, respondiendo a los socialistas-revolucionarios que argumentaban: “¿Para qué hace falta apoyar en un principio al campesino en general contra el terrateniente y después al proletariado contra el campesino en general, en lugar de apoyar de una vez al proletariado contra el terrateniente?”, Lenin, responde: “Esto constituye el punto de vista del anarquismo más primitivo y puerilmente ingenuo. La humanidad sueña desde hace muchos siglos, incluso milenios, con destruir *de una vez* toda explotación. Pero esos sueños siguieron siendo sueños hasta que millones de explotados comenzaron a unirse en todo el mundo a fin de sostener una lucha consecuente, firme y multiforme para transformar la sociedad capitalista en la dirección del propio desarrollo de esta sociedad. Los sueños socialistas se transformaron en lucha socialista de millones de seres únicamente cuando el socialismo científico de Marx vinculó las aspiraciones transformadoras a la lucha de una clase determinada. Fuera de la lucha de clases, el socialismo es una frase vacía o un sueño ingenuo. Y en Rusia tenemos ante nuestros ojos dos luchas distintas de dos fuerzas sociales diferentes. El proletariado lucha contra la burguesía en todas partes donde existen relaciones de producción capitalista. El campesinado, como capa de pequeños propietarios de la tierra, de pequeños burgueses, lucha contra todos los restos del régimen de la servidumbre, contra los funcionarios y los terratenientes. Sólo gente que desconoce en absoluto la economía política y la historia de las revoluciones en el mundo entero, puede dejar de ver estas dos guerras sociales distintas y de naturaleza diferente. Cerrar los ojos a la diferencia de estas dos guerras recurriendo a las palabras “de una vez” significa esconder la cabeza debajo del ala y renunciar a todo análisis de la realidad”.

Está claro, por consiguiente, que la experiencia histórica de La Revolución Rusa está muy lejos de probar como pretenden los trotskistas del MIR, la inexistencia de etapas en el avance al socialismo.

Corea, Vietnam, Cuba

En lo que respecto a las etapas que se dieron en la revolución coreana, es suficiente citar la opinión de Kim Il Sung que dirigiera allí la lucha por la toma del poder. Refiriéndose al problema agrario que constituye una de las diferencias fundamentales entre ambas etapas, este dice: “El problema agrario se plantea por sí mismo en diferentes aspectos, en las diversas etapas del desarrollo

de la revolución. En la etapa de la revolución democrática antiimperialista y antifeudal los problemas campesino y agrario ascendieron a la emancipación del campesinado de la explotación y de la esclavitud de los terratenientes y a la liberación de las fuerzas productivas de la agricultura de las cadenas de las relaciones feudales de producción, a través de la abolición de la propiedad feudal de la tierra en el campo.

En la etapa de la revolución socialista, los problemas campesino y agrario han consistido en la emancipación del campesinado para siempre de toda clase de explotación y opresión y en la liberación por completo de las fuerzas productivas de la agricultura, de las cadenas de las viejas relaciones de producción basadas en la propiedad privada”.

En relación a Vietnam, el general Vo Nguyen Giap, define del siguiente modo la que fuera la primera etapa para la conquista del poder en dicho país, que culminó con la insurrección de agosto de 1945; “la guerra de liberación del pueblo vietnamita se presenta, en esencia, como una revolución nacional, democrática-popular, hecha bajo la forma armada, en la cual las tareas fundamentales y esenciales eran la derrota del imperialismo y de la clase de los propietarios feudales”. Y en otro punto sostiene: “La lucha armada tomó respectivamente las formas de insurrección y de guerra de resistencia de larga duración, realizadas por todo un pueblo contra el imperialismo y los feudales reaccionarios para realizar los objetivos políticos de la revolución nacional democrática... y preparar las condiciones para el paso de la revolución vietnamita a la etapa del socialismo”.

Por su parte, quienes luchan en la actualidad con las armas en la mano en Vietnam del Sur se proponen en esta primera etapa: “Derrocar el régimen colonial camuflado de los imperialistas norteamericanos... instaurar un Gobierno de coalición nacional y democrática... Suprimir los monopolios económicos de los imperialistas norteamericanos y de sus agentes, asegurar la protección de los productos locales, estimular la industria y el comercio nacionales, desenvolver la agricultura y edificar una economía independiente y soberana”.

En Cuba es de todos sabido que casi hasta el triunfo de la lucha ni siquiera fueron planteados en forma pública los objetivos de la revolución antiimperialista y antifeudal y que la lucha armada se desarrolló básicamente por ideales democráticos contra la dictadura de Batista. Esto determinó que Fidel Castro fuera recibido en triunfo en Miami y ayudado allí por sectores que repudiaban la sangrienta dictadura de Batista. Muchos industriales y comerciantes cubanos cooperaron, asimismo, al derrocamiento del dictador.

La revolución china

En la revolución china se dan también marcadamente etapas en el proceso revolucionario, con objetivos y fuerzas diversas para cada una de ellas. Mao Tse-tung, el gran líder de esta revolución, señalaba esas etapas del siguiente modo en 1940: “¿Cuál es, pues, el carácter de la revolución china en la etapa presente? ¿Es una revolución democrático-burguesa o una revolución socialista-proletaria? Sin duda —responde— que no es del segundo tipo sino del pri-

mero. Está ya claro que la sociedad china es todavía colonial, semi-colonial y semi-feudal; que los enemigos principales de la revolución china siguen siendo el imperialismo y las fuerzas feudales; que la tarea de la revolución china consiste en una revolución nacional y en una revolución democrática para derrocar a esos dos enemigos principales; que la burguesía toma parte a veces en esa revolución, y que, aún cuando la gran burguesía traiciona la revolución y se convierte en su enemiga, nuestra revolución sigue estando dirigida contra el imperialismo y el feudalismo y no contra el capitalismo y la propiedad privada en general. En vista de ello el carácter de la revolución china, en la etapa presente, no es socialista-proletario sino democrático-burgués”.

El propio Mao Tse-tung aclara, sin embargo, más adelante, que no se trata del tipo antiguo de revoluciones democrático-burguesas, dirigidas por la burguesía y que terminaban con el afianzamiento de esta clase en el poder, sino de revoluciones de un tipo nuevo, dirigidas por el proletariado, con el propósito de pasar a una etapa más avanzada: la revolución socialista. “No obstante —escribe— la revolución democrático-burguesa en la China de hoy, no es del viejo tipo corriente, hoy anticuado, sino de un nuevo tipo especial. Este tipo de revolución se desarrolla en China y en todos los países coloniales y semi-coloniales, y nosotros la denominamos revolución de la nueva democracia. La revolución de la nueva democracia es parte de la revolución mundial socialista-proletaria, que lucha resueltamente contra el imperialismo o capitalismo internacional... Una revolución de la nueva democracia es una revolución de las masas populares *dirigidas por el proletariado* y orientada contra el imperialismo y el feudalismo... La revolución democrática es la preparación necesaria para la revolución socialista; y la revolución socialista es el resultado inevitable de la revolución democrática”. De esta manera, con una clara conciencia de las diversas etapas revolucionarias, Mao Tse-tung no sólo ha llevado a su país al socialismo en forma ininterrumpida, sino que hoy, con la Revolución Cultural Proletaria, lo ha puesto a la cabeza del mundo en la liquidación de los últimos resabios de la influencia burguesa y revisionista. Ha demostrado así como, precisamente, de la comprensión cabal de las distintas etapas revolucionarias y de la solución de las contradicciones propias de cada una de ellas, depende el que la revolución pueda ser llevada a cabo hasta el fin, sin detenerse y en forma ininterrumpida.

En todo caso, esta concepción justa de cómo desarrollar y conducir a su triunfo el movimiento revolucionario de un país, a través de distintas etapas y de frentes únicos, está demostrada *por hechos*. Allí están para comprobarlo las revoluciones que hemos analizado, entre ellas la Revolución china. Es preciso no olvidar, para juzgar a sus discípulos actuales, que el trasnochado “profeta” Trotski sostenía en su obra “La Revolución Permanente”: con el programa democrático-popular, “el Partido Comunista chino se halla atado de pies y manos y se ve obligado a ceder pasivamente, el campo a la social-democracia china” y opinaba, luego que, “la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos... es una ficción, un fraude contra sí mismo, o algo peor”. Nadie puede hoy día dudar del veredicto que la historia ha dado acerca de estos disparates de Trotski. Lo notable es que todavía existan ilusos que continúen cre-

yendo los desatinos contra-revolucionarios que divulgan los discípulos de aquel fracasado ideólogo pequeño-burgués.

El Frente Unico Revolucionario

Revolución por etapas y frente único

Los trotskistas del MIR opinan también en la mencionada revista que: “El pueblo constituido como Gobierno, puede saltarse más de una etapa”, y con ello, pretenden descalificar la necesidad de éstas en el proceso revolucionario. Para los trotskistas, que viven en el reino de las especulaciones intelectuales y que no tienen aspiraciones reales y concretas de dirigir el proceso revolucionario, resulta muy fácil saltar (con la imaginación) desde nuestro sistema de explotación, al Poder, sentirse ya instalados en él y especular acerca de toda clase de hazañas a realizar en el Gobierno. Sin embargo, la tarea *de hoy*, para cualquier revolucionario que no se satisfaga con masturbaciones mentales, es la necesidad de *conquistar* el poder. Este problema no se resuelve con delirios acerca de lo que se hará *una vez* conquistado el poder. En el papel, en las tribunas pequeño-burguesas, de boquilla, es muy fácil sentirse *ya* en el poder y redactar toda clase de decretos saltándose las etapas, pero en la práctica hay que cantar con fuerzas concretas y suficientes para derrotar a enemigos de carne y hueso, antes de soñar siquiera con llegar al poder. Para agrupar esas fuerzas indispensables bajo la dirección del proletariado y aislar a los enemigos principales, es preciso formular un programa que las una, un programa para el momento presente y no un plan para un Gobierno fantasma, que los trotskistas suponen ya conquistado sin el concurso de esas fuerzas necesarias para la toma del poder.

Es evidente que si el proletariado se propone derrotar a sus enemigos por etapas. comenzando por los mayores, el imperialismo yanqui, los latifundistas y la burguesía monopolista, es, precisamente, con el objeto de oponerles —en la medida que ello sea posible— al resto de las fuerzas sociales entre las que se cuentan numerosos sectores burgueses y pequeño-burgueses. El papel ultrarreactionario que juegan esos enemigos fundamentales recién mencionados, el hecho de que se beneficien con el atraso, incluso, de los aspectos capitalistas de nuestra economía, el que expolien en diversos sentidos aún a los sectores burgueses ajenos a ellos, demuestra que existen contradicciones objetivas entre dichos enemigos principales y el resto del país y que es posible utilizar esas contradicciones para aislarlos en mayor o menor medida. De esta manera se impedirá que jueguen exclusivamente los vínculos, también existentes, entre los adversarios fundamentales y el resto de las capas burguesas o pequeño-burguesas, lo que facilitaría a aquellos el consolidar un poderosísimo frente único contra-revolucionario. Con ello no se hace más que cumplir lo que Lenin califica como una de las enseñanzas básicas del marxismo: “aprovechar... las menores posibilidades de obtener un aliado de masas, aunque sea temporal, vacilante inestable, poco seguro, condicional”.

Las contradicciones en el frente único

Es cierto que las clases sociales que se agrupan en una determinada etapa, por ejemplo, la de la Revolución Democrática-Popular, en un mismo frente único, tienen contradicciones y antagonismos entre sí. Ello hace necesario el combinar los conceptos de unidad y lucha en el interior del frente único. De todos modos es posible agruparlas en torno a objetivos comunes y contra enemigos comunes. Por ello es absolutamente falso y sólo demuestra ceguera intelectualoide, el que los trotskistas del MIR rechacen el “Frente Único entre distintas clases sociales” argumentando que: “tienen intereses sociales antagónicos”. Con esta teoría, demuestran, una vez más, su absoluta incomprensión del carácter dialéctico, contradictorio, del proceso revolucionario que el proletariado debe dirigir. Ya Lenin, en 1905, respondía a esta insensatez: “Una de las objeciones contra la consigna de ‘dictadura democrático-revolucionaria del proletariado y de los campesinos’ consiste en que la dictadura presupone la ‘unidad de voluntad’, y la unidad de voluntad entre el proletariado y la pequeña burguesía es imposible. Esta objeción —expresa luego— es inconsistente, porque se haya fundada en la concepción abstracta, ‘metafísica’, de la noción ‘unidad de voluntad’. La voluntad puede ser unánime en un sentido y no unánime en otro. La ausencia de unidad en las cuestiones del socialismo y en la lucha por el socialismo no excluye la unidad de voluntad en las cuestiones de la democracia y en la lucha por la República. Olvidar esto —concluye— significa olvidar la diferencia lógica e histórica entre la revolución democrática y la revolución socialista”.

Los ideólogos del MIR, por otra parte, se embrollan por completo en torno a este problema de las contradicciones en el Frente Único, pues ignoran la manera correcta de resolverlas a través del método de unidad y lucha. De pronto, en algunos escritos, sólo quieren agrupar a los “explotados” y repudian (Estrategia N° 2) “el Frente Único; que propone Espartaco, situado más allá de las fronteras de los explotados”. En otros documentos, sin embargo, al parecer recapacitando contra esa posición ultra sectaria que implica lanzar al proletariado absolutamente aislado a la lucha, se ponen generosos y admiten algunos exiguos aliados para que acompañen a la clase obrera. Es así como en su Declaración de Principios, sostienen que el proletariado debe ganar para su causa “a los campesinos, intelectuales, técnicos y clase media empobrecida”. Con esta enumeración vaga y usando una terminología antimarxista, tratan de borrar —en el papel— las contradicciones existentes entre estos sectores enumerados y el proletariado, así como su carácter de explotadores. No obstante, incluso, campesinos que tienen el carácter de semi-proletarios, como los inquilinos, explotan el trabajo ajeno, pues envían “obligados” a cumplir su trato con el dueño del fundo. Los intelectuales y técnicos o bien explotan trabajo ajeno directamente, o bien lo hacen en forma indirecta desde el momento que no crean riquezas materiales con su trabajo. Entre la “clase media empobrecida”, por su parte, para no citar más que un ejemplo, se encuentran unos 70 mil artesanos, que explotan en Chile, a más de 200 mil obreros. Precisamente, porque son pequeño-burgueses “empobrecidos”, esta explotación es particularmente intensa y bestial.

Por lo tanto, si rechazan todo frente único en que existan antagonismos de clase, si sólo quieren agrupar explotados y no explotadores, ni siquiera podrán conceder al proletariado ese reducidísimo grupo de aliados que han propuesto. A la postre la argumentación trotskista se traduce, pues, en sus intenciones contra-revolucionarias de lanzar a la clase obrera absolutamente sola al combate simultáneo contra todos sus enemigos.

Por lo visto, los trotskistas, por querer eludir las contradicciones *reales* y *objetivas* que es preciso resolver en el proceso revolucionario, no hacen más que trasladar —como todos los idealistas burgueses— esas contradicciones al seno de sus teorías y especulaciones.

Demás está decir que las mismas experiencias históricas que hemos citado para probar la existencia de etapas en todos aquellos lugares en que el proletariado ha luchado con éxito por el poder, podrían ser mencionadas también para demostrar que la victoria ha sido obtenida a través de frentes únicos. Sólo insistiremos con un ejemplo, el de la Revolución Rusa, donde podrían haber más dudas por tratarse de un país que tenía cierto desarrollo capitalista cuando se efectuó la revolución. Lenin, refiriéndose a las alianzas que el proletariado agrícola debe buscar para las diversas etapas revolucionarias, escribe: “en unión de la burguesía, contra todas las supervivencias de la servidumbre y contra los terratenientes señoriales”, para la etapa democrático-burguesa; y “en unión del proletariado urbano contra la burguesía campesina y cualquiera otra burguesía”, para la etapa socialista. En otra obra afirma: “¿Por qué no son iguales las condiciones de la lucha democrática y de la lucha socialista? Porque en una y otra lucha —responde— los obreros tendrán infaliblemente aliados distintos. La lucha democrática la libran junto con una parte de la burguesía, sobre todo de la pequeña burguesía. La lucha socialista la libran contra toda la burguesía. La lucha contra los funcionarios y terratenientes puede y debe librarse junto con todos los campesinos, incluso los ricos y medios. Y la lucha contra la burguesía, y, por lo tanto, contra los campesinos ricos, sólo puede librarse con la mayor seguridad junto al proletariado agrícola”.

Lucha armada y frente único

En el archivo de disparates que los trotskistas han inspirado al MIR, figura la afirmación de que el Frente Único es incompatible con la lucha armada. “¿Cómo se hace coincidir —escriben criticando nuestro Programa— esta política frente-populista con una fuerza armada del pueblo, la guerrilla, la insurrección? No es posible trazarse —concluyen— dos estrategias diferentes. O estamos con la insurrección proletaria, con la intransigente guerra civil contra los explotadores o estamos con la vía pacífica, el frente policlasista y el Gobierno Democrático Popular”. No obstante, si no vivieran embebidos en especulaciones o en su ignorancia aún de los hechos históricos que ocurren delante de sus propias narices, verían a cada paso la refutación de esta absurda incompatibilidad que intentan establecer entre el Frente Único y la lucha armada. ¿No leen acaso la prensa, que no se han enterado que la lucha armada más heroica de

postguerra, la del pueblo de Vietnam del Sur, la dirige un Frente Unico: el Frente Nacional de Liberación de Vietnam? ¿No saben que en dicho Frente Unico participan más de 20 organizaciones representativas de los más amplios sectores del país, incluyendo una Agrupación de Industriales y Comerciantes por la Liberación de Vietnam? ¿Ignoran tal vez, que en Rusia, en China, en Corea y Vietnam del Norte, los trabajadores derrocaron a los reaccionarios por medio de una guerra popular y de frentes únicos y no, precisamente, a través de la vía pacífica?

Es tan disparatadamente confusa la mentalidad de los trotskistas, que ven las cosas exactamente al revés de cómo son y deben ser. Mientras más dura sea la lucha armada que hay que enfrentar, más amplio debe ser el Frente Unico que se requiere para tener éxito en ella. Por eso, el Partido Comunista de China, en el período de la dura lucha armada contra la invasión, del imperialismo japonés, debió incluso ampliar el Frente Unico para atraer o neutralizar a los propios terratenientes no-colaboracionistas, esgrimiendo un programa mínimo transitorio, que excluía la realización inmediata de la Reforma Agraria y en el que se les otorgaba ciertas concesiones. Igual estrategia se ha empleado en Vietnam para enfrentar la invasión del imperialismo norteamericano.

Por cierto que con la estrategia mirista, de ponerse más sectarios en la medida en que la lucha sea más dura, ninguna de las revoluciones mencionadas habría sido coronada con el triunfo.

Esta desconfianza en las masas populares, esta incapacidad de comprender que, precisamente, a través de la lucha armada es posible y necesario desarrollar un amplio Frente Unico hasta transformarla en guerra revolucionaria de todo el pueblo, ha inspirado a algunos mentores ideológicos del MIR las más descabelladas aventuras militaristas. Es así como hemos podido ver en América Latina en los últimos años, la iniciación y derrota, por su aislamiento de las masas populares, de numerosos “focos” guerrilleros. Ellos han sido expresión extrema del sectarismo y subjetivismo pequeño-burgueses, ya que, no solo no se propusieron ampliar la lucha armada a través de un Frente Unico que —de uno u otro modo— apoyara a los trabajadores en su guerra por el poder, sino que, ni siquiera incorporaron a la lucha al proletariado y a las capas más pobres del campo. Los propios sectores pequeño-burgueses que habían planeado este tipo de acciones armadas, participaron aislados en ellas y, como era de esperarlo, fueron rápidamente aplastados por las fuerzas reaccionarias. De esta manera se envió al matadero a una juventud llena de heroísmo en aras de una estrategia absolutamente equivocada. La incomprensión de los trotskistas del MIR de la necesidad y posibilidad de desarrollar el Frente Unico a través de la lucha armada que, por cierto, comenzará a partir de los sectores más resueltos de la clase obrera y del campesinado, demuestra que, —aunque no lo confiesen por el desprestigio actual de los “focos” guerrilleros pequeño-burgueses— siguen en el fondo acariciando esta idea.

Una táctica también errada

Los trotskistas que siguen inspirando la línea política del MIR, no sólo están equivocados, como lo hemos visto, respecto a la estrategia del movimiento revolucionario, sino que también tienen concepciones tácticas profundamente erradas. Con el simplismo ideológico típico de este tipo de desviaciones pequeño-burguesas, desconocen las diferencias existentes entre los diversos enemigos del proletariado, que obligan a darle a éstos un tratamiento distinto. Es así como plantean como táctica: “el combate intransigente a los explotadores, orientado en los principios de clase contra clase”, rechazando al mismo tiempo, “toda estrategia tendiente a amortiguar esta lucha”. De paso nos acusan injustamente, de que nuestro concepto de Frente Unico, implica: “el abandono, permanente o transitorio de la lucha de clases”. Con ello demuestran tan sólo que siguen pensando en términos antidialécticos. Piensan que la unidad excluye la lucha y viceversa. Si hubieran leído con atención nuestro Programa, sin embargo, verían que allí se plantea que la lucha contra los aliados no-proletarios del Frente Unico, no sólo no debe desaparecer, sino que, por el contrario, es un factor indispensable para lograr la unidad de ellos en torno al proletariado. En efecto, la supresión de esa lucha contra los explotadores que participan en el Frente Unico, permitiría que ellos pudieran descargar por completo sobre el proletariado la crisis que sufren a raíz de la explotación de que son objeto por parte de los enemigos fundamentales y no sentirían, por lo mismo, la necesidad objetiva de volverse contra ellos a instancias del proletariado.

Nuestro partido, sin embargo, a pesar de que piensa que no debe cejar la lucha contra los explotadores existentes en el Frente Unico, considera, al mismo tiempo, que es preciso distinguirla rigurosamente de la lucha que debe dirigirse contra los adversarios fundamentales de la presente etapa. A estos últimos se trata de liquidarlos ahora y derrocarlos del poder, no así a los otros. Con los aliados no-proletarios, ya lo hemos dicho, es necesario practicar la política de unidad y lucha, graduando ambos factores según las circunstancias políticas, según su magnitud como explotadores, en relación con su conducta respecto a los enemigos principales y al proletariado y de acuerdo con otras consideraciones tácticas. El tratarlos del mismo modo que a los adversarios fundamentales, como aconseja el MIR, el emprender una lucha indiscriminada e “intransigente” de “clase contra clase”, no significa más que complementar, desde el punto de vista de la táctica, la estrategia sectaria y criminal de los trotskistas tendiente a aislar por completo al proletariado. Imaginémos por un momento la lucha del pueblo vietnamita contra el imperialismo norteamericano —lucha que en Chile inevitablemente deberemos enfrentar más adelante— sobre la base de la “genial” táctica trotskista. Tendríamos al débil proletariado de ese país golpeando por igual y en forma “intransigente” a terratenientes, burgueses, pequeño-burgueses explotadores y, de paso, también a cientos de miles de soldados yanquis y de los ejércitos títeres. Sólo alcanzaríamos a admirar el “heroísmo” de esta táctica por unas pocas semanas....

En lo que respecta a Chile, incluso, el escuálido Frente Unico de “campesinos, intelectuales, técnicos y clase media empobrecida” que, en ciertos momen-

tos de “arrebato derechista”, aceptan los del MIR en su estrategia como aliados del proletariado, sería demolido por la táctica sectaria expuesta más arriba. Es obvio que resultará imposible agrupar siquiera a estos sectores que, como hemos visto, son en su mayor parte explotadores, si se les da “a matar”, igual que al imperialismo, a los latifundistas y a la burguesía monopolista y financiera.

Es indispensable dejar en claro que la táctica que hemos formulado respecto a la manera de combatir a los sectores no-proletarios del Frente Unico, es inseparable de la concepción de la revolución por etapas, que permite distinguir enemigos principales de enemigos secundarios. Esta táctica, por cierto, cambiará fundamentalmente cuando las tareas de la revolución varíen e iniciemos la lucha por el socialismo. Allí la tarea será terminar con toda forma de explotación y la lucha será enfilada contra los enemigos de clase del proletariado que aún queden. La única consideración táctica respecto a la oportunidad y rigor con que se les enfrenta para terminar con ellos como explotadores, será su magnitud como tales, su conducta política concreta y los intereses generales de la revolución y construcción socialista. No obstante, toda forma de explotación deberá ser liquidada.

Frentes únicos revisionistas

Pasando por alto las experiencias de los Frentes Unicos revolucionarios dirigidos por el proletariado, que han hecho posible el triunfo de éste en los únicos países donde ha alcanzado el poder, los miristas, apelan como argumentos contra el Frente Unico al fracaso de alianzas de clases dirigidas por los revisionistas o abiertamente por la burguesía. Escriben: “No está demás decir que esta clase de experiencias han culminado recientemente en forma catastrófica en Argelia e Indonesia. Los frentes híbridos en que obreros y campesinos se confunden con los sectores de la burguesía y hasta con grupos oligárquicos-feudales, a través de un vago programa nacionalista y de reformas, concluyen siempre a liquidar a los elementos revolucionarios y socialistas. La República Árabe Unida es otro botón de muestra de la política populista. Solamente donde la clase obrera ha sido capaz de tomar el timón de los acontecimientos —concluyen— se ha podido arribar al socialismo”. Sin embargo, si fueran, consecuentes con esta última afirmación se darían cuenta que, precisamente, esa falta de dirección proletaria y no la existencia de frentes únicos, ha sido la real causa del fracaso de muchas alianzas de clases en que ha participado el proletariado. Prueba de ello —prueba que los trotskistas omiten señalando sólo experiencias en que ha faltado esa dirección proletaria— es que allí donde la clase obrera ha tornado firmemente la dirección del Frente Unico, este ha sido una herramienta fundamental para el triunfo revolucionario. En la cita anterior los miristas hablan de que la clase obrera “debe tomar el timón”. No obstante para ello, es preciso tener un buque que timonee. Con el solo timón o con un simple bote incapaz de enfrentar a toda una poderosa flota de guerra que opondrá el enemigo al proletariado, es imposible vencer.

Si la clase obrera no dirige un Frente Único, eso significa que lo dirige directamente la burguesía, o bien sus agentes en el movimiento obrero: los revisionistas. ¿Cómo se puede esperar que triunfe un Frente Único de esa naturaleza? Si los traidores revisionistas, renegados y sirvientes de la burguesía, dirigen un frente único es, precisamente, para hacerlo fracasar. ¿O es que los trotskistas piensan aún que los revisionistas son gentes equivocadas de buena fe?

Es sabido que los revisionistas arrastran a la clase obrera a alianzas sin principios precisamente para obligarla a abandonar los objetivos revolucionarios de su lucha; para castrar toda combatividad del proletariado con el pretexto de que ello es “necesario” para conquistar aliados; que mantienen la acción en los marcos de la legalidad burguesa y que invitan, prácticamente, a la burguesía a traicionar al proletariado con toda su política oportunista. Pero, ¿qué tienen que ver estas traidoras alianzas manejadas por los burgueses o sus agentes, con el Frente Único que nosotros planteamos? En primer lugar, y esto debe quedar muy en claro, nosotros pensamos que el Frente Único sólo es posible en su integridad y útil cuando la clase obrera y el campesinado, su aliado más cercano, han forjado a través del fusil, de la lucha armada popular, su propio poder en el seno de la vieja sociedad. Pensamos que el factor más importante para arrastrar ciertos aliados no-proletarios al Frente Único, es la fuerza, la violencia armada, que es capaz el proletariado y campesinado de poner en práctica. Las concesiones que se pueden hacer a los aliados son un factor secundario en la construcción del Frente Único y los acuerdos deberán surgir fundamentalmente del poderío de las clases más revolucionarias. Esta fuerza, surgida particularmente de la lucha armada obrero-campesina, hará comprender en los hechos a otros sectores hacia donde se carga la balanza revolucionaria, les hará ver con quien es conveniente aliarse, así como los riesgos que significa ponerse contra el proletariado. Ya está plenamente demostrado que la debilidad inclina a los sectores intermedios y vacilantes hacia los sectores más poderosos, que en caso de debilidad del proletariado, coincidirán con los más reaccionarios.

Más aún, consideramos que la propia construcción del Frente Único es un proceso, que pasa por diversas etapas. De nada sirve esta alianza mientras la clase obrera y su aliado más íntimo, el campesinado, no estén en pie de guerra y no hayan iniciado la lucha armada contra los principales explotadores. Por ello no buscamos esta alianza en el presente, en que solo podría ser dirigida por la burguesía o sus agentes. Creemos que la tarea primordial del presente, es construir el partido que dirigirá al proletariado en su lucha revolucionaria. Sólo cuando la clase obrera esté combatiendo en forma revolucionaria, dirigida por este partido y haya conquistado para este combate al campesinado, será posible arrastrar a otras fuerzas a la lucha a muerte contra el imperialismo, los latifundistas y los sectores más reaccionarios de la burguesía. Nuestro planteamiento del Frente Único, pues, nada tiene que ver con las alianzas fraguadas por los revisionistas por encargo de la burguesía. Sólo quienes desean confundir algunos estudiantes con sus posiciones descabelladas y sectarias, pueden tratar de identificar dos políticas diametralmente opuestas.

El Frente Unico y etapas de la Revolución Chilena

La revolución democrático-popular

El planteamiento de la Revolución Democrático-Popular como primera etapa revolucionaria, no significa otra cosa en Chile, que el propósito de aislar en primer término a los enemigos más poderosos de la clase obrera: al imperialismo yanqui, a los latifundistas y a la burguesía monopolista y financiera. Más concretamente, expulsar a los monopolios norteamericanos que dominan una serie de ramas fundamentales de nuestra economía, expropiar unas 13 mil grandes propiedades que abarcan el 87% de la superficie agrícola del país y liquidar el poder económico que unos doce clanes que controlan las únicas industrias de cierta magnitud que existen en Chile, así como las principales actividades comerciales y financieras. Se trata, también, por cierto, fundamentalmente, de arrojarlos del poder. Estos enemigos, por una parte, son poderosos, en el aspecto interno, pues controlan las principales riquezas e instituciones del país, incluyendo el poder; manejan las fuerzas represivas; poseen los principales medios publicitarios; cuenta con el apoyo de la Iglesia y otras entidades reaccionarias; disponen de los servicios de los traidores revisionistas enquistados aún en el seno de las masas populares, etc. No obstante, ninguno de estos factores es un argumento tan poderoso para determinar la necesidad de aislarlos y movilizar en su contra todas las fuerzas posibles, como el hecho inevitable de que el imperialismo yanqui intervendrá con sus tropas en Chile para impedir la revolución. Nosotros no nos hacemos ilusión alguna en sentido contrario y esta intervención armada del imperialismo, cuenta como factor decisivo, para hacernos comprender que, en una primera etapa revolucionaria es necesario orientar el golpe principal en contra de los sectores más retrógrados ya mencionados. Quiénes —consciente o inconscientemente— están pensando en una revolución puramente interna en la que no habrá que enfrentar al imperialismo yanqui, siguen haciendo sus cálculos con la mentalidad revisionista. Por supuesto, mientras éstos prosigan engañando al proletariado y frenando sus luchas, la intervención imperialista es absolutamente inútil e innecesaria. Si se emprende en nuestro país, por otra parte, una lucha armada sectaria y al margen de las masas, y por lo mismo ineficaz, como la que se desprende de los planteamientos trotskistas, tampoco, probablemente será necesaria la intervención imperialista para derrotarla. Pero, otra cosa muy diferente es cuando el proletariado y los campesinos inician una guerra popular revolucionaria.

Pese a su poderío ya mencionado, estos sectores ultrarreaccionarios, son “tigres de papel” enfrentados a una amplia guerra del pueblo. La propia intervención armada del imperialismo —como se ha demostrado en todos aquellos países donde lo han hecho— facilita la movilización de muchos sectores no-proletarios, incluso burgueses, contra el invasor imperialista. Este espíritu nacionalista, dirigido por el proletariado, juega un papel positivo en la guerra de liberación. El imperialismo, con su intervención, “sembrará vientos para cosechar

tempestades". Por otra parte, como hemos señalado ya, los latifundistas y la burguesía monopolista y financiera, al igual que el imperialismo se benefician con el atraso, aún en el sentido capitalista de nuestra economía, lo que engendra otras contradicciones objetivas que facilitan al proletariado el arrastrar —en distintas medidas— a amplios sectores burgueses y pequeño-burgueses contra los enemigos fundamentales.

Lo importante para derrotarlos —justo con el desarrollo de la lucha armada popular— es impedir que los adversarios principales agrupen en torno suyo a los numerosos sectores intermedios aislando al proletariado y a su aliado más fiel: el campesinado. Si esto ocurre, por un política sectaria como la que plantean los trotskistas, sería casi imposible derrotarlos.

Por ello la consigna programática de saltarse las etapas necesarias para llegar al Socialismo, que plantea el MIR, sólo contribuiría a aumentar el poderío del imperialismo de sus aliados más reaccionarios, redoblando su potencia. La verdad es que planteando el socialismo en forma inmediata y excluyendo las etapas, sólo es posible agrupar a quienes estén dispuestos a liquidar en forma completa la propiedad privada y todo sistema de explotación. Si se piensa hacer esto en la primera etapa, como lo veremos más adelante, es imposible tener éxito, ya que significa enfrentar al proletariado prácticamente sólo contra la casi totalidad de las otras fuerzas sociales y contra la intervención imperialista, estando el proletariado, además, fuera del poder. Para separar a los sectores intermedios del Frente Único contra-revolucionario, es preciso, que el proletariado les ofrezca programáticamente, en forma clara y expresa, ciertas garantías; que se delimiten tajantemente cuales son los enemigos fundamentales que serán liquidados en esta etapa y que se emplee una táctica diferente con los aliados y con los enemigos principales. Es preciso, además, sacar a luz y agudizar las contradicciones entre estos últimos y los sectores intermedios. Todas estas finalidades las cumple la etapa Democrático-Popular de la Revolución con su correspondiente Programa. La formulación equivocada o poco clara de lo que se pretende hacer, favorecerá de inmediato la tarea del imperialismo y de los grupos más retrógrados de aislar a la clase obrera para derrotarla.

La etapa socialista

La verdad es que la consigna de la revolución socialista, es decir, la liquidación de toda forma de propiedad privada o de explotación, lógicamente contará con la oposición de todos aquellos sectores que, de una u otra manera, en mayor o menor grado, gozan de dicha propiedad sobre los medios de producción o ejercen esa explotación. Si planteamos ahora dicha consigna y se coloca de inmediato a todos los explotadores, por parejo, como enemigos principales que deben ser liquidados como tales, es infantil suponer que deseen voluntariamente suicidarse y que no se agrupen para defenderse.

Concretamente, lo anterior significa que tendríamos resueltamente al lado de la revolución a alrededor de un millón de proletarios, de los cuales unos 200 mil son obreros agrícolas. Esto, en el supuesto, que en ninguna etapa ocurre,

que el 100% del proletario estuviera convencido de la necesidad de la revolución. Esta clase social, la única que puede estar decididamente por el socialismo, ya que no explota ni vive indirectamente del trabajo ajeno y posee sólo su fuerza de trabajo, representa un tercio de la población activa del país.

Los otros dos tercios están formados por propietarios de medios de producción, es decir, explotadores de diversa magnitud que, por pequeños que sean, no querrán voluntariamente socializarlos y por una enorme masa pequeño-burguesa, dispersa, en la que pesa con gran fuerza el arribismo social y la influencia burguesa antisocialista. Esta masa intermedia, entre el proletariado y los enemigos principales, no se cuenta por miles como los enemigos principales, sino, por centenares de miles. Considerando que por cada persona activa de la sociedad, es decir, incorporada a algún trabajo o separada temporalmente de él hay que contar un familiar adulto no-activo (con más de 12 años y menos de 65), esta masa intermedia alcanza a unos 4 millones de personas, aptas físicamente para combatir.

Precisando con un poco más de detalle tenemos entre ellos, incluyendo a los enemigos principales, que no alteran considerablemente las cifras porque son sólo unos cuantos miles, a unos 50 mil gerentes, administradores y funcionarios directivos de empresas estatales y particulares; a unos 150 mil propietarios agrícolas y a cerca de 30 mil colaboradores directos de los latifundistas: administradores, capataces, etc.; a más de 100 mil comerciantes de diversa magnitud económica; a casi 100 mil técnicos y profesionales, a varias decenas de miles de personas incorporadas al Ejército y la policía; a unos 70 mil artesanos, que explotan en pequeños talleres a cerca de 200 mil obreros; a alrededor de 400 mil empleados: a unas 350 mil personas dedicadas a servicios personales; empleados domésticos, mozos, fotógrafos, peluqueros, etc., y a unos 100 mil entre inquilinos y medieros. De todas estas fuerzas, el proletariado, según lo expresa Lenin, sólo podrá contar para la revolución socialista con “la masa de los elementos semi-proletarios de la población, para destrozar por la fuerza la resistencia de la burguesía y paralizar la inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía”. El proletariado, sumado a los elementos semi-proletarios de la ciudad y del campo alcanza en Chile, aproximadamente, a la mitad de la población activa del país, es decir, a un millón y medio de personas.

Estamos plenamente conscientes de que no es justo hacer un análisis puramente cuantitativo de las fuerzas y que el proletariado es cualitativamente, por su combatividad y espíritu revolucionario, una fuerza infinitamente superior a las otras clases. Sin embargo, la enorme cantidad de fuerzas que reaccionarían contra el proletariado ante la certeza de una inmediata expropiación, unida a la intervención armada del imperialismo, constituyen un obstáculo casi insalvable para el triunfo del proletariado. Es preciso tomar en cuenta, que la pequeña burguesía tan numerosa en nuestro país y con mayor razón el sector de la burguesía media que pueda ser alineado en favor de la revolución, sólo apoyarán al proletariado, como lo señala Mao Tse-Tung, “en tiempo de guerra, es decir, en un ascenso revolucionario, cuando la aurora de la victoria esté a la vista”, siendo entonces arrastrados “por la gran marea revolucionaria”. Sin embargo, este ascenso revolucionario que permite ganar a los

sectores intermedios sólo es posible aislando a los enemigos principales e impulsando, a través de una lucha armada popular basada en una sólida alianza obrera campesina, a todos los que tengan contradicciones objetivas con ellos a unirse en torno a un Programa concreto, para combatirlos.

En la formulación de la estrategia revolucionaria es preciso considerar que los anhelos de esos sectores pequeño-burgueses y aún de innumerables sectores semi-proletarios, son precisamente, salir de su miseria y de sus problemas, no a través del socialismo, sino, de su prosperidad individual. Precisamente, este último anhelo de vastos sectores intermedios, constituye una formidable contradicción entre ellos y el imperialismo, los latifundistas y la burguesía monopolista y financiera que son un dique contra sus aspiraciones y que los impulsan a la quiebra, la miseria y a la proletarianización. Esta contradicción debe ser aprovechada por el proletariado para impulsar a esas enormes masas intermedias, en función de sus propios anhelos, contra los adversarios fundamentales, en lugar de remar contra la corriente respecto a ellos en un momento histórico en que no corresponde. Para no citar más que un ejemplo centenares de miles de inquilinos, medieros y campesinos pobres y medios, pese a que no querrían, así como así, renunciar a sus propiedades y socializarlas, o renunciar a sus deseos de poseer tierras, pueden en cambio, desde ya, ser lanzados contra los latifundistas, precisamente, tras la consigna de arrebatarles más tierras, liberarse de sus deudas con ellos y ajustarles cuentas, expulsándoles del poder con el que defenderán sus propiedades. Estas fuerzas, incluso, combatirán junto al proletariado contra la intervención imperialista cuando éste venga en defensa de los terratenientes, de la burguesía monopolista y de sus propios intereses.

Con la política de Frente Unico del proletariado, íntimamente ligada a la revolución por etapas, los sectores intermedios (entre el proletariado y enemigos principales) pueden, no solo ser restados del frente único contra-revolucionario, lo que de por sí ya es algo importante para la revolución, sino movilizados en contra de los enemigos principales. En tal caso, la fuerza del Frente Unico revolucionario será incontenible y de nada servirá para salvar a los ultrarreaccionarios la intervención imperialista. Luego, ya con el poder en la mano, las posibilidades del proletariado para continuar hacia adelante su obra revolucionaria y pasar al socialismo, será infinitamente mayor y la solidaridad internacional revolucionaria podrá jugar en apoyo del proletariado en forma abierta y directa.

Resumiendo el problema estratégico del Frente Unico, podemos decir que existe, por una parte el proletariado; en el extremo opuesto está el imperialismo y los enemigos principales ya mencionados y, entre ambos, una numerosa y variada fuerza intermedia. Al plantearse la lucha inmediata, por aniquilar a todos los explotadores, es decir, la consigna del socialismo, la línea divisoria entre las fuerzas revolucionarias y los enemigos sería trazada casi en los límites mismos del proletariado y todos los sectores intermedios quedarían del lado del imperialismo y sus aliados íntimos. Al plantear la etapa democrático-popular, en cambio, de lo que se trata es de trazar la línea divisoria lo más cerca posible de los enemigos fundamentales y de sumar esas amplias fuerzas in-

termedias, en uno u otro grado, al lado de la clase obrera, o por lo menos, de neutralizar a las que no puedan ser ganadas.

La burguesía media

Los trotskistas, sin estudiar nuestra realidad nacional y siguiendo sólo viejas consignas, tienen verdadero terror de que el proletariado incorpore al Frente Unico a la burguesía media, en la medida en que pueda dirigirla contra el imperialismo y sus aliados más cercanos. Los mismos que quieren lanzar al proletariado a luchar aislado, lo consideran incapaz, sobre la base como hemos dicho de la fuerza, de manejar a los sectores burgueses no monopolistas. Veamos, sin embargo, a qué se reducen en Chile los tales sectores burgueses “grandes”, medios y pequeños, descontando el sector terrateniente y monopolista como lo hace nuestro Programa.

En el campo chileno existen unas 150 mil propiedades. El sector calificado como latifundista en nuestro Programa alcanza a unos 13 mil propietarios que poseen el 87% de la superficie agrícola del país. Fuera de este sector ¿qué nos queda? Nos resta un numeroso contingente de propietarios (más de 130 mil) de los cuales el 77,5% tiene menos de 50 hectáreas y el 50%, es decir, unos 75 mil poseen menos de 10 hectáreas. El sector burgués más “desarrollado” podríamos ubicarlo en unos 20 mil propietarios, que poseen apenas el 13% del número total de predios y sólo el 18% de la superficie arable del país. Este sector es dueño de predios que tienen entre 50 y 200 hectáreas. Es de suponer la debilidad como capitalistas de estos propietarios en un país en que la maquinaria se usa en un grado muy bajo en las faenas agrícolas, donde apenas el 35,5% de la superficie arable se cultiva en forma intensiva, en que la agricultura disminuye de año en año su participación en el ingreso nacional y en que decenas de miles de campesinos emigran a las grandes ciudades debido a la crisis agrícola.

En lo que respecta a la industria manufacturera, alrededor de 70 mil empresas son diminutos talleres artesanales de menos de 5 operarios. Entre las 6 mil industrias aproximadamente que emplean más de 5 operarios, el 87% emplea a menos de 50 personas entre obreros y empleados y el 40% a menos de 10 personas. Tan sólo unas 170 industrias, que separamos en nuestro Programa, colocándolas en el campo de los principales enemigos de la revolución, cuentan con más de 200 operarios. Demás está decir que la mayor parte de estas 6 mil industrias mencionadas son, para cualquier país de mediano desarrollo capitalista, prácticamente, industrias artesanales. Esta es la “tremenda” burguesía que los trotskistas quieren socializar de golpe y porrazo... Se trata por lo demás, de empresas industriales que, según el censo de 1957, estaban produciendo apenas a la mitad de su capacidad instalada.

En lo que toca al comercio mayorista, los empleadores son poco más de 2 mil y los que trabajan por cuenta propia, unos 5 mil. Existen, en cambio, casi 100 mil personas que trabajan por cuenta propia y unos 6 mil empleadores, en

el comercio minorista. La inmensa mayoría son, por lo tanto, comerciantes pequeños y medios.

Resumiendo lo anterior, podemos afirmar que, descontando a los ya reiteradamente señalados como enemigos fundamentales de la revolución, el resto de la burguesía está integrado por centenares de miles de propietarios cuyas empresas se acercan más a las características del taller artesanal que a cualquiera industria mediana de los países capitalistas más avanzados. Si bien, como fuerza económica nuestra burguesía no monopolista es extremadamente débil, sin embargo constituye, por su número e influencia sobre otros sectores, un considerable enemigo si se une al imperialismo y a las otras fuerzas ultrarreaccionarias. Del mismo modo, en sentido opuesto, si es movilizadora por los proletarios contra sus adversarios fundamentales, constituye un poderoso y decisivo aporte a la derrota de tales enemigos.

Piénsese, además, que el plantear en una etapa inmediata la Revolución Socialista, no sólo implica el problema político que hemos analizado, sino un problema económico de proporciones. En nuestro país significa concretamente colocar bajo el control y dirección del Estado a más de medio millón de empresas de todo tipo, la mayoría de las cuales son de un tamaño ínfimo. El llevar esto a la práctica constituye, no sólo una carga ruinososa para el Estado (hay que considerar lo que significaría tan sólo administrar cerca de 70 mil talleres artesanales), sino que, al mismo tiempo, debilitaría enormemente la posibilidad de tomar el control efectivo de los centros vitales de la economía del país en una primera etapa. Esta tarea de expropiar y administrar de inmediato todas las empresas privadas, cualquiera que sea su tamaño, como lo desean los trotskistas, se realizaría, además, en los momentos mismos en que el proletariado debe defender y consolidar el Poder contra todos los explotadores y el imperialismo, que tratarán de seguir defendiendo a sangre y fuego sus privilegios. Si en cambio, se levanta la consigna de la Revolución Socialista para esta etapa, sin pensar en expropiar a todos los explotadores, se cae en una actitud aún más estúpida. Esto en los hechos significaría empujar, en aras de una consigna demagógica y que no se piensa llevar a la práctica, a todos los sectores intermedios —incluso a los más ínfimos explotadores— al lado del imperialismo y de los ultrarreaccionarios.

Como lo expresara Lenin el problema fundamental de la revolución es el problema de la conquista del Poder. Para conquistar el Poder es necesario agrupar y conducir a la lucha a determinadas fuerzas sociales y esto sólo puede lograrse a través de un Programa concreto que contemple determinadas reivindicaciones que les sean propias. ¿Podríamos, entonces, movilizar a la pequeña y mediana burguesía —necesarias como hemos visto para ayudar a aplastar a los enemigos fundamentales— bajo la amenaza de una inminente expropiación una vez conquistado el Poder? Hay algunos trotskistas que argumentan, que basta el hecho que las principales ramas de la economía pasen a poder estatal, para calificar la revolución como socialista. Sin embargo, esto es un disparate aún mayor, que demuestra su absoluta ignorancia del marxismo-leninismo, ya que lo que caracteriza una revolución —puesto que se trata ante todo de conquistar el Poder— son las fuerzas sociales que en ella deben tomar

parte, así como quien las dirige y no sólo determinadas medidas económicas que se tomarán después de conquistar el Poder. Por el contrario, las medidas programáticas que se levanten como bandera para la conquista del Poder deben considerar —como lo hemos dicho— los intereses de todas las fuerzas que se necesite movilizar con este objetivo y, como es natural, principalmente, los intereses de la clase dirigente: el proletariado.

Las razones, por consiguiente, que nos llevan a rechazar la estrategia y táctica ilusoria y reaccionaria de los trotskistas, son poderosas razones de orden político, social y económico, fundamentadas, tanto en la experiencia internacional revolucionaria, como en las características concretas de nuestro país.

El Partido Revolucionario y la lucha por el Poder

El Partido revolucionario

En lo que toca a la concepción de lo que debe ser el Partido Proletario que dirija la revolución chilena, nuestros puntos de vista son también diametralmente opuestos a los del grupo estudiantil trotskista MIR. Ante todo, nosotros hemos querido ser y somos básicamente un partido proletario y luchamos porque nuestra organización tenga —tanto en su composición de clase como en la conciencia de sus militantes— un carácter proletario cada vez más acentuado. El MIR, en cambio, pese a que habla del proletariado, de la revolución proletaria, etc., es un grupo, por su composición de clase y su ideología, eminentemente pequeño-burgués, lo que es una prueba más de la inconsecuencia de los trotskistas que lo dirigen entre lo que dicen y hacen.

Aparte de lo anterior, que no deja de ser un problema fundamental que nos separa, tenemos también diferencias básicas respecto a la estructura misma y funcionamiento del partido. Los dirigentes del MIR, siguiendo en esto también a Trotski —que fuera combatido duramente por Lenin a raíz de sus concepciones liquidacionistas del partido— se pronuncian contra lo que llaman el sectarismo y monolitismo de nuestro partido. Según ellos es suficiente para crear un “partido”, como lo expresan en la ya mencionada Declaración de Principios y en otros documentos, “el unificar, por encima de todo sectarismo, a los grupos militantes revolucionarios que están dispuestos a emprender rápida, pero seriamente, la preparación y organización de la Revolución Socialista Chilena”. La verdad es que son bien poco exigentes... Sin duda que son “amplios”, “no monolíticos” y, por qué no decirlo, liberales hasta los huesos. En realidad, el poner como condición casi exclusiva para integrar un partido que pretende ser revolucionario tan sólo la adhesión a la ilusoria consigna pequeño-burguesa de una trayectoria “rápida” al socialismo, sin señalar una estrategia justa para avanzar un solo paso en tal sentido, indica únicamente un propósito oportunista de poner el afán proselitista por encima de los principios. Al agitar esta bandera, con la esperanza de conquistar a quienes honestamente aspiran al socialismo, poniendo el simple concepto de “rapidez” por encima de una estrategia y táctica

tica probadas por las experiencias revolucionarias del proletariado internacional, sólo han conseguido y conseguirán reclutar a aquellos pequeño-burgueses que consideran la revolución como un pasatiempo para sus horas libres y que son incapaces de realizar el arduo y abnegado trabajo revolucionario en el seno de las masas. Nuestro partido, como partido proletario, trabaja y lucha por liberar lo antes posible a los trabajadores de toda forma de explotación; pero tiene perfectamente claro que la “rapidez” al modo trotskista, tendiente a negar las etapas ineludibles del proceso revolucionario, lejos de apresurarlo lo llevan a su derrota y estancamiento.

Nuestro partido, en cambio, no es ni una academia pequeño-burguesa dedicada a eternas discusiones, ni una federación de grupos de ideologías diversas y aun antagónicas en principios fundamentales. Somos monolíticos en cuanto a que nos orientamos por los principios del marxismo-leninismo y pensamos que los trotskistas, revisionistas y otras especies de oportunistas nada tienen que hacer en nuestro partido. No sacrificamos, por nada del mundo, estos principios al simple deseo de crecimiento cuantitativo. Creemos que el agrupar en un mismo partido a personas (peor aún a grupos) con ideologías opuestas, si bien puede facilitar inicialmente cierto crecimiento cuantitativo, es una bomba de tiempo que terminaría por destruir al partido. Y si se trata de un partido de esa especie, en buena hora que se destruya, porque de nada sirve a la revolución.

En nuestro partido se han agrupado personas que compartían ya previamente los principios fundamentales del marxismo-leninismo. Si alguien queda en él que represente otra ideología tiene sus días contados en nuestras filas. Por lo mismo, nuestras discusiones se refieren a la aplicación de dichos principios a la realidad concreta de nuestro país. Esta discusión es permanente en lo que respecta a la táctica que debe renovarse de acuerdo a circunstancias cambiantes. En lo que toca a la estrategia, es decir, a la línea del partido para un largo período, para una etapa revolucionaria, no nos enfrascamos en discusiones a cada momento, ya que esto paralizaría la acción que es la prueba más decisiva de la justeza o falsedad de una línea política. Para discutir la estrategia tenemos nuestros Congresos periódicos y sólo un nuevo Congreso —la reunión más representativa del partido— puede cambiar la línea política acordada por el anterior. En esto también, siguiendo el pensamiento de Lenin, somos monolíticos. Por lo mismo, no aceptamos que una minoría trabaje con una línea opuesta a la que la mayoría del Congreso aprobó. No aceptamos que en otros organismos o reuniones del partido que no sean los Congresos, grupos de militantes o dirigentes propugnen una línea contraria a la ya aprobada en esos torneos. Consideramos esto como un trabajo fraccional merecedor de la expulsión del partido.

El centralismo democrático y la unidad ideológica son los dos pilares en que descansa lo que Lenin llamaba la “voluntad única” del partido, indispensable para constituir una verdadera organización bolchevique. Sin esta “voluntad única” el partido revolucionario jamás podrá convertirse en la vanguardia de la clase obrera y el pueblo y menos aún dirigir su lucha revolucionaria para derrocar a los explotadores. El papel fundamental de los trotskistas, como agentes de la ideología pequeño-burguesa, es tratar de des-

componer a los partidos revolucionarios y liquidar su capacidad de lucha. Es por esto que se oponen al centralismo democrático y a la unidad ideológica de dichos partidos. Son estos conceptos fundamentales los que ellos pretenden calificar despectivamente, como monolitismo.

En vano se esforzarán los trotskistas en particular y la pequeña burguesía en general, tratando de introducir el cáncer del ultrademocratismo liberaloide en nuestras filas. Todos estos intentos se estrellarán con la unidad férrea de nuestro partido, unidad basada en los principios fundamentales del marxismo leninismo, unidad forjada en la defensa intransigente de dichos principios, como condición fundamental para el desarrollo y consolidación de una verdadera vanguardia proletaria.

¿Foquismo, terrorismo urbano o guerra popular?

Los dirigentes del MIR han pretendido amalgamar en el seno de su organización a todos los grupos de la pequeña burguesía que aspiran a establecer el “socialismo” en nuestro país a través de una *insurrección armada*. Como los que han acudido a su llamado son, en su mayoría, facciones de intelectuales provenientes del trotskismo, de los viejos partidos de “izquierda”, así como jóvenes ilusionados con el “castrismo”, anarquistas, etc., las dificultades para formular un programa siguen siendo aún insuperables. El mosaico ideológico existente, permite que cada cual piense lo que quiera sobre dicha insurrección armada, sobre la estrategia y táctica para establecer el socialismo. A pesar de esa nebulosa en el plano de las ideas, aspiran a dirigir a la clase obrera en una lucha frontal contra todos sus enemigos de clase.

Hablar de “insurrección armada” y no explicar qué se entiende por eso, no formular claramente la estrategia y tácticas a emplear en esa lucha, no deducirlas de un análisis previo de la situación concreta en que se desarrollará esa lucha, no precisar las contradicciones que se expresarán en ella, no distinguir el enemigo principal y los enemigos secundarios, soñar con embestirlos a todos al mismo tiempo, no pasa de ser una demagogia y una irresponsabilidad. La forma en que se organiza y se emprende una lucha armada representa siempre los intereses de clase de quienes la dirigen.

El MIR y otros grupos pequeño-burgueses se sienten profundamente identificados con los métodos de lucha insurreccional que triunfaron en Cuba. Es decir, el foco guerrillero y el terrorismo urbano. Eso es lo único claro que se deduce de sus documentos. Pues bien, esa teoría insurreccional —impulsada en toda América por los dirigentes de La Habana— es la más clara expresión del pensamiento y de los intereses de la pequeña burguesía. El terrorismo urbano prescinde de las masas, se basa en acciones aisladas que pueden ejecutar poquísimos individuos, no necesita del apoyo popular y se puede provocar daños al adversario sin adquirir compromisos con las amplias masas proletarias. Es la forma de lucha predilecta de los pequeño-burgueses, representa su individualismo y su temor a fundirse con el proletariado. Cualquiera de ellos está dispuesto a poner una bomba, pero poquísimos están dispuestos a ir a compartirla

con los obreros y campesinos las durezas de su vida y a aprender de ellos la conciencia de clase. La teoría del “foco guerrillero” tiene su raíz de clase. Parte del supuesto de que un grupo de revolucionarios pequeño-burgueses injertado de la ciudad en el campo —o mejor aún en la montaña— puede desarrollar acciones armadas capaces de aglutinar a las masas campesinas a su alrededor, de despertar la conciencia revolucionaria de todo el país y, por último, de ganar el poder. No se trata de ganar el apoyo de las masas para que ellas realicen su guerra de liberación sino, por el contrario, de hacer la guerra con pretensión de ganar así el apoyo de las masas. No se trata de elevar el nivel de lucha de las masas hasta que ellas sean capaces de generar su propio ejército, dirigido por la ideología del proletariado y por el partido del proletariado, sino de ganar el apoyo y la admiración de las masas a través de acciones heroicas, pero dejándolas en un plano secundario, en actitud de recibir lo que el grupo militarizado quiera darles al llegar al poder, sin posibilidades de determinar el futuro de la sociedad que genere esta lucha ni mucho menos de establecer una verdadera dictadura del proletariado. El grupo guerrillero sin dirección de un partido proletario puede alcanzar éxitos militares y aún, en determinadas circunstancias, puede eliminar un Gobierno impopular, pero al no estar controlado por el proletariado inevitablemente se transforma en un nuevo opresor.

La tendencia política “castrista” se caracteriza —según uno de los trabajos editados por el propio MIR (La Revolución Peruana de S. Condoruna)— por un “pragmatismo revolucionario elemental que elude la adhesión a una ideología plenamente sistematizada”. Esta tendencia se ha manifestado en casi toda la América Latina bajo el influjo de la revolución cubana y el MIR de Chile es sólo una de sus expresiones. El pretendido afán —manifestado una y otra vez— de “buscar un camino revolucionario para el socialismo basado en la propia historia y en la forja de un programa enraizado en la realidad nacional concreta”, lo único que oculta en el fondo es el deseo de sustraer la lucha revolucionaria de la ideología revolucionaria del proletariado, es decir, del marxismo-leninismo. Bajo la apariencia de una formulación nacionalista, trata, justamente, de eludir su adhesión a una ideología plenamente sistematizada; pretende restarle vigencia e importancia a las experiencias internacionales del proletariado, porque de ellas sólo puede deducirse la necesidad de crear un partido de la clase obrera, armado con la ideología marxista-leninista, capaz de movilizar revolucionariamente a las masas y de llevarlas a formar su propio ejército, de dirigir las en una amplia guerra popular y de destruir uno a uno a los enemigos de nuestro pueblo. Esto resulta intolerable para los trotskistas y muy poco atractivo para los demás pequeño-burgueses del MIR.

La teoría del “foquismo guerrillero” ya ha sido probada en la práctica de la revolución latinoamericana con resultados desastrosos. Las esperanzas de que el caso cubano vuelva a repetirse sólo pueden corresponder a una mentalidad ilusa. Ningún grupo armado puede alentar la pretensión de reducir la lucha a un simple enfrentamiento con el ejército de la burguesía de un solo país. La brutal intervención del ejército yanqui en la República Dominicana debe quitarles toda ilusión de una lucha rápida y de un triunfo fácil.

El imperialismo yanqui es el enemigo principal de todos los pueblos latinoamericanos, contra él tendrán que enfrentarse las fuerzas que quieran hacer la revolución en cualquiera de nuestros países. Es un enemigo poderoso y la única forma de derrotarlo será a través de una guerra popular, coordinada con todas las luchas de liberación de los pueblos oprimidos, con todas las luchas revolucionarias de nuestra América y en que las masas populares tengan todas las posibilidades de desarrollar sus enormes fuerzas potenciales y de aplicar a la realidad concreta de su país, los métodos de lucha sistematizados por los grandes revolucionarios de nuestra época.

La guerra popular se basa en la movilización revolucionaria de amplias masas, dirigidas por el partido del proletariado, en lucha por sus intereses concretos y con el claro objetivo de la conquista del poder. Enseña a las masas a apoyarse en sus propios esfuerzos y a despertar su ingenio creador para solucionar los problemas generados por su lucha. Conduce a las masas y les enseña a sistematizar sus experiencias para que ellas le sirvan de orientación y guía y las ayude a elevar el nivel de sus diversas formas de lucha. Enseña a las masas a atreverse a luchar contra un enemigo inicialmente más poderoso y a desarrollar sus propias fuerzas, concentrándolas para aniquilar al enemigo por partes, hasta alcanzar la superioridad que les permita aplastarlo definitivamente.

La guerra popular es la forma más desarrollada de lucha contra un enemigo poderoso. Ella es el fruto de una larga experiencia internacional en la aplicación del marxismo-leninismo. Los principios de la guerra popular, formulados por Mao Tse Tung, son la consecuencia lógica de la correcta aplicación del marxismo-leninismo a la lucha de un pueblo contra un enemigo superior en fuerzas militares. Esos principios han comprobado ser justos en la Guerra Anti-japonesa y en la larga guerra de liberación del pueblo chino, en la Guerra de Corea, en la guerra contra el fascismo librada por el pueblo soviético, y actualmente establecen su más definitiva comprobación en la Guerra del Vietnam. Es un tesoro del proletariado que sólo los irresponsables o los que nunca han pensado seriamente en la revolución pueden desecharlos o subestimarlos.

La guerra popular es una expresión de la ideología proletaria, así como el foquismo y el terrorismo urbano son la expresión de la ideología pequeño-burguesa. Nuestras diferencias con el MIR no son —como ellos pretenden— de adhesión y simpatías por tal o cual país, sino diferencias muy profundas que corresponden a las distintas clases que representamos.

Revisionistas y revolucionarios

La posición frente al revisionismo

Los ideólogos del MIR ya no parecen considerar necesaria la lucha contra el revisionismo y hasta se oponen que otros persistan en esa lucha. En su revista "Estrategia", Nº 7, de enero del presente año, enumerando ordenadamente

sus diferencias con el Partido Comunista Revolucionario dicen: “7º— Coinciden con el programa del revisionismo. Esta coincidencia los obliga a colocarse como simple dirección de recambio ante los militantes del Partido Comunista y los lleva —necesariamente— a exaltar la lucha contra la dirección Corvalán-Millas hasta colocarlo al mismo nivel que la lucha contra el imperialismo y la burguesía. *No saben establecer la diferencia de clase entre unos y otros*”.

Que nuestro programa coincida con el del Partido Comunista revisionista, sólo se le puede antojar a un paranoico o a un trotskista delirante. Nuestro programa es diferente y antagónico del programa revisionista en todos y en cada uno de sus puntos, en su concepción del Estado, de la lucha de masas, del camino para llegar al poder, del frente unido, etc. Esa tal coincidencia de programas no la puede creer nadie que los haya leído. Ni siquiera la cree la dirección del MIR, puesto que en su N° 2 de la misma revista “Estrategia”, pág. 14, dicen: “Debemos señalar que el Programa de Espartaco contiene algunas consideraciones y conclusiones que compartimos en líneas generales. En otra forma resultaría absurdo todo lo que hemos expuesto precedentemente. (Se refiere a una larga queja porque no nos uníamos con ellos. N. R.) Hay similitud de conceptos en los que se refiere a la apreciación de la realidad nacional, latinoamericana y mundial, en el juzgamiento del revisionismo contemporáneo, en la exposición sobre los métodos revolucionarios y las vías para llegar al poder, en la estimación del significado de las fuerzas armadas del pueblo y en la proclamación de la necesidad de un partido revolucionario de vanguardia”.

¿En qué quedamos al fin? Según “Estrategia” N° 2, nuestro programa es profundamente revolucionario y ellos lo comparten en gran medida. Según “Estrategia” N° 7, nuestro programa es idéntico al del Partido Comunista Revisionista. Nuestro programa no ha cambiado, exactamente el mismo proyecto de programa de Espartaco fue aprobado en el Congreso Constituyente del Partido Comunista Revolucionario. ¿Qué podemos pensar de los que hoy dicen una cosa y pocos meses después dicen exactamente lo contrario? ¿Qué seriedad de revolucionarios podemos reconocerles?

Sin embargo, del ridículo supuesto de que nuestro programa y el de los revisionistas es idéntico, el MIR deduce —en su “Estrategia” N° 7— que nuestro partido tiene que atacar —necesariamente— a los revisionistas, mientras que ellos aparecerían en libertad de hacerlo o no. Como si la lucha contra el oportunismo no fuera una cuestión de principios y como si esta lucha debiera dosificarse de modo que no haga demasiado daño al contendor.

Lo más significativo es que la dirección del MIR se duele de nuestro ataque a la dirección revisionista Corvalán-Millas y pretende que es un error nuestro colocar a estos renegados como enemigos de clase. Ellos pretenden dejar a los Millas y Corvalanes junto al proletariado, pretenden dejar a las direcciones revisionistas de todo el mundo dentro del frente de los pueblos. Eso es, precisamente lo que quiere el imperialismo; que aceptemos a sus agentes en nuestras organizaciones, que el proletariado los acepte en sus frentes de lucha y los conserve en la dirección de los organismos de masas. El imperialismo sabe, perfectamente que, mientras gran parte del proletariado organizado esté en manos de dirigentes revisionistas, la guerra popular será imposible, la movilización

revolucionaria de las masas será imposible. La historia reciente de nuestra América está llena de tristes experiencias de revolucionarios que creyeron posible emprender la lucha insurreccional sin eliminar primero la influencia de los revisionistas sobre las masas proletarias y algunos hasta los aceptaron como aliados. Muchos de ellos creyeron que sus divergencias con los revisionistas eran sólo de métodos y tácticas y que podrían arrastrar a las masas a la lucha armada con el estímulo de su ejemplo. Manuel de la Puente Uceda, en el Perú, Fabricio Ojeda, en Venezuela, y junto a ellos centenas de guerrilleros fueron abandonados, traicionados y delatados por los revisionistas. Su martirio fue estéril y el proletariado de sus respectivos países no quedó organizado y en pie de lucha contra sus opresores, sino golpeado y desconcertado. Plantear ahora, después de estos lamentables ejemplos, la convivencia con el revisionismo, negarse a luchar hasta el fin con estos renegados y traidores del movimiento obrero y hablar, al mismo tiempo, de vía insurreccional es o una estupidez sin límites o una canallada.

Sin embargo, la dirección del MIR nos critica nuestra lucha consecuente contra los revisionistas y propugna que los consideremos hermanos de clase. De hecho, ellos han dosificado su combate contra el revisionismo en el plano nacional mientras apoyan el neutralismo, en la lucha entre marxistas-leninistas y revisionistas, en el plano internacional. Para justificar este cambio en su línea política, que se adapta a sus nuevas vinculaciones internacionales, ellos tienen que atacar y desacreditar la lucha contra el revisionismo. En su nueva posición, ellos no sólo parecen dispuestos a convivir con los revisionistas sino a transformar la lucha contra éstos, en una especie de “emulación pacífica” en la que esperan ganar la simpatía de las masas con sus posiciones “más radicales”. En el mismo número de “Estrategia”, pág. 19, dicen: “La progresiva radicalización de los trabajadores arrojará a los militantes socialistas y comunistas a liberarse del oportunismo para construir un movimiento auténticamente revolucionario marxista-leninista”. O sea, dejamos tranquilos a los Corvalán, Millas y Volodías, que las bases socialistas y comunistas vendrán a nosotros por su propia y espontánea radicalización. ¿Qué clase de revolucionarios son éstos, que renuncian a la lucha contra el oportunismo y hasta combaten a los que la realizan? ¿Cómo esperan que se produzca la radicalización de los trabajadores si rechazan la lucha ideológica contra el revisionismo?

Quienes pretendan organizar a las masas proletarias para llevarlas a enfrentar a sus opresores hasta arrebatarles el poder a través del único camino posible, que es la guerra popular, no pueden cumplir sus objetivos sin eliminar la influencia revisionista sobre el proletariado, sin luchar ideológicamente con ellos hasta desenmascararlos totalmente como enemigos de la clase obrera, como agentes de la burguesía, encargados de paralizar las luchas proletarias y acomodar a los explotados a la convivencia con sus explotadores.

La maquinaria del revisionismo es poderosa en nuestro país; cuenta con un buen número de parlamentarios, con miles de funcionarios, regidores y dirigentes sindicales, con una aristocracia obrera corrompida y aburguesada por ellos, con periódicos de amplia distribución nacional y con el apoyo franco o encubierto de las autoridades y los patrones. Ellos cumplen una tarea funda-

mental para la conservación de la dictadura de la burguesía y la dominación imperialista. Ellos se encargan de mantener dentro de los límites de la legalidad burguesa todos los conflictos entre trabajadores y empresas. Ellos alientan en el proletariado la esperanza de resolver sus problemas a través del reformismo y de las alzas periódicas de salarios. Ellos promueven la colaboración con la Democracia Cristiana, a cambio de las granjerías que obtienen en el comercio con el bloque soviético. Ellos son una palanca importante del régimen; constituyen la oposición necesaria y deseable de la dictadura burguesa. Es absurdo y utópico pensar en una movilización revolucionaria de las masas de nuestro país sin destruir al mismo tiempo la maquinaria del revisionismo, sin eliminar totalmente su influencia en el proletariado.

El MIR, en cambio, nos critica esta posición justa de combatir al revisionismo implacablemente ¿Qué vía insurreccional es la que estos “extremistas de izquierda” pretenden dejando a las masas en manos del revisionismo? Todas sus especulaciones, típicamente pequeño-burguesas, para analizar la situación de los trabajadores y sus esperanzas de que las bases socialistas y comunistas cambien la línea de sus partidos y sigan una “conducta insurreccional clara y consecuente”, pretenden ignorar como actúa la burocracia revisionista y la imposibilidad que tienen las bases de influir y mucho menos cambiar la línea impuesta por sus dirigentes. En el fondo, no es sino una manera de camuflar su determinación de no luchar contra el revisionismo y de adaptarse a la situación existente. Quieren ser admitidos por los revisionistas en la CUT, participar en la dirección de la OLAS, sentarse a la mesa de “los grandes” de la izquierda tradicional aunque sea como una especie de hermano menor, rebelde y colérico que escandaliza a las tías con su verborrea insurreccional.

En el mismo número de enero de su revista “Estrategia”, pág 16, el MIR se queja amargamente por los ataques que “El Siglo” les ha dedicado y dicen: “*Prefieren romper la unidad de la izquierda* y abrir camino a los grupos burgueses del radicalismo o de la Democracia Cristiana, antes de permitir un paso adelante del MIR”. Y, sintiéndose injustamente combatidos por los revisionistas, agregan: “Estas maniobras divisionistas y sectarias que rompen la unidad que fortalece al movimiento obrero y popular, deben ser denunciadas por nuestros militantes y por el MIR, en defensa del interés de los trabajadores y de la lucha por la revolución socialista”. Está claro su interés de unirse con los revisionistas y hasta esperan que de esta unión el proletariado resulte más fortalecido. En tal comparsa desean luchar por la revolución socialista.

La posición ante Cuba

A pesar de sus reiteradas afirmaciones de independencia, el MIR, pretenden erigirse en uno de los tantos representantes extraoficiales de la línea cubana. No puede aspirar a más, porque la representación oficial y los contactos directos del P. C. Cubano están en manos de la dirección del Partido Comunista Revisionista. Sus relaciones con el grupo dirigente cubano tienen que ser mantenidas con el sigilo de los amores ilícitos y aún compartir el concubi-

nato con el Partido Socialista y otros grupos menores, incluso con el grupo de locutores que dirigen la revolución chilena desde Radio Habana. Pero su devoción ideológica es total. En su declaración de principios dicen textualmente: “El MIR proclama su apoyo a la revolución cubana por entender que *sus métodos de lucha insurreccional*, liquidación de la oligarquía y burguesía nacionales, actitud antiimperialista y *formas de construcción del socialismo*, incluyendo sus propósitos de no permitir el sectarismo ni el burocratismo, constituyen un ejemplo para la conducción de los revolucionarios del continente” (los subrayados son nuestros. N. R.).

La Revolución Cubana ha tenido una influencia enorme en el desarrollo de la lucha de nuestros pueblos. Por primera vez, en América Latina, fuerzas armadas apoyadas por el pueblo, fueron capaces de derrotar y destruir a un ejército profesional y un régimen corrompido apoyado por el imperialismo yanqui. Por primera vez, un gobierno latinoamericano fue capaz de enfrentarse a la furia imperialista, derrotarlos en Playa Girón y sintetizar su práctica revolucionaria en un documento valioso para la lucha latinoamericana, como fue la Segunda Declaración de La Habana. Por eso mismo, por el cariño y la admiración que la Revolución Cubana se ha ganado entre las masas proletarias de todo el continente, las acciones y declaraciones de sus dirigentes, así como su posición en el plano internacional y el camino que han elegido para la construcción del socialismo tienen que ser cuidadosamente analizados por los revolucionarios latinoamericanos. Las revoluciones triunfantes deben ser estudiadas con minucioso espíritu crítico por quienes aspiren a dirigir la lucha de sus pueblos. Hay que aprender de sus éxitos y de sus errores, y ninguna revolución deja de tener ambos aspectos en su desarrollo. La admiración ciega y bobalicona no presta ningún servicio al proletariado ni puede orientarlo en la larga y compleja lucha con sus enemigos de clase. Sin embargo, los incondicionales de los dirigentes cubanos —entre los que se cuenta la dirección del MIR— pretenden negar siquiera el derecho a discutir la posición de estos dirigentes y su acción directa en la política de nuestro país. Su argumento preferido es que no tenemos derecho a criticar a los héroes de la Sierra Maestra, los que no hemos hecho una revolución. Esto es ridículo e infantil. Es un argumento típicamente dogmático, que pretende excluir a los héroes y a los dirigentes victoriosos de todo proceso dialéctico, de toda posibilidad de cambios y error. Lenin no hubiera tenido derecho a criticar a Kautzky que fue un brillante dirigente marxista e hizo aportes notables a la teoría revolucionaria antes de convertirse en un renegado; no podríamos juzgar a Tito de Yugoslavia, que fue un héroe de la lucha antifascista para venir a parar en un traidor de la causa proletaria y en un aliado del imperialismo, y los ejemplos de a historia se pueden multiplicar hasta el infinito. Cuanto más grandes son los méritos de un dirigente revolucionario, mayor es su responsabilidad y más grandes son los daños que pueden acarrear sus errores.

Nosotros tenemos críticas serias que hacer a los dirigentes cubanos y consideramos un deber y una responsabilidad ineludible el formularlas claramente, así como nos parece del más detestable oportunismo pequeño-burgués el silenciar las críticas para no perder el caudal político que ganó con justicia la

Revolución Cubana, entre nuestro pueblo durante todo aquel período en que el imperialismo yanqui la consideraba su peor enemigo.

Le criticamos: 1º) El haber perdido su línea justa e independiente, mantenida hasta la crisis del Caribe, y haber cedido a las presiones del revisionismo soviético; lo que ha quedado de manifiesto al prestarse como sede a la reunión de los 22 partidos revisionistas de América Latina, en 1964, reconociendo fila junto a toda la carroña oportunista, entreguista y degenerada del revisionismo latinoamericano y firmando con ellos un pacto de unidad en contra de los revolucionarios; el haber asistido a la reunión escisionista de Moscú, en 1965, y el organizar un sorpresivo e injustificado ataque en gran escala contra China, en la víspera de la Conferencia Tri-Continental. 2º) El haber planteado el cese de la polémica pública entre marxistas-leninistas y revisionistas arguyendo que la lucha ideológica “podía esperar diez años” y que la defensa de los principios era “bizantinismo”. Esta tesis, del más profundo oportunismo, está en abierta contradicción con el espíritu de la Segunda Declaración de La Habana. Un deber fundamental de los revolucionarios es sembrar las ideas revolucionarias, el cese de la polémica pública pretendía prohibir las ideas revolucionarias en beneficio de la supervivencia del revisionismo y para beneplácito del imperialismo y los reaccionarios. 3º) El fomentar para toda Latinoamérica una línea de lucha armada aventurera, basada en el “foco” guerrillero pequeño-burgués, injertado de la ciudad en el campo, a espaldas de las masas y en su reemplazo, mientras alienta y ayuda a los revisionistas para que conserven su control sobre las masas organizadas. 4º) El haber firmado su máximo dirigente, Fidel Castro, una declaración conjunta con Luis Corvalán, jefe de la camarilla de renegados que dirige el revisionismo criollo, manifestando que existía total identidad en sus puntos de vista. Este fue un golpe a mansalva a los revolucionarios chilenos, pero, principalmente, fue un golpe al prestigio de la Revolución Cubana y una abierta traición a la Segunda Declaración de La Habana. Fue el acto más hostil que pudo imaginar la dirección cubana contra los que defendíamos y difundíamos ese documento para unirse a los que lo ocultaban, la denigraban y se oponían a él. Los revolucionarios tenemos que deducir que, si la dirección cubana tiene identidad de puntos de vista con Corvalán, nada tiene que ver con nosotros ni con los intereses del proletariado y de la revolución chilena. 5º) El haber impuesto en la preparación de la Conferencia Tri-Continental una línea organizativa, oportunista para América Latina, con exclusión de los partidos y organizaciones revolucionarias y con estricta inclusión de los revisionistas. En los hechos, la dirección cubana prestó grandes servicios al revisionismo internacional, ayudándolo a preparar la escisión del movimiento afro-asiático, y muy pocos servicios a la revolución latinoamericana. El imperialismo yanqui puede estarle agradecido. Los postulados revolucionarios aprobados en aquella conferencia sólo servirán para ayudar a camuflar a los enemigos de la revolución. La OLAS, el organismo ideado para propagar dichos postulados y promover su ejecución, a lo sumo se convertirá en una central latinoamericana del revisionismo. 6º) El oponerse sistemáticamente a los partidos marxistas-leninistas de América Latina, llegando hasta el ataque directo dentro de ellos y recurriendo a la intriga, la conspiración y el soborno para des-

componerlos y organizar el fraccionismo contra sus directivas. Pueden dar fe de sus incansables maquinaciones, los camaradas colombianos, dominicanos, guatemaltecos, peruanos, brasileños, argentinos y nosotros mismos.

Estas son algunas de las principales críticas que formulamos a los dirigentes cubanos y que debemos hacer públicas porque corresponden a acciones concretas que perjudican gravemente el desarrollo de nuestra lucha revolucionaria. Los dirigentes del MIR, en cambio, comparten plenamente las posiciones y los actos de los dirigentes cubanos. No es difícil comprender, entonces, su desagrado por nuestra permanente lucha contra el revisionismo criollo e internacional.

El origen de clases pequeño-burgués de la dirección del MIR y de gran parte de su militancia, explica su devoción por los dirigentes cubanos, su posición y sus métodos. Allí se han realizado todos sus sueños. El grupo trotskista del MIR bate palmas porque Cuba “por decreto” se declaró socialista de una vez. No les interesa analizar objetivamente qué tipo de socialismo se está desarrollando en Cuba; no les afecta saber que la mayoría de las tierras cubanas están en manos de pequeños propietarios que explotan mano de obra ajena; que no se están desarrollando formas socialistas de producción en el campo sino consolidando las formas capitalistas; que la burguesía no ha sido desplazada de los puestos dirigentes en el aparato burocrático y en los organismos culturales y que, por el contrario, ella se afianza y gana posiciones sobre los instrumentos del poder.

Consideran ejemplar la línea de construcción del socialismo cubano y no se detienen a pensar si corresponde a los intereses del pueblo revolucionario de Cuba una construcción económica basada en la “división internacional del trabajo” dirigida por Moscú, que deja a Cuba como simple productora de azúcar y en total dependencia de los soviéticos, en lugar de construir una economía diversificada, capaz de abastecerla de los alimentos y productos esenciales; si es justo depender de la ayuda externa y de mercados lejanos cuando se vive en peligro de un bloqueo total del imperialismo yanqui, o si esa actitud corresponde a la ilusión de una larga coexistencia pacífica con el imperialismo.

Los marxista-leninistas sabemos que la revolución mundial no camina en línea recta, que ella tiene avances y retrocesos. Sabemos que el proletariado tiene una dura y difícil tarea para imponer la sociedad sin clases del futuro. Sabemos que a los enemigos tradicionales de clase se suman nuevos grupos surgidos del propio desarrollo de la lucha. Las experiencias de los últimos decenios nos han enseñado que, aún después de conquistado el poder y establecida la dictadura del proletariado, la lucha de clases continúa sin cuartel y la burguesía desarrolla nuevos brotes aún en el seno de la dirección proletaria. Por eso mismo, nuestra actitud tiene que ser de análisis y crítica permanentes si queremos ser fieles a la causa proletaria y fieles al comunismo. No podemos sacrificar los principios para acomodarnos a las circunstancias. Los aventureros e irresponsables pueden hacerlo.

La actitud ante China

La dirección del MIR, luego de reconocer que “nuestra apreciación de la realidad nacional, latinoamericana y mundial” era justa (“Estrategia” N° 2), nos atacan ahora por mantenernos fieles a esa posición. En su revista “Estrategia” N° 7, dicen, refiriéndose a nuestro partido: “Copian y aceptan servilmente las posiciones del Partido Comunista Chino y creen —con fe metálica y cerrando los ojos ante los virajes bruscos del pekinismo— que esta es la palanca esencial para la construcción del partido revolucionario, olvidan que no es la obediencia ideológica ni el copismo carente de crítica frente al Partido Comunista de China el factor esencial para la construcción de un partido marxista-leninista, sino que el propio esfuerzo realizado en la realidad nacional concreta la llave maestra que condiciona la formulación del programa y de la orientación revolucionaria de cada país”.

La cantinela no es nueva, la ha usado la burguesía desde 1917 para oponerse al marxismo-leninismo, a la revolución proletaria y al internacionalismo proletario. Lo que resulta notable es que estos “extremistas de izquierda” — como ellos mismos se proclaman— aparezcan ahora esgrimiendo estos argumentos en contra nuestra, pretendiendo desconocer el carácter internacional de la revolución proletaria y el apoyo y la solidaridad estrecha que deben prestarse mutuamente los revolucionarios.

La acusación de seguidismo incondicional que pretenden endilgarnos los del MIR, no puede afectarnos en lo más mínimo. Justamente, por no ser seguidistas, por mantener una permanente actitud crítica y una firme posición de principios, una gran parte de nuestros militantes, abandonaron el viejo Partido Comunista para crear un partido auténticamente revolucionario. Por eso mismo, nos unimos y reforzamos cada día nuestra unidad con los marxista-leninistas de todo el mundo, con los que siguen fieles a esos principios, así como abandonamos, rechazamos y combatimos a los que se desvían de ellos, a los que se oponen a la teoría revolucionaria del proletariado.

China bajo la dirección del pensamiento de Mao Tse-Tung es la principal base de apoyo de la revolución mundial antiimperialista. Su gran Partido Comunista se ha mantenido fiel al marxismo-leninismo, ha rechazado todas las presiones internas y externas para que se acomodara a la coexistencia con el imperialismo y aprovechara su gran poderío en una línea de chauvinismo de gran potencia, según el ejemplo soviético; por el contrario, ha persistido en su línea revolucionaria proletaria y decididamente antiimperialista. China ha apoyado todos los movimientos revolucionarios y a todos los pueblos oprimidos en su lucha por la liberación, llegando incluso a grandes sacrificios como en la Guerra de Corea. Se mantiene firme de pie ante el imperialismo yanqui, que la reconoce como su enemigo principal. Su línea de construcción del socialismo, basada en el principio de apoyarse en los propios esfuerzos y destinada a preparar las bases económicas, sociales e ideológicas del comunismo, se ajusta por entero a las ideas de Marx, Engels y Lenin y a las aspiraciones de todos los proletarios del mundo para construir una sociedad sin clases ¿Qué razones podríamos tener para no apoyarla con la más firme y completa decisión?

En los momentos en que el imperialismo yanqui y el revisionismo soviético se coluden para aislar y atacar a China con la más desenfundada campaña de calumnias y acciones hostiles, coreados por los reaccionarios de todo el mundo, ¿cómo y por qué motivo podríamos silenciar nuestro apoyo? ¿Qué clase de revolucionarios seríamos si no expresáramos públicamente, con todos los medios a nuestro alcance, la más estrecha solidaridad con la República Popular China?

No nos extraña, eso sí, que la dirección del MIR le reste su minúsculo apoyo. La Revolución Cultural que se está desarrollando en China, ha desencadenado una reacción en cadena de toda la pequeña burguesía vacilante y oportunista. Una revolución como la china, que persiste en su línea proletaria, que lanza una gran ofensiva contra las posiciones burguesas dentro del socialismo, les quita de una vez los deseos de recorrer ese camino. De allí su devoción repentina por el “neutralismo”, por la “tercera posición” entre marxista-leninistas y revisionistas. Es la posición elegida por los que se oponen a China y a la revolución proletaria y buscan una careta para ocultar públicamente su real afecto por el revisionismo. Cualquiera que observe el desarrollo de los acontecimientos verá que los “neutralistas” cada día se separan más del frente revolucionario para acercarse más al frente revisionista, así como el revisionismo cada día se acerca más al imperialismo para unirse a él y confundir con él sus intereses en contra del proletariado internacional y de los pueblos oprimidos. No es casual que así ocurra. El desarrollo de la lucha de clases en el plano internacional va uniendo todas las fuerzas antiproletarias en la misma medida en que el proletariado eleva el nivel de su lucha, de su unidad internacional y el desarrollo de sus inmensas fuerzas potenciales. La guerra de liberación del pueblo sudvietnamita, la Revolución Cultural China y el reagrupamiento de los marxista-leninistas son acontecimientos que marcan un avance indudable de las fuerzas, proletarias contra el imperialismo y la burguesía. Ante esos acontecimientos, el frente anti-proletario también se unifica y se consolida. Las diferencias por intereses secundarios entre revisionistas, imperialistas y “neutralistas”, desaparecerá poco a poco frente a sus intereses fundamentales de clase. La Guerra de Vietnam no ha separado a la camarilla dirigente de la URSS de los gobernantes de Washington sino que los ha unido más. En los últimos días de febrero del presente año, un cable de la UPI fechado en Washington, daba cuenta del optimismo que reinaba en las esferas oficiales del imperialismo ante las “gestiones de paz” de los soviéticos y citaba a un alto funcionario norteamericano declarando que: “las acciones militares de Estados Unidos combinadas con los esfuerzos diplomáticos de la URSS llevarían a Hanoi a la mesa de las conversaciones”. No puede pedirse unidad más completa para forzar a un pueblo a rendirse y a aceptar las condiciones del agresor.

La Revolución Cultural China ha servido, asimismo, para definir con mayor precisión los campos del proletariado y de sus enemigos de clase en el plano internacional. Ella ha mostrado el verdadero rostro de los que se le oponen, ha dejado en descubierto su identidad de intereses y su común temor a la acción de las masas, al comunismo y a la revolución proletaria.

Los intereses del pueblo chileno, como de todos los pueblos dominados por el imperialismo yanqui, están fuertemente entroncados con la lucha que libra el pueblo chino, contra el imperialismo y el revisionismo, así como están ligados con la lucha del pueblo vietnamita y de todos los pueblos que se atreven a emprender su guerra de liberación. La revolución chilena tendrá que enfrentar los mismos enemigos que enfrentan el pueblo chino y el pueblo vietnamita. Igual que ellos tendrá que librar una guerra sin cuartel contra los que oprimen a los pueblos y contra los que desarman a los pueblos. La solidaridad y el apoyo internacional a los que están en la primera fila del combate no pueden ser postergados por los revolucionarios con el sofisma de una actitud puramente nacional —como pretende el MIR— a menos que no se piense luchar jamás contra el imperialismo yanqui y que tras esa actitud se esté ocultando la decisión de traicionar a la revolución y al proletariado de nuestra patria.

Los comunistas revolucionarios consideramos parte de nuestra tarea política defender a la República Popular China, de los ataques combinados del imperialismo, el revisionismo y los reaccionarios, exactamente los mismos enemigos de nuestro pueblo, así como divulgar entre las masas el pensamiento de Mao Tse-Tung, el arma más afilada que tiene el proletariado de nuestra época para agruparse, liberarse de sus opresores, imponer sus intereses de clase en el socialismo y preparar las condiciones económicas, sociales e ideológicas para el comunismo.

Nuestra realidad nacional

La preocupación fundamental de nuestro partido es conducir a las masas populares chilenas a la conquista del poder y a la derrota sucesiva de todos sus explotadores. Para ello aplicamos la verdad universal del marxismo a la realidad concreta de nuestro país. No nos dejaremos seducir por ninguna de las ideologías pequeño-burguesas que circulan, llámense trotskismo o “castrismo” y rechazaremos, firmemente, la influencia que la burguesía intenta introducir en las filas proletarias a través del oportunismo revisionista.

Nuestra organización, desde sus comienzos, ha tenido una intensa preocupación por estudiar nuestra realidad nacional. El Programa del Partido Comunista Revolucionario, es el primer programa marxista-leninista que se edita en Chile. En él, junto con plantear las transformaciones económicas, políticas y sociales de cada etapa revolucionaria y la estrategia y táctica revolucionaria que corresponden a un país como el nuestro, por primera vez se intenta analizar las clases sociales existentes en Chile, así como caracterizarlo y establecer sus relaciones con el movimiento internacional revolucionario en la época contemporánea. Junto al Programa hemos editado decenas de folletos, una revista teórica y numerosos periódicos regionales y uno nacional. Creemos que ningún partido político ha editado la cantidad de folletos sobre problemas nacionales que ha publicado el nuestro y, desde el punto de vista marxista, son, sin duda, los únicos.

Creemos, sin embargo, que los principales aportes teóricos y prácticos a la revolución chilena no saldrán fundamentalmente de un conocimiento libres-

co de nuestro país, sino del desarrollo de la propia lucha revolucionaria que dirigirá nuestro partido. Pensamos, sin embargo, al mismo tiempo, considerando el importante reagrupamiento de cuadros revolucionarios salidos de las masas y de los viejos partidos de "izquierda" que se ha producido en corto tiempo en torno a los planteamientos del Partido Comunista Revolucionario, que nuestro Programa y nuestra línea política son justos en todos sus aspectos fundamentales.

La justeza de nuestros planteamientos nos ha permitido crear, por primera vez en la historia de Chile, un partido comunista marxista-leninista. Sólo nos resta llevarlos hacia las masas, con las cuales el partido está logrando importantes vínculos. Sólo las masas y su lucha revolucionaria pueden ratificar el que estamos en la razón.

www.cepchile.cl

Partido Socialista: Principios orgánicos del Partido Socialista de Chile

(1970)

1. Fundamentos políticos

El sistema capitalista se sustenta en la explotación y dominio de la burguesía sobre la clase obrera. Los capitalistas se apropian de la riqueza producida por los trabajadores y con ellos generan el antagonismo irreconciliable entre explotados y explotadores: La lucha de clases. El desarrollo de la economía capitalista agrava las contradicciones insolubles que corroen al sistema, profundizando y ampliando la lucha de las masas hasta culminar inevitable y necesariamente en la conquista del poder y la instauración del socialismo.

El marxismo, junto con descubrir las leyes que rigen la economía capitalista, expresa que en el cambio de la sociedad capitalista le corresponde a la clase trabajadora, especialmente al proletariado, la misión de derrocar a la burguesía dominante y construir una sociedad socialista terminando para siempre con la explotación del hombre por el hombre. En esta lucha contra el orden establecido los trabajadores necesitan construir su propio partido de clase como instrumento organizador y guía de su acción revolucionaria.

Marx y Engels, uniéndose sus concepciones teóricas a la práctica revolucionaria, determinaron las características generales que debía poseer el partido vanguardia de los trabajadores. Lenin, organizador del primer partido que fue capaz de derribar el sistema capitalista e iniciar la construcción de una sociedad socialista, sistematizó y desarrolló el papel dirigente del partido en la lucha de clases y fundamentó sus principios orgánicos y normas de vida interna. El conjunto del pensamiento de los fundadores del Socialismo Científico y el aporte legado por el conductor máximo de la Gran Revolución Socialista de Octubre constituyen la ideología Marxista-Leninista, base teórica y práctica; de la lucha de los trabajadores por su liberación económica y social.

Los principios orgánicos del Partido Socialista tienen sus raíces en todo este legado del movimiento obrero y en la experiencia histórica de los partidos de la clase trabajadora de todo el mundo.

La base fundamental de sustentación de la organización del partido es de orden político. Su fuerza orgánica está en relación directa a su capacidad de expresar y representar correctamente los intereses históricos y las aspiraciones concretas de la clase obrera y demás clases explotadas de Chile. La aplicación de una política consecuente con los principios y con el programa partidario es

un elemento esencial para su desarrollo y afianzamiento organizativo. Difícilmente se logrará una alta cohesión interna, una firme disciplina y un gran espíritu de lucha, si la política y la vida partidarias son fuentes de frustraciones de los militantes y de los propios trabajadores. Por el contrario, se estimulará la organización si en las múltiples facetas de la lucha política y en las grandes y pequeñas acciones partidarias se manifiesta su carácter de auténtica Vanguardia Revolucionaria de los trabajadores.

No obstante lo dicho, es indispensable *la organización*, es decir, la estructuración y sistematización de la vida interior y exterior del partido para alcanzar una mejor eficiencia en la acción y fines partidarios. La organización es el único medio de hacer efectiva la lucha del partido.

2. Objetivos del Partido Socialista

El Partido Socialista, de acuerdo con su doctrina, sus principios marxistas-leninistas y sus objetivos políticos es una organización revolucionaria que expresa y representa los intereses históricos de la clase obrera y de las masas explotadas de Chile. En tal condición más que una simple agrupación de personas que aceptan una doctrina, es un organismo vivo de acción que dialécticamente el pensamiento, la voluntad y la actividad de sus miembros para impulsar la transformación violenta de la sociedad capitalista chilena.

El Partido Socialista es la Vanguardia Revolucionaria de la clase obrera. En tal condición, su tarea es organizar y conducir la acción de los trabajadores para derribar el régimen vigente, conquistar el poder y construir una sociedad socialista. Como Vanguardia de las clases explotadas, es su destacamento más avanzado, resuelto, dinámico y consciente en la conducción y desarrollo de las luchas diarias y permanentes de las masas contra el sistema actual.

3. Carácter del partido

Los objetivos que persigue el Partido Socialista y la aceptación y utilización integral de la ideología marxista para alcanzarlos, determinan su naturaleza orgánica, esencialmente revolucionaria.

Debe dirigir la lucha contra el orden establecido y las clases que defienden ese orden; contra los instrumentos e instituciones creadas por esas clases para mantener su sistema opresor (Estado y partidos burgueses, ejército, policía, Iglesia, etc.), y también contra la influencia ideológica de la burguesía que, como clase dominante, impone su filosofía egoísta de la vida, de la sociedad y de las relaciones entre los hombres. Concretamente, el Partido Socialista tiene que enfrentarse contra el sistema de explotación y miseria existentes y a la vez luchar por incorporar a los propios trabajadores a la acción contra el régimen que les oprime material y moralmente. Debe educar a las masas desarrollando su conciencia de clase y *revolucionaria* para que sean capaces de conquistar su liberación.

En consecuencia, es un partido que tiene una teoría y una doctrina revolucionarias; métodos y acción práctica igualmente revolucionarios. Su sola existencia le da tal carácter: se constituyó para destruir el orden existente y construir una nueva sociedad. Es una organización en sí misma revolucionaria.

4. El deber de trabajo del militante socialista

La simple aceptación intelectual de los principios del partido no basta para ser militante, si esa disposición no va unida a la actividad socialista. La tarea histórica de hacer triunfar el socialismo no puede ser realizada por un partido cuyos miembros no se integren efectivamente al quehacer socialista.

El partido no cumple su misión si tolera que sus miembros no hagan vida política orgánica regular y permanezcan ajenos a las luchas de masas. Sólo una organización en la cual cada militante conozca y acepte cabalmente sus principios, su programa y su política y esté dispuesto a ejecutar las tareas, obligaciones y sacrificios que imponga la lucha, puede considerarse realmente la Vanguardia de la clase obrera.

El Partido Socialista, para ser capaz de llevar a los trabajadores al poder y al socialismo, debe esforzarse por tener miembros verdaderamente activos, poseedores de una férrea y consciente disciplina, de una alta conciencia política, de un gran espíritu de lucha y sacrificio y de una intachable honestidad personal.

Por lo tanto, para ser militante del partido con plenos derechos, es indispensable e ineludible: cumplir las formalidades de ingreso, hacer vida regular en un organismo de base; pertenecer a un frente de masas; desarrollar la actividad que los organismos determinen y cumplir los deberes y obligaciones que establezca en particular el Estatuto.

5. La ayuda económica al partido

El trabajo tendiente a financiar la actividad y el desarrollo del partido constituye un deber orgánico fundamental.

Actualmente, las fuentes de financiamiento del partido son: las cuotas de sus militantes; la ayuda de algunos amigos del socialismo y, fundamentalmente, el porcentaje descontado a la dieta de los parlamentarios;

Con estos aportes, provenientes en su gran mayoría de asalariados de bajos ingresos, el partido no está en condiciones de atender obligaciones como la profesionalización obligada de sus cuadros dirigentes nacionales, medios y de base; la mantención de activistas; la propaganda, las publicaciones, escuelas de educación política, etc.

Debe agregarse que en el partido no hay conciencia cabal de que el financiamiento de su actividad es una tarea política de primer orden que exige una preocupación esencial. El partido y sus organismos directivos, de arriba hacia abajo, tiene que ubicar entre sus obligaciones políticas primordiales el financiamiento de la actividad partidaria.

En cuanto a los militantes en particular, deben comprender que el aporte económico es una tarea consustancial a la militancia.

Mirado así el problema, no se puede aceptar que el militante entregue sólo aquello que le implica poco o ningún sacrificio. Mayor fuerza tiene este punto de vista para quienes tienen ingresos más altos.

La militancia del partido es *un honor* que impone sacrificios de todo orden. El estímulo para una política de esta naturaleza debe partir de los niveles representativos partidarios.

Por ejemplo, algunos cargos que logran determinados militantes en la lucha social (parlamentarios, regidores, dirigentes gremiales, funcionarios, asesores, profesionales, etc.), conducen involuntariamente a quien los desempeña a situaciones de privilegio. Y posibilitan la asimilación a ciertas formas de vida burguesa. El partido, junto con velar por la integridad revolucionaria de estos militantes, debe lograr que esa nueva situación no los coloque en una posición privilegiada. En este sentido, las rentas que se perciban por la condición de mandatarios, por honorarios profesionales obtenidos directamente a través del partido y algunas ventajas que puedan derivarse de la condición de dirigente gremial, *deben considerarse como bienes del partido* y, por lo tanto deben ser percibidos por la organización, entregando ésta a cada cual lo que le sea efectivamente necesario para desenvolver su actividad.

Por lo tanto, las cotizaciones regulares, la realización obligada de campañas económicas anuales, la instalación de empresas y toda iniciativa que tienda a permitir un financiamiento partidario, deben considerarse como *problemas fundamentales del partido* y no sólo una materia contingente a una secretaría de finanzas.

6. Centralismo democrático

Los partidos marxistas han buscado una síntesis entre el derecho y la libertad de cada cual para exponer y luchar por sus puntos de vista personales y la necesidad de centralizar y coordinar esas posiciones individuales haciéndolas converger a una acción común homogénea y eficaz. Este es el principio fundamental de las relaciones internas llamado Centralismo Democrático. *Es una fusión de la centralización jerárquica de la actividad partidaria y de la democracia interna.*

La *centralización* es la entrega y concentración de la autoridad en organismos superiores para que dirijan la organización, la representen, dispongan la forma de aplicar los acuerdos.

La democracia interna es el derecho del militante de intervenir, exponer y luchar por sus propios juicios en la determinación de todos los objetivos y cuestiones del partido. Su esencia consiste en “que en todos los asuntos del partido participen directamente o a través de sus representantes todos los afiliados con plena igualdad de derechos y sin excepción alguna; además, todos los funcionarios del partido son electivos, rinden cuenta periódicamente y se renuevan” (Lenin). La democracia interna conserva el derecho inalienable del militante de

exponer y defender su propio pensamiento a través de la discusión interna, desarrollada de acuerdo con las normas establecidas para ejercer esos derechos.

Concretamente, pues, el Centralismo Democrático significa:

- elección de todos los organismos dirigentes de abajo hacia arriba;
- rendición de cuentas de los organismos dirigentes a quienes le entregaron su mandato;
- estricta disciplina; obligatoriedad de los acuerdos de los organismos superiores para los inferiores;
- subordinación de la minoría a la mayoría y respeto mutuos.

Una vez resuelto mayoritaria o unánimemente el problema en cuestión, acordado el camino a seguir, se entregará a los organismos dirigentes, también designados por los militantes, la responsabilidad de ejecutar los acuerdos tomados.

Desde ese momento corresponde obedecer y cumplir el mandato y las instrucciones emanadas de las autoridades políticas del partido. Ningún militante, cualesquiera que sean sus razones, su antigüedad, los cargos representativos que haya alcanzado en la jerarquía que anteriormente pudo tener en el partido, podrá actuar por encima de los organismos partidarios.

La conjugación de los conceptos antagónicos que conforma el Centralismo Democrático (el derecho individual y la acción impositiva colectiva) surge como una necesidad imperiosa de enfrentar consciente y cohesionadamente el inmenso poder de las clases opresoras dominantes. Para derribar el régimen clasista de la burguesía, los trabajadores no cuentan con más fuerzas que sus organizaciones de clase, de las cuales el partido es la más combativa y consciente. Esta magna tarea exige la unidad de acción y el aporte individual sin limitaciones, aun de aquellos que en un momento determinado pudieron no coincidir con la mayoría.

La práctica del Centralismo Democrático exige una alta conciencia política de los militantes que les permita desprenderse de sus tendencias anárquicas, personalistas o caudillistas que distorsionan y debilitan la acción partidaria. Por otra parte, una justa aplicación del Centralismo Democrático debe impedir la deformación de sus conceptos, convirtiéndose en el dominio de un aparato dirigente sobre la masa militante. Sólo una amplia y profunda democracia interna que permita oportunamente la discusión sobre los problemas que atañen al partido y una actividad permanente común, podrán impedir la deformación de este principio y el desarrollo de una burocracia dirigente y despótica. En todo caso serán las condiciones concretas las que determinen el juego de los factores constitutivos del Centralismo Democrático. En determinados momentos prevalecerá el centralismo sobre la democracia interna; en otros será a la inversa. Por ejemplo, en condiciones de lucha ilegal y clandestina, no será posible siempre utilizar todos los derechos democráticos internos. Por el contrario, en un régimen de legalidad burguesa que permita el funcionamiento normal de la organización, no habrá razones para no realizar las discusiones que sean necesarias para resolver los problemas.

7. La disciplina

Otro principio de la organización socialista es el concepto de la disciplina. Es la decisión voluntaria y consciente de acatar las resoluciones mayoritarias y cumplir las órdenes que emanen de los organismos superiores emitidas en el ejercicio de su mandato.

La aplicación del Centralismo Democrático genera la atribución de mando de los organismos dirigentes y la subordinación de los inferiores. Es una consecuencia de la elaboración de una voluntad común de acción lograda en la discusión interna. Cada militante u organismo tiene el deber de obedecer y cumplir lo que mayoritariamente se ha resuelto. Por lo tanto, la disciplina socialista no es sometimiento ni obediencia ciega. Es una consciente disposición de fundirse a la voluntad colectiva.

La autoridad y disciplina podrá ser ejercida y aplicada en la medida en que el partido utilice justos procedimientos de relaciones internas y de selección de cuadros dirigentes; que políticamente estimule y motive al militante; que la dirección mantenga contacto directo y trato fraternal con la base; que las actitudes de dirigentes y representantes sean ejemplarizadoras. Una convivencia interna de este orden posibilitará, evidentemente, la subordinación plena y creadora.

8. La crítica y la autocrítica

Son los principios de vigilancia revolucionaria y superación del trabajo y de la organización partidarias, la *crítica* es el derecho de manifestar su desacuerdo con lo dispuesto o realizado por un militante, dirigente u organismo. La *autocrítica* es el reconocimiento individual o de un organismo del incumplimiento de sus obligaciones o de errores cometidos en el desarrollo de la actividad partidaria.

La crítica debe ser ejercida en los organismos correspondientes, en forma desapasionada, fraternalmente, sin buscar herir personalmente ni ofender. Dentro de este espíritu sólo debe ser ejercida cuando haya razones que la justifiquen. La autocrítica, en cambio, que debe hacerse el propio militante u organismo, debe ser una obligación ineludible, que busca siempre mejorar el trabajo realizado. Debe ser un balance que ayude a superar el trabajo y a terminar con el militante omnisapiente, personalista o caudillista, incapaz de reconocer errores y por lo tanto propenso a reincidir en ellos. La crítica y la autocrítica permiten, pues, el desarrollo de la disciplina, de la educación socialista y hacen de las relaciones internas una escuela de mejoramiento de la vida y de la acción del partido.

9. Dirección colectiva

La vida interna debe organizarse de tal manera que permita a todos sus miembros participar colectivamente en la elaboración de la política; en su aplica-

ción práctica y en la dirección de la misma. El partido, de acuerdo con sus principios, debe tender a desarrollar una conciencia colectivista en sus militantes y, por lo tanto, sólo la práctica sistemática del trabajo colectivo y una educación socialista tendiente a formar una conciencia de ese carácter en sus cuadros, permitirán también hacer efectivo el principio de la Dirección Colectiva, cuya práctica debe hacer desaparecer de raíz el caudillismo y el personalismo.

La aplicación de este concepto es fundamental para terminar interiormente con los resabios burgueses individualistas que generan grupos a base de personas, desarrollando fuerzas centrífugas que debilitan al partido, provocan luchas internas y, por último, lo desacreditan ante las masas. Los dirigentes de los organismos no deben considerarse por sobre éstos sino sus elementos ejecutores y coordinadores. *Debe desterrarse definitivamente* el concepto de “jefe” de los distintos organismos partidarios, concebido como el militante que resuelve por y para el organismo, para dar paso al principio de *la Dirección Colectiva* en todos los niveles, entendida ésta como un proceso de análisis, estudio, planificación y ejecución que fusiona la experiencia individual y colectiva para llegar dialécticamente a objetivos superiores. Esto no excluya las responsabilidades personales, sino que las singulariza en función del trabajo común.

10. Programación y control de la actividad

Nuestro trabajo socialista es la acción diaria en la lucha social en sus distintos aspectos. El partido cumplirá su cometido en la medida en que la organización transforme el pensamiento revolucionario en hechos políticos propios de las masas a través de la actividad partidaria en el seno de ellas. La labor cotidiana por extender la influencia socialista en las organizaciones de lucha de los trabajadores, no puede ser aislada, anárquica y sin objetivos precisos. Debe planificarse la acción a desarrollar, programar y controlar su ejecución. Una organización científica no sólo debe disponer que se realice tal o cual medida, sino que debe comprobar si su instrucción se ha hecho efectiva, analizar sus resultados y de acuerdo con sus conclusiones programar las nuevas actividades. El control implica la fijación de metas. No se puede controlar lo que no se ha proyectado ni determinado en el tiempo.

El control dentro del partido implica la vigilancia política de la acción militante. La hoja de vida del militante debe registrar los hechos positivos y negativos que comprueben los organismos respectivos. Los organismos partidarios deberán permanecer atentos a la fidelidad con que los cuadros superiores e inferiores cumplan sus obligaciones y ejecuten las tareas que les correspondan por derecho y por disciplina. El abandono de responsabilidades concretas, debe registrarse en las cuentas o informes que deben motivar todas las acciones de arriba a abajo y de abajo hacia arriba. La cuenta escrita debe ser una obligación ineludible en todos los niveles partidarios.

11. La selección y educación de los cuadros

Nuestro trabajo político consiste fundamentalmente en preparar y organizar las luchas de los trabajadores en todos los frentes. Los militantes no adquieren la capacidad para desenvolverse en el seno de las masas por el sólo hecho de ingresar al socialismo. Por otra parte, los cuadros dirigentes no pueden improvisarse. Es indispensable darles una formación ideológica y práctica y desarrollar una política de selección de los mejores valores probados en su capacidad, lealtad, honestidad y espíritu de lucha.

Si consideramos al partido como la Vanguardia Revolucionaria de los Trabajadores, debe estar conformado por sus elementos más activos y conscientes. Por lo tanto, la militancia en sus filas debe ser alcanzada como un *alto honor* sólo por aquellos que demuestren sus condiciones de luchadores revolucionarios. El crecimiento orgánico debe obtenerse, entonces, de un proceso selectivo, cualitativo y no por el aumento masivo incontrolado.

Considerando que la fuerza de un partido de cuadros revolucionarios reside en una profunda ligazón con la clase obrera y las masas en general, su desarrollo debe planificarse conscientemente, determinando específicamente sus zonas de penetración. Si el partido pretende impulsar la lucha por derribar el sistema capitalista, sólo logrará su objetivo si es capaz de conducir a la toma del poder a las masas, especialmente al proletariado industrial. *Debe entenderse que son los trabajadores, dirigidos por el partido, los que enfrentarán el orden burgués y no el partido solo. Esta conducción hacia la revolución no se logra desde fuera, con una política simplemente agitativa, sino desde adentro, fundidos a las masas, siendo cada uno de sus militantes, guía y conductor en el frente de masas donde actúa.*

Por lo tanto, no importa crecer en general, como crece en influencia de *manera decisiva en aquellos sectores vitales para el desarrollo de la lucha revolucionaria*. Por ejemplo, considerando que el proletariado es la clase revolucionaria que juega el papel fundamental en la producción y que a través de la apropiación de los medios de producción provocará el cambio de una economía capitalista a una de carácter básicamente socialista, el partido debe tender a profundizar su influencia en su seno, sin que esto signifique menospreciar el papel que pueden y deben jugar los campesinos y la pequeña burguesía asalariada. Profundizar la influencia socialista significa a la vez afianzar el carácter de clase de la organización, formar cuadros obreros de alto nivel dirigente, ligados indisolublemente al partido y a la clase.

La selección de cuadros no sólo debe significar la conquista de los mejores luchadores para el partido, sino que también su permanente educación política. Se debe convertir la educación militante en uno de los aspectos básicos de la vida orgánica partidaria.

Hasta el presente, los cuadros dirigentes se han generado espontáneamente, y desde luego, ellos han surgido de los niveles que intelectualmente estén más aptos para darse una formación política o para desenvolverse políticamente.

te. Debe provocarse un proceso de transformación de la inquietud revolucionaria en los sectores medios y de la conciencia de clase de los trabajadores en *conciencia socialista y revolucionaria*. Debe provocarse la conversión del *luchador social en un luchador marxista*. Una formación ideológica y práctica de este orden impedirá que trascienda al interior del partido la deformación de la conciencia que provoca la sociedad clasista actual, con todo su fárrago de egoísmo, individualismo, prejuicios y alienaciones.

Los cuadros dirigentes del partido, sus representantes públicos, los hombres que destaque en los frentes de masas, deberán ser productos de la educación política y de la selección interna. Podrán llegar a los niveles de dirección y a desempeñarse en cargos de alta representación popular, sólo aquellos militantes que hayan probado su capacidad práctica e ideológica en la escuela de acción que es el partido mismo.

Concebida así la educación política debe convertirse en obligación fundamental e ineludible de la Dirección del partido, crear las escuelas seccionales, regionales y nacionales; elaborar textos y disponer todas las medidas que signifiquen formar los cuadros socialistas.

12. El periódico como organizador colectivo

La divulgación del pensamiento del partido, la orientación a los militantes y a los trabajadores, el desarrollo de la propia organización y gran parte de su actividad misma, están unidos al mantenimiento de un periódico, verdadera fuente sistemática de información y educación política de la clase y foco irradiador del quehacer del partido y de su desenvolvimiento concreto.

Con la existencia del periódico habrán tareas permanentes que realizar, distribuirlo, estudiar sus artículos y organizar la acción que se desprenda de su orientación. Si en un sector determinado no hay partido, el periódico deberá ser uno de los medios para construirlo.

Nada más decidir sobre esta materia que el pensamiento de Lenin: “A nuestro juicio, el punto de partida para la actuación, el primer paso práctico hacia la creación de la organización deseada y, finalmente, el hilo fundamental al que podríamos asirnos para desarrollar, ahondar y ensanchar incesantemente esta organización, debe ser la creación de un periódico político. Sin él sería imposible desarrollar, de un modo sistemático, una propaganda y agitación fieles a los principios y extensivas a todos los aspectos, que constituye la tarea constante y particularmente vital en los momentos actuales, en que el interés por la política, por los problemas del socialismo, se ha desarrollado en las más extensas capas de la población”. “La misión del periódico no se limita, sin embargo, a difundir las ideas, a educar políticamente y a atraer aliados políticos. El periódico no es sólo un propagandista colectivo y un agitador colectivo, sino también un organizador colectivo”.

Por el carácter de frente de combate y vínculo ideológico directo con las masas que tiene la prensa del partido, el militante debe hacer de ella un instru-

mento permanente de su propia actividad, uno de cuyos aspectos consiste, precisamente, en la difusión del periódico.

En este aspecto, los esfuerzos realizados en diversos períodos han terminado en el fracaso, porque no ha habido una concepción política organizativa que implique la obligatoriedad de esta actividad y porque no ha existido en los cuadros partidarios la conciencia política necesaria que permita hacer del mantenimiento, adquisición y difusión del periódico *un acto vital del partido y de la condición de militante*.

La mantención y desarrollo de la prensa partidaria no es entonces una cuestión que sólo compete a la Dirección, sino una tarea propia y obligatoria del partido. Ella debe concebirse no sólo como la existencia del periódico político central, sino como el desarrollo de una acción orgánica que lleva al partido a expresarse en distintos niveles y zonas.

13. Propaganda

Sin perjuicio del principio expresado en el párrafo anterior, el partido deberá usar todas las formas de propaganda y agitación revolucionaria que permitan la difusión y penetración de su pensamiento y de su acción ofensiva y orientadora de la lucha, de manera que alcance a las más amplias capas de la población.

Para estos efectos utilizará ampliamente la prensa diaria y la radio, teniendo en este aspecto a poseer sus propios medios de expresión, como igualmente la televisión, grabaciones, teatro y toda forma de divulgación que ayude a plasmar y unificar la conciencia de los trabajadores tras los objetivos del partido.

Sin dejar de hacer uso de todos los medios modernos y técnicos de publicidad, la propaganda y la agitación que realice el partido, debe también considerarse como una *actividad política partidaria permanente* y, por lo tanto, desde la simple acción de persona a persona con los familiares, vecinos o compañeros de trabajo hasta la participación en las luchas vecinales, sindicales, en la tribuna o en la prensa, tendrán siempre el contenido político revolucionario que sustentan el partido.

La acción propagandística del partido deberá abarcar no sólo los frentes específicos de la lucha de los trabajadores, sino que deberá penetrar en todos los poros del régimen capitalista haciendo más evidente su descomposición social, debilitando los organismos que lo sustentan hasta lograr su derrota final.

Entendidas así la propaganda y la agitación política, se convierten no sólo en la necesidad de celebrar actos aislados o esporádicos, sino en la realización orgánica y permanente de un trabajo socialista fundamental para el desarrollo de la fuerza política del partido.

14. Sobre la estructura y la lucha en la ilegalidad

No puede haber una forma inmutable de organización del partido. Sin embargo, el carácter y objetivos del socialismo determinan su estructura básica. Tanto la lucha en el seno de las masas, como la acción contra el orden capitalista exigen determinadas características. Llevar a la práctica la condición esencialmente revolucionaria del partido significa organizarse propiamente para el trabajo ilegal y la actividad clandestina y ser capaz de pasar de la acción legal a la ilegal en cualquier momento y oponer a la represión, la organización y acción en el nuevo terreno. No podrá tener el partido una organización para la acción en el medio democrático y otra para la ilegalidad. (Debe ser una adaptación y no una nueva organización). Aquí encuentran su fundamento la organización nuclear y la centralización. El pequeño núcleo, constituido en todas las actividades nacionales, en todos los frentes, junto con preservar al conjunto de la organización de los provocadores y agentes de la policía, es un nervio vital en la masa. Los enemigos podrán destruir un núcleo, diez o cien, pero no podrán destruir miles y miles de pequeños grupos; y, por último, aquellos que pudiesen ser destruidos tienen la posibilidad de reconstruirse y reiniciar la lucha.

Quizás no podría expresarse mejor este aspecto que lo formulado en la Tesis de Organización, elaborada por Lenin:

“Todo partido revolucionario legal debe saber prepararse de la manera más enérgica a la necesidad de una existencia clandestina y estar particularmente armado para sublevaciones revolucionarias. Por otra parte, cada partido revolucionario ilegal debe utilizar todas las posibilidades del movimiento obrero legal para hacerse, por medio de un trabajo político intensivo, el organizador y verdadero guía de las grandes masas revolucionarias. La dirección del trabajo legal y del trabajo ilegal debe ir constantemente unida entre las manos de la misma Dirección Central del partido”.

“En los partidos legales como en los partidos ilegales se concibe frecuentemente el trabajo ilegal como la organización y el mantenimiento de una organización cerrada, exclusivamente militar y aislada del resto de la política y de la organización del partido. Esta concepción es perfectamente errónea. En el período prerrevolucionario, la formación de nuestra organización de combate debe ser principalmente, por el contrario, el resultado del conjunto de la acción revolucionaria del partido. El partido, en su conjunto, debe hacerse una organización de combate para la revolución”.

“Para un partido ilegal es una cosa evidentemente de la mayor importancia evitar siempre que sus órganos y sus miembros sean descubiertos: hay que evitar, pues, que sean entregados por las listas de inscripción; por imprudencia en la distribución de materiales y el pago de las cotizaciones. Un partido ilegal no se debe servir en la misma medida que un partido de formas abiertas de organización para fines conspirativos. Sin embargo, debe procurarse cada vez más que pueda hacerlo”.

Es decir, debemos estructurarnos para una lucha que, en determinados momentos, cambia de forma. Nosotros nos mimetizamos de acuerdo a la situación concreta y no debemos necesitar darnos una nueva estructura. La formación ideológica de los militantes, la preparación práctica que debemos darle para la lucha, la decisión y la valentía que implica la condición de socialista, deben permitir a la organización salir adelante en todas las emergencias.

Que el partido sea en sí toda una organización de combate, *no niega la necesidad de las medidas de autodefensa y la creación de los organismos que sean necesarios para resguardar individual y colectivamente al partido*, de los fascistas o de grupos reaccionarios creados para destruir a las organizaciones de la clase obrera.

Salvador Allende: Declaración pública sobre su pertenencia a la masonería

(*El Mercurio*, 7 de abril de 1970)

Aunque “El Mercurio” día tras día me ataca por los más diversos pretextos por ahora sólo me referiré a la crónica aparecida el sábado último, en la que se me pretende exhibir en una posición equívoca respecto de la francmasonería.

Inserta su crónica un párrafo de una comunicación que le dirigí hace seis años, como réplica a otra agresión de su diario, en la que expresé: “He recibido como única herencia un nombre limpio y una vocación para servir al pueblo, nacida de la formación masónica de mis antepasados”.

Mantengo hoy lo que dije en la cita de “El Mercurio”. Y agregó: la francmasonería fue por muy prolongadas generaciones la institución más execrada por los oligarcas y la vieja clerecía, que se esforzaban por mantener a nuestros compatriotas en condiciones de vida subhumana, a fin de medrar al amparo de su ignorancia, explotándolos sin piedad. La institución, en una etapa ardua, fue encabezada por mi abuelo, el doctor Allende Padin, como Serenísimo Gran Maestro, quien actuaba, además, con igual línea de conducta, como diputado y senador suplente de don Manuel Antonio Matta.

En cuanto a las afirmaciones de que permanezco “sin hacer vida activa dentro de los organismos masónicos” y a que solicité carta de retiro voluntario de la Respetable Logia “Hiram N° 65”, evidentemente obedecen al propósito de que se crea que se ha producido “en el ambiente de las logias una impresión contradictoria”, acerca de mi regularidad como miembro de la Orden.

Mis deberes ciudadanos no me permiten cumplir con las obligaciones y asistencia propias de un miembro de la institución y, por esta circunstancia, solicité mi carta de retiro. El oficioso informante de su diario silenció que tal solicitud mía no fue acogida, por la unanimidad de los integrantes del Taller, como una demostración efectiva de comprensión hacia el trabajo que uno de sus afiliados cumple en el ámbito público.

A pesar de esta actitud tan generosa, sigo convencido de que no me ha sido dable cumplir, como corresponde, con las obligaciones voluntarias que contraí con la institución hace más de 30 años.

Por eso exprese en la TV que me encuentro en sueño en mi logia, lo que nada tiene que ver con mi regularidad ni con mi adhesión a claros principios que procuran liberar íntegramente al hombre.

La francmasonería no constituye una secta ni tampoco un partido. Sus miembros, de acuerdo con sus personales convicciones han de encontrar, en cada tiempo y lugar, los caminos más justos para la realización de los principios que

la animan. He encontrado yo los míos, dedicando sin reservas mi vida entera a su consecución.

La invariable consecuencia entre pensamiento y acción explica la fraternal solidaridad que me han prodigado los integrantes de mi Taller y que yo mido en su tan significativa proyección moral.

En cuanto a la actitud de la masonería en determinados países, afirmo categóricamente que la Orden ni yo jamás hemos sido solidarios de las dictaduras que en América latina han asolado y agobian a muchos pueblos. Si en sus patrias los masones no observan una actitud de combate contra la iniquidad, resulta lícito sostener que ellos vulneran sus deberes más esenciales.

Nadie tiene derecho a sostener que puede deducirse de mis expresiones en la televisión que los principios de la Orden han perdido vigencia. Son ellos sinónimo de un elevado humanismo y, por lo tanto, se identifican con todo destino digno de ser vivido y, en último término, el apasionante drama de la historia no es otra cosa que una síntesis de este anhelo irrenunciable.

(Fdo.): Dr. Salvador Allende.

General René Schneider: La intervención en política está fuera de todas nuestras doctrinas

(Entrevista a *El Mercurio* del 7 de mayo de 1970)

—*¿Qué piensa el Comandante en Jefe con respecto a la participación de personal militar en actividades políticas?*

“Esa intervención en política está fuera de todas nuestras doctrinas. Somos garantes de un proceso legal en el que se funda toda la vida constitucional del país. Por ello no se puede permitir que se realicen tales actividades. Es nuestra doctrina garantizar la estabilidad interna y a ello deben tender todos nuestros esfuerzos y es una razón poderosa por la cual no debemos tener preferencia por ninguna tendencia, candidatura o partido”.

—*¿Cuál es su pensamiento con respecto a la próxima elección que se vislumbra como un proceso difícil?*

“Vamos a llegar a la elección manteniendo nuestra tradición de pleno respaldo a las decisiones del Gobierno Constitucional de la República, vamos a garantizar la normalidad del proceso eleccionario y a dar seguridad de que asuma el Poder Ejecutivo quien resulte electo”.

—*Puede darse el caso de que ninguno de los candidatos obtenga mayoría absoluta en septiembre. Se ha dicho en varios tonos que podría ocurrir por primera vez que el Congreso chileno no ratificara al poseedor de la mayor cantidad de votos y, en cambio, designara como Presidente de Chile a quien obtenga la segunda mayoría. ¿Cuál sería en ese caso la actitud del Ejército?*

“Insisto en que nuestra doctrina y misión es de respaldo y respeto a la Constitución Política del Estado. De acuerdo con ella el Congreso es dueño y soberano en el caso mencionado y es misión nuestra hacer que sea respetado en su decisión”.

—*¿Y si en ese caso se produce una situación de seria convulsión interna que incluso podría degenerar en algo mayor?*

“Si se producen hechos anormales nuestra obligación es evitar que ellos impidan que se cumpla lo que indica la Constitución. El Ejército va a garantizar el veredicto constitucional”.

—*Después de las circunstancias vividas últimamente, ¿cuál es, según su concepto, la situación del Ejército? ¿Puede asegurarse que existe estabilidad total?*

“Pequeñas situaciones locales no implican un síntoma de inestabilidad. Hay solidez institucional. Los hombres del Ejército viven una sociedad viva, que vi-

bra, es imposible, entonces, que estén totalmente al margen de lo que ocurra a su alrededor, pero es indispensable que no participen. Y, en último caso, quien tenga una inquietud grande con respecto a ciertas ideas ciertas tendencias o ciertas actividades políticas y desee participar en ellas, lo mejor es que deje el uniforme y las abrace como un civil. Esa es nuestra posición”.

—*Los mismos sucesos mencionados hacen pensar a muchos que se ha relajado la disciplina en el Ejército. ¿Existe la misma obediencia y disciplina de antes?*

“La disciplina se mantiene inalterable, naturalmente que con los cambios derivados de la época en que vivimos. La disciplina se fundamenta en la conciencia de superior y subalterno, en el ascendiente de mando. Lógicamente no es como antaño cuando no había acceso a la gestación de las órdenes. Ahora el subordinado piensa e incluso sugiere y esto es un aporte a la efectividad de esa orden, pero, llegado el momento de cumplir lo resuelto, se cumple sin discusión”.